ALFAGUARA

Deepti Kapoor

La Edad del Vicio

Narrativa Internacional

Traducción de Ana Alcaina y Laura Martín de Dios

Deepti Kapoor

La Edad del Vicio

Traducción del inglés de Ana Alcaina
y Laura Martín de Dios

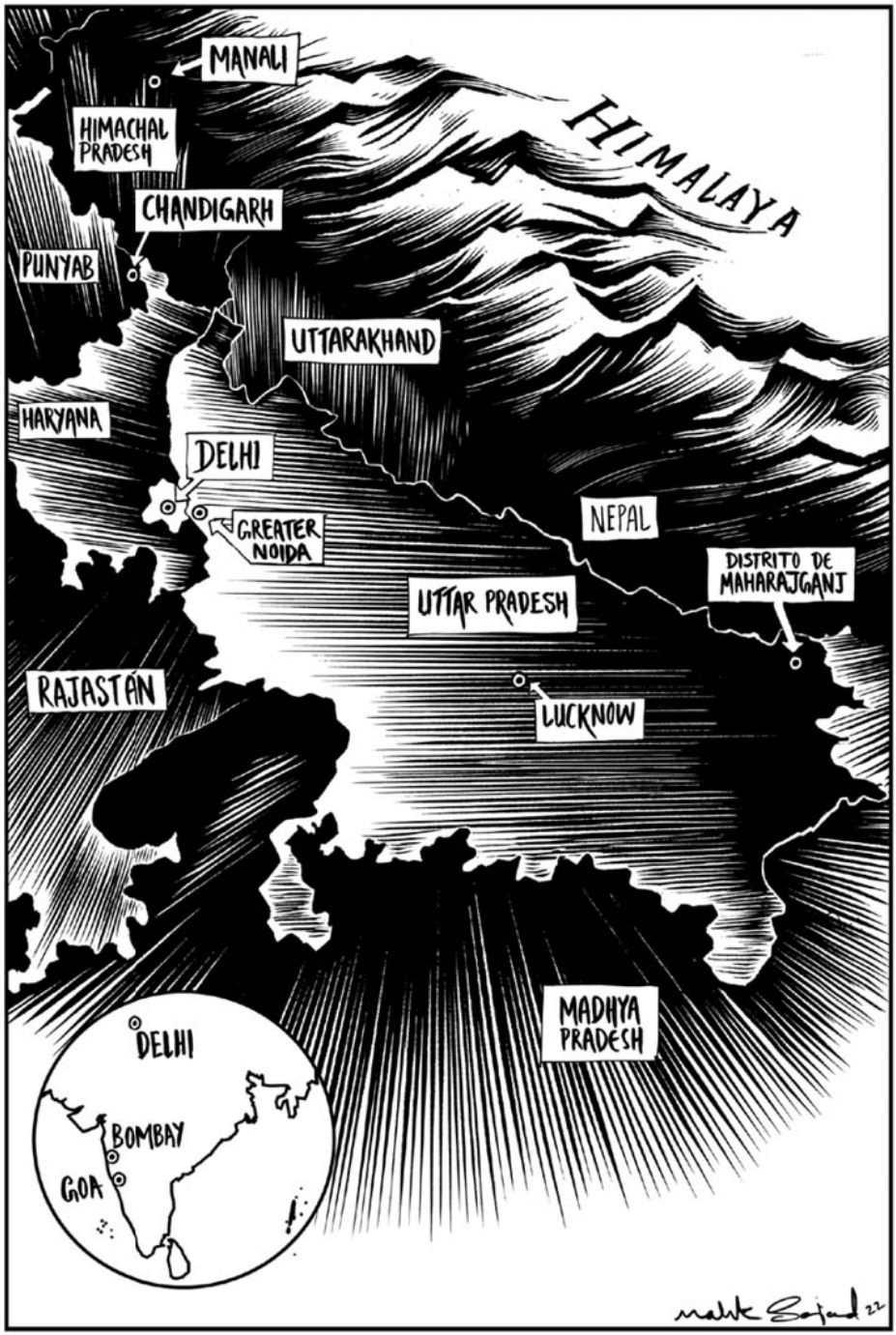
ALFAGUARA

Para los *naga sadhus*, la catástrofe del *kumbha mela* de 1954 solo fue otra andanada de violencia durante un acontecimiento basado en la violencia entre hombres cuya profesión era, precisamente, la violencia. Si esa vez fue distinto, solo se debió a que la población se cruzó en su camino.

WILLIAM R. PINCH,
Warrior Ascetics and
Indian Empires

Y como consecuencia de la brevedad de su vida apenas adquirirán conocimientos. Y, como consecuencia de lo exiguo de sus conocimientos, carecerán de sabiduría. Y, por eso, la codicia y la avaricia los arrollarán a todos.

Mahabharata


MANALI
HIMACHAL PRADESH
CHANDIGARH
PUNYAB
HIMALAYA
UTTARAKHAND
HARYANA
DELHI
GREATER NOIDA
NEPAL
DISTRITO DE MAHARAJGANJ
UTTAR PRADESH
RAJASTÁN
LUCKNOW
MADHYA PRADESH
DELHI
BOMBAY
GOA

Uno

Nueva Delhi, 2004

Cinco sintecho muertos junto a la carretera de circunvalación interior de Delhi.

Parece el arranque de un chiste macabro.

Solo que, si lo es, a ellos nadie se lo ha contado.

Han muerto en el mismo lugar donde dormían.

O casi.

El Mercedes que venía a toda velocidad se ha subido a la acera, ha arrastrado diez metros sus cuerpos y los ha hecho pedazos.

Febrero. Tres de la mañana. Seis grados.

Quince millones de habitantes duermen profundamente.

Una neblina de azufre envuelve las calles.

Y una de las víctimas mortales, Ragini, tenía dieciocho años. Estaba embarazada de cinco meses. Su marido, Rajesh, de veintitrés, dormía a su lado. Los dos tumbados boca arriba, arrebujados en unos chales gruesos de la cabeza a los pies, amortajados como cadáveres en todo excepto en las señales de vida: la mochila bajo la cabeza, las sandalias colocadas ordenadamente junto a los brazos.

Una cruel ironía del destino: la pareja había llegado a Delhi justo el día anterior. Encontraron cobijo con Krishna, Iyaad y Chotu, tres trabajadores migrantes del mismo distrito del estado de Uttar Pradesh. Todos los días, los tres hombres se despertaban antes del alba para ir andando al mercado de reparto de trabajo de Company Bagh con la intención de sacarse un jornal haciendo lo que fuese —de cocinero del dhaba, de camarero en una boda, de albañil— y enviar el dinero a su aldea natal para pagar la shaadi de una hermana, el colegio de un hermano, la medicación diaria de un padre. Esos trabajadores, los desposeídos, viven día a día, hora a hora, luchando por sobrevivir. Regresan cada noche a dormir a ese descampado, junto a la carretera de circunvalación, cerca del Nigambodh Ghat. Cerca de las barriadas de chabolas demolidas del Yamuna Pushta que habían sido su hogar.

Sin embargo, los periódicos no se entretienen en hablar de esos tres hombres. Sus nombres se desvanecen con las estrellas, con las primeras luces del alba.

Al lugar del accidente llega un furgón de policía con cuatro agentes en el interior. Los hombres bajan y ven los cadáveres y a la turba desconsolada y furiosa que, entre gritos de indignación, rodea el coche. ¡Hay alguien dentro! Un chico joven, sentado muy recto en el asiento, aferrado al volante, los ojos cerrados con fuerza. ¿Estará muerto? ¿Habrá muerto así? Los policías apartan a la muchedumbre y se asoman a mirar.

—¿Está durmiendo? —le pregunta un agente a sus compañeros.

Las palabras hacen que el conductor gire la cabeza y, como lo haría un monstruo, abra los ojos de golpe. El policía lo mira y por poco da un respingo del susto. Hay algo grotesco en el rostro suave y apuesto del conductor. La expresión de sus ojos es obscena y feroz, pero, por lo demás, no tiene un pelo fuera de sitio. Los policías hacen palanca para abrir la puerta, blanden las porras entre gritos y amenazas, le ordenan que salga. A sus pies, una botella vacía de Black Label. Es un hombre enjuto, asiduo al gimnasio; lleva un traje sahariano de color gris gabardina y el pelo con la raya bien marcada, perfectamente engominado. Debajo de la peste a whisky se percibe otro olor: Davidoff Cool Water, aunque los policías no pueden saberlo.

Lo que sí saben es lo siguiente: no se trata de un hombre rico, ni mucho menos, sino de una imitación, un hombre con la apariencia de la riqueza, pero al servicio de esta. Ni la ropa ni el porte atildado ni el coche pueden disimular la pobreza sustancial de sus orígenes: su olor es más fuerte que el de cualquier whisky, que el de cualquier colonia.

Sí, es un criado, un chófer, un conductor, un «chico».

Una versión domesticada y bien alimentada de los cadáveres que yacen en el arcén.

Y ese Mercedes no es suyo.

Lo que significa que es vulnerable.

El joven solloza ajeno a lo que ocurre mientras los policías lo sacan a rastras. Doblado sobre su estómago, vomita sobre sus

propios mocasines. Un policía le golpea con la porra, lo endereza de un tirón. Otro lo cachea, encuentra su cartera, encuentra una funda sobaquera vacía, encuentra un estuche de cerillas de un hotel llamado Palace Grande, encuentra una pinza para billetes con veinte mil rupias.

¿De quién es el coche?

¿De dónde has sacado el dinero?

¿A quién se lo has robado?

Querías darte una vuelta con este cochazo, ¿eh?

¿De quién es la botella?

Chutiya, ¿dónde está el arma?

¿Para quién trabajas, cabronazo?

En su cartera lleva una tarjeta electoral, un carnet de conducir y trescientas rupias. Sus tarjetas dicen que se llama Ajay. Su padre se llama Hari. Nació el 1 de enero de 1982.

¿Y el Mercedes? Está registrado a nombre de un tal Gautam Rathore.

Los policías hablan entre ellos: el nombre les suena. Y la dirección —avenida Aurangzeb— habla por sí misma: solo los ricos y los poderosos viven en esa calle.

—¡Chutiya! —lo increpa uno de los agentes, con la documentación del coche en la mano—. ¿Es este tu jefe?

Pero ese joven llamado Ajay está demasiado borracho para contestar.

—Pedazo de cabrón, ¿le has robado el coche?

Uno de los policías se acerca al arcén de la carretera y mira a los muertos. La chica tiene los ojos abiertos, la piel ya azulada por el frío. Sangra por el hueco entre las piernas, donde antes había vida.

Una vez en comisaría, obligan a Ajay a quitarse la ropa y lo dejan desnudo en una sala fría y sin ventanas. Está tan borracho que se desmaya. Los policías vuelven a la sala a echarle un cubo de agua helada y se despierta con un alarido. Lo sientan, le empujan los hombros contra la pared y le separan las piernas. Una mujer policía se le sube de pie a los muslos y ahí se queda hasta que a él se le corta la circulación y chilla de dolor y se desmaya otra vez.

Al día siguiente, el caso ya ha creado expectación. Los medios están horrorizados. Al principio, es por la embarazada. Todos los canales de noticias lloran su muerte. Sin embargo, no era fotogénica ni tenía un esplendoroso futuro por delante. Así que el foco de atención se traslada al asesino. Una fuente confirma que el coche es un Mercedes registrado a nombre de Gautam Rathore, y eso sí es una noticia: es un habitual de las fiestas de sociedad de Delhi, jugador de polo, hábil narrador de anécdotas, además de príncipe, de la realeza auténtica, primogénito e hijo único de un parlamentario, el maharajá Prasad Singh Rathore. ¿Conducía Gautam Rathore el coche en el momento del accidente? Esa es la pregunta que corre de boca en boca. Pero no, no, su coartada es sólida. La noche anterior estaba disfrutando de unas vacaciones lejos de Delhi. Alojado en un hotel palacio a las afueras de Jaipur. Se desconoce cuál es su actual paradero, pero ha hecho público un comunicado en el que expresa su consternación y envía sus condolencias a las familias de los fallecidos. Según revela el comunicado, el conductor llevaba muy poco tiempo trabajando para él. Al parecer, tomó el Mercedes sin que Gautam tuviera conocimiento de ello. Tomó el whisky y el Mercedes y se fue a dar una vuelta de forma clandestina.

Un informe policial corrobora eso mismo: Ajay, empleado de Gautam Rathore, sustrajo una botella de whisky de la residencia del señor Rathore cuando este se hallaba fuera del domicilio, se llevó el Mercedes y perdió el control del vehículo.

La historia se convierte en hechos.

Se plasma sobre el papel.

Y se registra el primer informe de denuncia.

Se abre ficha policial a Ajay, hijo de Hari, al amparo de la Sección 304A del Código Penal indio. Homicidio imprudente. Pena máxima de prisión: dos años.

Lo envían al abarrotado tribunal y comparece ante el juez de distrito; el magistrado tarda dos minutos en ponerlo bajo custodia judicial sin posibilidad de fianza. Lo llevan en autobús, junto al resto de presos, a la cárcel de Tihar. Los ponen en fila para someterlos al procedimiento del ingreso en prisión; se sientan con aire hosco y cabizbajo en los bancos de madera de la sala de

recepción, rodeados de carteles con las normas clavados en las paredes de yeso, húmedas y llenas de agujeros. Cuando le toca a él, lo llevan a un despacho atestado de cosas donde lo esperan un médico de la prisión y un ordenanza, pertrechados con su estetoscopio y su máquina de escribir, respectivamente. Una vez más, tiene que dejar sus pertenencias encima de la mesa: la cartera, la pinza para billetes con las veinte mil rupias, el estuche de cerillas con el nombre de Palace Grande, la sobaquera vacía. Cuentan el dinero.

El ordenanza coge el lápiz y empieza a rellenar el formulario.

—¿Nombre?

El preso se los queda mirando.

—¿Nombre?

—Ajay —contesta, con voz apenas audible.

—¿Nombre del padre?

—Hari.

—¿Edad?

—Veintidós.

—¿Profesión?

—Conductor.

—Habla más alto.

—Conductor.

—¿Para quién trabajas?

El ordenanza mira por encima de la montura de sus gafas.

—¿Cómo se llama tu jefe?

—Gautam Rathore.

Le quitan diez mil rupias de su dinero, el resto se lo devuelven.

—Métetelo en los calcetines —le dice el ordenanza.

Procesan su ingreso y lo envían al Módulo 1, lo conducen a través del patio a los barracones, lo llevan por el pasillo húmedo y frío hasta una celda amplia en la que conviven hacinados otros nueve reclusos. Hay ropa tendida en los barrotes de la celda, como si fuera el puesto de un mercadillo, y el suelo está cubierto de colchones andrajosos, mantas, cubos, fardos, sacos. Hay una pequeña letrina en el rincón. Aunque no queda espacio, el guardia ordena que le hagan sitio en el suelo frío junto a la letrina. Pero no sobra ningún colchón. Ajay extiende la manta que le han dado en el suelo de piedra. Se sienta de espaldas a la pared, con la

mirada fija al frente. Algunos de sus compañeros de celda se le acercan y se presentan, pero él no dice nada, no reacciona ante nada. Se tumba haciéndose un ovillo y se duerme.

Cuando se despierta, ve a un hombre de pie a su lado. Es viejo y le faltan varios dientes, tiene la mirada agitada. Más de sesenta años en el mundo, dice. Más de sesenta años. Es un conductor de tuktuk de Bihar, o al menos lo era cuando estaba fuera. Lleva seis años a la espera de juicio. Es inocente. Es una de las primeras cosas que dice.

—Soy inocente. Aseguran que trafico con drogas, pero soy inocente. Estaba en el lugar equivocado cuando me detuvieron. Había un traficante en mi tuktuk, pero salió corriendo y los policías me cogieron a mí.

A continuación le pregunta a Ajay de qué le acusan, cuánto dinero lleva escondido encima. Ajay no le hace caso y se vuelve, dándole la espalda.

—Como quieras —dice el viejo alegremente—, pero que sepas que yo aquí manejo muchos hilos. Por cien rupias te consigo otra manta, por cien rupias te consigo comida decente.

—¡Déjalo en paz! —le grita otro preso, un chico oscuro y rollizo de Aligarh que está mondándose los dientes con un trozo de neem—. ¿Es que no sabes quién es? Es el asesino del Mercedes.

El viejo se va, arrastrando los pies.

—Soy Arvind —se presenta el chaval gordito—. Dicen que maté a mi mujer, pero soy inocente.

La hora de salir al patio, el recreo. Centenares de presos abandonan sus celdas a trompicones y se reúnen fuera. Los hombres lo miran de arriba abajo. Es una especie de celebridad. Todos han oído hablar del asesino del Mercedes. Quieren verlo de cerca, juzgar por sí mismos si es inocente o culpable, comprobar lo duro que es, si tiene miedo, hacerse una idea de qué pie cojea. No tardan ni un minuto en darse cuenta de que es inocente, un chivo expiatorio a las órdenes de algún jefazo ricachón. Tratan de arrancarle la confesión. ¿Qué le han prometido a cambio de que sea él quien pague el pato? Algo bueno, ¿no? ¿Dinero, cuando salga de allí? ¿O que le pagarán los estudios de sus hijos cuando

sean mayores? ¿O han ido por el otro lado? ¿Han amenazado a su familia? ¿Su vida corría peligro? ¿O se trata de pura lealtad?

Los representantes de las bandas que dirigen el cotarro en la cárcel lo abordan en el patio, en el comedor, en los pasillos, tratan de captar su apoyo, le cantan las bondades de unirse a ellos. La banda de los Chawanni, la banda de los Sissodia, la banda de los Beedi, la banda de los Haddi, de los Atte. La temible banda de los Bawania. La banda de los Acharya, de los Gupta. Alguien como él, un hombre inocente, alguien que no está acostumbrado al mundo de la delincuencia, va a necesitar protección. Como no escoja pronto una banda, no tardará en convertirse en objeto de extorsión; sin la protección de una banda, otro hombre lo violará tarde o temprano, un guardia dará orden de que lo trasladen a una celda, a solas con otro preso, y será su juguetito, nadie responderá a sus gritos de auxilio. Y le quitarán el dinero que lleve encima. Le dicen todo eso como si estuvieran ofreciéndole sus sabios consejos, como si fueran neutrales, como si la amenaza no fuesen ellos mismos. Lo empujan a un lado y a otro. ¿Cuánto dinero tienes? Únete a nuestra banda. Únete a nuestra banda y te daremos protección. Te daremos un teléfono móvil, pornografía, un plato de pollo. Te ahorrarás la «fiesta de bienvenida» que te espera. Únete a nuestra banda y podrás follarte a quien quieras, violar a quien quieras. Nuestra banda es la más fuerte. Deberías unirte a nosotros antes de que sea demasiado tarde. Él no hace caso de ninguno de sus ofrecimientos. Para cuando regresa a su celda, alguien le ha quitado la manta.

Prefiere estar solo y sufrir en silencio de todos modos. El horror de los muertos le consume por dentro, llora sus muertes mientras respira. Rechaza todas las bandas, reacciona con desdén ante los emisarios y sus ofrecimientos. Así que al segundo día, cuando acude a la enfermería, solo, justo después de que lo llamen para que vaya a una visita con el médico, lo rodean tres hombres de otra celda. Sacan la lengua y le enseñan las cuchillas de afeitar que llevan escondidas en la boca; se abalanzan sobre él y le hacen cortes en la cara, en el pecho y en los antebrazos cuando los levanta para protegerse. Soporta las incisiones como si fuera una penitencia, sin esbozar ni una mueca de dolor. Hasta que se le

acaba la paciencia y estalla, salta como un resorte. Destroza la nariz del primer atacante con el pulpejo de la mano, agarra el brazo del segundo hombre a la altura del codo y se lo rompe por el hueso de la articulación. Al tercero lo tira al suelo. Coge una de las cuchillas, la coloca encima de la lengua del hombre y la desliza, rebanándosela por la mitad mientras le sujeta la mandíbula bien abierta con la otra mano y el preso no deja de gritar.

Lo encuentran de pie junto a ellos, cubierto de sangre, y se lo llevan, aturdido y entre los alaridos de dolor de los presos, para meterlo en una celda de aislamiento. Le dan una paliza y le dicen que va a quedarse ahí encerrado una buena temporada. Cuando se cierra la puerta, se pone como loco y empieza a vociferar y a dar golpes y patadas en las paredes. No grita nada en concreto. Solo palabras incomprensibles. No puede controlar su mundo.

Imagina que es el final. De todo lo que representa y lo que ha hecho. Pero no. A la mañana siguiente, se abre la puerta y entran otros guardias. Le dicen que los acompañe. Primero tendrá que ducharse. Está tiritando, desnudo y en carne viva. Cuando se acercan, cierra los puños y se coloca de espaldas a la pared, listo para pelear. Los guardas se ríen y le lanzan ropa limpia.

Lo llevan al despacho del alcaide. Un suculento despliegue: trozos de fruta fresca, paratha, lassi. Una visión del paraíso. El alcaide le pide que se siente.

—Toma un cigarrillo, anda. Ha habido un error. Yo no sabía nada —dice—. Si me lo hubiesen dicho, esto no habría ocurrido. De verdad, nadie lo sabía, ni siquiera tus amigos. Pero ahora todo será distinto. Ahora te llevaremos con tus amigos. Podrás moverte con total libertad, dentro de lo razonable. Y ese desgraciado incidente con los otros hombres… lo olvidaremos. Podríamos castigarlos. Pero de eso ya te has encargado tú, ¿verdad? Menudo espectáculo. Ah, y ese dinero de ahí es tuyo. Tendrías que haber dicho algo. Tendrías que haberlo dejado claro. Tendrías que habernos informado. ¿Por qué no nos informaste?

Ajay se queda mirando la comida, el paquete de cigarrillos.
—¿Informar de qué?
El alcaide sonríe.
—De que eres un Wadia.

Maharajganj, este de Uttar Pradesh, 1991

AJAY

(Trece años antes)

1

Lo que no hay que olvidar es que Ajay solo era un niño. Un niño de ocho años, desnutrido. Prácticamente analfabeto. Con la mirada siempre alerta en las cuencas de los ojos.

Su familia era pobre. Carcomida por la pobreza. Vivía en la indigencia más absoluta en una chabola parcheada con hierba reseca y láminas de plástico, en un terreno elevado sobre la llanura inundable, junto a los cañaverales de sarkanda, más allá de donde se perfilaba la sombra de la aldea. Tanto el padre como la madre son recolectores de estiércol: recogen a mano la mierda de las letrinas secas de los aldeanos con un trozo de pizarra y la acarrean en un cesto de mimbre, sobre la cabeza, para luego ir a tirarla más lejos. Cagan y mean en los campos antes del alba. Mean después de anochecer. Cultivan unas pocas verduras de hoja verde en las aguas inmundas de la escorrentía. Beben agua del pozo ligeramente salobre, a bastante distancia, para no contaminar la fuente común. Conscientes de sus límites. Para no atraer a la muerte.

La madre de Ajay, Rupa, está embarazada otra vez.

Su hermana mayor, Hema, cuida de la cabra de la familia.

Es el este de Uttar Pradesh. 1991.

Las estribaciones de Nepal se elevan en el norte.

Se ve la luna hasta mucho después de amanecer.

Antes de que Ajay respirara siquiera, ya se le lloraba.

2

Corre el año 1991 y el distrito vive una situación

dramática. A los terratenientes de las castas superiores y a sus compinches les va mejor que nunca. El niño acude andando cada día a la escuela municipal, un edificio viejo y desangelado de paredes desnudas; una falsa esperanza de cemento sin puertas; ventanas con postigos de madera astillada y llenas de agujeros; aulas demasiado pequeñas para tantos niños, con los mocos colgando, el pelo repeinado, el pelo engominado, los uniformes remendados pero limpios, para contener esa marea raída. Ni rastro del maestro, a menudo borracho, a menudo ausente de sus obligaciones, a menudo en casa cobrando su sueldo del gobierno. Ajay es pobre, menos que pobre, arrinconado al fondo del todo con los demás valmikis, con los pasis y los koris, marginado, ignorado. A la hora del almuerzo los hacen esperar aparte, sobre el suelo pedregoso, mientras los niños de las castas superiores forman filas y se sientan con las piernas cruzadas sobre la tarima lisa a comerse el almuerzo en hojas de banana. Cuando terminan de comer, les toca el turno a los parias, con sus porciones más escasas, aguadas. Después de almorzar, ponen a Ajay a trabajar. Barre el suelo, limpia la mierda reseca de los rincones, barre los excrementos de lagarto de la repisa. Un día hay un perro muerto tumbado junto al muro externo, hinchado, víctima de una mordedura de serpiente y en proceso de descomposición. Le mandan atarle una cuerda a una de las patas traseras y arrastrarlo lejos de allí.

Vuelve a casa bajo el sol de la tarde, camina varios kilómetros para ayudar a Hema con la cabra. Pasa por delante del templo de Hánuman, pasa por delante de los chicos que juegan al críquet. Se mantiene a una distancia prudente. Tres años atrás cometió el error de recoger una pelota que se les había escapado y devolvérsela con todas sus fuerzas. Los chicos esquivaron la pelota como si tuviera la lepra y persiguieron a Ajay a campo traviesa. Escapó por el albañal. Le dijeron: Como vuelvas a tocar la pelota, te cortaremos los brazos y las piernas, les prenderemos fuego y te tiraremos al pozo.

Corre el año 1991 y su padre se ha metido en un lío. La

cabra se ha escapado y ha entrado en el bancal de un aldeano a comerse las espinacas. Ajay y Hema la recuperan, pero el dueño de los campos se entera y se presenta a última hora de tarde con la máxima autoridad del pueblo, Kuldeep Singh. A Kuldeep Singh lo acompaña una panda de matones con ganas de jaleo. En su presencia, el dueño de las tierras exige una explicación, pero nada que digan será suficiente, mientras el padre de Ajay, un saco de huesos, implora perdón cuando no hay perdón posible. Primero van a por la cabra. En un alarde de clarividencia, el animal escupe y brama y retrocede y enarbola los cuernos, de manera que los matones se achantan. Tiene que ir Kuldeep Singh a apartarlos a un lado, y dejarla seca de un garrotazo en la cabeza. Le abre el cráneo, la cabra se tambalea en el vacío, se le doblan las patas; por un momento, parece un cabritillo recién nacido a punto de echarse a andar. Kuldeep Singh le hinca la rodilla en la cabeza y le raja la garganta con su puñal. Exaltados por la sangre caliente, los matones van a por el padre de Ajay. Lo tiran al suelo, lo sujetan por los hombros y las rodillas y se turnan para pegarle en las plantas de los pies con cañas de bambú, empleándose luego con saña en los tobillos, las espinillas, la entrepierna. Le dan fuertes golpes en la entrepierna, en el pecho, en los brazos. Su mujer y su hija gritan y, entre sollozos, les suplican que paren. Ajay se da media vuelta para salir corriendo, pero Kuldeep Singh lo agarra con fuerza cuando está a punto de hacerlo. Aquellas manos firmes lo sujetan por los hombros. El aliento a tabaco y alcohol es un perfume agrio para su olfato. Ajay aparta la vista y dirige la mirada hacia el cielo arrebolado, pero Kuldeep Singh lo obliga a volver la cabeza, así que no le queda más remedio que mirar.

Su padre tiene fiebre, sus huesos amoratados adoptan un tono crepuscular. Por la mañana, desesperada, su madre acude al prestamista del lugar, Rajdeep Singh, y le pide de rodillas dinero suficiente para llevar a su marido al hospital público, a veinte kilómetros de allí. Tras una negociación humillante, Rajdeep Singh le presta doscientas rupias con un cuarenta por ciento de interés.

Cuando Rupa llega al hospital, los médicos se niegan a ingresar a su marido a menos que les pague todo por

adelantado. Cogen ciento cincuenta rupias y luego lo dejan en una sala, sin nadie que lo examine. Abandona este mundo hacia medianoche. Su esposa carga ella misma con el cadáver de vuelta a casa, tira del carretón de madera al que lo ha atado, camina en la oscuridad, y llega cuando ya ha amanecido. Como tienen prohibido el acceso al campo crematorio del pueblo, lo queman ellos mismos con aceite usado y madera barata en una pira próxima a la casa. No hay madera suficiente para completar la tarea. El hedor es insoportable. Cavan una fosa no muy profunda junto al bosque y entierran allí sus restos calcinados.

Al día siguiente, los hombres de Rajdeep Singh van a la casa a recordarle su deuda a la madre de Ajay. Los matones rodean a la hermana de Ajay, hacen comentarios obscenos, sugieren qué es lo que podría hacer. Ajay los observa escondido y mudo entre las cañas del campo vecino. Hay una cucaracha en la tierra agrietada bajo sus pies. Se tapa los oídos para no oír los gritos y aplasta la cucaracha en el suelo polvoriento. Y luego echa a correr. Cuando regresa, al cabo de dos horas, su hermana está llorando en un rincón de la chabola y su madre está atizando el fuego.

Unas horas más tarde, el thekedar —el contratista local— asoma por la casa. Les da el pésame y, conocedor de su precaria situación, se ofrece a pagar la totalidad de la deuda. Pueden devolverle el favor de una forma muy sencilla y honorable.

3

Ajay no tiene voz ni voto en el asunto. A la mañana siguiente, antes de que salga el sol, lo suben a la parte de atrás de una Tempo en la que van ocho chicos a los que no conoce. Es un vehículo muy viejo, con la cabina abollada y una caja-jaula grasienta empotrada en la parte de atrás, con un techo descubierto por el que se ven las estrellas, para que su mercancía humana pueda verlas pero no se arriesgue a escapar. Ajay no lleva nada encima más que su vieja ropa y una manta mugrienta. Su madre y su hermana lo miran desde lejos y luego se dan media vuelta y se marchan. El motor

aguarda al ralentí en el camino de tierra junto al barranco. Luego se sube el contratista, se sube su ayudante y se alejan de la tenue luz por un camino lleno de baches hacia un horizonte negro tachonado de estrellas. Ajay viaja en estado catatónico entre los chicos de aspecto huraño y helados de frío. Un mosaico de mantas apenas si los mantiene en calor. Viajan apiñados en la parte más próxima a la cabina, de cara hacia el este, viendo cómo sus casas desaparecen poco a poco, esperando el amanecer.

Se detienen en un dhaba abarrotado de gente justo antes de que salga el sol, a orinar. Un despreocupado fluorescente atrae a las polillas ávidas de luz. El vaho escapa de la boca de los camioneros que han parado a descansar. En cuestión de minutos, el cielo ha empezado a clarear y el paisaje se perfila poco a poco. Los vehículos avanzan con desgana por la autopista. Los campos de trigo se extienden a ambos lados, en la neblina. El ayudante del contratista, un hombre enjuto y fibroso, de tez oscura, con la cara alargada y picada de viruelas, bigote retorcido y ojos pequeños, abre la parte de atrás de la caja de la camioneta. Les advierte que no se les ocurra salir corriendo mientras los lleva a la zanja a orinar, y, para asegurarse de que no se escapan, se sitúa detrás jugueteando con su navaja. La niebla desciende sobre ellos y se espesa, el sol aparece fugazmente como un disco blanco de plata y luego se desvanece. Encerrados de nuevo en la camioneta, les dan roti y chai a los chicos mientras el thekedar y su ayudante se sientan en una de las mesas de plástico de delante y piden un plato de aloo paratha.

Es el momento de hacerlo.

Uno de los chicos enjaulados, uno con el pecho estrecho y saliente y el pelo rizado, que se había mostrado pasivo hasta entonces, se levanta de pronto y escala la pared de la caja, salta al suelo. Ha echado a correr antes de que a nadie le haya dado tiempo a reaccionar, carretera abajo, hacia la parte trasera del dhaba; unas manos se extienden de forma instintiva para agarrarlo, pero el chico se escabulle y salva las pilas de basura y luego la zanja hedionda en dirección a los campos envueltos en niebla. El ayudante del thekedar se levanta en el acto y su silla de plástico cae hacia atrás cuando sale tras el chico: corre junto a los urinarios, salta él también

sobre la zanja, saca su navaja. Y luego el hombre y el chico desaparecen. Los camioneros, los empleados del dhaba, los chicos, todos miran expectantes en dirección a la fuga, tratando de ver algo a través del muro gris, ladeando los ojos para aguzar el oído. Tan solo el thekedar, un hombre con mucha experiencia, permanece sentado tranquilamente tomándose su chai a sorbitos.

Pasan cinco minutos sin que haya ninguna novedad.

Todo el mundo retoma lo que hacía.

Entonces se oye un grito desgarrador, un alarido espeluznante entre la niebla. Los perros callejeros empiezan a ladrar.

Cuando el ayudante vuelve jadeando, solo, lleva la camiseta blanca salpicada de sangre. Escupe en el suelo y se sienta sin decir una palabra.

Nadie se atreve a mirarlo a la cara.

Apura su chai, se acaba su paratha.

El momento queda grabado a fuego en el cerebro de Ajay.

La niebla de los campos se levanta y se disipa.

Conducen todo el día y el sol se aviva, abrasa el mundo entero, cautivo, con sus ciudades de cruces polvorientos atestadas de camionetas y puestos de verduras. Algunos de los chicos empiezan a desperezarse como si hubieran dormido con narcóticos, hablan en susurros entre ellos, tratan de protegerse de la luz cegadora, del polvo y del viento. Ajay frunce los ojos y no habla con nadie; trata de recordar el rostro de su padre, el rostro de su hermana, el rostro de su madre. Trata de recordar el camino a casa. Por la tarde se despierta sin ser consciente de haberse quedado dormido y ve una ciudad con amplias avenidas y majestuosos edificios y jardines con flores enormes de vivos colores, un mundo que le parece un sueño.

Cuando vuelve a despertarse, casi ha oscurecido y están en una carretera estrecha que sube hacia una cordillera, con un terraplén de pedruscos en la pendiente de la derecha y laderas onduladas detrás.

Mira a los ojos de los otros chicos y habla al fin:

—¿Dónde estamos? —pregunta.

—En el Punyab.

—¿Adónde vamos?

Uno señala con la cabeza hacia lo alto.
—Ahí arriba.
—¿Para qué?
El chico aparta la mirada.
—Para trabajar —dice otro.

Atraviesan las montañas esa misma noche, muy tarde, ascendiendo por las estribaciones, arrastrándose curva a curva; la Tempo avanza tan despacio como una mula, el motor ahogado, con el torrente del desfiladero y la oscuridad más absoluta como telón de fondo. Cuando alcanzan el altiplano, el murmullo de una lengua de río los acompaña sin dejarse ver. La luna reaparece, una luna creciente, casi llena, el cielo encumbrado incandescente. Pero bajo la flota de nubes que surca el firmamento reina la noche, formas grotescas, despeñaderos, un mundo de sombras, el arrullo del motor. La temperatura desciende y los chicos se arriman los unos a los otros para entrar en calor en esa jaula donde han ido a dar con sus huesos, preparándose para lo que venga. Luego empieza la pesadilla de las horas de lava, el incesante subir y subir, la bajada abrupta y súbita, hora tras hora rodeando valles de carreteras serpenteantes, con un aire tan frío que agrieta la piel, horas en que Ajay aguarda la siguiente curva, el altiplano, el momento en que salga el sol y se extienda sobre el río invisible, de que lo lleven de vuelta a casa, de que su madre lo despierte, de llevarse los perros muertos de la escuela a rastras.

Entonces brotan los zarcillos y no queda rastro de la noche, la yema amarilla de un sol se rompe sobre las cumbres de las montañas y la muerte azul que llenaba las últimas horas sucumbe condenada al destierro. Pura luz y la victoria del amanecer. Ajay examina el rostro de los chicos mientras parpadean y se remueven con aire aturdido en sus mantas. Rostros mayores que el suyo: catorce o quince; uno más joven, siete tal vez. Comprueba si han cambiado. No lo han hecho. Pero han atravesado un portal.

Ahora ya no hay esperanza alguna de volver a casa.

La camioneta se detiene a desayunar en un puesto de chai excavado como una gruta en la pared vertical de roca en lo alto de una montaña, junto a un santuario en honor de la deidad local, sin apenas espacio suficiente en la carretera para que pasen dos vehículos. Al otro lado, un río apacible discurre internándose en un desfiladero. El ayudante se baja de la cabina de un salto, estira los brazos en el aire, se enciende un beedi y pasea tranquilo hasta el borde de la carretera, donde unas piedras pintadas de blanco advierten sobre el precipicio. Se limpia las uñas con su navaja de bolsillo y escupe al vacío mientras los monos que están acicalándose le muestran los colmillos con un silbido amenazador y se van saltando a la siguiente revuelta del camino.

Los chicos siguen dentro.

El motor parado es el ruido más atronador del mundo.

El thekedar saluda al chai wala mientras calienta el recipiente sobre un hornillo de parafina. El ayudante vuelve de la orilla a sentarse con él y abre la caja por el camino. Los tres hombres intercambian chismes, poniéndose al día sobre las últimas idas y venidas de la carretera.

El ayudante avisa a los chicos con un silbido.

—Estirad las piernas, salid a mear. No tendréis otra ocasión hasta dentro de mucho rato.

Los hombres están relajados, el incidente de la mañana anterior en el dhaba ha quedado en el olvido.

Esta vez los chicos no tienen adónde ir ni cómo escapar.

De modo que salen de la camioneta y deambulan sin rumbo, levantan la vista hacia el corredor de piedra caliza, inspirando hondas bocanadas de aire fresco. Ajay oye el discurrir del río, invisible, fluyendo desde la cima del mundo.

Uno de los chicos, el más joven tal vez, el de siete años, se acerca al borde de la carretera.

Ajay lo ve quedarse ahí plantado como paralizado, manteniendo el equilibrio en el mismísimo borde, mirando hacia abajo.

Hasta que el ayudante lo sujeta del brazo y se lo lleva de allí de un tirón.

Y vuelven a ponerse en marcha.

Hacia las diez, el sol ya cae a plomo. Las mantas, holgadas

sobre el cuerpo, se transforman en parasoles.

Atraviesan el Himalaya como el viento.

Liberados de la noche.

Más perdidos que nunca.

Ahora duermen.

Hacia mediodía, la Tempo llega al mercado de un pueblo destartalado en un valle abrasador, asfixiado de motores y de lubricante, un vertedero en el corazón de las montañas, una cuenca donde se depositan los detritos. Cruzan un riachuelo pedregoso en el que aflora la basura formando pequeños diques de contención, con un puente metálico lleno de banderas de plegaria. Se incorporan a una nueva carretera a las afueras del pueblo y remontan en paralelo la corriente bordeada de pinos. Unos islotes herbosos interrumpen el curso del río. Al norte, entre los huecos de los árboles perfumados de resina, asoman las montañas cubiertas de nieve. Una nueva cordillera colosal, un muro blanco e impenetrable. Ajay vuelve a quedarse dormido y sueña con su padre, que lleva un cesto en la cabeza y tiene el cuerpo, debajo, completamente calcinado.

Por la tarde, la camioneta se aproxima a una ciudad arropada por una ladera boscosa. Custodia la entrada a un valle profundo y alargado que horada el terreno prolongándose hasta la lejanía. Unas cataratas dominan el valle desde arriba, la cascada se derrama con fuerza y se desliza por las rocas hasta fusionarse con el río serpenteante, transformándolo en un río salvaje. Los lugareños lavan la ropa un poco más abajo, golpeando las prendas contra las rocas. La camioneta dobla una curva y la espesura del pinar amortece la furia del río. Avanzan zigzagueando y dejan atrás unos bonitos edificios revestidos de madera hasta detenerse en un aparcamiento en la arboleda.

Y así, sin más, el motor se apaga, una cosa más que se acaba: los chicos parpadean y se ponen de pie con paso tambaleante, como marineros llegando a tierra después de meses en el mar.

Una multitud está ya esperándolos. El thekedar baja de la cabina de un salto, directo al grano, escupe paan y saca una pequeña libreta. Sin tiempo que perder, comienza a recitar nombres mientras el ayudante abre la parte de atrás de la

camioneta y va entregando a los chicos, uno detrás de otro. Surgen pequeñas disputas, el dinero cambia de manos. Los lazos que apenas acababan de formarse vuelven a romperse. Empieza a lloviznar y Ajay permanece agachado en la caja de la camioneta, esperando. Uno tras otro, se llevan a los chicos. Para los tres que quedan al final se organiza una subasta.

4

Venden a Ajay a un hombre bajito y rechoncho con las mejillas sonrosadas, vestido con ropa cara y con aspecto solemne.

—Puedes llamarme papá —dice el hombre, al tiempo que coge a Ajay de la mano y se lo lleva a una parada de tuktuks cercana—. ¿Y tú cómo te llamas?

Pero Ajay es incapaz de responder. Todavía conmocionado por que un hombre grandullón esté sujetándole la manita sucia.

Suben por la ladera este del valle en la parte de atrás de un tuktuk. Abajo, la ciudad desaparece replegándose poco a poco en las curvas, cada vez más abiertas. Tras las solapas de lona del tuktuk se hacen visibles las elevadas cumbres de la cordillera, glaciares que parecen joyas, reluciendo bajo la lluvia torrencial que ha empezado a caer. Ajay permanece en silencio, sentado en su asiento, tiritando, mientras papá inclina el torso hacia delante para charlar con el conductor. Unos kilómetros más arriba emerge una localidad más apacible, un pueblo jalonado de casas oscuras de estilo montañés tradicional: techos de paja, piedra gruesa, vigas de madera, balcones de madera labrada con intricados motivos ornamentales en avanzado estado de deterioro. Se ven amenazadas por la bravuconería de las nuevas casas de cemento, con pilas de arena del río bajo láminas de plástico junto a pilares de piedra.

El tuktuk los deja en lo que parece una casita construida en la ladera, pero, cuando se plantan en la carretera, Ajay descubre que se extiende cinco pisos hacia abajo, como si se

desparramara por la montaña tras un desprendimiento de tierras. Se apresuran a entrar en la casita de arriba atravesando un pasillo corto y desnudo, y van a salir por una pesada puerta de madera a un lugar cálido y luminoso, una sala amplia y abarrotada, con unos ventanales que van del suelo al techo en los laterales con vistas a la imponente belleza del valle. La sala está llena de sofás, alfombras tejidas, adornos y objetos decorativos, y la pieza central la constituye una enorme estufa de leña con tentáculos de tubos que desaparecen en el interior de otras habitaciones, mientras uno de ellos escupe humo hacia el cielo a través de un respiradero junto al ventanal. Un enorme recipiente de leche bulle sobre la estufa y toda la sala huele a nata.

Una mujer regordeta, rosada y fragante, más glamurosa que cualquier otra mujer que Ajay haya visto en su vida, se pone de pie y sonríe.

—Te presento a mamá —dice papá, sujetando a Ajay de los hombros.

—Hola —dice mamá, tendiéndole la mano rosada—. ¿Cómo te llamas?

—Vamos, estréchasela —dice papá.

Pero Ajay se limita a mirarla.

—¿Cómo se llama? —dice mamá, haciendo un esfuerzo por mantener la sonrisa.

—Estréchale la mano —dice papá—. Mira. —Toma la mano de mamá y se la estrecha—. Así.

Ajay levanta la vista para mirar a papá y sonríe tontamente.

—¿Has comido? —le pregunta mamá a Ajay como si le hablara a un bebé—. ¿Te apetece un chai?

Ajay se limita a sonreír.

—Es tímido —dice mamá, como diagnosticando a un paciente. Flexiona las rodillas y lo examina un poco más de cerca—. ¿Estás seguro de que sabe hablar?

—Pues claro que sabe hablar.

Pero Ajay no dice ni pío.

—Dudo que sepa leer o escribir —dice papá—. Pero sabe hablar. ¿Verdad que sabes hablar?

—¿No te aseguraste? —dice mamá, un poco enfadada.

—Era el único que quedaba —responde papá.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta otra vez mamá, cogiéndole las dos manos.

Ajay está como hipnotizado.

Murmura algo entre dientes, tan bajito que resulta inaudible.

Ajay.

—¿Cómo? —Le acerca la oreja a la cara con una sonrisa.

—Ajay —dice él.

—¡Ajay! —exclama ella, victoriosa, levantándose, repitiéndolo como si fuera el mejor nombre del mundo—. Qué nombre tan bonito.

—Ya te he dicho que sabía hablar —dice papá.

—¿Por qué no le enseñas su cuarto?

El hombre acompaña a Ajay fuera de nuevo; en lugar de volver a la carretera, rodean el costado del edificio, bajan por unos peldaños de piedra protegidos de la lluvia por el tejado en voladizo, pasan por una serie de pequeños bancales de hierba, llegan hasta la planta baja de todo el edificio, cinco pisos más abajo, y entran en una habitación saturada de humedad, como si la tierra empapada de lluvia amenazara con brotar a través del suelo desnudo de hormigón. Es un sótano lleno de trastos y sacas de cemento con un jergón mugriento y algunas mantas.

—Esta será tu habitación —dice papá— y aquí tienes la llave. —Le da la llave a Ajay—. Ten cuidado y no la pierdas, porque si la pierdes no podrás cerrar la puerta de tu habitación.

Ajay se queda mirando la llave que tiene en la mano.

—El cuarto de baño está ahí. —Papá señala una puerta—. Dentro hay jabón. Aséate y descansa. Ahora es la una. Vendré a recogerte a las cinco, cuando empezarás a trabajar.

Ajay está mirando un estante junto al jergón que contiene algunos efectos personales: dos camisetas, una libreta escolar, un balón de fútbol deshinchado, un patito de cuerda sobre ruedas y un espejo deslustrado.

—Puedes quedarte esas cosas si quieres —dice papá, volviéndose a mirarlo desde fuera mientras cierra la puerta—. Eran del último chico.

Ajay se queda dormido entre las mantas, con el movimiento de la Tempo palpitando aún en su corazón.

Cuando se despierta, ha dejado de llover, no se oye nada y un brillo extraño golpea el cristal polvoriento del ventanuco que flota por encima de los trastos. No sabe dónde está, pero entonces va recordándolo todo poco a poco, el viaje se desvanece como un sueño, la habitación es lo único sólido, desvinculada de todo lo demás.

Permanece tumbado e inmóvil bajo las mantas durante largo rato, su cabeza como un pájaro que duerme en pleno vuelo sobre el mar.

El sol se repliega tras las montañas al otro lado del valle y, al disiparse, las nubes han dejado al descubierto un azul puro. Las briznas de hierba de los bancales resplandecen con las gotas del rocío. Una soledad latente emana del edificio de encima. Ajay sube los peldaños para asomarse al interior, pero las luces están apagadas en el edificio principal. Ahora no sabe qué hacer. Todas las casas desperdigadas por la ladera parecen abandonadas. Así que vuelve a su cuarto, se tapa la cabeza con las mantas y espera.

—¿Te has lavado las manos? —le pregunta papá.

Ajay miente y contesta que sí.

—Lávatelas otra vez.

Es el mantra de la casa.

Lávate las manos. Lávatelas otra vez. Lávate los pies, lávate la ropa. Lávate esa naricilla llena de mocos.

Alimentan a Ajay. Papá lo anima a que coma.

—Para trabajar —dice— tienes que estar fuerte. Come arroz con sal y ghee, bebe leche, no te prives de lo bueno, tenemos ghee y leche de sobra.

Ahora le hablan del trabajo. Él asimila toda la explicación con aire impasible.

Papá tiene una pequeña granja a una hora de trayecto a pie a través del bosque, en un prado a gran altura. Ajay va a sustituir al chico anterior. Su trabajo consiste en ocuparse de la leche, hacer ghee y encargarse de las tareas del hogar: preparar el desayuno, barrer y fregar el suelo, lavar la ropa, vigilar el fuego, hacer el almuerzo, y, después del almuerzo,

lavar los platos. Le dan su propio plato, una taza, un cuenco y una cuchara.

—¿Sabes cocinar? —le pregunta papá.

Ajay niega con la cabeza.

—Entonces tendrás que aprender. Ahora mismo. Y mañana, después de desayunar, iremos a la granja.

Mamá le enseña cómo prepara la cena esa noche: curri de pollo, aloo gobi, palak paneer, arroz. Él observa boquiabierto la abundancia de ingredientes, la liberalidad con las especias, las cucharadas de ghee. Mamá es una cocinera generosa, una maestra paciente. Le echa gotitas de lo que cocinan en el dorso de la mano para que lo pruebe y él levanta la vista mientras la lengua le explota cada vez, con ojos enormes de incredulidad.

—Mira cómo sonríe —dice mamá, pero papá está absorto en el periódico.

Cuando llega el momento de los rotis, le ordenan que los haga él y los dan por buenos, aunque ha escatimado con la sal.

Ahora le enseñan a poner la mesa, a distribuir las cucharas de servir, los cuencos, los platos, y, cuando la cena está lista, le piden que se siente con ellos a la mesa.

No sabe cómo.

—Siéntate. —Mamá retira la silla contigua hacia atrás—. Aquí mismo.

Ajay se sube a la silla, mirándola a ella.

—Ahora, sírvete tú mismo —le dice.

Él los mira a ambos con gesto vacilante.

—Anda, sírvete.

Alarga la mano hacia el cucharón y se echa con torpeza unas porciones pequeñitas en su plato, mientras papá disimula y hace como que no ve que está tirando la comida por el camino.

Cuando el plato de Ajay está todo salpicado de pequeños montoncillos de comida, papá acaba sucumbiendo al impulso de intervenir.

—Tienes que comer más que eso —dice al tiempo que sirve generosas cucharadas de arroz y dal en el plato de Ajay y

corona todo con varias de ghee.

—¿A que es el mejor ghee que has probado? —dice mamá.

—Sí —murmura Ajay.

Es la primera vez que prueba el ghee.

—Tu padre ha muerto —le explica papá, como si su padre acabase de llamar por teléfono para comunicar la noticia—. Y tu madre necesita que la ayudes como buenamente puedas.

Está estableciendo la historia.

—Así que has venido a trabajar aquí para que en tu casa las cosas vayan bien.

Ajay se limita a mirarlo.

—Tu madre ya no tiene nada de que preocuparse. Tu familia es feliz porque trabajas.

Ajay imagina la cara de su madre, esperando en la penumbra mientras a él lo suben a la Tempo. Imagina el cadáver humeante de su padre. Ve los campos de trigo, se vuelve y sale corriendo para huir de los gritos de su hermana. Aplasta una cucaracha con los pies descalzos, repitiendo en su cabeza los nombres de Kuldeep y Rajdeep Singh.

—Sé que vienes de un lugar donde se siguen muchas costumbres y creencias atrasadas —dice papá—, muchas reglas y costumbres que se ajustan a la realidad de tu mundo. Pero nosotros aquí estamos liberados de todo eso, así que ahora tú también eres libre. ¿Lo entiendes?

Mira a papá y luego a mamá, mira las ascuas del fuego, el curri de pollo.

—En nuestra familia las reglas son distintas —prosigue papá—. No importa de dónde vengas. Todos somos seres humanos y todos los humanos somos iguales. ¿Sabes qué significa eso?

Ajay no dice nada.

—Significa que, si alguien te pregunta quién eres y de dónde vienes —insiste papá—, les dices lo siguiente: pertenezco a una familia chatria.

Ajay baja la mirada al plato.

—Dilo —lo anima papá, alargando las palabras—: «Pertenezco a una familia chatria».

Ajay mira a mamá y esta lo anima con un gesto a que lo diga.

—Vivo en una familia chatria —murmura.

—No —dice papá—, perteneces a una, ¿de acuerdo?

Ajay asiente.

—Pertenezco a una.

—Muy bien —dice papá, satisfecho—. Ahora, come.

Ajay lo intenta.

Hace una pelota de arroz y dal. Se queda mirándola.

Pero no puede llevársela a la boca.

Está como paralizado.

—¿Qué pasa? —pregunta papá, bajando la cuchara con gesto elocuente.

—¿Qué te pasa, hijo? —Mamá se agacha hacia él para que pueda hablarle al oído.

Cuando se lo dice, ella mira a papá con expresión turbada.

—Quiere saber —dice con delicadeza— si puede comer ahí… —hace una pausa y baja la mirada—, en el suelo.

Papá inspira profunda y deliberadamente, con un suspiro que transmite sus sentimientos mejor que cualquier palabra.

—Ya te lo dije —le dice a mamá.

—Ya lo sé —contesta ella.

—Muy bien —le dice a Ajay, volviendo a hablar en hindi—. Coge una de las bandejas de metal y vete.

Ajay se baja de un salto de la mesa y coge una de las bandejas metálicas baratas. Traspasa el contenido de su plato de loza, añade un poco más de pollo y corre hacia el rincón de la cocina, donde se sienta cruzando las piernas, de espaldas a ellos, y se atiborra de comida. Es más de lo que ha ingerido en una semana…; es como si la barriga fuera a reventarle.

Después de cenar, cuando mamá y papá están descansando, le encargan la tarea de recogerlo todo y lavar los platos. Cuando todo está limpio, mamá le enseña a preparar leche caliente con cúrcuma.

—La jornada empieza a las cinco —dice papá mientras Ajay se sienta en cuclillas a beberse el haldi doodh junto al fuego.

El calor es hipnótico. Siente el impulso de tumbarse y echarse a dormir ahí mismo, pero, cuando termina, le dan unas sandalias y lo mandan abajo por los peldaños fríos, tiritando en el aire húmedo, a encerrarse en el cuarto, tapado con todas las mantas que pueda encontrar, acostado en la oscuridad transida de dolor, a la espera del amanecer.

5

Se acaba el invierno, se acerca la primavera, la nieve se derrite y el ganado pronto volverá a pastar en los prados. En la granja, le han encomendado el cuidado de las vacas, le han enseñado a alimentarlas con el forraje y a limpiar los establos, a llevarlas a ordeñar y a apearlas cuando pacen. Todas las mañanas, Ajay sube corriendo y vuelve a la casa con dos cántaros de leche. Los otros trabajadores le llevarán el resto para que haga ghee o la embotelle para ponerla a la venta.

El trabajo es duro y Ajay siempre está cansado, pero come tres veces al día y nadie lo maltrata ni amenaza con matarlo. Esa vida es mejor que la que habría podido esperar o la que ha vivido hasta entonces. Cada mañana desayuna un vaso de leche fresca y varios rotis calientes bañados un ghee delicioso. En las comidas y las cenas que prepara, siguiendo las recetas que le ha dado mamá, nunca faltan las verduras frescas, y siempre hay arroz.

En sus ratos libres, cuando nadie mira, a Ajay le encanta revolcarse en los bancales, llenarse de barro entre la hierba, saltar de terraza en terraza descendiendo hacia la vaguada igual que lo hace la casa, hacia el río ancho y caudaloso. Sin prisa pero sin pausa, cada semana adquieren algo más de carne sus huesos, asoma alguna palabra más en su boca, una sonrisa, una carcajada. Y entonces lo asalta la culpabilidad, que acalla repitiéndose la mentira que papá le ha inculcado: su familia ahora vive bien gracias a él. E imagina cómo es su día a día. El sacrificio de Ajay ha allanado el camino hacia la prosperidad de su madre y su hermana. Se lo repite una y otra vez hasta que olvida la verdad. Se convence de que le gusta estar allí. Le gusta corretear entre los árboles, jugar con los perros de la granja, lavarse la cara con agua fría, sentarse junto a mamá frente al fuego por la noche. Y descubre algo más: le complace complacer, le complace adelantarse a cualquier necesidad, no solo a las de mamá o papá, sino a las de todo el mundo, las de los otros trabajadores, las de los animales y los comerciantes. No es solo que le complazca, exactamente, en realidad se parece más a restañar una herida,

a contener una marea, a ofrecer un sacrificio que repare el trauma de haber nacido.

Al inicio del verano ocurre algo inesperado: aparecen los extranjeros. Llegan en motos y autobuses, personas de pelo largo, extrañas, libres, felices, que se sientan a fumar en pipa como los sadhus, que hacen mucho ruido y escuchan música y llevan el caos a las montañas, que parecen vivir sin estructuras ni rituales ni reglas. El primer convoy de motos se presenta a media tarde. Ajay sale corriendo de su habitación para averiguar de dónde viene el ruido. Oye el estruendo a lo lejos y lo confunde con una avalancha o un terremoto, hasta que ve las motos al fondo del valle ascender por la sinuosa carretera del río poco antes de perderse de vista por debajo del promontorio.

Espera, aguza el oído, aún no se atreve a echar a correr, no quiere llevarse una desilusión.

Los ve reaparecer a medio kilómetro.

Sube los escalones de dos en dos, corre hasta la carretera cuando las primeras motos pasan con gran estruendo y las persigue entre saltos y gritos, chillando de entusiasmo cuando le devuelven el saludo.

Ese verano está impregnado de fascinación. Durante sus horas de descanso, Ajay sale a hurtadillas de su habitación, sube hasta el pueblo que hay cerca de las fuentes termales, donde los extranjeros pasan los días, y contempla boquiabierto a esos seres fascinantes que llenan las cafeterías mientras fuman, charlan y tocan música, aunque huye, espantado, luchando contra su timidez, cuando hacen el amago de hablar con él. Lo ven, lo saludan y le hacen señas para que les haga compañía, y la confianza en sí mismo va creciendo poco a poco. Cuando reúne el valor para acercarse, ellos ríen y bromean con él, le sonríen con amabilidad. Y, cuando a alguien se le cae una bebida, él acude corriendo con una servilleta. Cuando alguien necesita fuego, él acude corriendo con su caja de cerillas, prende una y mira cómo ríen. Decide que siempre llevará una encima. Enciende chillums y cigarrillos siempre que puede. El Chico de las Cerillas. Así lo llaman.

Durante todo el verano, las cafeterías y los restaurantes que habían permanecido cerrados hasta entonces cobran vida de pronto, rebosantes de música y luz, de olores de comida extraña y exótica, de hombres y mujeres lozanos que llevan flores. Antes de que acabe el primer mes, ya ha aprendido un puñado de palabras en inglés. Por favor, gracias, sí y no. Disculpe.

Papá incluso abre varias habitaciones en las plantas inferiores, después de que Ajay les haya dado un repaso, y las alquila por cincuenta rupias la noche.

Pero, cuando acaba el verano, los extranjeros desaparecen tan rápido como llegaron, un gran éxodo de motos y autobuses que se dirigen al sur, adentrándose en la India; los colores del otoño estallan y el frío se asienta, la tierra fragua y palidece. Los rebaños bajan de las montañas y se recogen en los establos para pasar el invierno, y cuando la nieve empieza a caer los habitantes de la casa se retiran a la habitación central, donde el fuego del hogar arde día y noche. Ajay duerme allí durante el invierno, junto a la cocina. Nunca se ha sentido tan solo en ese lugar, y bajo el resplandor anaranjado, viendo cómo nieva copiosamente a la luz de la luna, recuerda a su madre y a su hermana y sueña.

6

Transcurren siete años en ese lugar que nunca se convierte en un hogar, pero no conoce otro donde vivir, donde respirar, donde crecer; es el lugar al que está atado su cuerpo, del que no puede marcharse. Ajay lleva a cabo sus tareas, corre tras los extranjeros, aprende punyabí e himachali junto con su hindi, chapurrea un poco de inglés, alemán, hebreo y japonés, llena los huecos que constatan su existencia, da nombre a muchas cosas, mamá es amable con él —a veces llorosa y otras cruel—, pero le enseña con gran diligencia a leer y a escribir, y también a escribir su nombre en inglés.

Y en la casa, en la granja, se convierte en un adolescente fuerte y obediente, atlético, vigoroso; aprende a disparar, a cazar, ayuda en el parto de los terneros, alimenta a los perros y los adiestra, no baja la guardia, atento a osos y leopardos,

siempre allí, pero nunca allí del todo; siembra y cosecha el fruto que los sustenta, un funcionario, leal a papá, vital pero apenas trascendente para el orden general de las cosas, a merced de los ritmos y las corrientes de su ensenada doméstica, pero hasta cierto punto también protegido; come, bebe, se acaba la leche, da estirones, le crece un bigotito ridículo, aprende a afeitarse… Trabaja sin descanso, ¿cómo no va a hacerse fuerte? Habita un cuerpo de adulto, pero hay veces que su mente aún se aloja en la niñez, ansioso por que lo necesiten más de lo que él necesita a nadie. Pasa las noches de verano solo en su habitación, oyendo las fiestas del manzanar; las noches de invierno, en el piso de arriba, sofocado por el hogar. No tarda en superar a mamá en altura, luego a papá, aunque ninguno de los dos repara en ello. Y en el pueblo, verano tras verano, con la llegada de los hippies, pegado a ellos en el laberinto de cafeterías y pensiones que rodean las aguas termales, sigue aprendiendo inglés, Ajay el Cerillas, el Chico de las Cerillas, intérprete mudo, payaso silencioso, siempre a punto, aprende a trapichear con charas, a liar porros por una rupia, a llenar una chillum por cinco, procura que la gasa siempre esté a mano; el chico del que una vez se burlaron un alemán con el mono, un israelí habituado a consumir, un japonés enganchado al ácido, un inglés muerto de hambre, ahora es un joven fuerte, observador y poseedor de una belleza a la que nunca tuvo derecho. Pero dispuesto a servir por encima de todo, deleitando a quienes regresan todas las primaveras, a esos que dicen: «Ajay, ¿eres tú? Dios, sí que has crecido…». Quienes estaban acostumbrados a darle órdenes con naturalidad vacilan, pero también lo reclaman como si fuera de su propiedad, tratando de ganarse su favor. Quienes nunca se habían fijado en él sienten la necesidad de impresionarlo. Las mujeres bromean acerca de lo guapo que es. «Unos añitos más y…», dice una, y ríen con complicidad. Qué extraño resulta el paso del tiempo. Qué extraño ese cuerpo. Pero Ajay no es como ellos. No tiene malicia y conoce la fragilidad de los cuerpos.

Ha ido enterándose de la suerte de aquellos otros chicos, los que habían viajado con él en la jaula. Uno se había perdido en los bosques y lo habían encontrado devorado por sabe Dios qué animal; otro se había ahogado nadando durante

la crecida del río. Cuatro habían huido juntos después de robar a sus patrones y, de esos cuatro, dos habían sido declarados culpables de asesinato y pertenencia a una banda de ladrones; de los otros dos se sabía que les habían pegado un tiro antes incluso de pisar la cárcel.

—¿Y tú por qué no escapas? —pregunta papá cada vez que les llegan noticias.

—Porque no soy tonto —responde Ajay.

—Exacto, porque no eres tonto, y también porque eres un buen chico. Repite conmigo —dice, cambiando al inglés—: Como en casa, en ningún sitio.

Con los años, papá amplía esa casa tan grande, profunda y vacía, reforma las cuatro paredes de los cuartos inferiores, acondiciona el lugar para recibir huéspedes, pinta las plantas de colores alegres y se saca un extra en verano. Una obligación más; además de sus tareas habituales en la granja ahora Ajay también se encarga de la pensión y cambia las sábanas, limpia las habitaciones, cocina para los huéspedes y hace todo lo que le piden.

A veces, los extranjeros que se hospedan en la casa se interesan por él. ¿De dónde eres? ¿Dónde está tu familia? ¿La visitas? ¿Cómo es la vida en tu pueblo?

Él elude sus preguntas con una sonrisa tímida.

—¿Vas a la *scuola*? —quiere saber el italiano de piel curtida por el sol cuando Ajay cuenta quince años.

Ajay niega con la cabeza.

—¿Qué cosa haces? Para aprender.

—Trabajo. —Y sonríe.

—¿Antes vas *scuola*?

—Cuando era pequeño —contesta, pensando muy bien cada palabra antes de pronunciarla.

—¿Cuándo dejas?

Silencio. Se encoge de hombros.

—¿Cuándo llegas aquí?

El italiano no le quita ojo, insiste, como si quisiera leerle el pensamiento.

—Tú dinero, ¿no? —El hombre hace el gesto universal, frota el pulgar y el índice, y extrae un billete de diez rupias,

para asegurarse—. Dinero. Rupias.

Ajay finge que no lo entiende y continúa preparando la comida.

—Toma, para ti, tuyo.

Ajay mira el dinero, sonríe y niega con la cabeza.

—Venga, tuyo.

Finalmente lo acepta y se lo mete en el bolsillo con timidez.

El italiano se recuesta y lo observa.

—Tú no dinero. ¿Verdad?

Así es. Nunca le han pagado. Papá le ha dicho que le envía su salario a su madre todos los meses. No tiene motivos para dudarlo, confía en su buena fe.

Pero ahora quiere conocer los pormenores, como si oyera el mismo cuento todas las noches.

Poco después, una tarde que camina abriéndose paso a través del bosque, lejos de la granja, deteniéndose de vez en cuando para no dejar atrás a papá, pregunta con indiferencia cómo le llega su salario a su madre, que está en el pueblo.

Papá permanece callado unos instantes, como si no lo hubiera oído. Finalmente dice:

—Lo ingreso en una cuenta bancaria. Y tu madre saca el dinero allí.

—¿De un banco?

—Sí.

—¿Ella tiene un banco?

—Sí. El de tu pueblo —dice papá.

—No lo conozco.

—Cuando vivías allí no había bancos. Acaban de abrirlo.

—¿Y cómo le llegaba antes de que lo abrieran?

—Le pagaba el hombre que te trajo.

—¿Cuánto dinero le dan?

—Recibe quinientas rupias al mes —contesta papá.

Ajay piensa en la cantidad que acaba de oír y calcula todo lo que su madre podría comprar con ese dinero.

Continúan caminando. El sol parece prender fuego a las ramas. El perfume dulzón de la resina impregna el aire.

—¿Puedo verla? —pregunta Ajay.

—Claro —contesta papá de inmediato—. Puedes ir cuando quieras.

—Me gustaría verla.

—Pero, si vas —añade papá—, tendré que buscar a otra persona y ya no podrás regresar, eso lo sabes, ¿no?

La idea de que otro chico ocupe su lugar le encoge el corazón.

—No sé cómo volver a casa —dice al final.

Silencio.

—Pero ¿puedo llamarla por teléfono?

—A lo mejor sí —dice papá, como si nunca se lo hubiera planteado—. ¿Tiene teléfono?

—No lo sé.

—Aunque tuviera, no sabemos el número.

Rumian el asunto en silencio.

—¿Y los hombres que me trajeron? —dice Ajay—. ¿No podemos preguntarles a ellos?

—Dejaron de venir ya hace unos años —contesta papá. El sendero se ensancha, pasan junto a una máquina abandonada, el olor a óxido y aceite viejo flota en el aire—. ¿No eres feliz aquí?

—Sí, lo soy.

—No te falta de nada. No pasas hambre, no tienes de que preocuparte. Estás rodeado de naturaleza.

—A veces pienso en mi madre.

Papá suspira.

—Es normal —dice.

—A veces sueño con ella.

—Tu madre quería que trabajaras.

—A veces pienso en volver después.

—¿Después de qué?

—Después de que ya no me necesites. Quiero volver y ser alguien importante.

—¿Ah, sí?

—Cuando sea mayor.

—Lamento que quieras irte.

—No voy a irme —dice Ajay.

Salen del bosque y enfilan el camino de vuelta a casa, un paseo corto.

—Hagamos un trato —le propone papá con tono afectuoso —. Uno de estos días te contaré todo lo que sé sobre tu madre y tu pueblo. Y luego tú decides si quieres irte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Sabes que nadie te retiene aquí en contra de tu voluntad, ¿verdad?

Continúan caminando. El cielo es distinto en el valle.

Los glaciares de Ladakh están derritiéndose.

—¿Cuándo será? —pregunta Ajay—. ¿Cuándo me lo contarás?

Papá mira las nubes con aire pensativo.

—¿Qué te parece el año que viene, cuando cumplas dieciséis?

Papá muere unos meses después en un accidente. Su Mahindra Armada choca de noche, muy tarde, contra un autobús en una curva ciega de la carretera de Bhuntar-Manikaran. Fallecen veintiséis personas. El conductor había tomado anfetaminas sin receta; el cobrador del bus tenía la misma edad que Ajay.

Encuentran el cuerpo de papá al día siguiente, casi veinte metros más abajo del lugar del accidente, colgando de las ramas de un árbol, empapado por la lluvia, con las tripas desovilladas a lo largo del desfiladero como una cinta de casete.

Ajay, olvidado casi por completo en medio de las efusivas manifestaciones de dolor, ese día busca refugio en la granja, atiende a los animales, lleva la leche a la casa y por la noche baja hasta su habitación solo para dormir. La muerte, la incineración traen de vuelta sueños aterradores. Tan pronto como acaba la última ceremonia, cuatro días después del accidente, la familia de la desconsolada mamá la escolta de vuelta a su pueblo natal, situado en un valle a seis horas de allí. Ajay ve cómo la acompañan hasta el coche, cómo se la llevan. Se queda quieto junto a la ventanilla y tiende la mano, y ella lo ve, pero no dice nada ni reacciona.

Y se va. Los trabajadores de la granja retoman sus quehaceres y él se queda solo en la casa. Se ha quedado solo en la casa otras veces, pero nunca de esa manera, nunca sin que alguien le dijera lo que tenía que hacer, nunca sin un horizonte a la vista. Vuelve a encender el fuego y, cuando ha prendido con fuerza, se pone a hervir y a desnatar la leche. Luego corta verduras para una cena que no comerá nadie.

Cuando está lista y todos los platos están dispuestos en la mesa junto con los dos salvamanteles, se sienta en el suelo con su bandeja de metal y come su ración en silencio. Tras la cena, tras haber lavado los platos, se adentra con paso inseguro en la sección privada de la casa, visita el dormitorio de mamá y papá. Se detiene en medio de la habitación, mira la cama, los peluches de la cómoda de mamá, el reloj que hace tictac en el escritorio de papá. Finalmente se sube a la cama, en el lado de mamá, y se hace un ovillo, huele la almohada, se abraza a ella, se duerme. Quiere preguntarle muchas cosas. Quiere saber cuál es el banco de su madre, el número de cuenta, dónde está la sucursal.

Por la mañana, se despierta y ve a un hombre de pie junto a él. Da un respingo al abrir los ojos, asustado, se acurruca en un rincón de la habitación, con la cabeza agachada.

—Asqueroso —le espeta el hombre—. Fuera de aquí. ¿No te da vergüenza?

Es un pariente de papá que ha ido a hacerse cargo de la casa y de la granja. Se ha traído a sus propios chicos.

Envían a Ajay a la habitación principal. Se queda quieto, sin saber qué hacer, entre la cocina y los fogones, con los brazos caídos. Ya han cambiado cosas de sitio. Están desmantelando el orden que él ha ayudado a crear, un orden que ha practicado y respetado durante años. La casa no le transmite una buena sensación, es distinta, ya no es algo estable. Le comunican que tiene una hora para recoger sus cosas.

—Puedo ayudar —se apresura a decir.

—No necesito ayuda —responde el hombre.

—Trabajaré gratis.

El hombre ríe de manera desagradable.

—Ya lo haces.

Ajay está tan angustiado que no se mueve. Espera que eso sea un sí.

—¡¿A qué esperas?! —grita el hombre alzando una mano en el aire como cuando se ahuyenta a un perro.

—Pero ¿adónde voy a ir?

—¿Y a mí qué me importa? Vuelve a casa.

Es abril de 1999. No tiene papeles, ni carnet de identidad, ni educación formal, ni dinero, ni aval, solo sus escasas pertenencias: un pato de cuerda, una colección de cajas de cerillas usadas, su inteligencia, los cuatro idiomas que chapurrea, su disposición como criado. Sube a la granja y se despide del ganado, deja que los animales le laman los dedos con sus lenguas blandas y calientes; lo miran con sus grandes ojos, hinchando los ollares, complacidos, en señal de reconocimiento. Ha ayudado a nacer a algunas de esas vacas. Ha visto morir a otras. Cuando baja hasta la casa, ya han cambiado los muebles de sitio y están vaciando las habitaciones para enviarle sus cosas a su madre. Hay más chicos ocupados en otras tareas, aunque Ajay encuentra defectos en la manera en que las ejecutan. Espera un momento de tranquilidad para ir a buscar su plato y su cuenco a la cocina, los mete en un saco de yute y roba su cuchillo preferido, luego baja corriendo a su habitación, la abre, reúne las propinas que ha ido ahorrando al cabo de los años y que oculta entre el resto de las cosas, en lugares secretos, envueltas en varias bolsas de plástico para protegerlas de la humedad. Son casi cinco mil rupias, una fortuna atesorada con amor hasta ese día y que de pronto se ha convertido en motivo de preocupación. Cuando se va, con todas sus pertenencias en ese pequeño saco, cierra la puerta con llave y echa a andar hasta que alcanza el límite de la propiedad. Se sube a la pared baja, de cara al valle y el río, al campo de al lado, se baja los pantalones y mea en dirección al río, y cuando ha acabado, casi seguro de que los nuevos inquilinos de la casa están mirándolo, lanza la llave de su habitación con todas sus fuerzas hacia la hierba alta y exuberante de la propiedad vecina.

Se aleja de esa casa que conoce incluso con los ojos cerrados, sabiendo que no volverá a verla. Emprende la subida hacia el pueblo a través de caminos secundarios, remonta las cuestas empinadas en zigzag, ataja por riachuelos, por en medio de huertos, por la parte trasera de otras casas, por patios llenos de gatos y perros que conoce. Continúa una vez pasado el pueblo hacia los altos pinares, se sienta en un peñasco.

¿Qué va a hacer ahora? Tiene el mundo ante sí. Podría ir a

Delhi si quisiera, y llegarse hasta Uttar Pradesh desde allí. Podría tratar de encontrar a su madre y a su hermana; si se lo propusiera de veras, quizá recordara su tierra y reconociese las laderas desde lejos; seguro que acabaría dando con ella con el tiempo. Ahora es fuerte, es listo. Sabe leer y escribir, incluso habla un poco de inglés. Podría hacerlo, no es inconcebible. Pero…, cada vez que se lo plantea, la idea empieza a encogerse y a arrastrarse de miedo. La imagen de su madre se desvanece, los gritos de su hermana. ¿Recuerda cómo eran siquiera? Aún las ve en sueños, atisba sus rostros de reojo, pero cuando trata de reconstruirlos en la vigilia se desmoronan ante la intensidad de su dolor. En cualquier caso, está casi seguro de que ahora son ricas. De que son felices gracias a él. Por eso ha trabajado tanto, por eso se ha sacrificado, por eso ha estado en ese lugar tantos años. Seguro que ahora tienen suficiente dinero. Además, ¿qué va a pensar su madre cuando el dinero deje de aparecer en la cuenta corriente? ¿Que ha muerto? Quizá. Puede que lo lloren. Quizá sea mejor así. Ha pagado su deuda y ahora es libre.

Se levanta con esa liberación repentina y baja de los pinares con paso tranquilo y la bolsa a rastras hasta el pueblo. Por fin ve su libertad como una oportunidad. Si lo desea, puede vivir como los extranjeros. Sin ataduras, puede hacer lo que quiera. Trabajar un tiempo en la ciudad, ganarse la vida en Delhi una temporada, conocer el mundo y sus maravillas, ir a la lejana Bombay. Imagina cómo sería. Podría trabajar allí, familiarizarse con ambos lugares, y buscar a su madre y a su hermana más tarde, cuando le viniera bien, cuando fuera un hombre rico. Pero entonces vacila. Al fin y al cabo, no tiene papeles. Su identidad está ligada a la granja, a papá, a ese pueblo. ¿Y cómo va a manejarse en la ciudad, un lugar aterrador?

Deambula por el pueblo con esos pensamientos bullendo en su cabeza y se sienta en los escalones del Purple Haze, una de las cafeterías de mochileros por las que tanto se ha paseado durante su adolescencia, tolerado y posteriormente adoptado como se adopta a los perros callejeros. El dueño, Surjeet, siempre se ha portado bien con él. El hombre sale para darle el pésame por la muerte de papá.

—Vaya, ¿y esto? —pregunta mientras toca la bolsa de Ajay

con el pie—. Nos vamos de viaje, ¿eh? ¿Tienes vacaciones o habías pensado hacer peregrinaje?

—No —contesta Ajay con timidez.

—¿Y entonces? ¿Te han echado?

Ajay asiente y sonríe con resignación.

Surjeet niega con la cabeza.

—He oído que el nuevo es un ladrón. ¿Adónde vas a ir?

—A Delhi.

—¡Eh! No vayas a Delhi —dice Surjeet—. Esa ciudad es el horror.

—Voy a trabajar.

—Lo más probable es que acabes en una zanja.

Ajay espera con paciencia a que diga algo más.

—Escucha —dice Surjeet al final—, mis clientes ya te conocen, y me consta que eres de los que se aplican. ¿Por qué no te quedas aquí y trabajas para mí? A cambio de dinero, como un trabajador de verdad.

Es inquietante la rapidez con la que dice que sí.

Se adapta deprisa a esa vida de servicio. Le pagan dos mil rupias al mes, además de la comida, y por la noche puede dormir en el suelo de la cafetería junto a los demás chicos, en un colchón que tiende cuando han recogido las mesas y las sillas. Surjeet vive en el pueblo y se va a su casa sobre las seis de la tarde. Los chicos de la cafetería —nepalíes que ya llevan varios años allí— se quedan levantados después del cierre, preparan algo de comer, fuman tabaco barato, ven películas en laser disc, hablan de su hogar con nostalgia, de lo que harán en el futuro, cuando tengan suficiente dinero ahorrado, de las cafeterías que abrirán, de la maquinaria agrícola que comprarán. Menos Ajay. Él hace su trabajo, barre, se asegura de que la cafetería esté recogida y es el primero en irse a dormir, a las diez en punto se acurruca en un rincón, ajeno al ruido, a las risas. Ni se le ocurre unirse a ellos, preguntarles si puede acompañarlos, y a ellos nunca se les ocurre ofrecérselo; aceptan a Ajay tal como es, alguien sin malicia ni curiosidad. También es el primero en despertarse, antes del alba. No quiere arriesgarse a malograr la suerte de haber encontrado ese lugar, no quiere poner en peligro su seguridad por culpa

de un comportamiento impropio. Tan pronto como se despierta, después de recoger su cama, da un paseo de quince minutos a través del bosque mientras se limpia los dientes con una ramita, en dirección a una pequeña cascada que conoce, con una pastilla de jabón en la mano. Se desnuda y se asea, metiéndose en el agua helada, olvidándose de todo durante un momento; luego regresa a la cafetería y saca los despojos del día anterior para alimentar a las vacas y los huesos de pollo para los perros callejeros de la plaza. Cuando vuelve a la cafetería, barre en silencio los restos que los chicos hayan dejado por la noche mientras estos siguen durmiendo y luego, a medida que se levantan, empieza a colocar las sillas y las mesas. Los nepalíes se estiran, escupen, se lavan los dientes, se envuelven en chales, miran las montañas con gesto ausente, se fuman un cigarrillo, observan cómo Ajay hace el trabajo que deberían estar haciendo ellos y después encienden los hornillos y preparan chai y el desayuno y miran a Ajay agradecidos y un tanto desconcertados. El trabajo duro de Ajay hace que no tarde en ganarse su favor, el chico es como una mascota. Lo dejan tranquilo, le consienten, en cierta manera. Ajay trabaja igual toda esa primera temporada, sin flaquear ni desfallecer. No juzga a nadie, no se hace enemigos, se guarda sus opiniones para sí. Sonríe y asiente ante todo lo que le piden. Los demás cuidan de él. Cuando cocinan, también lo tienen en cuenta, y Ajay come agradecido. Inspira amistad y lealtad.

Al final de la temporada, cuenta el dinero y recibe lo que le corresponde de propinas. Ha reunido catorce mil rupias en total; no da crédito a la facilidad con que lo ha hecho. Casi es como si le dieran dinero por no hacer nada. Es algo mágico, irreal. Le gusta la seguridad que lo acompaña; ahora podría ir donde quisiera, vivir tranquilo un tiempo, tomar sus propias decisiones. Sin embargo, eso también conlleva peligros… y tiene que decidirse. Se aproxima el invierno, las cafeterías han cerrado, la nieve no tardará en llegar, las carreteras quedarán bloqueadas, el pueblo hibernará, igual que todos los años, y él no tiene adónde ir. Si se queda, deberá encontrar una casa en la que trabajar para vivir. Le pregunta a Surjeet si puede quedarse, pero Surjeet dice que él también se va, a Chandigarh, y que cerrará la casa.

—Yo puedo encargarme de ella —dice Ajay.

—¿Solo? ¿Todo el invierno?

—Sí.

—No, ¿por qué no buscas otro trabajo y vuelves en primavera?

Surjeet y sus nepalíes debaten entre ellos e invitan a Ajay a acompañarlos primero a Delhi y luego a Goa, para trabajar. Menos dos, los demás se dirigen a un chiringuito de playa al que siempre van. Llaman al dueño. Cuando consiguen contactar con él, le preguntan. Y sí, Ajay puede ir y trabajar igual que cualquiera de ellos. Salen hacia Delhi dos días después.

Durante el viaje, que emprende mucho antes del alba, mientras va sentado en el autobús con la cabeza apoyada contra la ventanilla helada, contemplando el paso de las montañas azuladas, siguiendo los contornos que conoce de memoria, Ajay tiene otro plan. Se le ocurrió la noche anterior, cuando no conseguía pegar ojo, aunque en ese momento estaba demasiado nervioso para verbalizarlo. Pero ahí está ahora, reafirmado con ímpetu. Lo hará, lo que le dijeron que hiciera, lo que nunca había tenido el valor de hacer: volverá a casa.

¿Cómo no iba a hacerlo?

Con el dinero en el bolsillo, volverá a casa.

Ya se las arreglará de alguna manera. El dinero será su guía y su protector.

Inspira hondo, se despide de las montañas; se le acelera el pulso y la cabeza le da vueltas ante la enormidad de lo que le aguarda por delante. Por fin lo vence el sueño.

Se despierta envuelto en tráfico y bochorno; el sol cae a plomo sobre el costado izquierdo del autobús y le abrasa la frente, apoyada en el vidrio. No pueden ser más de las nueve de la mañana, pero la temperatura ya es mucho más alta de lo habitual. Está aturdido.

—¿Ya hemos llegado a Delhi?

Los chicos ríen. Aún no han dejado las montañas.

—Hace mucho calor —dice, sorprendido.

—Aquí abajo siempre hace más calor —contesta uno de los chicos.

Se encuentran en un atasco, en mitad de un mercadillo, con

autobuses, camiones y Tempos que quieren abrirse paso. Es cierto, aún los rodean las montañas, todavía alcanza a ver los picos, pero son distintas, el cielo es distinto, el humo negro de los motores hace el aire irrespirable. Lo asalta la angustia. El calor es asfixiante, el ruido de los cláxones se le mete en la cabeza. El plan, tan firme y sólido, de pronto lo aterroriza, se le escapa entre los dedos. ¿Cómo ha podido ocurrírsele algo así?

La angustia aumenta y gana fuerza a lo largo del día. ¿Cómo va a arreglárselas? ¿Cómo va a sobrevivir en ese mar traicionero de cuerpos y objetos? Con el dinero que lleva en el bolsillo no tiene ni para empezar. El espantoso nudo del estómago no lo abandona. Cuando por fin llegan a Delhi, se halla en un absoluto estado de desesperación. La ciudad lo abruma; el ruido lo agobia, el hormigón infinito, el caos que conforma. Es incapaz de entender lo que ve. Cuando bajan del autobús, se pega a los nepalíes, quienes se dirigen con paso seguro al lugar en el que siempre se alojan, una azotea adyacente a un hotel de Paharganj en el que trabajan más nepalíes. A pesar de que le repiten que no se separe de ellos, está a punto de perderlos varias veces entre los empujones de la gente, atosigado por gruñidos y maldiciones. Lleva la bolsa delante, con el dinero pegado al cuerpo. Respira aliviado cuando llegan al hotel, serpentean por pasillos húmedos y malolientes y salen a la azotea. Al menos allí hay tranquilidad. Están a resguardo de lo peor de la ciudad. Los chicos le aconsejan que no se separe nunca del dinero y los papeles, de nada de valor. No te fíes de nadie, no te alejes de nosotros. Disponen varios colchones en la azotea, en los que dormirán todos acurrucados bajo las estrellas. Cuando anochece, los chicos ponen un bote, lo poco que reservan para su disfrute, lo que no destinan al viaje o a enviar a casa, y van a la licorería a comprar una botella de buen whisky, el único lujo anual que se permiten. Luego, con los amigos del hotel, celebran una fiesta en la azotea, suben un hornillo de camping, hacen momos de pollo al vapor, sekuwa de cerdo, tamatar jhol. Se acaban el whisky, se beben la botella entre todos, cantan canciones durante horas. Ajay se mantiene al margen y los observa, como siempre; no toca el alcohol, apenas toca la comida. Pregunta por qué no se quedan y

trabajan en la ciudad. La ciudad es mala, dicen, está llena de estafadores, delincuentes, es fea y sucia, no tiene nada bueno, aquí solo les va bien a los ricos, los demás lo pasan mal. Colocan los colchones y se acuestan. Es septiembre, la noche es ligeramente fresca. Puede que llueva, dice uno. Ha oído que en Goa está lloviendo, una visita tardía del monzón. ¿Alguna vez has visto el mar? Ajay dice que no. Te va a encantar, aseguran. Allí abajo es todo distinto, no es tan duro como en las montañas. En Goa se vive bien.

A lo largo de la noche, siente el rugido distante del tráfico penetrando en su alma, los grandes camiones y sus cláxones, el llanto quejumbroso del exilio. Sigue el sonido y piensa en la tierra vasta e inhóspita en la que ha nacido. La idea de marcharse, de encontrar su hogar, le parece patética. Es imposible. Ese hogar no existe, tiene que repetirse una y otra vez, debe olvidarlo. Concilia el sueño con esa idea en mente. Y por la mañana, cuando suena la campana del templo y los bhayans emprenden su ascenso y descenso hipnóticos, Ajay está listo para partir.

Llegan a Goa tres días después y se presentan en un chiringuito de Arambol llamado RoknRoll. Allí es donde Ajay ve el mar, se detiene en la orilla de la playa, deja que las olas le envuelvan los tobillos, que le laman los pies desnudos. Sus días están llenos y vacíos al mismo tiempo, y el trabajo nunca ha sido tan agradable. Se vive a gusto en Goa. Y, además, cae bien a la gente del chiringuito, un buen trabajador que no fuma ni bebe. Un chico que chapurrea inglés y nepalí. Les cae bien porque sabe comportarse, sabe que no debe quedarse mirando a las extranjeras, que no debe hacer muchas preguntas. Los extranjeros también lo aprecian; es diligente, corre a la cocina con la comanda y se apresura a volver con la comida y una sonrisa. A las chicas les gusta porque es tímido y guapo, tiene unos dientes blanquísimos y un cuerpo atlético y no se las queda mirando, no trata de encandilarlas con poses y palabrería. Se siente querido. Se limita a servir. Olvida todo lo demás. Así transcurre la temporada. Casi siempre cegado por un sol que a veces los cristales de la arena reflejan con violencia. Deja el cepillo de dientes junto al de

los demás, en el húmedo cuarto de baño de la parte trasera. Comparte el desodorante Axe que sobra, las camisetas y los vaqueros que sobran también. Un tanto perdido. Quemado por el sol y curtido. Aprende a nadar, al principio al estilo perrito, luego, avanzada la temporada, unos extranjeros le enseñan a nadar a braza y más adelante a crol. También aprende a pilotar una lancha motora, a cazar cangrejos entre las rocas a la luz de la luna, cuando se retira la marea, y duerme en la playa, bajo las estrellas. Juega al voleibol, al críquet y al fútbol a la hora de la siesta, cuando hay menos carga de trabajo. Come pescado, ternera, pasta a la carbonara con pollo y patatas fritas, mango, agua de coco, piña; no le queda un centímetro de piel sin broncear.

Se siente afortunado, satisfecho. Pero, en la oscuridad, se recuerda: «Ya se sabe lo incierta que puede ser la vida».

No se equivoca.

Algunos nepalíes han estado trapicheando con charas. Lo traen de las montañas todas las temporadas, cien tolas en total. El inigualable charas de las montañas. Pegajoso y verde, envuelto en celofán. Lo venden directamente en el chiringuito, lo anotan junto con la comanda; así funciona, el cliente pide la «sensación de las montañas», un plato que no está en el menú. Y lo paga con el resto, aparece en el mismo recibo, junto a los demás platos. El charas se le pasa al cliente en una de las cajitas de madera que se utilizan para llevarles la factura junto con el cambio. Es un buen sistema. El dueño del local se lleva su parte, igual que la policía. Pero a algunos chicos les pierde la codicia, también trapichean en la playa por su cuenta, sin protección, e incluso en otros bares y en carreteras secundarias, de noche. Un día, encuentran el cadáver de uno de los chicos en la jungla, atado a un árbol, con un trapo en la boca y las manos amputadas.

Lo incineran. Todos lo olvidan.

Nadie lo olvida.

Los chicos, con los nervios a flor de piel, viven al límite tratando de no llamar la atención. Algunos tienen novias extranjeras, chicas que conocen en la cafetería, con las que intiman, a las que ofrecen drogas, a las que llevan a la jungla o acompañan en moto a cascadas que se encuentran tierra adentro, a las que les enseñan lugares recónditos, tanteando

la posibilidad remota del «Yo me ocupo de tu visado, ven a vivir conmigo». Los chicos animan a Ajay a buscarse novia. ¿A qué espera? Le sobran admiradoras. Las chicas suelen preguntar por él. Pero Ajay es muy tímido, se inhibe. No lo concibe, le aterroriza su propio cuerpo, sus necesidades. Prefiere no salirse de sus límites; esa es su fortaleza. Duerme en la playa, hecho un ovillo, acurrucado junto a los perros callejeros, atraídos por su bondad y por el rastro de la necesidad mutua.

Elabora una fantasía: volverá a casa para llevarse a su madre y a su hermana. Llegará en su propio coche, con chófer, él sentado detrás, y todos llorarán cuando toque los pies de su madre. Todo el pueblo lo celebrará.

7

Todo podría haber continuado igual, una vida diferida, de no ser por la súbita aparición de Sunny Wadia. Llega cuando Ajay ha regresado a las montañas, después de dejar Goa para trabajar la temporada de verano de 2001 en el Purple Haze.

Sunny es el cabecilla de un grupo de juerguistas, indios que viven como los extranjeros, algo que aún es una rareza por entonces. Viven como los extranjeros, pero no se parecen en nada a ellos: cuatro hombres y una mujer, algo peligrosamente nuevo y atrevido; indios jóvenes, ricos y glamurosos, sin miedo a mostrar lo que son, sin miedo a los barrios bajos, bien recibidos en todas partes, encantados de haberse conocido. Viajeros poco preocupados por la autenticidad, sin problemas para compartir las cafeterías con los extranjeros y fumar en chillum y comer lo mismo que los mochileros; que llegaban en cochazos relucientes sin arañazos en lugar de autobuses y motos, y que vestían ropa buena y se alojaban en los mejores hoteles del pueblo, los de balcones de pino relucientes y bares caros.

Ajay nunca se ha topado con ese tipo de indios. El grupito parece hacerse con el pueblo en un abrir y cerrar de ojos. Las tiendas no dejan de enviar paquetes y más paquetes a su hotel. Hay conductores deambulando a su alrededor, ansiosos por ponerse a su servicio, aguardando para llevarlos de paseo,

llevarlos a fiestas y que no tengan que conducir ellos. Y a diferencia de los extranjeros, que cuentan hasta la última rupia, el dinero no significa nada para este nuevo grupo, el dinero no es una preocupación, no hacen de la tacañería una virtud. Gastan. A espuertas. No renuncian a ninguna comodidad; no envuelven de romanticismo la miseria. Se propaga el rumor de tanto derroche y de las generosas propinas que lo acompañan. La economía del lugar se reorienta hacia ellos. Todos quieren llevarse su tajada, tanto quienes trabajan como quienes viven en el pueblo. Todos compiten por su favor. Pero algunos extranjeros empiezan a quejarse. Esos indios, dicen algunos, no entienden su propia cultura; están contaminados por Occidente. Qué triste ver cómo han perdido el rumbo.

Los chicos del Purple Haze entablan animados debates cada vez que los ven y analizan todo lo que hacen, hasta el último detalle. ¡Cinco nada menos! Muy sofisticados. Los hombres son muy ricos y apuestos. ¡Y van con una mujer! ¿Con quién está casada? ¿De quién será novia? ¿Cómo es posible? ¿De dónde creéis que son? ¿De Chandigarh, Delhi, Bombay? Uno está convencido de que la mujer es una actriz famosa. Otro piensa que hay un jugador de críquet entre ellos. Esos indios van a las cafeterías a fumar charas todos los días y pagan la crema de Malana sin vacilar. Fagocitan los lugares a los que van, los invaden, los colonizan y pasan al siguiente. Gracias al dinero. Aquí se les antoja bizcocho de nueces. Allí, crepes de plátano. Les apetece ese Strogonoff. Piden platos en una cafetería para que se los sirvan en otra. Están en Purple Haze y piden en MoonBeam.

—Muy poco respeto —dice alguien. Es una española, esquelética y con la piel muy curtida por el sol, de cuarenta y tantos, sentada en la otra punta de la cafetería con un cigarrillo en la mano, con ganas de guerra—. No podéis hacer eso —prosigue. Gesticula con los brazos, enojada—. Hacer eso que hacéis no está bien. —Señala al dueño—. Él hace comida. —Señala su propio plato—. Y vosotros traéis otra comida. Debería daros vergüenza.

Ellos la miran, divertidos, y empiezan a bromear en hindi.

—Escucha a la chutiya… Esa tipa está loca.

—¡No os riais de mí! —grita ella—. No habléis de mí.

—Señora —mete baza uno del grupo, hablando un inglés lánguido con un ligero acento londinense—. Con el debido respeto, si hubiera aprendido la lengua de este país, sabría que no hablábamos de usted.

—No me vengáis con gilipolleces —contesta ella, arrojándoles el cigarrillo—. Os he visto por ahí.

—Señora, no es necesario utilizar ese lenguaje —dice Sunny con una expresión de falsa seriedad que provoca las risitas de sus amigos. La acotación la hace en hindi—: Como una cabra.

Ríen aún más.

—Que os den —dice ella—. Venís aquí con vuestro dinero y vuestros cochazos y creéis que podéis hacer lo que os plazca, que podéis mangonear a todo el mundo. Tendréis dinero, pero habéis perdido vuestra cultura.

El grupo estalla en carcajadas.

Pero el semblante del joven se oscurece.

—Señora, no nos hable de nuestra cultura —contesta—. No somos ni animales del zoo expuestos para su deleite ni los nativos sonrientes que necesita para completar su iluminación espiritual. La sencillez y la honestidad que cree conocer son sus propios ojos engañando a su cerebro. Ni ve ni oye. Y a ese tipo —dice, señalando al dueño— le importa una mierda si traemos comida de otro sitio. Le pagamos por ese privilegio. Si hablara nuestro idioma, lo sabría. Si conociera nuestra cultura, sabría que el respeto es una valiosa moneda de cambio, pero, al final, el dinero manda. Y, por último, a ver si le queda claro: la India es nuestro país, no el suyo. Ustedes son meros invitados. Somos magníficos anfitriones, pero no nos falte al respeto en nuestra casa.

El joven es Sunny Wadia. Alto, imponente, de una belleza carismática. Ojos almendrados, nariz bonita y aguileña, barba corta, negra y espesa. Lleva el pelo al rape y es ancho de espaldas y de brazos musculados. Viste una camiseta vintage desteñida y gafas de sol de aviador. A medio camino entre lo sagrado y lo profano.

Al cabo de pocos días, el grupo de Sunny se instala en el Purple Haze. Les gusta el estilo, el servicio, el ambiente. Cautivan a los nepalíes; se muestran superiores y fraternales al mismo tiempo, bromean con los chicos, les piden favores, se apropian del equipo de sonido para que pongan su música. Conociendo las propinas que recibirán, los chefs no ponen ninguna pega a preparar platos que no están en la carta.

Ajay, inquieto, entusiasmado y nervioso al mismo tiempo, los estudia con atención, fascinado por su comportamiento, por su opulencia, por la naturalidad con que la muestran. Los observa a todas horas, aunque trata de no mirarlos fijamente. Se centra sobre todo en Sunny, lleva días observándolo. A veces ríe más alto que los demás. A veces les baja los humos a sus amigos. Pero, aparte del incidente con la española, es en extremo educado con los extraños. Invita a otras personas a que los acompañen, hace preguntas, da su opinión sin precipitarse. Y siempre paga él.

Ajay decide asegurarse por su cuenta de que Sunny tenga todo lo que necesite. Si ve que alguien abre un paquete de cigarrillos, allí está él con un encendedor. Allí está él con una servilleta segundos después de que se haya vertido algún líquido. Sirve primero a Sunny, retira su plato en cuanto ha acabado, procura que la mesa esté impoluta. Al grupo no le pasa inadvertido. Les divierte. «Míralo, es tu chela». Para aprovechar tanta energía, le encomiendan otras tareas. Lo envían a las tiendas, le pagan para que se encargue de su colada, le pagan para que les limpie los coches. Lo utilizan para que les consiga charas. Cuando descubren que nadie llena las chillums como él, también se lo encomiendan. Ajay aplica todo su vigor y meticulosidad cuando limpia la pipa con la gasa, posee la maña de un limpiabotas, el ojo de un relojero; ellos ríen, admirados. Cuánta atención al detalle, cuánta destreza. ¿Quiere fumar con ellos? Él niega con la cabeza, horrorizado. Ni hablar. Buen chico, dicen. No tarda en asomar por sus habitaciones a primera hora, antes de empezar a trabajar, y después, cuando debería estar descansando, para procurarles lo que necesiten. Nunca habían visto tanta entrega; a veces les resulta enternecedora, otras un tanto patética. A alguien se le ocurre un mote. Cachorro. El cachorro está aquí.

Sunny está interesado en el sector inmobiliario. Ha decidido que quiere construir allí cerca. Quiere tener su propio hotel o residencia de vacaciones, un lugar al que escapar, donde alojarse. Empieza a correrse la voz. Pero allí no es tan fácil hacerse con un terreno. De entrada, necesita un socio que sea del lugar; los forasteros no están autorizados a comprar tierra. Una vez que se conocen sus intenciones, una vez que se sabe que quiere algo concreto de ese lugar, la actitud cambia: Sunny se convierte en una oportunidad. Comienzan a desfilar autoproclamados agentes de la propiedad, vecinos que «saben de un sitio» acuden a hablar con él. Le ofrecen terrenos de poca calidad y él sabe cómo funciona ese mundillo. Intentarán sacarle todo lo que puedan. Sunny, rodeado de buitres, acaba harto de la estupidez del mundo. Sospecha que alguno de sus amigos ha hablado de sus pretensiones. Ajay oye un día cómo los reprende, apoltronados en los cojines de la cafetería, con la niebla matutina suspendida sobre las montañas y una fina lluvia cayendo sobre los callejones de viejos adoquines. ¿Cómo iba a haberse corrido la voz si no? Sunny se encierra en sí mismo, de mal humor. Durante varios días se muestra huraño con todo el mundo. Apenas sale del Purple Haze, no para de fumar, no habla con nadie, le da vueltas a la cabeza con aire taciturno. La diversión se acaba cuando lo decide Sunny. Y Ajay espera a su lado, pendiente de él.

Una mañana de unos días después llega un nuevo amigo que aligera el ambiente. Un sij alto, de facciones marcadas, vestido con pantalones militares y una camiseta de Superman. Una cicatriz profunda le recorre la frente y le desciende por la nariz. Aparece en un todoterreno Gypsy tuneado que frena en seco para no empotrarlo contra la cafetería, escuchando rock de los setenta a un volumen tan atronador que la gente sale de las tiendas, las casas y los bares a contemplar aquella entrada triunfal. Sunny corre a abrazarlo. Los amigos de Sunny, que han estado callados, lo imitan.

El hombre se llama Jigs.

—¡Que empiece la fiesta! —grita.

Les cuenta que ha ido directamente desde el campo de golf

de Chandigarh. Había completado un albatros la tarde anterior y había salido en hombros de sus hermanos antes de beberse hasta el agua de los floreros del club. Circulaba por la ciudad a las cuatro de la mañana cuando decidió que iría a las montañas a seguir la juerga. Había oído que Sunny estaba allí. Había ido a casa a buscar un poco de speed y de ácido que guardaba en el cajón, había despertado a su mujer y, a las cinco de la mañana, ya salía de la ciudad. Había conducido sin parar con doce cervezas y una botella de whisky por compañía y un buen fajo de billetes para contentar a la poli.

Corre al Gypsy, repleto de latas repartidas por todas partes, y extrae de la guantera su chillum italiana tallada a mano.

—Dásela a él. —Sunny señala a Ajay—. Prepara unas pipas de la hostia. —Se vuelve hacia el chico—. Eh —lo llama, chascando los dedos—, ve a por la gasa.

A Ajay le brinca el corazón en el pecho.

Sunny y Jigs están de fiesta cuatro días seguidos, la música trance hace vibrar las paredes de la habitación del hotel donde se aloja Jigs; han pagado al dueño con generosidad. Ajay es el encargado de llevarles cerveza, charas y, de vez en cuando, comida. Los otros amigos de Sunny, los que habían llegado con él, se trasladan a otros hoteles o vuelven a casa, huyen montaña abajo, incapaces de seguir el nuevo ritmo. Cuando Ajay hace las entregas y entra en la habitación llena de humo, con las luces ultravioletas que Jigs llevaba en el coche, las cortinas corridas, el suelo repleto de cajas de pizza y bandejas de comida y ceniceros rebosantes y gasas usadas, desaparecida toda apariencia de decoro y sobriedad, no muestra ninguna emoción, no juzga, no reacciona. Se limita a hacer lo que le piden.

A la quinta mañana, Sunny y Jigs se montan en el Gypsy y desaparecen carretera abajo a toda velocidad.

El pueblo de pronto queda en silencio. El tornado ha pasado. Ajay, de vuelta en el Purple Haze, de vuelta a su rutina diaria, perdido el favor de los nepalíes por haber desatendido sus obligaciones, se siente desamparado.

Sin embargo, Sunny regresa dos días después, deambula

por el pueblo procedente de los bosques alpinos, solo, descalzo, con la ropa sucia y rota. Parece como si volviera de la guerra, es como si no reconociera a nadie. Va tartamudeando por todas partes hasta que Ajay lo ve y lo hacer entrar en la cafetería, lo acompaña a un lugar cómodo y apartado, para que se siente, y le lleva una taza de té verde. Le lía un porro. Sunny se lo fuma y permanece allí sentado una hora, mientras Ajay sirve a otros clientes, luego lo llama y le pide una cerveza, pero lo detiene antes de que salga corriendo para ir a buscársela.

—Ajay. Mírame.

Sunny tiene los ojos muy abiertos, más oscuros de lo habitual. Respira agitadamente. Se aferra al borde de algo que solo ve él. Es la primera vez que llama a Ajay por su nombre.

—¿De dónde eres? —pregunta Sunny.

—De aquí.

—No —gruñe Sunny, exasperado—. No. —Golpea la mesa con el puño—. No. No eres de aquí. No eres de aquí, no tienes sangre de las montañas. —Lo escudriña con sus ojos oscuros —. Venga, ¿de dónde eres? Dime.

—De Uttar Pradesh —susurra Ajay.

—¡Sí! —exclama Sunny—. Sí, eres de U. P.

Sunny inspira hondo y endereza la espalda.

—¿De qué parte de U. P.? —pregunta.

—No lo sé —contesta Ajay.

Sunny se lo queda mirando.

—Da igual —decide—. Tú y yo somos de la misma tierra. Somos hermanos. —Cierra los ojos y los mantiene cerrados, sin cambiar de postura, fuerza una sonrisa encantadora—. Ahora ve a buscarme la puta cerveza.

Vuelve a hablar cuando Ajay regresa:

—Cuidas de mí.

—Sí, señor.

—No quieres nada a cambio.

No se trata de una pregunta. Ajay no sabe qué decir.

—¿Dónde está tu familia? —prosigue Sunny en un tono más formal mientras agarra la cerveza.

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes?

—Mi padre murió —contesta Ajay.

—¿Y huiste de casa?

Ajay niega con la cabeza.

—Mi madre me mandó aquí.

—¿Y?

—Trabajé en una casa, pero el hombre murió.

La imagen que se forma Sunny parece tranquilizarlo. Se recuesta y cierra los ojos un momento, aunque los abre enseguida, como si no soportara la oscuridad.

—¿Te gusta esto? —pregunta—. ¿O aspiras a algo más?

—A algo más —se oye decir Ajay.

—Entonces ¿te gustaría hacer algo con tu vida? ¿Algo importante?

—Sí.

Sunny extrae la cartera como puede. La abre para echarle un vistazo, pero le cuesta enfocar la mirada, así que se la tiende a Ajay.

—Te has portado bien conmigo —dice—. Nunca has intentado sacarme nada.

Ajay sostiene la cartera sin saber muy bien qué debe hacer. En cualquier caso, no hay dinero.

—Saca una de las tarjetas blancas —dice Sunny.

Ajay extrae una tarjeta de visita.

—Quédatela, es tuya.

Ajay le devuelve la cartera y examina la tarjeta. En el anverso, grabado en letras gris oscuro, hay impresas dos palabras: SUNNY WADIA.

Musita el nombre.

—Dámela y ve a buscar un boli —dice Sunny.

Ajay se la devuelve y corre a buscar un boli.

—Me voy —dice Sunny cuando tiene a Ajay delante—. Si quieres trabajar, ve a Delhi, a esta dirección. —Escribe algo con dificultad en el reverso de la tarjeta—. Diles a los guardias que quieres ver a Tinu. Dales esta tarjeta y di que te envía Sunny Wadia.

8

La vida vuelve a la normalidad en Purple Haze, pero en el

corazón de Ajay hay un hueco enorme con la forma de Sunny Wadia. Todo cuanto había sido estable hasta entonces cambia sutilmente. No le ha hablado a nadie de la oferta de Sunny. Solo tiene la tarjeta de visita como prueba. La guarda en su gastada cartera marrón, regalo de un huésped alemán, una que se dobla a la primera de cambio, como si fuera un cartón viejo. Saca la tarjeta a menudo y la toquetea con los dedos, dándole vueltas, la huele a veces, ese leve olor a colonia, a riqueza y a felicidad siempre desvaneciéndose, temiendo desgastarla de tanto tocarla. Sabe que debería guardarla en algún otro sitio, pero no puede evitar mirarla, adorarla. Es lo último que ve antes de irse a dormir. Pero ¿se ve capaz de dar ese paso? Transcurren seis semanas, la temporada de montaña llega a su fin. Nada cambia, nadie nuevo llega a su vida, nada emocionante sacude su existencia, todo está ensordecido y desprovisto de color después de Sunny Wadia. Empieza a planteárselo en serio. Sueña despierto con lo que podría pasar si se presentara allí. Si trabajara en Delhi, si trabajara para Sunny Wadia. ¿En una tienda, tal vez? ¿Vendiendo ropa? ¿O en una oficina en algún sitio? Si él también vistiera con elegancia, con camisa y corbata, si fuera moderno como Sunny. Pero el sueño se corta ahí. Es incapaz de imaginar nada más allá, cómo podría ser su vida realmente. Vuelve a meter la tarjeta en la cartera y la cierra.

Cuando la cafetería cierra al final de la temporada, todos dan por sentado que irá con los chicos a Goa.

Sin embargo, la tarde del día que tienen previsto marcharse, justo después de cobrar su sueldo y las propinas, Ajay recoge sus cosas, las mete en una bolsa de deporte y echa a andar. Solo lleva el dinero, la ropa y sus escasas pertenencias y baja por la ladera de la montaña hasta el lugar donde lo aguarda el autobús. Coge el de las seis de la tarde con destino Delhi y se sienta mirando por la ventanilla y deseando que el motor arranque ya.

No cree que vaya a poder dormir todo el camino, pero se queda frito en cuanto el bus empieza a moverse. Eso le produce un efecto de aturdimiento. Se despierta en la oscuridad al cabo de varias horas, bajando a toda velocidad por los muchos pliegues montañosos, cientos de kilómetros hacia las llanuras. «Puedo volver —piensa—. Solo voy a

probar». Pero una parte de él sabe que nunca va a regresar. Y hay algo liberador en el hecho de marcharse, es cierto, en el hecho de echarse tantos años a la espalda y dirigirse con paso firme hacia una vida esplendorosa.

Cuando llega a la ciudad, cuando el bus lo deposita en la terminal interestatal de autobuses, se acerca a un grupo de hombres que merodean por allí tratando de ganarse la vida, ofreciendo habitaciones, para preguntarles si pueden indicarle cómo ir a donde se dirige. Recita la dirección de memoria y los hombres se miran entre ellos, y uno dice que justo va en esa dirección y que puede acercarlo hasta allí. Ajay se sube con él en un coche y, de pronto, se les suman tres hombres más. Lo llevan a escasa distancia de la estación y paran en un callejón tranquilo para darle una paliza y robarle todas sus pertenencias.

Ajay vaga por las calles a lo largo de las siguientes horas en estado de shock, sangrando por la nariz y por distintos cortes en la cara, llorando por haber perdido todo lo que tiene. Sin los nepalíes a su lado para guiarlo, todo le resulta extraño y amenazador, todo el mundo es un agresor en potencia. Camina sin rumbo, con la esperanza de tropezar con alguna respuesta, pero no logra resolver el rompecabezas de la ciudad y le da miedo preguntar.

Se adentra en una zona más acomodada, con amplias avenidas y casas rodeadas de árboles y custodiadas por policías. Pasa por delante de un par de ellos y lo increpan para que se largue de allí, como si fuera un mendigo.

Una hora más tarde se arriesga a sentarse frente a un puesto de chai, junto a un cruce muy transitado. Un conductor de tuktuk, un hombre alegre y hablador, se interesa por él y le pregunta qué le ha pasado en la cara. Cuando reúne el valor para contarle que le han robado y la razón por la que ha ido a la ciudad, el chófer le invita a un chai y a un bun-makhan y le dice que lo llevará adonde necesite ir. En ese atisbo de esperanza, Ajay se acuerda de la tarjeta. Se palpa la camisa y ¡sí!, ¡ahí está! En el bolsillo superior. Siente un soplo de esperanza y orgullo, saca la tarjeta y le enseña la dirección garabateada con letra

inclinada en el reverso. Pero al conductor de tuktuk solo le interesa el nombre que aparece en la cara delantera.

—¿Tú sabes quién es este? —dice, silbando para sí.

—Sí —contesta Ajay—. Es un buen hombre.

—¿Y vas a trabajar ahí? Eres un chico con suerte. ¿Qué más da que te hayan robado tus cosas? —Le devuelve la tarjeta—. Vamos, en marcha. —Rodea a Ajay con el brazo—. Pero no te olvides de tus amigos, ¿eh?

Ya está anocheciendo cuando llegan a la calle estrecha llena de coches relucientes, pilas de arena de construcción y bloques de edificios residenciales inescrutables ocultos tras enormes verjas. Ajay tiene hambre y está nervioso, con la cara llena de cortes y moretones, pero siente una inyección de adrenalina al ver aquellas puertas, la magnificencia de los edificios que custodian.

—Es aquí —anuncia el chófer, señalando la puerta que tienen justo delante, donde montan guardia dos vigilantes armados.

El edificio, de cinco pisos de altura, es un bloque sólido, de una oscuridad inexpugnable y paredes suaves y robustas ensombrecidas por enredaderas, plantas trepadoras y cristales de espejo que guardan secretos en su interior.

Cuando Ajay se baja del tuktuk, los hombres lo miran con cara de asco y agarran sus rifles con más fuerza.

—¿Qué quieres? —dice uno de ellos—. Si vienes a pedir comida, puedes ir al templo.

—¡Ha venido por un trabajo! —grita el conductor del tuktuk—. Y alguien tiene que pagarme a mí también.

—Largo de aquí —le dice uno de los guardias al conductor.

—¿Qué quieres? —pregunta el otro a Ajay.

—Quiero ver a… —Ajay habla tan bajito que apenas le oyen.

—¿Qué dices? ¡Habla más alto!

—Vengo a ver a Tinu —dice Ajay con voz más clara.

Los guardias se echan a reír.

—¿A Tinu-ji? ¿Y para qué quieres ver a Tinu? ¿Qué querría Tinu de un perro sarnoso como tú?

Ajay duda un momento. Luego busca en el interior del bolsillo superior de su camisa. Sus dedos acarician la tarjeta. La saca, da un paso adelante y se la enseña con nerviosismo,

como si temiera que fuese a deshacerse de un momento a otro.

—¿Veis? —dice, rezando para que salga bien—. Sunny Wadia me dijo que viniera.

Hacen una llamada, las puertas se abren y un guardia lo conduce a una entrada abarrotada de coches flamantes y le hace cruzar una puertecilla lateral por la que acceden al interior de esa casa monumental. Lo acompaña por un pasillo bien iluminado, como si estuvieran en una cueva, hasta un nuevo pasillo, y luego otro, que se convierten en un laberinto, esperan un ascensor de servicio, bajan una planta y se dirigen a otro pasillo más. Pasan junto a docenas de personas, cocinas y habitaciones con camas y despachos, se ve a hombres y mujeres de uniforme.

—¿Es un hotel? —le pregunta al guardia, pero el guardia no contesta.

Después de varios minutos más de giros y vueltas, lo dejan en una sala pequeña y sofocante, como el camarote de un barco. Un hombre achaparrado de unos cincuenta años, con una barriga prominente y la cara carnosa de facciones apretujadas que solo podría gustarle a una madre, está recostado en una cama viendo la televisión, vestido con una camiseta interior blanca y unos pantalones oscuros. Cambia ligeramente de postura, eructa hacia dentro y frunce el ceño mientras el guardia lo saluda y se va.

—Bueno —se vuelve a mirar a Ajay—, ¿de qué va esto?

—Señor, ¿es usted Tinu-ji?

El hombre se pone una camisa y se peina. Señala un paquete de pastillas.

—Pásamelas.

Ajay le da las pastillas.

—Acidez —dice el hombre antes de meterse una en la boca, y a continuación—: Sí, soy Tinu.

Ajay le enseña la tarjeta.

—El señor Sunny dijo que viniera.

Tinu coge un par de gafas de la mesilla; cuando se las pone en la punta de la nariz parece un burócrata de una ciudad pequeña o un secretario de alto rango, el antiguo matón

redimido. Alterna la mirada entre la cara de Ajay y la tarjeta.

—¿Qué te ha pasado?

—Unos hombres me robaron, señor.

—Permitiste que ellos te robaran. No importa. —Examina la tarjeta, del derecho y del revés, la palpa entre los dedos y la deja a su lado—. ¿De dónde has sacado esto?

—El señor Sunny me la dio.

—Sí. —Tinu asiente—. ¿Dónde?

—En Manali. Hace seis semanas.

—Ya —dice Tinu, sin parecer demasiado impresionado—. ¿Y te ofreció un trabajo?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

La pregunta desconcierta a Ajay. Lo mira con gesto impotente. Tinu arquea las cejas.

—Te he hecho una pregunta.

—Yo le ayudaba, señor.

—¿Le ayudabas?

—Sí, señor.

—¿Trabajas en un chiringuito?

—Sí, señor.

—Le ayudabas a comprar droga…

—No, señor.

—¿Con qué le ayudabas entonces?

—Haciendo recados, señor.

—Recados… —Tinu mira el reloj—. Es tarde —dice—. Será mejor que te demos una habitación. —Pulsa un botón y aparece un chico muy parecido a Ajay—. Dale una cama para que duerma esta noche, llévalo a la cocina a que coma algo. —Mira a Ajay—. Ya nos ocuparemos de ti por la mañana. Vete.

—¿Señor? —dice Ajay, volviéndose para irse.

—¿Qué pasa ahora?

—La tarjeta, señor.

Tinu pone los ojos en blanco pero le devuelve la tarjeta y Ajay hace una leve inclinación y desaparece. Lo conducen por otra serie de pasillos, y luego otra más, baja por un tramo de escaleras y llega a un dormitorio colectivo abarrotado de camas en las entrañas del edificio. Lo llevan a un rincón del dormitorio con cuatro literas, las dos de abajo ya ocupadas.

—Coge una. —El criado señala las de arriba—. El armario es para tus cosas. ¿Dónde están tus cosas?

—No tengo nada.

—Ve a la cocina, ahí, al final. —Señala vagamente en la misma dirección de la que han venido—. Come algo. Luego vete a dormir.

No tarda mucho en conciliar el sueño. Ha visto submarinos en las películas. Se imagina a bordo de uno, navegando por debajo de Delhi en ese preciso instante. Oye el repiqueteo metálico de las tuberías y el murmullo amortiguado de la cocina, al fondo del pasillo. Unos hombres entran y salen de las literas, que disponen de cortinas para procurar un poco de intimidad, como en los autobuses nocturnos de larga distancia.

Por la mañana, el dormitorio está vacío. Se sienta en la cama con la cortina descorrida, completamente vestido, esperando. Otro chico viene a buscarlo y lo lleva a la cocina a desayunar, luego lo lleva a la cabina de un sastre en el sótano, donde le toman medidas para un uniforme y le dan tres camisetas interiores blancas, tres camisas de color azul claro y dos pares de pantalones negros de su talla, un cinturón, tres pares de calcetines y un par de zapatos negros también de su número. En la ventanilla de la farmacia que hay junto al sastre le dan jabón y champú, un cepillo de dientes, desodorante y un cortaúñas. Le dicen que se duche con jabón dos veces al día, que use desodorante, que se lave las manos cada pocas horas o después de cualquier actividad en la que pueda ensuciárselas, que siempre se las lave antes de manipular cualquier alimento y que siempre lleve las uñas cortas y limpias. Vuelve al dormitorio con la ropa y los artículos de aseo, se ducha, se viste con la ropa y lo conducen, mientras atisba el mundo exterior por el camino, a la segunda planta del edificio, a una oficina donde un tal señor Dutta, con el pelo entreverado de canas y un aire profesoral, con pelos en las orejas y un bigote fino, está sentado a un escritorio abarrotado de libros de cuentas, fumándose un cigarrillo.

—¿Y tú quién eres?

—Ajay, señor.

El señor Dutta hace una pausa y lo examina detenidamente

mientras apaga su cigarrillo.

—¿Tú eres el chico al que Sunny le ha dicho que viniera?

—Sí, señor.

—Qué suerte tienes.

A continuación, viene una larga lista de preguntas.

—¿Bebes?

—No, señor.

—¿Fumas?

—No.

—¿Tomas drogas?

—No, señor.

—¿Traficas con drogas?

—No.

—Pero sabes lo que son las drogas, ¿no?

—Sí, señor.

—Porque trabajas en un chiringuito.

—Trabajaba en una cafetería, señor.

—¿Sabes conducir?

—Sí.

—Dos ruedas, cuatro ruedas…

—Todo, señor.

—¿Camiones y autobuses?

—No, señor.

—Así que todo, no.

—No, señor. Sé conducir un tractor, señor.

—Creciste en las montañas.

—Sí, señor.

—¿Y qué hacías?

—Trabajaba en una granja. Hacía ghee.

—¿Hacías ghee? Muy bien.

—Luego en una cafetería.

—¿También estuviste en Goa?

—Sí, señor.

—¿Y no vendías drogas?

—No, señor.

—Debes de haber visto de todo, ¿no?

—Sí, señor.

—A gente haciendo muchas locuras.

—Sí, señor.

—Ya no te sorprende lo que hace la gente.

—No, señor.

—Y eres discreto.

—¿Señor?

—Prudente. Sabes estar callado.

—Sí.

—¿Sabes guardar secretos?

—Sí.

—¿Y eres leal?

—Sí.

—¿Sabes quién es Sunny Wadia?

—Es un hombre importante, señor.

—Es el hijo de un hombre importante. Todo lo que ves aquí es por su padre, Bunty Wadia. Todos le debemos nuestra felicidad a él. Es un hombre muy importante. Puede que ahora respondas ante Sunny, pero todos respondemos ante Bunty-ji. Bunty-ji es Dios. No lo olvides.

—No, señor.

—¿Has ido a la escuela?

—La dejé cuando tenía ocho años.

—Pero ¿eres listo?

—Sé leer y escribir. Entiendo inglés. También sé un poco de hebreo, alemán y japonés, señor.

—¿Estás casado?

—No, señor.

—¿No tienes hijos?

Niega con la cabeza con aire avergonzado.

—¿Cuántos años tienes?

—No lo sé, señor. ¿Dieciocho? ¿Diecinueve?

—Vale, entonces vamos a darte una fecha de nacimiento. A ver…, ¿qué te parece el 1 de enero de 1982?

—Bien, señor.

—¿Te gustan las chicas?

Ajay no sabe qué decir.

—Dentro de muy poco empezarás a trabajar con chicas. Si haces algo con ellas, no tendremos compasión contigo.

—Sí, señor.

—Si quieres estar con chicas, vete a GB Road.

Ajay no sabe dónde está eso.

—Si te tiras a alguien de aquí, te cortaremos los huevos.

—Sí, señor.

—Y, si alguien te pilla robando, te cortaremos la mano.

—Sí, señor.

El señor Dutta se enciende un cigarrillo.

—Muy bien. ¿Dónde naciste?

—En U. P.

—¿Tu familia sigue allí?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes?

—Me fui cuando era pequeño.

—¿No vas a volver?

—No. Mi padre murió.

—Así que nada de vacaciones para el Diwali. ¿No vas a cogerte tres días de fiesta y volver tres semanas más tarde?

—No, señor.

—Muy bien. ¿Tienes tarjeta PAN? ¿Cuenta bancaria?

—No, señor.

—¿Dinero?

—Me lo robaron todo.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer, cuando llegué a Delhi.

—¿Por eso llevas la cara así?

—Sí, señor.

—¿Cuánto dinero perdiste?

Ajay baja la cabeza.

—Treinta y dos mil, señor.

El señor Dutta lanza un silbido y menea la cabeza, hace una anotación, cierra su libro y se queda mirando la cubierta un momento.

—Chalo. Ve a la peluquería Élite del mercado para que te corten el pelo y te afeiten. No tendrás que pagar. Luego un médico le echará un vistazo a esa cara. Abriremos una cuenta bancaria y empezaremos con un sueldo de cinco mil al mes. Te daremos un teléfono. Llévalo encima a todas horas, asegúrate de que siempre esté cargado. Y ten, aquí tienes… —Abre un cajón y cuenta cinco billetes de cien rupias—. Este es tu anticipo.

—Gracias, señor.

—El resto depende de Sunny, responderás ante él. Ahora él es tu jefe. Haz lo que te diga y todo te irá bien.

—Sí, señor.

—Y sonríe. Ahora eres un Wadia. Nadie volverá a robarte nunca más.

Va al mercado a cortarse el pelo y afeitarse y, al volver, un médico le examina los cortes de la cara, le limpia las heridas y le da un analgésico y un antibiótico. Le enseñan las dependencias del servicio, bajo tierra, le indican adónde debe ir y adónde no, y luego, por la tarde, lo envían arriba a ver a Sunny. Aún le cuesta hacerse a la idea de las dimensiones de aquella casa; aquella casa no se parece a nada que haya visto antes. Un muchacho de uniforme lo acompaña de nuevo por los pasadizos que cree conocer y, cuando llega a la planta baja tras descender un breve tramo de escaleras, de pronto todo cambia de manera abrupta a su alrededor: las baldosas funcionales y la iluminación blanca dan paso a unas alfombras y unos muebles delicadamente ornamentados, a cuadros en las paredes, a una fabulosa exhibición de riqueza. Suben por una escalinata central de peldaños bajos de mármol y van dejando atrás una planta tras otra, en las que se accede, a través de pesadas puertas de madera, a distintos apartamentos, algunos de los cuales Ajay alcanza a ver cuando los criados entran y salen. En la tercera planta cruzan una de esas puertas y se adentran en otro laberinto de pasillos de iluminación tenue, decorados con estatuas de dioses y en los que suena música sagrada y relajante, con suelos de mármol blanco jaspeado. Al final del pasillo hay un ascensor. Entran los dos, el chico uniformado y silencioso y él, y suben a la quinta planta. En cuanto se abre el ascensor, los recibe una puerta acolchada de cuero rojo y hay una escalera que baja a la derecha. El chico llama al timbre de la puerta y un joven regordete de mirada lacónica les abre y les deja pasar.

Un estallido de luz y de aire. El apartamento de Sunny es el ático. Ajay entra en una espaciosa habitación llena de sofás de lujo y mesas bajas repletas de libros de tapa dura, con una tarima elevada en el extremo derecho con más sofás y un televisor gigante; unos cuadros de colores vivos y estridentes adornan la pared; hay lámparas y esculturas raras por todas partes; bandejas de fruta fresca cortada en trozos simétricos y, más allá de la tarima, una cocina pequeña y estrecha,

incongruente con el resto. A la izquierda hay otra zona con una mesa de comedor y ocho sillas, y, más allá, una serie de puertas cristaleras que dan a lo que parece una piscina y a través de las cuales la cálida luz de la tarde entra a raudales. Ajay tiene la sensación de que aquel lugar existe dentro de un universo propio, separado del hervidero de actividad de las entrañas de la inmensa mansión, de la opulencia apagada y austera de las otras plantas superiores. Sí, después de la autoridad aplastante del edificio, después del peso asfixiante de su propio dormitorio sin ventanas, aquel apartamento le parece el paraíso.

Se queda ahí de pie como un pasmarote, inhalándolo todo. Y entonces oye la voz que lleva tanto tiempo anhelando oír, una voz que procede de una puerta al fondo del apartamento.

—¿Arvind? —grita la voz.

—¿Sí, señor?

—¿Quién está ahí?

—Señor —responde el sirviente regordete—, el chico nuevo está aquí.

—¿Qué chico nuevo?

—El de las montañas, señor.

A continuación, se produce un silencio de varios segundos.

—Mándamelo.

—Ve —susurra Arvind.

Ajay se dirige hacia la voz de Sunny y se detiene al llegar al umbral.

—¡Venga, pasa!

Cuando entra, recibe la bofetada helada del aire acondicionado. La habitación carece de ventanas y la decoración es espartana: suelos de mármol, paredes pintadas de color crema y una cama grande y baja en la que Sunny está sentado con el torso desnudo, liándose un porro.

—Señor —dice Ajay.

Sunny levanta la vista y estudia a Ajay desapasionadamente.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Señor… —farfulla Ajay.

Justo cuando está a punto de recobrar la compostura, se abre una puerta que hay detrás de la cama y la chica de las montañas, la «actriz», asoma vestida con unos bóxers de seda

y una camisa de hombre.

—¡Es el cachorro! —exclama—. ¡Ha venido! Ay, qué detalle… Pero ¿qué se ha hecho en la cara? —Se sienta a plomo en la cama y Ajay no sabe adónde mirar—. Quiero café —dice como si tal cosa.

—Ve y prepara una cafetera —le ordena Sunny—. Hay café en grano en la cocina.

Ajay se queda paralizado en el sitio, cohibido por la situación.

—Chutiya —le dice Sunny—. ¿A qué esperas?

9

Su jornada laboral oficial empieza a las seis de la mañana. Se despierta cada día a las cuatro, pasa una hora larga en el baño compartido aseándose, cepillándose los dientes, limpiándose las uñas, engominándose y haciéndose la raya del pelo, y asegurándose de haber sacado lustre a sus zapatos y de llevar la ropa perfectamente planchada, sin una sola arruga.

Su trabajo consiste en organizar las mañanas. Cuando Sunny se levanta, no quiere ver los restos de la noche anterior. Casi todas las noches, los amigos de Sunny se quedan hasta tarde. A veces, cuando Ajay entra a trabajar, tiene la sensación de no habérselos cruzado por segundos; una colilla encendida aún en un cenicero, un CD sonando todavía muy bajito. Sigue una rutina determinada: primero recoge las botellas vacías, con sumo cuidado para no hacer ruido con ellas. Luego, las copas vacías. Luego, los ceniceros. Luego empieza a barrer. Comprueba los paquetes vacíos de cigarrillos por si alguien se ha dejado charas olvidado dentro y los mete, junto con cualquier otra droga que encuentre, dentro de unas bolsitas que guarda a salvo en un cajón. Luego rebusca en los sofás por si alguien se ha dejado un móvil, dinero o tarjetas de crédito, ahueca los cojines y friega el suelo.

Cuando trabaja, prefiere estar solo, pero dos o tres mañanas a la semana entra y se encuentra a Sunny con un puñado de amigos, con las persianas bajadas, las luces tenues, el

ambiente cargado de humo, una película en la televisión, o, si no, con un grupo de gente en la piscina, escuchando música en las tumbonas. Esas veces tiene que ir con más cuidado, ser más discreto, sopesando las molestias y el estrés que podría causar si se pusiera a limpiar en ese momento. Sabe identificar las necesidades de la gente. Sabe que quienes permanecen allí despiertos a esas horas no quieren que alguien les encienda la luz de sopetón, no quieren que les hagan preguntas frívolas, no quieren sentirse mal consigo mismos. Sabe cómo estar a su entera disposición y ser invisible al mismo tiempo. Sabe también cómo sacar algunas mantas y dejarlas a su alcance, preparar grandes cantidades de infusión de manzanilla y dejarla encima de la mesa, hacerle un masaje a Sunny en los pies si es necesario.

Descubre que Sunny es muy meticuloso con ciertas cosas. Con la higiene, por ejemplo. También con la temperatura. El aire acondicionado tiene que estar encendido día y noche a diecisiete grados centígrados.

A las siete y media de la mañana, al menos en un día normal, cuando el apartamento ya está limpio y recogido, tiene que dejar un vaso de agua tibia con limón y raíz de cúrcuma molida junto a la cama de Sunny y poner el mantra Gáiatri a catorce de volumen. A eso lo sigue, veinte minutos más tarde, una cafetera de café de filtro, un bol de fruta, zumo de naranja y cruasanes recién hechos que el obrador de la panadería del Oberoi les envía cada mañana. A continuación, prepara para Sunny una bañera de agua caliente: llena la bañera, vierte aceites esenciales o sales de baño y esparce pétalos de rosa por la superficie. A las ocho va a buscar todos los periódicos y los últimos números de las revistas. Hacia las nueve y media es la hora del desayuno. A veces sándwiches calientes de jamón y queso, otras veces bhurji de huevo con tostadas de pan blanco y kétchup, otras veces aloo parathas y otras veces nada de nada. Después del desayuno, Ajay permanece a la espera mientras Sunny decide qué ropa ponerse ese día y Ajay va a buscar las distintas opciones al vestidor, se las sujeta junto con los complementos y escucha las explicaciones de Sunny sobre cómo conjuntar y emparejar las prendas, y sobre las excelencias de la confección a medida, todo lo cual dice que aprendió en Italia.

Luego, mientras Sunny se viste, Ajay le prepara el maletín para la jornada y mete en él su portátil y su cargador, sus papeles y documentos, sus cigarrillos —de la marca Treasurer London— y su mechero Zippo. Cuando Sunny se va, Ajay hace inventario y repone la nevera y el bar, que se vacía cada noche. La cerveza, el vino y el champán ocupan el inmenso frigorífico, el vodka y la ginebra van al congelador y los armarios se rellenan con el whisky, el ron y el coñac que se haya gastado la noche anterior. Las botellas proceden de un gigantesco almacén en el sótano, vigilado por cámaras de seguridad, que se abre introduciendo una combinación en la puerta de la bodega. Contiene más variedades de alcohol de las que Ajay haya visto en su vida, pilas altísimas de cajas y más cajas. Ajay a menudo dedica tiempo a memorizar cada marca, aprendiéndose los colores de las botellas y sus etiquetas hasta que las conoce al dedillo. Si ese día Sunny se queda en casa, le sirve el almuerzo —dal, roti, curri de pollo o de cordero, sabzi— a la una del mediodía, mientras Sunny lee sus e-mails o ve la televisión. Le ofrece un cigarrillo cuando termina de comer, se lo enciende y le lleva el café. Solo, con dos terrones de azúcar.

Ajay se toma un descanso entre las dos y las tres, durante el cual aprovecha para comer él (las sobras del menú de Sunny). El resto de la tarde no sigue ninguna estructura concreta. A veces tiene que limpiar la piscina de la terraza, a veces lo envían con un chófer a hacer recados o tiene que ir a entregar algo a un hotel donde puede estar Sunny esa tarde en particular. A veces no tiene que hacer nada más que esperar.

Las seis de la tarde: se acerca el final de su turno laboral. Es la hora del aperitivo, de las almendras al azafrán, las olivas asadas al horno, los corazones de alcachofa, el Negroni Sbagliato (el sabor del mes), el Campari, el Cocchi Storico Vermouth di Torino y el Bisol Cartizze Prosecco Valdobbiadene, acompañado de su medidor de acero, sus cubitos de hielo, la cubitera y las pinzas, sus rodajas de naranja y limón, el cuchillo de cocina y el paquete de cigarrillos recién estrenado, retirado el envoltorio, compacto, abierto, con los dos primeros asomando, uno sobresaliendo un pelín más que el otro.

Luego espera.

Son momentos tensos.

Si Sunny ha tenido un mal día, Ajay lo sabrá enseguida. Llegará con el gesto avinagrado y de mal humor, le sacará faltas a todo lo que vea, se sentará y observará a Ajay preparándole la bebida y meneará la cabeza, lo obligará a tirarla y le hará prepararle otra. «No sabes hacer nada a derechas, ¿no?», le dirá. Pero las más de las veces Sunny llegará satisfecho con su vida, se sentará, pondrá los pies en alto y sonreirá, inclinará el cuerpo hacia delante para prepararse la copa él mismo, le explicará la mecánica de la preparación, le contará alguna historia, lo amenizará con un «Érase una vez en piazza San Carlo» y luego animará a Ajay a que se prepare una él también (y a que la escupa después del primer sorbo, solo para que la pruebe).

A las seis y media se supone que Arvind tiene que ir a tomar el relevo, pero muchas veces llega tarde. A Ajay le da mucha rabia la informalidad de su compañero, pero también agradece poder estar allí un ratito más, ver llegar a los amigos de Sunny, ver cómo las noches cuyos rescoldos tan bien conoce producen la primera chispa.

Una vez relevado de sus deberes, Ajay regresa a su habitación, se ducha, se cambia y se pone ropa nueva que ha comprado en el mercado, camisas y pantalones que nunca se le ocurriría llevar en las montañas. Se lleva la cena a la mesita de la parte de atrás de la cocina central, come despacio sin conversar con nadie, repasando en su mente los acontecimientos del día, y luego es libre de salir a pasear por las calles. La mayoría de las noches, desde las siete y media hasta las diez, se dedica a memorizar las calles cercanas, a estudiar las tiendas, a familiarizarse con el vecindario. Pasa mucho tiempo sentado en algún puesto de chai o en un banco, observando el trasiego de la gente, dando de comer a los perros callejeros las sobras de la cocina a las que haya podido echar mano. Se mueve sin cesar, dando rienda suelta a la energía estática del día, combatiendo, en esas horas, su soledad, su añoranza de las montañas, de algún sendero por el que caminar, de algún bosque en el que desaparecer. Llega andando hasta el Instituto All India de Ciencias Médicas y se pasea por todo el recinto hospitalario; hay algo en la desesperación de aquella muchedumbre de pobres por

conseguir atención médica, por recibir noticias del pronóstico de algún ser querido, que le hace sentirse perversamente a salvo. Las luces verdes de neón de la hilera de farmacias que hay fuera bañan su rostro. Vuelve a casa. Sí, ahora es su casa. Se acuerda del conductor de tuktuk que lo ayudó en su primer día allí. Fantasea con la idea de encontrárselo de nuevo, de tropezarse con él en la calle, de mostrarle al hombre su gratitud, de invitarlo a comer, de enseñarle lo lejos que ha llegado. Tal vez el conductor —¡¿cómo se llamaba?!— lo invitaría a su propia casa, conocería a su familia, lo recibirían con los brazos abiertos, se sentaría en el parque con su hijo, tal vez tendría alguna hija o una sobrina. Intenta imaginar algo más concreto a partir de ese momento, pero ya no se acuerda de la cara del conductor, no digamos ya de su nombre.

Ajay lleva tres meses trabajando cuando el señor Dutta lo llama a su despacho.

—A partir de ahora también trabajarás por las noches —le dice—. Por las noches estarás al servicio de Sunny cuando tenga invitados. ¿Podrás hacerlo? ¿Trabajar en el turno de día y en el de noche?

—Sí, señor.

—Dispondrás de algunas horas extra durante el día para dormir. Y recuerda: tú no ves nada.

—Sí, señor.

—Nada sale de ese apartamento.

—Sí, señor.

—Ahora tu sueldo serán quince mil al mes.

—Gracias, señor.

—Vale, vete.

—¿Señor?

—¿Qué ocurre?

—¿Qué le ha pasado a Arvind?

—¿A ese inútil? Que tuve que cortarle los huevos.

En esas noches nuevas y fantásticas, Ajay es testigo de algo de cuyo esplendor, hasta ese momento, solo ha visto ecos: las

glamurosas llamas que iluminan el apartamento, incendiándolo todo con música, palabras y alaridos de embriaguez, que parecen hacerse más salvajes y más extraordinarios con cada hora que pasa. En esas noches resplandecientes ve la desintegración de algunas de las personas más bellas que ha conocido en su vida, invisible mientras la multitud discute y ríe y debate y aúlla y se besa y se pelea y da saltos por todas partes. Los hombres se insultan y cuentan historias. Las mujeres insultan a los hombres y cuentan chistes. La gente se detiene a mirarse en los espejos, forma corrillos de risas y chismes, se tira de cabeza a la piscina.

«Ajay». Él se ha convertido en un nombre. Que se invoca y se usa. Que se abre como un grifo. Que vuelve a cerrarse.

Un nombre que resuena tras unas manos levantadas que agitan copas vacías.

Ajay va de acá para allá, rellenándoles las copas, llevándoles hielo, limpiando lo que derraman en el suelo.

Es todo un maestro en esas cuestiones. Descubre quién es amable y quién es cruel, y aprende a manejarse con la crueldad primero.

Salvo Sunny.

Sunny está por encima de todos ellos.

Sin Sunny, no existe nada. Una mano invisible descansa sobre el corazón palpitante de su señor.

La fiesta empieza a descontrolarse. Sunny cuenta la historia de cómo Ajay llegó a ser quien es.

—Lo encontramos en las montañas. —La reacción ante eso es de muchas risas—. Ha visto de todo. Absolutamente de todo. ¿Por qué creéis que me lo he traído aquí?

En mitad de la velada, piden comida. Ajay llama a la cocina. ¿Qué se les puede preparar? Ahora muy serio. ¿Podemos hacerlo? ¿Se puede hacer? Cuando baja corriendo a la cocina le choca comprobar lo tranquilo que está todo, cómo duerme el enorme edificio, cómo el personal barre el suelo en un silencio dorado, cómo el deseo mana como la sangre de la vida a cuerpo de rey de Sunny. Luego hay que subir la comida, distribuirla en la cocina, servirla en cuencos, distribuir los platos, asegurarse de haber servido a todo el mundo. Roti recién hecho con mantequilla. Pollo.

Hamburguesa con patatas. Biryani de cordero.

Y a veces lo envían a traer comida de fuera. Va con uno de los chóferes en alguno de los muchos coches. Alguien dice: «Quiero kebabs de Aap Ki Khatir», «Ve a Karol Bagh y trae un pollo changezi», y él sale a la asfixiante noche de Delhi con el chófer y ve la ciudad desde aquella posición de poder, deslizándose por las calles, escuchando la perorata del chófer sobre el universo, viendo todos esos millones de rostros iguales que el suyo, pero sin su misma suerte ni destino. Y entra con paso firme en aquellos lugares a recoger la comida, paga con el fajo de billetes que le han dado como si tal cosa. Aprende a comprobar si el pedido es correcto, a asegurarse de que la comida está recién hecha y aún caliente, retrasa el momento de sacar los billetes, creando expectación y dejando que el restaurante sepa que trabaja al servicio de un hombre importante, y en los mejores restaurantes, donde la cuenta supera su sueldo mensual, descubre el poder que tiene un nombre, donde a un don nadie como él lo tratan ahora con esmerado respeto. Se mete en el papel. Está convirtiéndose en un Wadia.

A menudo se marchan de golpe. Paran la música o la película por la mitad y salen en pelotón por la puerta. Ajay puede estar sirviendo la comida en ese instante. Puede estar preparándole una copa a alguien. Pero se van y Ajay se queda solo, plantado en medio del silencio, saboreando los restos, saboreando su vida, antes de ponerse manos a la obra y recoger para que todo esté impoluto cuando regrese Sunny. Pueden estar de vuelta al cabo de una hora, o puede que ya no vuelvan. Se irá a la cama con el teléfono y el busca pegados al oído, esperando que Sunny lo llame. No siempre es así. También hay días apáticos, lentos, en los que Sunny no se levanta de la cama hasta después de mediodía. En los que están solo los dos, Ajay sirviendo té y Sunny melancólico o arisco. Días en los que Ajay sabe que es mejor mantenerse fuera de su vista. También hay días de mujeres. A las que reconoce de las noches ruidosas. Que aparecen para ver a Sunny a solas.

10

Transcurre un año a ese ritmo, sin nada que desear, sin tiempo para pensar. Va a uno de los gimnasios del basti vecino, un cuchitril en pro de la exhibición de testosterona y camaradería, con el techo de hojalata y máquinas viejas y apañadas de cualquier manera, un centro para trabajadores migrantes del servicio doméstico y para los gallitos locales. Como hombre de los Wadia, le profesan un respeto extraordinario. Nadie le hace nunca bajarse de la cinta de correr. Nadie se mete con él en el press de banca y en las barras de dominadas. Nadie le hace preguntas. Le dedica una hora diaria, gana músculo con las pesas. Sale a correr al Deer Park por las mañanas, cuando puede, como hacen los ricos. En el espejo del gimnasio, repite un nombre.

«Ajay Wadia».

Empieza a ser consciente de la fama de Sunny. Sabe que su señor es conocido en la ciudad, se enorgullece de ello. Por primera vez en su vida se ve a sí mismo como algo que mejorar, invierte en su aspecto físico, se hace una manicura una vez al mes, una pedicura cada dos, se hace masajes capilares en el Dilip de Green Park. Va de tiendas. Consume. Va a visitar los centros comerciales nuevos. Se lleva una lista manuscrita de las cosas que quiere comprar. Busca las palabras extrañas que ha anotado sacándolas del baño de Sunny —Davidoff Cool Water, Proraso, Acqua di Parma, Santa Maria Novella, Botot, Marvis—, sagradas como un texto antiguo. Emplea su tiempo libre y su sueldo en los centros comerciales buscando las alternativas. Axe. Old Spice.

Los centros comerciales.

Ahora todo es más sencillo.

Pero recuerda la primera vez que quiso entrar en uno, en su primer día libre, su primer mes de trabajo. Ahí está él, despertándose antes del alba. Sin poder dormir más. Se le ocurre la idea de comprarse ropa nueva. Sin embargo, aún lleva la cara llena de moretones; parece un don nadie, peor que un don nadie: con la ropa harapienta de las montañas, parece un migrante pobre. De pronto es consciente de su pobreza. Se presenta en el detector de metales de la puerta,

seguro de que apesta a ella, de que su pobreza lo traiciona. El guardia de seguridad, un hombre al que ahora sabe identificar como alguien que gana menos dinero que él, le prohíbe la entrada. Es humillante ver a familias bien y a chicos elegantes vestidos con ropa buena pasar por su lado, ver a chicas modernas con falda, agarraditas del brazo, comiendo helado, ver cómo se les dispensa un trato exquisito a los extranjeros esporádicos, sucios y sudorosos por el viaje y medio desnudos, cómo a veces les hacen una reverencia incluso, para su deleite y regocijo, mientras ese vigilante echa a Ajay Wadia de allí sin contemplaciones. Extrae algunas lecciones de la experiencia. Y solo puede asomarse al interior de los pasillos de mármol, refrescados por el aire acondicionado, con sus tiendas resplandecientes, sintiéndose menospreciado, avergonzado como un mendigo.

¿Cómo se supone que voy a comprarme ropa buena si no puedo entrar en las tiendas donde la venden? Le da vueltas al rompecabezas. Dedica más atención al guardarropa de Sunny, se aprende las expresiones, los términos: Rubinacci, *con rollino*, Cifonelli, pañuelo de bolsillo, zapatos Oxford con puntera. Cuando está a solas, hojea las revistas del salón, memoriza las modas, las líneas que distinguen un estilo anodino de otro poderoso, lleva algunas de las páginas que ha arrancado de las revistas viejas a un sastre del barrio y se sienta con él para tratar de explicarle qué es lo que quiere. Al cabo de unos días se centran en una idea. El elegante traje azul que sale de ella, junto con dos camisas, una corbata y un par de zapatos, le cuesta al menos dos meses de sueldo, pero merece la pena. Cuando se prueba el traje, se transforma en otro hombre, en un alguien en aquella ciudad, en alguien al margen de su trabajo, al margen de Sunny incluso, si pudiera soñar siquiera con algo así. Se viste como ese hombre libre en su siguiente día de descanso y sale a la calle, reparando en los silbidos y murmullos de los guardias, en las risas tímidas de las criadas, y luego para un tuktuk y se va al centro comercial.

Y sí, pasa.

Pasa por alguien que tiene tiempo libre.

En contra de sus temores, los guardias de seguridad del centro comercial lo ignoran, ni siquiera lo miran de reojo

cuando atraviesa los arcos del detector de metales y accede a la tierra prometida.

Ahora puede hacer lo que quiera.

No es hasta que empieza a pasearse por el interior cuando le cambia el ánimo. Sin una rupia en los bolsillos, siente una especie de agobio, una opresiva sensación de miedo y de haber malgastado el dinero. Ante sí solo ve juicio; empieza a sospechar que todos lo saben. Es un impostor. No todo se reduce a la ropa, también está el porte. Nunca antes había tenido esa sensación, nunca le había importado lo que la gente dijera de él. Ahora se encierra en sí mismo. Se siente observado por los dependientes, que lo distinguen de los demás. Saben que se limita a hacerse pasar por los otros. Así que no se atreve a entrar en determinadas tiendas, ni a mirar siquiera. Abrir la boca supondría delatarse. Al final se esconde en un baño y se sienta sudoroso en un cubículo. Se mira aquella ropa tan ridícula y que parece asfixiarlo. ¿En qué estaba pensando? Parece un payaso. Cuando sale del baño mira fijamente aquella cara de payaso en el espejo y le dan ganas de borrarla. Decide escapar de allí lo más rápido posible. Respira el aire de la calle, inhala el humo del tráfico con gratitud, toma el autobús para volver a casa, pues no quiere malgastar el dinero en un tuktuk, no quiere malgastar el tiempo en caminatas. Una vez en casa se quita el traje y vuelve a ponerse el uniforme, la camisa azul y los desgastados pantalones negros, tan reconfortantes, tan en sintonía con su alma, y guarda aquel traje caro para siempre. Regresa al centro comercial varias semanas más tarde con su ropa de trabajo. Lo toman por lo que es: el criado de un hombre rico que ha ido de compras para su señor. Si alguien le preguntara, aunque nadie lo hará, puede decir con seguridad en sí mismo que está haciendo un recado para su jefe, puede enseñarles su pinza para billetes si es necesario. Puede enseñarles su lista de la compra. Davidoff Cool Water, Proraso, Acqua di Parma, Santa Maria Novella, Botot, Marvis. Puede pasearse por las tiendas despacio, haciendo como que compra para su señor mientras reúne las réplicas de los objetos personales de Sunny.

Un día, cuando lleva allí ya más de un año, cuando Sunny se ha ido durante tres días y Ajay no tiene mucho que hacer más que esperar en sus dependencias y barrer el apartamento de vez en cuando y dar de comer a la carpa o aprender nuevas recetas de los libros de cocina de la estantería de Sunny, le ordenan que vaya al despacho del señor Dutta y le dicen que lo han ascendido a asistente personal de Sunny, un papel que ya desempeña de todos modos. El señor Dutta le dice que algún día Sunny ocupará una posición muy importante dentro del imperio de su padre y que, como tal, va a necesitar apoyo adicional. Además de sus responsabilidades previas, acompañará a Sunny cada vez que acuda a las distintas oficinas de la familia, llevará su maletín en el asiento del pasajero, al lado del chófer, hará recados para él durante el día cuando sea necesario, cargará con su equipaje cuando viaje, será su escudo contra el mundo, estará a su entera disposición las veinticuatro horas del día, le atará los cordones de los zapatos si así lo precisara; si Sunny tiene que sonarse la nariz, le ofrecerás tu pañuelo o la manga de tu camisa.

Le suben el sueldo a veinticinco mil al mes y le ofrecen su propia habitación en lugar de una cama en un dormitorio colectivo. Vuelven a tomarle las medidas, y al cabo de una semana le dan tres trajes saharianos idénticos de un gris gabardina acerado, con líneas limpias y minimalistas.

—El señor Sunny —dice el sastre sonriendo de oreja a oreja — los ha diseñado él mismo.

Hacen hincapié en el tema de la seguridad. La unidad de protección le imparte sesiones de entrenamiento y formación. Su instructor es Eli, un joven israelí exoficial de las Fuerzas de Defensa y Seguridad del país. Eli viene de una familia de judíos de Kerala; tiene la piel dorada y el pelo largo y rizado, un cuerpo larguirucho. Se fue de mochilero después de su paso por el ejército, al igual que sus compañeros soldados. Pasó algún tiempo en el Himalaya con sus compatriotas, drogándose y montando en motos Royal Enfield hasta que se encontró camino de Bombay. Hizo sus pinitos como modelo, pero tenía un carácter explosivo, era demasiado temperamental. Se metió en demasiadas peleas, se libró de que lo detuvieran, consiguió llegar a Delhi. Un viejo amigo

suyo de Israel lo acogió en su casa, se lo presentó a Tinu. Lo contrataron para tareas de seguridad, fue ascendiendo en el escalafón. Ahora lleva a Ajay al campo de tiro de los Wadia que hay cerca de la casa de campo de Mehrauli, en el terreno con el bosque y los huertos. Introduce a Ajay en el manejo de la única arma que siempre llevará encima, la Glock 19. A lo largo de las siguientes seis semanas, en los intervalos entre sus obligaciones diarias, Ajay se convierte en un experto no solo con la Glock sino también con la Jericho 941 y la IWI Tavor TAR-21. Se familiariza con el uso del AR-15, el AK-47, el Uzi y la Heckler & Koch MP5. Aprende a manejarlas, a desmontarlas, a limpiarlas y a volverlas a montar; aprende cómo cuidarlas, cuándo utilizarlas, cuándo no utilizarlas, cómo hacer que formen parte de su cuerpo. La puntería de Ajay es ejemplar. Cuando las seis semanas de entrenamiento con armas de fuego se acaban, le dan su permiso y le regalan su propia Glock 19 semiautomática de 9 mm, junto con una funda sobaquera y dos cajas de munición, que deberá guardar a buen recaudo en la taquilla de su cuarto y llevar consigo cada vez que acompañe a Sunny fuera de la casa familiar.

Eli empieza a enseñar a Ajay las técnicas del Krav Maga.

Cuatro días a la semana, en sesiones de dos horas. Pero aunque Ajay es un alumno diligente, que sigue las instrucciones de Eli al pie de la letra, Eli no está contento. Aunque Ajay sabe manejar armas de fuego, sabe hacer cantar al metal, le falta fluidez corporal. Aunque Ajay conoce todas las técnicas, domina las secuencias y combinaciones, le falta la garra.

—Tú frenas demasiado —le dice Eli en su inglés rudimentario—. Tú tienes que ir al lugar violento. Aquí. —Y le da un golpe en el pecho, sobre el corazón—. Otra vez.

Ajay lleva en coche a Sunny por toda Delhi él solo: su chófer, su mayordomo, su todo. Pasa incontables horas en el Audi, en el Toyota Land Cruiser. Se familiariza con su conducción, su velocidad, se convierten en extensiones de su cuerpo, y se enorgullece de la manera en que se desenvuelve con ellos por toda la ciudad, avasallando a otros coches, se siente de fábula. Lo envían a hacer recados en el Land

Cruiser. Casi siempre lo mandan a llevar a otra gente, amistades de Sunny. Casi siempre se trata de chicas, y a casi todas las reconoce de las fiestas de Sunny en su apartamento. Se le da bien memorizar nombres, caras, bebidas favoritas, estados de ánimo. Las recoge donde sea —un mercado, un restaurante, la entrada de un parque— y las deja, casi siempre, en la puerta principal de hoteles de cinco estrellas, sin decir una palabra. Las recoge varias horas después a menos que Sunny le diga lo contrario, las lleva adonde quieran ir. No habla de esas cosas con nadie. Oye a los otros chóferes contar chismes sobre sus patrones y sus jefas y sobre lo que hacen o dejan de hacer, pero Ajay nunca dice una palabra.

Viajan fuera de Delhi cada vez más a menudo. A veces en un jet privado. Ajay es el corazón palpitante del mundo de Sunny. Mudo, invisible, satisfecho.

11

Dos años después, entra en escena una chica nueva. Irrumpe de la nada. Aparece una tarde con Sunny en el apartamento, cosa extraña, ya que este nunca lleva chicas a casa en mitad del día. Disimulando su sorpresa, Ajay inclina la cabeza, se despide con un namasté y se retira a la cocina en busca de las bebidas.

La chica es distinta en muchos sentidos. Le falta glamour y no parece bajo el influjo de Sunny. Y lo que es más, se dirige a Ajay directamente, lo mira a los ojos, le hace preguntas. Que alguien repare en su presencia le hace sentir incómodo. Prepara las bebidas y algo para picar y luego se queda en la cocina, junto a la puerta, tratando de oír lo que dicen para hacerse una idea de lo que ocurre. La chica se va al cabo de una hora. Sabe que se llama Neda. Señora Neda. Ajay acompaña a la señora Neda hasta su coche destartalado. Se fija en la pegatina de PRENSA de la ventanilla trasera y respira aliviado cuando se ha ido.

Unas semanas después, está esperando a Sunny frente al Park Hyatt cuando vuelve a verla. Sale del hotel, distraída, espera a que el aparcacoches le traiga su vehículo. Ella no lo

ve, está preocupada, saca un cigarrillo, habla por teléfono. Ajay reconoce vagamente su expresión.

Poco después, la chica entra a formar parte de la vida de Ajay. Ha sucumbido a Sunny y él, Ajay, es quien la lleva arriba y abajo, de la habitación de hotel a casa. Del trabajo, cerca de Connaught Place, al hotel de cinco estrellas en que Sunny esté esperándola. Ella confía en Ajay. Se confabula con él. Gracias, Ajay, dice cuando sale por la puerta trasera del vehículo al final de la noche.

Un día, unas seis semanas después de haber empezado esa nueva etapa, Sunny está viendo la tele en casa. Tiene puestas las noticias, hay disturbios en la ciudad, están demoliendo un barrio pobre. Sunny se incorpora y se inclina hacia delante, mira atentamente la pantalla con las manos unidas. Apaga el televisor y se queda sentado en el sofá, en silencio, con la frente arrugada, meditabundo, como si no supiera qué hacer.

Por la noche, Sunny sale solo, pero le pide a Ajay que vaya a la casa de campo de las afueras de Delhi, donde aprendió a disparar, donde están construyendo una mansión con todo sigilo.

Sunny llega con Neda unas horas después, aunque están de un humor sombrío. Ajay les lleva vodka con hielo y le piden que espere fuera.

Lo nota, pasa algo raro.

Se pasea entre los árboles, en la oscuridad, con el teléfono en la mano, echando un vistazo a la zona en obras, desierta a esas horas.

Casi una hora después, los faros de tres coches se aproximan por el camino de entrada.

Se detienen a cierta distancia de la casa de campo.

Ajay sabe que debe avisar a Sunny. Echa a correr en mitad de la oscuridad y, en ese instante, se enciende una multitud de potentes reflectores que iluminan las obras. Se vuelve un segundo y ve al padre de Sunny saliendo de uno de los coches.

Una carrera contra el reloj.

Junto a la piscina.

—¡Señor, su padre!

Neda y Sunny están en el agua.

No hay tiempo que perder. Pánico.

Sunny le ordena que saque a Neda del agua, que la esconda. Ajay la mete en el baño exterior, justo a tiempo. Ajay entra en la casa de campo y sale por una puerta lateral en el momento en que Bunty Wadia y sus misteriosos invitados se dirigen a la parte trasera.

Ignora qué ocurre, pero sabe que Neda no puede estar allí, así que cumple con su deber.

Cuando ya no hay nadie a la vista, cuando los hombres están dentro, hablando, la saca con disimulo y la lleva a casa.

Tras esa noche, Neda desaparece de la vida de Sunny. Y la vida de Sunny sufre un giro radical. Durante los días posteriores, los empleados de la casa parecen convencidos de que ha ocurrido algo grave, ha habido un terrible enfrentamiento entre Sunny y su padre. Lo cuentan quienes los han oído en el piso del padre, y los rumores ya circulan por toda la casa. Poco después, Tinu hace llamar a Ajay, le ordena que acuda a su despacho. Una vez allí, le pide que le entregue las tarjetas SIM, los teléfonos, las baterías; todo lo que Sunny le haya dado debe entregárselo. Se le proporciona un aparato de teléfono nuevo y otro número. Cuando vuelve al apartamento, Sunny está en la sala de estar, muy callado, con la mirada fija en la pared, de espaldas a la puerta, los puños cerrados. Como si esperara una mala noticia. Alguien llama.

—Ve a abrir —dice.

Bunty Wadia entra en el apartamento, ese lugar sagrado, seguido de siete hombres a los que Ajay no ha visto nunca, hombres de aspecto tosco que apestan a tabaco y alcohol, hombres de las calles, que se lanzan a destrozar el apartamento, a hacerlo pedazos con bates y barras, mientras Sunny, inmóvil, contempla lo que ocurre con resignación. Ajay está paralizado de la impresión. Cuando los matones acaban su trabajo, no queda nada. En medio de los escombros, el apartamento ofrece una sensación de desnudez escalofriante.

A la mañana siguiente, Sunny aparece temprano, pálido, muy serio, vestido con un traje sobrio y oscuro. Ajay lo lleva a una de las oficinas de Wadia en Greater Noida —la sede central de su negocio inmobiliario— y Sunny permanece allí todo el día. Todo el día y a diario a partir de entonces.

Las fiestas se han acabado. Neda ha desaparecido de su vida. Sunny acude a la oficina todos los días y vuelve a casa por la noche, donde pasa el resto de la velada a solas, con el ceño fruncido. La deslumbrante y animada vida nocturna es cosa del pasado. Sunny se vuelve taciturno y reservado.

Transcurren semanas y la dinámica se convierte en la nueva rutina. El carácter de Sunny se atempera y endurece. No muestra ninguna emoción, pero empieza a encomendar a Ajay nuevos encargos, encargos para los que Ajay no puede confiar en nadie. Tiene que sacar el coche, asegurarse de que no lo siguen e ir a la ciudad para echar un vistazo a varios hoteles baratos y sórdidos de dos estrellas, cuyos nombres le entrega anotados en un papel. Tiene que comprobar si son lo bastante seguros y si protegen la intimidad y el anonimato e informarle. A cada uno se le proporciona un nombre en clave: A, B, C, D, E, F. Cuando hablan de ellos, no usan los reales.

Sunny visita esos hoteles baratos de vez cuando; Ajay lo lleva hasta allí y espera en el coche, a varias manzanas, hasta que lo llama para que lo recoja. Al principio supone que Sunny vuelve a verse con Neda, pero luego comienza a sospechar que se trata de otra cosa. Entre los empleados de la casa corre el rumor de que la familia sufre una crisis, que existe un fuerte enfrentamiento entre sus miembros. Sunny ha hecho algo imperdonable. Algunos tratan de sonsacarle información a Ajay para saber a qué se dedica Sunny, pero él se hace el tonto y dice que no sabe nada. Un día que Sunny está ocupado, Tinu hace llamar a Ajay y le pide que lo ponga al día sobre su estado de ánimo, sobre sus actividades, sobre la chica con quien ha estado viéndose. Le recuerda que Sunny no es su señor, que es a Bunty Wadia a quien sirve. A regañadientes, Ajay les da el nombre de Neda. Les dice dónde vive y dónde trabaja. Pero no menciona los hoteles que Sunny

ha encontrado.

Ajay tiene la sensación de haber quedado atrapado en una guerra civil absurda y de que, de algún modo, la causante es Neda. Le atribuye todo tipo de maldades poco concretas. Imagina que ha aparecido con la única intención de arruinar la vida de Sunny, de alterar la delicada y lujosa armonía establecida. Que quizá ha sido una espía desde el principio.

Todos los días llegan cargados de una tensión que soporta y entiende a duras penas. Como si estuvieran en pie de guerra. En privado, Sunny continúa mostrándose huraño y reservado. En público, con su padre, con Tinu, en la oficina, se envuelve de un aire de profesionalismo distante, de indiferencia robótica.

Un domingo, Sunny recibe una llamada que le produce inquietud. Se lleva a Ajay a un lado y le dice que vaya a la oficina de Greater Noida de inmediato. Que sea discreto. Que dé la impresión de que se dirige a otro sitio. Pero que vaya sin perder tiempo y que vigile la oficina desde la calle. Que esté atento por si aparece Neda.

—Protégela —dice Sunny—. Lo digo en serio. Protégela. No dejes que le ocurra nada.

Ocurre algo. Ajay espera en la vía de servicio, a poca distancia del edificio de oficinas. Está justo enfrente de la autopista principal, en la parte deshabitada de la ciudad satélite que se extiende a las afueras de Delhi, todo campos de cultivo y zonas en obras. Espera durante horas, atento por si aparece Neda, hasta que ve su coche cuando ya ha anochecido, dirigiéndose hacia Delhi. Guarda las distancias, conduce a velocidad constante a unos centenares de metros por detrás de ella. El coche de Neda entra en Delhi por el puente de Kalindi Kunj, en dirección a Okhla.

La distancia que ha guardado le impide ver el accidente. Solo ve los dos coches que han colisionado, detenidos a cada lado de una salida amplia y desierta en una zona industrial. Solo ve a dos hombres rodeando el coche de Neda, aporreando el capó y las ventanillas, gritando a la persona que está dentro, y a otro hombre sacando un bate de críquet del otro coche. No se detiene a pensar. Acelera hasta que

prácticamente se echa encima de los dos hombres, cegados por los faros. Acto seguido sale del coche como una exhalación y ataca. Ataca con toda la violencia contenida en su interior hasta entonces. Todo acaba en cuestión de segundos. Ni siquiera recuerda qué ha hecho. Solo sabe que hay unos hombres en el suelo, destrozados a golpes y cubiertos de sangre, que ha desenfundado la pistola, y se vuelve hacia el coche, desde cuyo interior Neda lo mira con los ojos muy abiertos, sin soltar el volante.

Ajay llama a Sunny y este le indica que deje a Neda en el hotel D. Ella está furiosa, sigue en shock. Cuando Sunny abre la puerta, ella le pega. Él la arrastra al interior y le dice a Ajay que puede irse. Neda permanece allí varias horas, mientras Ajay regresa al lugar del accidente para llevar a reparar el coche de Neda. Tras dejarlo en el mecánico, vuelve al hotel D y espera. Cuando al fin lo llaman para que la acompañe a casa, Neda está borracha, abatida y profundamente triste, pero ya no quedan señales de su enfado. No la pierde de vista por el retrovisor.

Después de ese incidente, Ajay empieza a tener sueños desagradables e inquietantes. Sueños violentos. A veces sueña con miembros rotos. A veces con cuerpos en llamas. A veces sueña con Neda.

12

Los meses transcurren sin Neda. Sunny ni siquiera la menciona. No la llama. No se ve con otras mujeres. Empieza a pasar tiempo con un nuevo amigo, un hombre llamado Gautam Rathore, un hombre cruel y aterrador que se burla de Ajay con una sonrisa morbosa. Sunny siempre está cenando o bebiendo con él. Apenas ve a nadie más. Está cayendo en un estado de ánimo taciturno, en una depresión.

—¿Qué es lo más importante en la vida? —le pregunta a Ajay.

—El trabajo, señor —contesta Ajay, manteniendo la vista en el suelo.

—La familia —lo corrige Sunny, sin convicción.

Últimamente, Sunny bebe más. Bebe solo.

Bebe con Gautam Rathore.

Esnifa coca con Gautam en el ático.

Ajay no ve nada.

No pasa mucho tiempo antes de que envíen a Ajay a reunirse con alguien en un área de descanso, de noche, y tenga que estar allí esperándolo una hora. Un nigeriano joven y simpático. Le compra coca para Gautam Rathore. Sunny insiste, quiere que Ajay lo sepa.

—No es para mí.

A la semana siguiente, ya en noviembre y sin previo aviso, Ajay y Sunny vuelan a Gorakhpur. Sunny en primera clase, Ajay en turista. Ajay, el mismo que antes miraba el cielo con aprensión cuando pasaban aviones, ahora se duerme antes de despegar. Cuando aterrizan, la azafata le toca el hombro y él despierta con el ceño fruncido, percibe el fuerte olor a sudor que impregna el aire estancado cuando los pasajeros se levantan para recuperar su equipaje mientras el avión aún se desliza por la pista. Está nublado y hay niebla. El invierno desciende desde las montañas del norte.

Es entonces cuando Sunny informa a Ajay de que están allí para ver a su tío, Vikram Wadia, «Vicky», un hombre del que Ajay ha oído hablar mucho, pero siempre en voz baja. «Vicky-ji vuelve a dar problemas». «Vicky-ji se ocupa de todo en U. P.». «Últimamente hay tensión entre Vicky-ji y Bunty-ji».

Ajay recoge el equipaje de Sunny en la cinta transportadora. Un grupo de matones y una escolta policial armada los esperan en la sala de llegadas. Ajay intuye el desasosiego de su señor. Espera que el suyo no se refleje con tanta claridad. Adopta una actitud desafiante, apoyándose en la pistola que lleva en la sobaquera. Pero los hombres de Vicky no necesitan fingir nada, son verdaderos matones: toscos, amenazadores, cargados de oro. Sonríen con suficiencia al ver a Ajay con su traje de corte sahariano y su pelo engominado. Lo separan de Sunny y lo acompañan a otro coche. «¿Qué diría Eli?». Olvida su entrenamiento. Obedece sin chistar.

Viajan durante tres horas a través de esa tierra de plantaciones de caña de azúcar y ciudades deslucidas y

polvorientas, mientras Ajay mira por la ventanilla con una profunda sensación de *déjà vu, como si lo asaltara un recuerdo que es incapaz de ubicar o no se atreve a hacerlo.*

Finalmente, en mitad de la nada, toman un desvío a la izquierda y salen de la carretera, cruzan unas puertas de hierro coronadas por un arco de hormigón en mal estado en medio de ninguna parte, continúan por un ancho camino de tierra flanqueado por altos cañaverales, dejan atrás camiones aparcados y tiendas de trabajadores, hasta que llegan a una fábrica azucarera aislada, herrumbrosa y mastodóntica, a cuya sombra aparcan.

Los guardias se bajan de los coches sin decir palabra, acompañados de los clics metálicos de sus armas. Hay carraspeos, escupitajos rojos de paan en la tierra, donde se espesan y agonizan. Agarran a Ajay por el brazo, sin demasiada fuerza, por si pretendiera salir corriendo. Siente una angustia y unas náuseas desacostumbradas. El sol asoma tras las nubes y crea un halo. Uno de los hombres de Vicky orina a un lado, con toda calma.

Ajay no aparta los ojos del coche que iba delante, a la espera de que salga Sunny. Al cabo de unos segundos, echa a andar hacia él, pero la mano se cierra sobre su brazo.

—Quieto, chutiya.

Otro grupo de hombres sale de la fábrica; van armados con AK-47.

Todo aquello le recuerda a una ceremonia.

El aire agitado que precede a la tormenta.

Y de pronto aparece Vicky Wadia. Aunque Ajay no sabe de dónde ha salido. Es como si hubiera aparecido de la nada, una figura completa e imponente, un gigante en mitad de un páramo, envuelto en una kurta y unos pantalones holgados negros, el pelo largo y oscuro partido a la mitad y recogido detrás de las orejas, un tilaka rojo y amarillo tajándole la frente, los ojos centelleantes delineados con kohl, el bigote espeso y viril desbordándose sobre el labio. Se dirige hacia Sunny a grandes zancadas, como si esa fuera su velocidad habitual. Ajay observa la escena con sensación de impotencia, paralizado. El sol asoma de nuevo tras las nubes y se refleja en los muchos anillos de oro que adornan las manos de Vicky. Las alarga, como garras listas para asir, para asfixiar, para

matar. Pero Vicky se limita a abrazar a su sobrino, lo estrecha contra sí, le acaricia la nuca mientras los brazos de Sunny cuelgan sin fuerzas a los costados. Vicky retrocede, lo estudia de un lado, del otro. Acto seguido, mira a Ajay.

—¿Ese chico es tuyo? —La mano le libera el brazo, los matones le dejan espacio—. Muy guapo —observa con tono despectivo—, bien vestido. —Le hace una seña para que se acerque. Ajay tiene la sensación de adentrarse en tierra de nadie. El hombre lo mira de manera aviesa—. Qué rostro tan inocente. ¿Hace lo que se le pide? —Sunny no contesta. Y se olvidan de Ajay—. Vamos, muchacho —dice Vicky, agarrando a Sunny por la nuca—, ponme al día de lo que sucede en casa.

Vicky lo acompaña a un pequeño bungalow que hay junto a la fábrica y desaparecen sin más.

Ajay se queda solo bajo las nubes pasajeras, junto a los hombres armados, que haraganean por el polvo con actitud despreocupada. La tensión que crispa sus rostros disminuye a medida que la figura de Vicky se desvanece. Unos se apoyan en sus vehículos con actitud relajada o van a sentarse en unas sillas de plástico, otros se reclinan en camastros de cuerdas, bajo un toldo de lona. Ajay se siente desnudo, enfermo. Lo asalta la necesidad de huir de ese lugar. Con fingida indiferencia, se da media vuelta y se aleja con paso tranquilo, en dirección al largo camino de tierra por el que han venido. Espera que alguien le dé el alto en cualquier momento, pero nadie dice nada, así que continúa andando, y con cada paso siente disminuir la opresión del pecho. Cuenta hasta cien antes de echar un vistazo atrás.

Los hombres son más pequeños, ya no parecen tan amenazadores. Se levanta una ligera brisa. Ajay se desabrocha los primeros botones de la chaqueta, se frota la mugre de la nuca.

Cien pasos más.

Los hombres acaban desapareciendo en la distancia.

Se detiene a mirar, a oler.

A mirar las cañas de azúcar que flanquean el camino polvoriento, los pájaros que revolotean en el cielo. A oler la intensa fragancia de la tierra.

A sentir.

Percibe una ligera agitación. El viento susurra entre las cañas de azúcar. Y en ese momento lo comprende, conoce ese lugar. Lo conoce. Ya ha estado allí.

¿Cómo? Intenta hacer memoria, encuentra pozos negros y profundos de los que es incapaz de alejarse, ve hondonadas extensas y oscuras en las que se niega a adentrarse. Continúa adelante, con la piel erizada. Un súbito impulso le dice que se agache y se quite los zapatos y los calcetines.

Obedece. Obedece y los pies desnudos se hunden en la tierra. Ahora son blancos, blandos. ¿Tanto tiempo ha transcurrido desde que caminaba descalzo entre las agujas de los pinos de los bosques himalayos, atento a los leopardos? Y antes de eso… Antes de eso… una aguja distinta le traspasa el corazón.

¿Hasta dónde ha llegado?

Sigue hurgando la tierra con los dedos de los pies. Los hunde, la tierra se le mete debajo de las cuidadas uñas. Unos metros por delante, siguiendo el camino, se alzan las precarias y humildes tiendas de los trabajadores inmigrantes. Siente curiosidad por esas lonas azules; olvida los zapatos y los calcetines. Poco después se detiene a contemplar ese conjunto de viviendas, ese batiburrillo de hogares temporales; ve mujeres restregando platos metálicos con arena y piedrecillas, cocinando arroz sobre las ascuas, en grandes recipientes. Ve niños desnudos, con la barriga protuberante por la malnutrición, corriendo tras las gallinas, persiguiendo cachorros, jugando con palos y neumáticos. Continúa detenido a varios metros del borde del campamento mientras los observa. Algunos le devuelven la mirada. La de los niños, vacía e inexpresiva, la de las mujeres, aprensiva. Recelosa la de los hombres. Atisba algo en el suelo, de reojo: una cucaracha de gran tamaño correteando por la tierra. Con toda la intención, con una íntima y sorprendente ferocidad, la pisa. La aplasta con el talón.

Todo regresa a él en el preciso instante de la muerte.

Su padre devorado por las llamas.

Su madre enterrando el cadáver calcinado.

Su hermana rodeada de aquellos hombres.

Su cobardía frente a Rajdeep y Kuldeep Singh.

Los dos hombres están instalados en un silencio taciturno a la espera del último avión de vuelta a Delhi, en plena noche, sentados en la luminosa y deprimente zona de embarque del novísimo aeropuerto. El vuelo va con retraso. Sunny se masajea el cuello, mira los mensajes del móvil. Le da una patada a Ajay en la pierna.

—Chutiya, hoy me has abandonado —dice.

Ajay no responde.

—¿Qué cojones te pasa?

—Nada, señor.

—Y una mierda. ¿Sabes cómo me has hecho quedar?

Ajay baja la mirada.

—Lo siento, señor.

—¿Qué te han dicho?

—¿Señor?

—Que qué te han dicho.

—¿Quiénes?

—Los hombres de Vicky. ¿Quiénes van a ser si no, idiota? ¿Han dicho algo de mí?

—Nadie ha abierto la boca, señor.

Sunny entrecierra los ojos.

—Entonces ¿qué ha pasado?

—Nada, señor.

—Me has hecho quedar mal.

Ajay asiente.

—No sabes cómo son las cosas. No sabes cómo funcionan en este sitio. Con mi tío. Aquí no puedes dejarte avasallar. No es como en Delhi. Aquí todo es distinto.

Aquí todo es distinto. Le suena de algo. Intenta olvidarlo. Pero es incapaz de silenciarlo. Es incapaz de borrar la imagen. La cucaracha, una mensajera, un portal. De pronto, un acorde del pasado lo conecta con el niño que fue. El tiempo y el espacio se pliegan sobre sí mismos, como si quisieran eliminar la vida comprendida entre ellos.

Desde el viaje, Sunny está más taciturno. También bebe más, hasta altas horas. Envía a Ajay a comprar coca. A veces lo envía de noche, y, cuando Ajay vuelve, Sunny sigue despierto, sin moverse del sitio. Duerme hasta las cuatro, se levanta y vuelve a beber antes de ir a ver a Gautam Rathore.

Una mañana neblinosa de enero, Sunny se despierta temprano y decide salir a correr. Solo ha dormido tres horas, no puede parar quieto, está nervioso, es posible que aún siga borracho. Está para el arrastre, pero le dice a Ajay que lo lleve al bosque de Sanjay Van. Son las siete de la mañana. No es habitual verlo con pantalones y camiseta de deporte, está raro. Lo sabe. ¿De verdad le apetece hacer aquello?

—Tú vienes conmigo —le dice a Ajay.

Ajay se quita la chaqueta del traje y se queda en camiseta. Sunny contempla el cuerpo esbelto y musculado de Ajay, su juventud. ¿Son celos?

—Llévate la pistola —dice Sunny.

Ajay sospecha que Sunny tiene miedo.

—¿Haces ejercicio? —pregunta Sunny mientras hace estiramientos.

Ajay asiente.

—¿Tomas esteroides?

—No.

Ajay se quita los zapatos y los calcetines para correr descalzo.

—Déjate los zapatos. Te cortarás —dice Sunny.

—No se preocupe, señor.

—No, pisarás una aguja y pillarás el puto sida. No quiero que lleves el sida a mi casa. Te sacrificaré como a un perro. Ponte los putos zapatos.

Corren media hora. Sunny se esfuerza al límite, incluso se castiga, mientras Ajay le pisa los talones sin sudar apenas. Pero se alegra de estar allí con él, de compartir ese momento. No ha dejado de darle vueltas a la cabeza. Tiene la sensación de que todo está a punto de acabarse. De que ambos están al borde del precipicio.

—¿Señor?

—¿Qué pasa? —jadea Sunny.

Han vuelto al coche.

Ajay quiere decir algo, pero vacila, así que Sunny cambia al inglés.

—¿Qué? Me estás poniendo nervioso.

—Señor, quería preguntarle…

No puede…

—¡Dilo de una puta vez!

—Señor, ¿qué le ocurrió a su madre?

La incorrección de la pregunta deja mudo a Sunny. Está paralizado.

No ha hablado de su madre delante de Ajay ni una sola vez, y este nunca antes ha hecho una pregunta tan personal, ni sobre ese tema ni sobre ningún otro.

—¿Quién te ha hablado de mi madre? —dice, desconcertado.

—Nadie —asegura Ajay.

Sunny se acerca y se queda a escasos centímetros de su rostro.

—No me mientas, cabrón —sisea.

—Nadie ha hablado de ella, señor.

—Ha sido Vicky, ¿verdad?

—No, señor.

—No me mientas.

—Nadie, señor —insiste.

Sunny se pone a gritar.

—¡¿Quién cojones te ha hablado de mi madre?! ¿Con quién te crees que hablas? —Saca la Glock de Ajay de la sobaquera y le apunta con torpeza al rostro—. Debería pegarte un tiro ahora mismo.

Ajay no se inmuta, lo mira a los ojos.

—No olvides quién eres —dice Sunny.

—¿Quién soy? —contesta Ajay con suma calma.

La respuesta turba más a Sunny que cualquier reacción que pueda obtener con la pistola.

Baja el arma y la deja en las manos de Ajay.

—Sube al coche.

Es Sunny quien conduce de vuelta a casa, demasiado rápido, temerario.

Cuando cruzan las puertas de la propiedad y aparcan, Ajay nota la respiración jadeante de Sunny.

Sin apartar las manos del volante, se vuelve hacia Ajay.

—¿Qué cojones te pasa? —Apaga el motor—. ¿Por qué me has preguntado sobre mi madre?

Ajay no aparta la mirada del salpicadero.

—Nadie pregunta sobre mi madre —prosigue Sunny. Se enciende un cigarrillo—. Murió. —Da una calada.

—¿Piensa en ella? —pregunta Ajay.

Sunny lucha contra el instinto de no responder.

—Antes sí, mucho. Ahora ya no.

—Yo también dejé de pensar en mi madre —dice Ajay— cuando vine a trabajar para usted. —Se queda pensativo—. Tal vez incluso antes. Pero está viva.

Los dos hombres se sorprenden de oír la voz de Ajay con tanta claridad.

—Y ahora la recuerdo.

Sunny mira a Ajay por primera vez como si fuera una persona.

—Ni siquiera sabía que tenías madre.

—Todo el mundo tiene madre.

—Creía que había muerto.

La emoción se apodera de él; da la sensación de que está a punto de derrumbarse.

—He hecho algo que no está bien —dice Ajay.

—¿Qué has hecho?

—Cuando era niño, mataron a mi padre —contesta, poniendo gran atención en lo que dice—. Me entregaron a un thekedar para saldar una deuda, me llevaron a las montañas y me vendieron. Se suponía que debía ayudar a mi madre a salir adelante, se suponía que debía enviarle dinero a casa. El hombre que me compró me dijo que le enviarían lo que yo ganara. Dijo que mi madre tendría dinero y que viviría bien gracias a mí. Pero nunca le llegó nada. Siempre lo supe, pero preferí tragarme aquella mentira. Y empecé a creerla a medida que crecía. Me convencí de que mi madre y mi

hermana estaban bien. Cuando vine aquí, cuando empecé a trabajar en esto, al fin gané dinero de verdad, al fin tenía la posibilidad de hacer algo para ayudarlas, pero las abandoné. Olvidé. —Reúne coraje—. Cuando fuimos a ver a Vicky-ji, las recordé. Y ahora debo encontrarlas.

Sunny no lo soporta más.

Abre la puerta de un empujón, sale y Ajay se queda solo.

14

Ajay evita a Sunny en lo posible durante los días siguientes. Sunny se encierra cada vez más en sí mismo mientras Ajay cumple con sus obligaciones con absoluta profesionalidad. Pero ya apenas es capaz de mirarse en el espejo. No puede dormir por las noches pensando en lo que ha hecho. Regresa al borde del campo, huyendo y escondiéndose mientras su hermana lo llama a gritos. La oye mientras se la llevan. Ve la cucaracha en el suelo. Lo define su cobardía. El pequeño fugitivo. Sabe por qué su madre lo envió lejos de casa. Su físico empieza a resentirse. Sunny no le quita el ojo de encima. Ajay teme que lo echen. Que lo expulsen del hogar de los Wadia.

—¿De verdad quieres encontrarla? —le suelta Sunny sin más una mañana, cuando Ajay le lleva el café a la habitación.

Ajay contesta sin vacilar.

—Sí.

—¿Cómo? ¿Cómo vas a encontrarla? —pregunta.

—No lo sé.

—¿Sabes siquiera de dónde eres?

—Creo que crecí cerca del lugar al que fuimos.

—¿La azucarera?

—Reconocí el paisaje.

—Esos sitios son todos iguales.

—Pero lo sentí, señor.

Sunny lo medita.

—No puedo dejarte ir, te necesito aquí —dice—. Van a empezar a ocurrir cosas.

Ajay asiente y se vuelve hacia la puerta.

—Espera.

Ajay obedece.

—Apunta todo lo que recuerdes —dice Sunny—. Nombres. Lugares importantes. Colegios, templos. Cómo se llamaba la gente. Los nombres de todos, quienes fueran.

—Sí, señor.

—Veré qué puedo averiguar.

—Gracias, señor.

—Mientras tanto, te necesito a mi lado.

—Sí, señor.

—Mañana volamos a Goa.

Esa noche, Ajay se sienta en la cama y escribe. Apunta todo lo que cree que sabe, las montañas que veía desde su choza, el aspecto de los campos, la escuela, las tierras de cultivo, el templo, los nombres largamente olvidados de localidades cercanas, los nombres del lugar, de su maestro, de sus padres y, por último, por último, los nombres de los dos peces gordos, Rajdeep y Kuldeep Singh.

Cuando suben a bordo del avión, le tiende la hoja doblada a Sunny, aprovechando que pasa a su lado para dirigirse a su asiento en clase turista. Durante el viaje, Ajay es incapaz de pensar en nada más que en esos dos hombres, en ese lugar de pesadillas largamente olvidadas, en todo lo que ha tratado de dejar atrás a lo largo de su vida.

Se alojan en un complejo turístico de cinco estrellas a las afueras de la capital, Panaji, en los chalets de primera línea de playa, con habitación para el servicio. El miércoles y el jueves acompaña a Sunny durante las distintas reuniones que este mantiene en la ciudad. Por la noche, después de que Sunny haya acudido a las ineludibles cenas de negocios, sale al jardín del chalet y contempla el mar al otro lado del muro. Apenas habla, no come ni bebe.

El viernes, Sunny le encarga que alquile un coche pequeño y una moto Royal Enfield, y que pague en efectivo. Por la tarde, le dice que vaya y reserve una habitación en un hotel

barato de la ciudad, el Windmill. Luego le entrega un número de vuelo.

—Ve al aeropuerto en el coche de alquiler —dice Sunny—. El avión de la señora Neda aterriza a las ocho.

Le reconforta ver a Neda salir por la puerta de llegadas y abrirse paso entre los taxistas. Ha estado esperándola un poco apartado, así que se abre camino a codazos entre la multitud y se encarga del equipaje. Ella le sonríe con gesto tímido y gran familiaridad. Neda le pone una mano en el hombro mientras se dirigen al coche, un Maruti con matrícula del lugar, sin decir una palabra.

Él le pide que se siente delante para que la policía no crea que es un taxista ilegal.

Es raro tenerla al lado.

Se permite fantasear un instante —sería escandaloso, insoportable alargarlo más de un segundo— con que es Sunny, con que Neda es suya, con que lleva una vida normal, una vida sobre la que posee todo el control.

Tiene la sensación de que las cosas podrían empezar a ir bien ahora que Neda ha regresado a la vida de Sunny.

—¿Habías estado ya antes en Goa, Ajay?

Lo ha preguntado de sopetón.

A Ajay le gusta que lo llame por su nombre.

—Sí, señora.

Llamarla señora lo devuelve a un terreno seguro.

Guardan silencio de nuevo.

—En realidad, ya había trabajado aquí, señora —dice un poco después, sorprendido de estar hablando por iniciativa propia.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? —dice ella, sinceramente interesada —. ¿Cuándo?

Se siente intimidado.

—Antes.

Ella ríe para sí.

—¿Dónde?

—En Arambol.

—Bonita playa. ¿En un chiringuito?

—Sí, señora.

—¿Con amigos?
—Sí.
—¿Vas a ir a verlos?
—He venido a trabajar, señora.
Y vuelven a sumirse en el silencio.

Ajay la deja en el hotel según lo acordado y se marcha. Regresa al complejo de cinco estrellas de Sunny, aparca el coche en una calle residencial, a cierta distancia, junto a la Royal Enfield, y continúa a pie hasta la urbanización. Pasa por el detector de metales, deja la pistola en la bandeja y muestra la licencia antes de dirigirse al alojamiento para el servicio del chalet de Sunny, donde espera. Se sienta en la cama, con rigidez, las manos en los muslos, los ojos cerrados, como si meditara, pensando en Neda a su lado, en el coche, mientras sopla una brisa cálida, en silencio. Luego la recuerda atrapada en medio del ataque. La sensación de sus puños al golpear a sus asaltantes. Es la primera vez que piensa en lo que ocurrió. Aprieta los dientes, cierra las manos en un puño. Siente cada golpe, una y otra vez, la entrega de la que Eli hablaba, el abandono a la violencia. ¿Qué le ocurre con ella? Ese apego. No es deseo. ¿Se trata solo de una actitud protectora? De solidaridad. Quizá. ¿O es envidia tal vez? Envidia la intimidad que comparte con Sunny. Un lugar vedado para él. Abre los ojos antes de adentrarse más en esos pensamientos. Se hace un ovillo en la cama. Intenta dormir. A medianoche recibe un mensaje de Sunny. Lleva la Enfield al hotel a las cinco.

Es un placer circular con tranquilidad a lomos de la Enfield por la ciudad, al alba, con el aire cálido acariciándole la cara y el empuje del potente motor reverberando a través de las calles desiertas bañadas en el resplandor sulfuroso de las farolas. Espera fuera, frente a la recepción, mientras comienza a amanecer. Ahí están. Les tiende las llaves. El depósito está lleno de gasolina. El permiso de conducción de Sunny está en la alforja que hay sobre el depósito. Se ha ocupado de todo.

—Ajay, ¿por qué no vas a ver a tus amigos? —dice Neda, y

mira a Sunny—. ¿No crees que estaría bien?

—Te quiero aquí mañana por la tarde —dice Sunny—. A las siete.

Y se van.

Espera hasta que los pierde de vista, se imagina como una figura firme y estoica en el caso de que miraran atrás, en el caso de que, por el motivo que fuera, tuvieran que dar media vuelta y volver junto a él. Espera un poco más, hasta que deja de oír el estruendo del motor. En ese momento, gira sobre sus talones y entra en el hotel para pagar la cuenta; una vez está todo listo, recorre a pie los cinco kilómetros que hay de regreso al hotel de cinco estrellas.

Tiene treinta y seis horas por delante.

Treinta y seis horas de las que no necesita responder ante nadie, que rellenar de alguna manera.

Se le ensombrece el gesto.

¿Qué va a hacer? ¿Visitar a sus amigos?

Se sienta en la cama y espera. Igual debería echar la llave e irse.

Aunque ¿los considera siquiera amigos suyos?

Continúa sentado en el borde de la cama, con los ojos cerrados, la espalda recta, vuelve a colocar las manos en los muslos.

Piensa.

Se imagina llegando en coche.

Una escena que solía recrear mentalmente. La visualizaba a la perfección.

Aparecería en un elegante todoterreno negro, vestido de uniforme, pero con los botones del cuello desabrochados, para que supieran que no estaba de servicio. Luciría un aire desenfadado, una sonrisa enigmática que se transformaría en una carcajada en cuanto lo reconocieran. Alguien lo abrazaría y notaría el bulto de la pistola, todos lo mirarían impresionados, le pedirían que se la enseñara. Él la extraería, le quitaría el cargador, comprobaría la recámara y se la tendería. Se reiría del chico que era antes, recordaría los viejos tiempos, les hablaría de Delhi, de cómo vive la gente importante. Les demostraría que se había convertido en un

hombre, un hombre de mundo. Y ellos dirían: lo has conseguido, hermano.

Así era como lo imaginaba.

Pero ¿qué puede contarles de sí mismo?

¿Qué va a contarles cuando apenas sabe hablar?

Ahí está. Lo revive de nuevo: la Tempo, la jaula, su madre y su hermana viendo cómo se lo llevan. Los demás niños a los que hacen subir a su lado en medio de la noche; el pequeño que fue, temeroso y aterrado, alejándose de su desdichado hogar, desapareciendo en las grandes montañas azules.

Lo revive de nuevo: el cadáver medio calcinado de su padre.

Cada vez le cuesta más respirar.

A mediodía se quita la pistola y la sobaquera, entra en el chalet y empieza a recoger, se asegura de que la cocina quede impoluta y de que la ropa de Sunny esté en su sitio. Acaba en mitad de la sala de estar, en penumbra, con la mente en blanco, sin saber adónde ir. Entra en la cocina y abre la nevera, ve la cerveza y el vino en la puerta, las sobras que Sunny no ha tocado. La cierra de nuevo. Ni siquiera tiene hambre. No bebe. No tiene nada que hacer.

Pero a última hora de la tarde, a medida que el sol se pone en el océano, atraviesa el jardín, abre la puerta de la valla blanca de madera y baja a la playa privada. Hay varias tumbonas ocupadas por extranjeros bebiendo cócteles, un vigilante en la torre, dos guardias de seguridad que patrullan la orilla ahuyentando perros callejeros o vendedores ambulantes; la arena blanca es privilegio exclusivo de los ricos.

Todavía lleva el uniforme y nota que empieza a sudar la camiseta. Se desabrocha los primeros botones, se frota la piel húmeda del cuello, se acerca a la orilla. Siente el deseo irrefrenable de zambullirse. Se quita los zapatos y los calcetines, se despoja de la chaqueta y la deja junto a los zapatos, perfectamente alineados. Se dirige hacia el agua, los pies exprimen la humedad de la arena mojada. En el primer

embate, cierra los ojos y se detiene. Luego continúa adelante.

Avanza poco a poco, con los ojos cerrados y expresión reverente. Hasta que el agua le llega a la cintura.

Se mantiene firme ante el vaivén de las olas, abre los ojos y se impregna de la puesta de sol.

—¡Eh! —lo increpa alguien—. ¡Eh!

Se da la vuelta; los guardias de seguridad lo llaman desde la orilla.

—No puede estar aquí.

Ajay los mira de uno en uno antes de volver a concentrarse en el océano.

—No puede estar aquí. La playa es solo para huéspedes.

Se demora unos segundos más, pero su éxtasis ya ha terminado. Da media vuelta y regresa a la playa, pasa junto a los dos guardias, recoge la chaqueta, los zapatos y los calcetines y se dirige al chalet.

15

No vuelve a ver a Neda en Goa. Sunny la deja en el aeropuerto antes de volver. Los dos hombres regresan a Delhi en avión. Sunny parece más tranquilo, resuelto. Unos días después, está sentado en el sofá mirando algunos diseños arquitectónicos en el portátil cuando Ajay le lleva café.

—Toma.

Sunny arranca una hoja de su libreta y se la tiende.

—¿Señor?

—Aquí es donde viven tu madre y tu hermana.

Ajay desdobla el papel y se lo queda mirando.

—Agradéceselo a mi tío —dice Sunny—. La ha encontrado Vicky.

Se ha quedado sin palabras, no sabe qué decir.

—Tienes cuatro días —prosigue Sunny—. Pero, después de eso, te necesito. Después de eso, las cosas van a cambiar.

Ajay II

1

Ajay se desplaza de Delhi a Lucknow en tren, en Lucknow toma otro tren a Gorakhpur y desde allí sigue en el autobús urbano. Ahora le viene todo a la memoria. Todo ese polvo y todo ese humo. El olor a plástico quemado en todos esos pueblos, las manadas de búfalos y los campos de mostaza, maíz, trigo y caña, todo ese aceite de motor goteando en el suelo, mezclándose con la basura y las hortalizas podridas. Y los fantasmas también. Brazos amputados, gargantas degolladas, cabezas aplastadas. Cadáveres arrojados a los pozos. Las heces de los hombres. Hombres en llamas. Pero él dejó todo eso atrás. Lo superó. Con cada kilómetro que pasa se siente un hombre distinto, entrando de forma clandestina en su pasado, el pasado dentro del presente, con su traje sahariano y su rostro apuesto, su cuerpo esbelto, la presión del arma contra las costillas. Y el dinero. Ay, el dinero. Lleva tres lakh de rupias en la bolsa de lona que hay a sus pies, prístinas, envueltas en papel de estraza, envuelto a su vez en un paño. Tres lakh, trescientas mil rupias para su madre, todos los salarios del mundo, junto a una caja de munición de repuesto, una muda y un cepillo de dientes.

Ahora ella lo verá, y todo irá bien. Las dos lo verán. Su madre y su hermana. ¿Y qué más? Su madre estaba embarazada cuando Ajay abandonó su vida anterior, algo que él ha olvidado, igual que el recuerdo del dolor. ¿Qué dirán? A decir verdad, no ha pensado en lo que hallará cuando se encuentre en casa. Ha compuesto una imagen muy rudimentaria; para él mismo es todo muy sencillo: están vivas, existen. Existo. Voy a casa. Vuelvo, tal como dije que haría, tal como estaba escrito. Vuelvo siendo alguien

importante, un hombre con posibles, un ganador. Ya en el mismo momento en que se imagina ese regreso a casa, un lado oscuro de sí mismo sabe perfectamente que es mentira.

El autobús en el que viaja sufre una avería por la tarde.

Los pasajeros mascullan protestas mientras duermen, envueltos en sus chales, esperando que algo cambie. Nada cambia. No tardan en decirles a todos que se bajen del autobús. La mayoría se sienta en el arcén de la carretera, acurrucándose para protegerse del frío cada vez más punzante. Hay quien conoce el camino y emprende la marcha.

Ajay se baja con su bolsa y camina él también, detiene un camión.

Se sienta en la cabina junto al conductor, adentrándose en la noche a toda velocidad. Ya llevan una hora de trayecto y apenas si han intercambiado diez palabras. Ajay estudia la carretera ante sus ojos bajo la luz de los faros. Empieza, o eso cree, a reconocer algunos puntos de referencia, monumentos a los recuerdos interiorizados del éxodo.

El conductor del camión, un hombre grueso y con barba que pasa de la cincuentena y que fuma un beedi tras otro, repara en su expresión reverencial.

—¿De dónde eres? —le pregunta.

—De Delhi —responde Ajay.

Pasa un rato.

—Pero conoces estas carreteras.

Ajay no contesta.

—¿A qué te dedicas?

—Kaam. —Trabajo.

El camionero se ríe.

—Todos trabajamos. —Hace una pausa—. ¿Qué tipo de trabajo?

Ajay se desabrocha el traje y deja que el aire fresco de la noche le inunde el pecho.

—Accha kaam. —Un buen trabajo.

Siguen avanzando con esa frase suspendida en el aire, ambigua y extraña.

—Ha habido mucho jaleo este mes —dice el camionero al

fin—. Peleas entre bandas. Un montón de secuestros. Puede que no sea un lugar seguro.

Ajay se vuelve hacia él.

—¿Para mí?

Ajay lleva su pistola en la sobaquera, dentro de la chaqueta.

El camionero aparta la mirada.

Por un momento, a Ajay se le ha olvidado por qué está allí.

Se recuesta hacia atrás, cierra los ojos, siente un escalofrío, se regodea en su poder.

—¿Para quién trabajas? —le pregunta el conductor.

Formula la pregunta sin ninguna entonación, sin pretextos.

Quiere saber.

—Para Vicky Wadia.

El silencio fulminante del conductor lo dice todo.

Paran en un dhaba bien entrada la noche. El resplandor hipnótico de las luces fluorescentes atadas a los árboles. Ajay se sienta solo en una mesa de fuera, en el rincón del fondo, y las patas de su silla de plástico se comban bajo su peso. Cazuelas humeantes de comida y voces ebrias y nocturnas que reverberan con deseos igual de ebrios.

Ve cómo el conductor del camión lo mira desde la otra mesa, adivina la conversación con los demás camioneros, con los trabajadores del dhaba. Hablan de él, señalan al hombre de los Wadia, al del traje elegante, al que lleva la pistola pukka.

Hacen conjeturas sobre sus intenciones.

Ajay no puede evitar sentirse orgulloso.

Temido, respetado.

Invulnerable.

Echa un vistazo a los otros hombres, en su mayoría camioneros. Un puñado de familias, ocupándose de sus propios asuntos. Despacio, recorre el dhaba con la mirada. Y entonces se detiene.

Un chico del dhaba, un empleado. Orejas grandes, una mata de pelo negro, dolorosamente flaco, de doce o trece años. Se encarga del tandoor, con el sudor que le chorrea por la frente, una mueca en la cara. Ajay lo observa, baja la

mirada por su cuerpo hasta los pies. La cadena. Un tobillo huesudo, encadenado a la base del horno. Los ojos vidriosos por el reflejo de las llamas que relumbran en el interior.

Revive un nuevo recuerdo. El dhaba, los campos de detrás, llenos de basura y escombros. La pared de cemento que esconde la zanja del urinario. ¿Cómo olvidarlo? El chico que se escapó de la jaula donde todos estaban encerrados, que huyó corriendo de la Tempo en dirección a los campos envueltos en niebla, perseguido por el ayudante del thekedar. El alarido final. La navaja ensangrentada. Por un momento, Ajay cree estar allí. Que esto, ahora, es entonces. El mundo se vuelve inestable.

¿Es él? ¿Es ese el chico? ¿Lo trajeron de vuelta? ¿Es que nunca llegó a escapar?

Se pone de pie y se abre paso sin prisa entre la clientela del dhaba, rodeando las mesas, y se adentra en el local, consciente de que todas las miradas lo siguen. Cruza la puerta de la cocina, ignora las protestas de los empleados y se detiene ante el chico. Este deja de hacer lo que está haciendo y lo mira, temblando como un perro apaleado.

—Behenchod —dice alguien a su espalda.

Al volverse, Ajay ve a un cocinero barrigón con un cuchillo de carnicero en la mano.

—¿Se puede saber qué haces?

El cocinero levanta el cuchillo con teatralidad, pero Ajay no se inmuta, y otro empleado corre a susurrarle algo al oído, tirando de él hacia atrás. El cocinero baja el cuchillo, baja la mirada y se va, deja en paz a Ajay.

El chico regresa al tandoor y entonces Ajay se da cuenta de que no lo conoce. Solo es otro chico que no pudo escapar. ¿De qué serviría liberarlo?, piensa. Yo tengo mis propios asuntos de los que encargarme.

Vuelve a su mesa con esa idea en la cabeza, y por primera vez piensa: yo soy yo.

Le traen chai, junto con un plato de rajma chawal bañado en desi ghee.

—De parte del jefe —dice el camarero, señalando a un hombre bien vestido sentado tranquilamente en una de las mesas junto a la caja registradora—. Invita la casa.

El camionero aguarda con paciencia a que Ajay termine. Cuando Ajay se levanta, él también se levanta y se ponen en marcha. Antes del amanecer el camionero anuncia que están acercándose al pueblo.

—Para el camión —le dice Ajay—. Iré andando el resto del camino.

Se toma unos minutos para orientarse mientras el camión se aleja y entonces echa a andar. Sigue los albañales hasta llegar a las chabolas, las barriadas al margen de los planes de urbanismo. Atraviesa un puente hecho de chapa metálica y llega a un campo de críquet donde pastan las cabras. El día empieza a alborear en el cielo. Encuentra a un grupo de hombres acurrucados junto a un edificio de cemento, calentándose alrededor de una hoguera. Les enseña la hoja de papel que lleva. Les pregunta dónde puede encontrar ese barrio. Repasan su ropa, su bolsa, su cara, le muestran el camino, pero le dicen:

—No te conviene ir a ese lugar, ahí solo vive gentuza.

Rodea el campo donde unos críos están jugando al críquet bajo la luz de la mañana. Un lanzamiento se sale del perímetro, la bola cae rodando hacia él y se para. Los niños le gritan. Quieren que se la devuelva. Descubre que no puede.

2

El barrio es un lugar inmundo. Hileras de chabolas de ladrillo y madera, techadas con chapa ondulada y lona, construidas sobre la tierra, rodeadas de vertederos. Las mujeres cocinan en fogatas en la puerta de sus hogares miserables. Se queda inmóvil en medio de ellas, consternado. Consternado consigo mismo por haber esperado otra cosa. Pero ahora eso cambiará. Todo cambiará. Echa a andar por una de las hileras, sorteando las fogatas, los niños y los perros. Hombres y mujeres lo miran con miedo, con desprecio. Se encierran en sí mismos. Intenta sonreír. Intenta buscarla entre los rostros de las mujeres. Se supone que debería ser una sorpresa. No tendría que ser así.

Una mujer vestida con un sari inmaculado de color azul se

dirige a él:

—¿Qué buscas?

Ajay se para y la mira.

Sopesa las palabras que está a punto de decir.

Como cuando alguien quiere tirarse por un acantilado, el cuerpo no obedece a la mente.

Tiene que obligarse.

—A mi madre.

Las palabras parecen acobardarse en sus labios.

Se produce un silencio y luego un murmullo de voces, repitiendo sus palabras, y entonces una ola de comprensión recorre la multitud.

No del todo afable. No del todo de bienvenida.

—Así que eres tú —dice un viejo tumbado en un charpoy.

Otra mujer se pone de pie, da un paso adelante, lo examina por todos lados con cara de asco, con aire burlón.

—Dijeron que andabas buscándola.

—¿Está aquí? —es todo cuando acierta a decir.

—No tienes vergüenza.

Él la mira desconcertado.

—¿Dónde está?

—No deberías haber venido.

—¡Mamá! —grita. Se vuelve hacia la multitud, cada vez más numerosa—. ¿Dónde está?

Un grupo de hombres jóvenes se acerca, pero mantienen las distancias.

Las mujeres mayores no tienen reparos en mostrar el sentimiento que les provoca.

Con hostilidad, una señala hacia una construcción baja de cemento que hay al final de la hilera delante de la cual está formándose una aglomeración a medida que la gente sale de su interior.

—Está ahí, pero Mary no quiere verte.

—¿Mary? ¿Quién es Mary? Mi madre se llama Rupa —dice.

—Ya no.

Se detiene en la puerta de la pequeña construcción. Tiene que agacharse incluso para asomarse a mirar dentro. En el interior hay muchas sillas mirando al frente, hacia una tarima

con un atril detrás del cual sendas estatuas de Shiva y Krishna flanquean un enorme cuadro de Jesucristo sentado en la posición de loto, formando un mudra con las manos.

Una iglesia. Es una iglesia.

Ajay la busca entre la multitud, con la respiración acelerada y el corazón palpitándole en la sien.

—¡Mamá! —grita.

No la ve, pero los fieles que hay en el interior se vuelven con un respingo y murmuran, se arma un gran revuelo. Casi todas las cabezas se han girado ya hacia él, a mirarlo. Todas las cabezas.

Todas menos una.

Ve la parte de atrás, el pelo fino y gris, los hombros huesudos, fuertes pero hundidos.

Y a la niña que hay a su lado, una chica de trece años, que lo mira a los ojos, acongojada. Unos ojos en los que Ajay reconoce los suyos propios.

La hermana a la que no llegó a ver nunca, la que nació después de que él huyera.

—Mamá —la llama y empieza a abrirse paso a empujones entre la multitud.

El cura no ha llegado aún. El servicio no ha empezado aún.

Ahora él es el servicio.

Al final llega hasta su madre, que tiene el rostro pétreo, las mandíbulas tensas, los ojos clavados en el retrato de Jesús.

—¡Mamá!

En el pequeño recinto hay un gran alboroto.

—¡Mary, mira, ha vuelto! —grita una voz.

—Ha vuelto de entre los muertos.

—¡Tu hijo ha vuelto!

—Es un milagro, Mary.

Se oyen otras voces.

—Es un impostor.

—El Diablo.

—¡Mamá! —dice él—. Soy yo. Ajay. Tu hijo.

3

La tiene ante él, ajada y envejecida, consumida por el

dolor, vestida con un sari andrajoso de color verde lima; no es la mujer cegadora y terrible que lo visita en sueños.

—Mamá —le dice.

Los feligreses han enmudecido.

—Mamá —dice la dulce y asustada niña, agarrándola del brazo.

Su madre se levanta al fin, se da la vuelta, se niega a mirarlo a la cara. Se santigua, reza una oración en silencio y pasa por su lado cojeando.

Ajay no puede soportarlo. La sujeta.

Y entonces ella libera los brazos, su furia.

—¡No me toques! —exclama—. No te conozco.

Él se queda sin habla. No tiene fuerza en las manos.

Ella avanza con paso renqueante entre la multitud hacia la salida. No se vuelve a mirarlo.

Algunos feligreses interceden por él, conmovidos por la escena:

—Mary, es tu hijo.

—Perdónalo.

Ella se detiene. Niega con la cabeza.

—Ese no es mi hijo.

La ira se apodera de él. Sale tras ella.

—¡Estoy aquí! ¡Soy tu hijo!

La mujer se vuelve hacia Ajay con una rabia que se espesa y se endurece como una piedra.

—Estás aquí delante, pero no eres mi hijo. Mi hijo está muerto.

Se dirige a la salida, hacia la hilera de chabolas.

—No estoy muerto —dice él.

Cuando intenta seguirla, se arma un nuevo alboroto.

—Padre, padre, padre —dicen las voces—. Padre Jacob…

Un hombre vestido con sotana entra en ese momento, un hombre calvo y regordete, de mirada poderosa y penetrante. Se interpone en el camino de Ajay, extiende la palma de la mano con gesto conciliador.

—Padre Jacob… Ha venido el hijo de Mary.

Pero Ajay aparta al cura sin más y sale de allí.

Su madre se ha detenido a escasa distancia, de espaldas a

él. No se mueve.

—¡He venido a por ti! —grita él, mientras la rabia y una sensación de injusticia lo invaden por completo.

Tan pronto como abandonan sus labios, comprende lo huecas que suenan sus palabras.

—Te he buscado —lo intenta de nuevo—. Nunca te olvidé.

La cabeza le da vueltas. Tiene dinero, ropa cara, lo ha conseguido; contra todo pronóstico, se ha convertido en un pez gordo. Y ha vuelto. Ya se ha congregado una multitud de chabolistas, que estiran el cuello, murmuran entre ellos, se empujan para presenciar aquel espectáculo.

—A pesar de que me mandaste lejos —dice—, he vuelto. Sé que no tuviste más remedio que hacerlo. Sé que necesitabas que me pusiera a trabajar. Trabajé muy duro, mamá. Lo hice por ti. Me dijeron… que te enviaban dinero todos los meses…

Ella se da la vuelta y se acerca cojeando hacia él.

—Nadie me ha enviado ningún dinero —dice con desdén.

Él baja la mirada.

—Nadie iba a enviarme ningún dinero. Te vendí —dice—. Eso fue lo que pasó. Te vendí…, ¡pero te habría entregado a cambio de nada!

Se oyen unos gritos ahogados entre la multitud.

—¡Mary!

—Es tu hijo.

—¡No es mi hijo! —brama ella. Se dirige a Ajay—. Habría sido mejor que hubieses muerto.

—¡Mary!

—Mamá…

—Es por tu culpa —dice—. Todo por tu culpa.

—No, mamá… Tú me echaste. Hice lo que me dijiste que hiciera.

—Fue culpa tuya.

—No, mamá…

—¡Dejaste suelta a la cabra! ¡Dejaste que se escapara y entrase en ese bancal!

—Mamá…

La cabeza le da vueltas. ¿Qué está diciéndole? ¿Cómo puede él…?

—De no ser por ti, ¡esos nunca habrían puesto un pie en nuestra casa!

Tantos años de dolor estallando en ese instante, prendiendo la mecha de sus palabras.

La hermana a la que Ajay no conoció corre junto a su madre, la calma, le suplica que pare, pero la mujer la rechaza, la tira al suelo.

—Y entonces… cuando… después… —Los ojos de su madre se llenan de lágrimas.

Y entonces cae en la cuenta.

Hema.

¿Dónde está Hema?

—¡Saliste huyendo!

¿Dónde está su hermana?

Su madre sigue hablando.

—¡Saliste corriendo cuando vinieron!

—¡No! —grita él—. ¡Me enfrenté a ellos!

—¿Que te enfrentaste a ellos? Serás cobarde… Echaste a correr.

Su hermana pequeña llora en el suelo.

—¿Dónde está Hema? —pregunta Ajay en voz baja.

—Y vinieron a comprarte y te vendimos.

—¿Dónde está Hema? —repite, buscando su rostro entre sus recuerdos.

—Y ahora… —prosigue su madre, enfurecida—, ahora has vuelto. Te atreves a presentarte aquí sin vergüenza alguna. Un hombre importante, vestido con ropa cara… ¡¿Trabajando para los mismos demonios que nos hicieron esto?!

—¿Se puede saber qué…?

—¡Los hermanos Singh! Los que mataron a tu padre. Los que deshonraron a tu hermana. Sus hombres vinieron a decirme que ibas a presentarte aquí. Ahora trabajas para ellos. —Se abalanza sobre él, arañándolo, gritándole—. ¡¿Cómo te atreves a asomar la cara por aquí?!

Los hombres corren a apartarla de él.

¿Y Ajay?

No hace nada. Se queda ahí plantado.

Sin habla.

Se sienta en el suelo, delante de la iglesia.

Desconsolado.

Catatónico.

Se han llevado a su madre.

Los hombres aún lo observan, sin saber qué hacer, sin saber qué va a hacer él. Debaten su situación, pero él no los oye.

Al final aparece su hermana pequeña. Se arrodilla a su lado.

—No sabes cuánto sufre —dice la chica.

Las palabras tardan una eternidad en llegar hasta él. Vuelve la cabeza hacia ella.

—¿Tú quién eres?

—Sarah —contesta.

Le cuesta respirar, está mareado. El hervidero en su cabeza le dificulta hablar.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi hermana?

—Se fue.

—¿Se fue adónde?

—Se marchó a Benarés cuando yo tenía siete años.

—¿Por qué?

—Y nunca regresó.

—¿Qué pasó? —le pregunta—. ¿Por qué se fue?

—Ahora deberías marcharte —dice Sarah.

Se levanta, pero él la agarra del brazo con fuerza. Ella hace una mueca de dolor.

—¿Qué pasó?

—Por favor, me haces daño.

Los hombres y las mujeres que los rodean permanecen allí, esperando lo que ocurrirá a continuación.

—¿Qué pasó cuando me fui?

—No lo sé.

—¡¿Qué pasó?!

Otra voz, la de su madre, llega hasta él.

—¿Qué pasó? —repite la voz.

Está de pie allí cerca, mirando.

—¿Qué le pasó a Hema? —insiste él, soltando a Sarah.

La niña corre junto a su madre.

—Lo que les pasa a todas las mujeres cuando los hombres se van —responde su madre.

—Esto no es culpa mía —dice—. Yo he vuelto a por ti.

—Siendo uno de ellos.

—Yo no soy uno de ellos —protesta—. Trabajo para los

Wadia, no para los hermanos Singh.

Su madre niega con la cabeza y se vuelve para marcharse.

—¿Y para quién te crees que trabajan ellos?

La ve alejarse.

Ve alejarse a Sarah.

No queda nada de su infancia.

Todo está hecho añicos.

Se vuelve hacia la muchedumbre de gente, que aún está mirando.

—¿Dónde están Rajdeep y Kuldeep Singh?

—Tú deberías saberlo.

—Pregúntaselo a tu gente.

—Ellos son los dueños de nuestra vida.

—Nos tratan como a perros.

Saca la Glock de su bolsa. La mira.

—¿Dónde están?

Un chico joven de su misma edad da un paso adelante.

—Hay un hotel en el pueblo —dice—. Es suyo. El Palace Grande. Allí los encontrarás.

4

El Palace Grande es un monstruo de cuatro pisos más allá de la rotonda, el nudo que estrangula y señala el final de la carretera de acceso al pueblo, donde se forman los atascos. Todo cristal de espejo y paneles de plástico baratos, materiales de mala calidad y mal acoplados para dar una pretendida sensación de glamour. Un vestíbulo reverberante de mármol, llamativas arañas de cristal, una palmera desangelada creciendo en el interior. Un pasillo lleva a un salón de banquetes, los ascensores a las habitaciones. Hombres de solvencia económica sospechosa lucen sus joyas sin reparos, acomodados en los sofás dispuestos frente al mostrador de recepción, pegados a su teléfono móvil.

Y Ajay, que entra a través de las puertas giratorias.

Las miradas lo repasan de arriba abajo, lo observan, lo incluyen en la ecuación.

Se acerca a la recepción, ciego de furia, de venganza. Y entonces levanta la vista.

En la pared, delante, en un marco dorado, una gigantesca fotografía ligeramente difuminada y con un brillo saturado venera a dos hombres en una escena urbana. Tiene lugar durante una procesión. Los hombres reciben guirnaldas de flores, agasajados por una multitud que los rodea exultante con gesto de adoración.

Rajdeep y Kuldeep Singh.

Es como si acabaran de romperle el puente de la nariz.

Unas luces blancas le explotan en el cerebro.

El recepcionista lo mira de reojo con una empalagosa sonrisa de comadreja.

—Impresionantes, ¿verdad?

Tiene que controlarse, atemperar la voz, evitar que sus ojos traicionen a su corazón.

—Quiero una habitación —dice.

—¿Para cuántas noches? —pregunta la Comadreja.

—Una.

—Documentación.

Ajay le entrega su permiso de conducir, el que le ha hecho Tinu.

—¿Estás de paso? —La Comadreja examina su documento con atención mientras habla, pero Ajay no le oye, absorto en los rostros de la pared—. Los honorables hermanos Singh —dice la Comadreja, levantando la vista—. Rajdeep-ji es el dueño de este hotel. Es un VIP de verdadera categoría. Un hombre extraordinariamente bueno.

—¿Y el otro? —pregunta Ajay.

La Comadreja se vuelve a admirar a los dos hombres.

—Kuldeep-ji. Es nuestro representante en el Parlamento. Todo un héroe en este pueblo. Hace grandes cosas. Gracias a él, todos hemos podido prosperar aquí. Pregunta a cualquiera.

«Pregunta a cualquiera».

La Comadreja le devuelve el permiso de conducir.

—¿Vienes de Delhi?

—Sí.

—¿En qué sector trabajas?

«Venganza».

—Servicios.

—¿Servicios?

—Sí. Quiero una habitación con vistas a la carretera —dice.

«¿Por qué? ¿Qué crees que vas a hacer?».

—Pues eso va a ser complicado…

Ajay saca la pinza con el dinero, arranca varios billetes de cien rupias y los deja encima del mostrador.

El recepcionista sonríe.

—Pero se puede arreglar.

La habitación 302 huele a desinfectante y a las sombras del deseo humano. El aire acondicionado traquetea a ratos. Las ventanas tienen los vidrios tintados, la habitación está a oscuras hasta que la luz áspera del fluorescente se enciende. Ajay cierra la puerta, pasa la cadena y se acerca a la ventana para echar un vistazo a la carretera, paralizada de tráfico, que se pierde en el horizonte.

Una oleada de dolor le recorre la piel. Lo cubre de cicatrices.

Se sienta en la orilla de la cama.

Ajay Wadia.

El encargado de atar las cabras.

Se tapa la boca con la mano, horrorizado.

¿De veras ha provocado él todo esto? ¿Es el mundo entero tal y como lo conoce obra suya?

Trata de volver atrás, trata de ver su infancia en su mente, trata de recordar, pero su memoria solo está tapizada de ausencia. Ha construido su vida en torno a la historia del exilio, una ficción cómoda que lo alimentaba, que le procuraba auxilio.

Ahora todo es mentira.

Su vida es una mentira.

El dolor de esa verdad resulta insoportable.

Puede poner en duda sus palabras, las palabras de esa mujer que una vez fue su madre, pero no puede poner en duda la realidad en la que se desenvuelve. Es un hombre odiado. Despreciado.

¿Qué puede hacer para remediarlo?

Empieza a desvestirse, se quita la chaqueta sahariana y los pantalones, los pone encima de la cama. En ropa interior, en

calcetines y con la pistola en la sobaquera, apaga la luz y vuelve a dirigirse a la ventana, presiona la mano contra el cristal, sintiendo el débil sol invernal. En la carretera principal, un mendigo sin piernas apuntala su torso con las manos. Tres coches Ambassador de policía asoman el morro entre el tráfico, abriéndose paso. Unos hombres duermen en la hierba en el centro de la rotonda. Otros juegan a las cartas. Un día como cualquier otro.

Se pone de espaldas a la ventana, desenfunda su Glock, acaricia con los dedos el metal del cañón, apunta a la puerta. Se mira al espejo, el cuerpo delgado y musculoso de un hombre al que en realidad nunca llegó a conocer.

Su sueño, de una violencia atroz, se desvanece cuando despierta. Está tumbado en la cama, pero ha olvidado dónde. Cree que ha dormido toda la noche del tirón y que ya es por la mañana, en Delhi. Sunny debe de estar esperando. Se incorpora en la cama. Entonces ve la pistola y se acuerda.

Él es el causante de su propia destrucción.

Ha venido a borrar la herida para siempre.

Y, a pesar de todo, aún trata de encontrar otra opción. Podría llamar a recepción. Beberse una Coca-Cola, pedir un dal fry. Salir a dar una vuelta por la noche. Emborracharse. Pedir que le manden a una chica a la habitación. Por la mañana, subirse al autobús de vuelta a Delhi. Olvidarlo todo. Aceptar quién es.

Pero ¿quién es? ¿De qué le serviría a él una chica? ¿Qué haría con ella?

Es una isla. Un hombre aislado.

Sin pasado, sin futuro.

Con los nombres de dos hombres grabados ahora en su corazón.

Rajdeep y Kuldeep Singh.

5

—¿Sí? —La Comadreja levanta la vista.

—Contéstame a una pregunta —dice Ajay—: ¿Cómo puedo

reunirme con los hermanos Singh?

—Eso depende de para qué quieras verlos.

—Quiero trabajar para ellos.

—Mucha gente quiere trabajar para ellos. —La Comadreja asiente con aire cómplice—. Pero no hace falta que te reúnas con ellos para eso.

—Quiero rendirles tributo. Quiero presentarles mis respetos.

—Entiendo. —Entrecierra los ojos y escudriña el rostro de Ajay, tratando de evaluar de dónde sale el dinero—. Los hermanos suelen estar aquí en el pueblo —explica—. Muchas veces nos honran con su presencia en este mismo vestíbulo, pero… —inclina el cuerpo hacia delante— resulta que ahora mismo las cosas están muy tensas. Ha habido algunos contratiempos. Entre tú y yo, hay tensión en el pueblo. Los enemigos de los hermanos Singh han estado haciendo ciertos movimientos. Ahora los hermanos están con sus hombres, hablando de cómo van a responder.

—¿Cuándo volverán?

—Es imposible saberlo. —Una sonrisa, las palmas de las manos extendidas—. Todos estamos esperando, como niños.

Ajay está delante del ascensor, con intención de volver a su habitación, cuando un joven de gesto astuto con una camisa estampada de vivos colores se sitúa a su lado. Las puertas se abren. Entran los dos.

—¿Quieres reunirte con los hermanos Singh? —dice el hombre en cuanto se cierran las puertas—. Te he oído hablar antes —se explica al momento—. Todos fingen que es algo imposible, pero se puede arreglar, simplemente no pierdas el tiempo con ese chutiya de la recepción. Siempre está haciéndose el importante, pero en realidad es un mindundi, no sabe de lo que habla.

—¿Tú quién eres?

—Vipin Tyagi —dice el hombre, juntando las manos para saludar con un namasté—. Soluciono problemas.

—Quiero conocerlos —dice Ajay.

—Entiendo.

—Quiero verlos cara a cara.

—Difícil. No imposible.

El ascensor se abre en la planta de Ajay.

—¿Cuánto? —pregunta Ajay.

Vipin impide que la puerta se cierre presionándola con su cuerpo.

—Chisss… La gente de bien no dice esas cosas. ¿Por qué no quedamos esta noche y hablamos? ¿A las nueve? Detrás del mandir de Hánuman. Donde el viejo campo de críquet. Un sitio discreto y tranquilo. Trae algo de buena voluntad contigo y hablaremos a la sombra del dios.

6

La ciudad se adentra poco a poco en la oscuridad. La débil luz del día se resquebraja y se desmenuza en la noche helada. Los vendedores ambulantes ofrecen aloo tikki, kachori, shakarkandi chaat, té dulce y especiado en sus puestos humeantes. El humo de los fuegos de leña se eleva en la penumbra formando pequeñas columnas. Las campanas de los templos repican. Ajay se asea con un cubo de agua fría.

Sabe que hay muchas posibilidades de que se trate de una trampa.

Pero ¿qué otra cosa puede hacer?

A las siete se viste, comprueba que la pistola no abulte demasiado bajo el traje, mete el dinero en la bolsa. Come una tortilla en el puesto que hay frente al hotel, mata el tiempo paseando por las calles de la ciudad, resguardándose entre las sombras cuando puede. El ambiente es febril. Grupos de jóvenes delincuentes merodean por los alrededores. La policía realiza controles con recelo. Aunque no se sabe a quién sirven. Pasa a cierta distancia del mandir de Hánuman antes de volver al mercado, vigilando desde las sombras. A las ocho y media, las calles empiezan a vaciarse, el vestíbulo del hotel está desierto. Da media vuelta y se dirige al punto de encuentro a través de callejuelas.

Llega a la calle trasera del mandir, cerrado y solitario, minutos antes de las nueve. Sabe que alguien lo observa en el interior. Debería dar media vuelta y largarse. Debería sacar la pistola. Debería…

—Amigo, has venido.

No es un buen lugar donde encontrarse.

Ajay empieza a retroceder.

—¿Adónde vas, amigo? ¿No querías ver a Kuldeep Singh?

—Me equivoqué —dice Ajay.

Su propia voz lo sorprende. Aflautada, débil.

Da media vuelta para irse, pero se topa con una pistola apuntándole a la cara. ¿No ha visto a ese hombre por la calle? Es difícil enfocar la vista en su rostro con un cañón en la frente.

—Aquí llamas mucho la atención, hermano —dice Vipin con tono afable—. Te ve todo el mundo. Ya eres famoso. Será mejor que entres y hablemos.

El matón de la pistola la mueve en dirección a la voz de Vipin y Ajay obedece.

—Espero que no te importe —dice Vipin, acompañado de otro matón—. Me he traído a unos amigos. Al fin y al cabo, sería un poco idiota quedar con un extraño a solas y de noche en esta ciudad, ¿no crees?

Ajay se ha quedado sin palabras. ¿Cómo ha sido tan tonto? ¿Cómo ha podido creer que sería capaz de cambiar las cosas?

Vipin se acerca a él.

—Es mejor que me des esa bolsa.

El matón que lo acompaña extrae un machete mientras el tipo que empuña la pistola presiona el cañón contra la nuca de Ajay.

—No sabéis quién soy —dice él.

Vipin Tyagi se echa a reír y los matones lo imitan.

—Lánzame la bolsa.

Ajay la deja a los pies.

—¡He dicho que me lances la bolsa, behenchod!

—Trabajo para Vicky Wadia —dice Ajay.

Vipin se detiene, entorna los ojos. La carcajada es aún más estentórea.

—¿No me digas? ¿Así que trabajas para Vicky-ji? —Vipin Tyagi menea un dedo—. Si trabajaras para un hombre como él, no necesitarías venir hasta aquí. —Le hace una seña con la cabeza al matón de la pistola, impaciente, aburrido—. Agarra la bolsa y luego mátalo.

Todo ocurre en cuestión de segundos.

De los tres hombres, el de la pistola es el primero en morir. Es el que alarga la mano hacia la bolsa, el que le quita el ojo de encima a la presa. Ajay no necesita nada más que el instinto, esa fracción de segundo en la que tarda en comprender que la pistola ya no apunta a su nuca, sino al techo. Gira a un lado. No piensa en que podría morir, en que podrían volarle la tapa de los sesos y que acabarían esparcidos por el suelo. Se da la vuelta y agarra al matón por la muñeca. El arma se dispara al tiempo que ambos caen al suelo. Ajay es el primero en reaccionar, algo que debe agradecer a Eli, a todas aquellas horas de entrenamiento mecánico y aburrido. Pero ¿a quién debe agradecerle la rabia? ¿A Sunny? ¿A su madre? Caen y Ajay le parte el brazo al hombre de la pistola. El matón del machete se abalanza sobre él, pero el chasquido del hueso al quebrarse resta empuje a su arremetida, y eso es lo único que Ajay necesita para adelantarse de un salto y derribarlo, inmovilizarle la mano del machete con la rodilla y golpearlo en la cara una y otra vez. Le agarra la cabeza con las manos y se la estampa contra el suelo. Agarra el machete y le rebana el cuello. Con el machete en la mano, lo hunde en la cabeza del pistolero del brazo partido. Cuando Ajay se da la vuelta, jadeando, con los ojos inyectados en sangre, Vipin Tyagi está clavado en el sitio, sin dar crédito a lo que ven sus ojos, boquiabierto.

—¡Te llevo con ellos, hermano! —chilla Vipin.

Pero a Ajay ya le da igual. La bruma roja lo tiñe todo. Se dirige hacia Vipin a grandes zancadas, levanta el machete y lo descarga sobre su cara.

7

Son las dos de la mañana, en la habitación del hotel, sentado en el suelo helado, con la espalda apoyada en la pared, la pistola apuntando a la puerta. Un rugido recorre la ciudad. Hombres que lanzan consignas a voz en grito. Pidiendo que rueden cabezas.

Ajay siente cómo la adrenalina le enciende todo el cuerpo.

Es un asesino. Ha matado a alguien.

Había salido del callejón con paso tambaleante, la bolsa y

el machete aún en la mano, y cruzado el campo de críquet a trompicones, con el rostro y el traje salpicados de sangre y el corazón aporreándole el pecho. ¿Tendría que haberse largado en ese momento? ¿No haber parado hasta llegar a las afueras de la ciudad? No, huir sería lo peor que podría haber hecho. Eso habría sido su sentencia de muerte. Tres cuerpos y un extraño que no regresa a su habitación de hotel. Un extraño que había estado preguntando por los hermanos Singh. Habrían ido tras él. Lo habían traído de vuelta y habrían acabado con él. Lo habrían torturado. Habrían torturado a su madre y a su hermana. Habría sido un gran error, algo mucho peor.

Así que continuó por los callejones, en medio de la oscuridad, hasta que dio con una bomba manual. Sacó agua, se lavó la cara y las manos, robó un chal de una cuerda de tender y se envolvió en él, para ocultar la sangre. Y volvió a adentrarse en la ciudad de postigos cerrados. Recorrió las calles, temblando de excitación, procurando que nadie lo viera.

Vigiló el hotel desde la acera de enfrente.

Esperó veinte minutos hasta que un nutrido y bullicioso grupo abandonó la sala de banquetes.

Se coló en el vestíbulo al tiempo que ellos salían, bajo las luces brillantes.

La Comadreja no estaba de guardia.

Creía que no lo había visto nadie.

Una vez en la habitación, se quitó el traje ensangrentado y lo metió en el fondo de la bolsa. Luego se restregó el cuerpo bajo la ducha, se restregó el pelo, hasta que el agua salió clara. Pero cada vez que cerraba los ojos veía descender el machete, caer el cuerpo. Cada vez que cerraba los ojos, veía la cara de Vipin Tyagi abriéndose por la mitad como una sandía.

Son las tres de la mañana y está absorto en el desmoronamiento de su vida.

Venganza. Ni eso sabe hacer bien.

Oye jaleo en la calle.

Deben de haber encontrado los cadáveres.

No vale para nada.

Empuña la pistola con fuerza.

Espera que aparezcan en cualquier instante.

¿Qué es lo mejor? ¿Dispararles? ¿O dispararse a sí mismo?

Son las cuatro y los cláxones, los gritos y los motores han empezado a desvanecerse. La calma se ha instalado en el exterior y comienza a clarear. ¿No podría ser el momento de largarse? Pagar la cuenta del hotel como si nada y adiós. No. No. Sería sospechoso. Y, aparte de eso, ¿adónde iría? ¿Con Sunny? No, acabarían dando con él. Además, ¿cómo va a volver a trabajar para esa familia? Imposible. Así que desaparecerá. Buscará un sitio donde esconderse. ¿En las montañas? ¿En Goa? O en algún lugar en el que no haya estado nunca. Eso sí sabrá hacerlo. Huir sin más.

Y entonces se le ocurre.

Benarés.

Huirá a Benarés.

Irá a buscar a su hermana.

Lo único a lo que aferrarse que le queda.

Se aferra a la idea.

Cierra los ojos. La oscuridad lo engulle.

Se despierta y la luz del día se cuela por la ventana.

Sigue con la pistola en la mano, sentado en el suelo, contra la pared.

¿Qué hora es?

Mira el reloj.

Casi las nueve.

Le duele todo, pero la luz del día trae consigo el apremio. Se peina, se afeita, intenta parecer el servidor anodino y discreto en el que se ha convertido. Tiene un rasguño en la mejilla, la nada en la mirada. En cualquier caso, no hay tiempo para pensar en esas cosas. Debe bajar y pagar la cuenta. Y confiar en que, con mucha suerte, nadie le haga preguntas, lo interrogue. ¿Debería llevarse la pistola? No. Mejor esperar a poder irse. Retira la cubierta metálica del traqueteante aparato del aire acondicionado y esconde ahí el

arma.

Un estruendo le da la bienvenida cuando el ascensor lo deja en el vestíbulo.

Hay un televisor encendido a todo volumen. Y allí está la Comadreja, que lo saluda con regocijo.

—¡Menudo follón, amigo! —grita—. ¡Alta tensión, ven, mira!

Ni el menor rastro de sospecha.

—Anoche oí algo —dice Ajay, evitando su mirada.

—¡¿Cómo puedes dormir en un momento así?! —exclama la Comadreja, sin reparar en qué estado se encuentra Ajay.

—Querría pagar la cuenta.

—¡¿Cómo vas a irte en un momento así?! Han matado a tres hombres de Kuldeep a las puertas del mandir de Hánuman. ¿Te lo imaginas? Estoy seguro de que ha sido la banda de los Qadari.

Señala el televisor colgado en la esquina de la sala y delante del cual se ha congregado una multitud de hombres. Un periodista se halla en la escena del crimen, a plena luz del día; los cadáveres están cubiertos con sábanas manchadas de sangre. A continuación, el canal emite imágenes de medio centenar de hombres armados con espadas y la frente adornada con cintas naranjas que protestan con fervor mientras desfilan por la ciudad.

—Dios está enfadado —comenta uno de los hombres que hay en el vestíbulo.

—Dios solo tiene que preocuparse de Kuldeep Singh —dice otro.

—Tonterías. Los hermanos Singh están asustados. Por eso se esconden. Hace días que nadie les ve el pelo…

—¡Cuidado con lo que dices —le grita el primero—, o te dejo seco aquí mismo!

Justo cuando parece que va a estallar una pelea, las noticias dan paso a Kuldeep Singh.

Está delante de su casa, con su kurta blanca y su pañuelo azafranado, sin las gafas de sol, para que pueda apreciarse el odio en su mirada, hablando sobre la ola de violencia que está mancillando la pureza de su ciudad, sobre la necesidad

de una venganza inmediata. Se dirige a quienes lo llaman cobarde. Sí, ha oído las mentiras. Pondrá a cada cual en su sitio.

«¡No retrocederemos ante nada! —exclama Kuldeep Singh —. Demostraremos nuestra fortaleza las veces que haga falta. Y, si esa gente de "cierta comunidad" nos planta cara, acabaremos con ellos».

—Menudo follón —repite la Comadreja casi frotándose las manos—. Los hermanos Singh han convocado una marcha por la ciudad para esta tarde. Y adivina qué. Sí, señor, la concentración acabará aquí mismo. —Se vuelve hacia Ajay con una sonrisa inquisidora—. Pero creo que tú querías pagar la cuenta e irte, ¿no?

—No —dice Ajay—. Me quedo.

8

Oye la marcha mucho antes de verla. El acelerón de los motores, el estruendo de los cláxones, coches y motos, altavoces que lanzan eslóganes estentóreos alabando a Dios y a Kuldeep Singh. Ajay contempla la escena desde su habitación cuando aparecen por MG Road centenares de hombres vestidos de color azafrán, blandiendo machetes, hojas afiladas, banderas y pancartas, unos cuantos enarbolando rifles y pistolas viejas, rodeados de muchos otros centenares, ciudadanos que los miran boquiabiertos, curiosos que los vitorean a su paso, una imagen sobrecogedora, una inmensa serpiente humana que se arrastra con sigilo hacia él. A medida que se acercan, distingue a los hermanos Singh en el centro, cada uno a bordo de un jeep; Kuldeep de pie, con el brazo alzado, asumiendo la adulación de la muchedumbre; Rajdeep blandiendo una espada. Cada vez más cerca del hotel. El ruido ensordecedor del coro de voces al grito de «Jai Shri Ram. Jai Kuldeep Singh».

Entre la multitud, ve muchas pancartas en las que aparece un Vipin Tyagi sonriente y temeroso de Dios, un ciudadano ejemplar. Los hermanos Singh bajan de los jeeps. Agarran las manos extendidas de sus seguidores.

Hay dispuestas cinco hileras de sillas de plástico frente al

escenario; detrás de ellas, sobre una plataforma elevada, un sofá grande y largo. A continuación, una barrera de policías separa la zona VIP de la multitud. Un trabajador ocupa al escenario, le da unos golpecitos al micrófono y alaba la valentía y la honradez de Kuldeep Singh.

Kuldeep Singh sube al escenario.

Rajdeep Singh toma asiento en el sofá de la zona VIP, leonino.

Ahí están, justo delante de él.

Ve en sus rostros el de su propio padre.

Y cualquier fantasía de huir se desvanece como el humo en el aire.

Jamás dispondrá de una oportunidad como esa. Sabe lo que debe hacer. Por fin puede darle sentido a su vida.

Saca la Glock del aparato del aire acondicionado y se la remete en la cinturilla.

Se envuelve en el chal robado.

Dentro del chal, una mano descansa sobre el gatillo.

Sale de la habitación, no lleva nada consigo.

Enfila el pasillo rumbo al ascensor.

Aprieta el botón de la planta baja.

Al salir al vestíbulo abarrotado, se descubre pensando en Kuldeep Singh, imaginando su muerte al mismo tiempo. Una vez que saque la pistola, tendrá…, ¿qué? ¿Dos segundos para disparar? ¿Menos? ¿Se acercará corriendo? ¿Caminará despacio? ¿Lo llamará por su nombre? Le disparará a la cabeza. Se le acelera el pulso, le sudan las manos. ¿Cinco segundos? ¿Tres segundos? Una milésima para el estallido. ¿Y luego? Rajdeep Singh. Habrá tenido tiempo de ver caer a su hermano. Y, si Ajay conserva la calma, incluso puede dispararle desde el escenario. Vaciar el cargador.

¿O debería reservar una bala para sí mismo?

¿Acaso va a necesitarla?

Es muy probable que sus hombres se encarguen de ello.

Así que adelante.

Se trata de su vida.

Se abre paso hasta el frente entre la multitud que abarrota el vestíbulo. Una puerta lateral da al jardín en el que se ha

levantado el escenario. Hay trabajadores pululando por la zona.

Ajay divisa a la Comadreja junto a la puerta.

Se acerca y se detiene a su lado.

—¡Ah, estás aquí, amigo! —lo saluda la Comadreja.

—Estaba buscándote —dice Ajay.

—¡Es tu día de suerte!

¿Lo sabe? ¿Sospecha algo?

—Quiero estar más cerca. —Ajay desliza un fajo de rupias en la mano de la Comadreja—. Quiero ver a Kuldeep desde el lateral del escenario.

—Ven conmigo —dice la Comadreja.

Desde el lateral, ven a Kuldeep preparándose para tomar el escenario, el sofá que Rajdeep Singh ocupa como si se tratara de un trono y, al fondo, la multitud agitada.

—¡Magnífico, ¿no crees?! —grita la Comadreja para hacerse oír por encima del bullicio—. ¡Te lo dije, aquí no hay hombre más poderoso que…!

Y en el momento en que pronuncia esas palabras…

9

Aparece Vicky Wadia. El temible gigante. Se abre paso entre los cuerpos, supera la barricada de la policía, sube hasta el sofá VIP, vestido con su típica kurta negra de pantalones holgados, envuelto en un chal de shatush, con la misma melena negra y larga, el mismo cuerpo, fornido y esbelto al mismo tiempo, con las manos llenas de anillos que lanzan destellos, y la expresión engreída de Rajdeep se transforma en miedo al verlo llegar a su lado. Rajdeep se levanta de un salto, hace una reverencia, junta las palmas de las manos y se aparta, relega su cuerpo a un rincón para que Vicky ocupe el centro, con las piernas cruzadas y los brazos estirados a lo largo del respaldo.

Kuldeep Singh camina hasta el frente del escenario, hasta el

micrófono. Exagera su poder, su posición, su desafío.

—Nuestra cultura está amenazada —dice—. Nuestra forma de vida. Quieren matarnos de noche. Quieren que vivamos con miedo. Los males que nos acechan, los criminales que desean aprovecharse de nuestra naturaleza bondadosa. Eso es lo que está ocurriendo. El contrabando, el tráfico de niños, de nuestros hijos, la violación de nuestras mujeres, el asesinato de nuestros hermanos. Todo eso procede de una amenaza externa que conocemos muy bien. Hay que plantarle cara y defender nuestro modo de vida. Hay que mantener el orden, mediante la fuerza si es necesario. Llevamos demasiado tiempo callados. Ahora debemos mantenernos unidos, hacernos oír ante un enemigo común.

«Jai Shri Ram. Jai Kuldeep Singh».

Ahora o nunca, piensa Ajay.

Kuldeep Singh, con las manos en alto, sacando partido a la adulación y la rabia de la multitud.

Ahora o nunca.

Mete la mano bajo el chal en busca de la pistola que lleva en la cinturilla.

Ya hay una bala en la recámara.

Lo sabe.

Ahora o nunca.

Puede subir al escenario de un salto.

Y pegarle un tiro.

—Chutiya —dice alguien con voz serena por encima de su cabeza.

Lacónica, de barítono, impregnada de socarronería.

Ajay alza la vista y ve a Vicky Wadia sonriéndole.

Y a la Comadreja, que evita su mirada y retrocede asustado.

Vicky le pasa un brazo por el hombro a Ajay.

—He oído que estabas en la ciudad. —Se pone a su lado, como un viejo amigo, se lleva un cigarrillo a la boca y ciñe el cuello de Ajay con un movimiento ondulante del brazo mientras se lo enciende—. Te he estado vigilando.

Ajay se queda helado. «¿No estaba allí arriba?». Mira hacia la zona VIP, esperando ver a Vicky sentado en el sofá trono. Esperando que aquello solo sea cosa de su imaginación. No.

No.

Está a su lado de verdad.

—Has estado ocupado —susurra Vicky en tono complacido—. Por fin has visto a tu madre. Incluso te ha quedado tiempo para hacer amigos… —Acerca tanto la cara al rostro de Ajay que el bigote le raspa la piel suave. Vicky se ríe entre dientes y expulsa una bocanada de humo—. Y luego los has matado.

Ajay se aparta de manera instintiva, intenta encontrar un lugar por donde escapar, pero el brazo descomunal lo mantiene sujeto en el sitio como una boa constrictor. Mira a su alrededor, desesperado. Siente que empieza a desaparecer, poco a poco, dentro del enorme cuerpo de Vicky. Bajo el chal, solo le queda libre la mano para agarrar la pistola.

—¡Chis…! —Lo tranquiliza Vicky—. No temas. —Lo suelta y le da una palmada en el hombro con cordialidad—. Sé guardar un secreto.

Arroja el cigarrillo al suelo y lo aplasta con el pie.

Inspirar. Espirar.

La mano de Ajay extrae la Glock de la cinturilla poco a poco. Despacio, despacio, tratando de que el dedo no tiemble sobre el gatillo.

—¿Qué es lo que pretendes hacer exactamente con esa pistola? —pregunta Vicky.

Ajay intenta deshacer el nudo que se le ha formado en la garganta para conservar la calma.

—Si no vas con cuidado, te volarás los huevos —prosigue Vicky. Se sonríe—. Y tendré que dar explicaciones.

«Atrapado».

«Estás atrapado».

—Mira todo esto —suspira Vicky, abarcando el horizonte con un gesto de la mano libre, como si admirara una puesta de sol, cuando la ferviente multitud vitorea a Kuldeep Singh y clama sangre con las armas en alto—. A todos esos hombres. Dispuestos a hacer pedazos a sus enemigos. ¿No los encuentras hermosos? —Inspira hondo, el olor de la rabia y la violencia es un perfume exquisito para él—. Siempre habría que tener a quinientos hombres a mano para hacer pedazos un lugar. Pero son mucho más importantes los diez mil que los apoyan, unos cobardes todos ellos. —Se echa a reír y le agarra la cabeza con las manos—. No sabes de qué te estoy

hablando, ¿verdad, muchacho? —Empieza a pasarle los dedos por el pelo—. Pero estoy orgulloso de ti. Matar a tres hombres no es poca cosa. Yo tenía doce años cuando miré a un niño moribundo a los ojos por primera vez. Jamás olvidaré su cara. —Se pierde un instante en sus recuerdos—. De sorpresa. Estaba sorprendido. ¿Qué cara pusieron ellos? Al final de sus vidas. ¿Estaban sorprendidos? ¿Tuvieron tiempo? Se lo merecían, seguro. —Sacude la cabeza de Ajay adelante y atrás sobre el fino cuello como si fuera un juguete—. No te preocupes; a pesar de lo que pueda parecer, nadie va a echarlos de menos. Esto que ves aquí es puro teatro. En realidad, me has hecho un favor. Esto, todo este caos, es bueno para los negocios. Pero ¿qué es lo que pretendías? —Señala a Kuldeep Singh—. ¿Llegar hasta ese perro? ¿Ese cabrón? ¿Para matarle? Matar a su hermano. ¿Y luego qué? ¿Ibas a morir y ya está? —Deja la pregunta en el aire y contemplan la escena en pavoroso silencio mientras Ajay siente como si le arrancaran las tripas y las arrojaran al suelo —. Voy a contarte un secretito —dice Vicky—. Esos hombres, esos dos hombres, Kuldeep y Rajdeep Singh, no son nadie. No son nada. Si los matases ahora, habrías malgastado tu vida. Además, todavía me son útiles. Así que voy a decirte lo que vas a hacer: vas a dar media vuelta, a recoger tus cosas y a volverte a Delhi. Regresa junto a Sunny y olvida todo esto, sigue haciendo de niñera un tiempo.

El dedo de Ajay tiembla sin control sobre el gatillo, los ojos empiezan a anegársele de lágrimas.

Tiene la sensación de estar girando sobre sí mismo.

De estar precipitándose a un pozo negro y profundo.

—Y más adelante, cuando llegue el momento, te los entregaré. A Rajdeep y Kuldeep Singh. Y los matas como te plazca. Puedes arrancarles los dientes, cortarles la lengua, puedes sacarles los ojos o el corazón. Tienes mi palabra. Y, cuando hayas zanjado ese asunto, te daré algo más. A tu hermana. Puede que con tu madre no haya nada que hacer, pero aún te queda tu hermana. Sí, está viva. En Benarés. La he visto con mis propios ojos. Piensa en ti a menudo. Te llevaré a su lado. Pero solo si haces lo que se te ha dicho.

10

Ajay toma el tren nocturno y llega a Delhi por la mañana temprano. Pasa por alto las bromas desenfadadas de los guardias, se va derecho a su habitación y cierra la puerta con llave. Siente, incluso rodeado de silencio, que no está a salvo, que Vicky lo vigila. Está sacando la pistola de la bolsa cuando recuerda sus palabras de despedida: «Eres quien eres; el pasado pasado está. Lo que ahora debes controlar es tu presente». Saca el dinero y lo esconde en un lugar seguro. Saca el traje arrugado, acartonado y manchado de sangre, guardado en el fondo.

Se dice que una vez tuvo la oportunidad de ser un hombre cualquiera. Un buen hombre.

Ahora es un Wadia.

Se presenta ante su jefe al mediodía.

—Llegas tarde —dice Sunny, ya con un whisky en la mano.

—Lo siento, señor.

—Te lo dije. Te necesitaba.

—Sí, señor.

Empieza a recoger los vasos vacíos, se los lleva a la cocina.

—¿Y bien? —pregunta Sunny.

Ajay tarda un instante en contestar.

—¿Señor?

—¿Has encontrado a tu madre?

Esa tarde intenta dormir, pero no puede, así que va al gimnasio a levantar pesas. Ajay agradece la tensión, la extenuación que acompaña al levantamiento de peso muerto. Pero cuando suelta la barra, cuando ya no puede sostenerla más, alguien le pone una mano en el hombro y él reacciona de manera violenta, se da la vuelta y agarra a su atacante por la garganta. No es más que Pankaj, un amigo del gimnasio.

—¡Hermano, soy yo! —exclama Pankaj, herido, aunque se preocupa en cuanto repara en la cara rasguñada de Ajay—. ¿Qué te ha pasado?

Vuelve a entrar en servicio a las seis de la tarde y le

prepara a Sunny un old fashioned. Sunny se retira a su dormitorio con la bebida y la botella de whisky y cierra de un portazo. Gautam Rathore llega a las ocho, pasa junto a Ajay con aire despreocupado, se instala en el sofá, hojea unas revistas y pide una botella de whisky para él.

Hace una seña con la cabeza en dirección al dormitorio de Sunny.

—¿Está ahí dentro con su putita?

Ajay le lleva a Gautam la botella junto con el hielo y la soda.

—Está solo.

—¡Pues dile que salga! Vamos, rapidito.

Ajay llama a la puerta una vez, con discreción, y espera. Nada.

—¡¿Qué está haciendo ahí dentro?! —grita Gautam arrastrando las palabras.

Sigue sin obtener respuesta.

—Gautam está aquí, señor —dice Ajay.

Sunny sale, lento de reflejos.

—Déjanos solos un rato —dice—. Llamaré cuando te necesite.

Ajay vuelve a su habitación.

Dos horas después, Sunny lo llama. Ajay tiene que preparar un coche. Sin conductor. Solo él.

Se levanta de la cama, se viste, oculta la Glock debajo de la chaqueta y se dirige al garaje para buscar las llaves del Toyota Highlander. Firma el recibo sin una palabra, sube al coche y enciende el motor. Luego sale con él por la puerta y espera junto al Mercedes de Gautam Rathore.

Rajastán

EL DESPRECIABLE GAUTAM RATHORE

(Dieciséis horas más tarde)

1

Gautam se despierta.

No tiene ni idea de dónde está, ni de cómo ha llegado hasta allí.

Tumbado de espaldas, mira distraídamente las motas de polvo que flotan en un rayo de luz.

Parpadea como un lagarto.

El fino tejido de la conciencia se rompe.

Entonces empieza el dolor.

El martilleo de su cerebro inflamado dentro de ese cráneo orgulloso y privilegiado.

Esos momentos no son del todo infrecuentes.

Si acaso, los ha convertido en deporte.

Pero ese día hay algo distinto, pasa algo muy inadecuado en la composición de ese día.

Gautam es hijo de la riqueza.

Pero no como Sunny Wadia.

Su riqueza es ancestral, legendaria.

Es rico en patrimonio, pobre en liquidez.

La mayoría no se lo imaginaría siquiera; las apariencias engañan, y él es un mago por vía de sangre, el primogénito de los Rathore de Bastragarh, célebres por sus escarpines con incrustaciones de joyas y por sus partidas de caza del tigre. Señores, de un modo u otro, de gran parte de Madhya Pradesh.

Pero está enterrándose a sí mismo.

Se sabotea él mismo.

Está volviéndose la espalda a sí mismo.

Desprecia a Sunny Wadia.
Pero estuvo con él anoche.
¿Verdad?
Entonces ¿qué está haciendo ahí?

Intenta ver a través de la niebla, en el agujero negro de su mente.
Dentro, en lo más hondo, no hay nada.
No, un segundo, un destello blanco.
Un rostro que emerge.
Oh, Dios, una chica vestida con harapos.
Implorante.
Abre mucho los ojos.
Los abre más aún.
Una mano que se extiende hacia delante.
¡Qué vulgar! Eso no puede ser así.
Él se estremece, retrocede.
Ella está envuelta en una luz cegadora.
Silencio en la habitación.
Todo es tan majestuosamente sereno…
El aroma del lujo.
Estoy bien.
Estoy bien.

Estuvo con Sunny anoche.
Exprimiéndolo, menuda sorpresa.
¿Y luego?
Piensa, piensa.
Hubo algo más. Sunny tenía algo importante que decir.
Recuerda llegar al club.
Entrar pavoneándose.
Tras la cortina de terciopelo.
De terciopelo de verdad. Entró en la sala VIP con su perpetua sonrisa satisfecha. ¿Y luego?
Gautam detiene la mirada en las paredes desnudas de laterita, en la antigua celosía rajastaní. La quietud de ese

lugar. Cómo brilla el sol fuera.

Pierde el hilo de su pensamiento.

¿Dónde dices que estás?

¿Por qué estás aquí?

¿Te suena esta habitación?

Los hombres como él suelen conocerla.

Descubre que sí.

Es la Jasmine Villa del Mahuagarh Fort Palace Hotel.

Sí, eso es.

El hotel del viejo Adiraj.

A doscientos kilómetros de Delhi, en el desierto de Rajastán.

¿Qué demonios estás haciendo aquí?

En teoría, te han prohibido el acceso a la propiedad. Después de aquel incidente con la tirolina y el pomeranio del emiratí.

La habitación no ofrece ninguna pista. No hay nada que diga «laguna de memoria después de una noche de excesos» como una habitación en la que todo está en su sitio. Ni rastro de otros huéspedes. Ninguna prenda de ropa colgada del respaldo de las sillas. Ninguna quemadura de cigarrillo, ningún cenicero rebosante de colillas, ni un solo cristal roto, ninguna botella vacía en el suelo. Ningún rastro de sangre. Todo debe de haber sucedido en otro lugar.

De lo único que se acuerda es de que estaba con Sunny.

¡Tiene que haber sido una noche del carajo!

Mira para comprobar si se ha cagado encima; en mañanas como esa, puede ser cuestión de cara o cruz.

¡Pero no! Más limpio que una patena.

Da gracias, porque podría haber sido peor.

Y, sin embargo, lo cierto es que lleva un pijama que no es suyo: rojo y de rayas, le va un poco pequeño.

Y, en el fondo de la garganta, el grifo que pierde con el goteo poscocaína.

Pero eso ya era de esperar.

Inspecciona la habitación en busca de su cartera y sus llaves.

De cualquier cosa.

Nada.

El asunto se pone cada vez más interesante.

Pues vaya.

Retira las sábanas, baja las piernas al suelo de terracota.

Dios, qué dolor…

Es como si se hubiera caído y un caballo le hubiese dado una coz.

Entra a trompicones en el baño en pleno ataque de tos, se dobla sobre su estómago, se aclara la garganta, escupe óxido en la porcelana.

Y, cuando se levanta, se mira en el espejo.

Dios bendito…

No se atreve a moverse.

Un animal salvaje le devuelve su reflejo.

Un dictador, sacado de entre los escombros, listo para ir directo a la horca.

Dos ojos negros horrendos, una nariz equina totalmente cubierta de esparadrapo.

Se la toca con la mano.

Tiene que haber sido una noche del carajo.

—Vino —gruñe al teléfono, sujetando el auricular mientras se ata el albornoz sobre el torso y se aclara la garganta con aire altanero.

—¿Sí, señor?

—Es una emergencia.

—¿Necesita un médico?

—No, necesito vino.

—¿Vino, señor?

—¿Quiere que me repita indefinidamente?

Una pausa.

—¿Qué clase de vino?

—De la clase que es líquida.

Una voz femenina, más refinada, se pone al teléfono.

—Señor, me temo que no podemos enviar alcohol a su habitación a esta hora.

Increíble.

—¿Se puede saber por qué no? No veo ninguna razón de peso.

—Es demasiado pronto, señor.

—Tonterías. Es obvio que el sol está claramente

perpendicular. Según todos los estándares civilizados, es razonable esperar que le sirvan vino a uno.

—Señor, lo siento mucho, pero es…

—¿Qué? ¿El día de la ley seca? ¿El sacrosanto cumpleaños de Gandhi-ji? ¡Abstinencia! ¡Menuda forma de celebrarlo! Seguro que ha leído lo que hacía con sus sobrinas. ¡¿Acaso tenemos todos que sufrir por las deprimentes restricciones de ese hombre, por su vergonzosa falta de autocontrol?!

—¿Señor?

—¡Envíenme un bloody mary entonces! Una bebida de desayuno la mar de respetable. Échenme un chorro de whisky en las gachas si hace falta.

—Señor, son más de las doce del mediodía.

—¿Me está diciendo que si fuera por la mañana entonces sí accederían a mis deseos?

—Señor…

—¿Está Adiraj ahí?

—¿El señor Adiraj?

—¡Sí! Adiraj, el caballero al mando de este barco varado. Que se ponga al teléfono.

—Señor, el señor Adiraj se encuentra indispuesto.

—¿Indispuesto? ¡Pues disponga de él entonces, que coja el teléfono inmediatamente o al menos tenga usted la decencia de llamarlo antes de que baje yo mismo! ¡Pienso llegar hasta el fondo de este asunto!

¿De verdad quiere hacerlo?

¿Qué va a encontrar ahí abajo?

Más mierda.

Siempre más mierda.

Cuelga el aparato, se levanta de la cama, se dirige a la ventana cojeando, se asoma a las persianas con mirada paranoica.

—¿Qué carajo estoy haciendo aquí? ¿Y qué diablos pasó anoche?

Ve la terraza, vacía.

Abre la puerta con decisión, sale.

Es mucho después de mediodía. Las dos, puede que las tres de la tarde.

El desierto se disuelve en un amplio horizonte en blanco.

Unos pasos vacilantes.

La piedra cálida bajo sus pies.

Camina con desgana hasta el borde, más allá de la piscina privada, se sube al grueso muro.

Los brazos en jarras.

Está a bastante altura, en una de las esquinas más alejadas de la fortaleza; baja la vista hacia la pared vertical de roca. El viento le acaricia el albornoz. Siente un mareo.

Su voz de guía turística: «La Jasmine Villa suele ofrecerse a discreción de la nobleza. Y a la nobleza de la discreción».

Mira atrás hacia el fuerte principal, muy muy lejos.

Una profunda sensación de desasosiego.

No hay nadie por allí. Ni un alma bajo la suave luz invernal.

Todos se han ido a dar una vuelta en elefante, seguro.

Bob y Peggy de Kansas City.

La experiencia de la India al completo.

¡Lo que daría por un rifle de francotirador en esos momentos!

Hace como si disparara.

Y otra vez ese destello de antes.

No es la boca de un arma, sino de una muchacha, y sus ojos.

Su mano.

Su boca.

«Dios, necesito una copa».

Algo que le ayude a enderezar el timón.

—Debo insistir, de verdad —dice al teléfono.

—¿Señor?

—En que me traigan algo de beber. Y, como no me ofrezcan alguna solución, bajaré ahí yo mismo. Y le aseguro que montaré una escena. ¿Es lo que quiere? Me da a mí que no. Para empezar, llevo una ropa que no es mía.

—Señor, un segundo, por favor…

Medio minuto gélido.

—¡Hola! Gautam, querido…

Una voz familiar.

—¡Adiraj! —Gautam pone cara de tormento—. Parece que me he despertado en tu hotel por error.

—Vaya, vaya…

—Ya sé que en teoría tengo prohibido el acceso, pero te juro que no es culpa mía.

—No hace falta que digas nada más —dice Adiraj.

Gautam ladea la cabeza, entrecierra los ojos.

—¿Que me calle?

—Sí, querido. Todo eso es agua pasada.

Aquí pasa algo raro.

Adiraj nunca en toda su vida se ha mostrado tan complaciente.

—¿Por casualidad —se arriesga a decir Gautam— no sabrás tú cómo he llegado yo…, hummm…, hasta tu residencia?

—En taxi, por supuesto, anoche, sí, anoche muy tarde, sobre la medianoche, de hecho. Definitivamente, a medianoche.

—¿A medianoche?

—Pues sí.

—¿En taxi, dices?

—Sí.

—¿Y te avisaron de que venía?

—Pues verás…, fue toda una sorpresa. ¡Estabas de muy buen humor!

—¿Y me dejaste entrar… así, sin más?

—Lo pasado pasado está, querido.

Gautam arruga los ojos.

—¿Y… estaba solo?

—Huy, sí, desde luego.

«Miente».

—Me estás diciendo que cogí un taxi en Delhi…

—Tú solo.

—… con la única intención de venir a tu hotel.

—Completamente solo.

—Solo.

«Miente».

—Completamente.

—¿Y por qué coño iba a hacer eso?

—¿A mí qué me cuentas? —de pronto, un tono inexpresivo en su voz—. No sé leerte la mente.

Gautam se rasca la cabeza, desconcertado.

—Llevo una ropa que no es mía.

—¿Quién soy yo para juzgarte?

—Y alguien se ha llevado mi ropa. Al igual que mi cartera y mis llaves, y no tengo ni idea de dónde dejé mi coche. ¡Tengo que decir que todo esto me parece muy raro y que tus palabras tampoco es que me tranquilicen mucho!

—¿Quieres tomar una copa?

—Sí, por favor.

Un suspiro imperceptible.

—Te enviaré algo enseguida.

¡Excava hondo, Gautam, querido muchacho, pero ten cuidado!

Los monstruos acechan.

Vaya, ¿quién lo iba a decir?

«Vaya, vaya, ¿quién lo iba a decir?».

Desprecias a Sunny Wadia, pero te aferras a él como a un bote salvavidas.

Como un san bernardo, con su barrilito de brandi prestándote auxilio en la nieve.

¡Sunny, que se presentó una tarde en tu apartamento la mar de ufano con una botella de matarratas japonés!

«Ah —dijiste, tan ocurrente como siempre—, ¿así que hablas mi idioma? *Zenshin massāji wa ikagadesu ka? Waribiki shimasu!*».

Sunny, en un intento de hacerle creer que no le importaba el caos, la masacre, la caída en desgracia, las historias escabrosas. Sunny, el último príncipe de Delhi, el joven semental, el hombre más popular de la ciudad, presentándose así sin previo aviso, ofreciendo whisky a un hombre al que… le importaba… un bledo.

«¿Qué te traes entre manos?».

Gautam aceptó el whisky. Se sirvió un vaso y se lo bebió de un trago.

¿Cuándo fue eso? ¿Hace siete u ocho meses? Ocho meses largos. ¿En agosto de 2003 o así? Dios, vaya mierda de memoria.

¿Hace siete u ocho meses desde que Sunny empezó a

hacerse un hueco en tu vida?

¿Ofreciéndote dinero, whisky y qué más? Lo sabes perfectamente.

¿A cambio de qué?

¿De consejos? ¿De amistad?

De honorarios de consultoría.

—¿Honorarios de consultoría?

—Sí —dijo Sunny.

Quería construir hoteles. Así fue como se lo vendió. Y Gautam había trabajado en el sector hotelero, hacía mucho tiempo, en aquella breve y brillante etapa de su vida en la que no había sucumbido a sus vicios ni agotado la línea de crédito de su padre. Oh, aquellos días gloriosos… Una espesa mata de pelo, un gesto seductor y viril, unos gemelos de cazador y unos muslos de jugador de polo. La típica adicción al alcohol de la clase alta. ¡Las llaves del reino! ¿Cómo se había torcido todo de aquella manera?

Bueno, pues por los apetitos, querido.

Tenía unos cuantos.

Cuando nació, mamaba hasta dejar secas a sus nodrizas. Nunca tenía suficiente. De la misma manera que su madre nunca derramaba una sola gota. Habría sido todo white russians. ¿Y su padre? Prasad Singh Rathore. Un hombre inteligente, su única adicción, un vicio que borra su propio rastro.

El poder.

El padre de Gautam pertenecía a la segunda generación de la India moderna. En 1948, su padre —el abuelo de Gautam —, el venerable maharajá Sukhvir Singh Rathore (adorado por los británicos, radicalmente indiferente a la causa de la independencia), vio su reino disolverse en la República, recién formada. ¿Cómo compensarlo por esa real pérdida? Pues con una generosa «asignación», propia de un príncipe, un estipendio destinado a los gastos de mantenimiento, que se

utilizaba para traficar con el poder y el control feudales.

Fue bonito mientras duró. Pero entonces llegaron los años setenta. La época soviética. La dictadora Indira abolió esa concesión y los Rathore se quedaron con poco más que un platillo de pedir limosna y un puñado de fortalezas entre las que colgar sus cuerdas de tender.

Ricos en patrimonio, pobres en liquidez.

Aquello los marcó a todos.

Solo Prasad, el primogénito, el padre de Gautam, fue lo bastante astuto para cambiar.

Prasad Singh Rathore comprendió que los políticos eran los futuros reyes. Así que presentó su candidatura a las elecciones, con soberana indiferencia al desprecio que sentía su familia por algo tan sucio y prosaico como esa clase de cosas, y fue debidamente elegido honorable miembro del Parlamento. Poco después, convenció a tres de sus primos para que se presentaran a la Asamblea Legislativa. No pasó mucho tiempo hasta que el primo segundo de Prasad, Sunil, se convirtió en gobernador del estado. Más vale malo conocido, como suele decirse. Y ahí estaba la familia a la que pertenecían. Ese era el mundo en el que Gautam Rathore, el único hijo de Prasad, nació.

2

Se recuesta en la tumbona bajo una sombrilla en la terraza, junto a la piscina privada, esperando su copa con impaciencia. Tratando aún de hacer memoria. Llegó allí a medianoche.

¿De verdad?

Es imposible que las horas cuadren.

Estaba con Sunny a medianoche, eso lo sabe.

¿Por qué no recuerda el porqué? ¿Por qué, cuando trata de rebuscar entre el estiércol, no consigue ver nada más que la cara de alguna pobre desgraciada?

Aunque le recuerda a alguien.

No quiere pensar mucho en eso.

Se concentra en Sunny en su lugar.

A decir verdad, la primera vez que se cruzaron sus caminos no fue en la «reunión del whisky». Habían estudiado juntos, durante un periodo muy breve. Fue a principios de los noventa. Gautam era dos años mayor que Sunny, era el gallo del corral, de familia rica y de rancio abolengo cuando eso quería decir algo, todo ello aderezado con una pizca de la influencia política de su padre. ¿Y quién era en aquel entonces Sunny Wadia? El insignificante hijo de un gánster de poca monta de U. P., con un dominio del inglés tan tosco como sus modales, alguien a quien menospreciar, de quien reírse, un advenedizo que compró su ingreso en el internado de élite a golpe de talonario y que se hizo con su buen nombre como un vulgar ladronzuelo.

—Pero no duraste mucho ahí dentro, ¿a que no? —se burló Gautam, con la copa de Nikka en la mano.

Estaba hablando de la expulsión de Sunny.

Sunny: una sonrisa de labios prietos.

Gautam se sirvió otra copa.

—Pero el pobre Malhotra, ¡ese no lo vio venir! Nunca volvió a ser el mismo después de lo tuyo. Se echaba a temblar cada vez que olía siquiera la entrepierna de un jugador de hockey. Es una lástima que no llegases a ver los frutos de tu trabajo, habrías disfrutado mucho, pero supongo que uno no puede irse de rositas después de liarla de esa manera y con tanta violencia. ¿Qué fue lo que te hizo, que se me ha olvidado?

Sunny se cruzó de brazos pero no dijo nada.

Gautam se dio cuenta de que se le estaban hinchando las narices.

—Ah, sí, ya me acuerdo…

—No me interesa para nada el pasado —dijo Sunny—. He venido aquí para hablar del futuro.

Después de la secundaria (Sunny desaparecido, olvidado), enviaron a Gautam a Oxford (Brookes) para estudiar Finanzas. No tenía ningún interés por los libros; para entonces ya había desarrollado un apetito voraz por los pecados de la carne. En su etapa adolescente se había

beneficiado a varias de las chicas del servicio en las propiedades familiares, a prostitutas fuera del internado e incluso a una de las amigas de su madre con su actitud cortante y disoluta en el campo de polo. En Inglaterra se llevó a la cama a algunas integrantes de la nobleza menor —la sobrina de un conde, la hija de un barón, etcétera— al tiempo que desarrollaba una actividad suplementaria en el ámbito del intercambio comercial de coca y prácticas sadomasoquistas, recurriendo a las «tarjetas de prostitutas» que empapelaban el interior de las cabinas telefónicas rojas. A él le iba el rollo institutriz. Sus viajes de fin de semana eran auténticas bacanales. «Azotes disciplinarios», su tarjeta favorita. Por desgracia, aquellos días de vino y rosas albergaban un gusano en su interior. Cuando completó sus estudios con una calificación final mediocre, recibió una llamada para que regresara al seno familiar, donde concertaron su matrimonio con la dócil hija de un miembro de la realeza convertido en político de Himachal. Desesperado por escapar de los horrores de la vida doméstica, negoció una prórroga de dos años de gracia, en los que se puso a hacer algo útil y transformó una de las fortalezas familiares semiderruidas en un hotel boutique para la flor y nata de la élite internacional.

Fue todo un éxito. Al menos al principio.

Resultó ser un anfitrión de primera. Organizaba viajes pagados para los periodistas, durante los cuales agasajaba a aquellos buenos hombres y mujeres con cosechas excepcionales y manjares exquisitos y ofrecía elaboradas cenas vestido con ropa de maharajá. Gautam, el hábil narrador de anécdotas, posaba para los fotógrafos con los trofeos de caza de su abuelo, amenizaba las veladas con los periodistas contándoles historias extraídas del manual del auténtico Indiana Jones: masacres en los patios de armas, devoradores de hombres, hermosas princesas cubiertas de joyas arrojándose a los pozos para evitar que las hordas salvajes las mancillaran. Era un batiburrillo de hechos verídicos cogidos de aquí y de allá y de leyendas producto de su propia imaginación. A continuación, complementaba sus relatos con visitas guiadas al pueblo para ver los bailes de las muchachas, sus velos de gasa de color rosa, sus sonrisas

tímidas.

Disfrutaba inmensamente de su éxito. Recibía publicidad en las revistas adecuadas.

Era el príncipe Gautam Buenos Tiempos.

El maharajá.

El dinámico y extravagante Rathore.

El extraordinario miembro de la realeza, capaz de transformar Madhya Pradesh de fortaleza en fortaleza.

Participó en una sesión de fotos para una biblia del mundo de la moda, posando para un célebre fotógrafo armenio con el retrato de su difunto abuelo de fondo, luciendo un turbante a juego con la chaqueta blazer con estampado Cornici de Versace que tanto le gustaba, y con una piel de tigre envuelta estratégicamente alrededor del pubis.

El retrato dio la vuelta al mundo.

La India causaba auténtico furor.

Pero mientras tanto empezaron a circular rumores, no solo de las ingentes cantidades de coca que servía acompañando el oporto tawny, o de los carísimos coches de época que destrozaba en las carreteras bacheadas, o del arma de coleccionista que había utilizado para herir en el brazo a un reportero en un duelo ebrio de alcohol, o de la vez que se subió a la mesa en mitad de una fiesta y se alivió en el estofado de sesos de cabra, sino también sobre el personal empleado en el hotel: chicas jóvenes que iban a sacar agua de los pozos de las inmediaciones y que se quedaban preñadas. Una noche, una de esas chicas se suicidó tirándose desde el muro de la fortaleza.

Estaba embarazada de tres meses.

Dejó una nota.

Se corrió la voz.

La gente montó en cólera. Se prendió fuego a varios coches.

Sacaron a escondidas a los huéspedes extranjeros del hotel en plena noche.

Se achacó todo a una vaga disputa local.

La familia de la chica recibió una compensación económica.

Emplearon a la policía para que silenciara las voces disidentes.

Los medios recibieron advertencias muy serias.

Las aguas volvieron a su cauce y al final todo quedó en el olvido.

Pero el padre de Gautam actuó con mano firme.

Envió a su hijo a Delhi, a uno de sus apartamentos en un complejo de Aurangzeb Road. Pretendía pararle los pies obligándole a arreglárselas con una asignación modesta —cien mil rupias al mes—, viviendo en la discreta deshonra.

Lo lógico habría sido que hubiese aprendido la lección.

Pero no. Algo se apoderó de él.

Siempre había sido muy tozudo, pero en Delhi se volvió más terco aún. Se entregó a una desesperación salvaje desconocida hasta entonces.

Se dejó llevar.

Se lanzó a las calles de la ciudad sin cuartel. Se entregó a todos sus vicios de forma completamente desbocada.

Escogía las opciones más baratas y más sucias y se sentía más satisfecho aún. Putas de GB Road. Chaperos de Connaught Place. Metía tapones anales en el recto de las mujeres de sus compañeros del colegio. Menudo club.

Jóvenes de la Realeza se pasan al Lado Salvaje: el musical.

Sacándole el máximo partido a la reputación que se había ganado.

El grotesco Gautam Rathore.

Quemando todos los puentes.

Aún salía de copas con sus viejos amigos del colegio, con la gente del polo, bebía sin freno y comenzaba a fanfarronear. El alcohol le soltaba la lengua. Insultos, comentarios cortantes e impertinencias, sin filtro de ninguna clase. Se creaba enemigos. En los vestíbulos de los hoteles tenían lugar escenas escandalosas. Que se trasladaban a las calles. Se ponía baboso, miraba con ojos lascivos, metía mano, se burlaba, se reía a carcajadas y se meaba encima, hasta que sus amigos de toda la vida dejaron de contestar a sus llamadas. Eso a él le daba igual.

Bueno, ¿dónde estábamos?

A mitad de mes ya se había gastado toda la asignación, y el resto transcurría en una penuria desesperada. Sus criadas.

No les pagaba.

Las acosaba.
Salieron corriendo.
Solo su chófer permaneció a su lado.
Él y Shivam se sentaban a ver la tele juntos.
Se reían a carcajada limpia.
Y bien entrada la noche salía a por más.

Fue en aquellos tiempos de infausta memoria en Delhi cuando Sunny Wadia apareció de golpe en escena. El advenedizo, transformado. Con sus trajes hechos a medida, su piel tersa y luminosa, sus fiestas, su visión. Pero ¿qué le importaba eso a Gautam?

—Te pondré en nómina —dijo Sunny—. Tres lakh de rupias al mes.
—Que sean cinco —repuso Gautam.
—Cinco —aceptó Sunny.
—Como eso está solucionado, vamos a consumar el trato —dijo con voz sugerente.
Se sacó una bolsita de plástico de una cocaína asombrosamente blanca del bolsillo interior y la arrojó a la mesa de centro.
—Es de origen incierto. Una parte de talco por una parte de aspirina por una parte de laxante por una parte de coca. Y una parte y media de speed de reserva. Pero, tío, no veas cómo pega.
Gautam arrancó la parte superior de la bolsita con los dientes, limpió los restos de suciedad de la superficie de cristal de la mesa y luego echó allí el gramo entero.
—Adelante —dijo.
—No, gracias, yo paso —respondió Sunny.
—Ah, no. Lo siento, pero esto no funciona así. ¿Quieres mis consejos? ¿Sobre la industria hotelera? Entonces tendrás que echarte a perder con esta mierda de coca.
Extrajo un billete nuevecito de su cartera y se lo dio a Sunny.
—¿Tienes experiencia?
—Pues claro.

Gautam empezó a cortar cuatro rayas grandes y altas con una tarjeta de crédito cualquiera.

—Demuéstramelo.

Sunny ignoró sus palabras, pero comenzó a enrollar el billete.

—Vi ese anuncio tuyo, ¿sabes? —dijo Gautam—. Ese a doble página. Muy conmovedor. Últimamente, los mejores hombres de negocios lavan su reputación.

Sunny no le hizo caso.

—Oye, lo del trabajo entonces… —dijo—, ¿qué me dices?

Gautam dejó de cortar, tiró la tarjeta a la mesa, le cogió el billete.

—¿El trabajo? —contestó, un tanto maravillado, paladeando el sabor del exótico término.

Se inclinó hacia delante y se metió una raya, ladeó la cabeza, volvió a inspirar con fuerza, hinchó las mejillas, enseñó los dientes, se agarró a la mesa, cerró los ojos durante largo rato y luego se quedó completamente inmóvil. A continuación, se puso a buscar un cigarrillo.

—Casi demasiado bueno para ser verdad. Pero ahora perdóname, tengo que ir a cagar.

Le ofreció el billete a Sunny mientras se levantaba y se fue.

Cuando regresó al cabo de cinco minutos, Sunny no había tocado ni una raya.

—¿Qué pasa? —se burló Gautam, con el cigarro colgando del labio y gesto disoluto—. ¿Es que ya vas servido?

—No es eso.

—¿Y entonces?

—Es tuya.

—Oh, vete a la mierda. No digas gilipolleces. Es el coste de hacer negocios.

Detectó un leve remordimiento mientras Sunny cogía la parte central del billete, se agachaba y esnifaba la coca de mala calidad. Él sabía algo sobre el remordimiento.

Estaba claro que Sunny no quería estar allí.

Así que ¿qué se traía entre manos?

Aparece un hombre en los escalones de la terraza con una bandeja en la mano, una botella de vino.

Es alto, moreno, con el pelo largo y rizado. De Kerala tal vez.

No es rajastaní, eso está claro. No mira como si fuera idiota ni luce un bigote incipiente, sino solo unas gafas de sol envolventes, una camisa blanca recién planchada, unos pantalones oscuros.

Cierto aire a… ¿seguridad?

Se detiene junto a Gautam, lo mira desde arriba.

—¿Y se puede saber quién eres tú, muchacho?

Siempre es bueno asumir una actitud de mando indiferente.

Pero el «muchacho» no responde. Se limita a dejar la bandeja en la mesa y empieza a abrir la botella de vino.

—¿Eres nuevo?

Ve cómo el hombre aprieta la mandíbula.

—Estás muy tenso.

El vino se abre con un pequeño estallido. El hombre deposita la botella en la mesa y empieza a retirar el corcho, y cuando termina deja el corcho junto a la botella y conserva el sacacorchos en la mano como contemplando la posibilidad de utilizarlo a modo de punzón.

—Venga, a qué esperas —dice Gautam—, sírveme el maldito vino.

El hombre deja el sacacorchos en la mesa, coge la botella y la copa, y le sirve. Vierte el vino poco a poco, y poco a poco se llena la copa, que sigue llenándose hasta el borde.

—¡Basta!

Se llena hasta arriba, rebasa el borde de la copa y empieza a derramarse encima de la piedra caliente.

—¡¿Se puede saber qué carajo te pasa?!

Gautam se levanta a toda prisa de la tumbona y se lanza sobre el vino.

—Joder…

Pero el hombre sigue sirviendo más y más vino. Ha vaciado media botella.

—¿Estás loco?

—Un poco.

Tiene un fuerte acento israelí. Le ofrece la copa a Gautam y este extiende la mano para cogerla.

Cuando se viene a dar cuenta, está boqueando en busca de aire.

—Pero ¿¡qué carajo haces?! —grita Gautam—. ¡Me has tirado a la piscina!

Se pone a chapotear, se agarra al borde con los brazos doloridos. El israelí se agacha, se sube las gafas de sol a la coronilla. Tiene los ojos de color avellana, su expresión es dura. Señala un fardo de papel envuelto con una cuerda.

—Eso de ahí es tu ropa. Entramos dentro y tú pones ropa.

—¿O qué?

El israelí mira al muro de la fortaleza.

—Vemos si vuelas.

—Tú y yo —dice Gautam— sabemos que no.

4

Media hora después, el israelí lleva a un malhumorado Gautam a través de las instalaciones de la fortaleza por un camino señalado con un cartel de PRIVADO que rodea la ladera, cruzan un portalón de madera y bajan unos escalones hasta una terraza oculta construida en voladizo sobre el terreno llano.

La terraza de Adiraj.

Pero no es Adiraj quien está allí.

Se trata de un hombre mayor con un aire vivaracho y alegre y de aspecto jovial, que lleva un traje de algodón discretamente caro y los ojos protegidos por unas gafas de sol estrechas. Está sentado a una mesa de hierro forjado en el medio de la terraza, examinando una hoja de papel. En el centro de la mesa, una licorera llena de whisky, una jarra de agua y dos vasos de tubo, y un sobre de papel junto a su mano izquierda.

Hay otra silla libre, aguardando al lado.

El israelí se detiene al pie de las escaleras y extiende la mano, indicándole a Gautam que debería continuar.

—Sigue andando, Johnnie Walker.

Gautam, ahora vestido con su propio traje rosa salmón,

dice:

—Eso no depende de ti, ¿a que no?

Ha recuperado su fanfarronería.

Es la ropa.

Y también el hecho de saber que aquello es un juego.

El hombre jovial se pone en pie de inmediato, consulta la hora en su reloj de bolsillo y le indica la silla libre con un gesto de la mano:

—Por favor —le dice, antes de dirigirse al israelí—. Gracias, Eli, eso es todo.

Gautam echa a andar, pasándose las manos por la chaqueta.

—Ha escogido uno de mis mejores trajes.

—Le aseguro que no he tenido nada que ver con eso —dice el hombre jovial—, pero su chófer nos ha sido de gran ayuda. Parece conocer sus gustos. —Su acento remite vagamente a colegio privado, entrecortado, imposible de ubicar—. Por favor —insiste—, siéntese. Tenemos mucho de que hablar y el tiempo es un factor importante en todo esto.

—¿Cómo ha entrado en mi apartamento? —replica Gautam.

Una sonrisa plácida.

—¿Cómo iba a ser? Con sus llaves, señor Rathore.

—Ah, sí. Me preguntaba adónde habrían ido a parar. Me gustaría recuperarlas.

—Todo a su debido tiempo.

Gautam advierte que tiene en la cara las marcas de la tuberculosis.

—¿Y quién es usted exactamente?

—Me llamo Chandra —contesta el hombre—. Eso es todo cuanto necesita saber.

—¡Necesito saber mucho más que eso! —protesta Gautam con un desenfado forzado.

Chandra sonríe, toma asiento él también.

—¿Le apetece un poco de whisky, señor Rathore?

—Pues ahora que lo dice, sí, me apetece —dice Gautam, con la voz impregnada de desdén—. Estaba a punto de disfrutar de un vino mediocre hace un rato, pero ese

neandertal salvaje suyo ha pensado que era mejor tirarme a la piscina. Tiene suerte de que esté sufriendo una resaca particularmente espantosa, porque de lo contrario mi ira sería peor.

Chandra coge la licorera y sirve a Gautam una abundante cantidad, añade un chorrito de agua y se lo pasa deslizándolo con cuidado por encima de la mesa.

Gautam coge el vaso y se lo acerca a la nariz.

Sonríe.

Frunce el ceño.

—Conozco este whisky.

—Estoy seguro de que sí. No hay duda de que es usted un entendido.

Gautam se lleva el vaso a los labios y deja que el líquido retoce en su lengua un segundo antes de tragárselo.

—Sí, lo reconocería en cualquier parte. Es japonés.

—Muy bien.

Gautam apura el vaso de un sorbo.

—Más.

—Juguemos a un juego. Whisky a cambio de respuestas. Tiene una dinámica maravillosa.

Gautam da unos golpecitos con el vaso en la mesa.

—Sirva.

—Está claro que le entusiasma.

—*Sirva.*

Chandra le sirve. Un poco menos esta vez.

Gautam no espera al agua. Se lo traga con impaciencia.

—No se le da muy bien esconder sus cartas, ¿verdad que no? —dice Chandra.

—¿Qué es lo que quiere Sunny? —suelta Gautam.

—Yo haré las preguntas, señor Rathore.

—Pero le envía él, ¿a que sí? O al menos está aquí en representación suya.

Intenta servirse él mismo otro trago de whisky, pero Chandra aparta el decantador.

—¿Cómo describiría su relación con Sunny Wadia?

—Puramente comercial —contesta Gautam.

—¿En qué sentido?

—Hago labores de consultoría para él.

—¿Sobre qué?

—Esto y lo otro.

—¿Puede ser más específico?

—Fracaso. Le asesoro con respecto al fracaso. Es mi especialidad. Se me da muy bien. He visto que a él también.

Chandra le da un sorbo a su vaso.

—Le asesora sobre el negocio hotelero.

—Sí. Esto se está haciendo un poco pesado.

—Socialmente hablando, ¿disfruta de su compañía?

—No follamos, si se refiere a eso.

—La idea no se me había pasado por la cabeza.

Gautam se ríe.

—Estoy seguro de que ahora sí.

Chandra, una sonrisa débil.

—Ya.

—Por lo que más quieras, tío, sírveme una copa. Un trago en condiciones. Del tamaño de Patiala al menos.

—¿Cuánta cocaína ha estado consumiendo los últimos meses, señor Rathore?

—Toda la que papaíto tenga a bien proporcionarme.

—¿Papaíto?

—El papaíto universal que está en el cielo.

—Su relación con su propio padre es…

Gautam suelta una carcajada, junta las manos.

—¡Es usted psicólogo!

—Solo soy un simple abogado.

—¿Cree que he llegado a donde estoy hoy por ser idiota? —dice Gautam.

—Su padre prácticamente lo ha repudiado, ¿no es así?

—Me atrevería a decir que ha sido al revés.

—¿Y es usted feliz en su situación actual?

—¿Es que no parezco feliz? —Da unos golpecitos en su vaso—. Whisky.

—Cuénteme algo sobre Sunny.

—Odia a su padre.

—Cuénteme algo que no sepamos ya.

Gautam vacila.

—Tenía planeado dejarle. ¿Qué le parece eso como novedad?

Chandra le sirve una copa.

—¿Y usted le animaba a hacerlo?

Una risa amarga.

—Yo escuchaba sus quejas, como un buen y leal amigo.

—¿Y la cocaína?

—¿Qué pasa con la cocaína?

—¿De dónde venía?

—Una dama nunca habla de esas cosas.

—¿Era de Sunny?

—Pfff. Rotundamente no. Tengo mi gente.

—Pero ¿Sunny pagaba por ella?

—Por descontado.

—Y también la consumía.

—Por descontado. Bueno, pero ¿de qué va todo esto?

—¿No siente ninguna curiosidad, señor Rathore, por saber por qué está aquí? ¿Por saber qué hago yo aquí con usted?

Una nube ensombrece el rostro de Gautam. Un momento de seriedad. Se bebe el whisky de un trago, empuja el vaso hacia delante.

—Más.

—¿Qué recuerda con exactitud de lo que pasó anoche?

—Más.

—Le necesito relativamente sobrio, Gautam.

—Va a hacer falta mucho más que esto para emborracharme.

Chandra le sirve un dedo de whisky.

—Y un cigarrillo.

Chandra le ofrece el paquete.

—Quédeselo.

—Estoy dispuesto a hablar —continúa Gautam, y agarra el mechero de oro de Chandra, se enciende el cigarrillo, se guarda el mechero en el bolsillo—. Como he dicho, no soy ningún idiota.

—Le agradecería que me devolviera el mechero.

Gautam parece quedarse perplejo, pero lo saca y se lo devuelve.

—¿Tiene la costumbre de coger todo aquello que se le antoje?

—¿Volvemos a la psicología?

—¿Ve el mundo como si básicamente fuese suyo?

—Estoy dispuesto a hablar.

—Anoche…

—¿Qué ha hecho Sunny?

—Anoche…

Gautam se incorpora en su asiento de repente.

—No estará muerto, ¿verdad? —Frunce el ceño—. ¿No se habrá…?

—¿Qué?

—¿Qué ha hecho?

—¿Qué cree usted que ha hecho?

—No lo sé.

—Estaban los dos juntos en el club, ¿se acuerda de eso?

Ese agujero negro otra vez.

Siente un escalofrío.

—Oiga…, Sunny se presentó en mi casa un buen día. Porque sí. Se presentó allí, abrió una botella de whisky y empezó a hacerme preguntas sobre hoteles. ¿Hoteles? No soy idiota. No necesitaba consultarme esas cosas. Sé muy bien la fama que tengo, sé exactamente lo que piensa la gente de mí. Y la verdad, me importa un bledo. No crea que no le pregunté a qué venía.

—¿A qué cree usted que había ido?

—No lo sé.

Gautam sacude la ceniza del cigarrillo sobre la mesa.

—¿Qué cree que quería de usted?

—No lo sé, pero —baja la voz con complicidad— se sentía débil. Solo.

—¿Lo vio usted así?

—Lo vi.

—¿Y luego?

—Nada.

—Usted se aprovechó de él.

—Nos aprovechamos el uno del otro. Él necesitaba un hombro sobre el que llorar, a alguien capaz de entender su dolor en particular. Y yo necesitaba a alguien que me pagara la coca. Todas las partes salían satisfechas.

—¿Sunny también consumía la cocaína?

—*Bien sûr! Naturellement.*

—¿Cuánta llegaba a consumir?

—Uf, estaba enganchado.

—¿Y de qué hablaban ustedes dos, en términos generales?

—De lo que hablamos todos. De lo mucho mejor que nos

irían las cosas si nuestros padres estuviesen muertos.

—¿Le irían mejor las cosas a usted entonces?

—En realidad, no hablábamos de mí. —Lanza la colilla por el borde de la terraza—. ¿Está muerto?

—¿Su padre?

—Sunny.

—No.

—Ah.

—Parece decepcionado.

—Supongo que lo estoy…

—Qué poca lealtad.

—Habría sido bastante dramático. ¿Lealtad? ¿Hacia Sunny? No. No siento lealtad hacia nadie. —Se bebe el whisky y luego da unos golpecitos en su vaso—. Más.

—No.

Gautam se queda mirando el vaso vacío, el sol manso, la terraza, el desierto al fondo.

—Estoy cansado.

—Todos estamos cansados.

—Pero nadie está tan cansado como yo.

—¿Qué sabe del padre de Sunny?

—Vaya, esa sí es una señora pregunta.

El viento alborota ligeramente el pelo sedoso de Chandra, quien se saca un teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta. Marca un número, se acerca el teléfono a la oreja. Espera un momento.

—Sí —dice—, está aquí.

Deja el teléfono en la mesa delante de ellos, lo pone en modo altavoz.

Gautam no le quita ojo, a la espera.

No se oye ninguna voz.

Mientras tanto, Chandra toma el sobre de papel manila que tiene a su lado, lo abre y extrae cinco fotografías impresas de gran tamaño del interior. Las coloca boca abajo sobre la mesa. Deja el dedo encima de ellas un momento y luego se las acerca a Gautam deslizándolas por encima de la mesa.

—¿Qué es esto? —Gautam mira el teléfono de reojo, inquieto, atento al silencio del otro extremo.

—Véalo usted mismo.

—No, no quiero —dice como si fuera un niño.

Nadie habla. Nadie se mueve.

Hasta que una voz lenta y sedativa emerge del teléfono.

—Dales la vuelta —dice.

A Gautam se le encoge el estómago.

—No quiero. —Se pasa ambas manos por el pelo—. Deme una copa.

—Dales la vuelta.

—Le aseguro que Eli solo tardaría un segundo en tirarle por la ventana —le dice Chandra de manera cordial—. Tengo entendido que ya se ha ofrecido a hacerlo. Y, sinceramente, ahora mismo a nadie le extrañaría nada que se suicidase. No con su nivel de alcohol en sangre. Ni después de la vida que ha llevado. Ni después de lo que hizo anoche.

—Deme una copa.

—Y, una vez solucionado, todo saldría en los periódicos.

Gautam está temblando.

—Yo no he hecho nada.

—Dales la vuelta —dice la voz—. Y tendrás todo el alcohol que quieras.

Gautam cierra los ojos.

Pone las manos encima del papel.

Sujeta los bordes.

Les da la vuelta.

Cuerpos. Cadáveres. Cadáveres destrozados y desperdigados por la carretera. Miembros rotos y contorsionados, los ojos abiertos como platos, los labios crispados en sonrisas horripilantes, los dientes desnudos, el blanco de los ojos, manchas de sangre atrapadas por los flashes. Fotos policiales. Cadáveres en el arcén, cadáveres envueltos en harapos, y un coche, su coche, su Mercedes, su placa de matrícula. Cadáveres. Una chica adolescente con la ropa hecha jirones, la sangre que mana del hueco entre sus piernas. Cadáveres. Colocados en fila en una morgue de hospital. Cinco en total. Rotos y destrozados. Cadáveres. Y, por último, Chandra le enseña una Polaroid. Y ahí está él, Gautam Rathore, con la cara aplastada contra un airbag, al volante.

Las pone de nuevo boca abajo y las empuja con tanta fuerza que se caen y se desperdigan en el suelo.

—Es un montaje.

Chandra le sirve esa copa ahora.

Gautam la coge con manos temblorosas.

Entonces el otro recupera el teléfono, desconecta el modo altavoz, se lo acerca a la oreja, escucha un momento y cuelga.

—No fui yo —murmura Gautam.

Apura el vaso, saca un cigarrillo, intenta incorporarse, pero se marea. Vuelve a sentarse, se pone el cigarrillo en los labios. Chandra se inclina hacia delante y se lo enciende, recoge las fotos del suelo.

—Es su coche. Sus huellas. Su cara. Hay testigos que le sitúan en la escena.

—No fui yo.

—Seguro que ahora ya se acuerda.

El destello de luz.

La chica, la criada, levantando las manos.

El cuerpo de Gautam se estremece.

Entonces su pecho sufre una convulsión, siente una arcada.

Chandra se queda mirando una de las fotografías durante largo rato. La coloca encima de la mesa.

—La chica estaba embarazada —dice.

Gautam, vacío.

—No fui yo.

Chandra se enciende un cigarrillo él también.

—Sí, sí que fue usted. Pero… no tiene por qué ser así.

Las palabras tardan un buen rato en adquirir significado.

Gautam levanta la vista.

—¿Qué?

—Señor Rathore, ¿y si, por algún milagro, no fue usted?

Parpadea como un idiota.

—¿Qué?

—Porque la policía no tardará en detenerlo, descuide. Bueno, eso siempre y cuando no se tire al vacío. La policía lo detendrá, eso se lo aseguro. Irá a la cárcel. Puede protestar todo lo que quiera, inventarse toda clase de historias increíbles, tratar de culpar a otra persona, pero eso solo empeorará las cosas. ¿Ha estado en la cárcel? No estoy seguro

de que esté hecho para eso. Al menos, no sin dinero. Su familia no le va a ayudar. La línea de crédito de Sunny ha caducado. Es cierto que cuenta con su estatus, eso le protegerá hasta cierto punto. Pero ahora también tiene enemigos. ¿Le gustaría ser enemigo de mi jefe? ¿Sabe lo que eso significa? Podemos hacerle la vida bastante desagradable. —Hace una pausa—. Pero ¿y si no fuera verdad? ¿Y si pudiera dar marcha atrás a las manecillas del reloj?

Chandra vuelve a meter las fotos en el sobre de papel manila.

—Ahora mismo hay un joven detenido en comisaría, esperando para ir a juicio. Se ha ofrecido voluntario para asumir la culpa, a un gran coste personal. Podría perfectamente cambiar su declaración y esta Polaroid suya podría acabar en manos de la prensa y de la policía con la misma facilidad.

Gautam cierra los ojos.

—¿Qué quieren que haga?

—Muy bien, esa es la actitud.

—Dígamelo.

—Queremos que… se recupere.

Gautam levanta la vista, arruga la frente.

—¿Qué?

—Hay un coche esperando abajo. Eli lo acompañará hasta él. Dentro encontrará una maleta, su pasaporte, otros efectos personales, cierta cantidad de dinero para el camino, aunque no es que vaya a necesitarlo, pero es algo psicológico. Irá con el coche hasta Jaipur. Desde allí tomará un jet privado a Bombay. Desde Bombay volará a Ginebra. Su visado está en regla.

—¿Ah, sí?

—Una vez allí lo llevarán a una clínica. Un lugar precioso en las montañas que facilita la recuperación.

—¿Recuperación?

—De sus vicios, señor Rathore.

—¿Me van a mandar a rehabilitación?

—Y permanecerá allí todo el tiempo que sea necesario. Se esforzará al máximo en su recuperación, con el recuerdo de esta noche y su libertad grabados en su cerebro. Y cuando se haya recuperado por completo, ya sea dentro de tres, seis u

ocho meses, o incluso de dos años si es eso lo que hace falta, volverá con su familia. Se casará. Se comportará conforme a las reglas del honor y el decoro. Ocupará su lugar legítimo como heredero.

—No lo entiendo.

—Y un día se le pedirá un favor. No será nada oneroso. De hecho, en contrapartida, se verá recompensado con poder y también con una buena fortuna. Esa riqueza aumentará de manera considerable, al igual que el poder. Lo único que debe hacer es demostrarle a su familia que se ha reformado. Que es usted digno de su apellido.

Chandra se levanta, se abrocha el traje y hace una seña a Eli para que se acerque.

—No lo entiendo.

—No hace falta que lo entienda, señor Rathore. Solo le hace falta tener un poco de fe. Alegre esa cara. Ahora trabaja para Bunty.

Ajay III

Cárcel de Tihar

1

Lo trasladan desde el despacho del alcaide a una nueva celda en un módulo distinto. Pasa junto a un sinfín de habitáculos atestados, donde los presos gritan y vitorean, gruñen y escupen, donde algunos se aferran a los barrotes con la mirada vacía, unos sin pestañear, otros taciturnos, otros durmiendo, cocinando, sollozando en un rincón. Todas las celdas están abarrotadas, doce, quince hombres en un cubículo, pero se detienen frente a una que solo aloja a dos personas. La escena interior: tranquila, luminosa, incluso hogareña. Están viendo un programa de humor en el televisor sobre una mesa colocada contra la pared; en otra, baja y circular, hay una botella de Black Label, dos vasos, una jarra de agua, una baraja de cartas desparramadas y un buen fajo de rupias. Pósters de montañas y actrices de Bollywood de colores vistosos, desvaídos por el tiempo, adornan las paredes. Hay dos camas con colchones gruesos y otro más en el suelo, con dos hombres apoltronados encima, viendo la tele con cubos de pollo changezi.

Uno es una bestia. Alto, imponente, sucio, con una camiseta demasiado ceñida para su barriga de tonel como única prenda, a pesar del frío. Tiene ojos de mirada avara, un rostro carnoso donde el cráneo se perfila de manera extraña, una mata de pelo hirsuto e indisciplinado. El otro es un secuaz diminuto que ríe para sus adentros.

El guardia abre la puerta, que no estaba cerrada con llave, deslizándola a un lado.

—¡¿Y ahora qué?! —ruge la Bestia.

—Aquí tenéis a vuestro amigo.

El guardia empuja dentro a Ajay.

La Bestia aparta la vista del televisor y mira a Ajay de arriba abajo.

—Así que eres tú. —Eructa y ríe—. Más guapo de lo que esperaba. —Le da una palmada al colchón y se vuelve hacia la pantalla—. Ven, siéntate y come, no te preocupes, estás entre amigos. —Señala al secuaz—. Este chutiya es Bablu. —Coge un plato de papel del suelo, lo llena de pollo, salsa y naan—. Y yo soy Sikandar el Grande. —Le da otra palmada al colchón—. No sé qué has hecho, pero ahora eres alguien importante. Es hora de descansar. Y de disfrutar.

Descansar. Disfrutar. Ajay aún siente el zumbido de la adrenalina en los oídos. La piel le arde por culpa de los cortes de las cuchillas, los cardenales y el frío.

—¡Menuda lección les diste a esos hijos de puta! —dice Sikandar—. Eran de los Gupta, ¿sabes? ¡Creían que te llevaban a una fiesta de bienvenida! A un chico tan guapo como tú. ¡Creían que eras carne fresca! ¡No se lo esperaban! Pero se lo has dejado bien clarito, ¿eh? Casi te cargas a uno. Huyeron como ratas. Y eso incluso antes de saber quién eras. ¡Ahora ya está enterado todo el mundo! ¡Sí, amigo, se ha corrido la voz! Y ahora todos te tienen miedo. Les demostraste quién es el jefe. Pero, recuerda —menea el dedo grasiento—, aquí solo hay un jefe, y ese soy yo.

Sikandar es el cabecilla de la banda de los Acharya. Representa los intereses de Satya Acharya allí dentro. Acharya es de Lucknow; empezó dedicándose a la extorsión y ahora controla el mercado de Mandrax. Su banda lleva varios laboratorios en la calle, fabrican pastillas a centenares de miles; su químico, Subhash Bose, es un genio. Su trabajo se ha expandido a Sudáfrica, Kenia y Mozambique. Lo hacen pasar por paracetamol. También lo introducen allí, con la complicidad de los médicos y los guardias. Todo el mundo quiere probarlo. Si buscas un simple subidón, basta con tragarse una pastilla. Pero, si buscas algo más, agarra una botella de cerveza, estámpala contra

el suelo y, en lugar de rajarle la cara a alguien, quédate con el cuello, llénalo de cartón perforado, tabaco e Idukki Gold, espolvoréalo con una pastilla de Mandrax machacada, enciéndelo, inhala a través del cuello y prepárate para la euforia y la oscuridad absoluta del vientre materno.

Fuera, Sikandar era coconut-wala. Tenía un puesto en las afueras de Lucknow, una caseta, una mesa y una luz blanca, unas cabras atadas y varias gallinas picoteando por los alrededores. Su tío tenía un puesto de fruta al lado. Sikandar le decía a todo el mundo que poseía una plantación en Karnataka, que era dueño de tanto terreno que se tardaba varios días en atravesarlo, y todos reían, nadie se lo creía. Pero sus cocos eran los mejores, y a menudo los regalaba. Alguien le compraba cuatro y él regalaba otros dos. «Baksheesh». Lo hacía con todo el mundo. Querías uno, él te daba dos. «Baksheesh». Querías diez, él te daba quince. «Baksheesh». Lanzaba un coco tierno al aire con los ojos cerrados, lo atrapaba con la mano izquierda, lo desmochaba al mismo tiempo y le colocaba una pajita. Chas, chas, chas. Reía mientras manejaba el machete. Bromeaba con todo el mundo. La policía iba para echarse unas risas. Los matones iban para echarse unas risas. Sabía todo lo que ocurría en la calle. Y hacía horas extra como carnicero de Satya Acharya. «Las cabezas son como cocos humanos», dice. Se ha puesto nostálgico. Blande su machete imaginario y ve los sesos al descubierto según cae el cuerpo. Echa de menos a su preferido. Y a su segunda mujer. Murió. Estábamos aquí, en Delhi, le cuenta a Ajay. La ciudad se le subió a la cabeza. Flirteó con un vendedor de helados, ante sus propios ojos. ¿Cómo iba a consentirlo? La mató delante de la Puerta de la India. Rodeados de niños comiendo helados y parejas tumbadas en la hierba, y allí estaba él, matándola a golpes por una sonrisa. Por eso está en la cárcel. Pero no pasa nada. Representa a Satya Acharya desde la celda. Tiene teléfonos móviles, un televisor, su calefactor, su aire acondicionado, secuaces, las cosas le van bien. Solo echa de menos su machete y los cocos, y a su segunda mujer.

Es los ojos, los oídos, los dientes, los puños, el martillo, el

garrote y la navaja de Satya Acharya. Dirige a sus soldados con sangre, sudor y miedo. Tienen más de ochenta hombres allí dentro. Están en guerra con unos, como la banda de los Gupta. Mantienen alianzas precarias con otros, como los Sissodia. Cuando llega la hora de salir al patio, se reúnen las bandas aliadas para trapichear e intercambiar información. Los Acharya forman un muro alrededor de Sikandar, quien disfruta del sol invernal en pleno éxtasis, reclinado en un asiento de caña.

—¿Es verdad? —pregunta uno de los hombres—. ¿De verdad trabajas para él?

La pregunta no es para Sikandar. Ese «él» no se refiere a Acharya.

El muro de hombres enmudece a la espera de que Ajay responda.

Ajay, un fantasma con traje sahariano.

—Cierra la boca, cabrón —le espeta Sikandar—. ¿Quieres que te abra la cabeza?

—¿Cómo dejaste tan hechos mierda a esos chutiyas? —pregunta otro—. ¿Dónde has aprendido a hacer eso?

—¡A callar! —grita Sikandar—. No me jodas, eso lo hace cualquiera. Os parto la crisma a todos ahora mismo.

—Pero, míralo, si abulta la mitad que tú —insiste otro—. Les dio a esos cabrones su merecido. ¡Igual hasta podría contigo!

—¡Conmigo no puede nadie! —dice Sikandar, alzándose de su trono de caña—, salvo el mismo Dios.

—Gautam Rathore —responde Ajay con voz hueca—. Trabajo para Gautam Rathore.

Se hace un silencio. Miradas desconcertadas.

Sikandar se echa a reír.

—¿Lo habéis oído? Trabaja para Gautam Rathore.

—¿Quién es ese?

Sikandar se recuesta.

—Un hijo de puta más de los que andan por ahí fuera.

Sea la leche, leche, y el agua, agua. Todos saben que Ajay trabaja para Bunty Wadia. En prisión, las noticias corren como la pólvora. Ajay les dio a los Gupta una lección y trabaja para

Bunty Wadia. Eso es lo que se dice. Un nombre que se pronuncia en susurros en mitad de la noche. Él puede oírte. Es lo que dice la gente. Lo ve todo. Lo oye todo. Está por encima de todas las cosas. Sikandar se enteró a través de Satya, por teléfono. Le dijo: «Vamos a tener a un VIP. Cuídalo bien». «¿Quién es el chutiya?», contestó Sikandar. «Uno de los hombres de Bunty Wadia».

Silba entre dientes. Uno de los hombres de Bunty Wadia. Un hijo de Dios. Aunque Dios, la vida, el destino lo han abandonado. Sobre todo el primogénito. Lo último que le dijo Sunny fue: «Tranquilo, me ocuparé de ti». Antes de que le estamparan el hierro en la cara.

Ahora le aconsejan que tenga paciencia, que se relaje. Estás exento de tareas. Así que duerme. Ve la tele. Pajéate. Haz pesas. Únete al equipo de críquet. Medita. Fuma Mandrax si quieres. Folla. Eso tiene fácil arreglo. Siempre hay carne fresca disponible. Si uno de los chiknas te echa el ojo, hazte amigo suyo. Disfruta, te lo has ganado. Lo único que no puedes hacer es salir de aquí.

Los días transcurren con los sentidos embotados. Apenas come. Apenas duerme. Apenas habla. Algunos dicen que ha perdido la cabeza. Le tienen miedo. Especulan sobre lo que habrá hecho. Es un asesino, eso lo tienen claro, pero ven un atisbo de locura. No. La locura es una fachada. Está allí para matar a alguien.

Él no oye nada. Todo le llega desde muy lejos. Las noticias recorren largas distancias antes de alcanzarlo. Con el paso de los días, empieza a recordar toda una vida, entre brumas. Su infancia inunda su paisaje mental. Se abre paso en medio de la bruma, las llamas engullen a su padre en medio de la bruma, su hermana grita en medio de su mente y él huye en medio de la noche. El sol sale y quema. Despierta y no recuerda quién es, por qué está allí. Despierta y se encuentra en una Tempo, con las montañas alzándose sobre él. Despierta y los cuerpos están tendidos en la carretera. Está despertando a su dolor, y no hay

donde esconderse. Antiguos pensamientos lo asaltan como demonios hambrientos. Hombres muertos en callejones. El crujido del cráneo de Vipin Tyagi. Un mechón resbaladizo por la sangre agarrado en un puño, un chasquido de hueso nasal, algo que se revienta, un mechón resbaladizo y lleno de sesos en la mano. En su sueño, le da la vuelta al hombre, se despierta de la pesadilla antes de verle la cara. En la oscuridad de la celda ve a Neda y a Sunny, siempre juntos en la parte trasera de un coche. El tiempo es flexible. Su madre ha desaparecido. Esa otra mujer, Mary, ha ocupado su lugar. Y su hermana. ¿Aún está viva? Ajay mira desde la Tempo. ¿Se despidió de ella?

«¿Qué le pasó?».

«Lo que les pasa a todas las mujeres cuando los hombres se van».

Todos esos años en las montañas, queriendo creer que todo iría bien. Se echa en la cama de mamá y llora. Despierta y se descubre golpeando las paredes. Sikandar tiene que sujetarlo, lo contiene en un enorme y apestoso abrazo de oso. Chiflado hijo de puta. Ve fuera. Vete a correr al patio. Peléate con alguien. A ver si con un poco de suerte alguien intenta matarte. O mátalos tú. Echa un polvo. Sal de aquí.

Quinientas flexiones diarias. Quinientos abdominales. Siempre alerta. Una simple carcasa carente de sentido. ¿A quién pertenece? ¿A quién obedece? ¿Qué le ocurrió al niño? ¿Qué les ocurre a los niños que se quedan sin familia? De noche, con los ojos abiertos mientras Sikandar ronca, retrocede en el tiempo.

Piensa en los chicos nepalíes.

Purple Haze.

La primera vez en su vida que fue libre.

La primera vez que lanzó su libertad por la borda.

Algo se va endureciendo. Se endurece en su interior.

Entierra su pasado por entero.

Entierra su bondad.

Encuentra una manera nueva de vivir día a día.

2

El aire es cada vez más sofocante, los días empiezan a rielar cociéndose al sol. Unos presos se van. Otros llegan. Carne fresca. Los catalogan, encasillan, amenazan, coaccionan. Los fuertes escogerán una banda. Los que tienen dinero comprarán su protección. Los que tienen mucho dinero pueden comprar lo que quieran. Los que no tienen nada son carne de cañón. Pueden ser criados o pueden ser esclavos. Limpiar los lavabos, lavar la ropa. Llega un chico de diecinueve años, muy delgado, la piel de leche, pómulos prominentes, ojos separados, con boquita de pitiminí. Bello. Aterrorizado. Encarcelado por robar un teléfono móvil. Todo el mundo se fija en él. Una flor, un premio. Sikandar se relame. Parece un ternero, dice. Tres Sissodia rodean al chico en el patio, hacen comentarios lascivos, lo zarandean. El crío se apoca cuando lo acarician, lo soban, le susurran al oído, lo agarran por la muñeca y tiran de él. En el último momento, Sikandar interviene. Aparta a los Sissodia de un empujón, golpea a uno y lo tira al suelo, rodea al crío con el brazo y lo aleja de allí.

El cariñoso Sikandar. Le dice al chico que no llore, lo lleva a su zona del patio. Ahora tiene un amigo, cuidarán de él. ¿Cómo te llamas? Prem, dice el chico. Prem. Sikandar le da vueltas al nombre. Le ofrece un cigarrillo, algo de comer, de buena calidad, jabón para asearse, algo para aliviar el dolor. Se encarga de que trasladen a Prem a su celda. Le da la bienvenida con los brazos abiertos. No es fácil sobrevivir ahí fuera sin amigos ni dinero, y tan joven. Ahí fuera hay muchos lobos, pero no todo el mundo es malo, no todo el mundo mira solo por sí mismo. Ahora nadie se aprovechará de ti. Aquí soy alguien importante, ya has visto lo que he hecho. Me tienen miedo. Come algo. Ten una manta. Ve la televisión. Prem se sienta en el colchón y se hace un ovillo. Bebe un trago de whisky. Este es Bablu, es tu amigo. Este es Ajay. Es un asesino, pero no te preocupes por él. Tú no te alejes de mí y listo.

En el patio, Sikandar hace que Prem se quede junto a él. Hay

burlas, se regocijan en las mofas y los insultos, lanzados a gritos. Sikandar guiña, sonríe, asiente, se hace el tonto. No les hagas caso, le dice a Prem. Están celosos. Quieren algo de ti. Prem trata de reprimir las lágrimas con todas sus fuerzas. ¿Qué ocurre?, pregunta Sikandar. ¿Tienes miedo? No, no. No tienes nada que temer. Mira allí, ¿ves a esos hombres que iban a hacerte daño? Los que nos están mirando. Fíjate en ellos. No pueden hacerte nada. No se atreven. Mira, te lo demostraré. Ve allí. Ve y párate justo delante de ellos. Prem niega con la cabeza. Venga, insiste Sikandar, y lo agarra por el brazo. No tengas miedo. Vamos. Iremos juntos, tú y yo. Arrastra a Prem por el patio. Los Sissodia no se mueven del sitio, mientras ven cómo se acercan; Prem, un crío; Sikandar, la vieja bruja que va a regañar a los niños del barrio. Míralos, ríe tontamente Sikandar. Míralos, son unos cobardes. Los hombres le dirigen una mirada asesina, enfurecidos por sus palabras. Pero no hacen nada. Míralos. Sikandar agarra a Prem por la nuca y le obliga a levantar la cabeza. Mira. Hay un deje desagradable en su voz. ¿Ves? No van a hacerte nada. Lo suelta y retrocede un paso. Sonríe, se ríe en silencio de la multitud.

¿Ves? Tienen miedo. No te muevas, mira a esos cabrones a los ojos.

Quédate donde estás. Quédate donde estás y míralos a los ojos.

No dejes de mirarlos.

Sikandar retrocede con sigilo y cruza el patio.

No dejes de mirarlos, no te vuelvas, mira a esos cabrones a los ojos. No van a hacerte daño. ¿Lo ves?

Sikandar apenas es capaz de disimular cuánto está disfrutando. Se golpea los muslos y se muerde el puño.

¿Lo ves?, dice desde lejos. No hay nada que temer.

Prem está solo, cara a cara con los Sissodia.

¡Ahora, pégales!, grita Sikandar. ¡Pégales tan fuerte como puedas!

Prem está temblando.

¡AAAAAAH!

Uno de ellos se lanza hacia él.

Prem cruza del patio como una exhalación, de vuelta junto a Sikandar; Sikandar le pasa el brazo por encima. Sin necesidad de más ceremonia, todos saben que se ha convertido en el chico de Sikandar.

Sikandar se emborracha y hace que Prem también beba. Le obliga a dar sorbos mientras Prem solloza, y mientras Prem solloza lo obliga a masajearle los pies. No llores, dice Sikandar. Aquí estás seguro. Nadie va a hacerte daño. Solo tienes que meterte algo en la cabeza: aquí las cosas funcionan de otro modo. Cada uno ocupa su lugar. Si quieres sobrevivir, tienes que saber cuál es el tuyo. Sikandar, más borracho que nunca, le cuenta a Prem la historia de su segunda mujer. La quería más que a nada en esta vida. Pero ella lo traicionó. Se llamaba Khushboo, dice. Cuando Prem, borracho, se levanta para mear, Sikandar le ordena que se agache.

—Hazlo como una chica —dice.

Y, cuando vuelve, Sikandar le desabrocha la camisa para que se le vea el suave pecho y le ata los faldones de una manera femenina.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Sikandar.

—Prem —contesta el chico, tratando de reprimir las lágrimas.

—No —susurra—, te equivocas. —Tira de Prem hacia su entrepierna, lo sujeta por los hombros con su fuerza incontestable —. Khushboo —murmura—. Te llamas Khushboo. ¿Te gustaría quedarte aquí, Khushboo? ¿O prefieres que te arroje a los lobos que esperan ahí fuera?

Prem vuelve la cabeza hacia Ajay.

—¡No lo mires a él! —sisea Sikandar entre dientes—. ¿Cómo te llamas?

—Khushboo —susurra Prem.

A Sikandar se le eriza la piel, estremecido de placer, al oír el nombre en labios de Prem.

—Te haré la vida fácil, Khushboo —murmura Sikandar, acariciándole el pelo.

Se quita el pantalón del chándal y empuja la boca del joven hacia abajo.

Cuando ha terminado, prepara una pipa de Mandrax para Prem, que está sollozando.

—Ten, te lo has ganado.

No vuelve a oírse nada durante las primeras horas de la mañana. Prem está perdido en una bruma de Mandrax; Sikandar y Bablu roncan borrachos. Solo Ajay permanece despierto,

pensando en la muerte.

Sikandar hace que le traigan ropa de mujer. Un salwar kameez azul y rosa, un chunni, brazaletes y cadenitas para los tobillos. Se los entrega a Prem con gran ceremonia y le dice que se los ponga. Prem, mudo, no opone resistencia. Hace lo que le ordenan. Sikandar saca lápiz de labios y kohl y se lo aplica casi con reverencia, cautivado por la transformación.

—Bien, Khushboo, estas son las normas —dice.

Prem es informado de que llevará a cabo las tareas femeninas de la celda: barrer, lavar, cocinar, limpiar, y atenderá las necesidades de Sikandar. No hablará salvo que se le hable, no meará salvo que Sikandar lo apruebe. Hablará como una mujer. Caminará como una mujer. Será la esposa de Sikandar en la cárcel. Si lo hace bien, si corresponde al amor de Sikandar, será una reina, le obsequiará con cosas bonitas. Si no, será arrojado a los lobos, o peor.

—Bien, dime, ¿cómo te llamas?

Prem se queda mirando el techo de la celda. Reprime las lágrimas.

—Prem.

Enfurecido, Sikandar lo agarra por el cuello.

—¡Khushboo! —chilla Prem.

Sikandar lo suelta y sonríe.

—Repítelo.

—Khushboo.

Sikandar aspira la fragancia del nombre.

Estrecha a Prem contra sí, cierra los ojos y acaricia la tela de la ropa mientras susurra.

—Khushboo… Khushboo. No vuelvas a mentirme.

El calor se cuela con sigilo, el sol abrasador del día, los mosquitos de la noche. El sudor rancio. Prem es la esposa de la cárcel de Sikandar, su esclavo, trabaja, sirve y lo violan. Día y noche. Días y noches. Hasta entrado el mes de mayo. Al principio solo lo violaba Sikandar, pero luego también se suma Bablu, con el orgulloso consentimiento de Sikandar.

—Una buena esposa debe servir a los amigos de su marido.

Incluso anima a Ajay a probarlo. Pero Ajay no muerde el anzuelo.

—¡Cambiarás de idea! —ríe Sikandar—. ¡No tardarás mucho! ¿A que sí, Khushboo?

Prem, cada día, sumido en un profundo dolor físico y espiritual, cada noche, hasta la dosis de Mandrax. Mandrax en tal cantidad que se engancha a la euforia melancólica de la droga.

Llega mayo. El calor es insoportable. Sikandar sospecha que un miembro de su banda está yéndose de la lengua con la policía y las demás bandas; en la calle, han tiroteado a varios esbirros de Satya de poca monta. Sikandar hace que Bablu investigue. Creen haber averiguado todo lo que pasó. Deciden torturar al sospechoso, Shakti Lal. Sikandar hace que le lleven un bloque de hielo a la celda, un bloque descomunal, de casi dos metros de largo, que empieza a derretirse tan pronto como llega. Le dice a la banda que va a celebrarse una fiesta en su celda, que habrá comida, whisky, bebidas frías y montañas de hielo. El televisor está a todo volumen, están retransmitiendo un partido de críquet. El bloque de hielo acapara la atención de todo el mundo. Prem sirve las bebidas. Arman mucho jaleo. Pero, a una seña acordada de antemano, Sikandar y Bablu se abalanzan sobre Shakti Lal, le propinan una paliza mientras los demás miran, le introducen un trapo en la boca, lo amordazan, lo desnudan, lo colocan sobre el bloque de hielo, lo atan a él hasta que el frío le quema la piel. Pero no confiesa, de manera que Sikandar le pide a Bablu que lo arrastre hasta las duchas y lo ahorque. La fiesta continúa. Las bebidas se preparan con el hielo sobre el que lo han torturado, hasta que este se derrite y empapa los colchones, y esa noche duermen frescos.

Ajay sueña con una pira en llamas, sueña con su nombre. A veces, se despierta sobresaltado en plena noche, regresando de una jaula, de una habitación solitaria, de unos faros en la carretera, y entre las brumas del Mandrax, apresado por el cuerpo de Sikandar, Prem se vuelve hacia él y él se vuelve hacia Prem, se miran a los ojos, a esos ojos de mirada rota, suplicante y

desesperada de Prem, a los implacables pozos negros de dolor de Ajay.

—¿Por qué no me haces lo mismo que ellos? —pregunta Prem.

Ajay observa a Sikandar en busca de cualquier señal de que pudiera estar despierto, pero el hombre está roncando, completamente borracho.

—No soy como ellos.

—Tienes pesadillas —dice Prem—. Te he visto llorar mientras sueñas.

Ajay se da la vuelta, aparta la mirada.

—Eres un asesino.

Nada.

—¿Me matarías?

Nada.

—¿Si te lo pidiera?

—Tendrías que haberles plantado cara a los Sissodia —dice Ajay al final—. Tendrías que haberles plantado cara aunque te hubieses llevado una paliza. Tendrías que haberles plantado cara como fuera en lugar de salir corriendo. Si lo hubieras hecho, ahora no serías así.

—Yo siempre he sido así.

Al final resulta que el soplón era Bablu. Satya Acharya hace correr la voz. Le rajan la garganta en el pasillo cuando vuelven del patio. Se encarga el propio Sikandar.

Ahora tiene un problema. ¿Quién se encargará del Mandrax? Era tarea de Bablu. Sikandar se reúne con su círculo de confianza, les grita como un energúmeno. No se fía de ninguno. Está seguro de que meterían la pata. Puede que incluso estuvieran al tanto de lo de Bablu. Puede que también fueran soplones. Tendrá que ocuparse él mismo. Ajay habla sin moverse de donde está, apoyado contra la pared. Lo haré yo.

¿Quién es Sikandar para decirle que no a un VIP? El trabajo es bastante sencillo. Va a ver al médico de la cárcel, el médico le receta ciertas pastillas, totalmente legales, el alcaide autoriza la

solicitud, Ajay recoge las cajas de Mandrax en la farmacia y las lleva a la celda, repartiendo gandhis entre los guardias por el camino. Luego hace la ronda para distribuir el Mandrax.

Ajay agradece estar allí dentro. Agradece la insensibilidad. Agradece que no se aprovechen de él.

De todas maneras, es un asesino. No tiene nada que perder.

Mejor eso que estar como Prem.

Mira a Prem con…

Asco.

O puede que sea otra cosa.

Su propia aversión, proyectada en él.

Sikandar manda a Prem a hacer «encargos» para sus amigos. Manda a Prem a quien sea que pague. Una buena esposa hace lo que dice su marido. A miembros de su banda. De otras bandas. A algunos Sissodia. Los tres Sissodia del patio, Pradeep, Ram Chandra, Prakash Singh, pagan bastante bien, y les carga un suplemento por apagar cigarrillos en la piel de Khushboo. Prem siente que Prem se desdibuja, desaparece de hombre en hombre, tras el Mandrax y el dolor, tras la obediencia, el miedo y la presión psicológica.

Fuma todo lo que cae en sus manos.

Está dispuesto a hacer lo que sea por una bocanada que ametralle su cerebro con el olvido.

Hay veces que, al terminar, a duras penas consigue mantenerse en pie.

Ajay encuentra a Prem tirado en el pasillo, riendo solo.

Se lo queda mirando.

Lástima, horror.

Prem alarga una mano, le agarra las piernas.

Ajay quiere soltarse, pero es incapaz de mostrarse tan desalmado.

Se agacha.

—Prem —dice.

Prem lo mira con ojos húmedos.

—Prem está muerto.

Cuando Sikandar bebe, Khushboo bebe a su lado. Black Label. Sikandar va por la segunda botella de la noche.

Ahora pollo y roti.

Y quince hombres apiñados en la celda, viendo la televisión.

Están poniendo Khalnayak.

Miembros de Acharya, y también algunos Sissodia.

Siguen la película con mucha atención.

Quince hombres, Ajay y Prem.

Esperando la canción.

La canción llega.

—Choli Ke Peeche Kya Hai?

—¡Súbelo! —ruge Sikandar.

Khushboo se yergue para la canción como por arte de magia. Como si tiraran de los hilos de una marioneta desplomada y borracha hasta entonces. Subyugada por la canción. Los ojos anegados de lágrimas. Se pone delante del televisor e interpreta el papel de Madhuri. Sonríe con toda su alma. Sikandar le grita, le arroja huesos de pollo. La angustia la asfixia. Pero empieza a bailar. Un alma transformada. Los hombres lo celebran, empiezan a jalearla. Ella se mueve por la celda con suma elegancia. Baila. Bailando aleja el dolor. Bailando se acerca a Sikandar, y gira una y otra vez.

Los hombres la vitorean.

Sikandar está disfrutando del espectáculo.

—¡¿Veis cómo mi mujer baila para mí?!

—¡Pues deberías ver cómo baila para Karan! —replica un Sissodia.

A Sikandar le cambia la cara al instante. Se hace con una botella de whisky vacía y la lanza contra el televisor, que se vuelca, con la pantalla rajada.

—¡¿Karan?! —ruge.

La canción sigue sonando, Khushboo sigue girando y moviéndose, como si estuviera en trance.

—¿Bailas para Karan?

Karan Mehta. Un joven de una familia rica de empresarios.

Una anomalía en ese mundo. Apuesto, de voz suave. Barba sedosa, pelo largo hasta el hombro, ojos llenos de tristeza.

Dejó los estudios para unirse a los Sissodia.

Un tirador de primera.

Se ha cargado a dieciocho, o eso se dice.

Sikandar pierde la cabeza, atacado de celos.

—¡Fuera de aquí! —les dice a todos—. ¡Fuera!

Khushboo sigue girando, riendo.

Pero, cuando comienzan los golpes, quien grita es Prem. Mientras los miembros de las bandas huyen, es Prem quien recibe los puñetazos en el estómago y las patadas en las costillas. Es Prem quien se agarra, empuja, pide clemencia. El enloquecido Sikandar le grita que ella siempre hace lo mismo, que ella siempre lo engaña a pesar de sus desvelos. Empieza a golpear a Prem en la cara.

—Voy a matarte —dice.

La sangre sale a chorro de la nariz rota. Ajay debe decidir si interviene o no. Se hace con una mancuerna que hay en el suelo y golpea con ella a Sikandar por detrás, en la cabeza.

Lo has matado.

Salvo por la música, que sigue sonando a todo volumen a pesar de la pantalla rajada del televisor, no se oye nada más. Sikandar yace desplomado sobre las esquirlas de cristal. Ajay tira la mancuerna al suelo.

Lo has matado.

Se agacha para comprobarlo. No.

Sigue vivo.

Respira.

Por la mañana se levantará con dolor de cabeza.

Se cayó cuando estaba borracho.

No hace falta decir nada más.

Ajay arrastra a Sikandar hasta el colchón y lo empuja para subirlo. Lo tapa con una manta, le pone una botella de whisky vacía en la mano. Lo mira un momento. Un guardia pasa por delante. Ajay levanta la vista.

—Se ha cargado el televisor. Estaba tan borracho que se ha desmayado. Está durmiendo la mona.

El guardia señala a Prem, que está en el suelo.

—¿Y ese?

—Ya me encargo yo.

—¿Quién eres?

Prem apenas está consciente. Ajay le limpia la sangre de la cara.

—Abrázame.

Ajay prepara la botella.

Prem le da una calada, aunque las costillas rotas se resienten al inhalar.

—No me sueltes —dice.

Ajay lo deja en el colchón.

Le acerca la botella para que le dé otra calada.

—No me sueltes —repite Prem.

Lo abraza durante horas. Y habla en la oscuridad.

—Soy de un pueblo —dice Ajay—. Del este de U. P. Soy un dalit. Vejaron a mi familia. Un hombre importante mató a mi padre. A mí me llevaron a las montañas y me vendieron. Trabajé en una granja. Me pidieron que dijera que soy un chatria.

Se ve a sí mismo.

Está tumbado, con sus cajas de cerillas y su patito de cuerda.

Intentando recordar el rostro de su madre.

Papá está arriba, avivando el fuego.

Tiene que complacer a los demás para sobrevivir.

—Hui de casa con catorce años —dice Prem como si estuviera en un sueño. Pronuncia las palabras muy despacio—. Crecí en las afueras de Kanpur. Tenía una hermana y a mi madre, quería mucho a mi madre, pero murió. Mi padre volvió a casarse. Yo no dejaba de llorar. Su nueva esposa me odiaba. Me pilló durmiendo con la ropa de mi madre. Yo había escondido algunas prendas cuando esa mujer lo tiró todo. Me dio una paliza. Hui a Delhi. Trabajé en una confitería. Hacía jalebi. Tenía buenas manos. Pero el dueño me obligaba a hacer otras cosas para él. Decía que, si me negaba, le contaría a la policía que era un ladrón y me meterían en la cárcel. Me fui. Dormía en la calle, en la estación

de tren. Encontré más trabajos. Siempre había donde trabajar. Pero siempre había alguien queriendo aprovecharse de mí.

—El día que llegué a Delhi —dice Ajay—, unos tipos me dieron una paliza. Me lo robaron todo.

Se queda callado.

—No te lo robaron todo —dice Prem.

Silencio.

—Solo conocía un sitio adonde ir. Un sitio donde me habían prometido que me darían trabajo.

—¿Y?

—Fui.

—¿Y luego?

—Les serví.

Obedecer. Servir. Recibir a cambio protección, un rumbo, puede que, al final, incluso amor. «Tranquilo, me ocuparé de ti», había dicho Sunny. Podría haber sido todo tan fácil. Podría haber existido un mundo en el que esas palabras le habrían parecido sinceras, lo habrían consolado, le habrían ofrecido esperanza, algo en lo que creer. Un mundo donde solo habría habido obligaciones, donde no habría sentido la necesidad de aliviar la comezón de encontrar su hogar. Qué sencillo habría sido. La lealtad, indiscutible. El deseo de complacer. Sunny habría dicho: «Tú cargarás con la culpa. Tranquilo, me ocuparé de ti». Y Ajay habría dicho que sí a todo.

Pero había tenido que aliviar esa comezón que siempre había estado ahí. ¿Qué lo había motivado? ¿Ver a Neda y a Sunny enamorados? Recuerda ese día que se adentró en el mar, solo, en Goa, antes de que lo echaran. ¿Cuántas veces había estado a punto de desmoronarse? ¿Cómo había podido resistir tanto tiempo?

¿Quién eres?

Se repite sin parar.

¿Quién eres?
Ajay Wadia. El chico de Sunny.
Leal.
Dispuesto a servir.
Una y otra vez.
Prefiere no pensar en ello.
Prefiere estar aquí.
Un asesino VIP.
La idea le sorprende.
¿De verdad es así?

¿Cuándo dejó de ser quien era?
Se devana los sesos.
Regresa a otras habitaciones. La del Palace Grande. Justo después de haber matado a Vipin Tyagi y a sus hombres. Esperando que alguien llame a su puerta. Esperando que la tiren abajo. Pistola en mano. Esperando la muerte. Y, cuando esta no acudió, él salió a su encuentro. Sí, ese fue el fin. Quería morir. Sí. Está muerto en vida.

Sigue abrazando a Prem mucho después de que Prem haya caído en un sueño aplastante.
Le toca el delicado y maltrecho rostro con esas manos que un día fueron bellas. La inflamación del labio partido, la mandíbula grotescamente hinchada. Le pasa los dedos por el pelo, oscuro por la sangre, pegado a la cabeza. No recuerda haber sentido nunca esa intimidad con otro ser humano, salvo cuando se disponía a matarlo o impedía que lo mataran. Le castañetean los dientes. No quiere dejarse ir.
Deja ir a Prem.
Se levanta y comprueba si Sikandar sigue vivo.
Luego empieza a barrer.

Ha limpiado la celda y colocado el televisor roto en el rincón.
Está preparando chai y roti en el hornillo.
Sikandar se despierta con un respingo, dando un grito ahogado, se incorpora como un monstruo de los cuentos y mira la botella

que tiene en la mano.

Ve a Prem, magullado, destrozado, ovillado en el sueño de las drogas.

Y a Ajay junto al hornillo.

Ajay lo mira y retoma lo que estaba haciendo.

Espera.

Lo espera.

—Menuda noche… —gime Sikandar.

Se frota el bulto de la cabeza.

Mira el maltrecho televisor.

Empieza a recordar.

Se acerca a Prem.

Mira a Ajay.

—Mujeres —dice con tristeza—. Son todas iguales.

Envían a Prem a la enfermería.

Sikandar se queda en la celda, malhumorado.

Le llevan otro televisor. Se pasa todo el día delante de él.

No lo recuerda todo, pero sí el nombre.

Prem permanece una semana en la enfermería.

A Sikandar le llegan noticias: Karan ha ido a visitarlo.

Karan ha pagado varias veces a los guardias.

Para visitar a Prem.

Le sostiene la mano junto a la cama.

Karan.

Sikandar sabe que lo han traicionado.

Quiere romper lazos con la banda de los Sissodia.

Pero Satya dice que no puede.

Prem vuelve al cabo de una semana.

Regresa a su colchón en silencio, con la nariz rota, sin maquillaje, vestido de hombre.

Sikandar no le presta atención, sigue mirando la tele.

Prem se pinta los labios, se aplica kohl en los ojos y se agacha a los pies de Sikandar.

Sikandar lo aparta de un empujón.

—No. No eres Khushboo —dice, como si acabara de descubrir la verdad.

Al día siguiente anuncia que está divorciado. No tiene esposa.

Y Prem está en venta.

3

Un diputado de la Asamblea Legislativa de U. P., Charanjit Kumar, les hace una visita. Va a llevar a cabo una inspección. Kumar pertenece al partido de Ram Singh, que en esos momentos está en el poder. Es hora de que todo el mundo dé la impresión de estar ocupado. Apuntan a Ajay a una clase de dibujo a la que nunca ha asistido, para llenar el cupo, para parecer productivos. El alcaide les ha dicho: «Es una clase de plástica, dibujad algo bonito, enseñádselo a nuestro invitado, todo irá bien». Los presos siguen las indicaciones del profesor. Dibujan bodegones, flores, fruta de plástico. Luego les dicen que lo hagan de memoria, cosa que parece agradarles. Dibujan retratos de sus madres, hermanos, familias. Árboles, campos y ríos. Ajay está allí con el cuaderno en la mano, el lápiz sobre el papel, y no dibuja nada.

4

Kumar, el diputado, queda impresionado. La cárcel es ejemplar. Funciona a un nivel al que ni aspiran las cárceles occidentales. Lo dice para las cámaras. Se ha hecho acompañar de un fotógrafo, un periodista. Al final de la visita, el diputado solicita hablar con algunos presos a solas, para conocer su opinión sincera. Los escogen al azar. Las entrevistas se llevan a cabo en una oficina de administración. Ajay se encuentra entre los elegidos. Durante su turno, Kumar le hace unas cuantas preguntas banales, que Ajay responde con monosílabos. Despide a Ajay y llama al siguiente preso. Pero, de camino a la puerta, añade: «Vicky te envía recuerdos».

5

Ajay siente que le fallan las piernas.

Fuera de la oficina, el ayudante de Kumar se lleva a Ajay aparte.

—A nuestro común amigo le gustaría que te ocuparas de algo.

Le desliza un papel. Le dice que lo lea.

Pone: «Karan-Sissodia».

El ayudante recupera el papel.

—Ya sabes por qué estás aquí.

El mundo se tambalea.

Regresa a su celda.

Creía que allí estaba a salvo.

Nunca ha estado a salvo.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunta Sikandar.

¿Sikandar tiene algo que ver en el asunto?

¿O Prem?

¿O todos?

Es imposible que se trate de una coincidencia. Tiene la sensación de que lo controlan, de que le leen la mente, de que lo observan a todas horas. De que Vicky Wadia ha tramado un plan elaborado.

No ha accedido a ir a la cárcel solo por lealtad. También por miedo. Miedo de lo que pudiera hacer Vicky. De lo que pudiera obligarle a hacer. Espiar a Sunny… ¿y qué más? Hacer daño a su familia. Creía que en la cárcel estaría a salvo. ¿Cómo ha podido ser tan ingenuo?

¿Tiene que hacerlo?

No puede ni planteárselo.

¿No hay otra manera? Quizá si hablara con alguien, piensa. Pero se detiene. ¿Hablar con quién? ¿Con Sunny? ¿Para decirle qué? Sunny es tan inalcanzable como el sol o la luna. Sunny, del que lo sabía todo, ya no existe.

6

Karan hace una oferta por Prem. Veinte mil rupias.

Dile, le ordena Sikandar a Ajay, que no es suficiente.

Ve a decírselo. Haz tu ronda, pasa por su celda y díselo.

Es la primera vez que está cara a cara con Karan. Tiene una presencia tranquilizadora, paz en la mirada, una sonrisa amable. Hace salir a sus compañeros de celda. Le dice a Ajay que veinte mil es un buen precio.

—El precio está bien para los demás —le informa Ajay—, pero no para ti.

Lleva una cuchilla de afeitar en el bolsillo. Ve el latido de la sangre en el cuello de Karan.

Lo mira a los ojos.

Podría hacerlo en ese mismo instante, podría someterlo.

Pero Ajay empezaría una guerra.

Y, con toda seguridad, acabaría muerto.

—Cincuenta mil —dice Karan—. Es más que justo, teniendo en cuenta el daño sufrido.

Ajay asiente. Informará a Sikandar.

Vacila.

Se pregunta de dónde procede la calma de Karan.

Se pregunta qué secreto oculta.

—¿Qué? —dice Karan.

—¿Por qué tanto interés por Prem? —pregunta Ajay desde la puerta de la celda.

—Porque le quiero.

Informa de la contraoferta. Sikandar ríe.

—¿Oyes eso, Prem? ¡Te quiere! Vaya chasco que va a llevarse.

Sikandar le dice a Ajay que haga sudar a Karan. No le des una respuesta aún.

Ninguna respuesta de momento. Karan sigue vivo. Llega una carta para Ajay. Se la llevan a la celda. No tiene remitente, es un simple sobre en blanco. El guardia le hace una seña para que se acerque a los barrotes. No hay ninguna nota. Solo una foto. Una mujer de veintitantos años tumbada en la cama de una habitación diminuta, limpia y ordenada a pesar de la miseria, con un

pequeño altar sobre una mesa que hay junto a la cama y una foto de una cascada clavada en la pared. Es un prostíbulo. La mujer lleva un sari de flores, pero tiene los pechos al descubierto. Se ve a un hombre en una esquina de la foto, al pie del camastro, abrazado a las piernas de la joven con aspecto de borracho. A pesar de los años que han pasado, Ajay la reconoce.

Hema.

—Arrey, chutiya, ¿qué es eso?

Hema, su hermana.

Sikandar le arranca la foto de las manos.

Le basta un vistazo para recuperar su carisma. Silba entre sus feos dientes y se ríe.

—Mira a esta puta. ¿Está esperándote fuera? Así que al final no eres un eunuco. Aunque te digo algo: no creo que siga esperándote. ¡Ya tiene una polla con la que pasar el rato!

Ajay trata de recuperar la foto, pero Sikandar lo aparta de un empujón y suelta su desagradable risotada.

—Deja que la mire bien. —Le da la vuelta a la foto—. ¿Y esto qué es?

*Lee en voz alta lo que hay escrito: «*HAZ LO QUE SE TE HA DICHO*».*

Ajay no puede soportarlo más. Se lanza contra Sikandar, da un salto y lo agarra por el brazo, le retuerce la muñeca, intenta arrancarle la foto de los dedos. Le propina un rodillazo en el pecho. Sikandar no piensa tolerarlo. Con la mano libre y su fuerza prodigiosa, ase a Ajay por el cuello y lo lanza por los aires. Se planta frente a él con mirada colérica.

—Eres un protegido, así que no puedo matarte. Pero a mí nadie me pone la mano encima. Y tú aún tienes que hacer lo que se te ha dicho.

Dos

Londres, 2006

Siempre había soñado con vivir en el extranjero.

Nunca había querido hacer lo que le decían los demás.

—Neda —le llamó la atención su profesor.

Ya estaba otra vez pensando en las musarañas.

—¿Te estamos aburriendo?

Es estadounidense, joven aún, le gusta salir a tomar algo con sus estudiantes, estar de colegueo con ellos.

Pero Neda es un muro impenetrable.

—No, señor.

Es el segundo cuatrimestre de su segundo año.

Un grado en Antropología Social en la London School of Economics.

Es una alumna de sobresaliente, casi siempre.

El profesor actúa para su público.

—¿Así que el que te aburre soy solo yo?

Un estallido de risas, pero no de Neda.

El profesor vuelve a la pizarra.

—¿Qué tal una buena noche de descanso? ¿Menos salir de fiesta con chicos y esas cosas?

Le recuerda a Dean.

—No salgo de fiesta con chicos.

Ahora las risas son a su costa: de todos los alumnos del curso, ella es la menos proclive a salir de fiesta con nadie.

Sí, siempre había soñado con vivir en el extranjero, con tener su propio apartamento, una vida interior rica y estimulante, líos amorosos complicados, amigos de verdad con quienes poder compartir sus secretos. Algo que contar cuando escribiese a casa. Una casa desde la que escribir a casa, en definitiva.

No aquello.

Sale al pasillo, con la cabeza baja, con el pelo tapándole la cara y los libros formando una barricada delante de su pecho.

Ni siquiera sabe por qué sigue allí.

Imagina que, cuando llegue el momento, lo dejará.

Saldrá por la puerta el día antes de los exámenes y no volverá nunca más.

No es que importe.

No es que el dinero importe tampoco.

Cada día, en el HSBC, comprueba su cuenta bancaria para ver si siguen allí.

Siempre siguen allí. Las cien mil libras.

Haga lo que haga, 99.878 libras se convierten en 100.000; 96.300 se convierten en 100.000.

Haga lo que haga, gaste lo que gaste, ahí está, la misma cantidad redondeada con una precisión implacable.

Como si él estuviera mofándose de ella.

Una vez, Neda contraatacó haciendo un donativo de veinte mil libras a una organización benéfica.

Al día siguiente, su saldo volvía a ser de cien mil libras.

Ahora, su manera de mofarse de él consiste en no gastar ni un penique.

Sale del campus y enfila Southampton Row en dirección al bar que hay detrás de Holborn, donde sirven vodka polaco. No hay mucha gente a la hora del almuerzo, a los ejecutivos les gusta ir y ponerse ciegos por la tarde después del trabajo. Se sienta en su sitio habitual, de espaldas a la pared, de cara a la puerta. Pide *śledź*, media pinta de Żywiec, un chupito de Chopin. Su único capricho. Lo mismo todos los días. Come en un silencio mecánico, se bebe la cerveza a sorbos, se guarda el vodka para el final. Nunca pide nada más. Para cualquiera que la observe desde fuera, sigue una disciplina excéntrica.

Tan inveterada es ya esa costumbre que el dueño del bar ya

sabe que debe llevarle la cuenta cuando esté bebiéndose el vodka. Como ese día, que se la entrega con su sonrisa discreta y comprensiva.

Pero ese día ella hace algo inesperado.

Se pide otro Chopin.

El rostro del hombre deja traslucir su leve sorpresa.

—¿Una celebración? —le pregunta.

—Sí —contesta ella—. Es un aniversario.

Llegó a Londres en abril de 2004, tras salir catapultada del siniestro total de su vida en Delhi, lanzándose en paracaídas hacia aquella nada dorada. La misma nada a la que olía el aire. La cosa habría tenido su gracia, de no ser porque estaba edificada sobre los cimientos de la muerte.

Llegó en abril de 2004, pero hoy es 24 de febrero, dos años después del día en que su vida cambió irrevocablemente. En esos dos años ha logrado, más o menos, mantenerse a flote, conservar la pátina de una vida estable y respetable. Lo ha conseguido a través de una forma de abnegación, no solo económica, sino también espiritual. Sin embargo, ese día lo tira todo por la ventana. Ese día, el 24 de febrero, es el día para practicar eso llamado nasha, para olvidar recurriendo al estado de embriaguez más absoluto.

Le sirve el chupito. Sin tocarlo, Neda levanta la vista.

—Quiero dos más.

El alcohol circula por sus venas.

La vacilación de él, su curiosidad, su preocupación incluso se topan con la fría desolación de la mirada de ella.

Y entonces él asiente con la cabeza. Comprende algo en ese instante.

Está tan claro como cuando alguien llora en una iglesia.

Cuando le sirve los chupitos, Neda los desliza con actitud ceremoniosa hacia los asientos vacíos de su mesa, a su

derecha y a su izquierda.

Levanta el vaso y reza una oración en voz baja.

En comunión con sus fantasmas.

Es la una y media de la tarde. Un día gris, un día de paraguas y de faros encendidos. Las nubes oscurecen los tejados de los edificios. La lluvia forma remolinos como una cometa danzarina. Deja un billete de cincuenta libras en la mesa, sale a la calle. Saca cuatrocientas libras más del cajero.

Hay un trecho muy corto hasta el Princess Louise. Entra por el lateral, acerca un taburete de uno de los recargados cubículos de madera que dan a la barra, pide una pinta de Alpine, apoya el hombro en la vidriera. Nadie la mira. Nadie habla con ella. Y si lo hicieran, si le preguntaran qué está leyendo, les enseñaría una copia impresa del último artículo de Dean: «Recordar a los olvidados: las muertes solitarias de cinco sintecho y las vidas que dejaron atrás», y la conversación se acabaría ahí.

Aunque en realidad no está leyéndolo.

Por el contrario, su mirada se ha quedado detenida en el pie de autor de Dean, en su nombre, bajo la cabecera de la revista de segunda fila a la que se ha visto relegado, aunque él nunca admitiría esa irrebatible puntualización, nunca admitiría que tiró una prometedora carrera por la borda por unos principios, unos escrúpulos, una «brújula moral».

Él diría que tenía un compromiso con la verdad.

En los e-mails a los que ella nunca contesta, sostiene que Neda también podría adquirir el mismo compromiso. En los e-mails a los que ella nunca contesta, le dice: «Parece que has encontrado tu sitio».

Pero ella no es leal. Ni siquiera a su percepción de sí misma, eso que, tras un minucioso análisis, le ha sido diagnosticado como la causa de todos sus males. Así que en esos dos años ha encontrado el equilibrio abrazándose a la nada, a un vacío radical. Se esfuerza mucho por mantener ese

caparazón anodino. Siempre se asegura de atenerse a los hechos y nada más.

Han sido dos años muy duros. Los primeros meses fueron los peores. A la deriva, sin rumbo, destrozada. Con un hijo en camino. Se emborrachaba hasta perder el sentido. Ahora no le gusta pensar en aquellos meses. Consigue bloquear esos recuerdos, pero vuelven cuando bebe. Y ese día, 24 de febrero, bebe.

A las cuatro de la tarde ya ha oscurecido. Sale del Princess Louise con cuatro pintas en el cuerpo, cruza los charcos y camina bajo las farolas, atraviesa la calle y entra en el recinto del British Museum, deja atrás las hordas de turistas, los hot dogs y las castañas asadas, se abre paso entre la muchedumbre de la plaza cubierta de Great Court, se dirige a la parte de atrás, baja las escaleras que hay más allá de la antigua copia del Corán y sale por Senate House. Dobla a la izquierda en dirección a Tottenham Court Road, tuerce dos veces a mano derecha y enfila el callejón hasta el Bradley's. Al llegar al bar, baja al sótano, donde reina el olor a cerveza concentrada y a orina, y escucha la música de la jukebox mientras se echa al gaznate una pinta de cerveza española. Se está pasando de la raya. Invitando a la conversación. Luchando consigo misma. ¿Por qué lo hace? En cuanto llega, ya quiere marcharse.

En esos dos años, caminar le ha hecho mantener su frágil estabilidad. Caminar con su discman en la palma de la mano, escuchando los CD que se había traído de casa. Bjork. Talvin Singh. Nusrat Fateh Ali Khan. Andar sin rumbo fijo, hasta Hampstead Heath, Golders Green, a las afueras de la ciudad hasta que ya no puede más. Al este hacia Old Street, Bethnal Green, Hackney, Clapton, Lee Valley, hasta que ya no puede más. Cuando no está estudiando, está caminando. Mientras camine, no estará ahogándose.

Dios, cómo echa de menos Delhi… Echa de menos el roti y los encurtidos y la cuajada bajo el sol invernal. Las chicas prodigándole toda clase de mimos y atenciones en salones de belleza minúsculos y sin ventanas. Los golgappas del Khan Market. Las muchedumbres de gente en Old Delhi. Las mazorcas de maíz en el arcén de la carretera, aliñadas con guindilla, chaat masala y limón. Echa tanto de menos a su padre que le dan ganas de llorar solo de pensar en él. Echa de menos a su madre. Pero apenas hablan. No les responde al teléfono, no consiente que vayan a visitarla. Que vaya ella allí está totalmente descartado. Ha cortado todos sus vínculos. Ha accedido a irse al exilio. «No entiendo qué te ha pasado —le escribe su madre—. No sé qué es lo que ha cambiado. Tal vez siempre has sido así. Le has hecho muchísimo daño a tu padre. Le has roto el corazón, cariño mío».

Dean había estado en su casa. Le había escrito y se lo había dicho. «No pienso tirar la toalla», le escribió. ¿Qué les habría dicho a sus padres? ¿Qué les habría pedido? ¿De dónde creían ellos que salía el dinero?

Tal vez, un buen día, se levantará y desaparecerá. Se irá andando a algún sitio. Irá caminando a Edimburgo, ¿por qué no? Se llevará la tarjeta de crédito, una mochila, un buen par de botas de senderismo y caminará. Irá andando de posada en posada, como se hacía antes. ¿Por qué no? Subirá a las Highlands. Encontrará un refugio en la montaña. Vivirá en una cabaña junto a un lago. No volverá a hablar nunca más con nadie. ¿Por qué no?

Se balancea levemente, con los ojos cerrados. Un tipo está gritándole al oído. Bradley's. La jukebox, el sudor de los cuerpos invernales en el espacio cerrado. Le ha preguntado de dónde era y ella ha cometido el error de decirle la verdad. Eso imagina él. De allí o de Israel. Le enseña la pulsera de madera de sándalo comprada en Dharamsala. Estuvo allí hace

dos años. Y en Goa.

—¿Tú has estado? ¡Allí me leí el *Bhagavad Gita*!

—Qué bien, me alegro por ti.

—Una vez que has estado en la India —grita—, nunca más vuelves a ser el mismo. Se te mete debajo de la piel.

No me digas.

Él asiente con la cabeza.

—¡Y la filosofía! Es muchísimo más profunda. «La conciencia se conoce a sí misma», eso lo dijo Krishnamurti, ¿verdad?

—Tendrías que preguntárselo a él.

—Eres muy graciosa.

Se pone un cigarrillo en los labios.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dice ella.

—Claro.

—¿Qué sabes tú de las danzas del árbol de mayo en las fiestas mayales?

—¿Cómo dices?

—Las danzas del árbol de mayo.

Él se queda pensando un momento, frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Nada.

Ella se enciende el cigarrillo.

—Entonces ¿qué coño voy a saber yo sobre Krishnamurti?

Durante un breve instante, fuera, en la calle, exhalando humo bajo el frío y la lluvia, disfruta de haberle contestado con tan mala leche.

Al menos es un sentimiento.

Como los que tenía antes. Como su antiguo yo.

Antes era muy respondona.

Antes era, a falta de una expresión mejor, una mujer «sin pelos en la lengua».

Es peligroso recordar eso. Aquella euforia. Frívola. Antes podía llegar a ser tan frívola… Sería muy fácil volver a ser frívola. Lo que más teme es la alegría.

Intenta no pensar en él ni en el tiempo que pasaron juntos,

ni si algo de todo aquello pudo llegar a calificarse como alegre.

Le dan ganas de decir: Ojalá te mueras.

Que te mueras desahuciado por un cáncer. Que pilles el ébola y te desangres hasta por los ojos. Que saltes hecho pedazos por los aires en un atentado terrorista. O que te mueras completamente solo.

Le escribió varios e-mails que no llegó a enviarle nunca.

Chilló y lloró de desesperación esos cuatro primeros meses.

Comprobaba su correo electrónico todos los días, esperando, con miedo. Exigía algo de él, lo que fuese. Una carta, una llamada telefónica. Algo. Ensayaba lo que le diría cuando la llamase, ensayaba la réplica y la contrarréplica. Pero ¿quién era ella para andarse con exigencias, o para esperar que las cumpliese? ¿Quién era ella? Él nunca le escribió. Nunca la llamó. Solo hubo silencio y aquel dinero en su cuenta bancaria, que el representante del padre de él, el hombre que se hacía llamar Chandra, dispuso que recibiera.

El bar del hotel Dukes. El lugar al que Chandra la llevó la noche en que ambos aterrizaron procedentes de Delhi, cuando ella aún seguía aturdida y en shock y el dolor no se había asentado todavía, cuando creía ingenuamente que podía volver a empezar. El alegre y paternalista Chandra. ¿Acaso no había pedido ella aquello? ¿No había sido todo idea suya? ¡No, no, no!

Neda llora en el taxi. Su mente está envuelta en una nebulosa. Ya no puede sacar nada en claro de aquellos días, había dejado de intentarlo, los había enterrado, y ahora, al excavar, alguien ha saqueado los restos.

—¿Estás bien, guapa? —pregunta el taxista.

Ella asiente y se seca las lágrimas. Adopta su gesto impasible. Recobra la compostura. Paran en la puerta del hotel Dukes. Estaré bien. Hoy todavía no se ha pintado la raya con lápiz de ojos. Por la mañana se vistió con una camisa bonita, pantalones negros, botas negras y un largo abrigo negro porque sabía que por la noche iba a ir allí. Se dirige al mostrador y, con la voz desprovista de emoción, dice que quiere una habitación, la mejor que tengan disponible, y

mesa para una persona, en el bar, para una hora más tarde. Desliza su tarjeta American Express.

Vomita en la habitación. Llora y grita hincándose de rodillas en el suelo, se da un golpe con el puño en la palma de la otra mano, se hace un ovillo en el suelo y luego se mete en la ducha y se frota a conciencia. Vuelve a vestirse despacio. Saca el lápiz de ojos de su bolsa y se pinta la raya. Traza círculos oscuros alrededor de los ojos. A continuación saca la coca que ha estado guardando durante meses, entra en el dormitorio y se corta una raya. Si pudieran verla en ese instante sus compañeros de clase. Si supieran de la misa la media…

En el bar se sienta a su mesa, pide un martini Dukes.

Se enciende un cigarrillo.

Mira a los dos ejecutivos de mediana edad que están mirándola.

Le sirven el martini frío como el hielo.

No cambia nada.

Deja el hotel a la una de la mañana. En recepción dice que ha cambiado de planes. ¿Por qué haces esto?, se pregunta a sí misma en el taxi de vuelta a casa.

Su apartamento está en Angel. Un complejo residencial lujoso y moderno. De nueva construcción. No lo eligió ella. Vive en la sexta planta. Un piso de un solo dormitorio con la cocina abierta al salón, todo cristal y metal y el olor a tapicería nuevecita. Está rodeada de abogados júnior, banqueros de inversión, jóvenes profesionales anónimos. A veces coincide con ellos en el ascensor. Huelen a ducha después del gimnasio. Cuando entra, arroja las llaves a la encimera de la cocina, saca una botella de vodka del congelador, se prepara otra raya. La habitación resplandece con un brillo azul y solitario en la noche.

Oye el ruido de la puerta de un coche al abrirse abajo, en la calle. Casi oye incluso la luz que se derrama desde el interior, huele las risas. Son las dos y veinte de la mañana. Está lloviznando. Unos pájaros cantan en las farolas. La acera huele a lluvia. Las voces de abajo se abren paso a través de la oscuridad, retumban en los edificios. Permanece en el balcón, mirando. La portezuela se cierra de golpe y el coche arranca y se va; ella se queda a solas con el repiqueteo de los tacones y con su propia respiración de nuevo. Vuelve a la mesa de la sala de estar. Saca su Zippo de Vietnam del cajón. Lee la inscripción: «Treinta y cinco bajas enemigas. Si te ha tocado recuperar mi cadáver, jódete».

Se enciende el cigarrillo con él.

—Qué entrañable.

A veces cree que le han puesto una cámara en el apartamento. La ha buscado, pero nunca ha encontrado nada. Ahora se lo plantea con la misma filosofía e indiferencia que empleaba con los dioses y la masturbación. Aunque la vean, ¿qué más da?

Pero, cuando se trata del portátil, siempre tapa la webcam con un trozo de cinta adhesiva. Siempre activa la VPN. Mira fijamente la pantalla. Se enciende otro cigarrillo. Otra raya cortada con cuidado. Abre su cuenta de Gmail, le da al botón de redactar mensaje.

Vale, Dean. Tú ganas.

Luego deja de escribir.

No puede evitarlo.

Abre otra pestaña en el navegador.

Cierra los ojos.

Respira hondo.

Los abre.

Y lo busca en Google.

Nueva Delhi, 2003
NEDA

1

Sunny Wadia.

Llevaba oyendo el nombre un tiempo. Que si Sunny esto, que si Sunny lo otro… Historias inverosímiles que circulaban por las venas y las arterias de la ciudad, hasta que el propio Sunny parecía la ciudad en sí.

Era marchante de arte, organizador de fiestas y eventos, alguien importante en el mundo de la restauración, un agitador. Era el hijo de un multimillonario de los Estados Unidos. O él mismo un millonario de empresas puntocom. Nadie parecía saberlo con seguridad. Pero él era la vanguardia, el arquitecto, el santo patrón, siempre entre bambalinas cuando sucedía cualquier cosa novedosa o estimulante o extraña. Y ella era una reportera júnior en la sección de noticias locales del *Delhi Post*. Aunque para ello tuviese que escaquearse de sus tareas oficiales, decidió ponerse a investigarlo por su cuenta y riesgo.

Pero este no era el motivo por el que estaba allí en ese momento, sentada en círculo con su antiguo compañero del colegio, Hari, en una azotea medio ruinosa de South Extension, una luminosa noche de abril.

Había llamado a Hari después de un año sin saber de él, una llamada en la que el «cuánto tiempo sin vernos» era literal. Había leído un artículo sobre él en el suplemento cultural de otro periódico y al principio ni siquiera lo había reconocido: en la fotografía impresa con mala calidad de la esquina superior derecha aparecía un facsímil sonriente de un tipo al que en otra época de su vida había llegado a conocer al dedillo. Solo que ahora vestía una camiseta desteñida y doblaba los codos sobre unos platos Technics en los que tenía

colocadas las manos borrosas. Y un nombre de DJ tras el que ocultarse:

WhoDini.

Examinó la tinta un poco más de cerca. Estaba sentada en su viejo Maruti, dando una calada tras otra a su cigarrillo.

—Joder, no me lo puedo creer…

El tímido, el empollón de Hari estaba transformado por completo, igual que todo el mundo en la ciudad parecía estar transformándose últimamente. Todo el mundo menos ella. Le envió un mensaje a su viejo número de móvil pensando que también se lo habría cambiado, pero él le respondió de inmediato, el mismo Hari de siempre, entusiasta y cortés, más que dispuesto a quedar con ella, incluso quería invitarla a cenar esa noche (cosa que era una novedad), pero no hasta después de pasarse a buscar un poco de hachís.

—Solo serán cinco minutos —le prometió mientras Neda se subía al asiento del pasajero del Esteem de Hari, delante de la puerta del trabajo—. Es un tipo que me debe un montón de favores.

De eso hacía casi dos horas.

Ahora ahí estaban, en la azotea. Ella, Hari y un grupo de porretas a los que no conocía de nada.

Mientras el calor completamente seco del Primer Verano en Delhi se desmenuzaba en un profundo azul astral.

Iba ya tan colocada que cerró los ojos y todas las voces se fundieron en una sola.

Y ahí estaba él otra vez.

Sunny.

El nombre.

—Tíos, ¿os habéis enterado de lo de la fiesta de Sunny? Hizo que le mandaran cinco mil dólares de caviar de Irán.

—Que no, tío. Era ternera wagyu de Japón. En un jet privado. Veinte mil dólares de ternera. De locos.

—¿Tú estabas?

—¿Cuánto te dan por veinte mil dólares? ¿Eso es una vaca entera?

—¿Tú estabas?

—¿Trajeron a una vaca en avión?

—Ja, ja, tío, cállate.

—Sí, atada por debajo del jet, la asaron por el camino.

—Ja, ja, ja, ja.

—Imaginaos a la vaca con una mochila propulsora.

—Pero, tío, ¿estabas allí?

—No hables del tema ese de la vaca muy alto, colega, que el señor Gupta te va a oír.

Neda se quedó mirando sus caras.

¿Quiénes eran aquellos tipos?

—He oído que una vez fueron a Leh en un helicóptero privado, aterrizaron en un monasterio y montaron una rave. Los monjes aún estaban dentro. Llevaban máscaras de oxígeno y toda la pesca.

—Menuda gilipollez. No hace falta máscara de oxígeno.

—¡Seguro que era óxido de nitrógeno!

—Ya sabéis que creció en Dubái.

—Ni de coña.

—Su madre es una actriz famosa.

—Ja, ja.

—¿A que no sabéis cuál?

—Tu madre.

—No, cállate. Vosotros miradle a los ojos y sabréis quién es su madre.

—Yo conozco a tu madre.

—Oooh.

—Tiene un tigre en el baño.

—Pero si ni siquiera sabes qué cara tiene.

—¡Ja! Eso sí que es bueno. Pero ¿se puede saber qué te fumas, tío?

—Lo mismo que tú, capullo.

Fueron pasándose la chillum, manchando la gasa, quemando la noche.

Cuando le llegó a Neda, se incorporó y preguntó:

—Pero ¿quién es Sunny?

—Tío —dijo una voz—, creía que era periodista.

Neda se sacó un paquete de Classic Mild del bolso y alargó el brazo para coger las cerillas del centro del corro.

—Cubre noticias de verdad —dijo Hari—. Crímenes y esas movidas.

—No escribo sobre cuentos de hadas ni mitos. —Se colocó

el cigarrillo en la boca despacio. Prendió la cerilla y la vio arder recortada contra el calor del cielo.

—No leo las noticias —soltó otro—. Las noticias de verdad no están ahí.

Ella se echó a reír.

—Y que lo digas.

Acto seguido, se encendió el cigarrillo, se recostó hacia atrás en el puf relleno de bolitas, sacudió la cerilla en el aire, observando la brasa encendida del cigarrillo y el cielo en lo alto, las cometas trazando círculos en las corrientes de aire, los aviones siempre aterrizando en la distancia, el rítmico tintineo de las campanillas en algún templo cercano, la llamada a la oración de las innumerables mezquitas cruzando el inminente cielo nocturno. Amaba su ciudad.

—No es culpa suya —oyó decir a Hari—. Un chutiya la obliga a matarse a trabajar todas las horas del día. Ya no la veo nunca.

—¿Qué chutiya?

—Un tal Dean.

—¿Quién es Dean?

—Su jefe.

—No es mi jefe —se oyó decir a sí misma.

—Huy, perdón —dijo Hari sarcásticamente—: su «mentor».

—¿Quieres decir que se lo está follando?

—Que no, tío, no se lo está follando.

—¿Cómo lo sabes?

—No me lo estoy follando —dijo ella.

—¿Es un gora?

—No, es de Bombay. De Bandra.

Cerró los ojos con fuerza, y dejó que todo le resbalara.

—No me lo estoy follando —repitió—. No follo con nadie —luego añadió—: Hoy no, al menos.

¿Por qué dijo eso?

Porque sonaba como una tipa con onda. Siempre le ha gustado que los tíos piensen que es una tipa con onda.

Pero lo cierto es que sí había estado a punto de follárselo, ¿a que sí? O al menos se le había pasado por la cabeza. Era un partidazo, Dean R. Saldanha. Un buen chico católico y

apostólico de Bombay, un chico recto y honrado, nacido y criado en el selecto barrio de Mount Mary: «Si tiras una piedra desde la ventana de mi infancia, lo normal es que le des a un cerdo, a un cura o a un Pereira». Lo habían enviado a Nueva York a los trece años a vivir con su tía en Queens, para que acabara en la facultad de Periodismo de Columbia y, resumiendo, para que volviera a Bombay como un joven reportero estrella, un pelín demasiado ansioso. En su afán por demostrar su valía como periodista destapó un escándalo de corrupción urbanística en su antigua comunidad, en el seno de la archidiócesis. A su padre no le sentó nada bien. «¿Por qué no informas sobre cosas que importen de verdad?», le había dicho. Fue entonces cuando Dean supo que había llegado la hora de irse de allí.

Se fue a Delhi. El *Post* lo contrató en octubre de 2001. Se encontró a sí mismo desvaneciéndose en los intersticios de Delhi mientras el mundo se recuperaba del impacto del 11-S, obsesionándose con el suelo edificable, al que se refería como «la inestabilidad dinámica de la vida urbana marginal». Hablaba así. Hablaba de las tensiones entre las clases medias y los pobres urbanos, de los desahucios y las demoliciones de los barrios de chabolas, que se producían por todo alrededor y a la vista de todo el mundo. Hablaba desdeñosamente del *discourse de jour* neoliberal, el de la «ciudad global». Quería retratar aquella ciudad cambiante e inestable con palabras, quería inmortalizar las luchas diarias de sus habitantes. Tenía su propio despacho, escuchaba rock clásico con sus auriculares. El aire viciado del tabaco impregnaba el espacio. Vestía como un poeta en un partido de baloncesto, alto y desgarbado, con el pelo castaño y ensortijado. Enseguida consiguió los nombres y los números de todos los polis, los pillos y los matones importantes. Comía y bebía en los antros y las cantinas. Estableció contactos sólidos, desde el agente de patrulla más insignificante hasta las esferas más altas en la todopoderosa Dirección General de Policía. Y escribía como los ángeles. Tampoco era muy mayor, veintisiete años, para los veintidós de ella. Pues claro que acabarían follando algún día, ¿verdad? Solo que ella no tardó mucho en empezar a aburrirse mortalmente.

—No hagas caso a esos gilipollas —dijo Hari.

Habían dejado a la panda de fumadores de porros. Estaban bajando por la escalera interior del edificio, pasando por delante de las innumerables puertas decoradas con dioses, puertas que llevaban a hogares de clase media temerosos de Dios.

—La verdad es que casi no los conozco —dijo él.

—No pasa nada.

—Además —prosiguió—, no saben de lo que hablan.

Pasaron por delante de una puerta entreabierta. Dentro, los ventiladores del techo funcionaban a tanta velocidad que, por el ruido, parecía que fueran a salir volando y romper el tejado en cualquier momento. Se oían las voces atronadoras de un culebrón en el televisor, crepitantes y distorsionadas, con el volumen tan alto que hacían enmudecer el estruendo de los ventiladores. Había alguien friendo cebolla en alguna parte.

—Voy supercolocada —dijo— y me muero de hambre. ¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¿Un kebab?

—Vamos a pillar una Coca-Cola antes.

Recorrieron con el coche las amplias avenidas de la Delhi de Lutyens, fumando y bebiéndose a sorbos la Coca-Cola en botella de vidrio, rodeados del fuerte olor a plantas en flor y a hierba húmeda procedente de las rotondas de tráfico. Hari iba cambiando las canciones en el aparato de estéreo. El bajo sonaba grave y repetitivo contra el zumbido de la tanpura.

—Me alegro de que me hayas llamado —dijo él.

—Ya. —Ella lo miró y sonrió.

—El otro día pensé en ti —le dijo.

—¿Ah, sí?

Neda cerró los ojos.

Ojalá siguiera conduciendo y esa sensación de estar en paz con el mundo no acabara nunca.

—Desapareciste por completo —insistió Hari—. Al principio pensé que igual al final lo habías hecho, lo de irte a vivir al extranjero.

Neda le dio una larga calada al cigarrillo y frunció el ceño de manera imperceptible.

—No, he estado aquí. Es solo que en el trabajo… vamos muy a tope estos días.

—¿Ah, sí? ¿Te gusta?

—No he dicho eso.

—Siempre miro a ver si sale tu nombre.

Ella sonrió.

—Claro, me lo imagino. Eres un buen tipo.

Leal, quería decir. Como un cachorro.

—El tuyo siempre sale al lado del suyo.

—¿Mi nombre? ¿Al lado del de quién? ¿Te refieres a Dean?

—Dean H. Saldanha. Cobertura adicional: Neda Kapur.

Se encogió de hombros.

—Me tiene haciéndole el trabajo más pesado y aburrido.

Todo eso era verdad. Pero también era una aventura a veces. Como los meses felices que había estado trabajando de incógnito investigando un caso de corrupción en una serie de hoteles del ministerio de Turismo, regentados como si fueran reinos privados, con fiestas espléndidas para los altos funcionarios, familias de ministros que ocupaban alas enteras, coches y mobiliario del hotel que desaparecían de la noche a la mañana y se ponían a la venta, todo a costa del contribuyente. Le habían encantado el chismorreo y las intrigas de todo aquello. Y trabajar como infiltrada, fingir que era otra persona.

—¿Así que no estás con él?

—Hari. —Se incorporó en el asiento y lo miró arqueando las cejas—. ¿Me lo dices en serio?

—Ya —asintió—. A lo mejor no es tu tipo.

Neda se relajó.

—Es justo lo contrario a mi tipo.

—Me acuerdo de los tipos que te iban en el instituto. Capullos con cochazos grandes.

—Tú me conoces, Hari. Básicamente lo hacía para pasar el rato. —Se terminó la Coca-Cola—. Y ahora mira, todos se van

y me dejan aquí, ¿te das cuenta?

—¿Tus viejos colegas?

Enumeró con los dedos de la mano.

—Londres. Nueva York. Boston. Mánchester. Durham. Stanford. Ginebra. Uno de ellos está en Tokio incluso. Yo también había pensado ir allí para dar clases de inglés, pero… me he quedado atrapada aquí.

—Estás bastante jodida, ¿verdad?

Neda sacudió la ceniza del cigarrillo con unos golpecitos.

—Es que a veces no puedo más.

—¿Con?

Se encogió de hombros mientras veía pasar zumbando las farolas que flanqueaban la carretera.

—¿Es por tu padre? —preguntó Hari—. Me enteré de lo de su cáncer.

—Sí, no es ningún secreto.

—¿Y? ¿Estás muy agobiada?

—No. Ahora está bien. Y se ha vuelto de un relajado… Casi da miedo lo suave que está.

—¿Entonces?

—Pues que mi madre me pone de los nervios. —Sabía que estaba siendo injusta pero no podía evitarlo—. El dinero se acabó en mitad de la quimio de mi padre, todo el dinero. A ver, ya casi estábamos en la ruina antes de eso, cuando el negocio se fue a pique, ya sabes, pero el caso es que después no quedó nada de nada. Le dije a mi madre que vendiera la casa. Que la vendiera y punto, pero dijo que no, que es la casa la que nos mantiene unidos. Si hubiera vendido la casa, mi padre podría haber tenido acceso a una buena quimio de verdad y yo me habría podido ir a vivir fuera después. Todos podríamos haber hecho lo que queríamos, pero no, ella es la que no nos deja tirar adelante a ninguno.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Suspiró y se lavó las manos mentalmente, se volvió hacia él y sonrió de oreja a oreja—. Bueno, pero mírate tú, tan guapo y resplandeciente con esa ropa y ese nombre. WhoDini. El puto Hari WhoDini. ¿Se te ocurrió a ti solo?

—Tuve ayuda.

—Eres un artista del escapismo.

—No me va mal, no.

—Bueno, pues quiero una copia de este CD, firmado y todo.

—Dalo por hecho.

—Y un póster tuyo para la pared de mi habitación.

—Justo al ladito de Luke Perry.

—¡Ja! —Tiró la colilla por la ventanilla y vio estallar la punta sobre el tórrido asfalto—. Ese lo quité hace siglos.

La noche estaba impregnada del fuerte olor a jazmín.

—Oye, y… ¿estás saliendo con alguien?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—Algún lío de vez en cuando —dijo—. Con tipas que conozco en fiestas, básicamente.

—¡Míralo! —Se rio—. Quién te ha visto y quién te ve. «Tipas que conozco en fiestas», dice…

—Pero con nadie especial.

—Vale, casanova, ¿qué quieres decir con eso de especial?

—No sé. —Le entró la vergüenza—. Alguien que te espere en casa. Con quien comer comida china, delante de la tele.

—No sé si te estás quedando conmigo o no.

—No, hablo en serio.

—Joder, tío, me encantaría querer lo que tú quieres.

—¿Qué quieres tú?

—No tengo ni idea.

—Tú siempre estás mirando hacia otro sitio, ese es tu problema.

—Tal vez por eso me siento tan vieja.

Se echó a reír.

—Menuda drama queen. Tienes veintidós años. ¿Sabes lo que tendrías que hacer? Irte de casa. Buscarte un piso, vivir sola.

—Sí, tal vez. Pero entonces sería como si me comprometiera con Delhi.

—¿Y? ¿Qué tiene eso de malo? Es que no lo pillas, ¿verdad? No sabes todo lo que está ocurriendo. ¡Delhi es el lugar en el que hay que estar!

Hari empezó a describirle el proyecto artístico para el que lo habían fichado, una especie de happening en el interior de

una nave industrial en la periferia de Delhi. Iba a ser una fiesta abierta y superloca, como las que se hacían en Nueva York. No solo música…

—… una historia superbestia, todo gratis, comida, bebida, juegos, camas, platos preparados por chefs de verdad, barras de cócteles, hamacas, literas, paredes de grafitis, laser tag, autos de choque, todo una locura de la hostia, y secreta. El caso es que va un tío y se presenta en mi estudio, me estrecha la mano y me empieza a hablar de una sesión que pinché el año pasado, una en una casa de campo cerca de Jaipur. Y luego, ojo, no te lo pierdas, va y me suelta cien mil rupias en efectivo ahí mismo. Me las da así, como si nada. Me dice no sé qué de la buena fe. Quería que pinchase yo sí o sí.

—Suena genial.

La miró fijamente.

—Y ahora adivina cómo se llamaba el tipo.

Ella se quedó pensando un momento.

—No tengo ni idea.

—Venga, piensa. Empieza por ese.

—Aaah —dijo—. ¿El misterioso Sunny Wadia?

—El mismo.

—¿Así que tú sí lo conocías?

—Ya te he dicho que esos tipos no tenían ni puta idea de lo que hablaban.

—¡Ja! ¿Y cómo es?

—Es un tipazo.

—Pero ¿cuál es su historia? ¿Es de Estados Unidos?

—No.

—¿No es un millonario de internet?

—Qué va.

—¿Niño rico, hijo de político?

—Tampoco.

—¿Y entonces?

—Es simplemente… Sunny.

—Pero está forrado, ¿verdad?

—Su padre es empresario o algo así, sí. Pero no es ningún niño rico. Es…, no sé, diferente.

—¿De dónde es?

—De algún lugar de U. P. No lo dirías nunca. Es un tipo muy guay.

—¿Y a qué dices que se dedica su padre?

—No sé, ganadería. Fertilizantes, avicultura y mierdas de esas.

—Eso es mucha mierda. —Se encendió otro cigarrillo—. Esperaba algo un poco más romántico.

—Eres una esnob.

Neda se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué pasó con la fiesta?

—Que la poli nos la chapó antes siquiera de que empezara.

—¿Después de toda la movida?

—Sí. Vinieron y nos pillaron la primera noche. Querían detenernos.

—¿Pero…?

—Sunny hizo una llamada y no pasó nada.

—¿Los sobornó con fertilizante?

—Yo qué sé, tía, no tengo ni idea. No nos cachearon ni nada. Simplemente hizo una llamada y nos fuimos tan campantes. Cosa que estuvo bien, porque… llevábamos un montón de mierda encima. El caso es que luego nos fuimos todos a su casa, joder, tiene una casa de puta madre. Así que estábamos, no sé, diez, puede que veinte, ya sabes, el núcleo duro, los que lo habíamos estado organizando todo. Estábamos a tope con el subidón de habernos librado de aquello, nos pasamos de fiesta tres días seguidos igualmente. Pinché en su apartamento. Fue una locura. Dándolo todo. Perdí la noción del tiempo. Después de una cosa así, se crea un vínculo muy especial. Puso en marcha un sello discográfico. Dijo que lo haría, en plan lo que dice la gente cuando va ciega, pero, una semana después, el sello ya estaba funcionando. Va a sacar mis discos.

—¿Vas a comer comida china delante de la tele con él también?

—Cierra el pico. Lo que pasa es que estás celosa.

—Bueno, ¿y cuándo voy a conocer yo a este hombre?

—¿Adónde te crees que vamos ahora?

—¿En serio? —Empezó a mirarse en el espejo—. Tengo una pinta horrorosa.

—Sabes que no es verdad —dijo él.

Neda había crecido en su mundo de élites culturales, con padres que procedían de entornos académicos, «venidos a menos», «orgullosos». Familias cultas, con estudios superiores, que habían alcanzado cierto relieve en la época colonial. Tras la independencia, habían quedado bien situados. Siempre se necesitaban comillas para describirlos. Con términos como «carentes de liquidez». Ahora vivían en una «modesta» casa de cinco dormitorios en Malcha Marg, rodeada de árboles y de una verja, cerca del Parlamento, una dirección que apestaba a proximidad al poder.

Habían hecho fortuna con las exportaciones de telares de mano en la década de los ochenta del siglo XX, durante la Licencia Raj. Su éxito fue el resultado de una combinación de intelecto, refinamiento, ética del trabajo y la posibilidad de sortear por completo el laberinto de permisos para conseguir contratos exentos de aranceles a través de sus amigos bien relacionados.

Aun así, se habían mostrado genuinamente radicales en sus posturas políticas, manifestándose, montando barricadas y organizando actos de recaudación de fondos. La justicia era su máxima preocupación. Veían el dinero —nunca la riqueza — como una leve mácula de la que estaban ansiosos por desprenderse.

La verdadera riqueza residía en el conocimiento. Cuando, de pequeña, Neda invitaba a casa a sus amigos, hijos de nuevos ricos, su madre siempre se aseguraba de formularles la pregunta: «Decidme, ¿qué libro estáis leyendo?».

La verdadera riqueza residía en la acumulación de experiencia. Como evidenciaba la elegancia de su casa, con las higueras, las palmeras y los periquitos del parque; las descoloridas alfombras persas que cubrían el suelo de mármol; las obras de arte firmadas, regalos de amigos que, casualmente, ahora eran famosos. Casi todas las paredes estaban forradas de estanterías de libros cuyas raídas tripas desprendían perfumes nobles y amarillentos. La casa era un repositorio de la memoria. Un repositorio del conocimiento.

Una jaula para ella.

«Queremos que llegues a ser la mejor versión de ti misma», le decía su madre. «Queremos que seas feliz». Debería haber estado agradecida por la puntualización; desde luego, no era

algo muy habitual. Pero la felicidad tenía sus interpretaciones. Su madre lo habría aprobado si hubiese llevado a casa a un chico pobre y musulmán (no practicante) de su universidad. Pero ¿sentar a la mesa a un chico como Sunny Wadia? De eso ni hablar.

Hari entró en el aparcamiento de una galería comercial desierta.

—¿Dónde estamos?

—En Moti Bagh.

De pronto la reconoció, había pasado por delante con el coche montones de veces. Uno de esos mercados entre las barriadas. Por el día, tiendas que vendían objetos de plástico y artículos de mala calidad para el hogar. Por las noches, con todas las persianas echadas y cerradas, no se movía ni una hoja. El estéreo de Hari quedó apagado por una banda sonora de ladridos, cláxones distantes de los camiones de la carretera al aeropuerto, aviones que bajaban el tren de aterrizaje.

Hari la guio por el suelo de grava hacia la galería de tiendas, un cuadrado brutalista de cemento, bajo y de una sola planta, con un patio vacío, también de cemento, en el centro. Las malas hierbas crecían entre las grietas del suelo. Unas escaleras llevaban al nivel inferior, a la hilera subterránea de tiendas. Una bombilla solitaria colgaba sobre los peldaños.

Hari encendió un cigarrillo. El humo se elevaba por encima de la gruesa mata de su pelo. Ella aún iba muy colocada. Hari avanzaba a grandes zancadas, como un agente forestal en un bosque. El bienestar que le proporcionaba el estar dentro del coche la abandonó, diluyéndose en el cielo. Se sentía nerviosa. Más adelante se oían unas voces. Hari bajó saltando los escalones de cemento de dos en dos y desapareció de su vista al doblar la esquina. Aquel era su mundo, y ella era una extraña en él. Lo siguió, vio una tienda desamparada tras otra, cada una con un número pintado encima de la persiana bajada, en la entrada, y luego a Hari con los brazos abiertos, saludando a pleno pulmón. Uno de los escaparates no tenía la persiana echada y salía luz y música del interior. Al acercarse, descubrió la asombrosa recreación de una sala de estar

soviética, como si se tratara de la sección transversal de un bloque de apartamentos bombardeado. Una mesa alargada con un hule de plástico floreado. Papel pintado floreado. Una tele de Europa del Este encendida y colgada en lo alto de la pared. La mesa estaba llena de hombres y mujeres disfrutando de sus bebidas. Montones de bandejas de plástico, botellas de vodka y vasos de chupito. Generosas fuentes de carne estofada, ensalada de patata, boles de borscht. Y allí de pie, presidiendo la mesa, inclinado hacia delante, pegado al borde con los brazos, los ojos llameantes con todas las posibilidades que brinda la vida, el misterioso, el inmaculado Sunny Wadia.

—… Y escuchad, escuchad… Yo he estado allí, en Inglaterra, he visto esa «Cool Britannia». Oasis. Tony Blair. Dios salve a la maldita reina. Pero solo hay que rascar la superficie para ver que se está desintegrando, se está muriendo, no hay futuro en esa isla miserable. Lo mismo en Estados Unidos. ¿Creéis que la India es pobre? Pues id y daos una vuelta por Estados Unidos. No me lo creía. Mientras tanto, un mochilero se pasea por Paharganj lamentándose por nuestra pobreza, meneando la cabeza, compadeciéndose de nosotros, sacando fotos para enseñárselas a los de casa. Echa un vistazo a tu propio patio trasero. Estudia la historia de tu país, tío. Tú y los tuyos nos saqueasteis, nos lo quitasteis todo, nos robasteis nuestros tesoros. Ahora nos miráis y decís: «Sois tan espirituales, tenéis tanta sabiduría, sois tan sabios, sois tan… sencillos». Sí, somos sencillos, pedazo de cabrón. Y vamos a destruiros, sencillamente. No quieren que lo hagamos, no quieren que seamos fuertes, que tengamos coraje, inteligencia, espíritu de superación, ingenio, riqueza, poder, pero lo somos, lo tenemos. Nos hemos tragado su mierda mucho tiempo, y ahora se vuelven las tornas. ¡Ha llegado nuestra hora!

Alzó su vaso de chupito en el aire. Todos lo imitaron.

—Os voy a decir algo: ¡vamos a transformar esta ciudad, vamos a transformar este país, vamos a cambiar nuestra vida, vamos a transformar este mundo! Este es el siglo de la India. ¡Nuestro siglo! ¡Nadie nos lo va a quitar!

—¡Y que nos devuelvan el Koh-i-noor! —gritó una voz ebria de alcohol.

—¡Yo recuperaré el Koh-i-noor! —exclamó—. ¡Justo

después de metérselo al príncipe Carlos por el culo!

Neda presenció aquel discurso con embotada indiferencia. Él iba vestido con un traje de lino informal de color marrón oscuro, una camisa blanca recién planchada y corbata negra. El alborotado pelo negro le caía sobre la cara, sus ojos oscuros y almendrados brillaban enfebrecidos. La poblada barba, muy cuidada, recortada a ras de piel, le daba un aire entre académico y revolucionario. No dejaba de pasarse la mano por el pelo para echárselo hacia atrás. Era alto, esbelto, atlético. Pero no conseguía ubicarlo. A pesar de que su acento tenía reminiscencias extranjeras difíciles de precisar, su manera de expresarse conservaba un tosco vigor rústico que unos cuantos años de perfeccionamiento no conseguían disimular. Le gustaba.

Aquella tensión en él.

Neda paseó la mirada por la mesa y reconoció a algunos de los comensales: un videoartista de primer nivel, una modelo reconvertida en fotógrafa, un director bengalí de cortometrajes experimentales, una joven diseñadora de moda. Había entrevistado a algunos de ellos para el periódico. Allí estaban todos, en el altar de Sunny. Supuso que también estaba financiándolos y pensó que tal vez, de no ser así, no le darían ni la hora. Pero el caso es que así era, y así era también como funcionaba el mundo. Pero aparte de eso, Dios, qué magnético era ese hombre… Hari ya había quedado absorbido en el grupo. Sabía que lo suyo era presentarse ella misma, pero le daba reparo, vergüenza.

—Neda —la llamó Hari.

Ella esbozó una sonrisa leve, saludó con la mano. Encontraron una silla libre al lado de Hari. Les pasaron el vodka. Hubo asentimientos y señales de reconocimiento entre Neda y alguna de las personas a las que había entrevistado. ¿Reconocimiento y qué más? ¿Reprobación? Se sintió inferior a ellos. Todos estaban como en casa, y ella estaba fuera de lugar. Hari le preparó un plato con carne, ensalada y dumplings, y ella empezó a comer porque tenía un hambre atroz y estaba muy colocada, y miró a Sunny y apartó la mirada cuando él se la devolvió.

Hizo lo que sabía hacer. El típico truco de colegiala. Se levantó, salió a la puerta del restaurante y se encendió un cigarro, con la mirada clavada en el cemento de la galería subterránea desierta, sacudió la ceniza del cigarro un par de veces, esperó, enterró y retorció la punta del zapato en las piedrecillas del suelo.

Esperó…

Advirtió la presencia de alguien a su espalda.

Supo que no era Hari.

—Tengo una pregunta —dijo ella.

Estaba apostando fuerte…, pero sí. Sunny llevaba una botella de vodka en la mano y dos vasos de chupito. Le dio uno y lo llenó.

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué quieres meterle un diamante por el culo al príncipe Carlos?

Él se rio.

—Me parece un poco exagerado —continuó ella.

—Es una metáfora.

—Ya, ¿seguro?

Él se encogió de hombros con despreocupación.

—Me debo a mi público, sencillamente.

—Eso te lo reconozco. —Echó un vistazo a la habitación y se cruzó con la mirada de Hari—. Los tienes a todos comiendo de la palma de tu mano.

—¿Y tú?

—Yo soy una descreída.

—O sea, que no te he impresionado, ¿no?

—No he dicho eso. La verdad es que tienes mucha labia.

—Pero quieres ver si voy a predicar con el ejemplo, ¿verdad?

Ella le tendió la mano.

—Soy Neda.

Él le ofreció el meñique de la mano con que sujetaba el vaso de chupito.

—Sunny.

Ella se lo estrechó con el pulgar y el índice.

—Sí, ya sé quién eres.

—¿Neda? —repitió, paladeando el nombre.

—Es persa.

—¿Y tú eres…? —Él se echó hacia atrás para reexaminarla.

—No se puede ser más punyabí.

—Así que a ver si lo adivino… —Arrugó la frente como si fuera un mago a punto de hacer un truco de mentalismo—. Tus padres son intelectuales liberales de izquierdas en contra de la religión, las castas y las clases.

—¡Anda! ¡Pues sí que se te da bien!

—La verdad es que sometí a Hari a un interrogatorio cuando preguntó si podía traer a una amiga.

—Ah, ¿o sea, que eso es lo que dice de mis padres?

—No, no. Solo me dijo cosas buenas. Te adora, por cierto. ¿Cómo es que nunca había oído hablar de ti?

—Me ha tenido escondida en su otra vida, la que no era tan guay.

Los dos se volvieron para mirar a Hari. Estaba haciendo el ganso, contándole alguna historia al grupo.

—Si era amigo tuyo, es que siempre ha sido un tío guay.

—Oooh, qué adulador. —Cambió de tema—. Bueno, ¿y de dónde viene tu apellido? Wadia. No eres parsi, ¿verdad que no?

—No.

—¿Entonces?

—Hay una historia detrás. Ya te la contaré algún día.

—Cuéntamela ahora.

—Es demasiado íntima. —Se sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta, Treasurer London, y le ofreció uno.

—Este sitio es bastante íntimo. —Cogió el cigarrillo—. Parece muy selecto. —Pisoteó el que se estaba fumando. Él le encendió el nuevo con su Zippo. Neda señaló el mechero con la cabeza—. ¿Puedo verlo?

Era de plata y estaba grabado. Leyó la inscripción frontal.

—70-71.

—Es de Vietnam.

—¡Venga ya! ¿Luchaste en la guerra?

Lo dijo con tanta gravedad, con una cara tan seria, que él casi se lo cree.

—Muy graciosa.

Neda le dio la vuelta al mechero, entrecerró los ojos y leyó el dorso:

—«Treinta y cinco bajas enemigas. Si te ha tocado recuperar mi cadáver, jódete». —Se lo devolvió —. Qué entrañable.

Él lo abrió para enseñarle el tubo interior, seccionado en diagonal.

—¿Ves eso de ahí?

—¿Qué estoy mirando?

—Lo cortaron así para encender pipas de opio.

—¿Fumas opio?

—No, no. Solo soy un amante de la historia.

—Ah, ya. —Tuvo que contener la risa. Su forma de expresarlo era pintoresca, torpe.

Él se dio cuenta.

—Oye, ¿y qué haces sola aquí fuera? —le preguntó.

—Ah, no sé. Separarme del rebaño.

—Lo entiendo. Eres una loba solitaria, como yo.

Ella se echó a reír.

—Sí, igual que tú. Eres el chico más solitario de la habitación.

—¿De dónde eres?

La miró con esa expresión con la que miran los tíos, una expresión de afán de conquista.

—De aquí mismo. De Delhi. He vivido aquí toda mi vida. Lo más seguro es que también muera aquí. ¿Y tú?

—¿Yo? Yo soy ciudadano del mundo.

—Amante de la historia y ciudadano del mundo —se burló Neda—. Y ahora me vas a decir que estudiaste en la universidad de la vida.

Detectó un resquemor dolido en su mirada; lo había ofendido.

Apuró el vodka de un trago para hacer algo con las manos.

Él seguía con los ojos clavados en ella.

Ella sonrió mientas le rellenaba el vaso.

—Me miras con cara de asesino.

Él no dijo nada.

—Pero la verdad es que sí me ha gustado tu discurso —continuó ella—. Lo digo en serio. Ha sido estimulante. Hasta para la descreída que hay en mí ha sido estimulante.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó.

Decidió dejar de tomarle el pelo. Lo miró a los ojos, con firmeza y serenidad.

—Soy periodista. Escribo para el *Post*.

Sunny le sostuvo la mirada.

—Será mejor que tenga cuidado con lo que digo.

Neda era consciente —tremenda e intensamente consciente de que el resto de la sala seguramente era consciente— de que estaban mirándose a los ojos.

—Estoy fuera de servicio —repuso ella.

—Nadie está nunca fuera de servicio.

Antes de que Neda pudiera responder, una de las chicas de la mesa lo llamó. Neda señaló hacia la sala.

—Echan de menos a su héroe.

Él apartó la mirada, se dio la vuelta para entrar de nuevo.

—También puedes fumar ahí dentro, ¿sabes?

—Ve tú —dijo ella—. No vayamos a dar pie a los rumores…

Llegó más gente. Un atractivo actor de cine de segunda asiduo de las páginas del corazón apareció con una estrella de la televisión que interpretaba el papel de chica buena en culebrones. Era un auténtico quién es quién del mundillo adolescente, sin una sola cámara a la vista. Todos rindiendo pleitesía a Sunny, quien absorbía su atención y la irradiaba hacia ellos de nuevo. Encontraron más sillas. Llevaron más vodka, abrieron algunas botellas de vino tinto. Más comida. Neda se sentía como si estuviera en los camerinos de una obra de teatro en Delhi, viendo a los intérpretes quitarse el maquillaje, las máscaras. Ella estaba dentro, al otro lado. El chico que había a su lado le dijo:

—¿De qué conoces a Sunny? Es el hombre del momento. —Le tendió la mano—. Soy Jagdish. Lleno de ideas.

—¿Tú o él?

Más voces interrumpían la conversación.

—Lo que necesita esta ciudad.

Neda sonrió. Todos estaban borrachos. Él se retorció el bigote daliniano.

—Una mano firme.

—¿Qué?

—¿A qué te dedicas?

—Escribo.

—Yo pinto en las paredes.

—¿Qué te ha pasado en la nariz?

—Me caí de una pared.

Todo a su alrededor daba vueltas. Hari le sonreía con orgullo fraternal.

—Murales de una futura Delhi.

—¿Qué?

—Eso es lo que pinto.

—¡Ha conseguido una beca de mi fundación! —gritó Sunny. Había estado escuchándolos.

—¡Me han dado una beca de la fundación de Sunny! —gritó Jagdish.

—Śūnyatā. ¿Te gusta el nombre? —dijo Sunny—. Significa «nada». Literalmente, «Nada». ¿Entiendes? Todo está relacionado.

—Eso es lo que me digo a mí mismo cuando me gasto su dinero —dijo Jagdish.

La sala era toda rojo terciopelo y lucecitas de cables psicodélicos. Neda seguía el programa de debate de la tele con mucha seriedad, hombres que fumaban cigarrillos en sillones orejeros, y por debajo de todo eso vio a Sunny levantar una copa.

—Neda va a escribir sobre mí…

Alguien tiró una botella. Ella tomó otro vaso de vodka, la habitación se salía de su órbita y Neda rotaba sobre su propio eje. Levantó la vista y Sunny estaba mirándola… De reojo vio la pantalla de la lámpara roja en el horizonte…

Estaba en su propia cama. Se oía el canto de los pájaros y era por la mañana. La pierna le sobresalía colgando de las sábanas, rozando el suelo. Estiró el brazo y apagó la alarma del reloj, lo tiró de la mesilla de noche. Tenía la ropa desperdigada por el suelo. Su boca era un volcán de ceniza; su garganta, de arena; su estómago, de cemento a punto de secarse…

—Oh, mierda…

No sabía cómo había llegado hasta allí. Ni lo que había hecho. Entonces recordó el restaurante. Ella de pie encima de una mesa. Se fue al baño y vomitó.

—¡Cenicienta! —la llamó su padre—. Bienvenida al mundo de los vivos.

Neda se desplomó en una de las sillas de la mesa de comedor, tomó una tostada con mantequilla y la soltó otra vez.

—Creo que ayer me puse en ridículo.

Su padre le lanzó una mirada cargada de paciencia y no poco asombro.

—No habrá sido la primera vez, hija mía. ¿Entiendo que lo pasaste bien?

—¿Cómo llegué aquí?

—¿A casa? Hari te trajo hasta la puerta. Estaba de buen humor. Está hecho todo un hombre.

—¿Os despertamos?

Negó con la cabeza.

—Yo estaba viendo la tele.

—¿Qué dijo mamá?

—Nada. Ella sí estaba durmiendo.

—Mejor. —Suspiró—. No voy a volver a beber en la vida.

—Mira. —Levantó el periódico y le enseñó el paquete de Treasurers de Sunny y su Zippo—. Me parece que ahora esto es tuyo.

—Ay, mierda, creo que los he robado.

—Tal vez al que conducía el cochazo.

—¿Qué cochazo?

—Hari no iba solo. —Señaló con aire nostálgico el paquete de cigarrillos—. No puedo decir que no estuviera tentado de fumarme uno.

—¿Papá? —Neda se sentó de nuevo.

—¿Sí?

—Por favor, deja ya de hablar.

Él le hizo una reverencia.

—Mensaje recibido.

Neda agarró el mechero y los cigarrillos, miró su teléfono.

—Llego supertarde al trabajo.

—Tu capacidad de recuperación está ahora mismo en su apogeo. Aprovecha, hija mía. Mientras tanto, ya te he llamado a un taxi. Sardar-ji te espera en la puerta.

Le dio un beso en la frente.

—Gracias, papá.

Pasó toda la mañana en el trabajo ansiosa e inquieta, preocupada por lo que pudiera haber dicho o hecho la noche anterior, con los típicos traumas de una resaca amplificando todos esos miedos subyacentes. La aterrorizaba que la consideraran irrelevante, que descubrieran que era una impostora, que la dejaran atrás. Toda esa gente de la noche anterior, todos la habían calado. Ella creía que estaba siendo muy enrollada y muy en la onda, pero ¿y si simplemente se había puesto en ridículo? ¿Y si ahora, por la mañana, todos estaban pensando en lo patética que era? ¿Y si Sunny también estaba riéndose de ella, con alguno de los demás en ese instante? Se tranquilizó diciéndose lo típico de siempre: «Todo el mundo iba igual de pedo que tú». Pero no son como tú, se replicaba a sí misma. Son ricos o poderosos o populares. ¿Qué estás haciendo, Neda? Pensó en escribirle un mensaje a Hari, pero le daba demasiada vergüenza. Aunque ¿por qué? No había hecho nada malo. Había coqueteado con Sunny y, a ver, Sunny tampoco era nada del otro mundo.

¿Verdad que no?

Recordó sus palabras grandilocuentes, sus grandiosas ideas, sus promesas y sus proclamas, que tan bien habían sonado en la mesa. Pero no, no, era todo absurdo y vacío y él era un tipo cualquiera. Un tipo como los demás. Tal vez ni siquiera era real. Todo lo ocurrido la noche anterior era una especie de nebulosa, algo que en su memoria aparecía distorsionado como en los espejos deformantes de las ferias. Sacó el mechero y lo examinó. Le pareció algo pueril. ¿Qué clase de gilipollas llevaba un mechero de una guerra lejana en un país extranjero y que hacía siglos que había terminado? Lo guardó. Decidió olvidarse del tema y seguir trabajando. Una noche rara consignada a la papelera de su vida.

La resaca fue a peor. Ya no quedaba rastro del vertiginoso polvo cósmico del despertar. La sensación del destellar de los

átomos. Tan solo un vacío que le atenazaba las entrañas. Un cerebro envasado al vacío.

Siguió trabajando mecánicamente. Solo era tolerable si se dejaba llevar cuesta abajo en punto muerto. Redactó cuatro frases para un reportaje sobre una estafa en el que había estado trabajando, lo guardó, hizo una ronda de llamadas a las que no obtuvo respuesta, se leyó los boletines informativos de la policía y concertó una entrevista con el director de una asociación de comerciantes para la tarde.

A las 15.38 le sonó el teléfono.

Un mensaje de Hari.

El estómago se le subió a la garganta mientras lo abría. Pero no era para tanto, en absoluto.

—tía, qué noche!
—:)
—acabo de despertarme. seguimos de fiesta hasta las 10

—guay.
—causaste sensación!!

Mientras pensaba qué decir a continuación, levantó la vista y vio a Dean de pie a su lado, mirándola. Puso el teléfono boca abajo.

—Dean.

—Neda. ¿Todo bien?

—Aquí, tirando.

—Quería saber si has podido leerte los boletines.

—Sí, sí, lo he hecho. —Repasó sus notas—. Secuestro, secuestro, secuestro, ghee adulterado, otro secuestro, un altercado en una tienda de paan, otra vez otro secuestro, en algunos han pedido un rescate pero la mayoría han desaparecido sin dejar rastro. —Fue pasando las hojas—. Este era interesante. Una «banda interestatal de ladrones de radios de coche». Iban sobre todo a por los Marutis. Recuérdame que no me deje el estéreo en el coche.

—No te dejes el estéreo en el coche.

—Gracias.
—¿Te apetece un cigarro?
—Vale.

Neda sacó un cigarrillo del paquete de Sunny en el pasillo y lo encendió con el Zippo.

Dean señaló el encendedor con un gesto.

—¿Puedo?

Ella se lo dio, él lo examinó por todas partes, lo abrió, lo cerró, miró la base. Hizo un gruñido de aprobación.

—Parece auténtico.

—Ni idea.

Dean le mostró algo.

—Llevan un código aquí.

—De verdad que no tengo ni idea. Se lo guardo a una persona.

—Qué afortunado. Seguramente vale una pasta.

—¿Y si lo vendo?

—En Manhattan, ningún problema. Aquí solo es un trozo de metal. Además, cuanto más lo usas, menos vale. Dile a tu amigo que debería guardarlo bajo llave.

—Das por supuesto que se trata de un hombre.

Le lanzó una mirada que decía «Venga ya».

—Bueno, ¿qué te cuentas? —dijo.

—Nada nuevo. ¿Y tú?

—He estado en Nangla esta mañana. —Dean frunció el ceño—. El Tribunal Supremo ha emitido otra orden de demolición. Es solo cuestión de tiempo antes de que la ejecuten y tiren todo abajo. En la documentación ni siquiera se menciona el nombre del asentamiento. Simplemente lo llaman «la obstrucción». La Obstrucción. Estamos hablando de personas, de sus vidas y sus hogares. En fin, puede que más tarde necesite que transcribas unas entrevistas, si no estás muy ocupada.

—Claro.

—Tu hindi es mejor que el mío.

—El hindi de cualquiera es mejor que el tuyo.

—Te las dejaré en tu mesa. Tengo que ir al Pushta.

Sí, el Pushta. El río Yamuna, sus orillas y sus asentamientos «ilegales», decenas de miles de personas viviendo en los márgenes de la existencia, decenas de miles de casas derruidas, vidas reubicadas, desplazadas. Dean estaba obsesionado con el tema. Los barrios de chabolas, las demoliciones. Los tribunales estaban emitiendo órdenes de demolición por toda la ciudad, tirando abajo los asentamientos pobres y carentes de planificación urbana que habían proliferado y se habían convertido en comunidades a lo largo de décadas, pero el epicentro se encontraba en las orillas del río, en el Yamuna Pushta.

Existían desde que Neda tenía uso de razón, una parte de Delhi que siempre había visto sin verla. Los barrios de chabolas llevaban ahí toda su vida; cada vez que cruzaba el río, miraba desde lo alto la destartalada ciudad que se aferraba a las orillas. Eran inevitables, eran feos, producían punzadas momentáneas de vergüenza, de culpabilidad, pero sus habitantes eran invisibles a los ojos de Neda. Si alguna vez le daba por pensar en ello, cosa nada habitual, se decía que así era Delhi: una abominación, una señal de fracaso. Pero Dean equiparaba los barrios de chabolas con personas y consideraba que su destrucción era una tragedia.

Ella le prestaba atención, le seguía la corriente, trataba de aprender de él, nunca daba su opinión. Dean decía que el Yamuna estaba considerado un «no-lugar», un lugar sin historia ni cultura, un lecho seco que atraviesa el corazón comercial, un espacio desaprovechado desde una perspectiva capitalista globalizada, pero el Yamuna y sus riberas no estaban ni desaprovechados ni muertos ni secos, estaban muy vivos. Dean había estado haciendo una serie de reportajes in situ, en terrenos que se inundaban con las decrecidas, entre pescadores, campesinos dedicados a la agricultura de subsistencia y los habitantes de los barrios de chabolas que integraban la clase trabajadora, que nutrían a la ciudad de asistentas, criados y conductores. Estaba cubriendo las operaciones de desahucio del gobierno, sus programas de reubicación. Había un proyecto en marcha para construir una Delhi de talla internacional, un plan para convertirla en una «ciudad global». Los tribunales lo llamaban «la joya del país».

Las orillas del río debían ser una ventana al mundo, un espacio «público», un punto de referencia de ocio y cultura. El futuro río había creado gran expectación. Pero Dean solo veía los daños que conllevaba.

—Bueno, ¿qué tal la cabeza? —le preguntó Dean mientras volvían de fumar—. Porque sé reconocer una resaca.

—¿Es tan obvio?

Entraron en la sala de redacción.

—¿Sabes qué? No te preocupes por las entrevistas. Ya buscaré a alguien que las transcriba.

—De hecho, ¿puedo pedirte algo? —dijo Neda cuando llegaron junto a su mesa.

—Dispara.

—Es sobre un tipo.

—Ah…

—No es eso.

—Bien, porque soy la persona menos indicada para dar consejos sobre temas de pareja.

—Lo conocí a través de un amigo.

—¿Anoche?

—Sí. Me gustaría saber de qué va, profesionalmente hablando, y me preguntaba si habrías oído hablar de él. Si vale la pena escribir sobre él. O hacer una reseña biográfica.

—¿Nombre?

—Financia un montón de proyectos artísticos urbanos. Patrocina a músicos, pintores, diseñadores. Organiza fiestas, ese tipo de cosas. Es algo distinto. Divertido. Por eso se me ha ocurrido que podría hacer una reseña.

—Neda, ¿cómo se llama?

De pronto no quería decírselo.

—Sunny.

—Sunny… ¿qué?

Se preparó, por si acaso.

—Wadia.

—¿Sunny Wadia? —Dean sacudió la cabeza—. ¿Ese payaso? En serio, no pierdas el tiempo. No es más que otro niño rico jugando en un cajón de arena. Calorías vacías. No pretendo aguarte la fiesta, bueno, un poco sí, pero no merece

la pena que pierdas el tiempo con él. Ni tú ni nadie.

—No sé, solo digo que no todo van a ser tragedias —protestó, aturullada—. Estaría bien cubrir una noticia positiva de vez en cuando.

—¿Sabes quién es su padre?

—Una especie de agricultor, creo.

Dean unió las manos dando una palmada de regocijo.

—¿Bunty Wadia una especie de agricultor? Esa sí que es buena.

Neda lo odiaba cuando se ponía así.

—Es uno de los compinches de Ram Singh.

—¿Ram Singh… Ram Singh?

—Sí, el gobernador de U. P., Ram Singh. Ese mismo. Es uno de sus compinches y, según se dice, todo un pieza.

Pensó en Sunny, seduciéndola en su papel de «ciudadano del mundo».

—Aun así, los hijos no deberían pagar los pecados de los padres.

—Mira, ya sé que crees que estoy chapado a la antigua. O que soy viejo sin más. A esos tipos, con su dinero sucio, ahora se les trata como a dioses porque el dinero manda, aunque apeste. Adórnalo como quieras, pero no dejan de ser mafiosos. Y, digan lo que digan o hagan lo que hagan, con esos críos como Sunny, que van por ahí gastando dinero a espuertas, al final siempre ocurre lo mismo, siempre acaban haciendo más mal que bien.

Neda buscó en internet artículos periodísticos que hablaran de Bunty Wadia. Para su sorpresa, había muy pocos, y los que encontró no adjuntaban fotos. En ellos se lo describía por sistema como el «magnate del sector de las bebidas alcohólicas Bunty Wadia». También como «el controvertido empresario», y en una ocasión como «el empresario solitario». En uno de ellos se aseguraba que era el «principal beneficiario de la inesperada victoria electoral del gobernador de Uttar Pradesh, Ram Singh». Según se decía, había conseguido varios contratos lucrativos a lo largo de los años posteriores en sectores que iban desde el transporte, la extracción de arena y las bebidas alcohólicas hasta la construcción, y había

comprado dos azucareras de propiedad estatal que aparentemente no daban beneficios, por lo que se había procedido a su venta forzosa.

Otro nombre aparecía de manera reiterada durante las búsquedas: Vikram Wadia, Vicky. Era un político, un diputado del este de U. P., con una larga retahíla de denuncias en su contra: seis por secuestro y extorsión, una por tortura, cuatro por disturbios, tres por intento de homicidio. Ninguna condena, solo casos pendientes que se amontonaban sin cesar. No cabía duda de que Vicky Wadia era un mafioso, un dada, un padrino rural de aspecto tosco. En varios artículos se mencionaba el «incidente Kushinagar», aunque Neda no consiguió averiguar de qué se trataba. Finalmente encontró una foto granulada de Vikram Wadia en una página web de noticias en hindi, en un artículo sensacionalista donde se aludía a él como «Himmatgiri», y desde luego no podía negarse que parecía una versión más basta de Sunny.

Luego le llegó el turno a Sunny, pero no había nada, como si se tratara de alguien completamente anónimo. Ni siquiera aparecía en las páginas de sociedad. Y cuando buscó el nombre de la fundación —era la Fundación Śūnyatā, ¿no?—, quedó decepcionada al toparse con una página sencilla, sin enlaces y con una sola línea de texto manido y agramatical que reivindicaba el poder transformador del arte en el paisaje urbano. ¿En serio? ¿Ese era él? Exploró la página con más detenimiento en busca de algún botón de inicio de sesión, de una entrada oculta, pero si existía estaba tapiada y muda. Imprimió todos los artículos sobre Bunty y Vicky, los metió en el cajón para leerlos más tarde y se puso a trabajar.

Esa tarde, sentada en el coche frente al Alkauser de Chanakyapuri, con la ventanilla bajada, esperando a que el chico le sirviera su kakori en roomali, ensimismada en las brasas al rojo vivo, en las chispas saltarinas que se extinguían

al instante, sintió una ternura repentina por las intrincadas complejidades de su ciudad. Sacó una foto del local con su Nokia y escribió a Hari.

Adivina dónde estoy

Hari contestó casi de inmediato:

en tu segunda casa :)

Neda esperó un minuto.

Ah sí quería preguntarte una cosa. a qué te referías cuando dijiste que causé sensación?

Le entregaron su kebab. Lo mojó en el chutney, lo adornó con un poco de cebolla y le dio un bocado.

ya sabes a qué me refiero

Hari siempre poniendo las cosas difíciles.

De verdad que no sé a qué te refieres con lo de causar sensación. Me puse en evidencia?

Se acabó el kebab.
Por fin sonó el teléfono.

FYI está saliendo con Kriti

Kriti era la actriz de televisión de la otra noche.

Sí ya lo sabía

Mentira. Creía que la actriz estaba con la estrella de cine.

Vale bien

Además, no es mi tipo

Sí seguro

Sunny no habría desentonado en la larga línea de chicos con quienes había tonteado en el instituto, con quienes se había acostado en la universidad, todos esos chicos con quienes se había enrollado en el coche, aparcados en un mirador, y cuyos padres, por lo general empresarios acaudalados, representaban la India nueva y vulgar contra la que su madre siempre despotricaba. No habría desentonado, pero sí la habría traspasado. Aunque aquellos chicos la habían atraído por ser muy distintos a ella, al final siempre la decepcionaban. En el fondo eran tipos conservadores y anodinos, o directamente bobos, o aburridos sin más. Para ella suponían su rebelión; sin embargo, ellos no necesitaban rebelarse ante nada, y eso siempre acababa en una vía muerta. Sunny… era distinto. Su familia procedía del campo. Su familia, al menos su tío, era un tipo peligroso. Y él mismo representaba algo radical. ¿Lograría salir adelante? ¿Le apetecía a ella ver cómo lo intentaba? Incluso aunque Sunny fracasara, sería emocionante. Con el paso de los días empezó a preguntarse qué estaría haciendo Sunny, qué aventuras estaría viviendo, mientras, asomada a la ventana de su dormitorio, se fumaba los cigarrillos que se había quedado. ¿Por qué no la llamaba? Tenía la sensación de haber atisbado un mundo fantástico desde las nubes antes de que estas volvieran a cerrarse. Había imaginado que no tardaría en celebrarse otra fiesta, una a la que ella también estaría invitada, pero no había llegado ninguna invitación. No sabía nada de Hari. Cada vez que el teléfono sonaba o le llegaba un aviso de mensaje, contenía la respiración, pero no había nada. ¿Qué podía hacer? Finalmente escribió a Hari, le preguntó si le apetecía quedar para fumar, pero Hari se encontraba en las montañas, en Kasol, donde seguiría las tres semanas siguientes. Neda reprimió el impulso de preguntarle si Sunny también estaba allí. Y decidió bajar de las nubes. Olvídalo. Si él quiere ponerse en contacto, si quiere que le devuelva el encendedor, ya se las arreglará. Asume que lo que podría haber sido no va a ser. Dos semanas después, Sunny ya no acaparaba tanto sus pensamientos. Tal vez se oyera su nombre en la noche decadente, pero a la dura luz del día de

la ciudad que habitaba Neda, entre los desahucios y los boletines informativos de la policía, entre el ghee adulterado y las bandas que roban las radios de los coches, Sunny desapareció.

Y entonces se topó con él en Khan Market. Su editor la había enviado allí para que llevara a cabo una encuesta a pie de calle: «¿Los nuevos centros comerciales acabarán con los mercados tradicionales de Delhi?». Sin embargo, Neda sobre todo mataba el tiempo recorriendo los pasillos, comiendo chaat, fumando, charlando con los tenderos que conocía desde que era niña. De vez en cuando paraba a algún comprador: un par de chicas adolescentes, una elegante ama de casa, un militar retirado, la persona blanca de rigor. Durante uno de sus paseos, echó un vistazo a la juguetería de su infancia, reconvertida en esos momentos en una exclusiva tienda de electrónica. Y allí estaba él, con un traje pajizo de algodón y la chaqueta al hombro, entretenido en dar instrucciones a los chicos que se encaramaban a los estantes bajo su mirada autoritaria para bajar voluminosas cajas de cartón que contenían todo tipo de dispositivos y equipos de alta gama. Seguía mirándolo cuando el señor Kohli, el dueño, la saludó desde el interior.

—¡Neda, cariño!

Sunny volvió la vista un instante y reparó en ella sin inmutarse. ¿Ya sabía que estaba allí? Ni siquiera pareció sorprenderse.

En fin, ella también sabía jugar a eso.

—Hola, tío —saludó al señor Kohli—. ¿Cómo está?

—Muy bien, cariño, muy bien. ¿Y tú? ¿Cómo está tu madre?

—Oh, muy bien. —Entró en la tienda—. Veo que hoy le está yendo bien el negocio.

—Sí, el señor Wadia aquí presente es uno de mis mejores clientes.

—¿Ah, sí? —Se acercó a Sunny—. Hola, señor Wadia aquí presente.

Aunque la saludó con un gesto formal de cabeza, le lanzó una fugaz mirada risueña.

—Señorita Kapur.

—¡Ya veo que se conocen! —exclamó el señor Kohli.

—La señorita Kapur es una famosa periodista —dijo Sunny.

—Y el señor Wadia es un auténtico… —Sunny se volvió hacia ella— seductor.

—Yo habría elegido otras palabras.

El señor Kohli entendió que era hora de concentrarse en sus libros de cuentas.

—Estás muy guapa —dijo Sunny.

No lo estaba, salvo que le gustara el look de chicazo de oficina, aunque quién sabía, igual sí, así que le siguió la corriente.

—Gracias. Tú vas tan elegante como siempre. Nunca te habría imaginado así a la luz del día.

—Me halaga que me hayas imaginado de alguna manera —contestó él, apresurándose a añadir—: Disculpa que no te haya llamado.

Neda paseó la mirada por las cajas de juguetitos y dispositivos.

—Es obvio que has estado ocupado en cosas importantes.

Sunny se echó a reír.

—Me gusta tener todas las novedades, estar al día. Suelo regalarlas enseguida.

—¿No me digas que visitas orfanatos?

—Básicamente dejo que la gente se lleve lo que quiera cuando viene a mi apartamento. Soy así de generoso. No me encariño con nada.

—Ya veo. Recuérdame que visite tu apartamento.

—Me encantaría.

Neda se echó a reír.

—Puede que algún día.

—¿Por qué no ahora?

—Porque estoy trabajando. Ya sabes, esa cosa que a la mayoría no nos queda más remedio que hacer. —Avergonzada, se apresuró a rectificar, con voz aturullada—: No es que tú no trabajes… —Él continuó mirándola, fijamente, intimidándola con su gesto relajado—. Me refiero a que no todos somos nuestros propios jefes. Algunos tenemos que responder ante otras personas.

Sunny sonrió, sin más.

Tranquilo.

No dejaba de sonreír.

—¡¿Qué?! —estalló Neda.

—Nada, que eres muy guapa.

—Venga ya —protestó Neda, con gesto exasperado—. Lo que me faltaba.

—No, lo digo en serio, ¿por qué no te vienes? Es un encuentro providencial, tengo la tarde libre. Y la otra noche apenas hablamos. Estuvimos casi todo el tiempo… —Neda se preparó para lo que fuera mientras Sunny pensaba— gritando.

—¿Gritando?

—Sí, gritando. Un montón. Y riendo. Y tirando cosas. —Sunny estudió su gesto desconcertado—. No recuerdas nada, ¿verdad?

Neda puso cara de vergüenza.

—Recuerdo la mañana siguiente.

El señor Kohli había preparado la factura, llamó la atención de Sunny, quien extrajo un fajo de billetes obscenamente grueso y empezó a contarlos.

—Discúlpame un momento —dijo Sunny—, acabo enseguida.

—Esperaré fuera.

Fuera, Neda sopesó los pros y los contras de acompañarlo a su apartamento. El único contra que se le ocurría era que ella debería estar trabajando. En cuanto a los pros, había varios. Sobre todo satisfacer su curiosidad, obtener una audiencia privada con aquel joven dios de Delhi tan misterioso. Lo observó de espaldas mientras pagaba. Con esa pose tan relajada y tan estudiada al mismo tiempo. ¿O estaba proyectando? ¿Estaba transfiriendo la idea aproximada que tenía de su padre o de su tío sobre su persona? La pregunta la asaltó de nuevo: ¿quién es Sunny Wadia? No lo sabía. El joven salió seguido de cuatro chicos cargados con varias cajas. Dos televisores, varias consolas, una olla arrocera y una sofisticada batidora. Sunny le hizo una seña y le indicó el aparcamiento.

—Al menos acompáñame.

—Vale.

Neda se percató al instante de que los miraban. O, mejor

dicho, de que lo miraban a él. Y no porque lo conocieran, aunque seguramente habría quien supiese quién era, sino por el modo en que se desenvolvía, una combinación de porte y estilo, igual que las estrellas de cine, pensó. Sin olvidar la nada despreciable retahíla de chicos cargados con objetos caros que lo seguían y que confirmaban su estatus. Nadie se fijaba en ella, Neda solo estaba en su órbita, y por un segundo se sintió como su secretaria, su ayudante. No le desagradó, pero aun así creyó que debía reafirmarse de alguna manera, o al menos volver al trabajo…

—¿En qué piensas?

Neda se dio cuenta de que había estado mirándola.

—En que debería volver al trabajo.

—¿Qué estás haciendo ahora?

Decir que realizando una encuesta tenía muy poco glamour.

—Bueno… —Se aclaró la garganta—. Estoy evaluando el impacto socioeconómico del cambiante panorama comercial a través del testimonio oral de los consumidores.

Sunny fingió que se concentraba y musitaba las palabras para sí mismo.

—¿Te refieres a una encuesta de opinión?

—Recogiendo el sentir de la calle, para ser precisos.

Sunny se echó a reír.

—Te proporcionaré citas jugosas. Nos las inventaremos juntos. Así no tendrás excusa para no acompañarme.

Dejaron atrás los pasillos del mercado y entraron en el aparcamiento.

Neda se volvió hacia él, entrecerrando los ojos para protegerse del sol.

—¿Puedo hacerte una pregunta seria?

—Claro.

—¿A qué viene tanto interés?

Él se detuvo y la miró.

—¿No es evidente?

Su sonrisa dijo el resto.

En ese caso, Neda iba sobre seguro. El chófer de Sunny se percató de que se encaminaban hacia allí, se acercó corriendo, empezó a ponerse nervioso al ver tanta caja, regresó al Land Cruiser de inmediato y abrió el maletero.

Estaba claro que Sunny había comprado más de lo que el conductor podía cargar en el todoterreno.

—Además, no hay sitio en mi coche —prosiguió Sunny—. Vas a tener que llevarme.

Le resultaba extraño llevar a Sunny Wadia apretujado en el asiento del acompañante de su pequeño y destartalado Maruti rojo, con las rodillas pegadas al salpicadero de plástico. Seguía al chófer, que conducía el todoterreno repleto de cajas delante de ellos.

—Me gusta tu coche —dijo Sunny.

Neda apretó el claxon con suavidad y este emitió un pequeño pitido.

—Sé que lo dices en plan sarcástico, pero a mí me encanta. Tiene carisma y me lleva donde necesito, ¿qué más se puede pedir?

—Un poco más de espacio para las piernas no estaría mal —dijo Sunny sonriendo mientras trataba de echar el asiento hacia atrás.

—Ah, sí, está roto.

Parecía incómodo y eso la divirtió un poquito. Ahora estaban en su terreno.

—Te gustan las antiguallas, ¿eh?

—Me gusta lo bueno.

—Eso es más subjetivo.

—¿Crees que no es un buen coche?

—Digámoslo así: yo no podría ir por ahí con este coche. Para eso hay que estar en lo alto de la cadena alimentaria.

—Y lo dice el príncipe heredero de Delhi.

—No, no. Tú estás muy por encima de mí. No te llego ni a los talones.

—Venga ya.

—En serio. Tú puedes permitirte hacer prácticamente lo que quieras. Estoy seguro de que insultas a los polis cuando te paran, ¿a que sí? —Su silencio le confirmó que tenía razón—. Y ni siquiera te hace falta dinero. Lo llevas en los genes. Mira esta porquería de coche.

—¿Qué le pasa?

—Estoy seguro de que puedes aparcarlo delante de un

cinco estrellas, bajarte y entrar como si nada y que nadie se inmutaría.

—La verdad es que nunca lo he pensado.

—Solo hay que verte en esta porquería de coche para saberlo. Estás en lo más alto. No sabes la suerte que tienes.

—Sí que lo sé —protestó.

—No me malinterpretes —prosiguió Sunny—, lo admiro. Lo fácil que lo tienes. Para mí no es tan sencillo. Yo he tenido que crear un personaje. La imagen que me devuelve el espejo me recuerda a diario que sin mi traje, sin mi coche, sin mi reloj, no soy nada. Sin todos esos accesorios, no existo.

—Hablando de accesorios, ¿te queda algo de ese tabaco tan agradable?

—Claro.

—Me he acabado tus cigarrillos, por cierto.

Sunny sacó un paquete y le tendió uno.

—Has cambiado de tema.

Neda se llevó el cigarrillo a los labios.

—Supongo que estaba incómoda.

—No hay motivo.

Ella no apartó la mirada de la carretera.

—Me cuesta creer que solo seas un constructo. No pienso en la gente en esos términos.

—No te hace falta.

—Tengo la sensación de que estás… De que estás restándote méritos a propósito.

—No, tengo claro lo que valgo.

—De que solo es falsa modestia.

—Nunca he dicho que sea modesto.

Neda intentó seguir el razonamiento, buscar algo ingenioso que decir. Porque estaba claro que flirteaban, ¿no?

—Bueno, ¿y qué se siente yendo en esta porquería de coche? —preguntó al fin.

—¿Sinceramente? —Sunny sonrió de oreja a oreja—. Me pone un poco nervioso.

Neda se echó a reír.

—Puedes bajarte cuando quieras.

Se quedaron en silencio.

Habían vuelto al punto de partida.

Neda tomó un mechero de plástico de la bandeja y se

encendió el cigarrillo.

—¡Ay, mierda! —exclamó, dándose una palmada en la cabeza—. Tenía que devolverte el encendedor. Lo tengo en el trabajo, en un cajón.

—No pasa nada —contestó él, con suma naturalidad—. Fue un regalo.

Eso la hizo pensar.

Tomó aire, como si fuera a decir algo, ladeó la cabeza y se contuvo.

Pero él se dio cuenta.

—¿Qué?

—Solo por saberlo —se decidió—: estás saliendo con Kriti, ¿no?

Sunny se encendió un cigarrillo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tengo mis fuentes.

—Hari.

—A lo mejor.

Sunny sonrió.

—Está celoso.

—¿Ah, sí? ¿Le gusta? —preguntó de manera inexpresiva.

—Idiota. Le gustas tú.

—Ya, ya… Lo que tú digas.

Por delante, el chófer de Sunny aceleró para cruzar en ámbar. El semáforo se puso en rojo y Neda frenó al tiempo que el Land Cruiser desaparecía entre los coches.

—Gilipollas —masculló Sunny—. Tendría que haber esperado.

Sacó el teléfono.

—Tranquilo. —Neda alargó la mano y le hizo bajar el teléfono—. Te sabes el camino a tu casa.

Permanecieron en silencio hasta que el semáforo se puso verde. Un enjambre de vehículos y pitidos envolvía el avance quejumbroso de su coche, pero Neda era una experta al volante y continuó sin inmutarse, abriéndose paso entre el tráfico con el cigarrillo en la boca.

El humo se le metía en los ojos.

—¿Puedo? —Sunny alargó la mano hacia el cigarrillo, sacudió la ceniza por la ventanilla y volvió a colocárselo en los labios—. Gira a la derecha —dijo—. A Safdarjung Enclave.

Neda sonrió, pero no dijo nada. Estaba disfrutando del momento.

Tras quince minutos siguiendo las indicaciones de Sunny, este señaló una puerta gigantesca que custodiaba un bloque monolítico de cinco pisos de altura.

Neda enfiló con el coche hacia la puerta. Dos guardias de seguridad uniformados y armados con pistolas automáticas se acercaron, uno con la mano alzada para que se detuviera, y echaron un vistazo al interior con recelo hasta que vieron a Sunny y se cuadraron. La puerta se abrió a una orden. Al otro lado, otros dos guardias saludaron cuando el coche pasó por su lado.

—¿A qué os dedicáis? —preguntó Neda—. ¿A robar bancos?

El caminito de entrada al pie del edificio estaba repleto de coches. Dos criados se apresuraron a abrir las puertas.

—Déjalo en marcha, ellos lo aparcarán —dijo Sunny.

Le hizo rodear el imponente edificio hasta una puerta pequeña y anodina y la acompañó por un pasillo que recordaba la zona del personal de un hotel. Salieron un instante a un vestíbulo intensamente iluminado, con suelos de mármol, modernas mesas de café y sofás, flores recién cortadas, y enfilaron un nuevo pasillo, en dirección a un ascensor. Sunny guardó la compostura en todo momento, como si acompañara a un huésped a ver al «director», cosa que Neda no pasó por alto, como tampoco la profusión de cámaras de seguridad que forraban las paredes.

Dentro del ascensor, subiendo en silencio a la quinta planta, Sunny se mostró más formal que nunca. A Neda le entraron ganas de reír, pero se mantuvo impasible y, cuando las puertas se abrieron, lo siguió por el pasillo sin ventanas y cubierto con una alfombra roja hasta una puerta solitaria y de aspecto sólido que se abrió antes de que llegaran a ella. En la estancia iluminada a la que desembocaba, un criado uniformado los saludó efectuando una ligera inclinación y juntando las palmas en un namasté.

Tras el extraño y agobiante ascenso, el apartamento le pareció un santuario. La sala principal era luminosa, minimalista, con las paredes pintadas de un blanco de galería de arte y decoradas en condiciones con (según le contó Sunny después) importantes obras de arte constructivistas y del movimiento De Stijl a un lado, el más largo, y una gigantesca pieza de expresionismo abstracto en la del fondo, donde lo habitual sería encontrar un televisor. El centro de la sala lo presidía una enorme alfombra de Bokhara sobre la que descansaba una puerta afgana antigua de madera, reconvertida en mesita de café, rodeada de sillones y sofás.

Neda supuso que las puertas correderas de cristal opaco de la izquierda darían paso a una terraza y que los arcos debían de conducir al resto de las habitaciones interiores.

Sunny extendió las manos delante de él.

—Bueno, ¿qué te parece?

—No es… No es algo que se vea todos los días.

—Me alegro de que te guste.

Le indicó el sofá.

—Toma asiento, por favor —dijo, y dejó los cigarrillos en la mesita de café mientras él ocupaba el sillón Falcon de al lado.

Mientas Neda se sentaba en el borde del sofá, el criado que había abierto la puerta y al momento había desaparecido por uno de los arcos regresó con una bandeja y dos vasos de agua.

—Gracias, Ajay —dijo Sunny—. Adelante, bebe —añadió, dirigiéndose a ella.

Neda miró el vaso con curiosidad.

—¿Qué es?

—Tú prueba.

Lo hizo. No estaba mal.

—¿A que nunca habías bebido un agua igual?

Neda tuvo que darle la razón.

—Creo que no.

—Adivina de dónde viene.

Sonrió.

—No tengo ni idea.

—De Bélgica.

—¿Ves? Jamás lo habría dicho.

Sunny se inclinó hacia delante.

—Discurre entre rocas prehistóricas y está purificada por un manantial de aguas termales.

Era como un crío, rebosante de ilusión, deseoso de compartir sus descubrimientos. Le resultó enternecedor.

—¿Limpiará mis pecados?

—Ponte cómoda —dijo—. Vuelvo enseguida.

Sunny desapareció por uno de los arcos y ella se quedó sola. Se acomodó en el sofá percatándose de lo fresco que se estaba allí, pero no vio ningún aparato de aire acondicionado, por lo que supuso que estaría oculto, como en un hotel de lujo. Sí, esa era la impresión que daba, una mezcla entre hotel y galería de arte. Hizo un inventario de las revistas y libros dispuestos con sumo gusto en la mesita de café: una selección de la serie *Living In* de Taschen, números antiguos de *Architectural Digest, Robb Report, National Geographic; El relato de Genji, La cámara lúcida, El arte de la guerra.*

Se decidió por una Taschen, *Living in Japan*, y la hojeó distraídamente.

—¿Señora?

El criado, Ajay, se detuvo a su lado, con la cabeza agachada.

—¿Desea algo de beber, señora? ¿Chai, café, zumo, una bebida fría?

Sunny se acercó.

—¿Algo más fuerte? —Se había cambiado y se había puesto una camisa blanca y unos pantalones de lana—. ¿Te apetece un spritz? Ajay prepara unos spritzs magníficos.

—No… No sé qué es.

Sunny volvió a sentarse en el sillón Falcon.

—Sprezzatura —dijo presuntuosamente.

—Ya, tampoco sé qué es eso. —Miró a Ajay—. Una cerveza.

—Heineken, Asahi, Peroni… —Ajay recitó los nombres del tirón.

—No, no —lo interrumpió Sunny agitando la mano con displicencia—. Probará un spritz veneciano con… —Ladeó la cabeza, como si lo pensara—. Mauro Vergano Americano.

—Señor.

—No puedo emborracharme —protestó Neda.

—No te preocupes. —Miró a Ajay—. Y yo tomaré una Asahi. Muy fría.

Neda miró a Ajay mientras se iba.

—Es bueno.

Antes de que Sunny pudiera contestar, la puerta del apartamento se abrió y entró el chófer del mercado seguido por un desfile de criados cargados con las cajas de la tienda.

—Y aquí vienen los juguetitos.

Ajay salió de la cocina para hacerse cargo de su distribución y reprendió al chófer en voz baja y calmada por algo que acababa de hacer mal, antes de volver para acabar de preparar las bebidas.

—Sí, definitivamente no puedes dejarlo escapar —comentó Neda.

—Lo rescaté —dijo Sunny.

Neda lo miró desconcertada.

—¿De dónde?

—De las montañas.

—Pero, cómo, ¿de una avalancha?

—No —rio Sunny—, de una cafetería de mochileros.

—Ah… Entonces ¿es el que te lía los porros?

—De hecho, me ganó con el café. Prepara un café increíble. En la cafetera italiana. Le enseñó un italiano.

—No sabía que fuera tan difícil hacer un café.

—Deberías probarlo. Tiene un algo, tiene un, cómo se dice, una…

Chascó los dedos con impaciencia.

—¿Sensibilidad especial?

—Exacto.

—Total, que también te lía los porros, ¿no?

Sunny sonrió.

—Aunque lo hiciera, no lo sabrías nunca.

—La discreción es muy importante en vuestro mundo.

Sunny asintió para sí mismo, como si confirmara un principio fundamental.

—Es importante reclutar a tu propio equipo.

—Yo diría que es esencial.

Neda se preguntó si estaba jugando con ella, si hablaba así con todo el mundo.

—Mi padre es… Él lo hace a su manera.

«¿Está jugando conmigo? —pensó ella—. ¿Habla así con todo el mundo?».

—Como todos los padres —contestó ella, animándolo a seguir, mientras pensaba en su propio padre y en su manera de hacer las cosas, o de no hacerlas, y en lo afortunada que era.

—Él contrata a su gente en los pueblos —prosiguió Sunny —. A sus trabajadores. En nuestros… —escogió la palabra siguiente con sumo cuidado— territorios. Son muy leales, es una forma de tejer una red de lealtades, pero… —Se encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Neda, quien aceptó—. Son leales a él, y yo prefiero…

—Alguien leal a ti.

—Este es mi santuario. Me niego a vivir una doble vida aquí.

Neda asintió.

—Es suficiente con llevarla fuera. —Ella vivía una doble vida a todas horas. Incluso en su fuero interno. Como casi todo el mundo. Así eran las cosas. Siempre había alguien atento, tomando nota de lo que fuera que pudiera usarse más adelante en tu contra. ¿Quién no querría ser libre en su propia casa?—. La India… —Suspiró—. Tierra de traidores y agentes dobles.

—Dime una cosa, y sé sincera.

Neda finalmente se encendió el cigarrillo que tenía en la mano.

—Ya veremos.

—¿Te gusta tu trabajo?

—¿Qué?

—Tu trabajo. ¿Te gusta?

Neda se puso a la defensiva.

—No tengo vocación de periodista, si te refieres a eso. Pero, sí, tiene sus cosas buenas.

—¿Cuál es tu vocación?

—No tengo.

—Todo el mundo tiene una vocación. Estoy convencido.

—Yo no, aunque supongo que te da igual.

—Tienes una vocación, estoy seguro. Solo hay que encontrarla.

—¿Cuál es la tuya?

Neda quería hablar de él.

Sunny le dijo que no con el dedo.

—Todo a su debido tiempo, señorita Kapur. Yo hago las preguntas.

—Venga ya. No puedes hacer eso. Afirmas que todo el mundo tiene…

Ajay apareció con las bebidas y unos aperitivos. Puso un posavasos en la mesa, dejó el vaso de Neda encima y anunció:

—Spritz veneciano.

Neda estudió a Ajay con interés: de complexión fuerte, pero con cara de inocencia infantil. Sonrió con dulzura y señaló uno de los aperitivos.

—¿Y esto qué es?

—Anchoas fritas en flor de calabacín, señora —contestó Ajay en inglés, muy serio.

Ajay miró a Sunny en busca de aprobación.

—Gracias, Ajay —dijo Sunny—. Ya te llamaré.

—Te adora —comentó Neda cuando Ajay se hubo marchado. Levantó su bebida y examinó el color—. Y esto es precioso.

—Pruébalo.

Bebió un sorbo.

—La hostia.

—De bueno.

—Amargo, pero sí, está bueno.

—Tu paladar se acostumbrará. ¿Y el aperitivo?

—Te lo estás pasando en grande, ¿verdad?

—Disfruto ofreciendo nuevas experiencias a la gente.

—¿Sabes? —Neda examinó el plato—, la verdad es que nunca he probado las anchoas. —Mordió un bocado, masticó un momento y asintió—. Sí, están espectaculares. —Señaló el plato de Sunny—. ¿A ti qué te ha traído?

—Ah, unos aperitivos japoneses. —Se encogió de hombros.

—Japón. —Señaló la revista Taschen—. Me encantaría conocerlo.

—Es increíble.

—¿Conoces Japón? Claro, ¿cómo no? ¿Cómo es?

—Increíble. Imposible de describir. Aunque, la verdad —señaló la bebida que Neda tenía en la mano—, prefiero Italia.

La comida, la cultura, la pasión, el estilo. Solo llevo trajes italianos. Tengo un sastre en Milán, otro en Nápoles. Todo tiene una…, como ya he dicho…

—¿Spritza no sé qué?

—Sprezzatura.

—Eso.

—Significa «elegancia natural».

—Podrías haber dicho que significa «gilipollas» y me habría quedado igual.

—Pero ¿me habrías creído?

—No. —Negó con la cabeza.

Sunny se echó a reír.

—Eres muy graciosa.

—¿No me digas?

—Y no te muerdes la lengua.

—Sí, bueno…

—Nadie me lleva la contraria. Ya no.

—¿Nadie?

—A mí no.

—¿Ni siquiera tus amigos?

—Ni siquiera mis amigos.

—¿Ni siquiera tus amigos más amigos?

Sunny negó con la cabeza, muy serio.

—Pues eso es porque te tienen miedo. —Se rio Neda.

—Le tienen miedo a mi dinero —contestó él.

—No, estoy segura de que adoran tu dinero —le rebatió ella de inmediato—. Tienen miedo a que les cierres el grifo. Es de primero de parvulario. Eres el chico nuevo y con onda. ¿No has visto *Sensación de vivir? O sea, ¿quién no querría descansar a la cálida sombra de Sunny Wadia?*

Sunny bajó la mirada hasta la mesa.

—No lo sé. —Luego la miró a ella—. ¿Yo?

Neda chascó la lengua fingiendo lástima.

—Vaya, ¿el pobre niño rico está triste?

No había comido nada desde el desayuno y notaba que el alcohol empezaba a hacer efecto. Le ocurría a veces, se le soltaba la lengua e incidía en cuestiones que le intrigaban cuando estaba sobria. Viendo la expresión de Sunny, trató de controlarse y adoptar una más acorde con la de su anfitrión.

—Aunque ahora que recuerdo… —dijo—. Lo hablamos esa

noche en el restaurante. Dijiste que eras una persona solitaria, pero no te creí, pensaba que solo lo decías para hacerte el desvalido, y ahora resulta que a lo mejor es verdad.

—Qué perspicaz.

Neda lo pasó por alto.

—Tengo dos ojos y un cerebro.

—Cualidades muy atractivas.

Sabía que Sunny estaba jugando con ella, pero aun así notó que se ruborizaba.

—Vale, ya no más —dijo, dejando su bebida en la mesa y apartándola de ella—, tengo que trabajar, y tú me lo prometiste.

—¿Ah, sí?

—La encuesta.

—Cierto.

—Salvo que no fuera más que una estratagema para llevarme a la cama.

Sunny la miró con una sonrisa taimada en los labios.

—Necesito opiniones —dijo ella—. Me has arrastrado lejos del trabajo y yo tengo que entregar algo, lo que sea, así que nada de excusas. —Alargó la mano hacia el bolso—. Ah, voy a grabarte. —Neda vio la duda en su mirada, pero rebuscó el dictáfono de todas maneras—. No te preocupes, te pondremos otro nombre. —Dejó el aparato en la mesa—. ¿Listo?

Sunny asintió mirándola tranquilamente a los ojos.

—Listo.

—Lo primero de todo, ¿cómo te llamas?

—Vijay —contestó él de inmediato.

—¿Edad?

—Veintitrés.

—Bien, empecemos. —Apretó el botón de grabación y se encendió la luz roja—. Me encuentro aquí con Vijay, de veintitrés años, en el Khan Market, y la pregunta del día gira en torno a mercados y centros comerciales. Vijay, ¿te importa decirme a qué te dedicas?

Sunny dio una larga calada, miró la mesa un momento con el ceño fruncido y dejó el cigarrillo en el cenicero. Cuando levantó la vista, no solo había cambiado de personaje, sino también de idioma.

—Trabajo en un centro de atención al cliente, señora —

contestó en hindi, con un fuerte acento del oeste de U. P.

La voz confiada, seria y segura la pilló por sorpresa, y se le ocurrió que quizá esa fuera su verdadera voz, su verdadero acento.

—Muy bien, trabajador de veintitrés años de un centro de atención al cliente —prosiguió Neda sin abandonar el inglés—, la pregunta es la siguiente: ¿los nuevos centros comerciales de Delhi son la sentencia de muerte de los mercados tradicionales de la ciudad?

—Me encantan los centros comerciales, señora —contestó Sunny.

—¿Y eso por qué?

—Porque hay de todo, están cubiertos y tienen las mejores marcas. Si no llevas marcas, señora, no tienes estilo.

Neda tuvo que reprimir la sonrisa que amenazaba con asomar a sus labios.

—¿Qué le parece tan gracioso, señora? —preguntó Vijay con voz cohibida.

—Kuch nahi —contestó ella—. Nada.

—Usted se ríe de mí, señora, pero no sabe qué es tener que ir primero a un sitio y luego a otro, de mercado en mercado, para encontrar todo lo que uno necesita. Además, el centro comercial tiene aire acondicionado. Se está bien.

—Vale, vale, entonces ¿los centros comerciales destruirán los mercados tradicionales? ¿Esa es tu opinión?

—No, señora —sonrió—, siempre habrá hombres y mujeres importantes como usted a quienes les guste seguir yendo a los mercados en sus bonitos coches con chófer.

—¡Yo no tengo chófer!

Sunny levantó una mano para que no se precipitara.

—Y siempre habrá ciudadanos de a pie que no puedan permitirse ir al nuevo centro comercial, y también usarán el mercado. Pero, entre unos y otros, ahora hay gente como yo —cambió al inglés y habló con un fuerte acento—. Con aspiraciones.

Sunny se la quedó mirando en silencio, con cara seria, sin traicionarse en lo más mínimo.

—Venga ya —le espetó Neda al final—, eres tú soltando tu rollo publicitario.

—Señora —contestó Sunny, a punto de salirse del papel—,

pero ¿qué dice?

Neda alzó las manos en el aire.

—¡Lo que tú digas!

—Además, ¿conoces los orígenes del Khan Market? —preguntó Sunny, recuperando el cigarrillo y a Sunny Wadia.

Lo miró sin saber de qué estaba hablándole.

—Claro que no —prosiguió Sunny.

Neda trató de identificar en aquel inglés meloso e internacional pequeños dejes que pudieran traicionarlo, pero era de una imprecisión impecable.

—Lo levantaron los refugiados de la partición. Llegaron a Delhi y acabaron en ese barrio sin nada. Y se adaptaron porque no les quedó más remedio. Si no se adaptaban, morían. Así que es probable que sean los últimos sorprendidos cuando la ciudad cambie. Y, si no son capaces de conservar a su clientela, ¿para qué seguir en el negocio? No lo tienen por derecho divino.

—Entonces ¿la moraleja de la historia es adaptarse o morir?

Sunny se recostó en el sillón.

—Más o menos sí.

—Muy bien, en ese caso, adelante, dilo.

—Adaptarse. O morir.

—Vijay, de veintitrés años, entonces…

—Mira —la interrumpió—, hablando en serio, los mercados tienen su razón de ser, pero hay miles, millones de jóvenes indios que no pueden ir a lugares como el Khan Market, que no pueden estarse todo el día yendo arriba y abajo por Old Delhi. O que no quieren, o que no tienen tiempo. Hay gente joven, de todo tipo de procedencia, con trabajo, que vive sola o con amigos, que dispone de dinero y que tiene ganas de hacer su vida. Nuestro estudio de mercado demuestra que un alto porcentaje de quienes se incorporan a la población activa prefieren una experiencia de compra más concentrada, completa y cómoda en todas partes, en ciudades modestas, en ciudades satélite, en lugares a los que a personas como tú ni se les ocurriría ir.

—¿Vuestro estudio de mercado?

—Sí.

—Vas a construir centros comerciales, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Y tienes veintitrés años.

—Veinticuatro.

—Vaya. —Neda le echó un vistazo al dictáfono para ver si seguía grabando—. Y yo que pensaba que eras un mecenas del arte.

—No son cosas mutuamente excluyentes.

—Bueno, no —balbuceó Neda.

—Desde una perspectiva histórica, ¿quién crees que financiaba el arte? Los Médicis eran banqueros.

—Sí, vale, de acuerdo.

—Además, tengo en mente planes más ambiciosos que los centros comerciales. Quiero convertir Delhi en una ciudad verdaderamente global.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—Vale, eso suena a locura.

—¿Te gusta vivir aquí?

—¿Perdona?

—Me han dicho que no. Que quieres irte.

Neda se quedó atónita. Debía de habérselo contado Hari.

—Y te entiendo —prosiguió Sunny—. Créeme, no crecí conociendo Occidente a través del televisor de la sala de estar como tú, pero he viajado, he visto cómo vive la gente en otras partes del mundo, he visto las posibilidades, las opciones disponibles, lo que es posible. Vamos muy por detrás. Disponemos del potencial, del capital humano, solo hay que saber aprovecharlo.

¿Hacía aquello con todo el mundo? ¿Era algo superior a él y no podía evitarlo?

—Deja que te haga una pregunta —insistió Sunny—. ¿Qué tienen en común Londres, París y Singapur?

—Ni idea, dímelo tú.

—No, te lo pregunto a ti, ¿qué tienen en común?

Neda se encogió de hombros.

—¿Que son capitales?

—Que tienen ríos.

—Vale. ¿Y?

—¿Y qué tenemos aquí, en Delhi?

Neda estaba empezando a hartarse de su retórica

grandilocuente.

—Un río.

—Pues bien —continuó Sunny, lanzándose de lleno en su monólogo—, a lo largo de la historia, los ríos y las ciudades siempre han ido de la mano. Un río es el cordón umbilical de una ciudad, una arteria.

Solo había que escucharlo para saber que lo había ensayado, que se trataba de un discurso preparado.

—Al principio es fuente de comercio, luego de industria y después de ocio. Las ciudades más importantes del mundo tienen algo en común: viven de cara a sus ríos. Sus ríos son su eje central.

A Neda no le habría extrañado que incluso hubiera escrito un trabajo al respecto.

—¿Y qué hacemos nosotros? Aquí sin ir más lejos, en Delhi. Con el Yamuna.

Neda negó con la cabeza, consciente de que solo se esperaba de ella que escuchara.

—Vivimos de espaldas a él. Piénsalo —insistió Sunny, desviándose del discurso preparado al sermón evangélico—. Mira la ciudad desde lo alto, imagínala, ¿la ves? ¿Ves el Yamuna discurriendo a través de ella? Ahora piensa en los barrios, en lo que todo el mundo hace a diario. ¿Alguien mira el río? ¿Alguien le presta la menor atención? No, lo rehuimos, le damos la espalda. Debería ser sagrado, pero se ha convertido en algo profano, putrefacto por la mierda de las aguas residuales, atestado de barrios de chabolas. Y lo aceptamos sin más. ¿Cierto?

—Cierto.

—Ahora imagina el Yamuna limpio y resplandeciente. Imagina que puedes nadar en él. Imagina que puedes pasear en barca por él. Imagina puertos deportivos y paseos a lo largo de sus orillas. —Se iba animando a medida que hablaba —. ¡Imagina reservas naturales, humedales, óperas! Imagina una zona comercial, rascacielos, tranvías, parques, cafeterías… —Pintaba el paisaje con las manos—. Imagina que terminas de trabajar y te acercas al río a tomar algo, que vas a comer a un restaurante con estrellas Michelin y luego al teatro, y que cuando sales das un paseo por la orilla.

Neda lo miraba, complacida con la imagen que Sunny veía

en su mente.

—En Londres puedes hacerlo —prosiguió él—. ¿Por qué aquí no?

—No lo sé.

—Puedes, porque voy a hacer que ocurra.

Y con aquello acabó.

—Bueno, es…

—Ambicioso.

—Sí, es una forma de llamarlo. Otra es una locura.

—No me ves capaz.

—No es eso —dijo Neda—, es solo que, ya sabes, Londres es Londres y Delhi es Delhi. Es decir, ¿cómo esperas…?

—Eso ya es cosa mía.

Su modo de decirlo hizo que Neda se pusiera a la defensiva.

Sabía de manera instintiva que Sunny se equivocaba, que las cosas no eran tan sencillas, pero no disponía de argumentos con que rebatir aquellas palabras vanas expuestas a pinceladas. Además, había empezado a irritarla. «¿Qué quiere de mí?», pensó.

—¿En qué piensas? —preguntó Sunny.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—No importa.

—¿No crees que sea capaz de hacerlo?

—No es eso, es que… ¿Qué más da lo que yo piense?

—A mí me importa, por eso te lo pregunto.

—Entonces creo que la idea está bien.

—Lo que significa que es una mierda.

—No, en serio, la idea está muy bien —insistió Neda.

—¿Pero?

—Nada.

—¿Por qué no vienes a trabajar para mí?

Neda lanzó una carcajada.

—¿Qué?

—Es evidente que estás desaprovechada en tu trabajo.

—Ah, ya veo.

—Podrías participar en el proyecto, echar una mano en el tema de las relaciones públicas, los medios de comunicación, lo que sea.

—Ya, y que tú seas mi vocación —se burló Neda.

El veneno hizo efecto. Se quedaron callados.

Neda no entendía nada, no sabía si Sunny hablaba en serio, si era sincero, si se engañaba, si jugaba con ella, si aquello no era más que un número enrevesado para intentar llevársela a la cama (¡y no estaba saliéndole bien!) o si solo estaba mostrándose arrogante con ella.

El silencio se alargó, y era él quien tenía la sartén por el mango.

Así que Neda pensó: a la mierda.

—¿Sabes? —dijo—, de hecho estuve sopesando si hacer una reseña biográfica sobre ti o no. Para mi no-vocación. Después de conocerte aquella noche. —¿Adónde quería ir a parar?—. Estaba emocionada. Iba a ser algo frívolo, divertido, pero con un trasfondo serio, para las páginas de cultura, ya sabes, sobre las fiestas, los restaurantes y demás. Sobre cómo estaba cambiando la ciudad. —Neda vio que la escuchaba con atención.

—Ajá.

¿De verdad iba a atreverse?

—Y entonces le pregunté a un colega por ti.

Sunny unió las puntas de los dedos y los apoyó en los labios.

—Ajá.

—¿Sabes lo que me dijo?

¿Por qué estaba haciendo aquello?

Sunny aguardó la respuesta, inmóvil.

—Dijo: «¿Sunny Wadia? ¿Ese payaso?».

Neda sintió la descarga de adrenalina recorriéndole la espina dorsal, una ligera falta de oxígeno en los pulmones.

Sunny permaneció inmóvil.

—Y a continuación añadió: «¿Sabes quién es su padre?».

El estómago le dio un vuelco nada más decirlo. Estaba mareada. En ese momento vio la lucecita roja del dictáfono con el rabillo del ojo. Imaginaba que él era consciente de que seguía grabando.

—¿Y lo sabes? —preguntó Sunny al fin, volviéndose hacia ella. Se sostuvieron la mirada—. ¿O te lo contó él?

—Me contó algo.

Sunny respiró hondo, despacio.

—¿Sabes? Llevo toda la vida enfrentándome a estas cosas.

—Se encendió otro cigarrillo y pareció encerrarse en sí mismo, perdido en sus pensamientos—. Toda la vida.

Neda no se atrevió a moverse.

—Bueno, ¿y qué dijo?

—¿Mi colega?

—Sí.

—Dijo que era un…

No pudo continuar.

—¿Qué?

Finalmente decidió dejarse de rodeos.

—Dijo que tu padre era uno de los compinches de Ram Singh.

—Ram Singh… —Sunny cerró los ojos, volvió a sonreír, asintió para sí. Luego empezó a hablar—: Mi padre es un hombre de negocios, sin más. No nació con dinero ni contactos; sus amigos no ocupaban puestos de alto rango. Su padre era un alcohólico, un comerciante de cereales. Mi padre dejó los estudios y tomó las riendas del negocio cuando tenía quince años. Su padre murió poco después. Hizo lo necesario para sobrevivir. En U. P. Donde más te vale buscarte la vida porque nadie va a prestarte ayuda. Donde las posibilidades de éxito son prácticamente nulas. Se deslomó trabajando. Trabajaba hasta en sueños. Pero no era como los demás. Tenía visión de futuro. Tenía un don para hacer dinero. En cada rupia, él veía tres monedas de cincuenta paisas. ¿Acaso eso es un delito?

—No —dijo Neda.

—Si se le puede acusar de algo es de ser ambicioso. De tener aspiraciones. ¿Mi padre tomó atajos por el camino? Sí. Esto es la India. El juego está amañado, las cartas están marcadas, unas cartas que repartís vosotros, por cierto. Vosotros lo tenéis todo desde siempre, y no queréis compartirlo. Así que, a veces, uno tiene que hacerse con lo que desea por su cuenta. Aunque, en última instancia, él le da a la gente lo que quiere. Las personas como tú, o tu colega, siempre lo han criticado a su espalda. Me pasé todo el colegio oyendo hablar de él con disimulo. Me envió a un buen colegio, quería que me cultivara, que me mezclara con personas como vosotros. Me expulsaron. Mis compañeros de clase hablaban lo bastante alto para oírlos. Se permitían

recordarme que nunca sería como ellos. La cuestión es que el mundo ha cambiado. Ya no solo no los oigo susurrar, sino que ahora acuden a mí en busca de trabajo. Ahora, se unen a la fiesta. Por descontado, tu colega nunca cambiará de opinión, estoy seguro. Él puede permitírselo. Me juego lo que quieras a que nunca ha tenido que luchar por nada, ¿no es así?

—No lo sé. Todo el mundo acaba teniendo que luchar por algo.

—Pero no como nosotros. —Apagó el cigarrillo—. Nosotros luchamos por llegar a lo más alto. Y para llegar allí tienes que aprender a ser implacable. Sin embargo, una vez que estás donde quieres, puedes empezar a hacer el bien. Mi padre está limpio.

—¿Y qué me dices de Vicky?

Pronunció el nombre con un ligero estremecimiento.

Sunny se mantuvo impasible.

—Hace años que no lo veo.

—Es de la familia —insistió Neda.

—Pero no tiene nada que ver con nosotros. —Se inclinó hacia delante y apagó el dictáfono—. Cortamos lazos con él hace mucho tiempo.

—¿Qué quieres que haga con esto? —preguntó Neda.

Imaginaba que Sunny sacaría la cinta y se la guardaría en el bolsillo o le prendería fuego en el cenicero, pero él se limitó a empujar el aparato hacia ella.

—Eso es cosa tuya.

Se levantó del sillón y se alisó la camisa y los pantalones.

—Si me disculpas, llego tarde a una reunión. Ha sido un placer hablar con usted, señorita Kapur. Ajay te acompañará a la puerta.

De vuelta en casa, escuchó la cinta en su dormitorio, tumbada en la cama, con los auriculares puestos. La rebobinó hasta el Khan Market. Primero la encuesta de opinión, ruido de calle de fondo, luego un clic y el silencio elocuente del apartamento. Cerró los ojos y regresó al sofá, escuchó a Vijay, veintitrés años, trabajador de un centro de atención al cliente, escuchó esa voz, pero no conseguía asociarla al rostro, a las ropas, al apartamento. Lo despojó mentalmente de sus

accesorios, por así decirlo, lo vistió con una camisa y unos pantalones baratos, lo trasladó a la calle, sentado en una moto junto a un puesto de chai, y casi era como si estuviese allí, casi logró verlo. Pero no, todo se desmoronó. Al fin y al cabo, ¿no había sido todo fingido? ¿Su voz no era una caricatura de todos esos hombres de cuyas penurias diarias él sabía tan poco como ella? Sunny se había limitado a interpretar el papel de uno de sus clientes potenciales, había puesto en la boca de su álter ego lo que quería oír. Neda pausó la cinta. Se preguntó si Sunny había llegado tan lejos como pretendía hacerle creer. Y cuánto había tardado. Todas esas monsergas sobre Italia y Japón. ¿Qué había de real en todo eso? Reducido a lo esencial, despojado de sus accesorios, ¿quién era?

Continuó escuchándolo hablar del río, de óperas y zonas comerciales y paseos a lo largo de la orilla. En el apartamento, ella solo había prestado atención al discurso, pero en ese momento oía la esperanza, el entusiasmo, la energía con que lo hilaba. En retrospectiva, liberada de la tentación de intervenir, de burlarse, de corregirlo, cuestionarlo o hacer puntualizaciones, con libertad para escuchar y empatizar, descubrió que le resultaba fascinante. Concluyó que Sunny se creía su discurso. Era la otra cara del mundo en el que se movía Dean, el de la miseria, la destrucción, la pobreza. ¿Acaso Neda no quería que Delhi fuera así? ¿No sería mucho más fácil que aquella otra lucha constante? La voz fría de Dean se abrió paso hasta su conciencia. «¿Lucha? Tú ni siquiera sabes qué significa esa palabra», dijo. Continuó escuchando la cinta. Se oyó decir a sí misma: «Y entonces le pregunté a un colega por ti». Se estremeció. Las palabras alcanzaron sus oídos. «¿Sunny Wadia? ¿Ese payaso?». Apagó la cinta un instante, se preparó y apretó el «play». «¿Sabes quién es su padre?».

Analizó las respuestas de Sunny, su discurso sobre las penurias por las que había pasado su padre, y se percató de que él había escurrido el bulto, que en realidad no había contestado nada. Y ella se lo había permitido, se había acobardado. Había tenido una oportunidad, cuando él había preguntado qué había respondido Dean. «Uno de los compinches de Ram Singh», se oyó decir. Si hubiera sido lista,

lo habría presionado en lugar de mencionar siquiera a Ram Singh, un nombre demasiado concreto a la vez que demasiado vago. Un delincuente. Un mafioso. Tendría que haber esperado a su reacción. Se maldijo por ser tan impulsiva, por su falta de sentido crítico y objetividad. Aun así, se las había arreglado para colar la pregunta sobre su tío. Se oyó a sí misma.

«¿Y qué me dices de Vicky?».

Había pronunciado el nombre con la misma naturalidad y familiaridad que si estuviera hablando de un amigo de la familia. Le pareció transgresor. Rebobinó la cinta y se escuchó, intentó analizar el silencio momentáneo que siguió a la pregunta. Pero Sunny no había dejado traslucir nada.

Eso sí, la había echado.

Trató de entender qué narices había ocurrido. ¿Habían flirteado? Sin duda, había química entre ellos. ¿Sunny había salido escaldado? A pesar de haber afirmado que le gustaba que ella no se mordiera la lengua. Probablemente no esperaba que sacase a colación a su padre y a su tío. Quizá no se consideraba una «persona conocida» en ese sentido. Quizá estaba volcado en lograr que lo conocieran por sí mismo, por sus propios méritos. Neda tenía un sinfín de preguntas. Se había quedado con la imagen de un joven egoísta, envuelto en lujo y riqueza, con afán de trascendencia, pero aquejado de una terrible inseguridad. Justo el tipo de hombre por el que se colaba.

Alargó la mano hacia el cajón de la mesita de noche y sacó el Zippo. Se encendió un cigarrillo.

Se pasó el resto de la noche redactando las entrevistas reales que había llevado a cabo y las falsas que no. Nombres falsos, citas falsas.

Dejó la de Sunny para el final.

Vijay, veintitrés. Añadió una frase posterior, de cuando Sunny había recuperado su voz.

—¿Adaptarse o morir? —preguntó su editor al día siguiente, desde su propia mesa—. ¿De verdad que el tipo dijo eso?

—Pues sí —contestó Neda.

—Dios mío, esta ciudad es cada vez más inhumana.

2

Pasó toda la semana esperando algún mensaje de Sunny, que diera alguna señal de vida. Se preguntó si no debía escribirle ella misma, disculparse. Pero ¿por qué? Perdóname por haber insultado a tu familia. Cuantas más vueltas le daba, más le parecía un desastre de cita. Pero el caso es que todavía se sentía atraída por él. Pensaba en él a todas horas. Por otra parte, siempre estaba a punto de empezar una conversación con Dean. De decirle: mira, ha pasado esto, creo que deberías saberlo. En su cabeza, le daba la cinta y él la escuchaba en su despacho mientras ella, sentada a su lado, lo observaba fijamente. ¿Se sentiría orgulloso de ella?

—Buen trabajo —le decía Dean en la versión inventada en su cabeza—. Pégate a él. Descubre qué planes tiene.

En realidad, lo más probable era que Dean dijese:

—¿Ese payaso? No pierdas el tiempo con él.

Un día le preguntó a Dean por las demoliciones. (Otra cosa a la que había estado dándole vueltas: por qué no le había mencionado las demoliciones a Sunny. ¿Por qué no le había planteado una visión de la ciudad en la que el suelo no estuviese esperando sin más a convertirse en un bien de consumo?).

—Es algo terrible, lo sé.

—¿Pero?

—Voy a hacer de abogada del diablo…

—Sigue.

—El Yamuna Pushta. ¿No sería mejor dejar esas tierras, no sé, para uso y disfrute de la ciudad?

—Ya están a disposición de la ciudad. Hay gente que vive ahí.

—Pero me refiero a la ciudad en su conjunto. Como Londres o París. Allí todo el mundo hace vida junto a los ríos. Son el corazón de la ciudad. Aquí vivimos de espaldas a ellos.

Se dio cuenta de que estaba repitiendo palabra por palabra el discurso de Sunny.

Dean la miró detenidamente y con expresión lastimera.

—La India no es Europa —dijo—. El Yamuna no es el Támesis.

Habían pasado unas dos semanas cuando su director le dio un golpecito en el hombro.

—Neda, ¿qué planes tienes para esta tarde?

—Ninguno, señor.

—Ten. —Le dio un comunicado de prensa—. Sridhar no puede ir, ve tú.

Miró la hoja de papel satinado: «Dinesh Singh Kumar, Presidente, Sección Juvenil del RDP, se complace en invitarle a la inauguración de la Iniciativa por el Turismo de Uttar Pradesh: Hacia el estatus global».

—«Hacia el estatus global» —repitió ella.

—Las tonterías de siempre. Así que no pierdas el tiempo: entras, sales, escribes una página o dos, lo subes y te tomas un par de copas gratis si tienes suerte.

Dinesh Singh, el hijo de Ram Singh. ¿Qué posibilidades había de que tuviera que cubrir algo así? ¿Qué posibilidades había de que Sunny estuviera ahí? Merodeando en segundo plano. Si sus padres estaban compinchados, sin duda también lo estarían los hijos, por mucho que Sunny dijera lo contrario.

En los últimos tiempos, Dinesh aparecía con bastante asiduidad en los periódicos: estaba en plena campaña de relaciones públicas, sacando lustre a las credenciales progresistas del gobierno abiertamente antiprogresista de su padre con resultados no del todo malos. Su imagen se alejaba de la figura habitual del hijo de político arrogante y típicamente estúpido. Había estudiado Historia y Ciencias Políticas en Canadá, se había imbuido de las lecciones del arte de gobernar, era tan urbanita y tan chic (en el sentido rural del término, hijo del terruño, pero profesoral e instruido) como animal político era su padre, el matón que no tiene reparos en ensuciarse las manos. Su discurso sonaba bien, quería contribuir a la victoria decisiva de su padre y modernizar el estado. Por descontado, tenía la mira puesta en el cargo de gobernador, pero por el momento su misión

consistía en promover el turismo en U. P. El turismo más allá del Taj Mahal. El turismo «Hacia el estatus global».

Neda fue a ver a Dean antes de irse. Le enseñó el comunicado de prensa.

—«Hacia el estatus global» —dijo él con aire distraído—. Qué bonito.

—¿Tienes alguna pregunta? Acepto sugerencias.

Le devolvió la hoja.

—Pregúntale cuántos hoteles del estado pertenecen a políticos afiliados a su padre y, de esos hoteles, cuántos están involucrados de forma activa en actividades ilegales, como la prostitución y la trata de personas.

—¿Y si consigo que me conteste y lo grabo?

—Entonces te invito a cenar.

La rueda de prensa fue en una de las salas de banquetes del Park Hyatt. Sirvieron bebidas; había una barra decente, con cuatro miembros del personal vestidos de uniforme detrás de una mesa alargada en un lateral de la sala. La habían cubierto con un mantel de lino blanco y había copas ya llenas de vino tinto y vino blanco, junto con zumo de naranja y Coca-Cola, además de botellas de ginebra, whisky y vodka, todo bajo la atenta mirada de los camareros y acompañado de cubiteras de hielo y botellas de refrescos para mezclar con el alcohol, lo típico.

—Menudo despliegue —gorjeó un periodista veterano al oído de Neda.

El tipo olía a polvos de talco y a Old Spice. Había unas cincuenta sillas distribuidas en ocho filas, de cara a una tarima en uno de cuyos extremos había dispuestas tres sillas y un atril. Habían instalado una pantalla y un proyector, conectados a un portátil. Neda tomó una copa de vino blanco y fue a sentarse a un lado, en la penúltima fila. No había rastro de Sunny.

Dinesh Singh apareció puntualmente y empezó con una presentación. Se puso ante el atril, la imagen de un joven serio, comprometido, con conciencia cívica. Desplegaba un

encanto un tanto forzado, buscado. Parecía incómodo ante el público, pero no cohibido. Comenzó bastante bien: reconoció que a U. P. aún le quedaba un largo camino, que el estado estaba aquejado por problemas de toda clase, asuntos prioritarios que había que solucionar antes que el turismo como, por ejemplo, la educación, la sanidad, la seguridad y el empleo. Sin embargo, el turismo era una industria que podía promoverse junto al resto, ligado a la educación, a fin de estimular el progreso y el crecimiento. A partir de ese momento, Neda perdió el interés. Dinesh empezó a soltar una larga perorata. A ella se le cayó el alma a los pies. En la sala hacía calor, pese al aire acondicionado. Se le había subido el vino a la cabeza. Desconectó por completo mientras él iba pasando diapositivas de las múltiples maravillas arquitectónicas del estado. Tras lo que pareció una eternidad, cambió de tema y pasó a hablar de la diversidad ecológica. La sala estaba oscura. El servicio de bar había cerrado sin previo aviso. Neda se recostó en su asiento y pensó en enviarle un mensaje a Dean. Escribió: «Esto es un coñazo». Pero justo cuando estaba a punto de pulsar el botón de enviar, se encendieron las luces. Toses discretas, ruido de papeles. A continuación, se abriría un turno de preguntas. No dejaba de decirse a sí misma: márchate después de la siguiente pregunta, levántate y sal por la puerta. Pero se quedó. Las preguntas parecían haber pasado un filtro previo. ¿Cuánto tiempo se necesitaba para que se vieran los resultados? ¿Cuál era su plato favorito? Iba poniéndose nerviosa, enfadándose por momentos. Levantó la mano. Él la vio, sonrió y la señaló.

—Sí, la joven de ahí detrás.

Ella cogió el micro que le ofrecía el ayudante.

—Neda Kapur, del *Delhi Post*.

—Adelante, por favor.

—Antes de invitar al mundo a visitar el estado, ¿tiene previsto comprobar el número de hoteles involucrados en actividades ilegales como la prostitución y la trata de personas?

Dinesh no se inmutó y respondió de inmediato.

—Es una muy buena pregunta, un tema muy importante.

Sintió que algo se apoderaba de ella.

—Sobre todo teniendo en cuenta que, al parecer, un buen

número de dichos hoteles pertenecen a socios de su padre.

Un grito ahogado recorrió la sala, un murmullo de voces, pero Dinesh mantuvo el tipo.

—Se llevará a cabo un exhaustivo escrutinio de los hoteles, y aquellos que se consideren aptos para recibir a los turistas internacionales obtendrán una certificación especial. Gracias.

Y con eso terminó.

Vio cómo lo rodeaba un enjambre de lacayos, cómo se lo llevaban casi en volandas del escenario. Ni rastro de Sunny. Neda bullía de adrenalina. Percibió las miradas de los periodistas clavadas en ella. Había sido demasiado atrevida, temeraria. El periodista que olía a Old Spice se acercó a ella.

—¡A eso lo llamo yo poner a alguien en un aprieto!

Neda recogió sus cosas y se fue de allí a toda prisa. De pronto le entraron ganas de vomitar. Estaba casi en la puerta del vestíbulo cuando oyó que alguien a su espalda la llamaba.

—¿Señorita Kapur?

Al volverse se encontró ni más ni menos que con Dinesh Singh.

—Tengo que irme volando a otra reunión, pero me preguntaba si podríamos hablar un momentito.

—Sí, claro.

Se vio dirigiéndose con él al vestíbulo del hotel.

Supuso que estaba a punto de recibir una buena reprimenda, una amenaza incluso.

Pero no.

—La admiro —le dijo—. Hace falta valor para formular una pregunta de ese tipo. Y hace bien en formularla. Extraoficialmente, hay muchas cosas que podemos hacer para limpiar el estado, y buena parte de lo que pasa ocurre durante nuestro mandato. Pero hay que entender la manera de hacer política en U. P. No se puede llegar al poder sin dinero y músculo, y eso va acompañado de ciertos compromisos. Comprende que todo esto se lo digo de manera extraoficial, ¿verdad?

—Sí.

—El caso es que tengo intención de regenerar todo eso y hacer limpieza, pero no puedo hacerlo solo. Necesitamos

ayuda, y usted es justo la clase de jóvenes que estamos buscando. —Entraron en el vestíbulo—. El gobierno debería ser transparente. Debería ser honesto, escrupuloso, valiente.

Sus ayudantes y sus gorilas los empujaban hacia la salida.

Extrajo su tarjeta de visita.

—Me gustaría invitarla personalmente a Lucknow. Vamos a celebrar una cumbre para la juventud pronto. Necesitamos periodistas que transmitan nuestro mensaje.

—¿Y si su mensaje y lo que practican no coincide?

—Júzgueme por lo que he hecho hasta ahora. —Anotó un número de teléfono al dorso de la tarjeta—. Y llámeme cuando quiera. Este es mi número personal.

Cogió la tarjeta.

—¿Qué diría de esto su padre?

—La pregunta recurrente de mi vida…

Fue entonces cuando lo vio.

Sunny.

Estaba parado en el vestíbulo, con una americana de corte cuadrado azul marino y corbata gris, absorto, con una expresión solemne y pensativa mientras tecleaba en su BlackBerry. A Neda se le aceleró el pulso y se le encogió el estómago.

—Ah —dijo Dinesh—, mi acompañante para la cena de esta noche.

Sunny levantó la vista con la misma cara de póquer del Khan Market, miró a Dinesh, la miró a ella y volvió a bajar los ojos al teléfono.

Neda sintió una oleada de náuseas. Y de ira.

—Neda Kapur —dijo Dinesh Singh—, este es Sunny Wadia.

Sunny no levantó la vista.

—Neda es periodista —dijo Dinesh.

—Me alegro por ella —contestó Sunny—. ¿Nos vamos?

Dinesh le apretó el hombro.

—Aquí mi amigo es tímido.

—Y la timidez le hace ser grosero, un rasgo muy desafortunado.

—Nuestra mesa nos espera —dijo Sunny.

—Parece que hoy se ha levantado con el pie izquierdo.

Pero, por favor, llámeme. Programe ese viaje. Y, si necesita cualquier cosa, lo que sea, dígamelo.

—Gracias.

—Y ahora perdóneme —dijo Dinesh al tiempo que Sunny se volvía—, pero tengo que preguntárselo: ¿qué va a escribir?

—No se preocupe —dijo, mirando a Sunny—, el típico texto de relleno. —Volvió a mirar a Dinesh y sonrió—. No hay ninguna razón para convertirle en un enemigo. Aún.

Él se rio.

—Esperaré su llamada con impaciencia.

Y se fue, llevándose a Sunny. Los vio alejarse con aire majestuoso rumbo al restaurante japonés del hotel, esperando que cualquiera de los dos se volviese para mirarla. No se volvió ninguno.

¿Qué esperaba de Sunny? ¿Un poco de cortesía al menos? Le parecía cruel la forma en que había hablado. Aunque en parte la reconfortaba; al menos sabía que no le era indiferente. Salió por las puertas delanteras, cruzó el arco del detector de metales y se encendió un cigarro. Encontró el resguardo del aparcacoches, se lo dio y esperó a que le trajeran el vehículo. Ya casi se había acabado el cigarro cuando su Maruti apareció traqueteando y resoplando por el camino y se acordó de las palabras de Sunny acerca de que ella podía ir a cualquier sitio con la actitud que le diera la gana, como si nada, y ahora que era consciente de ello, después de que él se lo hubiera señalado, descubrió que sentía cierto apuro, que le daba vergüenza.

Estaba a punto de subirse al coche cuando oyó una voz a su espalda.

—¿Señorita Kapur?

—¿Sí?

—Me llamo Amit. —El hombre le dedicó una sonrisa obsequiosa. Llevaba la funda de una tarjeta llave del hotel en la mano que le tendía—. El señor Wadia me ha pedido que le informe de que llegará tarde a la reunión que habían concertado.

—¿La reunión?

—En su suite.

Neda disimuló su sorpresa.

—¿Cuánto se retrasará?

—No más de una hora.

—¿Una hora?

Exageró su contrariedad mientras por dentro daba saltos de alegría.

—Eso me complica un poco la tarde, Amit. —Tomó la tarjeta—. Pero ya me las arreglaré. ¿Qué número?

—El ochocientos.

Amit ordenó al aparcacoches que devolviera el Maruti a su sitio y llevó a Neda al vestíbulo.

—La acompaño. —Le indicó los detectores de metal con la mano—. El señor Wadia me ha pedido que le diga que puede considerarse en su propia casa.

Cruzaron el vestíbulo en dirección a un ascensor.

Neda estiró el cuello para echar un vistazo al interior del restaurante.

—Si desea algo más, estaré encantado de servirla. Esta es mi tarjeta, mi número personal, llámeme cuando quiera.

—Gracias, Amit —contestó Neda mientras cogía la tarjeta y entraba en el ascensor.

—A la Suite Business del señor Wadia —le dijo Amit al ascensorista.

Mientras subían, se alegró de tener un aspecto tan anodino con la ropa del trabajo y de la coartada que eso le brindaba ante los ojos acusadores del ascensorista.

La tarjeta llave abrió la puerta de la suite 800, que estaba decorada con el anonimato típico del lujo: mosaicos de mármol, escritorio de madera de caoba, un amplio salón, un despacho, un dormitorio a un lado. Sin embargo, no había rastro de la parafernalia habitual de los hoteles de cinco estrellas: ni cestas de frutas de cortesía, ni botellas de vino con una nota «personalizada»; se notaba que alguien había estado usando la suite, se percibía la tensa presencia de Sunny. Libros, revistas. El escritorio del rincón desbordado de papeles de trabajo, libros sobre planificación urbanística e

historia, proyectos de arquitectura, diseños de logos. Hojeó los distintos documentos: el plano preciso de un centro comercial de tres plantas, un boceto a lápiz de un elegante edificio de baja altura que se extendía por una ladera montañosa. Otro representaba una galería de arte amplia, cuadrada y moderna en la margen de un ancho río, flanqueado de cañaverales, una versión saneada y embellecida del Yamuna. Debajo, la interpretación de un arquitecto de una orilla de un río repleta de indios modernos y sonrientes, comiendo helado, cogidos de la mano, con la silueta de los edificios de oficinas y los tranvías de fondo. Había una libreta abierta a un lado, con un lápiz atravesado encima, pero la letra, una mezcla de hindi e inglés, era del todo indescifrable.

En el hueco debajo del televisor había una colección de bebidas alcohólicas. Black Label, Woodford Reserve, Wild Turkey, Patrón, Hendricks. La nevera contenía varias botellas de Asahi, unas cuantas de tónica Schweppes, algunos refrescos, unas cuantas más de esa agua mineral belga que tanto gustaba a Sunny, una botella de Cocchi Americano y dos de Veuve Clicquot. Tomó un vaso de whisky de una hilera y se sirvió una buena cantidad de Woodford. Lo olió mientras se lo llevaba al dormitorio. Solo iba a echarle una ojeada rápida.

La cama estaba hecha a la perfección, sin indicios de vida ni de prisas. Abrió el armario ropero. Ocho camisas blancas, tres azules, varias más de otros colores. Ocho americanas, cinco pares de pantalones, varios vaqueros. Pasó la mano por el habilidoso corte, por el tejido exquisito. Metió la cabeza e inhaló su olor. Se sintió inexplicablemente conmovida por la indefensión de aquellas prendas colgadas, por su pasividad. La ausencia del cuerpo de Sunny. Cerró la puerta del armario. Se llevó el whisky al baño, examinó su colonia: Davidoff Cool Water. Se roció la muñeca. Ah, sí, era él.

De vuelta en la sala principal, esperó. Encontró un paquete de cigarrillos en uno de los cajones, se encendió uno, arrastró una silla hasta la ventana y abrió la cortina. Ya eran las seis y media. El tráfico avanzaba despacio, los coches pegados unos a otros, los faros de los coches de las lejanas carreteras parpadeaban a intervalos regulares. Delhi siempre ganaba

desde lejos. Nunca estaba tan hermosa como desde la distancia, o desde el aire, acercándose en avión de noche, trazando la ciudad oculta de las cumbres, la columna vertebral prehistórica donde no brillaba luz alguna, las calles ordenadas del Secretariat, la colmena del distrito sur de Delhi. O de lejos, o de muy cerca, frente a un puesto de chai, con todo ese ruido alrededor. No había término medio. ¿En qué se basaba aquello? Tomó un sorbo de whisky y cerró los ojos. ¿En qué se basaba? Tenía el olor de Sunny en el fondo de la garganta. El aire acondicionado no se había encendido, tan solo algunas luces de cortesía iluminaban la habitación. Casi estaba a oscuras. No había insertado la tarjeta en la ranura correspondiente. Debería levantarse y hacerlo. Pero no, no. Era mejor permanecer allí sentada en la exigua luz, esperando. El whisky le resbaló por la garganta. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué esperaba él de ella?

Vio una sombra bajo la puerta y oyó el ruido de una tarjeta llave al deslizarse en la cerradura. La puerta se abrió, la tarjeta se introdujo en el soporte y todas las luces se encendieron de golpe, el aparato de aire acondicionado se puso en marcha y la penumbra de la habitación se desvaneció. Sunny entró hecho una furia y la ensoñación de ella se hizo añicos; estaba nervioso, la miró como sorprendido, como si hubiera olvidado que la había convocado allí. No dijo nada, se preparó una generosa copa de Black Label, la apuró de un trago y se preparó otra. Una energía oscura y tensa emanaba de él. Ella no se movió.

Sunny se quitó la americana y la tiró al suelo, luego se llevó la copa al dormitorio sin pronunciar una sola palabra.

Lo oyó sentarse en la cama.

Contó hasta veinte.

Nada.

Contó otra vez hasta diez y luego se dirigió a la puerta principal.

—¿Adónde vas? —dijo él.

Neda se paró en seco.

—A mi casa.

—Ven aquí.

Había un deje de crueldad en su voz.

—No.

Lo oyó suspirar.

—Por favor. —Y esta vez sus palabras estaban impregnadas de soledad.

Neda encaminó sus pasos hacia la puerta del dormitorio, pero se quedó en el umbral, desde donde lo miró.

Estaba sentado en la orilla de la cama, descompuesto, con los puños cerrados sobre las rodillas.

Estaba intentando controlarse.

—¿Qué ha pasado? —dijo ella.

Parecía incapaz de hablar.

—Sunny.

Levantó la vista.

—¿Qué ha pasado?

—No le aguanto.

—¿A quién? ¿A Dinesh?

Se aflojó la corbata, se desabrochó la camisa.

—Se cree el hombre más listo del mundo.

—Me ha dado esa misma impresión —dijo ella, apoyándose en el marco de la puerta.

Él se frotó la cabeza con las manos.

—Capullo de mierda…

—Tranquilo, no pasa nada.

—No, sí que pasa.

Se serenó y habló con voz suave, sosegada.

—¿Qué haces aquí?

—Tú me pediste que viniera.

—No, me refiero a qué hacías aquí antes, con él.

—Ha convocado una rueda de prensa. Es mi trabajo.

El teléfono de Sunny sonó. Él lo miró y lo soltó, se levantó y se dirigió a la sala principal, pasando junto a ella.

—Necesito una copa.

Neda lo miró mientras él trasteaba en el mueble bar.

—No tienes prisa, ¿verdad?

—No tengo ningún compromiso acuciante, no.

Sirvió dos vasos generosos de Woodford. Se acercó a ella, le ofreció uno.

—Necesito relajarme.

Ella miró alrededor.

—Me gusta tu oficina. Tu escondite.

Él tomó un sorbo de whisky.

—Tengo unos cuantos.

Sunny se sentó al escritorio, sacó sus cigarrillos del cajón y se encendió uno.

Ella se acercó, se sentó en el borde del escritorio.

Cogió uno de los dibujos, el boceto a lápiz de la casa de la ladera.

—¿Esto qué es?

—Una casa en el Himalaya. —Un deje de orgullo asomó a su voz—. La he diseñado yo mismo. Un plan de jubilación. Un hotel tal vez. Aún no estoy seguro. —Le quitó el boceto, lo puso encima de la mesa y cogió un lápiz del escritorio. Trazó dos líneas paralelas en la parte de atrás del edificio, volvió a dibujarlas en la delantera—. Quería construirla en un arroyo, disponer de energía hidráulica además de paneles solares. —Dibujó las cumbres de unas montañas al fondo, con líneas irregulares en los picos nevados—. Y quería construirla en un sitio más alto. Cerca de Rohtang. O de Auli tal vez.

Neda lo observó mientras dibujaba, conmovida ante la atención que ponía en cada detalle. Sunny soltó el lápiz y apartó el papel a un lado.

—Pero es difícil construir en Himachal. Permisos, reticencias de la gente del lugar… Las deidades locales hablan a través de los lugareños y los lugareños son difíciles de contentar.

—¿Y tu padre no te puede ayudar?

No le sentó bien la pregunta.

—Mi padre no es Dios.

Neda escudriñó su rostro.

—Ese plan tuyo para el Yamuna. Tiene bastante de divino. He estado dándole vueltas.

—¿Ah, sí?

—He estado pensando mucho en él. Trabajo con alguien que solo ve el otro lado: la gente a la que están desahuciando.

—¿Es el mismo alguien que me llamó payaso?

—En esa visión tuya —prosiguió Neda—, ¿qué ocurre con toda esa gente?

—En mi visión ya no están.

—Eso es muy conveniente.

—Porque ya los están trasladando a otro sitio, lo sabes, ¿verdad? Los están realojando y les van a proporcionar parcelas de terreno nuevas, casas pukka, luz, agua corriente, váteres de verdad. No tienen que vivir en chabolas. Solo vivían ahí porque el gobierno no construyó suficientes viviendas, pero eso se ha resuelto.

Neda quería creerlo.

—Aquí todos salimos ganando —insistió él—. Tenemos una visión demasiado idealizada de la pobreza. La India no tiene por qué ser así. Podemos mejorar las condiciones de vida de todos.

Ella sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió. Negó con la cabeza y suspiró con expresión de asombro.

—Sunny, Sunny, Sunny…

El tono pareció sorprenderlo, la ternura con que había pronunciado su nombre.

Ella se bajó del escritorio y se acercó a la ventana.

—Somos tan jóvenes… —dijo ella, y Sunny la contempló a la vez que contemplaba Delhi de noche—. Y tú me haces creer que podemos hacer muchas cosas.

Aunque él no contestó, Neda se sentía envuelta en su mirada.

—¿Sabes? —prosiguió—, no estaba segura de si volvería a verte.

—Estaba esperando a que saliese alguna chorrada de artículo —respondió él al cabo de un momento.

Se volvió hacia él.

—Yo no te haría eso. Quiero que lo sepas. No le he enseñado a nadie esa cinta. La tengo en casa, guardada en un cajón.

—¿Ah, sí?

—La escucho. Te escucho a ti hablando en hindi.

—Ese no soy yo.

—Te escucho hablando de tu padre.

—Estás muy guapa —dijo él.

—Vaya, a eso lo llamo yo cambiar de tema.

—Quiero follarte.

Lo miró con recelo.

—¿La cosa va a ir así?

Él se levantó, se acercó a ella por detrás, despacio.

—Si tú quieres.

Neda oyó su respiración detrás de ella.

—¿Y luego?

Notó el tacto de su mano derecha en la cintura.

Su mano izquierda.

Su cuerpo apretándose contra el de ella.

Su boca en el cuello, entre el pelo.

—Me gusta emborracharme —dijo ella, mirando la ciudad iluminada—. Me gusta ver la ciudad de lejos, muy lejos. ¿Acaso es tan malo?

—No.

—Estoy harta de ser buena.

Cerró los ojos.

—¿Adónde vas?

Ella estaba levantándose de la cama.

—A lavarme tu lefa.

Él frunció el ceño y se encendió un cigarrillo.

—No seas tan vulgar.

Ella se rio porque él se lo decía en serio.

Neda ya se esperaba que ocurriera. Lo que no se esperaba era la intensidad. Él apenas acababa de empujarla hacia el dormitorio, apenas acababa de quitarle la ropa, apenas acababa de bajarle las bragas cuando se encaramó detrás de ella, le sujetó las muñecas con los puños, le separó las piernas con las suyas. Ella ya estaba húmeda y él muy empalmado. La penetró y ella se desplomó sobre la cama, enterró la cabeza en la almohada, se abandonó por completo.

—Quiero que me ates. Que me vendes los ojos. Que anules todos mis sentidos.

Sintió el fogonazo del deseo en él, como una llamarada metálica bajo el sol.

—¿Por qué no vienes a trabajar para mí? —le dijo él.

Ella estaba en el baño intentando recomponerse la raya de los ojos.

—No. No es buena idea.

Volvió al dormitorio, se encendió un cigarro y se tumbó boca abajo levantando las piernas en el aire como había visto hacer a las chicas en las películas.

—¿Por qué no?

—¿Qué haría? ¿Ser tu secretaria?

—Ser lo que quieras.

—No es buena idea.

—¿Por qué? —Le acarició el culo con la mano, le dio un leve cachete—. Ya he follado contigo, no tendrías que preocuparte por eso.

—Vete a la mierda. —Rodó hasta quedar boca arriba—. ¿Y qué pasaría cuando dejes de querer follar conmigo?

No tenía respuesta para eso.

—Es mejor no complicar las cosas —dijo ella.

—Ya cambiarás de idea.

El teléfono de Neda sonó en su bolso, que estaba en el salón. Ella dejó que sonara, poniendo los ojos en blanco.

—Lo más seguro es que sea mi madre.

Lo más seguro era que fuese Dean.

—¿Es que no vas a contestar?

—Puede esperar.

Dejó de sonar.

Él cerró los ojos y ella enterró los dedos entre su vello púbico, acariciándolo, y cerró la mano en torno a su polla flácida.

—La tienes más grande de lo que esperaba. —Sonrió.

Él reaccionó a sus caricias, o a sus palabras.

—¿Lista para repetir?

—¿Qué te pasaba antes? —le preguntó ella. Bebían whisky. Ella bostezaba. Habían estado echando una cabezada.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué estabas tan nervioso?

Él abrió los ojos y se quedó mirando el techo durante largo rato. Luego, de pronto, empezó a hablar.

—Un día, cuando era pequeño —explicó—, mi padre me llevó al Bazar de Lala Ka. Fue cuando vivíamos en Meerut. Recuerdo que estaba en un tuktuk con él, apretujado contra

su cuerpo, nunca había estado tan cerca de él. Nos bajamos y recorrimos las callejuelas del mercado. Él nunca había salido conmigo así, los dos solos. Nunca me había llevado a ningún sitio. Me hacía muchísima ilusión. Estaba superfeliz porque no me había hecho caso en toda mi vida. Entramos en una tienda de juguetes y les pidieron a los demás clientes que se fuesen. Ahí estábamos, él, el dueño de la tienda y yo. Mi padre me dijo que escogiese el juguete que quisiera, todos los que quisiera. «Anda, ve», me dijo. Así que eso hice. Me recorrí toda la tienda. Me pasé un buen rato buscando y al final escogí unos cuantos: un camión rojo con luces, una pelotita amarilla que rebotaba muy bien en las paredes y un arma de juguete que hacía distintos ruidos cuando disparabas. Mi padre no me dijo nada, pero hizo que los apartaran a un lado y luego nos fuimos. Yo salí de allí un poco confuso, pero no me atreví a preguntar por qué no nos los habíamos llevado. Supuse que me los enviarían a casa. Me quedé esperando y esperando. Días. Semanas. Pero nunca me los trajeron. Yo nunca me olvidé. Nunca dejé de esperar.

Hizo una pausa, ensimismado en sus recuerdos.

—Esta noche —prosiguió, con la voz cada vez más glacial —, Dinesh me ha dicho: «Tu padre fue como un padre para mí cuando era pequeño. En todos los momentos importantes de mi vida, él siempre ha estado ahí». Lo decía como un cumplido. Creía estar halagándome. Luego ha empezado a describirme un cumpleaños en concreto, la primera vez que vio a su tío Bunty. Me ha dicho que nunca olvidará los regalos: un arma, un camión y una pelotita amarilla.

—Qué horrible. ¿Le contaste tu historia?

—¿Estás loca? ¿Por qué iba a humillarme de esa manera?

—No lo sé.

Permanecieron tumbados en silencio un tiempo.

—¿Y tu madre?

Él inspiró despacio.

—¿Qué pasa con mi madre?

—¿No hizo nada?

Negó con la cabeza.

—Ya estaba muerta en aquel entonces.

—¿Cuándo murió?

—Cuando yo tenía cinco años.

—Lo siento.

Él se incorporó y se levantó de la cama.

—Pues no lo sientas. La hija de puta se ahorcó.

El teléfono de ella empezó a sonar.

Neda lo ignoró.

—Deberías contestar —dijo él.

—No quiero. No es importante.

Sonó una última vez y luego enmudeció. Al cabo de diez segundos, empezó a sonar de nuevo.

—Cógelo —insistió él— o lo tiro por la ventana.

Era Dean. Ella estaba de pie desnuda con el teléfono en la mano, contemplando las luces parpadeantes, sulfurosas, de Delhi. Dean le preguntó dónde estaba, le dijo que quería quedar con ella para cenar en el 4S. Le dijo: «¿Cómo vas a resistirte a un pollo con chile y a una cerveza bien fría?». A ella no se le ocurría nada que le apeteciese menos en ese momento. Moduló la voz como si estuviese hablando con su madre. Le dijo a Dean que estaba tomando algo con un amigo, que ya lo llamaría cuando acabase. Todavía no se había recuperado del impacto de las palabras de Sunny. La crueldad ensayada que no conseguía ocultar su dolor. Quería saber más.

Pero, de vuelta en el dormitorio, Sunny estaba con su BlackBerry.

—Espero a alguien —le dijo—. Deberías vestirte y marcharte.

Aquello le dolió.

—Vale.

—Es por algo del trabajo.

—He dicho que vale.

Ambos empezaron a vestirse en silencio.

Después de ponerse los pantalones, Sunny se detuvo para mirarla.

—¿Qué pasa? —dijo ella.

—Es Dinesh. Se suponía que pasaría con él toda la velada. Me lo he quitado de encima para estar contigo unas horas.

—¿Y se supone que tengo que darte las gracias?
—No te pongas celosa.
—No lo estoy.
—Tengo una vida.
—Y yo también.
—Entonces, ningún problema.
Ella acabó de vestirse.
—Oye, sobre tu madre… —dijo Neda.
—No quiero hablar de eso.
—Bueno —siguió diciendo ella, con una sonrisa falsa y alegre—, ha estado bien. Ya nos veremos.
Se dirigió a la puerta principal y dejó la tarjeta llave en el aparador.
Ya casi había llegado cuando él la alcanzó por detrás. La agarró, la hizo volverse y la inmovilizó contra la pared.
—¿Qué? —exclamó ella—. ¿¡Qué!? Suéltame, me haces daño.
La miró fijamente a los ojos.
¿Qué quería decirle? ¿Qué quería hacerle?
¿De verdad iba a hacerle daño?
No lo sabía.
—No eres… —dijo Sunny— como las demás.
—Suéltame.
—Lo digo en serio.
Intentó besarla y ella apartó la cara.
—Lo digo en serio —repitió él.
Y la besó. Y ella no se resistió. Y luego la soltó.

Neda se encontró con la mirada indulgente del ascensorista. Inhaló el aroma neutralizador del jazmín y la hierba limón. El dolor en las muñecas. Demasiado whisky en su torrente sanguíneo. La cabeza le daba vueltas. Agradeció llegar al vestíbulo. Agradeció el aire tórrido del verano. Volvía a estar en el mismo sitio, con el aparcacoches, esperando ver su Maruti aparecer traqueteando hacia la entrada, pero ahora todo había cambiado. Arrancó y circuló por las calles pisando el acelerador a fondo hasta que consiguió dominarse y detuvo el coche en el arcén. Le temblaba la mano. Se encendió un cigarrillo. El día había ido intensificándose desde la nada

hasta acabar por estallar. Unos obreros pasaron por su lado en la oscuridad, fumando beedis, mirándola con gesto inexpresivo. Llamó a Dean.

—Hola. Sí. Voy de camino. Sí, me he escaqueado. Llego ahí en veinte minutos.

Dean ya estaba sentado arriba, en el 4S, esperándola. Había escogido una de las dos mesas del frente, donde la luz del letrero exterior rebotaba y parpadeaba a través de la ventana de lámina de vidrio y le bañaba el rostro de neón. El estrecho local estaba, como siempre, abarrotado de estudiantes. Oscuro, un poco mugriento y tremendamente reconfortante para ella; los camareros la conocían de vista y la saludaron cuando entró y enfiló las empinadas escaleras.

Dean la vio asomarse por el último escalón y ya tenía la mano levantada en el aire para saludarla.

Ella sonrió al verlo, un niño grande entre el resto de los niños que iban a la universidad, un profesor amable y enrollado.

Él ya había pedido dos Old Monks con Coca-Cola y un plato de rollitos de primavera. Neda cogió uno de los rollitos mientras se sentaba y le dio un buen mordisco.

—Dios, me muero de hambre…

—Bueno, ¿qué tal ha ido con el chico prodigio? —preguntó Dean.

Neda se embutió el resto del rollito y habló con la boca llena.

Le parecía que así mentir era un poco más fácil.

—Bah, ya sabes: que si estatus internacional por aquí, estatus internacional por allá… Un montón de gilipolleces, francamente.

Él negó con la cabeza.

—Si vuelvo a oír esa expresión una sola vez más, te juro que me pego un tiro. Fui a una reunión de la RWA en Sarojini Nagar, y no paraban de decirlo, no paraban de hablar de la necesidad de darle a Delhi un estatus internacional. Esa puta frase. Ciudad global, estatus internacional. El escaparate del mundo. Bueno, es igual, ya basta de eso. Me han dicho que al final sí que le hiciste la pregunta.

—Sí, debió de ser el vino.

—Estoy impresionado. ¿Cómo se la tomó?

Volvió a pensar en Sunny. Lo sintió dentro de ella, olió su colonia y su sudor sobre su propia piel, su lengua enredada en la de ella. Notó el peso de sus brazos como si fueran miembros fantasmas. Se recordó a sí misma comprar la píldora del día después. Su cerebro se quedó rememorando el momento en que él la penetraba, la enloquecedora sensación de sentirse llena y consumida a la vez.

—¿Hummm?

—Que cómo se tomó Dinesh la pregunta.

—Pues el caso es que me ha ofrecido llevarme a Lucknow. Me dijo que soy la clase de periodista audaz que el mundo necesita, o una tontería por el estilo. No pienso ir, desde luego. Yo no me creo esos rollos. —Llamó al camarero—. ¿Pedimos ya?

Al cabo de un par de días, por la mañana, recibió un mensaje en el teléfono.

21.00 Park Hyatt. Japonés. Cena

Salió del trabajo a las siete y media. Se había llevado la ropa para cambiarse. Un vestido negro. Lápiz de ojos grueso, pero nada de pintalabios. Estaba un poco cortada al entrar. Se sentía incómoda, expuesta. Se dirigió con aire vacilante al maître del restaurante japonés, le dijo que había quedado con el grupo de Sunny Wadia. El maître adoptó una actitud excesivamente deferente; la guio por un pasillo hacia el interior del restaurante, bajaron por otro corredor privado hasta un pasadizo con varios biombos correderos lacados y pintados con muy buen gusto. El hombre se detuvo al llegar a uno en concreto y lo abrió. Había una mesa alargada con espacio para veinte comensales, pero allí solo estaba Sunny.

—Que disfrute, señora —dijo el maître.

Ella entró y él cerró la puerta corredera.

Y así empezó una breve época dorada. Dos vidas completamente distintas. Por el día, la ciudad abrasadora, vociferante y salvaje, y Sunny Wadia por las noches. Los coches la recogían y la transportaban a gran velocidad a través de los santuarios de Delhi, sin importar el precio o el esfuerzo que costase, sin preguntas de ninguna clase. Se escindió en dos. El monzón empezó a principios de julio. Los desahucios seguían a buen ritmo por toda la ciudad. Ella estaba desconectada, todo le resbalaba. Dean salía a entrevistar a la gente, a grabar, a recabar pruebas, a recopilar testimonios, a luchar contra la marea. La ciudad estaba cambiando de forma y de carácter ante sus ojos, estaban vaciándola, destripándola. Dean seguía todas y cada una de las demoliciones, seguía los desahucios, elaboraba un mapa de las rutas desde los centros demolidos hasta los barrios de los realojamientos. En el trabajo, ella transcribía los testimonios que él recogía, una entrevista tras otra a ciudadanos cuyas vidas quedaban rotas como si fueran piedras de cantera con destino a otro lugar, bloques de construcción para otras vidas provechosas y rentables. En su mesa de trabajo, Neda daba vueltas en el torbellino de aquellas palabras, sentía lástima, tristeza, pero, cuando terminaba, recogía sus cosas y salía por la noche con el coche para reunirse con él. Sabía que lo que hacía estaba mal.

Esa primera cena fue perfecta. Nunca más volvería a experimentar algo así. A solas en esa sala de banquetes privada, ternera de Kobe, un Romirasco Barolo de 1993, patatas fritas gourmet, los ojos de él deleitándose con cada bocado de ella, viviendo sus propios placeres a través de los de ella. Luego pasaron a un sake soberbio, que bebieron en tacitas cuadradas de madera, seguido de un par de habanos, con los pies encima de la mesa, con sendas copas de ron venezolano en la mano, mientras Sunny la deleitaba con las historias de sus viajes por Europa, su despertar al sexo y las drogas y a los placeres refinados de la existencia. Se retiraron a través de un ascensor privado a otra de sus suites. Borrachos, riendo a carcajadas, los dueños del mundo. En la

habitación follaron y apenas hablaron.

Ella se vio engullida por el grupo de él. «Como París —dijo alguien una noche—, Sunny Wadia es una fiesta». Sin embargo, mantuvieron la naturaleza de su relación en una zona gris. Ella lo entendía. Él era un personaje público, con una corte, y ella no albergaba el menor deseo de convertirse en su reina. Se contentaba con observar desde los márgenes sabiéndose conocedora de su secreto. Llegaba a aquellas grandes comilonas, a veces en restaurantes pequeños, a veces en salones de banquetes de cinco estrellas, siempre un poco tímida, un poco reticente, siempre sola, siempre tarde. Hari regresó a la ciudad. Había estado en Bombay después de Kasol. Él sí advirtió el cambio. Se miraban el uno al otro desde el otro lado de la mesa a veces, o desde el otro extremo del ático cuando la fiesta estaba en pleno apogeo, y ella sabía que él lo sabía, y él la miraba con gesto triste, porque la había perdido otra vez, pero también estaba contento de verla disfrutar de la vida. Ya nunca se llamaban ni hablaban. Ella era otra persona.

Neda acabó por entender que ir a cenar con Sunny no tenía que ver con la comida. No tenía que ver con la bebida. No tenía que ver con la cantidad que reflejaba la cuenta al final, cosa que nadie veía nunca. Tenía que ver con el espectáculo, con esperar a ver qué sucedería a continuación en aquella ciudad suya, en aquel mundo que habían conjurado. Sunny los llamaba y ellos acudían, pedían sin mesura alguna y apenas tocaban los platos, bebían y bebían y reían y chillaban, gritaban y contaban historias, y se escandalizaban y se indignaban, exprimían con sus exigencias el lugar donde estuvieran, ponían en peligro sus mismísimos cimientos, y luego Sunny pagaba la cuenta de sus niños mimados y caprichosos y todos se marchaban.

Él la miraba desde donde estuviera sentado, bebiendo, riendo, observando y volviendo a observar. Algunos hombres

hablaban del sector inmobiliario. Otros hablaban de las bromas que gastaban en la escuela. La comida llegaba sin cesar, un plato extravagante tras otro, oleadas de manjares exquisitos, de manera implacable. A la una de la mañana, la mesa era un campo de batalla.

A veces Neda se presentaba en un tuktuk o en un taxi. Él desaparecía después de la cena, a veces se excusaba, pagaba siempre discretamente, a veces tan solo desaparecía sin decir una palabra y un humor sombrío se apoderaba de la noche sin la presencia de Sunny; los recién llegados se ponían nerviosos por cómo iba a transcurrir entonces. Él les había dado cuerda. Ella esperaba hasta una hora oportuna y entonces se despedía y se iba. A veces intentaban retenerla, llevársela al siguiente local. Ella se negaba implorante, aduciendo cansancio o que tenía que trabajar al día siguiente. Sabía que cuando se iba se ponían a hablar de ella, sobre todo teniendo en cuenta que Kriti ya no aparecía por allí. Tal vez intentarían sonsacarle a Hari. «Es amiga tuya, tú la trajiste. ¿Qué hace con él?».

A veces se marchaba expresamente mucho antes que Sunny. A veces Sunny estaba un rato metiéndose con ella, insultando a los periodistas en general. Acusándola de ser una espía. ¡No digáis nada delante de ella! Y ella se limitaba a sonreír y a ponerse a charlar con alguien. Luego se iban los dos.

«¿Adónde creéis que habrán ido?».

A ella no le importaba.

La llevaba Ajay. Si Sunny ya se había ido, Ajay la recogía fuera y la dejaba en el hotel donde él estuviera esperándola. Si era ella la que se iba antes de la fiesta, Ajay la llevaba al hotel y le daban la tarjeta llave para que pudiera esperar en la habitación. El silencioso y leal Ajay, la mirada siempre baja, ni una sola palabra. Atravesaban la noche a gran velocidad. Neda se dio cuenta de que Ajay nunca ponía música. A veces ella se colocaba los cascos, subía el volumen y contemplaba las calles inconexas por la ventanilla, las pilas de basura que

ardían en el arcén, los trabajadores dormidos. Los meses de julio y agosto así transcurrieron. Sin descanso ni necesidad de ello. Resacas doradas. Iridiscentes de champán.

Sabía a la perfección cómo recibirlo. Por entero. Sentirse llena de él. No había otra forma de expresarlo. Él le hablaba de Italia después de haber follado, cuando estaban tumbados en la cama fumándose un cigarro. Del atelier en el que le confeccionaban los trajes, del sol que inundaba el aire mediterráneo, de las motas de polvo en la claraboya. De los cafés en los que se sentaba por el día, del tintineo de la cucharilla y de la taza de café y el plato. Había estado allí cuando tenía dieciocho años. Regresaba una y otra vez a aquel recuerdo. Al de la tienda de juguetes de Meerut y al de Italia. A veces llegaba con signos de agotamiento, cuando se reunía con ella después de que Neda hubiera estado esperando una, dos horas, bebiendo whisky y viendo el canal de películas con el aire acondicionado encendido y las lenguaradas de calor lamiendo las ventanas por fuera. A Sunny no le había dado tiempo de hacer un reset. Esas ocasiones eran distintas. Neda sentía el impulso de cuidar de él. La gente me cansa, decía Sunny. Me agota. Eres demasiado generoso, contestaba ella. Neda se abandonaba, perdida en él y solo en él. Necesitaba olerlo. Se ponía sus camisas para meterse en la cama.

El dinero es una puta maldición, le decía Sunny. Eclipsa el trabajo duro. Antes, tenías que ser bueno o ingenioso o divertido. Interesante, inteligente. Tenías que dedicar tiempo a conocer a la gente. Te solidarizabas con ellos. Luego te haces rico. Y eso acaba con absolutamente todo. Todo el mundo es simpático contigo. Todo el mundo te quiere a su lado. Eres la persona más popular allí donde estés. Es tan fácil ser encantador cuando eres rico… Todos te ríen las gracias, siempre pendientes de cada palabra que sale de tu boca. Se te olvida y te crees que es por ti. Luego a veces vas a algún sitio y no gastas nada, y es tan triste, tan horrible volver a empezar desde cero, y se te ha olvidado cómo ganarte la

confianza o el aprecio de alguien, y sabes que es más fácil tomar un par de atajos, así que al final sacas la pasta, los billetes, la pinza, la tarjeta y la emoción es aún más grande, porque no lo sabían, y ahora lo saben. Eres rico. Allí mandas tú. Te quieren. El dinero es una puta maldición.

—Mi abuelo se apellidaba Walia —le dijo una noche en la cama—. Ese era su apellido. Se lo cambió por Wadia después de conocer a un comerciante parsi al que le iban muy bien las cosas. Te hablo de hace mucho tiempo, esto es justo después de la independencia. Pensaba que el cambio le traería buena fortuna. Eso es todo. Esa es la historia. De hecho, no es ni una historia.

—El caso es que sí cambió su fortuna.

—Dos generaciones después.

—¿Era un hombre religioso?

—Murió antes de que yo naciera. No sé nada más que lo que me contó Tinu.

—¿Tinu?

—Tinu es Tinu. La mano derecha de mi padre.

Ella se quedó callada unos segundos.

—¿En qué cree tu padre?

—¿Qué?

—¿En qué cree?

Sunny meditó la respuesta.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad.

—En el dinero —contestó.

—¿En Laksmí?

—No. Solo en el dinero.

—¿Y a quién le reza?

Volvió a quedarse pensativo.

—A sí mismo.

—¿Le quieres?

Reflexionó sobre eso aún más tiempo, y el silencio se alargó de tal forma que se hizo insoportable.

—¿Qué hay de tu tío Vicky? —preguntó Neda al fin.

Se puso tenso. Ella advirtió cómo se retraía.

—No hablamos de él.

—¿Por qué no habláis de él?

No contestó.

—¿Qué pasó en Kushinagar?

—¿Dónde has oído eso?

—Parece que fue algo gordo.

Permaneció callado durante largo rato, inmóvil, sin mirarla.

—Asuntos de política local. Allí las cosas son diferentes.

—Me lo imagino. Lo llaman con otro nombre, ¿verdad? Con un nombre de montaña. ¿Cómo era? ¿Himmatgiri?

Él desvió la mirada.

—No vuelvas a decir ese nombre nunca más.

De aquello hacía solo seis semanas, pero parecía toda una vida. Desde que se despertaba hasta que se iba a dormir, esa existencia la consumía. Quedaron en suites de hotel no más de veinte veces. Él le llevaba joyas para que se las pusiera. A veces ropa. Ella se vestía despacio. Salía así esa noche, una persona distinta. Desaparecía unas horas. Volvía a ser ella misma cuando se separaba de él, cuando regresaba a su mundo. Pero había algo que se llevaba consigo.

Algo que estaba erosionándola.

Fuera, la ciudad estaba sumergiéndose, estaba derrumbándose. El monzón llenaba las alcantarillas y las zanjas de las calles. Las carreteras se desbordaban con el ruido de los cláxones. Nunca hablaban de eso. Había protestas. Desahucios. Demoliciones. Nunca hablaban. Ella transcribía los textos para Dean. Nunca hablaban. Él le hablaba desde la cama. Desde el otro lado de la mesa. Había una necesidad de aquello. Sunny citaba la ley. «Almitra H. Patel contra el Gobierno de la India». El tribunal ofreció su dictamen: Delhi debería ser el modelo de la nación. ¿Había que darle a un carterista una recompensa por robar?

Su madre le preguntó:

—¿Estás saliendo con alguien?

—Sí —respondió ella.
Sentadas a la mesa del desayuno.
—¿Con Hari?
Ella se rio mientras se comía los cereales.
—No, por Dios.
—¿Qué tiene Hari de malo?
—Nada.
—¿Es Dean?
—No es Dean.
—¿Nos lo vas a presentar?
—Lo dudo.
—¿Estás tomando precauciones?
—Por supuesto.

4

A pesar de todas las precauciones del mundo, algo acabaría cambiando. Era imposible sostener la misma nota de manera indefinida. El monzón amainó. Eran las cuatro de la mañana de un viernes. Estaban en la cama, medio dormidos. Sunny dijo que salía para Lucknow al día siguiente, que estaría fuera por motivos de trabajo. Dinesh Singh, dijo. Cuando estaba con él, Neda perdía la noción del tiempo. Se durmieron y, cuando Neda despertó, eran las seis y media y él ya estaba vistiéndose.

—¿Qué ha pasado?

—Cambio de planes. Esos cabrones vienen esta noche a Delhi.

—¿Quiénes?

—Dinesh y el behenchod de su padre. Tengo que prepararme.

—¿Cómo te preparas?

—Principalmente, recordándome que no abra la boca.

—¿Qué haces con ellos? Nunca me lo has dicho.

—Son asuntos de mi padre.

—¿Y tú?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué hay de tus asuntos, del río?

—No preguntes.

—Acabo de hacerlo.

—Mi padre está echándole un vistazo.

Acabó de arreglarse.

Neda dejó el hotel poco después de las siete y media de esa mañana.

Volvía a casa para cambiarse antes de ir a trabajar cuando llamó Dean. No respondió. Supuso que podía esperar. Pero Dean insistió segundos después, ansioso.

—¿Dónde estás? —Y, sin darle tiempo a contestar, añadió —: Necesito que vayas a Laxmi Camp ahora mismo.

—¿Ahora?

—Hay programada una demolición para esta mañana, las excavadoras ya están allí. El Tribunal Supremo acaba de emitir la orden.

—Vale.

—Necesito que cubras la noticia. Yo no puedo ir, estoy en Meerut.

—¿Ahora mismo?

—¡Sí! ¡Ahora mismo!

Hacía meses que se protestaba contra la demolición de Laxmi Camp, las órdenes judiciales iban y venían, pero las excavadoras finalmente habían recibido luz verde. Era cierto, la cuadrilla de demolición ya había llegado. El funcionario al mando anunció que los trabajos empezarían en cuanto se terminara el té. Se había proyectado la construcción de un mercado en ese terreno. Algunos vecinos del barrio se las habían arreglado como habían podido para poner sus vidas a salvo y habían desmantelado sus chabolas pieza a pieza, mientras que otros se habían limitado a empaquetar sus cosas y se habían marchado, dejando sus viviendas a merced de las excavadoras. Aunque había llovido en algún momento de la noche, a aquellas horas hacía calor y humedad. Muchos hombres habían salido hacia el mercado de reparto de trabajo y habían dejado sus hogares desprotegidos. O bien no confiaban en que las amenazas se materializasen o bien no podían permitirse faltar al trabajo. Neda llegó justo cuando el

funcionario hacía su anuncio. La abordaron varios vecinos del barrio contiguo. Un caballero de porte erguido, oficinista, que paseaba a su labrador, quería hacer una declaración pública. Se llamaba Ashok, de la Residents Welfare Association, la asociación de vecinos. Treinta y nueve años. Apúntelo. Esa gente es una pesadilla, una amenaza, ensucian la ciudad, traen delincuencia, defecan en los parques. Apunte eso. Levantamos un muro, pero hicieron un agujero. Entran por ahí y lo utilizan como camino de paso por la noche. Ya era hora de que los echaran. ¿Cómo iban a indemnizarlos por ocupar terreno público? El mundo es testigo, dijo. Apunte eso. Se arrimaba cuanto podía a la libreta, asegurándose de que Neda lo anotara todo. Una mujer rolliza del jhuggi oyó lo que decía con cara de hartazgo. Me llamo Rekha. ¡Apunte eso! ¡Nosotros ayudamos a construir vuestras casas! ¡Cocinábamos para vosotros! ¡Vigilábamos vuestras casas por las noches! ¡Si había ladrones, los echábamos! ¡Y mira cómo nos lo pagáis! El labrador empezó a ladrarle. Sin previo aviso, las excavadoras se pusieron en marcha. La gente comenzó a gritar, unos detrás de otros. ¡¿Y así es como nos lo pagáis?! ¡¿Adónde vamos a ir?! ¡¿Quién trabajará para vosotros ahora?! Las excavadoras avanzaron sin desviarse un milímetro, arrasando con todo a su paso. Aplastaron viviendas de lona, bambú, chapa y ladrillos sueltos, casas y vidas enteras borradas de un plumazo. Hasta que un grito distinto a los demás hendió el aire. Tan desgarrador y espeluznante que todo se detuvo. Las excavadoras pararon los motores e interrumpieron el avance, policía y vecinos se abalanzaron hacia el lugar del que había procedido, la última casa, medio derruida. El perro de Ashok continuó ladrando. De entre las ruinas, sacaron a una joven con la ropa hecha trizas que balbucía entre alaridos. Los hombres empezaron a retirar los escombros de manera frenética, pero era demasiado tarde. Extrajeron los cuerpos aplastados de dos niños, hermanos, los sacaron en alto, tiznados de blanco, cubiertos de yeso, muertos. Neda lo vio con sus propios ojos. Oyó los lamentos que estallaron entre la gente, vio a los chicos arrojar piedras a las excavadoras.

Esa tarde escribió una crónica del suceso en primera persona: el caos, la cadena de acontecimientos, el impacto visceral. Incluso consiguió reunir testimonios. La demolición se suspendió, estalló una protesta, que fue ganando fuerza hasta casi desembocar en disturbios. Sin embargo, el artículo que envió al periódico era aséptico, eficaz, comunicaba los hechos tal cual habían ocurrido y poco más.

Se dio cuenta de que aparecía en las noticias. Un equipo de televisión había ido a grabar la demolición. Habían recogido el momento de la muerte de los niños. Neda estaba allí, boquiabierta, llorando.

Dean quiso llevarla a cenar esa noche, pero ella rechazó la invitación. Dijo que prefería estar sola. Él comentó que volvería a llamarla más tarde para ver cómo estaba.

Los afligidos padres estaban trabajando en una obra. Les habían asegurado que la demolición se aplazaría. Se habían arriesgado, habían ido a trabajar, habían dejado a sus hijos en casa. Una vecina debía vigilarlos, pero la policía le había pegado una paliza. En ese mismo momento perdieron a sus hijos, sus pertenencias, su vida.

La madre de Neda la estudió con el cuidado y la atención minuciosos que solía emplear contra el mundo. Nada escapaba a sus ojos. Era un halcón que nunca se abatía sobre su presa, pero Neda sabía que estaba allí.

—Eres todo nuestro mundo —dijo su madre, tomándole la mano—. Lo sabes, ¿verdad?

—No —contestó Neda, tratando de retirar la mano.

Su madre no la soltó.

—Y estamos orgullosos de ti.

—No deberíais.

—Lo que haces importa.

Parpadeó y las lágrimas cayeron.

—Nada importa.

Tenía la cabeza embotada.

—Chis…

—No puedo con esto —dijo. Alzó la vista para mirar a su madre a los ojos y su voz adoptó un tono de súplica—. ¿Puedo irme ya? Necesito dormir.

Su madre asintió.

—¿Quieres que te haga subir un té?

—No.

—¿Y un whisky?

—No.

—¿Nos fumamos un cigarrillo antes de irte?

Neda subió a su habitación y se sentó un momento en el borde de la cama, asqueada, inmóvil, hasta que decidió desnudarse y entrar en la ducha, debajo del chorro de agua caliente, deseando eliminar de su mente esas imágenes de pesadilla que se repetían en bucle: la mujer gritando, los cuerpos diminutos, el ladrido frenético del perro, el motor gutural de la JCB, la luz deslumbrante de los focos. Revivió el momento, se vio viendo la desolación, y sus recuerdos quedaron injertados en la cámara de televisión y convirtieron el suceso en una experiencia extracorporal, desligada de cualquier realidad discernible. El agua caliente se terminó y empezó a salir fría, pero aun así permaneció debajo del chorro, dejando que insensibilizara su cuerpo y, de paso, su mente. Perdió la noción del tiempo y el espacio; podría tratarse de una jungla, o puede que fueran montañas, pero no era Delhi.

No sabía cómo escapar de aquello. Oyó un rumor de voces abajo. Su madre decía algo. Luego un hombre. Tenía que ser Dean.

Sí, Dean estaba allí.

Se puso un kaftán y bajó con cuidado hasta la curva de las escaleras de mármol, desde donde echó un vistazo con disimulo, como una niña pequeña.

No era Dean.

Era Sunny. Estaba sentado con su madre en la mesa redonda que ocupaba el centro de la casa, vestido con una

sencilla camisa blanca y unos chinos, bebiendo té, con aspecto cansado, agotado. Escuchaba a su madre cuando hablaba, respondía; su madre parecía receptiva, tranquila, asentía.

Sunny debió de oírla o intuir su presencia o verla con el rabillo del ojo porque levantó la vista y la miró a los ojos, y ella se abrazó a la pared un poco más. Luego descendió unos cuantos escalones, haciendo de tripas corazón.

—¿Qué haces aquí?

—Te he visto en las noticias —dijo él.

Aquello, ver a Sunny allí sentado, cruzando ese límite, invadiendo su vida, no parecía real.

—Disculpe —dijo la madre de Neda—, mi hija puede ser muy grosera.

—No pasa nada —contestó Sunny—. Ha tenido un mal día.

Neda negó con la cabeza, incrédula.

—¿Un mal día?

—Voy a echarme un rato —dijo la madre. Se volvió hacia Sunny—. Cuídela.

Sunny se levantó y le tendió la mano.

—Ha sido un placer conocerla, señora Kapur.

La mujer se la estrechó.

—Ushi —dijo—. Me llamo Ushi.

La mujer miró a Neda, pero no dijo nada, y dio media vuelta para dirigirse a su dormitorio. Neda la vio marcharse sin moverse del sitio. Solo se acercó a la mesa cuando su madre hubo desaparecido. Solo entonces Sunny retomó su asiento.

—Es como imaginaba.

—¿Te ha preguntado quién eras?

—He dicho que era un amigo.

Neda bajó la voz.

—No eres un amigo. —Cerró los ojos—. ¿Qué haces aquí? ¿No se suponía que debías estar con Dinesh?

—Que espere.

Neda negó con la cabeza.

—Me siento como una idiota.

—¿Por qué?

—Necesito una copa. —Fue a buscar una botella de Teacher's y dos copas de brandi al aparador—. ¿Qué le has

dicho a mi madre?

Sirvió con generosidad.

—Nada.

Neda apuró la suya de un trago. Miró la otra. Y también se la bebió.

—¿Qué te ha preguntado?

—Nada.

Volvió a servirse para ella.

—Frena —dijo Sunny.

—Ahórrate los sermones conmigo.

—No te estoy sermoneando.

También le sirvió a él.

—No es del bueno, ya lo sé.

—¿Aquí se puede fumar?

Neda agitó una mano.

—Claro.

Sunny sacó los cigarrillos y el encendedor. Le ofreció uno.

—¿Creciste en esta casa?

Ella lo aceptó y él se lo encendió.

—Ya sabes que sí.

—Una chica afortunada.

—Eso dicen.

Sunny vio unas marcas hechas con lápiz en la pintura blanca de una de las columnas. Unas rayitas con fechas al lado, indicando la altura.

—¿Son tuyas?

Neda asintió.

Él se levantó y se aproximó para verlas de cerca. La última era del 26-7-97. Pasó un dedo por encima.

—¿Qué ocurrió después de eso?

—Que crecí.

Sunny regresó a la mesa.

—No tengo ganas de pelearme contigo.

Neda se sirvió más whisky.

—Vas a acabar mal.

—Tú sí que vas a acabar mal.

Volvió a apurar la copa.

—Tengo la sensación de haber estado viviendo como una sonámbula —dijo Neda tras un largo silencio—. Y de abrir los ojos para encontrarme en otra pesadilla.

—¿Qué quieres hacer?
—Quiero irme de aquí. De esta ciudad. De mi vida.
—Pues vámonos.
—Para ti es muy fácil, ¿verdad? No hay donde ir.
—Déjame que te lleve a un sitio.
—No quiero ir a una habitación de hotel contigo.
—No me refería a eso.
—Ni a un comedor privado ni a un puto bar de gente VIP.
—No. —Sunny se levantó y se dirigió a la puerta—. Donde quiero llevarte, ni siquiera es necesario que te cambies de ropa. ¿Vienes?

Neda se tumbó en el asiento trasero del Audi con los pies apoyados contra una de las puertas mientras Sunny atravesaba la ciudad a toda velocidad. Necesitaba ese refugio. El aire acondicionado muy alto, la tapicería fresca…, el coche era una isla. Sentía el motor en los huesos. Los dientes le castañeteaban por el frío y la adrenalina. Sunny hablaba por teléfono en voz baja, con una mano en el volante. En la noche, la ciudad se desovillaba ante Neda como una bobina de cinta mientras Sunny continuaba atento a la carretera. Era como si la hubieran drogado. Se dirigían hacia el sur, hacia el Qutb Minar. El Audi dejaba atrás las rectas a toda velocidad; el motor devoraba el asfalto entre un semáforo y el siguiente.

Dejaron atrás el distrito sur de Delhi y entraron en Mehrauli. Un mundo incoherente de tierras de cultivo que nadie cultivaba, ocupadas y arrebatadas a sus dueños por los misteriosos, los afortunados, los atrevidos, los extraños, un laberinto de caminos de tierra y parcelas, propiedades enigmáticas rodeadas de altos muros engalanados de alambre de espino o casas de campo medio en ruinas ramoneadas por las cabras. Neda había asistido a una celebración en uno de esos sitios, al banquete de boda de la hermana mayor de una amiga del instituto. Le sorprendió el espacio. La tierra. Tanta tierra oculta. Y la estaban colonizando los ricos, los millonarios. Tendría que habérselo imaginado.

Llegaron frente a una puerta reluciente custodiada por dos

viejos rajastaníes pertrechados de bigotes y escopetas. Los hombres reconocieron el coche, se pusieron firmes, corrieron a abrir la puerta y saludaron cuando el vehículo la cruzó. Al otro lado, el asfalto oscuro y suave de una carretera privada. Era Delhi y no era Delhi: márgenes exuberantes a los lados del camino, pavos reales chillando en la noche, hombres silenciosos cuidando macizos de flores, ni un asomo de basura, nada roto. El zumbido del motor acompañaba el avance majestuoso del coche, que torcía a uno y otro lado como si avanzara sobre raíles, como si se tratara de una atracción de feria. La desorientación era embriagadora. Neda abrió un poco la ventanilla e incluso el aire olía distinto, húmedo y dulzón, perfumado por los jazmines que florecen de noche. Vio las puertas, las altas cúpulas y chapiteles góticos, garitas bañadas de luz blanca, guardias leyendo periódicos, escuchando la radio, bebiendo chai, levantando la vista para echar un vistazo al coche a su paso. A la derecha no había casas, ni puertas, solo un muro oscuro e infinito, casi tan alto como los árboles que se apiñaban al otro lado. Avanzaron por aquel camino inexpugnable hasta que llegaron a una puerta maciza de metal, que permitía justo el paso de un coche, anodina en comparación con las majestuosas entradas que habían dejado atrás. El coche esperó fuera y unos segundos después alguien descorrió un cerrojo al otro lado. La puerta se abrió hacia dentro. A la luz de los faros, Neda distinguió una masa boscosa y una pista umbría que desaparecía entre los árboles. Al pasar, Neda vio que Ajay sujetaba la puerta, momentos antes de que los engullera la noche.

Circularon por la pista que cruzaba el bosque y se adentraba en la propiedad acompañados por Ajay, que corría al lado del coche. Continuaron bastantes minutos de la misma manera, hasta que la pista se abrió y los árboles desaparecieron, y salieron a un claro tapizado de hierba, al final del cual arrancaba otra pista. Sunny detuvo el coche en medio del calvero. Apagó el motor y las luces. Bajó y abrió la puerta trasera. Ella también bajó, sintió la hierba bajo sus pies, su exquisita suavidad. La luna salió y el claro quedó

bañado de luz. Estaba despejado y vacío. Sunny la tomó de la mano.

—¿Dónde estamos?

—Espera —dijo él.

La guio a través de otro bosquecillo hasta una gigantesca explanada en obras donde estaba alzándose una construcción de proporciones faraónicas. Llegaron junto a los cimientos de un edificio tan extraordinario que recordaba a una nave alienígena estrellada. A su alrededor se veían montañas de arena y grava, pilas de ladrillos y losas de mármol protegidas con lonas. También había varias JCB, una niveladora, un imponente camión de cemento y un campamento de tiendas y hogueras destinado a los trabajadores inactivos. La zona en obras estaba desierta.

Sunny le fue indicando el camino con una linterna a través de un césped bien cuidado, en dirección a un edificio bajo situado a un centenar de metros de la zona en obras. Cuando se acercaron un poco más, Neda vio que se trataba de una casa de campo de una sola planta, con puertas correderas de cristal y losas horizontales de piedra toscamente labrada y un tanto deterioradas, un signo de otros tiempos.

—¡Ay! —se quejó Neda dando un respingo y apartando el pie del suelo.

Había pisado algo afilado.

—¿Qué pasa?

Sunny enfocó la hierba con la linterna y vio que Neda estaba sangrando. Había pisado un cristal roto y aún tenía clavado un trozo en el pie.

Se lo extrajo.

—¿Puedes caminar?

Ella asintió.

Continuaron en dirección a la casa de campo mientras Sunny apuntaba al suelo con la linterna, iluminando el camino para Neda. Descorrió el pestillo de una puerta lateral y la condujo por un callejón hasta la siguiente, junto a la que había una caja de fusibles. La abrió y accionó varios interruptores. Hubo un estallido de luz cerca de donde estaban y, cuando doblaron la esquina, los recibió el

resplandor de la piscina de la parte trasera. Junto a esta había una barra con una multitud de neveras que cobraron vida cuando Sunny accionó unos cuantos interruptores más. Después acompañó a Neda hasta una de las tumbonas y la sentó con la pierna en alto.

—Voy a buscarte algo.

Se puso a rebuscar en los armarios de debajo de la barra. Neda miraba fijamente el agua de la piscina, en la que flotaban varias hojas muertas.

Sunny levantó la cabeza por encima de los armarios.

—Aquí no traigo a nadie —dijo.

Neda volvió a mirar el agua. Siguiendo el borde largo de la piscina, hacia la oscuridad, unos arbustos altos en flor y unas palmeras asomaban por encima del muro. Una torre de vigilancia vacía dormitaba en la noche. Sunny se puso recto, dejó en la barra una botella de whisky mediada y se acercó a uno de los congeladores.

—Esos gilipollas los han apagado. —Buscó el interruptor, pero no lo encontró—. Voy a mirar dentro.

Desapareció por una entrada que no quedaba a la vista.

Varias luces se encendieron en el interior de la casa de campo.

Neda aprovechó para levantarse de la tumbona y cojeó hasta la piscina. El pie le sangraba bastante. Cuando lo levantó para mirarlo bien, sintió una punzada de dolor; la sangre que manaba del corte goteó sobre el hormigón caliente. Se arremangó el kaftán y metió las piernas en el agua, hasta la rodilla. Unos murciélagos revolotearon por encima de su cabeza. El débil rumor de Delhi. Se quedó mirando la sangre que salía de la herida y se mezclaba con el agua.

—Señora. —Una voz nueva llegó hasta sus oídos. Ajay llevaba una bandeja grande tapada con un trapo blanco, que ocultaba el contenido. La miró muy serio—. ¿El señor?

Neda señaló la casa de campo. Ajay entró rápidamente, salió diez segundos después y volvió a irse con la misma rapidez. Transcurrió otro minuto antes de que Sunny apareciera con la misma bandeja, esta vez descubierta, en la que llevaba una botella de vodka, una cubitera, dos vasos bajos, algunas rodajas de limón y un trapo de cocina limpio.

Lo dejó todo en la barra y acercó la botella.

—No deberías meterlo ahí. Déjame ver.

Neda sacó el pie del agua. Sunny comprimió la piel con el trapo limpio y se la secó alrededor del corte.

—Es bastante profundo.

Neda lo observaba con atención.

—No noto nada.

—Lo notarás enseguida. ¿Preparada? —Inclinó la botella y vertió vodka sobre la herida—. Stoli. —Sonrió—. Solo lo mejor.

Neda soltó una carcajada, y se echó a llorar.

—¡¿Qué nos pasa?!

Sunny le ató el trapo alrededor del pie y se lo colocó en su propio hombro.

—Es mejor que lo tengas en alto —dijo.

Pero ella seguía sollozando.

—Lo digo en serio. ¿Qué carajo nos pasa?

Neda se apartó de él y se estiró en el borde de la piscina, con la mirada perdida en los árboles. Sunny volvió a la barra con la botella, se lavó las manos en el fregadero y empezó a preparar las bebidas.

—¿Por qué haces esto? —preguntó ella.

Sunny exprimió el limón, tiró las cáscaras, agregó unas rodajas recién cortadas, añadió el hielo, sirvió un generoso chorro de vodka y volvió junto a ella con los vasos.

—¿Qué clase de anfitrión sería si dejase que te desangraras?

Depositó las bebidas en el suelo, se quitó los zapatos y los calcetines, se arremangó los pantalones y se sentó junto a ella, con los pies metidos en la piscina.

—Ahí hay sangre mía.

—Lo sé.

Neda miró el trapo, que empezaba a teñirse de rojo.

—Aún sangra.

—Me gusta lo que llevas.

—No cambies de tema. —Aun así, se miró el kaftán—. Mi madre lo compró en Jaipur. Antes los exportaban. —Pinzó la tela entre el pulgar y el índice izquierdos y luego la soltó—. En Nueva York pagarían trescientos dólares por esto. Eso me han dicho. —Levantó la cabeza hacia el cielo—. Puede que

llueva. —Las nubes habían ocultado la luna—. Ojalá llueva. —Cerró los ojos y volvió a sentirse mal. Apuró su bebida de un solo trago—. No siento nada.

Le dio un empujón al vaso para que rodara lentamente hacia la piscina, donde cayó con un plof y se hundió.

Sunny ni se inmutó, se limitó a sacar el tabaco del bolsillo de los pantalones y se encendió un cigarrillo.

—¿La vida es así y ya está? —dijo Neda.

—Has tenido un día duro. Mañana, cuando hayas descansado, lo verás todo de otra manera.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Quería ser de ayuda.

—Con nosotros no hay ayuda que valga, joder.

Sunny quiso tomarle la mano, pero Neda apartó la suya.

—Ponme otra copa —dijo.

En cuanto Sunny se levantó, Neda se desató el trapo, lo arrojó a un lado, se quitó el kaftán por la cabeza y se sumergió deslizándose en el agua, desnuda. Desapareció bajo la superficie. El rumor del mundo se atenuó y quedó distorsionado en el calor de la noche monzónica. Neda contuvo la respiración cuanto pudo.

Sunny se detuvo junto a la barra y esperó, atento.

Finalmente, Neda se dejó flotar hasta la superficie.

Salió sin hacer ruido. Se quedó flotando, boca abajo, con las piernas separadas, aguantando aún la respiración, soltando pequeñas burbujas. Cuando ya no pudo más, levantó la cabeza y tomó una bocanada de aire.

Sunny había vuelto junto al borde de la piscina, con la bebida que le había pedido.

Neda recuperó el aliento.

—Estaba imaginando qué pasaría si no estuvieras aquí cuando saliera.

—Que tendrías problemas para volver a casa.

—No, no me pasaría nada.

Empezó a nadar a crol hasta el otro extremo de la piscina.

—Nadas muy bien —dijo Sunny.

—Me enseñó mi padre —contestó Neda cuando llegó al final. El pelo se le esparció en abanico sobre los hombros. Regresó al centro de la piscina y se quedó allí, sosteniéndose en el agua—. Hoy he visto morir a dos niños —dijo—.

Aplastados dentro de un hogar miserable. Estoy segura de que en esta piscina cabrían cincuenta chabolas como la suya. Sus cuerpos estaban cubiertos de polvillo. No había sangre. Pero debían de estar destrozados por dentro. Pensaba que no me afectaría. Nunca había oído un grito como el de esa mujer. Habría dicho que no era humano, pero no es cierto. Era demasiado humano. No recuerdo nada de lo que hice en ese momento. Pero me he visto llorando por la tele. Me siento avergonzada. No tenía derecho a llorar. Y, a pesar de todo eso, aquí estoy, contigo, como si nada. Soy una cobarde y una desalmada.

—No podrías haber hecho nada.

—¡Que no podría haber hecho nada! Y todo eso va a seguir ocurriendo. —Sollozó, frustrada. Su sangre se mezclaba con el agua de la piscina—. ¿Qué estamos haciendo, Sunny? No podríamos haber hecho nada… Podríamos haberlo hecho todo. Todos somos culpables. Todos somos iguales. Aunque te impliques, no hay escapatoria. Sobre todo si te implicas. ¿Cómo puedes dormir por las noches? Tienes que ser un santo. Tienes que llevar un saco de arpillera y flagelarte con una vara, renunciar a tus posesiones, ir descalzo, dormir en la calle, solo para redimirte, y aun así no será suficiente, porque todo eso no cambiará nada. Eso o seguir adelante sin más.

Sunny se quitó la camisa y la dejó caer al suelo, se despojó de los pantalones, bordeó la piscina hasta el extremo donde cubría el agua. Esperó un momento, como si se lo pensara, y luego se tiró de cabeza, se sumergió y buceó hasta el lado opuesto.

Salió, jadeante.

—Es mejor tener un plan —dijo tras unos segundos.

—Ah, ¿un plan? —Neda dejó escapar una risa sarcástica—. ¿Has hecho tu gran entrada para decir… eso?

Nadó hasta ella.

—Nosotros mejoramos la vida de todos. Para que tengan derecho a soñar.

—¡Dios, ahórrate esos discursitos conmigo! Esto es ridículo.

—No puedes dejarte arrastrar a ese mundo.

—Hay gente que muere para que nosotros podamos soñar. —Le dio la espalda—. Y al día siguiente seguimos adelante como si nada.

En ese momento, oyeron jaleo en la zona en obras. Unos potentes reflectores se encendieron con un sonido metálico industrial, como si se tratara de un plató de cine o de una redada policial. Varios coches, voces.

Neda se volvió hacia Sunny, preocupada, y vio que él estaba incluso más desconcertado que ella.

—Joder.

La puerta lateral se abrió de golpe.

—¡Su padre está aquí! —informó Ajay, visiblemente nervioso.

Y volvió a desaparecer a toda prisa.

—Joder —repitió Sunny. Miró a Neda, presa del pánico—. No puedes estar aquí.

—¿Por qué?

—¡Sal, ya!

Su miedo era contagioso.

—¿Dónde coño quieres que vaya? Estoy desnuda.

Nadó hasta el borde.

—¡Señor! —gritó Ajay, apareciendo de nuevo—. ¡Vienen hacia aquí!

Sunny señaló el kaftán de Neda.

—La ropa. Ayúdala.

Ajay fue a por el kaftán de inmediato, rodeó la piscina a toda prisa, sacó a Neda del agua de un tirón, volviendo la cabeza hacia un lado, y la envolvió en la prenda. Sunny le indicó un pequeño vestuario, un tanto apartado, adosado al muro de la casa de campo.

—Rápido.

Ajay corrió con ella hasta el vestuario, arrastrándola más allá de la barra de bar. Neda agarró la botella de vodka por el camino. Él la empujó dentro.

El habitáculo olía muy fuerte a abandono, a la mezcla embriagadora de cloro rancio y desagües atascados de mantillo. Neda recobró el aliento, abrió el vodka y bebió un largo trago. Luego empezó a temblar. La madera se había combado en algunos sitios y quedaban pequeños huecos. Se

arrodilló y echó un vistazo; la separación le permitía ver la parte trasera de la casa de campo y un poco de piscina.

Sunny continuaba en el mismo lugar, con la mirada perdida. Paralizado.

«¿Qué cojones está pasando?».

Ajay apareció con un cubo lleno de agua, que arrojó sobre las piedras que conducían al vestuario para limpiar las pisadas ensangrentadas.

«Esto es de locos».

Luego oyó voces.

Sunny también las oyó, se puso rígido, como un ciervo delante de unos faros. Ajay regresó junto a las puertas de cristal de la parte trasera de la casa de campo y enderezó la espalda. Pasos. Muchos pasos. Muchas voces. Neda distinguió a tres hombres entrando por la puerta trasera, al otro lado de la piscina. A la cabeza, Bunty Wadia. Lo reconoció al instante, a pesar de que nunca había visto una foto suya con suficiente definición. A primera vista, parecía alguien benévolo, incluso paternal, pero se conducía con una fría autoridad que infundía miedo. A su lado iba el famoso gobernador de U. P., Ram Singh, y detrás, con aire tranquilo y deferente, Dinesh.

Bunty y Ram iban hablando. Bunty echó un vistazo a la piscina y prosiguió sin detenerse, pasando junto al firme Ajay y conduciendo a todo el mundo adentro como si Sunny ni siquiera estuviera allí.

Sunny continuó paralizado después de que los tres hombres desaparecieran en el interior de la casa.

Silencio.

Neda se preguntó si sería un buen momento para echar a correr.

Era incapaz de apartar los ojos.

Bunty volvió a aparecer a través del hueco.

Se acercó al borde de la piscina y miró abajo.

Neda se dio cuenta de que contenía el aliento.

Lo único que podía hacer era mirar.

Bunty y, abajo, Sunny, frente a frente, en silencio, inmóviles.

Sunny fue el primero en moverse.

Caminó por el agua.

Llegó a la orilla.

Dijo algo que Neda no alcanzó a oír.

Sunny colocó las dos manos en el borde para darse impulso y salir.

Todo ocurrió muy deprisa.

Sunny tenía medio cuerpo fuera cuando Bunty levantó el pie. Detuvo a Sunny colocando la suela del zapato negro en su pecho. Y lo empujó de nuevo a la piscina.

Luego se dio la vuelta y se fue.

Quiso correr junto a Sunny.

Pero se refugió en la oscuridad, bebió de la botella y cerró los ojos.

¿Cuánto tiempo llevaba sentada en el suelo húmedo? ¿Unos minutos o una hora? A pesar de que la noche era cálida, temblaba, le castañeteaban los dientes. Por mucho vodka que bebiera, no conseguía emborracharse. La piscina estaba en silencio. Fuera, todo estaba en silencio. Cuando se decidió a echar un vistazo, solo vio la superficie plácida del agua, las luces cálidas de la casa de campo. ¿Dónde estaba Sunny? ¿Dentro? ¿Había huido?

Estaba atrapada en esos pensamientos cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.

—Señora —susurró una voz. Era Ajay.

Neda se mordió el labio y acercó la mano a la cerradura, despacio.

—Señora, vístase y salga, por favor.

Neda abrió un resquicio.

—Señora, tiene que darse prisa —la apremió.

Neda se puso el kaftán y salió con cuidado y con la botella de vodka en la mano. Ajay le hizo rodear la piscina en silencio, recordándole que no hiciera ruido. Neda oyó voces y risas dentro de la casa, vio la luz que se colaba por las ventanas y distinguió a Bunty y a Ram Singh por una de las laterales. Fue solo un instante, al momento ya cruzaban la puerta y se adentraban en la silenciosa penumbra del jardín. El suelo irregular hizo que se acordara del pie. Sin necesidad de linterna, Ajay la acompañó a través del bosque hasta el

claro donde seguía aparcado el coche de Sunny. Las luces se encendieron cuando abrió la puerta, emitiendo un brillo cegador en medio de la noche. Ajay apareció con un botiquín. Le desinfectó la herida con cuidado y deferencia, le puso un apósito grande y luego le vendó el pie. Neda lo observó en silencio mientras la curaba. Acto seguido subió al coche, cerró la puerta, se apretó contra el frío asiento de cuero y esperó sin decir nada, inmóvil, a que Ajay encendiera el motor y el interior quedara a oscuras.

Circularon en silencio hasta la entrada de la zona trasera.

Delhi regresó.

Hombres en bicis, carreteras llenas de baches, luces de neón.

Ruido.

Pusieron rumbo hacia el Qutb, se incorporaron a la vía principal y se perdieron entre el tráfico. Un coche más.

Neda se sentó de manera que Ajay no pudiese verla, recostada con la espalda contra la puerta y las piernas estiradas sobre los asientos.

—Ajay —dijo al fin, cuando el coche se detuvo en el semáforo en rojo del paso elevado del IIT.

—Sí, señora.

—¿Sunny está bien?

Ajay vaciló. Luego dijo:

—Todo está bien.

Continuaron en silencio hasta que el semáforo se puso en verde.

Reanudar la marcha supuso un alivio para ambos.

Ajay encendió la radio, pero la bajó. Estaban emitiendo bandas sonoras de películas antiguas.

Neda le pidió que subiera el volumen.

Los guardias de la entrada de la urbanización de Neda abrieron la puerta sin preguntar; conocían el coche. Ajay sabía dónde estaba la casa, aparcó fuera y esperó a que Neda saliera. Y así acabó todo.

Neda abrió la puerta.

—Ajay.

—Sí, señora.

—Gracias.

Bajó con la botella de vodka en la mano, cerró la puerta y cojeó descalza y con aspecto desaliñado hacia su hogar, un lugar seguro.

Entró con la llave que guardaban debajo de la planta de aloe, escondiendo la botella de vodka a la espalda, mientras oía cómo se alejaba el Audi. Su padre estaba despierto, en la sala de estar, sentado en su sillón preferido, emparchado un millar de veces a lo largo de los años, viendo un DVD a la luz de una lámpara. El hombre echó un vistazo por encima de sus gafas de lectura.

—Cenicienta…

No comentó nada sobre la ropa ni sobre los pies descalzos.

—¿Qué estás viendo, papá?

—*El mundo de Apu*.

Se acercó y lo besó en la frente. Él arrugó la nariz.

—Hueles como si vinieras de las olimpiadas de Moscú. —Alargó la mano hacia su espalda y examinó el vodka—. ¿Qué es esto? ¿La medalla de oro?

—El premio de consolación.

—Bueno, pues habrá que probarlo, hija mía. Un traguito antes de retirarnos. También podemos fumar uno de esos cigarrillos de tu madre mientras tú me mientes sobre tus aventuras nocturnas.

Neda fue a buscar dos vasos al armario mientras él abría la botella y la olía.

—¿Quieres hielo?

—No, no. Vas a despertarla. Tú echa y ya está.

Neda sirvió dos buenos vasos hasta que la botella se acabó, le pasó uno y fue a buscar los Classic Mild de su madre antes de arrastrar un taburete hasta el sillón.

En la pantalla, Apu deambulaba apesadumbrado por las minas de carbón del centro de la India, esparciendo su novela al viento.

—¿Y bien? —preguntó su padre, disfrutando del ardor del vodka en los labios.

—Bien… ¿Mamá te lo ha contado?

Neda se encendió el cigarrillo.

—¿Lo del chico que vino a buscarte?

—No, eso no.

—Ah, sí, lo otro. Sí, me lo ha contado. Lo siento, mi niña. Siento que vieras algo así.

—Si pudiera desaparecer sin más, lo haría.

Se la quedó mirando.

—¿Estás metida en algún lío?

Neda negó con la cabeza.

—No. —Luego cambió de opinión—. Puede que sí.

Le pasó el cigarrillo. Su padre le dio una larga calada, retuvo el humo en los pulmones, echó la cabeza hacia atrás y, con los ojos cerrados, lo expulsó haciendo anillos.

Neda rio como una niña.

—No se te ha olvidado.

—Pues no.

—Antes lo hacías mucho para mí.

—Así dejabas de llorar. —Su padre le pasó los dedos por el pelo—. Ya no puedo protegerte.

El hombre apuró el resto del vodka de un trago.

No había nada más que decir.

Él retomó la película y Neda se llevó los vasos a la cocina, apagó el cigarrillo y subió a su habitación sin hacer ruido. Se duchó con agua muy caliente. Se quedó dormida en cuanto se metió en la cama.

Se despertó de sueños muy intensos, en estado febril, y fue al cuarto de baño con el estómago revuelto. Tardó un poco en recordar qué era real y dónde estaba, y cuando lo recordó tuvo más miedo que nunca, pero no tenía con quién hablar sobre lo que había ocurrido la noche anterior. El padre de Sunny. Dios, ese hombre. Ese pie en el pecho de Sunny, empujándolo de vuelta al agua. Poco después, Dean le envió un mensaje preguntándole cuándo llegaría a la oficina. Había mucho que hacer.

Dean y ella regresaron al lugar de la demolición esa

mañana. La escena era caótica, todavía quedaba la mitad por demoler y el lugar estaba lleno de funcionarios, trabajadores de ONG, periodistas. Las muertes y el eco que se habían hecho los indignados medios de comunicación habían logrado detener la demolición, pero ya apenas quedaba nadie en las chabolas, casi todos sus habitantes se habían ido. A algunos, los que cumplían los requisitos para ser reubicados, los habían trasladado fuera de la ciudad en autobuses; otros tan solo se habían ido por su cuenta a otro lugar o habían huido. Solo resistían unos pocos, rebuscando entre los escombros. Neda distaba mucho de ser ella misma. Continuó olvidando cosas. Finalmente, Dean la subió a un coche y la envió de vuelta a la oficina.

Dean escribió un artículo sobre las demoliciones y la muerte de los niños. «Tragedia y la reconversión neoliberal del espacio público». Esa misma noche en la redacción, Neda empezó a hojear la primera edición del día siguiente, antes de volver a casa. Allí, en la página ocho, a pocas del artículo de Dean, había un anuncio a color que ocupaba toda la plana: «La Fundación Benéfica Wadia desea anunciar que concederá una compensación de 10 lakh de rupias (por niño) a los padres de los niños que sufrieron una trágica muerte durante el desahucio de Laxmi Camp. Lamentamos profundamente su pérdida».

El rostro serio y reflexivo de Sunny miraba al frente desde la página. Estaba de pie, tras el hombro de su padre, que se sentaba a una mesa, con una pluma en la mano y con el rostro vuelto hacia la cámara y expresión cordial, como si lo hubieran sorprendido en mitad de la firma de un decreto.

Dean estampó un ejemplar de la misma edición contra la mesa de Neda.

—¿Te puedes creer esta mierda?

Neda estaba paralizada.

—Lo han puesto en todos los putos periódicos —prosiguió Dean—. Solo lo que cuestan los anuncios sube más que la compensación que ofrecen.

—Un millón de rupias es mucho dinero —dijo Neda.

—Es mucha jeta. Míralos —contestó Dean, abriendo su

maltrecho ejemplar por la misma página que Neda. Señaló la cara de Bunty con un dedo—. ¿Ese tipo quién se cree que es?

«Ha sido Sunny. Esto es cosa de Sunny», pensó Neda.

—Si creen que así quedan bien, se equivocan. Porque esto apesta. Apesta a mala conciencia. ¿Sabes qué? —recuperó su pobre ejemplar, dejando a la vista el de Neda—, voy a averiguar qué se traen entre manos de verdad.

Neda escribió a Sunny desde el cuarto de baño.

He visto el periódico.

Contempló el teléfono varios minutos, esperando.
la tarde después del accidente en la casa
Nada.
Volvió a escribir.

Sé que es cosa tuya

Continuó con la mirada fija en el teléfono. Pero nada.
Nada.

No te he pedido que lo hicieras.

Nada.

Sigues sin entenderlo, ¿verdad?

No recibió nada.

Neda II

1

No recibió nada. Su teléfono se sumió en un silencio sepulcral. Pasaron los días. Neda veía cómo la furia de Dean contra los Wadia iba haciendo metástasis, mientras en su propio corazón proliferaban las células del desconcierto. Vivía con la sensación de que iban a descubrirla en cualquier momento. Se puso con los artículos de seguimiento de Dean, centrándose sobre todo en la indiferencia policial y en los defectos en los procesos judiciales relacionados con los desahucios. Sin embargo, Dean se quedó solo en la redacción del periódico. No tardaron en aparecer artículos de opinión de las partes interesadas, defendiendo o justificando las demoliciones. Dean le asignó la tarea de localizar a los padres de los niños fallecidos. Y, durante todo ese tiempo, Neda estuvo esperando la llamada de Sunny. Esperaba saber de él al día siguiente, y al otro, esperaba recibir noticias suyas, que hablase con ella. Pero no recibió nada. Al final, lo llamó, pero resultó que el número no existía. Llamó a Ajay, con el mismo resultado. Esperó una semana sin tener noticias, sin que diera señales de vida, y, como no había nadie a quien pudiera confiarse, empezó a sentirse como si todo hubiese sido un sueño.

Reproducía mentalmente la noche en la casa de campo, la imagen horripilante del padre junto a la piscina. Su pie implacable en el pecho de Sunny, empujándolo bajo el agua. El trayecto de vuelta en el coche con Ajay, líquido y oscuro, como si ella también estuviese sumergida.

Se despertaba por las mañanas enfadada consigo misma. Lo echaba de menos. Guardaba en la guantera del coche un ejemplar del periódico en el que Sunny había publicado su anuncio con la compensación económica. Dobló la hoja, se sentó fumándose un cigarrillo en el arcén y se quedó mirando su rostro, tratando de obtener alguna pista. Tenía la certeza, una certeza absoluta, de que Sunny era el responsable de aquello. ¿Había publicado aquel anuncio dirigido expresamente a ella, como un mensaje? ¿A modo de disculpa? ¿Un arranque de estupidez de un hombre enamorado? ¿Y luego qué? ¿Se había arrepentido, había cambiado de opinión, se había escondido? El padre lo complicaba todo aún más. La crueldad. Aquel pie implacable. ¿Habría puesto Sunny aquel anuncio también en señal de rebeldía? ¿Para plantarle cara a su padre? Faltaban tantas piezas en aquel rompecabezas… Iba tan absolutamente a ciegas… Examinó las caras de ambos en el anuncio, su expresión, la del padre, el brillo en sus ojos, la decoración, la habitación… Pero no había nada que le diese ninguna pista. No reconocía el escritorio, ni siquiera reconocía el traje que llevaba Sunny. «Pero yo te conozco», le dijo a Sunny. Se fijó entonces en Bunty. En lo agradable, en lo generoso que parecía. Dio una calada a su cigarrillo hasta que la brasa relumbró con fuerza y luego lo aplastó contra la cara de Bunty.

Pasaron tres semanas. Neda dormía, se despertaba, trabajaba en una nube de humo de tabaco. Dean fue fiel a su palabra: empezó a investigar más a fondo a Bunty Wadia y su imperio comercial, su industria de bebidas alcohólicas, sus minas, sus empresas de construcción, sus compañías madereras de U. P., en busca de algún indicio revelador, de algo que los relacionase con lo que estaba sucediendo en la ciudad en esos instantes. Con Sunny, Neda oscilaba entre la ira, el miedo, la culpa y el desengaño. Le echaba de menos, le odiaba. ¿Tanto le costaba ponerse en contacto con ella? ¿Tanto le costaba decirle que estaba bien? O es que tal vez no lo estaba, tal vez estaba…

Aquel era el momento idóneo para que Neda se confesase.

Para que acudiese a Dean y se lo contase todo. «Dean, he sido una idiota. Te juro que no era mi intención, pero…».

Aunque ¿qué iba a decirle? ¿Que había tenido una aventura con Sunny? O que Sunny tenía planes para la ciudad, tal vez esa era la pista que Dean necesitaba. ¿Podía decirle Neda una cosa sin contarle la otra? «He descubierto algo… Un amigo acudió a mí y me dijo…».

¿Y luego qué? ¿Traicionar a Sunny?

Pero ¿por qué? A fin de cuentas, Sunny ni siquiera tenía nada que ver con las demoliciones. Sus planes no iban dirigidos a esa barriada de chabolas. No, ¡era inocente!

Neda se debatía entre una cosa y la contraria.

¿Y si vendía a Sunny y él la llamaba justo al día siguiente?

No.

Esperaría.

Al fin y al cabo, era ella quien había hecho que Sunny publicara esos anuncios.

Era ella la que le removía la conciencia.

Era ella la conexión.

Al final, fue con su coche hasta el Park Hyatt, se entretuvo en el vestíbulo, se metió en el ascensor. Reconoció al ascensorista. Mientras subían a la octava planta, Neda le preguntó, con toda la naturalidad del mundo, como si tal cosa:

—¿Ha venido hoy el señor Wadia?

Pero el hombre la miró con gesto inexpresivo y no le contestó.

Echó a andar por el silencioso pasillo y se detuvo frente a la suite 800. Eran las cuatro de la tarde. Apoyó la oreja en la puerta. ¿Se oía ruido dentro? Le pareció oír el sonido del televisor. ¿Y si llamaba al timbre, o a la puerta? ¿Sería capaz de dominar los nervios si Sunny le abría? ¿Y si le abría otra mujer? ¿Qué consideraría aceptable? Se mentalizó para lo que estaba a punto de ocurrir. Necesitaba una respuesta, fuese cual fuese. Levantó el puño en el aire y, cuando estaba a punto de llamar, oyó el ruido amortiguado de unas voces y unas risas al otro lado, aproximándose a ella. Dio un paso atrás, dispuesta a salir corriendo, cuando la puerta se abrió.

Una pareja de extranjeros la miró con cara de sorpresa. Norteamericanos, supuso. A punto de salir para ir a ver el Taj Mahal. Aturullada, dio media vuelta y se marchó. Tomó las escaleras y se detuvo en el descansillo a recobrar el aliento. Cuando estuvo segura de que la pareja ya se habría ido, volvió y cogió el ascensor para bajar de nuevo al vestíbulo.

Lo vio fuera, en la puerta del hotel.

—Amit —lo llamó.

—¿Sí, señora? —respondió la afable voz.

—Amit, soy la amiga del señor Wadia. Me ayudaste a concertar mi entrevista con él hace un par de meses.

—Lo siento, señora.

—En su suite. Me acompañaste hasta el ascensor. Me diste una tarjeta llave.

—Ahora mismo estoy muy ocupado, señora.

—¿Has visto al señor Wadia?

—Si es tan amable, señora… Debo irme.

Y se deslizó por detrás del mostrador de recepción y desapareció.

Entró en el restaurante japonés. Pasó junto al maître, ignoró sus educadas llamadas de atención y atravesó el local, dejando atrás la barra y siguiendo la estela de los camareros, pasando junto a las mesas, para dirigirse a los reservados privados. Empezó a abrir todos los paneles de las puertas correderas, consciente de que aquello era una locura. Fue realizando el registro con notable serenidad, pero las protestas del personal del restaurante —el encargado, el maître y los camareros— eran cada vez más enérgicas. La mayoría de los salones estaban vacíos. Era demasiado temprano. Dos estaban ocupados por sendos grupos de ejecutivos reunidos en encuentros de negocios. Se asomó, cerró las puertas de nuevo y al final se sintió como una idiota y salió de allí sin volver la vista atrás. A pesar de que conocía al personal, todos la miraban con gesto impasible, como si no la hubieran visto en su vida. Repitió el mismo procedimiento en otros hoteles. En las otras suites, en los otros restaurantes. Con el mismo resultado cada vez. Se presentó en el místico restaurante soviético donde se habían conocido, pero estaba

igual de vacío y cerrado que el resto de los locales comerciales.

Envió un mensaje a Hari.

—Hola, qué haces?

Transcurrió un día entero antes de que le respondiera.

—En Bombay. Ocupado.

—Cuándo vuelves? Tenemos que quedar o algo.

Él no contestó.

¿Cómo podía alguien desaparecer así? Muy fácilmente, teniendo en cuenta que ella no tenía ningún derecho sobre él, que no tenía por qué darle explicaciones de ninguna clase. Siempre se habían visto cuándo y como él había dispuesto, siempre habían quedado en su territorio. Neda había vivido en las burbujas que él había creado dentro de la ciudad.

En la ciudad, los desahucios seguían ejecutándose a buen ritmo. Los periódicos proclamaban la transformación del espacio urbano. Los pobres ya no eran víctimas de un estado incompetente y corrupto. Eran unos usurpadores y unos ladrones. Sus desdichas no eran fruto de una vida desdichada. Estaban despojándolos de su humanidad.

—¿Qué pasó con ese chico? —le preguntó su madre una noche, ya tarde.

Neda estaba comiendo un plato de pollo frío en la mesa del comedor.

—¿Qué chico?

—Lo sabes perfectamente —contestó su madre—. El que vino aquella noche. Con el que te fuiste, sin tu ropa.

—¿Sin mi ropa?

—Sí, ese chico.

—No es un chico.
—No te pases de lista conmigo.
—Ya no salgo con él.
—No sé si me dijiste cómo se llamaba.
—No importa, ya es historia.
—Entiendo.
Neda se encogió de hombros y siguió masticando.
—Pues me pareció muy simpático —dijo su madre.
—Tienes el radar averiado.
Neda comió en silencio un rato.
Su madre se sentó enfrente de ella.
—¿Cómo te va en el trabajo?
—No sé si quiero seguir trabajando allí. Quiero volver a estudiar.
Su madre asimiló sus palabras.
—Estoy cansada de mi trabajo —dijo Neda.
—Cansada.
Neda no dijo nada.
Su padre entró en la habitación.
—¡Quiere dejar el trabajo! —soltó su madre a voz en grito.
—Amor mío de mi vida, déjame al menos que acabe de entrar por la puerta… —masculló su padre.
Neda se levantó de la mesa.
—No he dicho eso.
—¿Es que te vas?
—Sí.
—Quiere dejarlo.

Esa tarde fue en coche hasta la mansión de Sunny. Dobló una esquina y aparcó a cierta distancia, más abajo, y se puso a vigilar la entrada. Ya lo había hecho antes. Aparcó y se quedó allí dentro con un cigarrillo, fumando, observando las idas y venidas de los criados, de los proveedores, hombres y mujeres, las idas y venidas de coches con los cristales tintados. Se impuso una regla a sí misma: cuando se hubiese acabado tres cigarrillos, se iría.

Dean la envió a visitar los barrios de los reasentamientos, a

conseguir declaraciones, tomarle el pulso a la situación y a tratar de encontrar a los padres de los niños que habían muerto. Salió al amanecer, un trayecto de cincuenta kilómetros hasta una Delhi transformada en una ciudad desolada, polvorienta, llena de naves industriales abandonadas y de lecherías con rebaños de vacas esqueléticas. Una serie de canales hediondos horadaban el terreno, formando una bifurcación. En la parcela de tierra destinada al reasentamiento de los habitantes de las chabolas, las víctimas de los desahucios se miraban unas a otras con gesto confuso. ¿Qué se suponía que iban a hacer ahí? Neda puso en marcha la grabadora.

—Nos han dicho que estas tierras valdrán algo dentro de quince años. Que tendremos todo lo que necesitemos. Ya teníamos todo lo que necesitábamos en el otro lado. Lo construimos con nuestras propias manos. ¿Quién puede esperar quince años?

—¿De qué sirven las tierras si aquí no hay trabajo cerca?

—Ahora tardaré cuatro horas en ir a mi trabajo en la ciudad. Antes tardaba veinte minutos en total. ¿Cómo vamos a vivir así?

Un hombre le dijo que iba a venderle la escritura de su terreno a un agente inmobiliario.

—Necesitamos dinero, no podemos vivir aquí y morirnos de hambre; la tierra no se come.

Muchos otros iban a hacer lo mismo. Le contaron que varias inmobiliarias iban a visitar los terrenos a diario, que les compraban las escrituras a cambio de dinero contante y sonante, dinero suficiente para empezar de cero en otro lugar, o regresar a Delhi y ocupar otra chabola. Señalaron hacia el otro lado del asentamiento, a unos doscientos metros, donde había un agente inmobiliario con sus hombres. Neda se despidió dándoles las gracias y fue a hablar con ese otro grupo. Un hombre calvo y gordo, vestido con camisa blanca y pantalones negros, estaba en medio de un grupo de gorilas. Neda los saludó con la mano al acercarse a ellos. ¿Podía hacerles unas preguntas? El calvo le dio la espalda y echó a andar despacio. No con miedo, sino con desprecio. Ella lo siguió. Quería hacerle unas preguntas. ¿Para quién trabajaba? Un brazo extendido trató de impedirle que siguiera

acercándose. Era el brazo de un hombre joven con un ojo vago. Tenía cara de sapo, carnosa, y el pelo grueso y rizado. Le recordó a un efebo concupiscente de los cuadros de Caravaggio. Neda retrocedió.

—No me toques.

El agente inmobiliario continuó alejándose y el matón de Caravaggio le cortó el paso a Neda.

Intentó rodearlo, pero él imitaba sus movimientos.

Varios pobres entre los desahuciados acudieron en su auxilio. Le pidieron que volviera con ellos a su coche. El matón la miraba con gesto hostil. Neda dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Les preguntó a sus salvadores por los padres de los niños que habían muerto. Necesitaba distraerse. Alguien los conocía. Eran trabajadores migrantes, solo llevaban tres años en la ciudad. ¿Habían ido allí con ellos? No, no reunían los requisitos para el reasentamiento. ¿Y el dinero de la compensación, el dinero anunciado en el periódico? No, nadie sabía nada de eso. Anotó algunos nombres de todos modos. Anotó el número de uno de los hombres que tenía teléfono móvil. Les prometió que volvería.

—¿Para qué molestarse? Cualquiera con dos dedos de frente ya se habrá ido de aquí —dijo el hombre.

—¿Le va a vender usted su parcela a esos agentes inmobiliarios?

—Pues claro.

—¿Sabe cómo se llaman? ¿Le han dado sus tarjetas? ¿Le han dado algo?

—No. Aparecen por aquí con dinero en metálico, nos pagan y se llevan nuestras escrituras.

Informó de aquello a Dean.

—Interesante. ¿Y qué sabemos de los padres? —dijo Dean.

—Nada. Han desaparecido.

—Vale. Quiero que me hagas un favor —dijo—. Ponte en contacto con Sunny Wadia. Tú lo conoces, seguro que tienes manera de ponerte en contacto con él. Sus canales oficiales están cerrados, pero vamos a ver qué tiene que decir.

—No intimamos tanto.

—Pues pídele el teléfono a tu amigo.

Esperó al final de la jornada para volver a hablar con Dean.
—Dicen que se ha cambiado el número.

Después de varias semanas volvió a intentarlo con Hari.
Le envió un mensaje sin pensárselo demasiado.

Hola! Qué tal todo? Ya estás de vuelta? Quieres que quedemos a tomar esa copa?

Él le respondió al cabo de una hora:

Estoy aquí. Me voy mañana

Vaya. Y eso?

Hari tardó otras dos horas en responder, y luego dijo:

Quedamos en el Market Café. Esta tarde. A las seis

Su tono era completamente plano. Ni rastro de la antigua camaradería.

Se reunió con él en la pequeña terraza del Market Café, donde todo el mundo iba a fumar porros. Estaba apoyado en la barandilla, solo. Parecía cansado; la vio y vaciló un instante antes de darle un abrazo. Había llovido una hora antes, los últimos coletazos del monzón. Los coches del aparcamiento al aire libre relucían.

Se sentaron uno al lado del otro, viejos amigos convertidos de la noche a la mañana en un par de extraños, evitando el motivo que los había distanciado.

—¿Ha pasado algo? —dijo ella al fin.

—Estoy intentando decidir quiénes son mis amigos.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Nada.

—¿Te vas mañana?

—Sí.

—Estás muy solicitado.

—He encontrado un apartamento.

—¿Dónde?

—En Bombay.

—Pero si a ti te encanta Delhi. Tenías un montón de planes.

—Los planes cambian. También te desenamoras de los lugares.

Neda se encendió un cigarrillo.

—¿Ha sido por una chica?

Hari la miró extrañado.

—No.

—¿Y entonces?

—La gente hace promesas que luego no puede cumplir.

—Decididamente, suena a que se trata de una chica.

—¿Como tú?

Había rencor en su voz.

—¿He hecho algo que te haya molestado?

Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—¿Por qué haces como si no lo supieras?

—¿Como si no supiera el qué? —dijo ella en voz baja.

—Dile a tu novio que es un cabrón.

La sorpresa la hizo reír.

—¿Mi qué?

—Tu novio.

—Yo no tengo novio.

—Sunny.

—No es mi novio.

—Ya, claro.

—Te lo juro. No tengo nada que ver con él. Nada.

—Seguro.

—Hace meses que no lo veo.

—Vamos, Neda, todo el mundo sabe que te lo estás follando.

—Follé con él una vez, Hari, y fue un error. Es un capullo. Le odio.

—¿En serio?

—Oye, cuéntame qué ha pasado, ¿vale?

Otra historia de desaparición. Sunny había creado el sello

discográfico del que le había hablado. Había contratado a un montón de personal y habían estado gastando dinero a espuertas en el sello, a lo bestia. Hari estaba al frente; iba a contratar a otros DJ y artistas varios. Su futuro estaba asegurado. Entonces, un buen día, Sunny desapareció. Dejó de contestar al teléfono, dejó de contestar a los mensajes, dejó de pagar sueldos y facturas. Los dejó colgados a todos. Un grupo de esbirros fue a vaciar la oficina, se llevaron todos los equipos y el mobiliario, cerraron el lugar. Desesperado, Hari empezó a llamar a otros amigos para ver si sabían algo, creyendo que la había cagado en algo, pero la historia era la misma. Sunny había desaparecido de la faz de la Tierra. Y todos los demás proyectos que había estado financiando, los restaurantes y las galerías de arte, todo el dinero y el patrocinio se acabaron de la noche a la mañana.

—Nos ha jodido a base de bien a todos —dijo Hari.

—No lo sabía —respondió Neda.

—Es un cabrón. Se aburrió de sus juguetes.

—Tiene que haber algo más. ¿Lo ha visto alguien?

—Nadie lo ha visto ni ha sabido nada de él.

—¿Y no te parece raro?

—Estará en algún sitio por ahí. Singapur. Londres. Siempre fue un tío raro. Tendría que haberme olido desde el principio que nos dejaría tirados.

—¿Por eso te vas a Bombay?

—Sí. A la mierda Delhi. Últimamente es un agobio.

A la mierda Delhi. Neda volvió a la mansión de Sunny esa noche y aparcó el coche a cierta distancia de las puertas de acceso. Dudó si encenderse el primer cigarro. Bajó la ventanilla y apagó el motor, reclinó el asiento como un chófer cualquiera esperando a su patrón y centró la atención en las idas y venidas de la ingente cantidad de personal, que entraba y salía sin cesar. ¿Dónde se había metido Sunny?

Luego él empezó a aparecer en los medios otra vez, pero nunca en persona. Era una imagen, una proyección. Neda veía sus fotos en los periódicos, fotos en las que llevaba el

pelo más corto, más arreglado, realzando la severidad de su rostro, los pómulos marcados y la mandíbula afilada. Sus ojos eran dos enigmas para ella. Neda abría el periódico y ahí estaba, en las páginas de sociedad, en algún evento de relumbrón, una boda de postín en Rajastán, la inauguración de un hotel nuevo, un evento en el Club de Polo, una gala benéfica, dando efusivos apretones de manos a todo el mundo. Una sonrisa forzada. Ni rastro de la gallardía napolitana de la juventud. Ahora iba encorsetado y blindado con los trajes de las sastrerías de Savile Row.

Neda había vuelto a salir esa noche y estaba aparcada otra vez delante de la mansión, fumando. Ya iba por el tercer cigarro. ¿Qué estaba esperando? Sunny nunca había salido de la casa. Neda solo había visto coches, todos con las ventanas tintadas. Podía escoger uno, seguirlo y esperar que Sunny fuera en él. Así tendría algo que hacer. Puede que alguna vez sonara la flauta. ¿Y luego qué?

Estaba enfadada consigo misma, pero no podía dejar las cosas así. Ahora que ya había confirmado que Sunny estaba bien, quería pedirle explicaciones por desaparecer de esa manera. Por ser un cobarde. Además, no lograba quitarse aquella imagen de la cabeza: el padre con el pie en el pecho de Sunny. ¿Qué clase de padre le hacía eso a su hijo?

Se terminó el quinto cigarrillo. Llevaba allí una hora. Había roto su regla de los tres cigarros. Era una estupidez. Estaba perdiendo el tiempo. Tiró la colilla por la ventanilla. Por poco le dio a un transeúnte. El hombre la miró un segundo antes de pasar de largo. A Neda se le heló la sangre. Lo reconoció de inmediato: era el matón con cara de sapo del reasentamiento de chabolas, el del cuadro de Caravaggio. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta. Su cuerpo infantil parecía grotescamente musculado. Dio diez o doce pasos, se detuvo otra vez, se dio la vuelta despacio y se quedó inmóvil, mirando hacia el parabrisas delantero del coche. Estaba oscuro. Él no podía ver el interior, pero la miraba fijamente. ¿Qué estaba haciendo? ¿Memorizar la matrícula? ¿Tratar de

recordar dónde la había visto a ella?

Neda no se atrevía a mover un dedo. No se atrevía a arrancar e irse de allí. Desplazó la mano hacia la llave de contacto solo por si acaso. Le pareció detectar una sonrisa en su rostro mientras el chico se encendía un cigarrillo y echaba a andar. Hasta la mansión Wadia. Los guardias le abrieron la puerta sin preguntar y él entró. Neda se quedó mirando la verja.

Aquello le abrió los ojos. Aún estaba tratando de establecer todas las conexiones —el matón, las parcelas del reasentamiento, los Wadia— cuando Caravaggio volvió a salir, acompañado de tres más. Fueron directos hacia su coche. A Neda le entró el pánico, arrancó el motor y se fue de allí a toda pastilla, dejándolos plantados en mitad de la calle. Dobló a la izquierda y aceleró, giró a la izquierda, a la derecha y a la izquierda de nuevo a través del laberinto de calles y pisó el acelerador a fondo durante varios minutos antes de detenerse en una vía de servicio. Aun entonces miró por el retrovisor, con el motor en marcha. El corazón le latía desbocado. Se encendió un cigarrillo. Definitivamente, aquello había sido obra de Sunny. Aquello era una prueba. Pero ¿una prueba de qué?

2

Ese domingo recibió una llamada en el móvil. Un caballero que hablaba con un acento entrecortado, propio de una educación de colegio privado.

—Buenas tardes —le dijo.

—¿Quién es? —contestó ella.

—¿Hablo con la señorita Neda Kapur?

—Sí —respondió. Estaba sentada en su cama, observando la calle.

—Muy bien. —Tenía una voz suave—. La llamo de parte del señor Wadia.

Neda ya se esperaba algo así, pero la cogió desprevenida de todos modos.

—¿El señor Wadia?

—Sunny —le aclaró la voz—. Le gustaría verla.

Neda inspeccionó la calle con más atención y respondió con cautela, tratando de no delatarse.

—¿Sunny quiere verme?

—Eso es.

—¿Quién es usted?

—Un empleado.

—¿Podría decirme cómo se llama?

—Señor Sengupta.

—Muy bien, señor Sengupta, ¿tiene alguna idea de qué es lo que quiere?

—Es un asunto privado.

Neda vaciló. Tendría que haber colgado en ese momento.

—¿Y dónde quiere que nos veamos?

—Le gustaría verla en su oficina.

—¿En qué oficina?

Le dio la dirección de un lugar a las afueras de Delhi, al otro lado del Yamuna, en el distrito oeste de U. P., cerca de la autopista de Greater Noida. La zona agrícola despoblada que Ram Singh estaba urbanizando.

—¿Qué oficina es esa? —preguntó Neda.

—Es la sede de nuestra división de inversiones inmobiliarias.

—¿Su división de inversiones inmobiliarias?

—Así es. Wadia InfraTech.

—¿Y ahí es donde está trabajando Sunny?

—Eso es.

—¿Y por qué no me llama él mismo?

—Como he dicho, está muy ocupado. Yo me encargo de su agenda.

—¿Y quiere reunirse conmigo cuándo?

—Hoy.

—Hoy es domingo.

—Así es. Es el único día que tiene tiempo.

—Me queda un poco lejos esa oficina.

—Es muy fácil de encontrar. Hay letreros indicadores por todo el camino. ¿Puedo confirmar su cita…, pongamos a las cuatro de la tarde?

Neda miró el reloj de la pared. Eran las dos. Con el mal estado de las carreteras, tardaría una hora o más en llegar allí. Era el tipo de lugares por los que no le gustaba conducir

de noche cuando iba ella sola.

—Preferiría que me llamara él mismo.

Neda percibió el miedo y la tristeza en su propia voz e hizo una mueca.

—Querida, es un hombre muy ocupado y solo dispone de un pequeño hueco —dijo el hombre, riendo—. Si no le va bien, puedo cancelar la cita sin más y el asunto quedará zanjado definitivamente.

—No —contestó Neda—. Iré.

—Excelente. Cuando llegue, dé su nombre en la recepción.

Neda colgó y se maldijo a sí misma y luego a él.

Sabía que no era una buena idea. «Esto es una puta mala idea», se dijo mientras atravesaba el Yamuna en dirección al distrito este de Delhi, encendiéndose un cigarrillo. Al cruzar el río fue en dirección sur hacia Noida. La nueva ciudad aún estaba en su fase inicial: había torres de oficinas y bloques de apartamentos intercalados entre solares vacíos y parcelas de tierra. Para cuando se incorporó a la autopista, ya eran casi las tres y cuarto. El sol empezaba a ponerse. A medida que conducía, el suave asfalto de la carretera en construcción empezó a desmenuzarse, y a cada lado el terreno se convertía en un paisaje en ruinas, montículos de arena acumulada por los bulldozers, llenos de excavadoras y operarios, a los que seguían grandes extensiones de tierras vacías, de campos y agricultores que transportaban sus cargas en carretas tiradas por bueyes. Neda ya había estado en aquella zona varias veces, pero hacía tiempo de eso, y nunca ella sola. A medida que iba avanzando en dirección sur por la autopista fue encontrándose tramos en los que el asfalto quedaba sustituido por kilómetros de baches que debía ir sorteando a paso de tortuga. En alguno de esos puntos, se veían aquí o allá por el arcén hombres de pie o sentados en puestos ambulantes con sombrillas para protegerse del sol, con folletos publicitarios de promociones inmobiliarias en la mano, que no le quitaban ojo al pasar, sola en su coche. ¿Qué mierda estaba haciendo ella allí?

Al final, unos treinta kilómetros más adelante, en el lateral de la autopista, un pavoroso cubo negro se alzaba en mitad de la nada, la sede de Wadia InfraTech. Neda viró hacia las instalaciones y pasó junto a un guardia que le dio indicaciones para que siguiera hacia el aparcamiento. El contraste con el entorno era apabullante: el aparcamiento estaba perfectamente pavimentado en asfalto oscuro, con las plazas delimitadas por marcas de un amarillo vivo. Había un puñado de coches, la mayoría flamantes todoterrenos. Neda cerró el suyo con llave y se dirigió a la entrada principal. El edificio resultaba imponente en su estilo anónimo. Aparte de las puertas cristaleras de la entrada —al otro lado de las cuales se veía un vestíbulo verde lleno de plantas tropicales —, el resto de los vidrios de los ventanales eran tintados, de manera que no se distinguía nada.

El recepcionista era un hombre joven con bolsas en los ojos, la frente alta y el pelo engominado. La miró sin sonreír.

—Vengo a ver a Sunny Wadia —dijo Neda.

—¿Tiene una cita, señora?

—Me espera —dijo.

—No puede verlo sin haber concertado una cita previa.

—Tengo una cita. Hablé con alguien por teléfono.

—¿Con quién habló?

—Con el señor Sengupta. Me dijo que Sunny quería verme hoy —dijo, tratando de imprimir autoridad a su voz.

—No conozco al señor Sengupta.

Justo en ese instante, el teléfono de la recepción empezó a sonar. El hombre descolgó y contestó la llamada. Luego la miró.

—¿Señorita Kapur?

—Sí.

Soltó el teléfono y extendió una mano.

—Siéntese, por favor. El señor Wadia la recibirá en cuanto pueda.

Neda atravesó el vestíbulo en dirección a la sala de espera, diseñada para que pareciera la sala de estar de un apartamento de lujo y en la que percibió la mano de Sunny. Había butacas de cuero de color crudo, un sofá y una mesita

de centro de madera de caoba con tablero de cristal llena de revistas y folletos. El agua fluía por todo el vestíbulo a través de pequeñas canalizaciones, y había árboles y plantas, como en la selva. Neda se sentó en una de las butacas. Un chico apareció de la nada con una bandeja y un solo vaso de agua. Le preguntó si quería té o café. ¿Algún tentempié? Neda tomó el vaso de agua, no pidió nada más y se dispuso a esperar. Un televisor en la pared lateral se encendió como por arte de magia. Neda movió la butaca para ver la pantalla, donde se proyectaba un vídeo promocional: Sunny, vestido con traje de ejecutivo, dirigiéndose a la cámara. A su espalda iban desfilando imágenes de pisos de lujo a intervalos regulares.

El vídeo duraba veinte minutos. Neda lo vio dos veces, frunciendo el ceño ante el aspecto banal de Sunny y su poco imaginativo discurso, y luego se acercó al mostrador de recepción para preguntar cuánto rato más iba a tener que esperar. Eran casi las cinco y media; no podía quedarse mucho más. El hombre hizo una llamada.

—Ahora viene —dijo al colgar—. Por favor, siéntese.

Neda volvió a la butaca.

«No cierres los ojos», se dijo.

«Solo un minuto», se respondió.

—¿Señora?

El recepcionista estaba de pie a su lado. Neda abrió los ojos y se incorporó con cara de pánico.

—Estoy despierta.

—Lo lamento, señora, pero vamos a cerrar la oficina. Va a tener que marcharse.

—¿Qué hora es? —dijo, mirando a su alrededor.

—Señora, va a tener que marcharse.

Fuera había oscurecido.

—¿Qué hora es?

—Las ocho menos cuarto.

—No lo dirás en serio.

—Sí, señora.

—¿De verdad? ¿Dónde narices está Sunny?

Estaba poniéndose cada vez más nerviosa.

—Me temo que el señor Wadia tenía otro compromiso.

—¡No!

Neda se levantó de la butaca y empezó a mirar a su alrededor con expresión frenética. Miró hacia las cámaras de seguridad y se dirigió a ellas:

—¡¿Pero de qué cojones vas?!

—Por favor, señora, modere ese lenguaje.

—¡Anda y que te jodan! —Miró a las cámaras—. ¡Sunny! ¡Eres un capullo!

—Me temo que va a tener que marcharse, señora.

El chico llamó a dos guardias de seguridad.

Neda destacaba en el aparcamiento, de pie junto a su coche. Los guardias estaban esperando a que se fuera. Levantó la mirada hacia el edificio, tratando de ver qué luces había encendidas. Aquello no era ninguna broma. Estaba aterrorizada. Extrajo su teléfono y marcó el número del hombre que la había llamado: la voz electrónica le informó de que el teléfono al que había llamado estaba apagado. Se quedó mirando el aparato.

—¡Gilipollas!

Luego se subió al coche, arrancó el motor y salió de allí a toda velocidad, enfurecida, y de pronto se sintió inmensamente sola.

Se incorporó a la autopista; allí no había nada, la carretera estaba a oscuras y desierta a esas horas, y los hombres que repartían folletos, los vendedores de sueños, hacía ya rato que habían recogido sus bártulos y se habían ido a casa. Neda sabía que no debería estar allí. Las carreteras eran peligrosas. Robaban coches a punta de pistola a todas horas. Se maldijo a sí misma por ser tan idiota. Siguió por la autopista en dirección a Delhi, con los ojos bien abiertos, sintiendo cómo la adrenalina le recorría las venas. La ausencia de otros coches la ponía nerviosa.

Cuando llevaba recorridos unos quince kilómetros se dio cuenta de que había un vehículo detrás de ella, a cierta distancia, con las luces largas encendidas. Tal vez estaba a medio kilómetro. Neda siguió avanzando a velocidad constante, sin dejar de vigilar los movimientos del otro vehículo en el retrovisor. Parecía mantenerse a una distancia prudencial, tanto si ella aceleraba como si reducía la velocidad, demasiado lejos para ser algo más que unos faros, demasiado cerca para ignorarlos. Continuaron igual otros cinco kilómetros.

—Vete a la mierda, Sunny.

Al fin llegó al tramo de la autopista próximo a Noida, donde ya funcionaba el alumbrado. Pisó el acelerador; aparecieron varios coches en las vías de servicio, que se incorporaron a la autopista, la vida volvía a la normalidad. Vio muchos faros por el espejo retrovisor y ya no pudo distinguir los del coche que, estaba segura, había ido siguiéndola. Se sentía idiota. Sunny era un capullo, eso era todo. ¿Verdad?

Decidió cruzar el Yamuna enseguida, por el puente de Kalindi Kunj, y, cuando llegó al otro lado y entró en el área metropolitana de Delhi, sintió como si acabara de quitarse un enorme peso de encima. Dejó de notar un nudo en el estómago y empezó a respirar tranquila; estaba algo mareada. Se puso a reír de puro nerviosismo. Decidió que iba a contárselo todo a Dean, que se lo explicaría de principio a fin, que le diría cómo se había dejado arrastrar hasta ese extremo y le juraría que iba a ponerle remedio. Se adentró en las calles vacías, flanqueadas por naves industriales a uno y otro lado. Se olvidaría de Sunny y de todos sus jueguecitos. Atravesó un cruce.

… el coche daba vueltas de forma incontrolada y Neda se golpeó la cabeza contra el marco de la puerta. Sintió la fuerza de la gravedad en el estómago. Le pitaban los oídos. Luego todo se detuvo y se hizo el silencio. No se oía nada. Trató de arrancar. Notó el calor de la sangre en la cabeza cuando se la

tocó con la mano. Pero ¿dónde estaba? Intentó arrancar el motor, que emitió un quejido y un ruido metálico, pero no se encendió. Levantó la vista y miró alrededor. Se dio cuenta de que acababa de sufrir un accidente. Le pareció ver vagamente otro coche, un Esteem tal vez, con el morro destrozado, a unos quince metros de distancia. No había nadie más, un polígono industrial un domingo por la noche. Debería llamar a alguien. A su madre. Mientras trataba de recordar cómo había llegado hasta allí, oyó el crujido del metal hecho un amasijo y gritos y advirtió que las puertas del otro coche estaban abriéndose y que los ocupantes salían con paso tambaleante del interior. Dos hombres jóvenes de la parte delantera y un hombre más mayor, achaparrado, de la parte de atrás. Trastabillaron, aturdidos, y luego se volvieron hacia ella. Intercambiaron una mirada.

Me han dado a propósito, se dijo Neda. Me han dado.

Los hombres empezaron a atravesar el cruce en dirección a ella.

Neda reparó en que uno llevaba una barra de hierro en la mano.

Trató de arrancar de nuevo, haciendo girar la llave con desesperación, suplicándole a su bendito coche que la sacara de allí, pero el motor se negaba a responder.

Los hombres estaban acercándose, protegiéndose los ojos del resplandor de los faros. Siguió intentando arrancarlo una y otra vez, mientras la sangre le goteaba de la cabeza. Cuando los hombres ya estaban a escasos metros de la parte delantera, fue como si vacilasen. Tal vez no veían quién había dentro.

Neda apretó el claxon con fuerza.

Cerró los seguros de las puertas.

Pero, al parecer, los hombres se decidieron.

Siguieron avanzando hacia ella.

Llegaron junto al coche, lo rodearon, se asomaron a mirar dentro.

—Lo siento —dijo Neda.

El de la barra de hierro la miró fijamente.

—Lo siento —repetía ella una y otra vez—. Lo siento.

El hombre golpeó el capó con la barra.

—¡¿Has visto lo que has hecho?!

—Lo siento —dijo Neda, y trató de arrancar el motor de nuevo.

Eso los hizo enfurecer.

—¡Ven aquí, zorra! ¿Te crees que puedes huir?

—Por favor… Lo siento. —Siguió intentando arrancar el motor—. ¡No llevo dinero!

—¡Sal del coche!

—¡Soy periodista!

Una aclaración absurda.

El hombre de la barra comenzó a reírse y contagió su risa a los demás. Uno se dio media vuelta y echó a andar hacia su coche.

—Nos has dado —dijo el de la barra—. Vas a pagar.

—Os enviaré el dinero —dijo Neda—. Por favor, dejad que me vaya.

—Vas a pagar —repitió.

Golpeó el marco de la puerta con la barra. El tercer hombre abrió el maletero de su coche y volvió con un bate de críquet. Neda no dejaba de apretar el claxon, impotente, aterrorizada. El hombre mayor rodeó el coche por el otro lado. Estaba borracho o malherido después del choque. Intentó abrir la puerta y la miró maliciosamente. El joven de la barra de hierro seguía gritándole y ella seguía implorándoles que la dejaran marchar. La llamaba zorra, puta. El del bate de críquet ya estaba a medio camino del coche de Neda, quien empezó a llorar. El de la barra levantó el palo metálico en el aire y…

Los tomó a todos por sorpresa. Una luz nueva y potente; un vehículo que, aproximándose a toda velocidad, frenó en seco con un chirrido; una figura que se dirigió con paso firme hacia ellos. El hombre de la barra no estaba preparado, subestimó el ímpetu de aquel hombre que se abalanzaba sobre él. Se dio la vuelta, levantó la barra por encima de la cabeza y, cuando Neda quiso darse cuenta, estaba desplomado en el suelo. El hombre mayor rodeó la parte delantera del coche con los puños en alto, pero fue inútil: la figura lo embistió, lo reventó a patadas y puñetazos y el hombre se reunió con su amigo en el suelo de cemento con un

golpe sordo. En ese momento, a la luz de los faros, Neda vio con claridad a su salvador.

Ajay.

Era Ajay.

El del bate de críquet continuaba paralizado, sin reaccionar.

Ajay sacó una pistola del interior de su chaqueta y el del bate se dio la vuelta y salió corriendo.

Ajay apuntó con la pistola al hombre de la barra de hierro. Apartó la barra de un puntapié y arrastró al hombre delante de los faros para verlo mejor. Neda casi esperaba descubrir al matón de Caravaggio, pero no, era solo un tipo. Un hombre cualquiera. Ajay le golpeó la cabeza con la culata de la pistola. A continuación, se volvió hacia el viejo, mirándolo con una furia reprimida. Neda contempló la escena sin parar de temblar. El viejo se puso de pie y empezó a retroceder. Ajay guardó el arma.

—Señora —dijo. Y ya volvía a ser el Ajay entrañable y leal de siempre—. Abra la puerta.

Neda obedeció, quitó el seguro de la puerta y la abrió, y él la asió del brazo y la ayudó a salir, y ella se apoyó en él mientras la llevaba al todoterreno.

Neda esperó en estado de shock en el asiento del pasajero mientras Ajay regresaba al Maruti y lo apartaba hacia el arcén. Luego recogió sus cosas, limpió los asientos, apagó las luces y lo cerró con llave. Volvió al todoterreno, se subió, puso el vehículo en marcha y se alejó de allí. Neda solo podía mirarlo. Se había quedado sin palabras. Ajay había dejado a aquellos hombres medio muertos, pero su rostro no reflejaba emoción de ninguna clase.

—¿Qué acaba de pasar?

Ajay no le contestó.

—Ajay —insistió ella.

Oír su nombre pronunciado por ella pareció sobresaltarlo.

—¿Qué acaba de pasar?

—No lo sé —contestó al fin.

—Iban a atacarme.

—Yo se lo habría impedido.

—Necesito mi coche —dijo Neda.

—No se preocupe, señora —contestó.

Dio la impresión de que iba a decir algo más, pero se contuvo.

Marcó un número. Empezó a hablar por el teléfono en voz baja.

—¿Es Sunny?

Ajay hablaba en un susurro.

—¡¿Es Sunny?! —le gritó—. Dame el teléfono.

Neda trató de arrancárselo, pero Ajay colgó y cerró la tapa.

La llevó a escasa distancia de allí, adentrándose en Sarita Vihar. Enfiló con el todoterreno hacia una calle estrecha con agencias de viajes cerradas y pequeñas naves industriales. La única luz procedía del interior de un local con la entrada acristalada y un cartel pintado en letras desvaídas en el que se leía HOTEL OTTOMAN. Ajay detuvo el coche y se bajó para acudir corriendo al asiento del pasajero y sostenerla por el hombro para guiarla hasta el interior del hotel, rodeando el todoterreno. La luz blanca y brillante era molesta y cegadora. Ajay pulsó el botón de llamada del ascensor mientras el recepcionista le preguntaba con tono irritado qué estaba pasando. Ajay sacó su pinza de billetes, extrajo unos cuantos y los dejó encima del mostrador para aplacar al hombre, murmurando unas palabras inaudibles antes de volver junto a Neda.

Mientras subían en el ascensor, ella se preparó, tratando de serenarse.

—¿Está él aquí?

—Sí —contestó Ajay.

Neda no supo qué más decir.

Al abrirse, el ascensor dio paso a un pasillo sin ventanas empapelado con un estampado de piedras preciosas de color verde y con un suelo de mármol sucio. Al llegar a la tercera habitación a la derecha, la número 406, Ajay llamó con los

nudillos tres veces, con un intervalo regular, un código. Neda sintió un arrebato de ira y empezó a aporrear la puerta con fuerza. Se abrió otra puerta del pasillo y un hombre barrigudo en calzoncillos y camiseta interior salió a rascarse la oreja, observándolos con atención. Al cabo de un momento, la puerta de la habitación número 406 se abrió de par en par y apareció Sunny, con aspecto angustiado, abotargado y desaliñado. Echó un vistazo al pasillo y vio al hombre. Luego miró a Ajay.

—Encárgate de él.

Dicho esto, agarró a Neda de la muñeca, la hizo entrar y cerró de un portazo.

Ella por poco se cae al suelo.

—¡Eh! ¡¿Qué demonios haces?!

La habitación era pequeña, y el aire estaba cargado y enrarecido. Los fluorescentes le conferían un tono tétrico. Había una cama individual con cojines en forma de corazón, una colcha sintética con ribetes de encaje, una mesita de noche con una botella de agua, un paquete de cigarrillos, un vaso y una botella de plástico de alcohol barato. Un aparato de aire acondicionado muy viejo traqueteaba en la pared. Neda se levantó, dispuesta a enfrentarse a él, pero entonces le vio la cara. Vio lo pálido y desmejorado que estaba, el estado lastimero en que se encontraba. Él la asió por los brazos.

—¿Qué ha pasado?

Un miedo distinto se mezcló con la ira y la conmoción que ya la invadía.

—Han intentado matarme. —Neda se puso rígida, atrapada aún en las imágenes del violento enfrentamiento—. Pero Ajay… —continuó—. Ha ido a por ellos. Dios, casi los mata. —Frunció el ceño y levantó la vista, confusa y desconcertada —. Pero ¿qué estaba haciendo Ajay ahí?

—¿Lo dices en serio, Neda? Joder… —contestó él.

El tono incrédulo la devolvió a la habitación. Se zafó de las manos de él y empezó a pasearse arriba y abajo.

—Sí, lo digo en serio. ¡¿Qué estaba haciendo ahí, qué haces tú aquí, dónde coño has estado todo este tiempo?! ¡¿Qué coño está pasando?! Fui a verte. ¡Tú me llamaste, joder! —Se

quedó paralizada y luego se llevó las manos a la cabeza—. Tú no me llamaste. No fue cosa tuya, ¿verdad que no? Dios, qué idiota soy…

—¿Quién te llamó?

—En cualquier caso, vete a la mierda, Sunny. Desapareciste. Desapareciste y me dejaste colgada.

Él se le acercó, trató de acorralarla.

—Es muy importante que me contestes: ¿quién te llamó?

Neda estaba temblando.

—Quiero irme a casa.

—¿Y luego?

—Y luego, nada. Olvidarme de haberte conocido. ¡Y lo digo en serio!

—No puedes irte a casa.

—¡Puedo ir adonde me dé la gana!

—Tienes que decirme quién te llamó.

—¡¡¡No lo sé!!! ¿Vale? ¡No lo sé! Soy tan idiota, joder… ¿Qué coño me pasa?

Los ojos se le anegaron de lágrimas. La adrenalina se disipaba poco a poco, el shock era inminente. Necesitaba que él hiciese algo, pero no había nada que él pudiera hacer, no en ese estado.

—No me toques —murmuró al pasar junto a él, esquivándolo para ir a sentarse en la orilla de la cama. Tomó uno de sus cigarrillos de la mesita de noche y se lo encendió con manos temblorosas. Fumar la tranquilizó. Se quedó mirando la botella de alcohol y la levantó a la luz—. Ya veo que estás viviendo a lo grande.

Él la observaba inmóvil desde el otro lado de la habitación.

—Alguien te llamó para que fueras a la oficina. ¿Qué te dijo exactamente? —preguntó.

Neda abrió la botella, tomó un sorbo y torció el gesto. Demasiado fuerte para ella. Luego cerró los ojos.

—Dijo que querías verme.

—¿Por qué?

—¿Cómo coño quieres que lo sepa? ¿Porque te importo?

—No, ¿por qué te dijo eso? ¿Por qué quería que fueras hasta allí?

Neda apretó los dientes con frustración.

—Y yo qué sé. Tú no estabas. Se hizo tarde. Me volví.

Sunny, ¿quiénes eran esos tipos de antes, los que me han atacado?

—No lo sé, unos tipos cualquiera.

—¿En serio? Solo eran unos tipos cualquiera y Ajay solo pasaba por allí, por pura casualidad, ¿verdad? Igual que tú, que también estabas en este hotel por pura casualidad. ¿No? ¿De verdad piensas que me voy a creer eso? Y una mierda. Iban a matarme. O algo peor.

—Nadie iba a matarte.

—Y una mierda.

—A asustarte, tal vez.

—¿Tal vez? Vale, pues ¿sabes qué? Que me han asustado. —Inspiró hondo—. Dios, Ajay se puso tan… —Frunció el ceño —. Si tú no me llamaste, ¿por qué estaba siguiéndome Ajay?

—¡Porque fuiste a la oficina! Tengo gente allí. Me dijeron que estabas en la oficina. Envié a Ajay a que te echara un ojo.

—Vete a la mierda, Sunny.

Estuvieron así un buen rato, lanzándose acusaciones cruzadas, una y otra vez, cada uno contando una versión de una historia que no tenía ningún sentido, que se desarrollaba en círculos. Neda estaba allí porque le habían dicho que fuese. Ajay estaba siguiéndola porque ella estaba allí. Neda no quería decir que había estado apostada espiando en la puerta de la mansión, que el mismo matón con el que había tenido un encontronazo en los terrenos de los reasentamientos la había visto allí. Se negó a suministrarle aquella información, pero poco a poco todo fue cobrando sentido en su cabeza. Estaban jugando con ella, enviándole una advertencia, o tal vez intentando deshacerse de ella de una vez por todas. Pensó en los matones que habían rodeado su coche, en sus rostros sedientos de sangre. Empezaron a desfilar por su mente toda clase de desenlaces alternativos, de terribles posibilidades, se vio a sí misma, vio cómo la sacaban a rastras del coche, gritando, indefensa, perdida, y supo que estaba metiéndose en algo que le quedaba demasiado grande, estaba yendo demasiado lejos. Y Sunny, en aquella habitación, ¿de qué carajo iba eso? Eso era una historia aparte.

—En serio, Sunny. ¿Dónde coño has estado? La última vez que te vi, tu padre estaba empujándote de una patada al fondo de una piscina. Fue una pesadilla. Una pesadilla. Y me abandonaste.

Sunny también se había sentado en el borde de la cama. Neda lo veía de perfil.

—No tuve elección.

—Podrías haber hecho una simple llamada.

—Tú no lo entiendes.

—Creo que sí. Los entiendo a ellos, te entiendo a ti.

—No quería ponerte en peligro.

Neda se rio con amargura.

—Si estoy en peligro es porque fui a buscarte.

Él se volvió para mirarla a la cara.

—Todo se ha ido a la mierda.

—¿Ah, sí? ¿Y quién tiene la culpa?

—Yo —contestó él.

—Madre mía, estás muy muy mal…

—¿Por qué? Nunca debería haber publicado ese anuncio. Fue una muestra de debilidad.

—Fue una muestra de humanidad —replicó ella—. Pero sí. Tal vez no deberías haberlo hecho. Tal vez no deberíamos haber hecho muchas cosas. —Negó con la cabeza despacio—. Todo esto es muy complicado. No quiero saber nada de toda esta violencia. No quiero tener que ver con nada parecido. Solo quiero…

—Te echo de menos.

—Venga ya, vete a la mierda.

—Es verdad.

Sunny le tendió la mano.

Ella la cogió.

—Tienes una pinta horrible —dijo Neda—. Además, ¿se puede saber qué haces en este sitio?

—No lo sé. Dame un trago.

Neda le dio la botella y él tomó un sorbo mientras ella se estiraba en la cama. Sunny se acostó a su lado y se quedaron tumbados boca arriba mirando al techo.

—Sunny, lo que te hizo tu padre en la casa, en la piscina…,

eso no es normal. Los padres no deberían hacerles eso a sus hijos.

—Nuestros mundos son distintos.

—Puede. O puede que ya no.

Él esbozó una sonrisa vacía, lastimera.

—Lo de la piscina fue solo el principio. Cuando puse ese anuncio, me lo hizo pagar muy caro. Envió a sus hombres a mi apartamento y lo destrozaron todo. Lo hicieron trizas mientras él estaba allí plantado, mirando. Se llevó mis teléfonos, mis portátiles. Cerró mis negocios. Me quitó las tarjetas. Me ató en corto. Me dijo: «No vuelvas a publicar nuestro nombre y nuestra cara como lo has hecho nunca más».

—¿Y tú a qué crees que se debe?

Sunny permaneció en silencio durante largo rato, sin responder.

Ella se volvió para mirarlo de frente.

—He visto algo, Sunny. He averiguado algo.

—¿De qué estás hablando?

—Las demoliciones, los reasentamientos. Tiran sus casas abajo, les quitan las tierras y los envían a la periferia de Delhi, a descampados llenos de mosquitos, junto a vertederos de basura, los mandan allí sin nada, sin esperanza, sin futuro. Pero eso no es todo. Allí los espera alguien, unos matones, gente que da mucho miedo, que los presiona para que vendan sus parcelitas de tierra baldía por un puñado de rupias. Los terrenos que les proporcionan después de los desahucios forzados acaban en manos de los promotores inmobiliarios a cambio de una miseria.

—¿Y qué?

—He estado allí. He hablado con la gente de uno de esos reasentamientos. Unos matones me amenazaron. Un tipo al que nunca olvidaré. Lo llamo Caravaggio. Su cara se parece a la de un ángel grotesco de los cuadros. Lo vi allí, en el reasentamiento, y luego en otro sitio. Y me reconoció.

—¿Dónde?

—¿Tú qué crees?

Sunny no quería decirlo.

—Salía de tu mansión. Trabaja para tu familia. Me vio, y después de eso fue cuando recibí la llamada para que fuera a

verte.

—No. —Sunny negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir con «no»? ¿Por qué te cuesta tanto creerlo? Tu familia es sinónimo de violencia. Tu vida es pura violencia. Sois hombres violentos.

—No.

Todo era tan absurdo que Neda empezó a reír.

—Y ahora van a por mí. Van a por mí porque creen que voy a ir a por ellos. Pero lo único que he hecho ha sido tropezarme con la verdad por casualidad mientras te buscaba a ti.

Sunny no tenía nada que decir. ¿Qué podía decir, de todos modos? Era cierto y ambos lo sabían.

Neda cerró los ojos y se quedó dormida sin darse cuenta siquiera de que se sumergía en la oscuridad.

La despertaron tres fuertes golpes en la puerta.

Creía que solo había sido un minuto.

Estaba a punto de decir algo cuando vio a Sunny llevándose un dedo a los labios, con un revólver en la mano.

Neda reprimió el impulso de gritar mientras Sunny se acercaba a la puerta con sigilo.

—Señor. —Era la voz de Ajay.

Una oleada de alivio inundó la habitación.

Sunny bajó el arma y abrió la puerta unos centímetros.

—Señor —dijo Ajay—, lo del coche ya está solucionado.

—Bien —respondió Sunny—. Espera abajo.

Mientras recogía sus cosas bajo la mirada atenta y silenciosa de Sunny, Neda advirtió que había dormido casi tres horas. Cuando estuvo lista para salir, él la agarró del brazo.

—¿Qué pasa?

—No puedes contarle nada de todo esto a nadie.

Neda vaciló, pensó en sus palabras.

—¿A quién iba a contárselo?

—Al tipo con el que trabajas.

—¿Acaso crees que quiero que se entere de algo de todo esto? Ni siquiera sabría por dónde empezar. Pero te advierto que se huele algo de todos modos, que anda detrás de vosotros.

—No puede hacer nada.

—Ya. Lo más probable es que tengas razón. Pero tú sí podrías hacer algo, ¿lo sabes, verdad? Podrías dejarlo.

—Eso no es realista.

—Sunny, sean cuales sean tus sueños, tu padre los hará pedazos, y te hará pedazos a ti también. Tú quieres transformar Delhi, quieres construir una ciudad nueva, atractiva, quieres presumir de ciudad ante el mundo. Pero ¿qué quiere él?

Sunny no respondió

—Sunny, es un hombre, no es un dios. Si te quedas con él, no cuentes conmigo. Lo único que tienes que hacer es irte, dejarlo.

—No puedo —dijo—. Eso es un suicidio.

Ajay estaba esperándola abajo. Volvió la cabeza en cuanto Neda salió del ascensor.

—Espere, traeré el coche —dijo.

Ajay conducía con gran precisión. Neda observó sus manos al volante, los nudillos ensangrentados e hinchados. Se preguntó qué pensaría él. Empezó a repasar la historia que contaría. Su coche había sufrido una avería. La habían recogido unos amigos. Lo más probable era que sus padres ni siquiera le hiciesen preguntas. Ellos eran así. Pero, cuanto más se acercaban a su casa, más asustada estaba.

—Ajay —dijo.

—¿Sí, señora?

—Gracias.

—Su coche estará listo mañana, señora.

Delante de la casa, Ajay se volvió para mirarla.

—Señora —le dijo, sin apagar el motor.

—¿Sí?

—Es un buen hombre.

Aquello le rompió el corazón.

—Y tú también.

Ajay apartó la mirada.

A continuación, Neda se bajó del coche y cerró la puerta, y Ajay esperó a irse hasta que ella entró en la casa.

3

Neda recuperó su coche al día siguiente, tal como le habían prometido, unas horas después de que hubiese tomado el taxi de Sardar-ji para ir a trabajar. La chapa y la pintura estaban como nuevas. No se veía ni un rasguño. La entrega la hizo un mecánico risueño y larguirucho vestido con un mono azul y con un moño de brahmán; el chico que lo había seguido en una escúter lo recogió y se fue con él. Como si no hubiera pasado nada.

Neda revisó el periódico de arriba abajo en busca de alguna noticia de un accidente en la zona de Jamia o Shaheen Bagh o Kalindi Kunj. Nada. Ningún accidente de coche. Ningún herido. Ningún muerto. Todo borrado. Todo arreglado. Como si no hubiera pasado nada.

Estaba a la espera constante de recibir una sorpresa desagradable. No sabía en qué consistiría. Una visita de la policía. Una visita de un matón. Una llamada telefónica como en las películas: sé lo que hiciste. Sé lo que hiciste. Reúnete conmigo en tal sitio. Lleva el dinero a tal otro. Si hablas, estás muerta. Estaba a la espera constante de volver a tener noticias de Sunny. De ver a Ajay. Pero no recibió nada. Evitó a Dean ese primer día de vuelta en la oficina. Por suerte, estaba demasiado ocupado para hablar con ella.

Pero Neda iba a contárselo, ¿verdad?

Solo tenía que ir a su despacho y llamar a la puerta, entrar, cerrar la puerta tras ella, sentarse y empezar a explicárselo todo.

Eso es lo que iba a pasar, ¿no?
Pero ¿qué iba a decirle?
¿Había sido un accidente?
¿Habían intentado darle un susto?
Neda seguía sin tener ni idea.

Cada vez que pretendía dormir, revivía aquellas escenas una y otra vez. La llamada que la había hecho salir e ir hasta allí. El trayecto de vuelta a Delhi en coche, con los nervios a flor de piel. El súbito impacto metálico, la confusión mientras daba vueltas y más vueltas, el resplandor de los faros en la cara, los hombres a punto de echarse sobre ella. Buscaba excusas para ir en taxi al trabajo. Tuktuks aquí y allá para ir a cubrir noticias cuando debía desplazarse por la ciudad. Dejó el coche aparcado en su casa, fuera, bajo la sombra del baniano del parque. Siguió sin decirle nada a Dean.

«Por cierto, tal vez esta bonita historia te alegre el corazón», le escribió Dean en un e-mail cuatro días después. Sus palabras estaban cargadas de ironía. Le envió el enlace a un artículo del *Times*. *Era una nota de color: «Recoger los pedazos rotos: Una familia busca sentido a su pérdida». Habían seguido el rastro a los padres de los niños fallecidos hasta su aldea natal, no muy lejos de Kanpur. Estaban allí, Devi y Rajkumar, tristes pero llenos de esperanza, tratando de dejar atrás el pasado. Devi volvía a estar embarazada. Rajkumar había utilizado el dinero de la indemnización de la Fundación Wadia para comprar unas tierras de cultivo. Se habían construido una casa pukka. Había salido algo bueno de toda aquella tragedia, señalaba el articulista. Rajkumar esperaba que algún día su hijo llegase a estudiar en Delhi y a hablar inglés y a vivir en la casa de un hombre importante. Decía que Delhi era para la gente moderna, que el progreso era necesario y que ahora Dios los tenía bajo su manto.*
«Misterio resuelto», contestó ella.

Siguió con sus encargos habituales. Agradecía la sencilla

monotonía de aquellos artículos breves. Evitaba acercarse a la parte sureste de la ciudad siempre que podía. Evitaba conducir de noche cuando iba sola. Incluso después de hacer las paces con su coche, se ponía nerviosa si tenía que volver a casa cuando ya había caído el sol. Creía que alguien la seguía. Empezó a imaginar que era Ajay. Que la seguía a todas partes. Que él la protegería. Eso le hacía sentirse mejor. Un pensamiento reconfortante que no solía durar mucho, hasta que volvían a asaltarla las preguntas de siempre.

A veces, en sus sueños, veía el resplandor de los faros y sentía la violencia de Ajay. Una mañana se armó de valor para ir con el coche al reasentamiento y descubrió que estaba rodeado de una valla metálica con carteles que decían: PROPIEDAD PRIVADA.

El invierno se abatió sobre Delhi. La ropa de lana salió de los armarios y los arcones metálicos. Las mañanas secas y frías de neblina se levantaban con el disco blanquecino del sol, seguidas de unos cielos azules e infinitos. Los Lodhi Gardens se llenaban de gente que caminaba con paso vigoroso, con un propósito definido, mientras en las calles los sintecho encendían fuegos en bidones de metal, ocupando los arcenes de las carreteras. Se hacían excursiones a Old Delhi para comer el nihari de la mañana. Se avecinaba el Diwali, con sus guirnaldas de luces doradas. Delhi estallaba en un frenesí de compras y comida. Ella ya no era la confidente de Dean. Sunny no estaba allí. Neda pasó la festividad con sus padres, encendiendo las diyas en la casa, llevando a cabo una puya, observando a los chavales en el parque del otro lado de la calle con sus bengalas, subiendo a la azotea a ver la lluvia de fuegos artificiales sobre la ciudad. A la mañana siguiente, una cortina de humo se suspendía sobre los tejados. Las temperaturas cayeron en picado, el frío se coló a hurtadillas en las casas, se instaló en ellas y se negó a marcharse. Neda empezó a pensar en escapar. Se sentía llena de furia y desconsuelo, una tormenta fraguándose bajo la superficie. Se informó sobre los cursos para sacarse el título de profesora de inglés como lengua extranjera en el British Council. Para dar clases en Japón. Una amiga lo había hecho y no había vuelto

nunca.

Navidades. Adornos con figuras de Santa Claus en Connaught Place. Odas al consumo. Prácticas religiosas de boquilla. Neda fue con sus padres a la misa del gallo de la iglesia de Saint James. Una tradición familiar secular: iban cada año. Los tres sentados en los bancos de la iglesia, sin entender apenas nada de lo que pasaba. Neda cerró los ojos y rezó una oración. Le pareció ver a Ajay entre los feligreses, sentado un poco más adelante, rezando él también. Pero, cuando llegó el momento de la comunión, vio que se trataba de otra persona.

La desolación de enero. La ciudad asfixiada por el humo de la contaminación. Las temperaturas bajaron hasta los cero grados algunas noches. Su primer artículo del año nuevo: la falta de lugares adecuados donde cobijarse para los sintecho, una mafia amplia y organizada. Una mafia para todo. Se matriculó en el curso de profesora de inglés como lengua extranjera, al que acudía después del trabajo. Había perdido cualquier esperanza con Sunny. Y con ella misma. Sabía que era demasiado tarde. No iba a ir a hablar con Dean. Solo podía hacer planes para largarse de allí y no volver nunca.

4

En la mañana del último día de enero de 2004 le propuso a Dean ir a almorzar al China Fare. Quería darle la noticia: iba a presentar su renuncia esa misma tarde. Él le contestó que sí, que tal vez se retrasaría un poco, que creía que iba a tener una mañana muy apretada. Ella se dedicó a matar el tiempo en su escritorio y vio que el despacho de Dean estaba cerrado. Se fue pronto al Khan Market y estuvo echando un vistazo a las tiendas, todo el mundo envuelto en suéteres y chales. No estaba segura de si iba a sincerarse con él. No sabía lo que iba a decirle hasta que lo tuviera delante, cara a cara, hasta que él le diera alguna pista. Lo único que sabía con certeza era

que ella había acabado con todo aquello. Ocupó una mesa en el China Fare a la una y lo esperó. Pidió unos rollitos de primavera y un té verde.

Cuando Dean llegó, Neda supo que algo iba mal, muy mal. Él se sentó a la mesa y se agarró al borde con los dedos, como si fuera un precipicio. Ni siquiera se atrevía a mirar a Neda. Lo único que parecía preocuparle era su respiración. Lo sabe, pensó ella. Pero ¿el qué? ¿Qué es lo que sabe? Daba igual. Ella se iba a ir. Dean levantó las manos de la mesa, se restregó los ojos por debajo de las gafas de montura metálica y luego se las quitó, las dejó delante de él y se tapó la cara con las manos. Cuando alzó la vista al fin, tenía los ojos brillantes y una mirada ausente.

—Acabo de presentar mi renuncia —anunció.

Aquello era lo último que Neda hubiera imaginado que le oiría decir.

—¿En serio?

—O tal vez me han despedido. —Frunció el ceño—. No lo sé. —Hablaba consigo mismo—. O tal vez he saltado antes de que me empujaran.

—Dean…

Levantó la vista.

—Vamos a tomar una cerveza.

Fueron a Chonas. Dean empezó a hablar.

—Sabes que me había puesto a investigar a Bunty Wadia, ¿verdad? Desenterré tanta mierda que no te lo puedes ni imaginar. Me quedé muy muy corto cuando lo llamé uno de los hombres de la mafia de Ram Singh. Resulta que era justo al revés: Ram Singh básicamente trabaja para él.

Su voz adquirió un tono reflexivo.

—Está visto que casi todo el mundo trabaja para él.

Neda esperó a que continuara.

—Tuve un mentor —dijo al fin—. Un viejo director de un periódico de aquí. No voy a decir su nombre. Respetado. Una persona de fiar, íntegra, a todos los niveles y con todas las consecuencias. No hace mucho que lo conozco en persona,

pero mantenía correspondencia con él, leía todas sus columnas de opinión de cuando era joven y fue él quien me enseñó el oficio, a ser un auténtico periodista, y no estaría exagerando si dijera que también me enseñó a ser un hombre. Al menos eso imaginaba. ¿Cómo era aquel refrán? ¿«Si encuentras a Buda en el camino, mátalo»?

—Dean. Te estás yendo por las ramas.

—Terminé mi reportaje de investigación la semana pasada. Es una bomba. Y también una puta pérdida de tiempo.

—¿Por qué?

—La noche que lo terminé, este mentor del que te hablo me llamó por teléfono. A las diez de la noche. Me invitó a desayunar con él a la mañana siguiente en el Yellow Brick Road. Eso no tiene nada de raro, ¿verdad? Una mera coincidencia con el hecho de que acabara de terminar el reportaje. Yo estaba que daba saltos de entusiasmo con la historia, como cuando sabes que tienes algo muy potente en las manos, algo capaz de provocar un auténtico terremoto social. Así que estaba ansioso por verlo al día siguiente, pero no le adelanté nada por teléfono.

—Pero ¿qué habías escrito?

—Espera. La cosa fue así: fui a desayunar y ahí estaba él, esperando, tomándose un zumo de naranja, con un café al lado, sentado en una de las mesas de la ventana, la que da al jardín y a la entrada, la soleada. Él estaba de cara al interior de la sala. Me senté delante de él. Había estado enfermo el año pasado, pero lo vi mucho mejor. Tenía buena cara, buen color. Eso era un poco raro, que estuviese bronceado. Le pregunté si había estado de vacaciones, pero me dijo que no, que últimamente había estado nadando mucho en una piscina al aire libre, que por eso estaba bronceado y que le había cogido el gustillo, aunque su mujer le estaba dando mucho la lata con eso. Estuvimos un rato así, de cháchara, hablando de cosas sin importancia. «Bueno, ¿y tú qué te cuentas?», me preguntó. Y le expliqué que estaba a punto de enviar un artículo a mi editor, algo muy gordo. —Dean tomó un sorbo de cerveza y se llevó la mano a la frente—. Asintió con la cabeza. «A propósito de eso…», me dijo. Y sentí que se me caía el alma a los pies.

—Ya estaba al corriente.

—Peor aún: lo conocía de pe a pa, párrafos, frases, el argumento, la estructura…

—¿Cómo es posible?

—Porque ya lo había leído. Yo no se lo había enseñado a nadie aún, pero él ya lo había leído.

—¿Cómo?

—Habían entrado en mi ordenador. —Levantó las manos—. Me dijo que no iba a sacar ningún provecho metiendo en líos a tanta gente. Ningún provecho. Yo le contesté que no tenía nada que ver con sacar provecho. Que ese no era el objetivo. Que estaba seguro de que él se acordaba de eso. Me dijo: «Pero puede serlo». Que sacar provecho puede ser el objetivo, me dijo. Ese hombre, que era como un padre para mí, alguien cuyo ejemplo yo había intentado seguir, por así decirlo, cuyos principios éticos habían sido una inspiración, me estaba diciendo que sacar provecho podía ser el objetivo. Al fin y al cabo, había hecho un trabajo excelente, y se me debería reconocer. Por eso mismo, la parte interesada estaría dispuesta a comprarme mi historia, teniendo en cuenta que, en definitiva, era su propia historia y que yo había invertido un gran esfuerzo en hilarla. Sí, ellos me la comprarían. Se dio perfecta cuenta de lo indignado que estaba, y hasta me pareció ver un asomo de vergüenza en su mirada, pero lo único que me dijo fue que el mundo había cambiado, que el periodismo era un negocio como todo lo demás. —Dean negó con la cabeza—. La distancia entre nuestra forma de pensar era insalvable. La distancia entre el hombre que me había formado como periodista y el que tenía sentado ante mí era irreconciliable. Pero era el mismo hombre. Seguía casado con la misma mujer. Sacaba al mismo perro de siempre a pasear. Tenía las mismas rutinas, los mismos amigos, comía en los mismos restaurantes. En realidad, él siempre había sido el mismo hombre. Era el mundo el que había cambiado. Pero yo no soy así. Me conozco muy bien. «¿Qué te ha pasado?», le dije. No lo tomó como una pregunta retórica y pareció meditar la respuesta muy en serio, como si fuera la primera vez que alguien se la planteaba, pero no contestó. Por el contrario, anotó una cifra en una servilleta de papel y me la pasó, diciendo que era la oferta de su cliente.

—¿Cuánto?

—No merece siquiera que repita la cifra en voz alta. Era obscena. Rompí la servilleta. Dejé los trozos encima de la mesa y me fui. Le llevé la historia a Venkatesh ese día. La leyó. Le pareció que se sostenía. Se la pasó a los del departamento jurídico. Se pusieron nerviosos, pero revisaron las pruebas que les presenté y vaya si se sostenía, joder. V. dijo que adelante, que la iban a publicar, pero me también me advirtió que más me valía prepararme para lo que se avecinaba. Y entonces… —Señaló al techo con el dedo—. Dios. El de arriba. El director general. El consejo de administración. El dueño. Echaron el freno. Se negaron a publicarlo. Por retorcido que sea, eso tengo que reconocérselo, desde luego: al menos me puso la zanahoria delante primero. El palo vino después. Bueno, el caso es que he acabado atado de pies y manos. Me han tirado oficialmente la historia para atrás esta mañana. Y me han dado unas vacaciones pagadas. Así que he renunciado. O me han despedido. No tengo ni puta idea. Lo único que sé es que soy libre.

Neda lo estudió con atención, tratando de adivinar qué pasaba por su cabeza.

—¿Qué era eso tan grave que destapabas en la historia?

Dean esbozó una sonrisa extraña, amable, y luego rebuscó en la cartera de cuero que tenía cerca de la pierna derecha y le pasó por encima de la mesa una copia impresa sujeta por un clip.

—Dímelo tú.

Neda echó una ojeada a las páginas, contándolas. Se detuvo en la número quince, fue directa al final y luego volvió al principio.

Leyó el título en voz alta.

—¿«Ocultos a plena vista»?

—No tiene mucho gancho, ya lo sé. Era un título provisional. —Apuró su cerveza—. V. iba a cambiarlo.

Debían de ser cinco mil palabras o más. El relato estaba claro: Bunty Wadia era quien manejaba los hilos en el estado de U. P. A efectos prácticos, era el gobernador, aunque su influencia iba mucho más allá. Sus intereses comerciales

abarcaban todo el estado. Era dueño de una parte significativa del sector de la venta de bebidas alcohólicas, tanto minorista como al por mayor. Para guardar las apariencias, dirigía el negocio a través de testaferros, que a veces se presentaban como rivales en público pero que en realidad trabajaban de forma conjunta y respondían ante él. Se llamaban a sí mismos «el sindicato».

Neda leyó aquella parte en voz alta.

—¿El sindicato?

—Sí, ya lo sé —dijo él—. Parece sacado de una novela barata. Aunque a decir verdad, técnicamente, eso es lo que es.

Neda siguió leyendo. No se trataba solo del sector de la venta minorista y al por mayor. No se trataba solo de integración vertical —de la caña de azúcar al trapiche, la destilería, la distribución, la venta al por mayor, las tiendas, todo atado y bien atado, en todo el estado, los centenares de millones de personas, de la primera a la última— sino que era un auténtico monopolio. Había otros actores, por supuesto, otros productores en el estado, pero como el Sindicato Wadia controlaba las licencias de venta al por mayor al detalle, decidían quiénes podían vender al cliente y quiénes no. A menos que pagases una generosa cantidad, en metálico, te quedabas completamente al margen, te hacían desaparecer. En los puntos de venta, las marcas propias de Wadia, ya fuese las que elaboraba él mismo o las que importaba de fuera, ganaban prominencia. Si querías participar —y al final siempre querías—, tenías que pagar el precio, en metálico. De modo que por cada camión de alcohol que entraba, una maleta llena de billetes iba a parar a las arcas de los Wadia/Singh. Al cincuenta por ciento. ¿Qué iba a hacer nadie al respecto? ¿Acudir a la policía? ¿Acudir al Departamento de Consumo? Ellos también se llevaban su parte del pastel. La industria generaba miles de millones de dólares en blanco y miles de millones en negro, lo mantenía todo en orden y todo el mundo recibía su dinero.

Y eso era solo el principio del artículo.

Las primeras dos páginas.

Los chanchullos seguían y seguían.

En la extracción de arena, en el sector del transporte, de los peajes y las infraestructuras. A través del control de la policía

y los jueces.

Y, en cada paso, los Wadia y los Singh sacaban tajada de arriba, de abajo y del medio.

De tan simple como era, el tinglado que tenían montado con el transporte resultaba maquiavélico. El gobierno estatal reducía y cerraba de manera sistemática rutas de transporte en autobús público viables y rentables para luego conceder licencias a empresas privadas que cubrían esas mismas rutas a un coste mucho más alto para el viajero. A primera vista, esos operadores privados parecían la competencia, pero solo había que escarbar un poco para descubrir que, de los diez, ocho eran apoderados de Wadia, mientras que los otros dos los dirigían miembros del clan familiar de Ram Singh.

Neda se saltó algunos párrafos, soltó los papeles. Volvió a tomarlos. Siguió leyendo en diagonal. Había una parte dedicada a ponerlo todo en contexto, a la historia de cómo Bunty Wadia había ido progresando desde sus humildes inicios como un simple comerciante de grano en Meerut. Cómo había animado a Ram Singh a meterse en política. Cómo había pasado al sector de la producción de daru con la ayuda de su hermano mayor, Vikram. Cómo Vikram «Vicky» Wadia se había convertido en uno de los capitostes de la organización en Maharajganj, en el este de U. P., y luego en diputado de la Asamblea Legislativa. Un nombre familiar captó la atención de Neda.

—¿El incidente de Kushinagar?

—Sí, eso costó lo suyo desentrañarlo. —Rio Dean—. Al final me lo contó él mismo.

—¿Quién?

—Vicky Wadia. Rellenó muchas de las lagunas de información.

—¿Habló contigo?

—De donde él viene, este artículo es buena publicidad.

Neda leyó el párrafo despacio.

—¿En serio hizo esto?

—Eso creo. Los únicos que lo saben son quienes estaban allí. Le pregunté al exjefe de distrito si era cierto. Le dije lo que me había contado Vicky. Me dijo: «Si se lo ha dicho Vicky, es que es verdad». Al final no importa si es verdad o no, lo importante es si la gente lo cree. Y lo creen. Creen que

es una especie de semidiós, que practica una poderosa magia negra.

—¿Quemó vivo a alguien en el mercado de hortalizas?

Habían pillado a un joven robándole una cadena de oro a una señora y corría con la cadena por el mercado para escapar. Vicky estaba paseándose por allí con su séquito. Según se decía, vio al ladrón acercarse, lo levantó en vilo y lo lanzó por los aires. El joven quedó inconsciente en el suelo. Vicky recuperó la cadena de oro. Roció al joven con queroseno. Encendió una cerilla. Todo el mercado vio al chico gritando y abalanzándose sobre el puesto de tomates.

—Sigue leyendo, lo cito tal cual.

Neda leyó lo que había dicho Vicky:

—«Era un ladrón, y los ladrones eran una plaga en el distrito por aquella época, y alguien tenía que defender a la gente, alguien tenía que hacer que los ladrones comprendiesen que sus actos tienen consecuencias». Fin de la cita. Dios.

—Salió elegido como diputado para la Asamblea Legislativa al año siguiente. Allí arriba lo llaman con otro nombre. Himmatgiri.

Neda soltó el artículo, quería cambiar de tema.

—Estoy agotada solo de leerlo.

—Pues imagínate cómo me siento yo.

«Imagínate cómo se siente Sunny».

El peso de aquellos hombres, la violencia que impregnaba sus vidas. Llevaba días, semanas, meses cargando con aquello. Desde que era capaz de recordar, desde lo que en ese momento le parecían años y años, una eternidad, cientos de kilómetros de carreteras asfaltadas. El dinero que había gastado, el vino, el whisky, los coches con los cristales tintados, la suela negra del zapato de Bunty Wadia, empujando a Sunny al fondo de la piscina.

—Esos hombres —estaba diciendo Dean— son héroes para la gente a quienes roban, cuyas vidas destruyen.

Neda notó el pie.

Vio su cara.

—¿Hay algo sobre Delhi? —preguntó.

Dean se echó a reír. La suya era la risa de los vencidos, del hombre que estaba al límite de sus fuerzas, sin nada que perder, el hombre con el que habían estado jugando los dioses.

—Ya lo creo. Ve a la penúltima página.

Neda lo observó fijamente mientras pasaba las hojas. ¿Lo sabía Dean?

Se mentalizó para lo que estaba a punto de leer.

Pero no había nada sobre demoliciones y reasentamientos o apropiación indebida de tierras.

El texto hablaba de Sunny.

—Léelo en voz alta —le dijo.

Neda se aclaró la garganta:

—«Bunty Wadia no invierte en ninguno de los símbolos típicos de la construcción de una marca. No hay contratos de patrocinio ni carteles publicitarios ni entrevistas ni eventos con público; no tiene absolutamente ningún perfil público. Más que construir una marca, está tejiendo una red silenciosa e invisible. Y aun así, como muchos de los llamados grandes hombres, su punto débil parece ser su hijo. El anhelo de establecer una dinastía los ciega ante los defectos claros y obvios inherentes a la replicación imperfecta de la naturaleza».

Neda levantó la vista y lo miró. Siguió leyendo, pero esta vez para sí. Dean seguía disertando, hablando sobre el orden mundial neoliberal, sobre el clamor ensordecedor para transformar Delhi. Luego llegaba al meollo del asunto. Tenía en su poder una copia de una propuesta elaborada por Sunny Wadia y un graduado del MIT al que había contratado para transformar la ribera del Yamuna, un páramo en un estado calamitoso y lleno de chabolas, y convertirla en un «destino internacional para el ocio y los negocios». Describía la misma imagen utópica que había visto Neda y de la que había oído hablar, una imagen de bulevares, puertos deportivos, parques de la biodiversidad, centros culturales, lagos con servicios de alquiler de barcas y pasarelas de madera. El proyecto contaba con imágenes generadas por ordenador de familias pulcras y felices, de piel clara, disfrutando del cielo azul y el agua

cristalina de un Yamuna «despojado de su mismísima esencia, de su propia naturaleza». Dean hacía pedazos el proyecto. «Los planes, según fuentes con acceso al proceso de valoración, han sido objeto de burla. Se consideran políticamente inviables y nocivos para el medio ambiente. Tal como ha comentado un responsable que prefiere permanecer en el anonimato: "El Yamuna es un río del Himalaya que no está canalizado y que discurre por terreno inundable, sometido a las presiones del monzón y a merced de los caprichos de la madre naturaleza. Imaginar otra cosa es pura fantasía y un despropósito absoluto"».

Basta. Ya había leído bastante. Neda dio la vuelta a las hojas, negó con la cabeza y cogió su cerveza.

—¿Lo ves? —le dijo Dean—. Ya te dije que Sunny Wadia era un payaso.

5

De todos los días del año, tuvo que ser en San Valentín cuando Neda recibiera una llamada de un número desconocido.

Identificó la voz de Sunny al instante.

—Neda.

Sonaba muy lejana, sumamente angustiada.

Neda esperó a que dijera algo más, pero solo oyó la respiración pesada al otro lado de la línea. No ahogada bajo el peso de la amenaza, sino del olvido, de la autodestrucción. Neda estaba en casa, en la cocina, preparando chai. Salió al jardín delantero con el teléfono. Los periquitos revoloteaban y hacía fresco. A la sombra, el frío le calaba los huesos, así que se trasladó al sol.

—¿Qué?

—Necesito ayuda.

Neda sacudió la cabeza. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No puedo ayudarte.

—Ya no lo soporto más.

Parecía desesperado.

—¿El qué?

—Ya lo sabes.

Neda parpadeó y las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Creía que ibas a solucionarlo.

—No puedo.

Dejó caer los hombros.

—¿Dónde estás?

—En Goa.

—¿Por qué?

—No puedo más. Necesito ayuda.

—Vale, tranquilo.

—Ven.

—Sunny…

—Ven, hoy, coge un avión. Necesito verte. Necesito hablar contigo. Cara a cara.

—¿Por qué?

—No puedo contártelo por teléfono. Tú ven. Ven y nunca más volveré a pedirte nada, te lo juro.

—Sunny.

—¿Qué?

—¿Sinceramente? Que suena a trampa.

—No lo es.

—No me jodas.

—Reserva un billete y envía los datos del viaje a este teléfono. Ajay irá a buscarte al aeropuerto. Ven, por favor. Ven y no volveré a molestarte nunca más.

Neda se maldijo. Esperó una hora. Luego llamó a su agente de viajes y le pidió que le reservara un billete para esa noche. Fue a trabajar, pero no había nada que corriera prisa, ya había enviado sus artículos a redacción y, puesto que también había presentado su renuncia, no tenía noticias que cubrir. Le enviaron el billete a la oficina esa misma tarde. Neda mandó la información al número desde el que Sunny la había llamado. Ni siquiera se pasó por casa para cambiarse o hacer la maleta. Dejó el coche aparcado en el trabajo y fue en taxi al aeropuerto. Llamó a casa de camino; contestó su madre.

—Hola, soy yo. Me voy a Bombay unos días. Tengo que documentarme para un artículo. Y voy a ver a Hari. Volveré el domingo.

El vuelo iba casi vacío, solo estaban ocupados un cuarto de los asientos. Había cerca de una docena de hombres de negocios y un par de mochileros cansados de tanto viaje, haciéndole trampas a la India tomando un avión. Se acurrucó de inmediato ocupando tres asientos, se tapó con el abrigo e intentó dormir. No quería pensar. Hacía poco que había medio conseguido no pensar en nada. Le aterraba ver a Sunny. Cuando el avión inició el ascenso, casi rezó para que Ajay no estuviera esperándola. No era tan descabellado. Cabía la posibilidad. ¿Qué haría entonces? Iría a Vagator en taxi, se alojaría en el Jackie's Daynite, comería curri de cangrejo en el Starlight y volvería a casa. Y fin de la historia.

Llegó a punto de anochecer; la tierra aún conservaba el calor del día, atemperada por la brisa que soplaba desde el mar arábigo. Se quitó el abrigo, se lo colgó al hombro, dejó a los turistas esperando junto a la cinta transportadora de equipaje y salió a la zona de llegadas, donde los captadores de clientes para los hoteles y los taxistas cobraron vida de repente. Avanzaron en masa al verla, tratando de convencerla con su labia. Taxi, señora. Hotel, señora. Venga, señora, por aquí. Se detuvo delante de ellos, abrió el bolso y sacó el paquete de tabaco, extrajo un cigarrillo despacio, lo encendió, le dio una profunda calada y levantó la cabeza para soltar el humo, que se unió a la danza nocturna de las mariposillas y los mosquitos de los reflectores.

—Señora.

Aquella voz familiar.

Aquel rostro.

Ajay la acompañó hasta un coche aparcado, alejándola de la multitud. Un Maruti rojo como el suyo. Con matrícula local. Ajay sugirió que fuera con él delante, para que la policía no pensara que era un taxi ilegal. Cada lugar se regía por sus propias trampas.

La carretera seguía el curso de un gran río. Dejaron atrás kilómetros de palmeras, pequeñas capillas encaladas

rebosantes de luz y perros callejeros que ladraban a los faros y luego volvían a perderse en los palmerales. Había algunos bares abiertos a pie de carretera, tugurios diminutos de hormigón con puertas viejas de madera y bombillas que apenas alumbraban el interior. Neda bajó la ventanilla y dejó que el aire fresco y limpio le inundara el pelo y los pulmones. Un sedante. No hablaron. Neda miraba las manos de Ajay sobre el volante, los nudillos llenos de cicatrices. Al cabo de un rato, se incorporaron a una vía transitada, pasaron junto a un control policial. El tráfico aumentó y el camino se volvió árido, brusco, lento. Cuando se quedaron atascados detrás de un camión, Neda se sintió obligada a decir algo.

—¿Ajay?

—Sí, señora.

—¿Va todo bien?

—Sí, señora.

—¿Sunny está bien?

—Sí —contestó Ajay, aunque no con tanta seguridad.

Neda sintió el impulso de seguir preguntándole al respecto, pero se refrenó y volvió a guardar silencio hasta que, poco después, Ajay adelantó al camión y el acelerón para avanzar por el estrecho carril la animó.

—Conduces como si conocieras estas carreteras.

—Trabajé aquí, señora —dijo él.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Dónde?

—En Arambol.

—¿En un chiringuito?

—Sí.

—¿Antes de Sunny?

—Antes del señor Sunny.

Neda se encendió un cigarrillo.

—¿Has vuelto alguna vez? ¿A ver a tus amigos?

Ajay sonrió con timidez y negó con la cabeza.

—Ahora trabajo, señora.

Volvieron a guardar silencio y cruzaron otro puente.

A Neda se le quedó grabada aquella sonrisa.

Entraron en la capital, Panjim. Pequeña, colonial. A Neda le recordó un cuento de hadas. Ajay continuó a lo largo de la orilla del río antes de adentrarse en la ciudad a través de callejuelas de edificios coloniales pintados de amarillo, con tejados de grandes tejas, balcones estrechos de madera y mosquiteras de madreperla. Ascendieron por la sinuosa carretera de una colina hasta un hotel llamado Windmill, uno de esos edificios destartalados de tres estrellas que habían conocido tiempos más glamurosos. Ajay encontró un sitio donde aparcar cerca, cerró el coche con llave y pidió a Neda que lo siguiera. En la pequeña recepción, un joven de pelo ensortijado, acné y un ridículo bigotito incipiente saludó a Ajay con cordialidad. Luego miró a Neda y se dirigió a ella en inglés.

—Usted debe de ser nuestra huésped. Su amigo está esperándola. —Le indicó el ascensor—. En la terraza de la última planta.

—Señora —dijo Ajay—, yo me voy.

Sin darle tiempo a contestar, Ajay desapareció por la puerta con suma discreción.

Neda subió en el angosto y ruidoso ascensor, cuyas puertas se abrieron a una terraza desierta. Las sillas estaban apiladas, las mesas subidas unas encima de otras, las luces apagadas. Vio a un barman bajo unas luces atenuadas, detrás de la barra, y cuando se dirigió hacia allí distinguió a Sunny, sentado, con los pies en alto sobre el parapeto de hormigón, contemplando el cielo nublado e iluminado por la luna.

Se acercó sin hacer ruido. Sunny vestía una camiseta vieja de algodón con el logotipo de una petrolera, de las que se ven en las ciudades de mochileros de Tailandia. Advirtió la barriga que los trajes confeccionados a medida habían disimulado hasta entonces. Llevaba la barba descuidada. Y una gorra de béisbol.

Había una silla vacía a su lado.

Se detuvo junto a él y se encendió un cigarrillo, pero no se sentó.

Echó un vistazo a las calles estrechas y adoquinadas, a las viejas iglesias de piedra, a las avenidas flanqueadas de

palmeras. Hacía fresco y el aire olía a salitre. Más allá de la ciudad, las traineras cabeceaban en la amplia y plácida desembocadura del río. En la orilla más lejana, una llamativa colonia de vallas publicitarias, flamencos de neón sobre un pueblo pesquero, iluminaba el cielo.

—Siéntate —dijo Sunny.

—Más tarde. Llevo sentada todo el día.

Sunny le ofreció la bebida que tenía en la mano.

—¿Qué es? —preguntó con frialdad.

—Un Long Island Iced Tea.

—¿Estás de vacaciones?

Sunny se encogió de hombros.

Neda tomó el vaso y le dio un trago.

—Joder, está fuerte.

—Sí.

—Mis amigas y yo lo tomábamos los viernes en la universidad, en la hora feliz, cuando tenía amigas. Es como si hubiera ocurrido en otra vida.

—Nunca lo había probado.

—¿De verdad?

—Pasé directamente del desi daru de los campos de caña de azúcar a los martinis en el Dukes.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Neda.

—Porque soy un payaso. —La miró—. ¿No?

El artículo no publicado de Dean.

—¿Lo has leído?

—Sí.

—¿Entero?

Sunny asintió.

—Puede que tu amigo tuviera razón.

Neda se sentó.

—Bueno… —No sabía qué decir—. Yo no lo creo.

Sunny recuperó el vaso y apuró la bebida.

Estaba camino de emborracharse.

Y a ella le apetecía dirigirse al mismo lugar.

—Al menos ahora sé qué hizo tu tío en Kushinagar —prosiguió Neda. Enarcó las cejas—. Así que política local, ¿eh?

—Yo antes lo adoraba. Se le daba bien contar historias.

Sunny lanzó un largo suspiro; iba a decir algo más, pero se

mordió la lengua.

—¿Qué?

—No sé.

—No, ¿qué ibas a decir? —insistió ella, aunque sin atosigarlo.

Pero Sunny no quiso continuar por ahí.

—El chutiya de Dean tendría que haber cogido el dinero —dijo en su lugar.

Neda esbozó una sonrisa triste.

—Jamás lo habría aceptado.

—Diez crore de rupias era más que suficiente —repuso Sunny, incapaz de disimular su irritación.

«Joder. Cien millones de rupias. Más que de sobra para empezar una nueva vida».

—Tu padre ha arruinado su carrera —dijo Neda—. Lo sabes, ¿no?

—Todo forma parte del juego. Él conocía los riesgos.

—Pero ¿tú te escuchas? ¿Te das cuenta de lo gilipollas que pareces? En serio, Sunny. ¿Por qué estoy aquí? ¿Para qué querías que viniera?

—Para decirte que voy a dejarlo.

—¿El qué?

—Todo.

—Concreta, Sunny. Sé concreto.

—Tú lo dijiste. Que no tenía por qué aguantarlo. Que podría dejarlo.

—Ya…

—Pues voy a dejarlo.

—¿El qué?

—A él, su dinero, la presión que siento, sus maneras violentas, su forma de hacer las cosas. Además, todos mis sueños son una gilipollez. Ya has visto lo que tu periodista decía de mí. Estoy cansado. Me siento atrapado entre las mierdas de mi padre y lo que no puedo hacer yo.

—¿Cuál es tu plan?

Sunny cerró los ojos.

—Estoy cansado —repitió—. Ya te lo contaré. Mañana. Tengo una habitación aquí para nosotros, para pasar la noche. Hay que dejarla mañana temprano.

—¿Por qué?

—Iremos a otro sitio. A un lugar donde puedo hablar. Donde nadie nos encontrará. Allí te lo contaré todo.

La habitación de la cuarta planta tenía un encanto desvaído y decadente, abarrotada de mobiliario anticuado de estilo portugués. Neda dejó a Sunny en el balcón, fumando, y fue a ducharse, envuelta en la luz blanca del cuarto de baño. Tenía preguntas. Muchas preguntas. Estaba desesperada por oírlo hablar, pero, cuando salió del lavabo, Sunny estaba tumbado boca abajo, dormido, con los zapatos aún puestos. Supuso que había estado reservando toda su energía para cuando ella llegara, para la noticia, y, una vez que se la había dado, se había desplomado. Le quitó los zapatos y los calcetines, apagó la luz, dejó caer la toalla y se acostó a su lado, tapándose bien con las mantas. La ciudad titilaba a la luz de las farolas. Fuera, prácticamente reinaba el silencio. Algún que otro ladrido de vez en cuando, el zumbido de una escúter pasando por la calle. Sunny se movió. Murmuró sin abrir los ojos.

—Mañana es mi cumpleaños, el día 16.

Cuando Neda se dio cuenta, ya eran las cinco y media de la mañana y Sunny se había levantado, había puesto agua a hervir en la pequeña tetera y estaba junto a la cómoda, vertiendo sobrecitos de café instantáneo en las tazas desportilladas, a la débil luz de la lamparita de noche.

—¿Qué está pasando?

Al principio, Neda no recordaba dónde estaba ni qué hacía Sunny en su habitación.

—Salimos en media hora.

—No. —Tiró de las mantas—. Quiero dormir.

Sunny sirvió el agua caliente, añadió un sobrecito de azúcar, removió el café y sostuvo una de las tazas bajo la nariz de Neda.

—Despierta.

Tenía una cámara Polaroid en la mesa. Le sacó una foto con flash.

—Hace frío —dijo Neda—. Quiero dormir. —Vio que él sacudía la foto esperando a que se revelara—. Seguro que

salgo espantosa.

Sunny se sirvió un poco de Old Monk en el café.

—¡Eh! Ponme a mí también.

Neda casi podía fingir que todo aquello era normal. A las seis y diez ya estaban abajo. La mañana empezaba a invadir el cielo: pinceladas ambarinas entre el lila, siluetas de nubes deslizantes. Sunny le entregó la llave al recepcionista y pagó la habitación.

Ajay los esperaba en la calle junto a una Royal Enfield Bullet 500 con el abrigo de Neda bajo el brazo, además de un chal grueso azul y un casco. Neda se puso el abrigo y se envolvió en el chal. Ajay le tendió el casco a Sunny. Las llaves estaban en el contacto. Sunny se subió, comprobó el amperímetro y arrancó la moto.

—Sube.

Neda se montó detrás.

Sunny se volvió hacia Ajay y alzó la voz para hacerse oír por encima del motor.

—Dos días. Estaremos de vuelta en un par de días. Te llamaré. Si alguien pregunta por mí, ya sabes qué decir.

Atajaron por las estrechas calles de la ciudad al amanecer, pasando junto a hogares en reposo y gatos que cruzaban como un rayo las calzadas desiertas. Los persiguió una jauría de perros por la orilla del río hasta que salieron de la ciudad para incorporarse a la autopista en dirección sur, hacia el aeropuerto. Neda le envolvió la cintura con los brazos y pegó la mejilla contra su hombro cuando aceleraron y el martilleo gutural del motor se convirtió en un suave y agudo crescendo. Sunny dio más gas y Neda vio pasar arrozales cubiertos de bruma, y no había nada más bello que el rugido de la Enfield en la carretera desierta. Así transcurrió una hora. Una hora de nada. Palmerales, capillas encaladas, nutridas nubes de mosquitos, búfalos tumbados descansando, los primeros rayos de sol asomando en el horizonte, deslumbrándola, bañándolo todo en oro. Atravesaron la meseta del aeropuerto acompañados del rugido del motor y descendieron hacia la

ciudad de Margao, que despertaba a la vida: la parsimonia del tráfico, las cafeterías abriendo para el desayuno, los ancianos haciendo ejercicio en los parques. Cruzaron las vías del tren, salieron de la ciudad y tomaron la autopista. Poco después, Sunny se desvió, viró hacia la costa a través de pequeñas carreteras, de iglesias polvorientas y campos de fútbol, zigzagueando entre pueblos donde colegialas con coletas caminaban agarradas del brazo y gatos hambrientos y amas de casas esperaban el claxon del pescadero. Sunny se quitó el casco y se lo pasó a Neda cuando entraron en una aldea poblada de palmeras y cornejas, y de pronto asomó una playa, durante un breve segundo, espléndida, antes de que torcieran hacia la jungla y empezaran a ascender. Durante la siguiente media hora continuaron subiendo e internándose en las colinas de la costa de Canacona, apurando las curvas, arriba y abajo. Neda se quitó el chal, el abrigo, y colocó el casco encima para sujetarlos sobre el regazo, mientras se impregnaba del viento cálido, con los ojos cerrados, rindiéndose al trazado de la carretera. Cómoda en su abandono. Coronaron una colina. De pronto Sunny apagó el motor y se hizo el silencio. La moto redujo la velocidad instantes antes de volver a ganarla. Neda abrió los ojos. Kilómetros y kilómetros de jungla se extendían a su alrededor, y el mar enfrente, centelleando a lo lejos; un puñado de islas rocosas bordeaban el cabo, olas que batían contra un sinfín de ensenadas, la espuma refractada por el sol. La gravedad empujó la moto colina abajo, en punto muerto, acompañada del chirrido ominoso de la suspensión sin el par motor, y en ese momento Neda comprendió que los recursos de la fortaleza son ilusorios.

Se detuvieron en un pueblecito con mercado, pidieron poori bhaji y chai en el Udipi, comieron y estuvieron fumando después, sin apenas intercambiar una palabra. Sunny pagó la cuenta, dejó un billete de veinte para el camarero y uno de cincuenta para la mendiga que esperaba pacientemente junto a la moto. A un grupito de niños no les dio nada. Y volvieron a ponerse en marcha.

Tardaron otra media hora en llegar a su destino,

atravesaron con el estómago lleno las aldeas de una sola calle, con sus casas de tejados inclinados, sus gallinas ambulantes y sus altares de tulsi. Cruzaron un río bordeado de palmeras por un estrecho puente de hierro, el agua de un color turquesa que Neda no había visto nunca.

Y de pronto la playa, el mar, el salitre en el aire. Kilómetros de arena intacta en la que un puñado de barcas pesqueras y cabañas sencillas constituían la única señal de vida. Sunny descendió despacio y con cuidado por un camino arenoso que conducía a una agrupación de cabañas con tejados de palma.

—Hemos llegado —anunció.

—¡Santosh! —llamó Sunny, caminando por entre las casas.

Un niño que jugaba al fútbol con una pelota deshinchada lo vio y se puso a dar saltos y voces. Un segundo después, un joven risueño salió de una cabaña oscura, agachándose bajo la puerta. El joven, de complexión baja y robusta y piel suave y bonita, solo llevaba unas bermudas y un Om de plata colgando del cuello.

—¡Sunny, amigo mío!

Lo estrechó entre sus brazos.

—Santosh —dijo Sunny con una sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ahora que has venido. Llevo esperando mucho.

Neda vio a Sunny tímido, contento.

—Sí que has crecido. Santosh, esta es Neda.

—Bienvenida —dijo el joven tendiéndole la mano con actitud muy formal.

Los llevó lejos de las cabañas, hacia una duna y un pinar.

Neda oía el mar a su espalda.

—¿Dónde están vuestras cosas?

—Esto es todo.

—¿Esto es todo? Solo esto. Vale, muy bien. Tampoco necesitáis más. ¿Cuánto tiempo os quedáis? ¿Una semana, un mes, un año?

—Solo una noche.

Santosh chascó la lengua.

—Qué pena. ¿Cuánto hace de la última vez? ¿Tres años? Mírate. —Se detuvo, se apartó un poco para echar un vistazo a Sunny y rio alegre—. Parece que la cosa va bien —dijo,

dándole unas palmaditas en la barriga. Luego se volvió hacia Neda—. Antes no comía nada. Estaba muy débil.

Una franja de pinos azotados por el viento separaba la cabaña de la playa, troncos ladeados como trazos caligráficos. Al sur, los pinos acababan en una presa de marea que conectaba el manglar con el mar. Bajo los árboles había una mesa roja de plástico, dos sillas, dos hamacas. La arena de la playa era fina y dorada, y se amontonaba en suaves dunas. La marea alta besaba la orilla.

—Venid. Sentaos —dijo Santosh.

El niño que jugaba al fútbol subió hasta donde estaban acarreando un cubo metálico enorme lleno de cervezas y hielo que le hacía caminar con dificultad. Lo dejó a la sombra, junto a uno de los árboles.

—¿Ves? —dijo Santosh cuando el niño se alejó corriendo—. Estoy preparado.

Sunny le tocó el brazo con gran afecto.

—Gracias.

—Por ti lo que sea, amigo.

Sunny se quitó los zapatos y los calcetines de una patada y se desplomó en una de las sillas.

Se encendió un cigarrillo.

—Este siempre trabajando demasiado. —Santosh lo agarró por los hombros con sus manos fuertes—. Ahora toca relajarse.

Neda tiró el abrigo, el chal y el bolso sobre la otra silla, subió la duna y echó un vistazo a la playa.

—¿Qué hora es? —preguntó Sunny.

—Puede que las nueve —contestó Santosh.

Unas cuantas barcas solitarias cabeceaban entre las olas.

Neda se estiró.

—Santosh, este sitio es increíble.

—Nací aquí —dijo él. Sacó dos Kings bien frías del cubo y las abrió en una hilera de clavos que sobresalían de uno de los árboles. Le tendió una a Sunny y la otra a Neda—. ¿Tenéis hambre? Voy a ver. Puede que la comida esté lista.

Santosh regresó a las cabañas con paso tranquilo.

—Acabamos de comer —dijo Neda.

—No pasa nada —contestó Sunny—, aunque esté lista, Sushma aún tardará otra hora.

—¿Sushma?

—Su madre. Aquí llevan el ritmo de Goa.

Neda se sentó, dejó la cerveza en la mesa y se quitó las botas y los calcetines. Enterró los dedos de los pies en la arena fresca y se encendió un cigarrillo. Un perro vagabundo que deambulaba por la playa se acercó a ellos y se acurrucó debajo de la silla de Neda.

—¿De qué conoces este sitio?

—Hace un par de años pasé aquí unos meses. Santosh era un crío. Me paró para pedirme que lo llevara, yo iba en moto y él volvía a pie del colegio. Al final viví una temporada con su familia.

—Buenos tiempos —aventuró Neda.

Sunny asintió.

—Volverás a tenerlos —le aseguró.

Pasaron la mañana suspendidos en la luz y el calor. Sunny se retiró a la otra hamaca y bebió más cerveza. Neda dormitaba a ratos mientras Santosh se pasaba por allí de vez en cuando y le abría una cerveza a Sunny, mimándolo. Sunny tampoco tardó en dejarse vencer por el sueño. Cuando Neda volvió a despertarse, Santosh sonreía de cara al mar.

—¿En qué piensas?

—En la pesca —contestó él—. Luego saldremos a pescar.

Neda se estiró.

—¿Sabes nadar?

Santosh soltó una risita nerviosa.

—No.

—¿Aquí se puede nadar sin peligro?

—No si no sabes nadar.

Neda rio.

—Sé nadar, pero no llevo bañador.

—No pasa nada —aseguró él—. Aquí cada uno va como quiere; a la gente le da igual.

Hacia el mediodía, Santosh apareció con unas bandejas de gambas rebozadas con rawa, curri de tiburón, arroz, papad y mejillones con pao recién hecho. Lo devoraron todo

acompañándolo de limón y guindilla verde y bebieron más cerveza. Neda se dio cuenta del hambre que tenía cuando se pusieron a comer. A medio banquete, Santosh anunció que se marchaba, que volvería en unas horas. Sunny abrió la cartera y sacó mil rupias para él.

Neda estaba esperando a que Sunny retomara la conversación de la noche anterior. Era de lo único de lo que quería hablar, pero no se decidía a empezar. No sabía si era por el sol y la brisa marina, que la aletargaban, o por su reticencia a reabrir heridas, a echar a perder ese paraíso que Sunny había hecho aparecer a su alrededor y que apuntaba al final de algo. Percibía la tensión de Sunny. El viaje hasta allí había logrado justo lo contrario de lo que pretendía. Parecía más encerrado en sí mismo que nunca. Cada vez que acababa una cerveza, se abría otra.

—¿No deberías bajar el ritmo? —comentó Neda.

Pero Sunny la ignoró.

Neda se tumbó en la hamaca y se durmió.

Cuando despertó, Sunny seguía sentado a la mesa, con las gafas de sol puestas. La marea estaba retirándose y dejaba a la vista un alto escalón de arena contra el que las olas rompían con violencia en su avance hacia la playa. Neda se levantó de la hamaca.

—Me voy al agua —dijo—. ¿Te vienes?

Sunny negó con la cabeza de manera apenas perceptible, envuelto en un aura asfixiante. Ella le dio la espalda y se desnudó sin decir palabra hasta quedarse en ropa interior. Echó un vistazo a la playa: seguía desierta. Bajó corriendo por la arena, que le quemaba la planta de los pies. Se adentró en el agua sin pensarlo, salvó la resaca, se zambulló de cabeza y emergió más allá del oleaje, donde la superficie estaba tranquila y serena. Nadó hacia el horizonte, en línea recta, hasta que empezaron a dolerle los brazos. Se quedó flotando en el mar y volvió la vista hacia tierra; desde allí tenía un aspecto muy distinto, una playa inmensa pero insignificante ante las junglas y los Ghats occidentales que se alzaban en

verdes ondulaciones e iban ganando altura a medida que se fundían con las montañas del interior. Distinguió a Sunny sentado a la mesa, con la camisa abierta, fumando, las gafas de sol puestas, rodeado de cervezas vacías. Pequeñas columnas de humo se elevaban de unas casas que quedaban ocultas a la vista, desperdigadas por la playa. Se quedó flotando, dejándose arrastrar por la corriente, y lo único que oía era el suave chapaleo de las olas contra su piel. Cada vez que su cerebro pretendía formular preguntas obligadas, el mar intervenía. Como si quisiera borrarle la memoria. Cerró los ojos e intentó abandonar su cuerpo, contemplarse desde arriba, verse como un punto nada más, insignificante, nada. Bombay al norte, Sri Lanka frente a la costa de la punta sur, cada vez más alto, hasta alcanzar el espacio, la península arábiga, la costa este africana, Europa, América, la curva del planeta, el vacío profundo e impenetrable.

Salió refrescada.

—Deberías meterte.

Se sentó a su lado, chorreando, creando un charco en la arena alrededor de la silla de plástico. Los cristales ahumados le impedían verle los ojos.

—Luego.

—Te despeja la mente.

Sunny no contestó, no se movió. Era como una piedra. Neda se pasó los dedos por el pelo, empezó a exprimir el mar.

—Te ayudará.

—Ya he dicho que luego.

—En algún momento tendremos que hablar.

—No…

—¿No qué?

—No lo estropees.

Se quedaron callados, entonces él se levantó y atravesó el pinar sin decir palabra, bajó a la playa, cruzó la arena hacia las olas, entró con paso vacilante hasta que el agua le cubrió los tobillos y meó en las olas rompientes. Se quitó la camiseta cuando terminó y se zambulló. Su cuerpo había perdido tonificación en los últimos seis meses. Neda sintió una tristeza infinita viéndolo flotar, abotargado y roto, en las aguas

tranquilas.

El día se les escurría entre los dedos. Neda se había puesto el vestido de recambio que había llevado y Sunny estaba sentado en la playa, con la camiseta y los pantalones aunque estaba mojado, contemplando el mar. Ella se sentó a la mesa a leer un viejo ejemplar de *The Rough Guide to Goa*. Le faltaban algunas páginas que alguien había arrancado. El sol se hundía en el océano, tornándose ámbar.

Santosh apareció por el camino de las cabañas.

—¿Dónde está Sunny?

Neda señaló la playa.

—¿Qué ha pasado?

Ella no contestó.

Santosh puso los brazos en jarras.

—Piensa demasiado.

Esperó a que ella dijera algo. Al ver que permanecía callada, le preguntó si quería una cerveza.

—Solo agua.

—¿Sunny quiere cerveza?

—Espera a que anochezca. —Le sonrió débilmente—. Por favor. No es bueno para su cabeza.

Neda paseó por la playa mientras se ponía el sol, acompañada del perro vagabundo, que se negaba a separarse de ella, y cuando regresó se acercó a Sunny con dos cigarrillos encendidos y se agachó a su lado, en la arena.

—Se ha acabado el día —dijo Sunny.

Neda le tendió uno de los cigarrillos.

—Te lo has pasado evitándome.

—No sé qué esperaba.

—¿Por qué no hablas conmigo?

—No lo sé. Ya no sé nada.

Neda le apartó el pelo de la cara.

—Nadie puede saberlo todo.

—Mi padre sí. —Lo dijo absolutamente convencido—. Él sabe el cuándo, el qué, el porqué, el dónde y el cómo.

—Has olvidado el quién.

—También lo sabe.

—¿Sabe dónde estamos ahora?

—Es probable.

Neda lo meditó.

—Pero ¿qué es lo que quiere de ti?

—Control. —Levantó una mano llena de arena—. El hijo perfecto, que piense y actúe como él. Pero yo no sé quién es esa persona. No sé ser esa persona. La que él quiere.

—Es que no deberías tener que ser esa persona.

—Quería complacerlo. Quería que se sintiera orgulloso. Si pudiera descifrar el código, todo lo demás vendría rodado, pero no sé hacerlo.

—Y tienes que dejarlo.

Sunny asintió despacio.

—Sí.

—¿Te lo va a permitir?

Sunny soltó la arena.

—No lo sé.

Neda lo miró con atención.

—¿Alguna vez le has plantado cara?

—Publiqué aquellos anuncios.

—Sunny… Eso no fue plantarle cara. Con eso solo lo fastidiaste.

—Te he contado lo que ocurrió después, ¿verdad? Envió a sus hombres a mi apartamento y lo destrozaron todo, delante de mí. Los muebles, los cuadros, las esculturas. —Neda lo vio reviviéndolo en su cabeza—. Cosas que había comprado, coleccionado, cosas que significaban algo para mí, cosas bellas. Solo las cosas bellas. Cosas de valor incalculable. No por su valor monetario, sino sentimental. Él se quedó allí mirando cómo sus hombres lo destrozaban todo. No abrió la boca mientras sucedía, pero al mismo tiempo me decía algo, me enviaba un mensaje, lo oía en mi cabeza, como por telepatía. No había espacio para la belleza, no había espacio para el error. Me decía que yo había olvidado quién era. Que yo había olvidado que soy quien soy gracias a él.

—Pero él no ha tenido que ver en eso.

—Sí, Neda, sí ha tenido que ver. Él y Vicky. Los dos. Ellos me han hecho ser quien soy. ¿Cómo escapa uno de eso?

—Dejándolo.

—Tengo la sensación de que me paso la vida intentando alcanzar la orilla a nado mientras la marea me aleja cada vez más. Ya no me quedan fuerzas.

—Lo sé.

Sunny se volvió hacia ella.

—¿Sabes que eres la primera persona que me pregunta por Vicky? Nadie lo había hecho hasta ahora.

—Porque la gente no sabe que existe.

—Sí que lo sabe, pero le tiene miedo.

—¿Y tú?

Sunny sonrió con incomodidad.

—Antes, de niño, lo veía a menudo. Lo recuerdo, antes de que mi madre… antes de que mi madre, de vez en cuando… Era alguien… fascinante, amable, valiente. Creo… Y después de que ella… —Era incapaz de acabar la frase—. Lo vi menos. Una vez al año. Luego, después de ir al internado, ya no volví a verlo.

Dibujó en la arena.

—Para mí, era un auténtico mito. Un héroe… Completamente distinto de mi padre. Cuando dejé los estudios, ya sabía que mi padre era un hombre poderoso. Teníamos una magnífica casa de paredes blancas en Meerut, cercada, vigilada, y siempre había gente importante rondando por allí, gente que acudía a él. Entre ellos, Ram Singh. Yo tenía todos los juguetes que quería. Pero mi padre distaba mucho de ser mi héroe. Puede que él lo supiera. No lo sé. Pero me envió al campo, al este de U. P., donde vivía Vicky. Para aprender a ser un hombre.

Se detuvo un momento y pensó en lo que acababa de decir. Cuando volvió a hablar, apenas se le oía. Neda tuvo que esforzarse para captar las palabras.

—Viví junto a una azucarera de la que éramos dueños. Me alojaba en una cabaña que había en la propiedad. Me hacía la comida, me lavaba la ropa, me dejé esta mierda de barba. Salía a correr todas las mañanas. Todas las mañanas. Adelgacé, gané fuerza y velocidad. Llevaba una vida… sana. Salía a correr por los campos todas las mañanas, pasaba junto a los trabajadores, olía lo que preparaban al fuego, veía a sus hijas. Que me miraban. Un chico guapo. Sentía el deseo que se apoderaba de mi cuerpo… Nunca había estado con nadie.

Sonrió.

—Hacía todo lo que te digo. Lo hice durante mucho tiempo. Estuve allí meses, viviendo con los trabajadores de la azucarera como si fuera uno de ellos, feliz, sin ambiciones. Lo escribía todo en un diario. Mis esperanzas y sueños, mis deseos. Mientras tanto esperaba a Vicky, pero él nunca se pasaba por allí. Nunca. Nadie mencionaba su nombre siquiera. Hasta que, una noche, vino. Llegó con su séquito. Sus jeeps aparecieron por la larga carretera y se detuvieron junto a la azucarera.

Arrojó el cigarrillo al suelo.

—Bajó del coche. Es un tipo enorme. Los trabajadores estaban aterrados. Los reunió a todos, los intimidó. Yo me quedé al final del grupo, esperando. Esperando a que me mirara. Ni siquiera me saludó. Se fue con sus hombres a inspeccionar el campamento de los trabajadores y yo me volví a mi cabaña. Y continué esperando. Se hizo tarde. Debían de ser las once cuando apareció. Era una montaña. Lo acompañaban sus hombres. Eran como… bestias. Ocuparon la casa. Vicky me asustó. Se sentó en mi sitio. Me ofreció una botella y me dijo que bebiera. Les contó a sus hombres historias de cuando yo era pequeño. De mi madre. Luego empezó a leer mi diario, empezó a leer párrafos en alto, cosas privadas, cosas que me dolían. Pero ¿qué podía hacer? Alguien llamó a la puerta. —El recuerdo estaba haciéndose doloroso—. Varios de sus hombres entraron con tres chicas. Eran jóvenes, de unos quince años tal vez, no lo sé, pero sabía que eran del campamento de trabajadores. Estaban tan asustadas como yo. Bueno, dos de ellas. La tercera tenía una actitud… desafiante. Al menos lo parecía… Nos miró a todos uno por uno, a los ojos. Miró a Vicky. Vicky se levantó y se acercó a ella. Luego se volvió hacia mí. Dijo que podía quedarme si quería o…

—Sunny… —Neda le tocó el brazo.

—Salí corriendo. —Sunny se pasó la mano por el pelo—. Salí corriendo, sin más. Corrí a los campos y me escondí en ellos durante horas. No sabía quién era aquel hombre. Vi que sus jeeps se iban de madrugada y volví con sigilo. La cabaña estaba destrozada, vacía. Olía a alcohol y a sudor y a cosas peores. Hice sitio en el suelo, me acurruqué y me puse a

dormir. Cuando me desperté, fuera se había desatado el caos. Los trabajadores chillaban, gritaban, querían tirar el lugar abajo.

—Dios…

—La policía estaba allí. Me pusieron a salvo… Me enviaron de vuelta con mi padre.

Se quedó callado, mirando el mar.

—¿Qué ocurrió?

—A dos de las chicas las encontraron colgadas de un árbol. A la tercera no la encontraron nunca.

Neda se estremeció, sin habla.

—Después de eso, me enviaron a Londres. Mi padre dijo que me lo había «ganado». Me dieron un billete en primera clase. Tarjetas de crédito. Me enviaron a ver a un hombre que me dio dinero. Me dijeron que hiciera lo que quisiera. Nadie hablaba de lo que había pasado, así que intenté olvidarlo. Intenté cambiar. Salía de fiesta. Mucho. Me metía de todo. Ácido. MDMA. Visitaba galerías, museos. Quería crear un nuevo yo. El de las esculturas y los cuadros. El de las grandes ideas. Y no se me dio del todo mal. Me llevé a esa persona de vuelta a Delhi y durante un tiempo el engaño funcionó. Creí que podría ser ese hombre para siempre. Pero mírame. No puedo. No puedo seguir así. Ya no. No puedo. Era todo mentira… Adoro la belleza. Quiero crear cosas bellas. Pero eso es algo que ellos jamás comprenderán. Quieren que tenga una superficie bella y que por dentro esté podrido hasta la médula, igual que ellos.

Las cornejas revoloteaban sobre los pinos, el viento acompañaba el avance de la marea, el sol se hundía en el mar arábigo. Tras un largo silencio, Sunny describió la bioluminiscencia del agua, como si no hubieran estado hablando de otra cosa. Empezaba a refrescar. Neda tenía la piel de gallina. Sunny continuó sentado en la arena, con los brazos alrededor de las rodillas, mientras el cielo se oscurecía por momentos. Ella se levantó y se acercó al agua arrastrando los pies, y el agua estaba más caliente que el aire. Se adentró en el mar y pronto dejó que las olas la mecieran adelante y atrás. Cuando volvió a salir, él seguía allí, como un noble

petrificado entre las cenizas de un volcán. Neda tiró de él tomándolo de la mano y dijo:

—Vamos a encender una hoguera.

Santosh cavó el hoyo. Les llevaron una cesta con leña de las cabañas. El perro vagabundo se acercó a mirar. Poco después el fuego silbaba, crepitaba y estallaba, rugía con fuerza, las chispas saltaban y se extinguían en medio de la noche. Cuando se calmó, añadieron más leña y los tres se quedaron allí de pie, admirando el trabajo que relegaba el resto de la playa a la oscuridad.

Santosh fue el primero en apartarse, se volvió a las cabañas. Neda se tumbó en una de las hamacas y sintió el calor extendiéndose por un lado de su cuerpo mientras el otro recibía el aire frío. Cuando cerró los ojos, vio la imagen grabada de las llamas. Santosh regresó poco después con otros tres hombres, aunque Neda no sabía de dónde los había sacado. Arrastraban cojines y colchones, que distribuyeron alrededor de la fogata.

—Mi madre trae para comer de aquí a una hora.

Otro hombre les llevó mantas.

—¿No las necesitáis vosotros? —protestó Neda.

—Nosotros no dormimos —contestó.

—¿Qué hacéis?

El hombre señaló el mar.

—Esta noche pescamos.

El fuego se convirtió en algo firme, permanente. Se mecieron cómodamente en las hamacas mientras Santosh y los hombres jalaban las barcas hacia las olas. No debían de ser más de las ocho. Cuando la noche caía, caía.

De manera tácita, dejaron las hamacas y se acomodaron en los colchones dispuestos sobre la arena, ahora cálida, tirándose las mantas por encima de cualquier modo. Neda jugueteó con los pies en la arena fría, lejos del fuego, hasta que el frío empezó a calarle los pies y los movió cerca de las

llamas. El perro vagabundo se aproximó con cuidado por el otro lado y se hizo un ovillo para dormir. Santosh les había dejado una botella de agua y otra de Old Monk. Sunny sirvió un buen chorro de ron en unos vasos de cristal desportillados, exprimió un nimbu pequeño dejando que las pepitas también cayeran dentro, añadió las cáscaras, le tendió un vaso a Neda y encajó la botella en la arena.

—Tengo un poco de hierba —dijo Sunny—. Podemos fumar.

En su mente, Neda se levantó, se estiró y miró el mar, aunque en realidad no se movió de su sitio.

—Ahora estarán ahí fuera. En medio de la oscuridad. El mar siempre me ha dado respeto. No la superficie, sino lo que hay debajo.

Sunny le pasó el porro.

Neda se incorporó y se apoyó en un codo para fumar.

—Yo compré las barcas —dijo Sunny.

—¿Qué?

—Las barcas con las que han salido a pescar. Las compré yo.

—¿Son tuyas?

—No. Se las regalé. Para que se sacaran algo de dinero. Venden el pescado en el mercado de Karwar, sus hermanos y él.

—¿Son sus hermanos de verdad?

Sunny se rio con dulzura.

—No lo sé.

Neda le pasó el porro, se envolvió en la manta y alargó las manos hacia el fuego.

—Joder, sí que hace frío.

—¿Alguna vez has pensado en hacer algo así? —preguntó Sunny.

—¿Como qué?

—Comprar un terreno, tener un hijo, construir una casa, aprender a pescar.

—¿Y vender el pescado en Karwar?

—Lo digo en serio.

—Porque, para que lo sepas, yo ya sé pescar.

—Lo digo en serio. ¿Alguna vez piensas esas cosas?

—No.

Sunny hizo una pausa.

—No es una mala vida.

—Es una fantasía.

—Sí. Seguramente moriría de cirrosis.

Neda esperó un poco y luego fue a orinar a la orilla. Durante unos minutos se perdió en la negrura del agua. Cuando regresó al lado de Sunny, se quitó el vestido, lo colgó en el borde de la hamaca y se quedó desnuda, resplandeciente, delante de él. Sunny se había liado otro porro y la miró con una sonrisa, admirando su cuerpo a la luz de la hoguera.

—Hacía tiempo que no veía algo así —dijo.

Le alargó el porro y ella lo tomó, contoneando las caderas frente a él. Se dejó caer y se envolvió en la manta.

—He apagado el móvil de camino aquí. Dios sabe qué pasará cuando vuelva a encenderlo. —Se estremeció—. A la mierda.

Neda desterró aquellos pensamientos de su cabeza con un gesto de la mano.

—Tu madre me cayó bien —comentó Sunny.

Las palabras tardaron mucho en alcanzarla.

Neda se volvió hacia él.

—Ellos serán lo que sean, pero tú no eres ellos. No lo eres. Tú estás aquí, ahora, conmigo, y eres real.

Sunny la miró, pero no dijo nada. No volvió a decir nada durante lo que pareció una hora. Neda se puso el vestido.

—¿Has oído hablar de un tipo llamado Gautam Rathore? —preguntó al fin.

—Sí, igual que todo el mundo. Es un crápula cocainómano. Te he visto con él en los periódicos.

—Sabes que es de una familia real de Madhya Pradesh. Son dueños de un montón de tierras. Como de medio estado. Se dice que tienen yacimientos de hierro cerca de la frontera con Chhattisgarh. Y mi padre quiere un trozo del pastel. Gautam

es el heredero. Hijo único. A mi padre se le ocurrió que yo podría influir en él para que adoptara nuestra manera de pensar. Fue un castigo. Me puso a prueba. Gautam había abandonado ese tipo de vida por completo. No pensaba volver al redil. Se suponía que tenía que ganármelo. Hacerle dejar las drogas. Se suponía que debía atraerlo con…, no sé, ¿poder? Para que volviera junto a su familia como valedor de mi padre. Quiere meter mano en esos yacimientos. Quiere expandirse fuera de U. P., pero Gautam no quiere volver a casa. Ni se lo plantea. Así que hemos estado hablando.

—¿Gautam y tú?

—Sí. Hemos decidido mandar a la mierda a nuestros padres.

Neda se sintió asqueada.

—¿Y?

—Nos iremos juntos. Haremos negocios juntos.

—¿Con qué?

—Nuestros cerebros. Nuestros ahorros. Nuestros contactos.

—¿Y?

—Él antes dirigía un hotel. Construiremos uno nuevo, en las montañas. Algo especial. ¿Recuerdas aquella vez que te enseñé unos bocetos, mi plan de retiro? En voladizo, apoyado en la ladera, atravesado por un riachuelo que cruzaría un patio, con grandes bukharis para calentar las habitaciones en invierno, vistas magníficas del Himalaya, un solario en una terraza superior con una piscina calentada por paneles solares, túneles repartidos por la ladera que conectarían saunas y salas de vapor subterráneas y árboles que crecerían dentro de los mismos terrenos.

Neda sabía que esperaba que dijera algo.

—Se parece mucho a un sueño.

—Se hará realidad. Y seremos libres.

Permanecieron largo rato en silencio antes de que Sunny volviera a hablar.

—Una vez llevé allí a una chica, tú la conoces, Kriti —dijo.

Neda sonrió con ternura.

—Es especialita.

—Me la llevé conmigo a Himachal, a hacer un viaje. Fue un

desastre. No se comportaba de manera natural.

—Se comportaba como creía que debía comportarse.

—Ella sabía que eso me reventaba.

—Solo intentaba complacerte.

Sunny se encogió de hombros.

—Pasamos Shimla porque había un pueblo que yo quería ver, Sarahan. No el grande, sino otro, uno pequeño, en lo alto de las montañas, de difícil acceso. Tiene una cascada y un templo antiguo de madera. Se nos echó la tarde encima y nos encontramos con un rebaño de cabras por la carretera, bajo el pico Hatu. Llamé al pastor para que me vendiera una con intención de llevarla al pueblo y hacer una ofrenda. Era lo que había que hacer.

—¿Ah, sí?

—Claro. ¿Sabes lo que ocurre cuando te presentas sin nada?

—¿Qué?

—Nada.

Neda se echó a reír.

—¿Y si apareces con una cabra todo cambia?

—Exacto.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Compré la cabra, la puse en la parte de atrás y el bicho se cagó por todas partes. Kriti empezó a dar por culo sin parar y luego me castigó sin dirigirme la palabra. Estuve a punto de parar el coche y tirar la cabra por un barranco solo para zanjar el asunto. Llegamos al pueblo de un humor de perros. Yo me quedé en un cobertizo adjunto a una de las casas, dormí en la paja, bebí whisky y entregué la cabra para que la sacrificaran. —Rio para sí—. Le dije a todo el mundo que se llamaba Kriti. Kriti acabó durmiendo en el coche. A la mañana siguiente, alguien la bajó a Kullu. No volvió a llamarme en dos meses.

—Y me cuentas esta historia para… —dijo Neda, divertida.

—Para decirte que me hubiera gustado que fueras tú.

Neda sonrió y asintió.

—Me habría encantado.

—Lo sé —luego añadió—: Vente a vivir conmigo. No te vayas al extranjero.

Sushma les llevó de algo de comer alumbrándose con una linterna. Era un suspiro de mujer envuelta en un sari morado, fuerte y curtida tras una vida dedicada a trabajar. Puso la bandeja en la mesa, un poco apartada del fuego, se fue y regresó con un cubo metálico bajo el brazo, que depositó en la arena. Neda estaba colocada, muy quieta, pensando en cómo sería vivir en las montañas, algo que la atraía y la repelía a partes iguales. Una vida en la que no dejaría de inmiscuirse Gautam Rathore. El pie en el pecho de Sunny. Las barriadas y los imperios en ruinas. Su propio corazón. El fuego ardía al ralentí. Sushma se retiró sin decir palabra. Cuando Neda se levantó para acercar la comida, vio que había una botella de champán en el cubo, metida en hielo. Sunny se incorporó y añadió más leña al fuego.

—¿Qué es esto? —preguntó Neda, mientras se aproximaba con la botella en la mano.

Sunny sonrió.

—Le he pedido a Santosh que fuera a comprarla al Marriott.

Bebieron el champán solemnemente en tazas agrietadas de porcelana, junto con platos de caballa a la plancha y montañas de arroz rojo. Había más: gambas rebozadas con rawa, un cuenco enorme de curri de cangrejo del que cogían los trozos de cangrejo con las manos, los partían y rechupeteaban la carne. Neda le lanzaba las cabezas al perro, que se las comía rescatándolas de la arena. Bebieron más champán, se lavaron las manos con agua y se acomodaron junto a la hoguera.

Cuando ella se despertó, Sunny contemplaba el fuego, que ardía sin fuerza, con la mirada perdida. Neda temió que la noche estuviera disolviéndose, que el mundo se les hubiera escapado entre las manos. Se tapó mejor con la manta.

—¿Qué hora es?

—Las tres pasadas.

—Me he quedado grogui.

—No pasa nada.

—Hace frío.

—Todavía queda leña. —Sunny se incorporó para avivar el fuego y luego se recostó y se estiró—. Ven aquí.

Neda gateó hasta el hueco que quedaba entre el cuerpo de Sunny y las llamas. La envolvió en sus brazos y ella se estremeció y se apretó contra él. Sunny deslizó la cálida mano bajo la manta, bajo la ropa de Neda, rodeó el ombligo con las yemas de los dedos, jugueteó con la piel fría. Neda cerró los ojos de nuevo, su respiración se volvió jadeante, y él deslizó los dedos en su interior.

—No puede ser así para siempre —dijo Neda.

—No, puede ser mejor —contestó él.

Ella se volvió hacia él.

—¿Me lo prometes?

Sunny se llevó los dedos a la boca y los tocó con la lengua.

—Sabes a mar.

—Como una ostra.

Sunny dejó la mano en la cadera de Neda.

No podía prometerle nada.

Pero Neda notó su erección.

—Me encanta que nunca me hayas preguntado si te quiero —dijo él.

—Me encanta que nunca hayas necesitado que te lo diga —contestó ella.

Eran las cinco de la mañana. Sunny se había corrido dentro de ella y, abrazado a Neda, se había quedado dormido. Las cornejas graznaban en los pinos.

—Ya vuelven.

Sunny abrió los ojos.

Santosh y sus hermanos jalaban las barcas para subirlas a la arena.

Seguía abrazado a Neda.

Ella rodó a un lado y se volvió hacia él.

—Las cadenas de la vida —dijo— tienen que ser lo bastante débiles para romperse. —Lo besó—. Pero, ante todo, lo bastante fuertes para ayudarte a sobrellevarla. —Se giró hacia las estrellas—. Por cierto… Feliz cumpleaños.

Londres, 2006

De: NEDA.KAPUR@XXXXXX.COM
Para: DEAN.H.SALDANHA@XXXXXX. COM
Fecha: 25/2/2006
Asunto:

Dean:

¿Sabes cuántas veces he escrito este correo? Habré redactado este puto correo un millón de veces en mi cabeza, de miles de maneras distintas, mientras camino, cuando camino es el único momento en que mis pensamientos fluyen, mientras camino soy capaz de justificarlo todo, pero para redactarlo tengo que detenerme y me quedo en blanco. Es aún peor cuando empiezo a escribir. Todas las frases bonitas que me salían con tanta facilidad se convierten en una trampa. Soy incapaz de contar la verdad. Ya no sé hacerlo. Antes se me daba bien. Se me daba tan bien contar la verdad que descubrí lo fácil que era mentir. No sé si me entiendes. Ya te he engañado lo suficiente. Al final no sabía diferenciar lo uno de lo otro.

Lo que quiero es hablarte de Sunny Wadia.

Odio ese nombre. Huyo de él como de la peste. De esas sílabas. Pero precisamente hoy es imposible. Ahora mismo, a primera hora de la mañana del 25. Dos años después de la noche en que todo se fue a la mierda. Los fantasmas me visitan esta noche. Estoy bebiendo vodka. Recordando. Recordar me deja hecha polvo. Pero olvidar es peor aún, porque el olvido es lo que reviste los recuerdos. Creía que podría zafarme, he estado borrando páginas, pero no sirve de nada.

Lo que quiero contarte… Quiero contarte lo que ya sabes. La India está muy lejos. Lejísimos, pero continúo allí a diario.

Querías saber qué me ocurrió, querías saber por qué desaparecí, dónde estuve. Ya lo habrás adivinado. Lo que quiero que sepas es

que, al final, estuve allí, en el accidente. En la carretera. Estuve allí con Sunny. Con Gautam. Con Ajay. Estuve allí con la chica. La sostenía en mis brazos cuando murió. No sabía cómo se llamaba. Lo leí después, en los periódicos. En uno de tus artículos, o en el de otra persona, no lo sé. Tú siempre insistías en dejar constancia de los nombres, ¿verdad? De los de todos. Vi los cuerpos hechos trizas. Dean, no lo recuerdo todo… De pronto vuelvo a estar en Delhi, vuelvo a ser una adolescente encerrada en mi cuarto. Los monos han bajado de la montaña y están saltando en los árboles del parque. Mi padre solía llevarse un palo cuando salía a pasear por las mañanas. Quiero volver a esa época. No hay nada que quiera más, volver a ese momento, a esa Delhi, y tomar otro camino. Pero no puedo. Es imposible. Soñarlo se hace intolerable. Ya no lo soporto más. Sé que no merezco tu compasión. Te imagino con cara impasible… Dean, aclaremos este asunto de una vez por todas, mereces que despeje tus dudas. Primero fue lo de Sunny, Bunty, los Wadia, lo que averiguaste, lo que te hicieron, mientras yo estaba allí, entre bastidores, y luego fue otra cosa distinta. Tienes que saberlo todo, tienes que saber hasta qué punto estuve involucrada. Es algo que aún no te explicas. A lo que sigues sin encontrarle sentido. Pues aquí lo tienes. Lo primero que te concedo es que yo no debería haber ocupado ese puesto. Ya sabes que mi madre movió los hilos y me encontró el trabajo. El viejo nepotismo de toda la vida. O eso de que la ociosidad es la madre de todos los vicios. Mi padre había estado enfermo, así que no pude ir al extranjero. Ya conoces la historia. Y, al menos en teoría, yo encajaba en el puesto. Había estudiado humanidades. Mi inglés era impecable. Pertenezco a las castas altas y soy de piel clara. Era ideal. Así que empecé a trabajar y, evidentemente, carecía de ética. Ni siquiera sabía que existía la ética en el periodismo. Sabía reconocer las injusticias cuando las tenía delante, en una novela, en las noticias, pero nunca me había planteado sus orígenes. Nunca me había detenido a pensar en la complicidad, ni en la obligación de protegerte de ella. Lo único que me interesaba era una buena historia, nada más. Y aun así decidiste seguirme. O dejaste que yo te siguiera a ti. A menudo creo que no seguiste tu verdadera vocación. Tendrías que haber trabajado con los leprosos del distrito este de Delhi, tendrías que haber dado sermones en la iglesia de Tis Hazari. ¿Viste algo en mí que valiera la pena salvar? No sé cómo aguantaste tanto. Verás, tu problema era la decencia y el mío la mezcla tóxica de curiosidad y pasividad. La pasividad es normal, la mayoría de la gente la padece. Contemplan cómo apalean a una mujer en mitad de la calle. Contemplan un accidente por la ventanilla del coche. Se quedan allí clavados, esperando que intervenga otro. Yo soy igual que ellos. La única

diferencia es que yo voy y me detengo a contemplar la paliza para anotarlo todo. Recuerda esto. Recuerda lo otro. Apúntalo. Recuerda la luz. Sí, solo quiero saber cómo terminará la historia, tengo el privilegio de poder comentar la futilidad de la vida. Pero la vida no es fútil si la vives como se debe. Yo quiero vivirla como se debe, ¡quiero, pero no puedo! Permíteme que te confiese algo más: Sunny me interesó desde el principio. Era el humo que indicaba dónde estaba el fuego. Estaba aburrida de Delhi, del trabajo. De ti. Estaba ansiosa. Quería algo más. Yo tenía veintiún años y él prometía convertir Delhi en el centro del mundo, y le creí. ¿Por qué no? Recuerdo que lo llamaste payaso la primera vez que te hablé de él, lo despachaste como si se tratara de un niño rico más, y eso me dolió, me dolió como si me hubieras insultado a mí. Tú venías de Estados Unidos. No habías vivido los noventa en Delhi. No habías visto lo gris, sosa y aburrida que era. Era imposible que pudieras comprender cómo me hacía sentir alguien como Sunny. También estaba saliendo de todos esos años de tener que hacer frente al cáncer de mi padre, cargando con la decepción de no haber podido escapar cuando todo el mundo a mi alrededor se había ido y ya no me quedaba nadie. Y entonces apareció él con sus ideas, su discurso, su riqueza y su glamour, y me pareció el truco de magia más increíble del mundo. ¿Crees que nos cuestionábamos de dónde procedía su dinero? ¿En serio? Crecimos viendo *Sensación de vivir*. Tratábamos a nuestros criados con amabilidad, pero seguían siendo nuestros criados. Así eran las cosas. Por encima de todo queríamos vivir como en Occidente. Nunca pensábamos en las consecuencias, en la miseria sobre la que se construían nuestros deseos en el contexto indio. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que fuera por ahí con un cilicio? ¿Que renunciara a todo y me fuera vivir a un barrio de chabolas? No. Él te mira y dice «vamos». ¿Qué harías tú? Así que empecé a salir con él. Y no veía ningún conflicto de intereses. No tenía nada que declarar. Ni siquiera cuando te burlabas de él o te preguntabas sobre su pasado. Yo solo pensaba: «Ya está otra vez Dean, el Dean americano». Como cuando venían los extranjeros y descubrían la pobreza y lloraban y empezaban a dar dinero por las calles y a regalar sus zapatos. Podían permitírselo. Pero yo soy india. Podía vivir con nuestro trabajo de día y estar en el mundo de Sunny de noche, y no pasaba nada, no pasaba nada hasta que pasó. He vivido muchas vidas, y todas independientes las unas de las otras, es lo que te toca hacer como mujer, como mujer de posibles en Delhi. No pasaba nada hasta que pasó. Así que sí, empecé a salir con Sunny, y durante un tiempo fui feliz. ¿Sabes lo que se siente teniendo poder? Poder de verdad. Estar de pronto al volante del poder y atravesar la ciudad como una exhalación, con los

ojos bien abiertos, viéndolo todo, haciendo contacto visual con todo… Era embriagador. Cruzar la ciudad a toda velocidad, con el rugido del motor, y no tener miedo, y ver, poder ver, tal y como ve un hombre, poder mirar fijamente, sin apartar los ojos, Dios mío. No sé, quizá, como hombre, no puedas entenderlo. Tus miedos vienen de lo que haces, no de lo que se te niega. Pero Sunny me entregó la ciudad. Y lo que no entendiste sobre él es lo siguiente: no era su padre. Sunny quería desentenderse de su padre. Lo odiaba. Quería salir de todo aquello. Quería hacer las cosas a su manera. Y yo quería ayudarlo. ¿Cómo iba a acudir a ti a contarte nada de todo esto? ¿Cómo iba a abandonar a Sunny? No era una periodista. Era una persona enamorada.

¿En qué momento se fue todo al traste? ¿Fueron las muertes durante la demolición del barrio de chabolas? ¿Los anuncios que publicó después, como consecuencia? Quedamos atrapados en una espiral de muertes. A ti te ofendió lo que consideraste una hipocresía. Estabas convencido de que había sido cosa de su padre, pero no lo estabas enfocando bien. Fue todo cosa de Sunny. Quería aliviarme. Quería impresionarme, fastidiar a su padre. Yo estaba hecha polvo, como viste. Y también un tanto rabiosa, se me había pegado algo de ti. Le repetí tus palabras, pero las empleé con bastante cinismo, para hacerle daño. Empecé a cuestionar su mundo a pesar de que no creía que hubiera nada que poner en duda. Solo para provocarlo. Lo único real era mi dolor. Durante mucho tiempo, había vivido de espaldas a la ciudad y de pronto ahí estaba yo, teniendo que enfrentarme a ella, cara a cara, en la forma de unos niños muertos. No por televisión, delante de mis ojos. Aquellos cuerpos cubiertos de polvo. Yo estaba hecha una mierda y él quiso protegerme. No se le ocurrió nada mejor que sacarme de allí, me llevó de tapadillo a su casa de campo, un lugar donde yo pudiera escapar de la ciudad, donde pudiera vacunarme contra ella y aislarme un rato, envuelta en lujo. No funcionó. Solo consiguió empeorarlo. Tendría que haberlo dejado, tendría que haber acudido a ti. Y puede que lo hubiera hecho, de no haber sucedido lo que sucedió esa noche, de no haber visto a su padre y entendido tantas cosas…

No voy a entrar en detalles sobre esa noche. Es mejor para ti…

Pero apenas volví a verlo después de eso. Coincidimos en tres ocasiones a lo largo de los siete u ocho meses que siguieron a ese día, y, después de la última noche, ya no he vuelto a verlo, aunque me ha perseguido desde entonces…

¿Sobre qué se supone que debo pedirte disculpas? ¿Qué debo confesar? Me he justificado, he intentado explicarte por qué estaba con él, por qué no lo traicioné, cómo llegué a ese punto. Pero lo único que debes saber por mí es lo que ocurrió esa noche.

Puede que mañana cuente esta historia de otra manera. Habré cambiado de nuevo. Solo quedarán las palabras, y no sé cuánto de verdad contienen. No lo recuerdo. No sé qué más decir. Así que deja que te lo cuente.

Sunny había tomado una decisión semanas antes: iba a abandonar a su padre de una vez por todas. Iba a hacer las cosas a su manera. Se llevaría lo que pudiera y empezaría desde cero. Me había convencido de que Gautam era amigo suyo. Ay, es todo tan patético… Lo que sé es esto: su padre, para castigarlo y controlar todos los aspectos de su vida, le encargó que metiera a Gautam en vereda, que se ganara su lealtad para utilizarlo en el futuro en relación con unas tierras que tenían en Madhya Pradesh o algo así. Solo era una más de las miles de intrigas de su padre, solo que en esta ocasión usaba a su hijo. Sin embargo, lo único que consiguió fue que Gautam arrastrara a Sunny al fondo. Ahora veo claro que fue él quien enganchó a Sunny a la coca. Ay, los hombres, esos putos hombres… Dos herederos que odiaban a sus padres, usándose el uno al otro para escapar. Tal y como lo pintaba Sunny, se saldrían con la suya. Me llamó esa noche. Me llamó a mí y a Gautam para que fuéramos al club. Estaba eufórico. Fui allí medio esperanzada, pero en cuanto entré, supe que todas esas cosas sobre Gautam de las que Sunny había tratado de convencerme eran mentira. Lo vi en sus ojos. Miré a Sunny y me dio tanta pena… Supe lo que se avecinaba, estaba claro como el agua. Sunny pidió otra botella de champán. Cuando la trajeron, pasó un brazo sobre los hombros de Gautam, otro sobre los míos, nos atrajo hacia sí y dijo: «Bueno, ha llegado la hora».

—Bueno, ha llegado la hora —dice.

—Sunny…

—Vamos a librarnos de ellos.

—Sunny…

Neda intenta detenerlo, pero detenerlo equivale a matarlo en esos momentos.

Aun así, lo intenta.

—Sunny, no.

Abotargado, agotado. Al límite.

—No sabes lo que tengo pensado hacer. Pero lo hemos hablado hasta la saciedad. Será mañana por la mañana. Voy a decirle que lo dejo. He intentado que esté orgulloso de mí, he intentado hacer lo que me ha pedido, pero no sirve de nada, nada es suficiente para él. Ya no sé qué hacer. Y no tengo por qué vivir así.

Tiene la vista clavada en la botella que sostiene; la botella tiembla en su mano.

—Podemos empezar desde cero —dice—. Podemos crear nuestro propio mundo.

Nunca lo ha visto tan desnudo y asustado, nunca lo ha visto tan vulnerable, y ella nunca lo ha amado tanto como en ese instante.

Sunny descorcha la botella y le llena la copa, luego la de Gautam y por último la suya.

Neda mira a Gautam.

Gautam le devuelve la mirada.

Y ella lo sabe.

Lo sabe sin más.

Sunny ve su gesto asqueado.

—¿Qué pasa?

Neda no aparta los ojos de Gautam.

Ni Gautam de los suyos.

—Vamos, díselo —dice Neda.

Sunny frunce el ceño.

—¿El qué?

Neda ni siquiera está segura.

Pero Gautam pica el anzuelo.

—Por Neda —brinda. Apura la copa y vuelve a llenársela —. La cabrona más lista de la habitación.

La expresión confusa de Sunny le rompe el corazón a Neda.

—¿Decirme qué?

Gautam empieza a reír.

—Que eres un primo.

Sunny también ríe. Durante un segundo, se trata de una broma. Hasta que comprende que acaban de dejarlo en evidencia.

—¿Por qué soy un primo? —pregunta.

Gautam se lo explica.

—Está claro como el agua. ¿De verdad crees que voy a dejarlo todo para ir a construir un hotel contigo? ¡¿Un hotel?! ¿Que voy a salir adelante por mis propios medios? ¡¿Contigo?! Sunny, muchacho, tú solo no eres nadie. ¿De verdad crees que puedes arreglártelas ni un solo minuto en este mundo sin tu padre? Llevarías todas las de perder. Eres demasiado ingenuo. Te falta carácter. El único motivo por el que estoy aquí sentado contigo es por tu querido papaíto. Quitas a tu papaíto, y no eres más que…

—Pero nosotros…

—Pero nosotros —lo interrumpe Gautam—. Pero, pero, pero… —Se levanta—. «Pero dijiste que eras mi amigo». —Alza la copa, cruza la sala con paso tranquilo y se da la vuelta en la salida—. Estuvo bien mientras duró, pequeño Sunny, me has ayudado a levantar cabeza, eso es cierto, pero ya va siendo hora de la siguiente aventura.

Podría haberlo dejado ahí. Pero continúa.

—¿Sabes qué? Puede que vaya ahora mismo a despertar a tu querido papaíto para contarle lo tonto que ha sido su hijo. ¿Crees que me adoptará? ¿Crees que me recibirá con los brazos abiertos?

Sunny ha permanecido sentado, escuchándolo sin dar crédito a lo que oía. Por fin abre los ojos: se ha acabado. No le quedan salidas. Y lo asalta otra idea: puede que mi padre lo haga. Puede que te reciba con los brazos abiertos. Neda pronuncia su nombre. Intenta cogerle la mano, pero él la aparta.

—¿Qué has hecho?

Quizá se lo decía a sí mismo. Alarga la mano hacia la botella, la agarra por el cuello.

Neda grita su nombre. Él la aparta de un empujón. Ella grita su nombre una y otra vez mientras él sujeta la botella como si fuera un garrote, retira las cortinas y accede a la sala

principal. Neda piensa: va a matarlo. O acabará muerto él. Se lleva las manos a la cabeza. Y entonces oye los gritos. No uno, sino muchos. Ruido de cristales rotos. Una pelea. Un hombre atraviesa las cortinas y cae en la sala VIP, con el rostro chorreando sangre. Neda corre.

Neda irrumpe en el caos. Veinte, treinta hombres sudorosos y borrachos propinándose puñetazos y patadas, cayendo unos sobre otros, camisas desgarradas. También una docena de mujeres, con vestidos ceñidos, dando patadas, tirones, arañazos. Sangre en el suelo. ¿Cómo ha ocurrido tan rápido? Alguien la tumba de un empujón. A través de la melé de piernas, ve que Gautam corre a la calle, bajando la escalera a toda prisa. Sunny le pisa los talones.

Cuando Neda llega a la calle, varios hombres se abalanzan sobre Sunny. Este consigue dejar a uno inconsciente de un puñetazo, pero los otros lo derriban. Estallan más peleas. Más gritos. Hombres y mujeres que corren. Hombres y mujeres que suben a sus coches. Suena un disparo. Claro en mitad de la noche. Todo el mundo se detiene. Todo el mundo se dispersa, Ajay está apuntando a los hombres con su Glock. Se echa encima de ellos, golpea al primero con la pistola. Los demás huyen. Ajay levanta a Sunny tirando de él. Lo arrastra hacia el todoterreno.

Gautam sube a su Mercedes y saca a su propio conductor del vehículo de un tirón.

—Detenlo —dice Sunny, sangrando.

Señala a Gautam. Ajay lo ve. Neda podría haber dejado a Sunny en ese momento. Podría haber corrido hacia su propio coche. Corre al todoterreno de Sunny. Monta detrás, junto a él, mientras Ajay ocupa el asiento del conductor.

Gautam atraviesa las calles a gran velocidad en busca de la salida de la urbanización, doblando las esquinas sin pisar el

freno, tratando de encontrar la puerta abierta. Neda va detrás, suplicándole a Sunny que pare. Que pare. Que lo deje estar. Que lo piense bien. Él la aparta de un empujón. Pasa del asiento trasero al delantero como puede. Neda lo intenta entonces con Ajay, le planta una mano en el hombro, tira de él mientras conduce, lo llama por su nombre, le dice que pare, pero él se vuelve hacia ella con tal sed de sangre que Neda se asusta.

Salen de la urbanización, se incorporan a la circunvalación. Neda espera que la policía aparezca en cualquier momento. Que haya un control de tráfico. Espera que acabe esa locura, que se imponga el sentido común. Pero no es así. Gautam pisa el acelerador por delante de ellos y la carretera está desierta, la noche está desierta, solo la habita el rugido de los motores, el gesto vacío y vengativo de Sunny, el gesto vacío y vengativo de Ajay, como gemelos idénticos en el dolor. De pronto el tiempo se ralentiza, la velocidad y la distancia dejan de tener sentido, como en esos sueños o pesadillas donde caes y caes hacia el infinito. Y entonces ocurre. Un perro callejero cruza la carretera.

Neda se acuerda de su padre. Ella tenía siete años, era la primera vez que iba en el coche nuevo, un Ambassador. Su padre le había dejado ir delante. Nunca se había sentado delante con su padre. Fueron a dar una vuelta a la Delhi de Lutyens. Por el camino, él dijo algo que Neda nunca ha olvidado: Hagas lo que hagas, pase lo que pase, por mucho que te gusten los perros, por mucho que los adores, nunca te detengas o des un volantazo para esquivarlos cuando vayas conduciendo, sigue recto, hay muchos, no vale la pena. Aunque te parta el corazón.

Hay marcas de goma quemada en el asfalto. El trazado rojo de una luz de freno. El Mercedes da un volantazo, vira hacia el arcén, bota en medio de la noche. Los hombres y las mujeres duermen un poco más adelante. Esa imagen es fija.

Luego aterriza.

Ojalá Gautam hubiera mostrado la misma compasión con Sunny que con el perro callejero. Mis recuerdos se nublan a partir de ahí. Está todo fragmentado. Estoy fuera, en la carretera, arrodillada y con las manos en el asfalto, chillando. Estoy cubierta de la sangre de otra persona. Estoy acunando a la chica que agoniza. Veo que está embarazada. Siento su mano apretando la mía. Todavía la siento. A veces me despierto y creo que sigo sujetándola. Otras veces me despierto y creo que está de pie junto a mi cama, mirándome, pero es solo mi conciencia. En la carretera, bajo la vista y ha muerto. El bebé aún podría salvarse. Sunny está detrás de mí, mirándonos a todos. Me levanto. Me aparto de él con paso tambaleante. Veo a Gautam inconsciente en su Mercedes. Creo que también está muerto. Puedo seguir contándote lo que veo y siento, pero ¿qué más da todo eso ahora ya? Ni siquiera lo siento. No está sucediéndome a mí, le sucede a otra persona. Le digo a Sunny que llame a una ambulancia. Intento sacarle el móvil del bolsillo. El mío sigue en el bolso, en el coche, debo de haberlo dejado allí. Él me aparta de un empujón. Le grito. ¿Qué carajo haces? Llama a una ambulancia. Llama a una ambulancia. Llama a alguien. Haz algo. Vuelvo a donde estaba. En lugar de hacerme caso, Sunny se gira hacia Ajay y le ordena que coja algo del coche, es una cámara Polaroid, la que vi en Goa. Le hace una foto a Gautam dentro del Mercedes y luego le dice a Ajay que lo saque del vehículo. Imagino que para trasladarlo al arcén. Pero lo sacan, lo agarran entre los dos y lo meten en los asientos traseros del todoterreno mientras me pregunto si aquello está pasando de verdad, si no estoy imaginándolo. Me levanto y los sigo sin apenas tenerme en pie. Ajay y Sunny están frente a frente en la carretera. Sunny ha sacado una botella de whisky de la parte trasera del todoterreno. Siempre lleva alguna. Acompaña a Ajay al Mercedes. Hablan. Ajay le tiende la pistola y coge el whisky en su lugar. Luego sube al Mercedes y empieza a beber, se bebe la botella entera. Y, cuando ha acabado, Sunny agarra la pistola y se la estampa en la cara. Al oírme gritar, Ajay y Sunny se vuelven hacia mí. Luego Sunny se acerca. Con la mirada vacía. Me asusta. Cierra el puño. Levanta la mano.

Lo siguiente que recuerdo es despertarme en una habitación. Una habitacioncita blanca, limpia, luminosa, con un jardín fuera y pajarillos cantando. Era media mañana y estaba en la cama, mirando a un hombre que no había visto nunca, pero al que ahora conozco como Chandra. Había un televisor pequeño en la pared, un

hervidor eléctrico, una mesita de noche con un teléfono. Un hostal estatal. Esa era la sensación que daba. El tipo está sentado en un sillón. Creo que hemos estado hablando, pero no sé de qué, y de pronto caigo en la cuenta de que tampoco sé dónde estoy, no recuerdo cómo he llegado hasta allí. Llevo puesto un pijama y tengo la cara dolorida y magullada, pero, por lo demás, estoy limpia. Es lo que recuerdo. El hombre era sumamente educado. Tenía un efecto tranquilizador. Mientras me exponía la situación. Mientras decía: No podrías haber hecho nada, no ganas nada dándole vueltas. Lo hecho hecho está, querida. Se tomaron decisiones en el calor del momento, y ninguna la tomaste tú, puedes dar gracias por ello. Además, no te quepa duda de que las decisiones que se tomaron fueron en interés de todo el mundo. Yo lo miraba sin comprender. Tenía la mente en blanco. Hasta que lo recordé. Él debió de darse cuenta. Dijo: Ha sido una mala noche para todos. Debí de expresar el deseo de volver a casa porque me dijo que todavía no podía irme. ¿Por qué no? Me informó de que me encontraba en Amritsar. Me contó que la noche anterior, a unos amigos y a mí se nos había antojado ir a Amritsar. Que queríamos ver la frontera al amanecer y desayunar chole kulcha. Así era la vida del joven indio sin preocupaciones. Me tendió el teléfono y me aconsejó que no les complicara la existencia a mis padres, teniendo en cuenta lo enfermo que había estado mi padre. Me resultó sorprendentemente fácil mentir cuando mi madre respondió. No dejé traslucir ni una pizca de miedo ni angustia. Solo el agotamiento de una joven que conduce hasta Amritsar por capricho. Tras la llamada a mis padres, me dijo que llamara al trabajo para decir que estaba enferma, que fuera breve. Así lo hice. Luego me dio un vaso de nimbu pani. Me lo bebí entero; debía de estar mezclado con sedantes.

Cuando me desperté ya era casi de noche. El sol se ponía y los pájaros andaban en pleno canto. Yo estaba grogui. Una mujer encantadora me llevó un cuenco de khichdi. Le pregunté dónde estaba, pero no me lo dijo. Cuando se fue, oí que cerraba la puerta por fuera con llave. Así que estaba prisionera. No intenté escapar. Chandra volvió antes de que anocheciera del todo. Le costó un poco meterse en el papel. Debió de verlo en mis ojos. Cruzó las piernas y se alisó el pantalón con las manos. Dijo: Quieres confesar, lo sé. Quieres ir a la policía y contárselo todo. No le dije ni que sí ni que no. Pero ¿qué vas a contarles? ¿Qué vas a decirles en concreto? Además, ¿quién va a creerte? Ya se había convertido en una cuestión de credibilidad. Pregunté dónde estaba Sunny. ¿Sunny? En un viaje de negocios en Singapur. Donde lleva los tres últimos días. Vi adónde conducía aquello. ¿Y Gautam? El señor Rathore —

contestó— está muy lejos. ¿Y Ajay? Se limitó a sonreír y negó con la cabeza. El conductor del señor Rathore está en la cárcel.

Fuera ya apenas se veía, alguien estaba encendiendo las farolas del jardín, quemando dhoop. «Y tú estás volviendo de Amritsar. Pronto estarás en casa». Se incorporó y encendió la lamparita de noche, que proyectó sombras profundas en su rostro. Le pregunté qué iba a ocurrir conmigo. Dijo: ¿Qué quieres que ocurra? No supe qué contestar. De verdad que no. Así que lo hizo él. Es hora de marcharse, Neda. Es lo que siempre has querido. Querías irte a estudiar y a vivir fuera. Dije que sí, me voy a Japón. Él preguntó por qué. Ahora puedes ir adonde quieras. Me dijo que me había visto arrastrada a una situación en la que yo no había tenido parte, cosa que no entendí del todo, y que podía destruirnos fácilmente a mi familia y a mí. O que podía ir donde quisiera. Donde fuera. Me proporcionarían dinero, un apartamento, me pagarían la matrícula, se encargarían de los visados. Podía tener una nueva vida. Una vida feliz. ¿Qué tal te suena eso? ¿No te parece razonable? Estaba muy cansada. ¿No te gustaría? Se sacó un pañuelo del bolsillo y me lo tendió para que me secara las lágrimas. ¿No? Neda, querida, ¿no te parece razonable? Era todo amabilidad. Dijo que lo único que tenía que hacer era olvidar esa noche, olvidar a Sunny, olvidar el último año de mi vida, no volver a hablar de esa noche nunca más, no volver a ponerme en contacto con Sunny nunca más. Hacer borrón y cuenta nueva. Estaba cansada. Dije que sí…

Dije Londres, allí es donde quiero ir. Todavía no sé por qué. Ya no sé nada. En realidad, nunca lo he sabido, pero al menos antes era capaz de engañarme a mí misma diciéndome que me esperaba algo bueno. Ahora. Ahora ya no. Estoy rota. Y ese dolor no desaparece. Aunque ¿qué importancia tiene lo que yo pueda sufrir en comparación con esas vidas? Dean, ¿qué importancia tiene lo que yo sienta ante la verdad? ¿Qué hizo Sunny y por qué? Esa es la pregunta a la que le he dado miles de vueltas. Cada noche antes de dormirme, y no me duermo hasta la madrugada. ¿Por qué protegió a Gautam? Tomó la decisión de salvarle la vida allí mismo, en la carretera, de sacrificar a Ajay, a mí y a sí mismo para salvarlo. ¿Por qué? Si hubiera dejado a Gautam a su suerte, si hubiera llamado a la policía, a una ambulancia, si hubiera vuelto a arrancar y se hubiera ido, habría sido libre. Habría tenido la solución que buscaba. Lo que dijera Gautam habría dado lo mismo. Habría resuelto el problema irresoluble de su vida. Podría haber dejado a su padre, podría haber estado conmigo, podría no haber estado conmigo. Lo hizo por su padre, desde el primer momento. Antes no lo entendía, ni

siquiera cuando él me hablaba de ello, ni siquiera cuando su padre lo empujó hacia las tinieblas. Fue por su padre, desde el principio. Ese hombre era lo único que le importaba. Las pistas estaban ahí. Se lo dijo a Gautam delante de mí: soy incapaz de hacerlo sentir orgulloso. Era incapaz de encontrar la clave, la combinación, para abrir el corazón de su padre. Y finalmente, por casualidad, por puro azar, allí la tenía, delante de él, en la carretera. El cuerpo boca abajo de Gautam. Sunny tenía la oportunidad de demostrar la brutalidad que le había faltado hasta entonces, la que le resultaba imposible de expresar de manera estudiada. Tenía la oportunidad de desprenderse de todo lo que amaba para salvarle la vida a alguien que solo representaba un medio provechoso para su padre y, gracias a ello, obtener eso que lo había rehuido durante tanto tiempo. Jamás se me ocurriría llamarlo amor. No sé qué es. En aquel instante no pensé en ello. No recuerdo qué pensaba. Quería escapar del dolor. Quería aprovechar la oportunidad de huir.

Todo ocurrió muy deprisa después de aquello. Yo accedí, lo dispusieron todo y apenas recuerdo nada más. Me concedieron una beca falsa. Me enviaron una carta. ¿Quién sabe?, puede que incluso fuera real. Abrí la carta y me eché a llorar. Mis padres creyeron que de felicidad. Estaban contentísimos, me consolaron y hui a mi habitación. Hice las maletas y me fui muy poco después. En algún momento se dieron cuenta de que algo iba mal. No recuerdo apenas nada. Pero una cosa sí sé: un mes después, descubrí que estaba embarazada de Sunny. Me imagino tu cara de asco. Ya estaba en Londres. Chandra venía a verme cada pocos días y me llevaba a un restaurante caro. Les decía a los camareros que era su sobrina, siempre la misma broma. Fue en la séptima o la octava visita. Empecé a llorar, me había hecho la prueba esa mañana. La había repetido tres veces para asegurarme. Solo podía ser de Sunny, de nadie más. Chandra insistió en saber qué me ocurría y confesé. Aunque hubiera querido ocultárselo, ¿cómo iba a hacerlo?, al final acababan enterándose de todo. No se rio. Se puso muy serio. Díselo a Sunny, dije. Díselo, al menos díselo, dime qué dice. Yo estaba dispuesta a tenerlo si él también quería. Todavía estaba… Volvimos a vernos al día siguiente. Se mostró muy comprensivo conmigo. Dijo: Sunny dice que no es suyo. No quiere saber nada del asunto. Y, si lo tienes, te lo quitará todo…

Se ocupó de todo. Se encargó de todas las gestiones. No discutí. Estaba destrozada. Bebía mucho, no levantaba cabeza. Me endurecí porque no me quedó otro remedio, Dean, pero no lo suficiente. Estoy consumida por los remordimientos y el horror ante el rumbo que ha

tomado mi vida, por cómo dejé que llegara ahí. Solo se te puede juzgar por tus actos. Pero ¡por favor! Eso es muy reduccionista. No sé qué me espera. No sé adónde debo ir, qué debo hacer. Cuando llegué aquí estaba muy perdida. No tenía fórmulas mágicas que me ayudaran a sobrellevar mi vida. No tenía nada a lo que agarrarme que me ayudara a superarlo. Me quedé mirando cómo toda mi vida se hacía trizas. Me quedé mirando cómo se desvanecía la que podría haber tenido. ¿Por qué lo hice? Aun así, no soy una víctima. Todo el mundo se considera víctima, Dean, no cómplice voluntario. Pero ahí estaba yo. Ya no tengo derecho a nada. Me merezco este sufrimiento…

¿Sabes? Veo a Sunny en todas partes. Lo veo por la calle, en un sinfín de rostros. Punyabíes con barba y gorra de béisbol, vestidos con vaqueros y camisetas ajustadas sobre sus barrigas hinchadas de arroz. Podría haber sido un hombre más. Leo sobre él en los periódicos. No reconozco a ese hombre. Por lo que veo, las cosas le van bien, aunque lo conozco lo suficiente para saber que se ha condenado a sí mismo. En cambio, Gautam…, dudo que Gautam haya pasado una sola noche en vela. Nació para mandar y para escapar del castigo por derecho divino.

Voy a dejarlo aquí, estoy agotada. Estoy sola en esta ciudad gris y solitaria, a oscuras, lejos de casa. ¿Te sirve de algo todo esto? ¿Tiene algún valor para ti? ¿O solo causará más dolor? Puedes utilizarlo si quieres. Te doy permiso. No sé si estaré por aquí para hacerle frente. He decidido irme. Si utilizas algo de todo esto, solo recuerda que nada cambiará, que estamos en la Kali Yuga, la Edad de la Perdición, la Edad del Vicio. Las personas de la carretera seguirán muertas. El bebé seguirá sin nacer. Los Gautam de este mundo prosperarán. Los Ajay de este mundo siempre serán el chivo expiatorio. ¿Y Sunny? No lo sé. Ya no sé nada. La rueda seguirá girando hacia la disolución que nos engullirá a todos.

Su dedo vacila sobre el trackpad, mueve el cursor hacia el botón de enviar. Pero otra vez le falta el valor. Desecha el borrador. Aún no tomará partido.

Tres

Mehrauli, 2004

UNNY

1

Se despertó la tarde después del accidente en la casa de campo, en la finca de las afueras.

En el dormitorio de los ventanales de láminas de vidrio que daban a la piscina, con los tragaluces del techo como si fueran los ojos de un cadáver mirando fijamente al sol.

El sol caía a plomo. Un cristal candente contra el sol. Un aire frío y vacío. Enredado en el edredón blanco. Las sábanas crema empapadas en sudor. Un día de finales de invierno perfecto.

Recuérdalo. Y ahora gira la cabeza para mirar afuera. Los árboles desnudos. Las hojas cayendo a la piscina. Recuérdalo. Las nubes que pasan raudas a través del azul y tapan el sol. El resplandor cegador amortiguado, el calor atomizado, ocultándose. Las sábanas húmedas lo recuerdan. Su percepción no está conectada a sus sentidos. Aún oye un zumbido en los oídos. El sol, que vuelve.

Rodó sobre el otro costado. Si fijaba la mirada el tiempo suficiente, la piscina empezaba a temblar.

Veía el viento entre los árboles.

Pero no lo oía. Pensó en el mar, muy lejos de allí.

—Ajay…

Pronunció el nombre en voz alta, con impaciencia, olvidando que ahora Ajay solo era un nombre y nada más. Estaba despertando de una nada narcotizada. Valium, 30 miligramos. Xanax, 5 miligramos.

La despreocupada placidez de un vacío. Apartó el cuerpo de las sábanas húmedas, pero allí la cama también estaba fría. Se incorporó y echó mano de los cigarrillos. Del mechero. Los artefactos de la noche.

Aún llevaba la coca de Gautam en el bolsillo del pantalón.

La chaqueta del traje había resbalado del respaldo de la silla hasta caer al suelo.

Se paseó por la mansión en calzoncillos, con una manta gruesa de color azul sobre los hombros, cruzada por encima de la tripa con una mano, mientras escuchaba el sonido de la brasa del cigarrillo al arder.

¿Y si era una pesadilla?

Tenía costras de coca y de sangre en la nariz.

Abrió el grifo de la cocina y escupió sangre reseca y pegajosa en el fregadero.

Se sonó primero un lado de la nariz, luego el otro.

Sacó una botella de Gray Goose del congelador.

El líquido viscoso le resbaló por la garganta.

Un ataque de tos. Se dobló sobre su estómago. Dando arcadas.

Bebió más vodka, esperó hasta que los bordes afilados de su alma empezaron a suavizarse y desvanecerse. Tenía que hacer algo.

Seguía viéndolo una y otra vez.

La curva.

El río.

Las cartas en su mano.

La mano de su vida.

2

Y cruza la Delhi nocturna al volante del todoterreno con los dos cuerpos inconscientes en la parte de atrás, Gautam y Neda en el asiento trasero, después de dejar allí a los muertos. A Ajay y a los muertos. Ni demasiado deprisa ni demasiado despacio.

Esperando el aullido de las sirenas.

La aparición del puesto de control.

Pero nadie le persigue. Nadie lo para.

Su coche no ha sufrido ningún daño.

Él no lo ha estrellado; él no ha matado a nadie.

Él no ha hecho nada malo.

Su coche está impecable.

No muy distinto de la camioneta que acaba de pasar.

Del coche que acaba de pasar.

Él no es culpable.

Atraviesa la ciudad.

Nada ha cambiado.

Todos seguimos siendo estrellas moribundas.

Pasa por un puesto de control.

Los policías echan una ojeada soñolienta a su coche.

Otro cochazo de un rico.

Sunny está a punto de llevarse una mano a la frente para saludarlos.

Luego sigue despacio por las calles más tranquilas, se adentra en una vía de servicio rodeada de robles, detiene el vehículo, apaga las luces, agarra el volante.

¿Y ahora qué?

Se pelea con la puerta. Se baja del coche, se dobla por la mitad y vomita. Hay un puñado de carretilleros de tuktuk durmiendo. Unos perros ladrando. Nada más.

Encuentra una botella de agua en el soporte interior de la puerta, se enjuaga la boca, escupe, vuelve a subirse al coche.

Los mira a los dos, a Neda y a Gautam.

Gautam es el que tiene más cerca, la cara destrozada, sangrando por la nariz, la expresión desdeñosa, serena pese a todo.

Neda, con todo el maquillaje corrido, la cabeza echada hacia atrás, casi roncando, con un aspecto horrible, la boca abierta enseñando los dientes. Podrían ser dos críos, exhaustos después de una excursión de todo el día.

Oye unas sirenas. Pero la ciudad sigue adelante.

¿Y qué ha hecho él?

Mira al asiento del pasajero y ve el arma de Ajay.

¿Qué ha hecho?

Alarga el brazo y la coge, la sopesa en la mano, abre la puerta de atrás, la del lado de Gautam, y apoya la boca de la pistola contra la parte carnosa de la mejilla de Gautam, con delicadeza. Sería tan fácil apretar el gatillo…

No.

Le empieza a temblar la mano. Le da miedo el peso, de pronto no recuerda si hay una bala en la recámara. El cerebro se le nubla, se le cierra. Con un enorme esfuerzo de concentración, retira el cargador, se lo guarda en el bolsillo, libera la corredera y extrae la bala de la recámara. La bala cae al asfalto, rueda por el suelo en la oscuridad.

Mierda.

¿No debería arrodillarse y buscarla?

No.

No se trata de si tiene tiempo o no. Es una cuestión de dignidad.

Rebusca en los bolsillos de Gautam y saca dos bolsitas.

Vuelve a subirse al asiento del conductor y mete la pistola descargada y el cargador en la guantera. Y, bajo la luz brillante y sulfurosa del alumbrado, usa la llave del coche para sacar un buen montoncito de coca.

Sunny marca el número.

Y Tinu se despierta. Gruñe.

—¿Qué pasa?

Sunny está temblando.

—Ha habido un accidente.

Tinu hace una pausa, enciende la lámpara de la mesilla de noche.

—Cuéntame.

—Hay muertos.

Se enciende un cigarrillo.

—¿Quién ha muerto?

—Varias personas. En la carretera.

—¿Las has matado tú?

—No, no he sido yo. Ha sido Gautam. Las ha atropellado con su coche.

—¿Estás con la policía?

—No.

—¿Dónde estás?

—En la carretera, en otro sitio.

—¿Lejos del lugar del accidente?

—Lejos, sí. Estoy cubierto.

—¿Estás a salvo?

—Estoy a salvo.
—¿Cuántos muertos?
—No lo sé.
—¿Y estás seguro de que están muertos?
—Sí.
—¿Dónde está Gautam?
—Conmigo.
—¿En tu coche? ¿O en el suyo?
—En el mío.
—¿Dónde está el suyo?
—En el lugar del accidente. Está destrozado, siniestro total.
Tinu apaga el cigarrillo.
—Vale, a ver si lo he entendido: Gautam se ha estampado con el coche, tú lo has sacado de ahí y os habéis ido los dos en el tuyo, ¿es eso?
—Sí.
—¿Y no os ha visto nadie? ¿No hay testigos ni nada?
—Nada.
—¿Dónde ha sido? ¿Exactamente?
—En la carretera interior de circunvalación, cerca del Nigambodh Ghat.
—¿Qué coche conducía?
—Su Mercedes.
—¿Y tú con qué coche vas?
—Con el Toyota. El Highlander.
—¿Quién más va ahí contigo?
—Gautam y una chica.
—¿Neda?
La pausa del miedo.
—Sí.
—¿Y dónde está Ajay?
Sunny coge fuerzas.
—En el coche.
—¿En el coche contigo? Déjame hablar con él.
Silencio.
—Pónmelo al teléfono…
—No puedo.
—Sunny…
—Está en el coche del accidente, en la carretera.
El significado de aquellas palabras cala en él.

—¿Lo has dejado allí?

Los ojos cerrados.

—No he tenido otro remedio.

—¿Está vivo?

—Le he hecho beber whisky…

—Sunny, ¿está vivo?

—¡Sí!

Tinu recobra la serenidad.

—Está bien. Puede que todavía haya tiempo. Escúchame con atención.

Sunny empieza a llorar.

—¡Lo he hecho por él, Tinu!

—No te desmorones ahora.

—Díselo a papá. Dile que lo he hecho por él.

—Escúchame con atención.

Sucedió como si le estuviese sucediendo a otra persona. Tinu le dio una dirección de Amrita Shergill Marg.

—Un hombre llamado Chandra se encontrará allí contigo. Haz todo lo que te diga.

El hombre llamado Chandra estaba esperándolo en el jardín del complejo de altos muros, con el bungalow de tres plantas asomando por detrás, sentado en una hamaca bajo la luz de la luna, fumándose un pitillo. Llevaba un abrigo de pelo de camello por encima de un pijama de color azul celeste. El rostro carnoso bajo el flequillo desfilado le daba un aire de desconcierto hastiado. Siete u ocho hombres vestidos con pathanis negros y guantes quirúrgicos aguardaban en el camino de entrada, más adelante. Cuando el todoterreno se detuvo y se cerraron las puertas de acceso, abrieron las del coche y se pusieron manos a la obra.

Primero sacaron a Neda y a Gautam del asiento trasero, les quitaron los teléfonos, la cartera y demás efectos personales para dejarlos en la mesa baja de madera, al lado de Chandra. Se llevaron a Gautam cruzando el jardín hacia una segunda entrada. Había dos coches: un Ambassador blanco con matrícula oficial delante y un BMW detrás. Subieron a

Gautam a la parte de atrás del Ambassador. Dentro había un conductor de la policía y un agente de la guardia nacional de seguridad. Un policía uniformado se subió a la parte de atrás junto a Gautam, le enderezó la espalda y cerró las cortinillas del coche mientras el conductor metía una marcha. A continuación, se abrieron las puertas del complejo, y el Ambassador arrancó y se alejó con Gautam.

Mientras tanto, dos hombres rodearon el lateral del edificio principal con Neda aún inconsciente.

Sunny agarró con fuerza el volante del todoterreno y vio cómo se la llevaban.

Chandra se levantó de la hamaca, se abotonó el abrigo, fue hacia el coche y se detuvo junto a la ventanilla delantera. Le dio unos golpecitos.

—Querido muchacho, convendría que te bajases del coche.

Sunny obedeció.

—No le he hecho daño —dijo, refiriéndose a Neda.

Chandra asintió con aire ausente.

—Eso no me corresponde a mí decirlo.

—¿Qué pasará ahora?

—Se la tratará con la máxima deferencia.

—¿Y qué pasará conmigo?

—¿Llevas algún arma de fuego encima?

—En la guantera.

—¿Drogas?

Sunny se puso a toquetear las bolsitas de coca que llevaba en el bolsillo.

—Las he tirado.

—¿Dónde?

—En la carretera.

—¿En qué punto de la carretera?

—En ningún sitio en concreto. En unos arbustos.

Chandra escudriñó a Sunny con tranquilidad.

Señaló hacia el BMW.

—Súbete al coche y vete.

El BMW circulaba por las calles con calma fúnebre. La ciudad desfilaba al otro lado del cristal tintado y los primeros signos de la mañana despuntaban en el cielo.

Sunny empezó a registrar la parte trasera.

El conductor lo miró por el espejo retrovisor.

—¿Buscas algo?

Era Eli, el israelí, el judío de Cochin. Un miembro del servicio de seguridad de su padre, el que había entrenado a Ajay.

—Necesito un trago.

Eli arqueó una ceja.

—Los dos lo necesitamos, colega.

—¿Llevas algo de alcohol?

—No me pagan para tanto.

Pero al cabo de un minuto se sacó una petaca del bolsillo y se la pasó.

—No termines todo, ¿vale?

Sunny desenroscó el tapón, olisqueó y arrugó la nariz.

—¿Qué es esto?

—Arak de Israel, amigo mío.

Sunny tomó un trago e hizo una mueca.

—¿No está bueno?

—Sabe a rayos.

—Pues devuelve petaca.

Eli extendió la mano.

Pero Sunny la apuró de todos modos.

Entraron en la finca por el acceso de servicio que atravesaba el bosque. Eran casi las cinco de la mañana y el BMW avanzó despacio por la pista oscura, iluminando las mariposas nocturnas y los baches del camino mientras el cielo azul añil jugaba al escondite por entre las copas de los árboles. El arak quemaba la garganta. Pero servía para abstraerse. A Eli le sonó el teléfono. Lo cogió, escuchó lo que le dijeron y pasó el aparato a Sunny.

—Es para ti.

Era Tinu.

—Has estado en la casa de campo toda la noche, en la finca. Métete eso en la cabeza. Tienes Valium en la mesilla de noche, la dosis justa. Vete a la cama, tómate las pastillas, cierra los ojos.

—¿Se lo has dicho a papá?

—Sí.
—¿Le has dicho que lo he hecho por él?
—Vete a la cama, anda.
—¿Qué ha dicho?
—Pásale el teléfono a Eli otra vez.
—¿Qué ha dicho?
—Irá a verte pronto.

3

Dormir.

El sol de mediodía meciéndose hacia el ocaso.

Los rayos que aún empapan la cama.

Las sábanas húmedas secándose.

En la cocina, el vodka helado que le resbala por la garganta hasta que ya no le entra ni una gota más.

Abre la puerta corredera y camina descalzo hacia la piscina, paladea el sol sobre su piel y piensa en cosas como un nuevo amanecer. Bebe de la botella y camina despacio alrededor de la piscina, da tres vueltas. Regresa al interior del dormitorio y se lleva la coca y su cartera al cuarto de baño. Echa el pestillo de la puerta y descuelga el enorme espejo de la pared, lo deposita en el suelo, limpia el espejo con un trozo de papel higiénico humedecido, lo seca con ahínco con más papel, coloca medio gramo encima. En calzoncillos, en cuclillas, a horcajadas sobre el espejo, apestando a vodka, cortando una raya tras otra, mirándose a sí mismo, mascullando, resollando. De rodillas. Una raya larga. Un trago largo de vodka. Una raya larga. Un trago de vodka. Una raya.

Y el shock de la piscina. Los fuertes latidos de su corazón. ¿Qué pretendía encontrar? El agua fría, el sol resplandeciente, la cabeza ardiendo, su cuerpo ajeno al tiempo, el vodka adormeciendo su dolor, la coca infundiéndole coraje. Permaneció sumergido bajo el agua todo el tiempo posible, con el corazón desbocado, levantando la vista al sol…

… bajando la vista al Mercedes destrozado de Gautam, con este inconsciente en su interior, Neda llorando junto a los cadáveres, insistiéndole para que hiciese algo. ¿Qué podía hacer él? ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Qué más? ¿Qué se podía esperar de él? ¿Que se pusiese al frente de la situación, que llamase a una ambulancia, que llamase a la policía, que intentase ayudar a los muertos y a los moribundos mientras esperaba a que llegasen las autoridades?

¡¿En serio?!

Ridículo.

Absurdo.

Tal vez en Suecia.

Pero esto es la India.

Si se hubiese quedado allí, una masa de gente enfurecida habría ido a por ellos.

Esto es la India.

Yeh India hain.

He aquí otra versión: son testigos del accidente y simplemente… pasan de largo.

Siguen adelante con el coche como si no hubiera ocurrido nada. Sin establecer ningún contacto. Sin intervenir de ningún modo.

Dejan a Gautam a su suerte.

Eso sí habría sido algo distinto.

Seguir conduciendo toda la noche. Llegar hasta Chandigarh. ¿Y luego qué? Hasta las montañas, parar a desayunar en Giani Da Dhaba, seguir, todo el camino hasta Jalori, hasta Baga Sarahan. Matar una cabra. Quedarse allí una semana, un mes.

¿Y luego qué?

¿Quedarse allí para siempre? ¿Huir más lejos? Neda y él. ¿Empezar una nueva vida, libres de toda atadura? Otro país, otra ciudad, una vida humilde.

Un trabajo normal.

Imagínatelo.

Neda llega a casa y se entera de que él ha dejado el trabajo, de que lleva todo el día bebiendo. Está harta. Le chilla. Él le pega una bofetada. Ella le escupe, le tira un plato, le levanta

la mano. Él le sujeta la muñeca con la mano izquierda, le da un puñetazo en las costillas.

Ya ves lo bien que acaba eso.

No, es imposible salir de esta situación.

No hay salida.

Aflora a la superficie de la piscina. Y se encuentra a su padre allí de pie, ahí arriba, al final de la casa, con el sol en la cara, un traje azul marino, gafas oscuras, una figura sólida y sobria en la neblina invernal. Ha estado observándolo. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Cuánto sabe exactamente?

Ninguno de los dos se mueve, ninguno dice nada tampoco.

Hasta que Bunty levanta la mano, le hace una leve seña a Sunny para que se acerque.

Y eso es lo único que hace falta.

Sunny se desliza hacia él.

Todo lo percibe con suma intensidad.

El agua fría, el sol débil sobre su espalda, la luz titilando sobre la superficie, reverberando en las ventanas de la casa. Y su padre, el centro brillante y oscuro de todo.

Alcanza el borde, alza la vista.

—Papá…

Y entonces sucede.

Bunty tiende la mano.

La mantiene tendida, abierta, a la espera.

Para que Sunny la coja.

Para que lo lleve a una vida nueva.

Siente que una certeza fría y férrea florece en su interior y espera que no lo abandone jamás. La mano de su padre en la nuca, guiándolo al interior de la casa.

En el baño, mira el espejo que está en el suelo, los restos de las rayas, las bolsitas aún medio llenas.

—Ese veneno… Ya no necesitas ese veneno —dice su padre.

Sunny no contesta, se limita a mirar la coca sin parpadear.

—Tíralo por el váter —le ordena.

Ni siquiera en ese momento puede evitar la idea de salvar

un poquito como sea.

Una última raya.

—Vuelve a colgar el espejo en la pared.

Lo hace.

No se mirará en él hasta que lo haga.

Cuando lo hace, lo ve.

Allí no hay nada.

Se ducha con agua hirviendo una vez que su padre sale del baño.

Se peina.

Se viste con una camisa blanca recién planchada y unos pantalones de lana.

Cuando entra en la sala de estar, su padre está sentado en uno de los sillones, fumándose un cigarrillo, cómodo y relajado cuan grande es, una pierna cruzada sobre la otra, la cabeza hacia atrás mirando al techo en actitud de serena contemplación.

—Siéntate.

Sunny se sienta en el escabel, tan pequeño en comparación que aún hace parecer más pequeño a Sunny.

—Papá, yo…

Bunty levanta la mano.

—No digas nada. No hay nada que decir.

Silencio. En la cálida sombra.

Prosigue.

—Lo hecho hecho está.

Sunny siente que se le hace un nudo en la garganta, que se le cierra, que le arde.

—Lo hice por ti —dice.

Puede que se venga abajo. Quiere que aquello quede claro por encima de todo.

—Fue buena idea lo de la Polaroid. —Bunty sacude la ceniza de su cigarrillo—. ¿Has dormido?

Sunny recobra la compostura, asiente con mansedumbre.

Bunty asiente también.

—Fue una mala noche, pero podría haber sido mucho peor. Y ahora sé algo muy importante.

Sunny pasea la mirada por el suelo con nerviosismo

mientras espera. Bunty, sin prisa alguna, se limita a observar la cara angustiada de su hijo.

—¿El qué, papá? —murmura Sunny.

Bunty inclina el cuerpo hacia delante.

—Que sabes lo que significa ser implacable, brutal.

A Sunny se le humedecen los ojos, está a punto de llorar.

Satisfecho, Bunty se recuesta hacia atrás en el sillón.

—¿Por qué no te sirves una copa?

Pero Sunny niega con la cabeza.

—No me hace falta.

Su padre estudia su expresión deshecha, sus ojos vueltos hacia el suelo.

La coca está dejando de hacer efecto.

El vacío abismal lo engulle.

—¿Dónde está? —pregunta Sunny.

—¿Quién?

—¿Gautam?

—Ahora mismo está muy lejos.

—¿Qué le va a pasar?

—Se va a convertir en alguien útil.

No se atreve a preguntar.

Pero tiene que hacerlo.

—¿Qué ha dicho?

Bunty finge que no sabe de qué le habla.

—¿Sobre qué?

«¿Sobre qué? Sobre lo estúpido que he sido. Destapándome ante él de esa manera, dejándome engañar así, por pura diversión».

—Sobre lo que pasó anoche.

Bunty sonríe.

—¿Acaso importa? Y, de todos modos, ¿de verdad crees que no lo sé todo? Los planes que tenías con él. Los que tenías con la chica. ¿Crees que no lo sabía?

Ahí está. Su padre lo sabía todo. Había estado observando en silencio, a la espera de que Sunny se estrellara. Aguardando con paciencia hasta que…

—Pero has sabido hacer borrón y cuenta nueva. —Bunty se levanta. Se acerca a Sunny y este levanta la vista mientras su padre habla—. Siempre me has preocupado. Me preocupaba que no tuvieras lo que hay que tener para ser mi hijo. Pero

has destruido todo cuanto te importaba en un abrir y cerrar de ojos. —Alarga la mano hacia el rostro de Sunny, le toca la mejilla con su manaza—. Lo has hecho bien, hijo.

Las lágrimas le anegan los ojos, resbalan. Entonces, de forma igual de repentina, Bunty ya no está a su lado, sus pasos resuenan en el suelo de la mansión.

—No me has preguntado por la chica —se vuelve para decir alegremente—. Ella tampoco ha preguntado por ti. —Bunty se detiene al llegar a las puertas correderas—. Te quedarás aquí, en la casa de campo, cuatro noches. Para el resto del mundo, estás en Singapur.

—Sí, papá.

—Eli estará pendiente de ti mientras estés aquí.

—Sí, papá.

—Cuando vuelvas a casa nos pondremos a trabajar.

4

Volvió a la mansión de la ciudad al quinto día, con Eli al volante. A su ático, que seguía casi vacío desde que lo destrozaron. Se paseó por él alegrándose de que todos los recuerdos hubiesen desaparecido. Ahora estaba con su padre. Comía con su padre, se reunía con su padre, escuchaba las llamadas de su padre por la noche, en el majestuoso comedor de paredes revestidas de madera de caoba de su padre, los dos solos.

Elaboró una explicación. Había estado interpretando distintos papeles toda su vida, probando distintas personalidades, como todos los jóvenes que se ponen a prueba a sí mismos. Investigando las distintas posibilidades. Decidiendo con cuál se sentía más a gusto. Durante un tiempo había disfrutado creando un escenario propio, proyectándose de un modo determinado, como filántropo de vanguardia, mecenas de las artes, como un hombre bueno con un código moral. A su alrededor había surgido un inagotable culto a la personalidad, que había disfrutado enormemente. Había saboreado la atención, la importancia que le otorgaba un

reducido grupo de personas, algo que anhelaba como remedo de lo que necesitaba de veras. Los había colmado de generosidad.

Y cuanto más ejercía esa increíble generosidad, más sentía crecer en su interior el deseo de corromper. Se topaba con él sin cesar. Obsequiaba a sus amigos con vino, whisky, champán, comidas en restaurantes de cinco estrellas. Les hacía saber que todo era gratis, que él corría con la cuenta, no hacía falta que se preocupasen por aquella ridícula menudencia llamada dinero porque seguiría manando de su cuerpo, de su cartera, de su tarjeta, de su padre. Observaba el placer que les procuraba, sobre todo a quienes no estaban acostumbrados a los lujos, aquellos que de otro modo tenían que andar contando las rupias. Les ofrecía excesos y placeres sin límites. Era inevitable, por tanto, que su umbral de tolerancia fuese en aumento. Que poco a poco su prodigalidad dejase de producirles emoción, culpa o dicha. Que poco a poco llegaran a esperarlo todo. Y era entonces cuando los dejaba tirados.

Cuando esos viejos amigos volvieron a su lado, a lo largo de las semanas y meses que siguieron, mientras Gautam se desintoxicaba en los Alpes, mientras Neda se desvanecía en las entrañas de Londres, mientras Ajay era solo un nombre acumulando polvo, mientras el accidente caía en el olvido, sin que nadie lo mencionara nunca, sin sacarlo nunca a relucir, sin que llegara a conocerse siquiera, mientras toda la tensión del año anterior se diluía, Sunny observaba con placer adormecido a aquellos parásitos que devoraban todo cuanto los rodeaba sin pensar, y a aquellos a los que había rechazado de forma tan cruel y arbitraria que reaparecían una vez más como si no hubiera pasado nada, y participaban en las fiestas sin hacer preguntas, consumían sin hacer preguntas, aceptaban todo cuanto les ofrecía. Hasta que sucumbía a ese deseo en su fuero interno de verlos sufrir, de verlos caer víctimas de sus vicios. Ninguno de aquellos falsos amigos superaba su evaluación, los menospreciaba a todos, y por

dentro se alegraba en secreto de estar corrompiéndolos. Él daba y daba y daba, consciente de que, cuando más lo necesitasen, él podía quitárselo todo.

En un mundo globalizado entregado al consumo solitario, sus deseos hallaron expresión en el anonimato de las autopistas y las suites de los hoteles de lujo; placer en su cómoda funcionalidad, liberación en su fluida navegación. No tenía más que sacar su tarjeta, no tenía más que dar instrucciones a su conductor, recostarse hacia atrás y cerrar los ojos, dejar que lo bañase el brillo azul del futuro. El coche haría el resto, la tarjeta haría el resto, el conductor haría el resto. Aborrecía el contacto público, el polvo, el ruido, el fracaso, el dolor. Soñaba con despertar en una ciudad del futuro, despoblada, llena de pasarelas elevadas, caminos a ninguna parte por los que no transitaba nadie.

Cuando lo llamaron a presentarse ante su padre, le dijeron que obtendría su recompensa. Por fin podría construir. Pero no en Delhi. Debía olvidarse de Delhi para siempre. Construiría al otro lado de la frontera, en U. P. Había tierras, tierras que les habían dado, tierras que Ram Singh había adquirido, que Dinesh Singh supervisaría, como habían acordado. Era un lienzo en blanco de un vacío sobre el cual podría edificar al fin sus sueños.

Ajay IV

Cárcel de Tihar

1

La foto de su hermana fue una lección para él. Nunca bajes la guardia. Nunca te des por satisfecho. Creer que tienes poder, que tienes el control, es un error. No vuelvas a cometerlo. No se separa jamás de la foto del burdel, no la suelta de día, no la suelta de noche, una espada de doble filo, una moneda de dos caras, ese es el precio de la vida. Obediencia y esclavitud. Es incapaz de mirar a su hermana a los ojos. Las palabras que hay escritas en el reverso se le hacen insoportables. Pero no la suelta. Se tortura a todas horas. No la suelta, pero procura no mirarla. Un martirio autoinfligido, una muestra de disciplina. Su hermana. Quiere volver a verla. No la juzgaría. La salvaría. Por la noche, antes de dormirse, se permite rozarla con la mirada.

¿Es posible apartarse del mundo? ¿Desaparecer? Ser olvidado. ¿Podría hacerlo sin hacer nada? ¿O hay que tomar la decisión? ¿Hay que dar el paso drástico? Ahí está, la idea que ha estado persiguiéndolo, pisándole los talones toda la vida. Él, Ajay, podría morir. Morir, sin más. Sería rápido. Solo tardaría un instante y el dolor acabaría.

La idea, obligada a salir a la luz, entabla amistad con él. Ajay le prodiga atenciones. ¿Dónde? ¿Cuándo? Un vidrio roto y afilado en las muñecas. Una sábana alrededor del cuello en las duchas. O una sobredosis de Mandrax. Pero tiene que hacerlo bien. No puede cometer errores, acobardarse, que lo descubran y

lo salven. Si se decide, no puede haber marcha atrás. Para él, la muerte sería una liberación. Un acto de justicia, quizá, por todo lo que ha hecho. Por las personas que ha matado, y por las que vio en la carretera, a quienes si bien no mató, sí traicionó. Aunque, curiosamente, ahora que esos pensamientos circulan con libertad por su cabeza, también lo hacen otros. Opciones que jamás se le había ocurrido que tuviera. Decirle que no a Sunny, esa es la primera idea que contempla. Sunny le dice que suba al coche, que beba el whisky. Y él, Ajay, dice que no. Se estremece de placer solo de pensarlo. Dice que no. Dice: no. Es como los sueños de un ciego que ve. Es como un sordo soñando que oye. Un mudo soñando que habla. Todo resuena a todo volumen, en tecnicolor. No.

¿Por qué no montas tú en el coche?

Repasa su vida de adelante atrás.
Y va diciendo que no.
No, no perseguirá a Gautam.
No, no disparará la pistola al aire.
No, no decidirá matar a los hermanos Singh.
No, no intentará encontrar su hogar.
No, no irá a Delhi a trabajar para Sunny Wadia.
No, no subirá a aquella Tempo.
No, no dejará que la cabra se suelte de la cuerda.

Está allí de nuevo, con ocho años, junto a Hema. Él es el encargado de atar la cabra. Él es el encargado de asegurar la cuerda. No asegura la cuerda. La cabra se escapa. Y él mira cómo se va. De pronto cae en la cuenta. Mira cómo se va y la cabra se come las espinacas del huerto del vecino. Hema, ¿dónde está Hema? Ella lo ve y se acerca corriendo. No le regaña. Corre derecha hacia la cabra. Tira de ella, aunque el animal se resiste. Él sigue mirando. Intenta ver a Hema como era. Pero ya solo ve a la mujer de la fotografía.

Y ahora está aquí de vuelta, sí, con el mismo y arduo problema. ¿Cuánto puede alargarlo? ¿Cuánto tardará en llegar la

próxima foto? Su hermana tumbada en esa misma cama de burdel, con los ojos abiertos para siempre, las sábanas encharcadas de la sangre que mana de sus heridas mortales. Todo se reduce a eso. Su hermana tiene que vivir. Ella es lo único real que queda de él, lo único cierto. Le han arrebatado todo lo demás. Su padre está muerto, su madre es otra persona, a su hermana pequeña ni siquiera llegó a conocerla. Pero ella, Hema, es parte de él. Ella no puede morir. Él no puede morir. Tiene que matar a Karan y salvarla.

2

Parece que es su destino inevitable.
Se ha fijado un precio por Prem.
Karan pagará cincuenta mil rupias.
Está previsto que la entrega tenga lugar al día siguiente.
Es su oportunidad.
El único problema es que Sikandar quiere encargarse él en persona.

Ajay se acerca a Sikandar, solicita hablar con él.
Prem observa con atención.
Sikandar dice «Habla».
Ajay le susurra algo al oído.
Largo. Serio.
Continúa hablando.
Hasta que Sikandar estalla en carcajadas.
Le da una palmada a Ajay en la espalda.
—¡Te llevará él! —dice Sikandar.

Esa noche, cuando Sikandar ronca, Prem está despierto.
—¿Qué le has dicho?
—Nada.
—¿Por qué me llevarás tú?
—Solo quiero protegerte —dice Ajay.
—No te necesito. Karan se ocupará de mí.
El ventilador chirría.

—Me quiere.

Pasa el tiempo, cargado de todo lo que callan.

La voz de Prem es una diminuta balsa de pesar en un vasto océano de dolor.

—¿Quién es? La chica.

Ajay siente el corazón en la garganta.

—La chica de la foto.

—Mi hermana —dice Ajay.

—¿Tu hermana? —responde Prem, sorprendido—. Creía… —y su voz se apaga.

No hay nada más que decir.

Llega la mañana. No queda nada más que hablar.

Sikandar espera junto a la puerta de la celda.

Saluda a Prem con una inclinación de cabeza y le tiende la mano.

Como si se hubieran visto solo un par de veces y hubieran hecho algún negocio juntos.

—Pórtate bien —dice. Luego le da una palmada en el hombro a Ajay y rompe a reír mientras lo echa de la celda de un empujón —. ¡Asegúrate de que te dé primero el dinero!

Avanzan por el pasillo.

Ajay con una cuchilla de afeitar debajo de la lengua.

Y Prem, con aspecto esperanzado, enamorado.

—Gracias —dice Prem.

La entrega tiene lugar en uno de los baños, donde nadie los ve.

Karan está acompañado de un hombre.

Ajay sacude la cabeza.

—Solo nosotros.

El matón cachea a Ajay en busca de armas.

Nada.

Así que Prem, Ajay y Karan entran en una de las duchas.

El dinero está en una bolsa de yute.

Ajay lo cuenta primero.

Empuja a Prem hacia Karan cuando ha terminado.

No lo mira.

Observa la cara de Karan cuando toma la mano de Prem.

Le rodea la cintura con los brazos.

—Ahora déjanos solos —dice Karan.

¿Qué es lo que siente Ajay?

Celos.

Su propia soledad.

Su falta de coraje.

Tendría que actuar.

Pero en ese momento no puede.

Fuera, el hombre de Karan y Ajay se miran fijamente, asienten. Listo. Sin embargo, tan pronto como Ajay pasa por su lado, tira la bolsa, se da la vuelta y arremete contra él, le rodea el cuello con un brazo para estrangularlo. Lo derriba mientras el otro aún se retuerce, lo arrastra hasta uno de los cubículos. Lo deja inconsciente.

Ajay se desviste y se queda en ropa interior.

Se quita las sandalias.

Regresa a las duchas sin hacer ruido.

Karan está de espaldas a la puerta, desnudo de cintura para abajo. Prem está en la encimera, de cara a él, con las piernas abiertas, enroscadas alrededor de su cintura. Karan está dentro de él. Ajay sujeta la cuchilla en la mano.

Se aproxima descalzo, desnudo, tratando de controlar el latido de su corazón.

Prem tiene los ojos cerrados, extasiado, recibiendo a Karan.

Prem abre los ojos.

Ve a Ajay.

Cuchilla en mano.

Ajay se lleva un dedo a los labios.

¿En qué mundo cree que Prem respondería de cualquier otra manera que no fuese gritando?

Karan se detiene en seco.

Y entonces comprende la expresión de los ojos de Prem.

Sin darle tiempo a reaccionar, Ajay se abalanza sobre él.

Lo agarra por el pelo, tira de su cabeza hacia atrás y le asesta tajadas frenéticas con la cuchilla. La sangre empieza a manar a chorros de la garganta, pero las arterias están muy profundas. Karan opone resistencia, trata de protegerse mientras Prem se revuelve, chilla y llora debajo de él. Ajay atrapa la cabeza de Karan en la curva del brazo y la sujeta con fuerza mientras hunde la cuchilla cada vez más, y la sangre rebosa y salpica, hasta que Karan se desploma, gorgoteando, y arrastra a Ajay con él.

—¡¿Qué has hecho?! —grita Prem mientras Karan se convulsiona debajo de Ajay al tiempo que la vida se le escapa, con la hoja clavada en la garganta—. ¡¿Qué me has hecho?!

Prem se deja caer al suelo, abraza a Karan, le besa la cara, trata de detener la sangre con las palmas de las manos.

Pero Karan lo ha dejado.

—¿Por qué?

Ajay no contesta.

Prem está temblando, con el rostro contraído.

Ajay abre la boca para decir algo.

Pero Prem no le da oportunidad.

Hace lo único que se le ocurre.

Lo único que le queda.

Arranca la cuchilla de la garganta de Karan y la hunde en su muñeca izquierda. Se la abre dejando un profundo surco. Repite lo mismo con la derecha.

Se tumba junto a Karan.

Mira a Ajay a los ojos.

Ajay aparta los suyos, le da la espalda.

Se va.

Cuatro

Lucknow, 2006

DINESH Y SUNNY

—¿Entonces? —dice.

—¿Entonces qué? —responde Sunny.

—Entonces tienes lo que querías…

Sunny y Dinesh Singh ocupan la sala privada del restaurante del hotel de cinco estrellas, rodeados de silencio y del frescor del aire acondicionado, mientras observan a través del cristal de espejo a la élite de Lucknow disfrutando de su vida privilegiada.

—… pero ¿eres feliz?

Sunny tuerce el gesto como si hubiera tragado algo con mal sabor.

—¿Qué?

—Es una pregunta muy sencilla: ¿eres feliz? —insiste Dinesh.

—¿Ahora mismo? —Sunny se lleva el vaso de whisky a los labios—. La conversación deja un poco que desear.

Dinesh sonríe.

—Ya sabes a qué me refiero.

—¿Ahora qué eres, mi loquero? —dice Sunny tras una larga pausa.

—¿Vas a uno? —contesta Dinesh—. ¿O crees que lo necesitas?

—Joder.

—En cualquier caso, la pregunta sigue en pie.

Sunny continúa mirando al frente, mastica el hielo, le hace una seña al camarero para que le traiga otra copa.

Dinesh imita el gesto de Sunny mientras este se enciende un cigarrillo.

Respaldando la petición de Sunny.

Oficiando de buen anfitrión.

Al fin y al cabo están en Lucknow. Su territorio.

Además, ha habido problemas. No sería la primera vez que

un Sunny borracho monta una escena, unas veces achispado y contento, otras de mal talante, antes de perder la consciencia.

Puede que en algún momento Dinesh tenga que hacer una llamada: no más alcohol para Sunny Wadia.

Pero ya se preocupará de eso cuando ocurra.

En cuanto a la pregunta «¿Sunny Wadia es feliz?».

Habría que archivarla en «¿Quién carajo lo sabe?».

Cuando Sunny no está de subidón, va cuesta abajo. Da bandazos de un lado a otro, evitando los horrores de una estabilidad que solo puede obtener mirándose en el espejo.

A pesar de que aún no ha cumplido los treinta, ya empieza a parecer viejo. Gordo y viejo. Embastado por puntadas de tristeza, aire sombrío, trajes caros. Nadie entiende cómo puede haberse abandonado tanto.

Sunny vuelve la cabeza.

Aún es capaz de controlar su expresión.

«¿De verdad tengo que aguantarte estas mierdas aquí sentado?».

Y el rostro de Dinesh contesta: «Pues sí, efectivamente».

A esas alturas, podría decirse que tienen un poco de telepatía.

Sunny se levanta, pero Dinesh tira de él con delicadeza para obligarlo a sentarse.

—Relájate —dice—, solo estaba tomándote el pelo.

Sunny ha acudido a Lucknow para ultimar los detalles de la adquisición de los terrenos. Ese día han cerrado el trato. Las tierras de Greater Noida serán todas suyas. Se las comprarán a los campesinos. La llamada Megaciudad será una realidad.

Sus padres ya habían discutido los pormenores largo y tendido. Ese día, lo único que tenía que hacer Sunny era asegurarse de que todos los puntos estaban puestos sobre las íes. Dinesh tenía que estar allí para facilitar las gestiones. Dinesh no tenía nada excepcional que hacer.

Sin embargo, Dinesh también tiene sus propios planes. A lo largo de los dos años anteriores, había crecido en multitud de formas. Se había convertido en un joven deslumbrante. En un aspirante a líder, efectivo y ambicioso.

Antes, tan solo representaba su papel.

En muchos sentidos, imitaba a Sunny Wadia. Lo cierto es que Dinesh resultaba antes un poco torpe. Un poco «pueblerino». Sunny siempre había tenido más estilo, más mundo. Hasta que Sunny se estancó y Dinesh se trabajó a sí mismo. Viajaba cuanto podía. Acudía a seminarios y museos, a galerías, subastas, desfiles de moda, la ópera. Entabló amistad con escritores y pensadores, y los acribillaba a preguntas sobre asuntos que desconocía. Matizó su inglés. Aprendió a expresarse de manera coloquial, modulaba su forma de hablar para transmitir ironía, deleite, una sensación de que jugaba con las palabras. La gente antes se reía a sus espaldas, a pesar de que era un luchador. Ahora nadie se reía. Esos cambios también se reflejan en el modo en que se ha desarrollado su estilo. Aún viste kurtas, pero las complementa con fulares elegantes, broches engastados, con pines y pañuelos de bolsillo. Lleva gafas de diseño a semejanza de Ambedkar, el célebre exministro de Leyes que luchó en favor de las castas más desfavorecidas, como se ha apuntado tanto con beneplácito como con aprobación.

Sí, cuida su imagen.

Está bien preparado.

Salta a la vista.

En ese momento, al lado de Sunny, definitivamente salta a la vista.

—No voy a dejarlo correr —dice Dinesh—. Quiero saber qué pasa en esa cabeza tuya.

Han vuelto a quedar a la mañana siguiente.

Nubes monzónicas cubren el cielo.

Van en el 4 × 4 Montero de Dinesh.

Sunny está fumando, con la mirada al frente, sudoroso dentro de su elegante camisa blanca, con las rodillas recogidas, los pies en el salpicadero, una mano en la barriga. En intensas negociaciones con su resaca.

La noche anterior, perseveró toda la velada en la misma actitud. El séquito de Dinesh se les sumó en la sala privada y hablaron de rumores, política, justicia social, tácticas electorales, hip-hop, finalmente de «las tías», con él allí como una serpiente enroscada en su propia infelicidad. La

animación crecía en el bar del hotel, del que ellos estaban aislados en su sala, mientras Sunny se encerraba cada vez más en sí mismo.

En el salón principal, otro borracho empezó a tocar el piano con torpeza, aporreando las teclas de tal manera que solo podía considerarse una provocación. Free jazz, bromeó Dinesh.

Pero, cuando una joven achispada protestó con el mismo desparpajo, el hombre le apuntó con un revólver que luego dirigió al resto de la clientela. Antes de que se dieran cuenta, Dinesh se había levantado y había salido para calmar los ánimos.

Dinesh el Conciliador.

Desarmó al alborotador ante todos los presentes, le torció un brazo tras la espalda y lo acompañó a la salida mientras escuchaba sus lamentos y entregaba el arma al servicio de seguridad, todo aquello ante la manada de periodistas de la capital, que hasta aquel momento se habían atrincherado en un rincón, bebiendo a tumba abierta.

Sunny aprovechó el incidente del revólver para huir. Se escabulló a su suite sin despedirse y abrió la botella de whisky que le había hecho comprar a Eli. Se bebió cerca de dos tercios antes de caer redondo.

Se había despertado con sus propios gritos a las cuatro de la mañana.

Una pesadilla. Alguien quería arrastrarlo a un lugar al que no deseaba ir.

Resultó que, mientras dormía, había estado intentando separar las manos, que tenía agarradas con firmeza por encima de la cabeza, tumbado boca abajo. Se sentó en la orilla de la cama repitiéndose quién era, tratando de sacudirse el miedo. Se sirvió un vaso de whisky casi hasta el borde, lo apuró de un trago, se encendió un cigarrillo, fumó la mitad, se puso otro whisky, se lo acabó también, volvió a la cama y se centró en el zumbido del aire acondicionado.

—No me pasa nada —dice—. Nada.

La mañana se abre y el sol radiante que asoma entre las nubes abrasa la tierra, pica en la piel de Sunny, convierte los charcos de la carretera en espejos incordiantes.

Dinesh lo mira de arriba abajo poniéndolo en duda.

—Ya, claro. A ver, estás hecho una mierda.

—Pues no haberme sacado de la cama.

Hace una hora que han salido de Lucknow.

Están lejos de la ciudad. Los campos verdes, las bicicletas, los búfalos. La brisa vivificante del monzón que entra por la ventanilla como una corriente oceánica fría sobre aquella tierra pródiga y exuberante.

Dinesh viste de manera informal. Lleva unos chinos azul marino de APC y un polo de lana rojo de Loro Piana a juego con unos mocasines de ante de la misma marca.

Acaba de decir algo.

—¿Qué?

Dinesh niega con la cabeza.

—¿Sabes quién eres siquiera?

Han llamado a la habitación de Sunny a las siete de la mañana.

El teléfono ha sonado sin parar hasta que han conseguido despertarlo.

Han contestado desde recepción. Luego le han pasado el aparato a Dinesh.

Sabía muy bien que no debía llamar a Sunny al móvil.

—Eh, escucha, hermano. Necesito que bajes. Quiero enseñarte algo.

—¿Cuánto vamos a tardar?

Sunny no esperaba que fueran a ir en coche al campo. ¿Solos, sin guardias, sin seguridad, sin chófer? ¿En U. P.?

Su padre no lo aprobaría.

Tal como le han inculcado, la amenaza de secuestro es real y constante.

Sunny arroja el cigarrillo. Se enciende otro casi de inmediato.

—Ah, ¿por qué? —pregunta Dinesh—. ¿Has quedado en algún sitio?

Sunny se arrellana aún más en su asiento, cierra los ojos por completo y se concentra en el cigarrillo que tiene entre los dedos y en los labios. En el cigarrillo real y tangible, en el humo que entra y sale de sus pulmones. ¿Se ha dormido?

—Me gusta escaparme —dice Dinesh—. Perderme en

pueblos y ciudades. Tomar el pulso del ciudadano de a pie. Deberías probarlo alguna vez. Tal vez aprenderías algo.

El motor se ha detenido. El aire es cambiante, impregnado del monzón.

Están en un camino de un pueblito bullicioso. El agobio de los cláxones y los cuerpos que pasan al lado. El hedor de todo. ¿Cómo han…?

—Estabas fuera de juego —dice Dinesh—, pero tenías un aspecto tan angelical que pensé, mira, deja que duerma.

Sunny se incorpora. Aún desorientado. Momentáneamente senil.

—¿Dónde está el…? —Se mira los dedos.

—Te lo he quitado de la mano, hermano. Estabas a punto de quemarte. Vamos.

Dinesh baja del vehículo, relajado, listo para enfrentarse a ese mundo.

Eligen una mesa en un dhaba sin pretensiones que hay junto a la carretera principal; está lleno, pero el ambiente es tranquilo, con sillas rojas de plástico, manteles manchados y camareros hoscos que no están para tonterías. Dinesh pide un plato de parathas y dos nimbu panis cuando se les acerca uno.

Parecen un par de urbanitas de camino a otra parte.

—Es curioso, no voy vestido como de costumbre, así que nadie sabe quién soy. Me he dado cuenta de que todo el mundo me conoce por la kurta. Si hubiera aparecido llevando una bonita kurta blanca, puede que me hubieran reconocido. Si hubiera aparecido con mi padre… ¡En fin! Entonces seguro que habrían sabido quién soy. Todo el mundo conoce a mi padre. A mi padre y su famoso bigote. El segundo hombre más famoso del estado. Dibújale un bigote a un monigote sin ojos, orejas ni nariz y te juro que los votantes sabrán de quién se trata. Antes le decía que lo pusiera en la urna. ¿Sabes? Una vez lo vi sin bigote, de pequeño. No recuerdo por qué. Un día llegó a casa y se lo había afeitado. Me puse a llorar desconsoladamente. ¡Ni siquiera fui capaz de reconocerlo!

Sunny no dice nada.

—Pero ¿sabes lo que me interesa de verdad?

Silencio.

Dinesh da unos golpecitos en la mesa.

—El hombre más famoso.

Sunny se baja las gafas de sol y lo mira con recelo.

—Me juego la camisa a que nadie de aquí tiene la más remota idea de la pinta que tiene —dice Dinesh—. Y aun así —aprieta el dedo sobre la mesa hasta que la punta se vuelve blanca—, y aun así, si me levantara y gritara su nombre, ¿qué crees que ocurriría? ¿Lo pruebo? ¿Quieres ver qué ocurre si pronuncio el nombre de tu padre?

Sunny lo mira fijamente como si deseara asesinarlo.

El camarero aparece con las parathas y las bebidas.

—Cuanto antes me digas lo que quieres… —dice Sunny.

Dinesh vuelve a acercarse a la mesa y apoya los codos en ella. Con delicadeza, separa un triangulito de paratha y se lo lleva a la boca. Lo mastica con movimientos mínimos y controlados.

—Lo que quiero, lo que quiero de verdad es saber qué carajo te pasa —dice.

Sunny se frota la cara, cada vez más inquieto.

—Ya te lo he dicho.

—Pues repítemelo.

—Nada. No me pasa nada. —Una larga pausa. Una pequeña concesión—. ¿Qué crees que me pasa?

Dinesh asiente una vez, con firmeza.

—Creo que estás deprimido, tío. Hablando con sinceridad.

—Que te den.

—Y, pues bueno, esa mierda me afecta —prosigue Dinesh —. Y no solo me refiero a los negocios, sino que me afecta aquí. —Se golpea el pecho con la mano—. Justo aquí, me duele verte así. —Hace crujir los nudillos con suavidad—. Quizá no lo sepas, pero antes te admiraba. Estaba pendiente de tus palabras, hermano. Sabías un huevo de todo. Me refiero a los buenos tiempos de Delhi. Yo estaba atrapado aquí, soñando, aprendiendo el oficio, y tú estabas en Delhi como… como, como una bola de fuego atravesando el cielo en llamas.

—No me des la lata.

—No. Hablar contigo era viajar por el mundo. Y mírate ahora. Estás… estás como… Sinceramente, no sé cómo describirte. Es que mírate, tienes un aspecto que da pena, Sunny. Sí, te lo digo en serio, no me mires así, mejor mira esa barriga. Haz algo al respecto. Porque, hermano, estás hecho

una mierda. Vale que hay gente que engorda porque disfruta de la vida. Ya sabes. Comen, beben y son felices. Pero ¿tú? No. —Menea un dedo, cruza las piernas—. Ya no le encuentras el gusto a nada. Estás hundido. Eso es lo que pasa. Que estás deprimido. Y no puedes seguir así. Mira —baja la voz hasta convertirla en un susurro que se confunde con el rumor vibrante de la mañana y sostiene lo que sabe que es su mirada tras los cristales oscuros de sus gafas de sol—. Mira, sé lo que pasa. Sé lo que ocurrió. Aquella noche, lo del asunto con Rathore. No es que sea un secreto.

Ve la tensión en la mandíbula de Sunny.

—Y eso te está devorando por dentro.

Sunny niega con la cabeza y aparta la mirada hacia la carretera.

—No sabes una mierda.

Pero Dinesh tiene olfato de sabueso.

—Es la chica, ¿verdad?

—¿Qué chica?

—¡Qué chica! —Dinesh ríe fingiendo sorpresa y une las manos en una palmada—. Estabas enamorado de ella, ¿no?

Sunny suelta una risotada.

—Eres un puto subnormal.

—¿Cómo se llamaba?

No obtiene respuesta de Sunny.

—Neda —dice Dinesh—. Así se llamaba.

Observa a Sunny para evaluar su reacción.

—Ah, ya, esa tía —dice Sunny, como si recordara a alguien a quien hacía tiempo que había olvidado—. Un polvo triste. Nada más. Le di puerta.

—Ya. —Dinesh limpia la mesa y tira las migas al suelo. Separa otro trozo de paratha—. Me alegro de que me lo hayas aclarado. Tiene bastante más sentido que la historia que he oído.

Dinesh espera a que pique el anzuelo.

Tarda un rato.

Pero acaba picando.

—¿Qué has oído?

—Ah, nada, olvídalo, no es nada.

—Que te den, ¿qué has oído?

—¿De verdad quieres saberlo?

—O me lo cuentas de una puta vez o cierras la boca.

—Que tu padre la envió fuera. Eso es lo que he oído. Con, y perdona la expresión, con una oferta que no podía rechazar. Muy generosa, en términos monetarios.

Sunny es la viva imagen de la impasibilidad.

Dinesh empuja el plato hacia él.

—¿Por qué no coges un poco de paratha?

—¿Por qué no te metes la paratha por el culo?

A Dinesh le hace gracia.

—De verdad te crees algo, ¿no? —dice Sunny.

Dinesh no le hace caso y toma el nimbu pani.

—Cuando estudié arte, lo hice porque pensaba que era lo que hace la gente moderna, la gente como tú —dice—. Estudié arte como si tachara algo de la lista de la compra. Pero me fascinó. Y descubrí en… —frunce el ceño, pensando —, en los Antiguos Maestros, en las galerías silenciosas, y luego, más tarde, en ciertos fotógrafos, descubrí algo en ellos que más adelante descubriría en mí. Empatía. Era empatía. Al principio me asustaba. La reservaba para el marco. Por otro lado, a veces me alejaba del hotel y paseaba sin rumbo. En París, por los alrededores de la Gare du Nord, y allí veía a los vagabundos y los indigentes. Los miraba como si mirara un cuadro y luego extrapolé ese mismo cuadro al mundo. Me dije que esos hombres y mujeres son seres autónomos, personas completas, puedo mirarlas, entender su dolor.

—¿De qué coño estás hablando?

—De empatía, Sunny. Cuando volví de ese viaje, me puse a pensar. Sobre las cosas de las que hablábamos en el pasado, sobre lo que realmente queríamos hacer y lo que era posible con el poder que teníamos. ¿Quieres oír mi conclusión?

—¿Tengo elección?

—Elijo la moralidad antes que la estética. Elijo la empatía. Esa es mi conclusión. En el momento actual, la moralidad debería estar por encima de todo.

—¿Qué tiene de particular el momento actual?

—Que es el momento de nuestros padres.

Dinesh se recuesta en el respaldo de la silla y guarda silencio.

Sunny tiene la cabeza embotada.

—Puede que la busque, a la chica —dice Dinesh—. La

próxima vez que vaya a Londres. Siempre me cayó bien. He oído que no le va mal. Entre el apartamento que le dieron y el dinero… Debió de ser duro para ella pasar sola por todo lo que pasó.

—Que te den.

—El verdadero necio, ese del que los dioses se burlan o al que arruinan, es el que no se conoce a sí mismo —dice Dinesh.

—Genial, ponte a citar a Shakespeare ahora, justo lo que necesito.

—No es Shakespeare.

—Y nosotros no vamos a seguir esta conversación.

—Vale, pues hablemos de otra cosa —dice Dinesh en tono jovial—. Cuéntame en qué andas últimamente. Háblame de arquitectura, cócteles, relojes. Sunny, háblame de esas ciudades de la hostia que vas a construir en las tierras que mi padre le ha dado al tuyo.

—Vete a la mierda.

—¡Es nuestro momento, Sunny!

Sunny continúa con la mirada perdida.

Al otro lado de la carretera, un puesto de bebidas alcohólicas empieza a abrir la persiana.

Los hombres hacen cola delante de las rejas metálicas y agitan sus rupias en dirección al interior, que está oscuro, hasta que alguien se las cambia por botellitas y bolsas de plástico transparente llenas de alcohol barato destilado en cualquier parte.

—Estás pasándolo mal, ¿verdad? —dice Dinesh, adoptando un tono duro, directo—. Dime una cosa, ¿cuándo fue la última vez que disfrutaste con algo?

—Que te den.

—Dime, el tipo que yo conocía, ese que quería cambiar el mundo, ¿existió siquiera?

—Maduró.

—El que quería mejorar las cosas.

—Nunca quise mejorar las cosas.

—Porque es algo que podemos hacer, lo sabes, ¿verdad? —dice Dinesh con voz animada, vehemente—. Tú lo sabes, está en nuestras manos, en las tuyas y en las mías, hacer algo bueno, no cometer sus errores. Hacer lo correcto. Escúchame.

Mírame. Quítate esas gafas de sol. Que me mires.

Sunny baja las gafas despacio.

Tiene los ojos inyectados en sangre.

—Tú nunca serás tu padre.

Sunny recibe esas palabras como un mazazo. Parten su cerebro en dos.

—Tú nunca serás tu padre, y eso es algo bueno. Es algo bueno de verdad. Yo nunca seré el mío y tú nunca serás el tuyo. Pero podemos ser más que ellos.

—¿Qué quieres?

—¿Sabes cuántas personas viven en este estado? Doscientos millones, más o menos. Si fuéramos un país, tendríamos la quinta población más grande del planeta. Y es nuestro. Todo nuestro, tú y yo estamos destinados a heredarlo por completo. ¡Pero mira a tu alrededor! Mira de verdad. La gente vive en la miseria. ¡Este estado está casi tan hundido en la miseria como tú! —Hace una pausa intencionada—. ¿Cuál es el denominador común? Nuestros padres. —Dinesh baja la voz —. Los dos conocemos el trato al que han llegado: el tuyo financia al mío para hacerse con el poder y luego el mío hace a los dos más ricos de lo que nadie pudiera imaginar. Ese ha sido el acuerdo. Ese es el sueño, ¿correcto?

—Si tú lo dices.

—Pero se ha convertido en una pesadilla. ¿Por qué?

—Porque tu padre se ha vuelto codicioso.

—¡No! Porque tu padre es despiadado.

—¿Ahora culpas a mi padre de hacer mucho dinero?

—Lo culpo de tratar de controlar el mundo. Lo quiere todo, todo el poder. Es un vampiro. Una langosta. Lo engulle todo. Sanidad, educación, infraestructuras, minería, incluso los medios de comunicación. Está metido en todo. Pero se lo quita a la gente.

—No se lo quita a nadie.

—No seas ingenuo. Los hospitales no disponen de medicamentos. ¿Por qué? Porque se los roban y se venden en el mercado negro. ¿A quién? ¿A hospitales privados? ¿Quién los roba? ¿Quién los vende? ¿A quién pertenecen los hospitales privados? Tú lo sabes. Igual te empieza a sonar algo. Todo lo público acaba desmantelado, vendido y trasladado a otro lugar. Pero ¿qué hay para dar y tomar?

Alcohol. El alcohol de tu padre, desde los cañaverales que cultiva, las destilerías que posee y la distribución que controla hasta las tiendas donde se vende. Como esa que hay justo al otro lado de la calle. Mírala. Ni siquiera debería estar abierta a estas horas de la mañana, pero ahí está. Para que puedas olvidar tu miserable vida. Es un círculo vicioso. Se engaña y se roba a los pobres, y por tu cara veo que no te importa. Supongo que no. Así que permíteme que lo exprese de otra manera. Se engaña y se roba a los pobres, pero los pobres también votan. Joder, Sunny, los pobres votan. Es lo único que no podemos arrebatarles. Podemos intentar sobornarlos. Con más alcohol, carne, dinero. Pero tarde o temprano nos darán la patada.

Sunny esboza una extraña sonrisita de autosuficiencia.

—Me opuse a ese acuerdo vuestro sobre las tierras —prosigue Dinesh—, un acuerdo para que tuvieras tu ciudad de fantasía. Es mejor que lo sepas. Me opuse por completo. Es un suicidio político. Es una autoinmolación. Será nuestra muerte. Los campesinos no nos perdonarán. Le darán la vuelta a las cosas. Cuando lleguen las elecciones, estaremos acabados.

—Permíteme que te corrija: *vosotros* estaréis acabados. Os echarán a vosotros. Pero quien venga detrás olerá el dinero, lo olerá, acudirá corriendo a mi padre y acatará lo que hay.

—Eso crees, ¿verdad? —contesta Dinesh—. Pero tarde o temprano la gente elegirá a alguien que no se deje comprar.

Sunny se levanta.

Se enciende un cigarrillo.

—Todo el mundo tiene un precio.

Mete la mano en el bolsillo y tira varios billetes sobre la mesa.

Dinesh niega con la cabeza.

—No conoces los monstruos a los que estás abriéndoles la puerta.

Pero Sunny ya ha echado a andar.

Cruza la calle en dirección a la licorería.

Se da la vuelta, se encoge de hombros y le dedica una sonrisa amarga que dice: Me. Importa. Una. Puta. Mierda.

2007

EL PULSO DEL DESARROLLO URBANÍSTICO

Historias del barro

DEAN H. SALDANHA – MIÉRCOLES, 7 DE FEBRERO DE 2007

La adquisición forzosa sirve a los intereses de inversores privados bajo el disfraz de «interés público». Los agricultores de Greater Noida responden formando una alianza que trasciende el sistema de castas.

El viaje hasta Maycha, en el distrito de Gautam Buddh Nagar, al oeste de Uttar Pradesh, te destroza los riñones. Los caminos llenos de baches revelan el pésimo estado de desarrollo de esta fértil región agrícola, si bien ni la carretera ni la población conocerán las mejoras que merecen, ya que se encuentran dentro de la zona geográfica de actuación de la autopista Delhi-Agra, de ocho carriles, propuesta por el gobierno de U. P. Cuando esté terminada, esta «maravilla del mundo moderno» reducirá el tiempo del trayecto entre la capital y el Taj Mahal a poco más de dos horas. Entretanto, el pueblo de Maycha será destruido.

En general, sus habitantes se habían reconciliado con el hecho. Cuando el gobierno de Ram Singh adquirió Maycha y otras miles de poblaciones agrícolas a finales del año pasado amparándose en la controvertida «Disposición de urgencia» de la Ley de Adquisición de Suelo de 1894, los agricultores afectados recibieron una compensación «a precio de mercado» que oscilaba entre las 250 y las 400 rupias por metro cuadrado, lo cual convirtió a muchos terratenientes en

multimillonarios de la noche a la mañana. Mientras que en los mentideros de Nueva Delhi se hablaba de la incómoda y estrecha relación entre el gobierno de Ram Singh y Wadia InfraTech Ltd —la empresa privada que hay detrás del contrato de la autopista —, apenas existía oposición local, que se limitaba a expresar sus quejas acerca de los cálculos para la fijación de los precios. Más bien al contrario. Aunque de mala gana, los agricultores habían aceptado un proyecto tan moderno y prestigioso en favor del bien común.

Sin embargo, la situación se complicó durante una tanda posterior de adquisiciones, apenas tres meses después. Otras 400 poblaciones recibieron la notificación de compra, en algunos casos localidades que se encontraban incluso a cinco kilómetros de la autopista proyectada. Se anunció que una empresa llamada Shunya Futures iniciaría la construcción de la primera «Ciudad Tecnológica» del estado en dichas tierras, una propuesta urbanística de dimensiones gigantescas, «siguiendo el modelo de Singapur», que contendría barrios residenciales de «élite», tejido comercial e industrial, colegios, hospitales, reservas naturales e incluso un parque acuático. Investigaciones posteriores revelaron que el CEO de Shunya Futures no era otro que Sunny Wadia, hijo diletante del misterioso presidente de Wadia InfraTech, Bunty Wadia.

La rabia y la agitación se sucedieron con rapidez. Los agricultores pusieron objeciones a la compensación que habían recibido, relativamente exigua en comparación con los beneficios previstos de Shunya Futures. Hubo quien llegó incluso a sugerir que la autopista en sí solo era una pantalla de humo en provecho de los compinches de Ram Singh.

A la defensiva, con huelguistas que bloqueaban las carreteras, el estado trató de cortar las protestas de raíz, pero ya se había descubierto el pastel. Ante estas medidas draconianas y en una muestra de solidaridad sin precedentes, los agricultores empezaron a organizarse al margen del sistema de castas y los terratenientes jat y thakur unieron fuerzas con los ganaderos guyar y con los

trabajadores jatav y dalit pobres y sin derecho a compensación que cultivan sus tierras.

Según Manveer Singh, uno de los cabecillas de la protesta: «Los agricultores no están en contra de la adquisición de manera indiscriminada. En el pasado, nos ha reportado grandes cosas. Pero este proyecto no sirve a los intereses del ciudadano de a pie. Hemos trabajado la tierra durante generaciones y ahora nos han estafado lo que es nuestro por derecho. No vamos a entregar nuestras tierras sin luchar».

Cabe destacar que no es la primera vez que la familia Wadia ha demostrado una ambición tan inclemente. Hace unos años, el «Proyecto para la reconversión del Yamuna», una propuesta de Sunny Wadia para Delhi, recibió duras críticas antes de que le dieran carpetazo sin más ceremonias. Si los tan cacareados sueños «tecnoutópicos» del vástago de los Wadia podrán hacerse realidad en esta oligarquía Singh-Wadia más receptiva de Uttar Pradesh es algo que solo el tiempo dirá.

EL PULSO DEL DESARROLLO URBANÍSTICO

Historia de dos Singh

DEAN H. SALDANHA – VIERNES, 8 DE JUNIO DE 2007

El proyecto de la Megaciudad de Shunya Futures en la autopista del Yamuna ha sido objeto de una fuerte oposición en meses recientes. El estancamiento parecía insalvable, pero la intervención ha procedido de una fuente inesperada.

Las protestas continuas y masivas contra el controvertido proyecto de la Megaciudad de Shunya Futures han dado un giro inesperado. En un momento en que las manifestaciones violentas no mostraban señal de moderación, el hijo del gobernador de U. P., Dinesh Singh, líder de los diputados, ha tomado cartas en el asunto.

En un giro drástico, Singh llegó al pueblo de

Chanyakpur ayer por la mañana acompañado de un séquito de jóvenes trabajadores afiliados al partido y miembros de medios de comunicación afines. Los manifestantes habían sido informados de dicha visita con antelación y un famoso delincuente local, Shiny Batia, había garantizado su seguridad. Una vez dentro, y ante las cámaras de televisión, Singh lanzó su polémico discurso.

«Nosotros, quienes estamos en el poder, no podemos seguir tratando a nuestros ciudadanos con desdén. No podemos seguir engañándonos, creyendo que no os dais cuenta de nuestras intenciones. Merecéis algo mejor. No me opongo al desarrollo urbanístico, lo defiendo. Pero ¿esto? Esto no es desarrollo. Esto es un saqueo. Si debe adquirirse tierra, ha de hacerse de manera justa. La gente debe ser compensada, no solo económicamente, sino también con trabajo, con dignidad, con un futuro. Y no un futuro como el de Shunya, sino con uno real, con un futuro para el pueblo. ¿Sabéis qué significa Shunya? Nada. Significa la desolación. Los sueños vacíos y tóxicos de Bunty Wadia. No pueden seguir adelante. Hoy me encuentro aquí para solidarizarme con los hombres que trabajan esta tierra con gran esfuerzo y a quienes se está dejando de lado. Envío un mensaje muy claro a mi partido y a mi padre. No olvidéis de dónde venís. No olvidéis a quiénes servís, quiénes os dieron poder. Porque también pueden quitároslo».

Greater Noida

ELI

Viernes, 8 de junio de 2007, 15.18 horas

—El muy cabrón…

Eli observa el semblante agitado de Sunny por el retrovisor, forcejea con el volante amplio del Bolero mientras lleva a su jefe cruzando los páramos de tierras en barbecho y maquinaria abandonada que ahora constituyen los dominios de su reino.

Malas hierbas.

Santuarios descuidados.

Perros sarnosos merodeando a la sombra de los árboles.

La expresión sombría.

El mismo aspecto que un ataúd abierto.

—Se ha pasado de la raya. Ese hijo de puta se ha pasado de la raya. ¿Quién coño se ha creído que es?

Y Eli dice:

—Jefe. ¡Jefe! ¿Me notas algo diferente?

Sunny se enciende un cigarrillo.

Le tiemblan las manos.

Se saca una petaca del bolsillo del pantalón, se resarce con un trago de vodka.

—Te has afeitado el vello púbico.

—No. Muy gracioso. Eso ya hice semana pasada.

Sunny casi se ríe, se toma otro lingotazo de vodka, dirige la vista hacia los terrenos. Se calma un poco.

—¿Qué pasa? —dice—. ¿Qué tendría que notarte diferente?

—Doy una pista: ¿has visto *Terminator 2*?

—¿Qué?

—*Terminator 2: el juicio final*. ¿Has visto?

—¿Soy Osama bin Laden o qué? ¿Acaso vivo en una puta cueva? Pues claro que la he visto.

—¿Entonces? —Eli sonríe y se lleva la mano a las gafas de

sol—. ¡Mira! ¿Ves? He comprado esta mañana. Persol Ratti 58230. Contado cinco, ocho, dos, tres, cero. Gafas únicas. Difícil encontrar. Exactamente mismas que en película.

Silencio. Luego…

—¿Qué película?

Eli está a punto de estallar de pura desesperación, pero se contiene.

—Aaah, muy gracioso, jefe. ¿Qué película?

—Bueno, ¿y cuánto pagaste por ellas? —dice Sunny.

—Aaah. —Eli niega con la cabeza—. Compro en subasta. No puedo encontrar en tienda.

—Ya, pero ¿cuánto?

Eli suspira.

—Ni siquiera tú puedes permitir.

Eso sí le arranca una carcajada a Sunny.

Antes de que el silencio vuelva a engullirlo.

Siguen conduciendo.

Más paisaje de arbustos.

—¿Te crees Terminator? —dice Sunny.

Eli se encoge de hombros.

—Soy tipo duro.

—Si tú eres Terminator, entonces ¿quién soy yo?

—¡Fácil! Tú eres niño.

—El niño que te dice lo que tienes que hacer —responde Sunny.

—¡Sí! Eso yo sé. Este es mi trabajo. Hacer lo que tú dices. Hacerte contento. Tú me pides que ponga pata coja, yo hago. Que dispare a ese cabrón. Claro, ¿por qué no? Que te lleve con coche a territorio enemigo. Ah, mira, eso es justo que hacemos ahora mismo. ¿Quieres que te limpie el culo? ¿Quieres que te haga paja, tal vez?

—Que te den.

—¡No! ¡Gracias! Ahí pongo límite.

Kilómetros de polvo y de la nada más absoluta.

Eli niega con la cabeza.

Aspira el aire a través de los dientes.

—Jefe, ¿adónde vamos? Porque todo esto —dice, dándole unos golpecitos al arma que lleva en la cinturilla del pantalón — con solo Eli y la señora Jericho por compañía es idea mala de cojones. Tú no ves lo que yo veo.

—¿Qué ves tú?

—Trampa.

Pasan a través de un pequeño asentamiento de parcelas a medio terminar.

Los trabajadores migrantes han encendido unas fogatas; hay cuerdas de tender dispuestas entre unos postes.

—Necesito saber lo que va a hacer ese cabrón.

—Pues coge teléfono, marca número. ¡En serio!

Sunny niega con la cabeza, abre la ventanilla y tira la colilla fuera.

—El teléfono no es seguro.

—Esto no es seguro, conducir solos en este cacharro de mierda. —Eli empieza a toquetear el estéreo—. ¡Ni siquiera tiene Bluetooth!

—Pero si es tu coche, subnormal.

—Eso ya sé. —Eli asiente con la cabeza—. Este uso para ir a tiendas, para comprar leche. —Deja por imposible el aparato de estéreo—. No para traer navaja a tiroteo. Debería haber traído Porsche Cayenne. Porsche Cayenne tiene Bluetooth. Porsche Cayenne es blindado antibalas.

—El Porsche Cayenne es muy ostentoso. ¿Sabes lo que significa eso?

—Sí, sé qué significa.

—¿Cómo se dice en hebreo?

—Se dice «bolet».

—¿Ballet?

—No, idiota. No ballet. Es «bolet».

Más adelante, en un cruce solitario, un puesto pequeño y protegido por un toldo. Hay un hombre de pie, delante.

Ve acercarse el coche, alarga con aire esperanzado un puñado de folletos.

Folletos de promociones urbanísticas.

—¿Uno de los tuyos?

—No. —Sunny lo observa con cara de asco.

—¿Quieres que atropelle?

—Tal vez en el camino de vuelta.

—¡Ja! Pero doy susto, ¿no?

Eli pisa el acelerador del Bolero al llegar al cruce, la carrocería metálica y cuadrada dando botes por la carretera, girando bruscamente hacia el hombre antes de echarse atrás

en el último instante.

Sunny observa con entusiasmo cómo el pobre hombre se aparta de en medio de un salto.

Y cuando el polvo se asienta…

—En serio, jefe. Debería haber llamado a papá. A tío Tinu. Decírselo, Sunny está loco.

Una motocicleta asoma por detrás de un montículo de tierra en una pista paralela a diez metros de distancia.

La montan dos hombres, con la cabeza envuelta en trapos blancos.

Ambos se vuelven hacia el coche.

—No mires. —Eli alarga la mano despacio hacia el arma.

Pero la moto se desvía por otro camino rural y sigue en dirección oeste.

Y vuelven a estar solos.

No hay nada a lo largo de kilómetros y kilómetros.

Veinte minutos más tarde, ya han llegado. La guarida de Dinesh, una mansión colindante con una aldea agrícola, fortificada, custodiada por sus hombres más leales.

Más adelante, unos tractores y un grupo de hombres armados con fusiles bloquean la carretera.

Eli reduce la velocidad.

—Sí, esta es idea mala de cojones.

Sunny saca un Nokia barato y marca un número.

—Estoy aquí, cabronazo —dice—. Sí, un Bolero. Déjanos pasar.

Cuelga.

Eli avanza muy despacio con el Bolero, el punto en que la carretera está bloqueada queda a cien metros, los hombres y sus armas comienzan a perfilarse con claridad. A continuación se ve movimiento, los tractores empiezan a dar marcha atrás, abriendo un hueco para pasar.

—Allá vamos —dice Sunny.

Eli pasa por el control y sigue adelante por la carretera de grava hacia la mansión, una pista elevada hecha de tierra fresca y blanda. Y flanqueada a cada lado por hortalizas.

—Se cree que es un puto campesino de verdad.

Cuando llegan a la puerta metálica, esta se abre y se ve a ocho hombres armados con fusiles en el interior.

—Esto mala pinta —dice Eli—. Esto muy mala pinta.

—Cállate la boca.

Y entonces aparece Dinesh, que sale de la mansión con su kurta blanca y sus gafas redondas, las manos entrelazadas por detrás de la espalda, una expresión grave en el rostro.

Eli detiene el Bolero con suavidad.

Y Sunny abre la puerta.

—Quédate aquí —le dice, aunque vacila un instante—. Más le vale a ese cabronazo que lo que tenga que decir merezca la pena.

Dos horas después

Eli está solo, sentado en un charpoy debajo de un toldo de lona blanca, fumándose sus Marlboro Reds, con el pelo largo suelto, las piernas cruzadas con desenfado, la muñeca relajada en una pose elegante, mientras el cigarrillo se consume entre sus dedos. Pero los ojos que hay detrás de las Persol Ratti 58230 son como tiburones acechando a los guardias que patrullan la explanada delantera. Llevan camisas blancas de cuello abierto y trajes negros, gafas de sol envolventes oscuras, oro; visten para aparentar que son miembros del servicio de seguridad del gobierno, pero no lo son. Llevan fusiles de asalto Tipo 56. Miras delanteras completamente cerradas. Sin rieles de montaje lateral. Seguramente restos de la guerra de Vietnam o procedentes del Ejército Popular de Liberación de Nepal.

Da igual, porque no saben utilizarlos, eso está claro. Llegado el momento, Eli podría cargarse a cuatro de ellos con su Jericho antes de que dispararan un solo tiro. Visualiza la escena en su cabeza, dos estarían muertos antes de darse cuenta siquiera de lo que pasaba, los otros dos tendrían la oportunidad de verlo disparar. ¿Y luego? Luego todo sería cuestión de suerte, de la habilidad de cada cual y del destino. Se permite a sí mismo esbozar una leve sonrisa. Pero ¿cuántos más hay dentro? ¿Y qué hacer con Sunny?

Más allá del límite de la objetividad profesional, cuando piensa en su jefe, Eli se debate entre la compasión y el desprecio. Aun con mil ochocientas razones diarias para quedarse, contadas en dólares —y transferidas a una cuenta

en Zúrich—, ha empezado a reconsiderar su puesto de trabajo. Hasta cierto punto, resulta deprimente ser la sombra de Sunny Wadia. Su rottweiler. Su bufón de la corte. Su niñera. Eli casi siente nostalgia por los buenos tiempos de su juventud, cuando lo único que tenía que hacer era disparar y seguir con vida. Ha sido testigo de mucha mierda estos últimos años con los Wadia. Más de lo que había acordado cuando firmó su contrato.

El caso es que empezó muy bien.

«Garantizar la seguridad en distintos locales y organizar los horarios para una familia acomodada de Nueva Delhi», así lo vendían en el folleto. Una monotonía muy bien remunerada con multitud de ventajas. En sus días libres, Eli se paseaba por los centros comerciales vestido con sus camisas floreadas favoritas, con la cascada de rizos cayéndole sobre los hombros, moviéndose con su agilidad de pantera, sonriendo a las chicas.

Luego lo seleccionaron —por su tono de piel, estaba seguro — para enseñarles a algunos sirvientes escogidos a disparar un arma, a pelear, a pensar con la cabeza en una situación táctica. Mantenía la boca cerrada (su hindi era prácticamente nulo de todos modos) y hacía su trabajo. Había cierto orgullo en garantizar que aquellos chicos no se volasen la tapa de los sesos al cargar sus propias armas.

Entonces llegó Ajay.

Obediente, metódico, con fuego en las entrañas.

Entrenó a Ajay para que fuera el guardaespaldas de Sunny, para que dominara las técnicas de combate del Krav Maga, del jiujitsu brasileño, o al menos que se manejase con los movimientos básicos. También lo instruyó de manera intensiva en el uso de armas de fuego. Le tomó aprecio, le enorgullecían sus progresos. Sunny solo era el capullo de arriba. Recordó cuando Sunny decidió aprender Krav Maga él también e interrumpió un par de clases de Ajay con una modelo cabeza hueca colgada del brazo para usar a Ajay de saco de boxeo humano, sin que Ajay le devolviese los golpes ni una sola vez, sin ponerle jamás un dedo encima, limitándose a agacharse como un perro con el rabo entre las piernas, aguantando estoicamente. A Eli le habría gustado ver a Ajay devolvérselos aunque solo fuese una vez y borrarle a

Sunny aquella sonrisa hipócrita de la cara. Quería ver sufrir a Sunny.

Luego pasó a querer verlo muerto. Fue a la mañana siguiente de tener que ir a la casa del abogado, sin la menor idea de lo que estaba pasando, ni siquiera mientras llevaba a Sunny a la casa de campo.

No se enteró hasta que encendió el televisor en la mansión, mientras Sunny dormía. Al ver la cara de Ajay en la pantalla, al verlo con las manos esposadas mientras se lo llevaba la policía. Comprendió lo suficiente como para saber que se había ofrecido a Ajay como sacrificio. Lleno de ira, apagó la tele y entró con sigilo en la habitación de Sunny mientras este dormía atiborrado de sedantes. Habría podido hacer cualquier cosa en ese breve instante. Taparle la cara con una almohada y apretar. Pero no, no. Eli era un profesional. Sentía aprecio por su propia vida. Volvió a salir y se puso a jugar a las cartas, a la espera de recibir órdenes. Hacia las once de la mañana, una nueva instrucción: ir con el abogado a Rajastán. En el todoterreno le dijeron: puedes desfogarte con Gautam Rathore.

Era alucinante cómo esos cabrones eran capaces de leerte el pensamiento.

Su carrera siguió la trayectoria que solía reservarse a las bombas guiadas por láser. Le asignaron la tarea de vigilar a Sunny a todas horas. Debía hacerle de guardián, de niñera, protegerlo, espiarlo…, lo que fuese necesario. Acabaría explotándole en la cara, eso seguro. Al menos no tenía que llevar pajarita y preparar bebidas. ¿Y por qué él? No lo sabía con seguridad. Suponía que se debía a haber acompañado a Sunny por la pendiente oscura y descendente de aquella noche aciaga. Él ya estaba al tanto de lo que había ocurrido (o eso creía él) y ambos habían sellado un vínculo forjado con arak y sangre. Al principio de aquella misión en particular, a Eli le habían concedido una única y exclusiva audiencia personal con el mismísimo Dios en persona.

Bunty Wadia, paseándose por su invernadero, con aquella forma tan enrevesada y meliflua suya de decir las cosas, llena de circunloquios, le dijo: Lo único que Sunny necesita es ser salvado de sí mismo.

—¿Eso es todo? —soltó Eli con socarronería.

—Y si vuelve a hablar de esa chica, de esa tal Neda…

Eli terminó la frase para sus adentros.

Había quedado claro.

Y, naturalmente, en el fondo de su alma aún seguía enfadado con Sunny, pero la parte que tenía ganas de matarlo no tardó en ir desapareciendo. A ver, se le veía tan desgraciado, tan patético, tan perdido…, tan maleable que, a pesar de que Eli aún albergaba cierto resentimiento por el pobre Ajay, se planteó un cambio íntimo de lealtades y llevó a cabo su misión con ese peculiar sentido del humor por el que sus amigos lo conocían en su país de origen. Risa sardónica, podría llamársele. Sardonia bajo el fuego.

Para ser sinceros, quizá fuera lo que le convenía a Sunny: las réplicas impertinentes, los comentarios cargados de escepticismo con los que lo mandaba a tomar por culo. Tal vez era eso lo que le había hecho falta a lo largo de su vida. Tal vez lo que necesitaba era un saco de boxeo que le devolviese los golpes. No, no. Necesitaba mucho más que eso. Pero era un comienzo. En sus conversaciones crudamente estimulantes —no había ningún tema tabú (salvo el padre, Neda, Ajay, el accidente) ni broma que fuese demasiado lejos (salvo véanse los temas anteriores)— su retorcida e inexplicable camaradería fue afianzándose. En realidad, Eli era la única persona real que a Sunny Wadia le quedaba en su vida, presente en cada minuto de la mascarada, mordiéndose la lengua, desviando la mirada, poniéndolo a parir cuando ponerlo a parir era lo que había que hacer, viendo a Sunny comer, beber, drogarse y follar en su huida suicida hacia delante. Nunca había conocido a nadie con tan pocas ganas de vivir, que gozase tan poco de la vida. Se lo decía cuando estaban a solas, y el otro le contestaba invariablemente que se fuese a la puta mierda.

Luego estaban las veces en que no estaban a solas y Eli tenía que callarse y situarse por detrás de la raya. Eso sí que resultaba agotador. Sí, había algo corrosivo en Sunny Wadia. Algo corrosivo en montar guardia mientras Sunny se mofaba de sus supuestos amigos, los utilizaba, los ridiculizaba. Los tentaba y luego los humillaba. También había que tener en cuenta los brotes repentinos de agresividad incontrolada. Cuántas veces había tenido que sacar a Sunny a rastras de

una habitación de hotel destrozada, de una reyerta en un club y solucionar el asunto después con un fajo de billetes, una pizca de humor, el canto afilado de su mano derecha en el puente de una nariz. E incluso una vez, para grotesco regocijo de Sunny, todo lo anterior (y por ese orden). Luego estaban las temporadas en Dubái. En Dubái, lo único que Sunny quería hacer era rebasar el límite. Aquella vez con la escort siberiana… Dios santo, había imágenes que se te quedaban grabadas en la retina para siempre. Si vas a pagarle a una mujer guapa todo ese dinero, lo menos que podrías hacer sería acostarte con ella.

Eli sacude la cabeza, escupe en el suelo con tanto veneno que todos los guardias se vuelven a mirar. Les hace un gesto chusco con la mano, que no le hagan caso.

¡Maldito Sunny Wadia! ¡Puto loco!

Dinesh, en cambio…, ese sí era más listo que el hambre. Toda aquella mierda con los campesinos, Eli estaba seguro de que era una jugada brillante, un golpe maestro. Además, ¿a quién le importaba la construcción de aquellos bloques de apartamentos de mierda? A Sunny no, desde luego. En el fondo de su corazón, Sunny odiaba todo aquello. En el fondo de su corazón, Sunny odiaba… Bueno…, no…, Eli no pensaba poner ese pensamiento en palabras.

Al fin y al cabo, esos tíos eran capaces de leer la mente.

A decir verdad, si pudiese, trabajaría para Dinesh Singh sin dudarlo. El tranquilo y resolutivo Dinesh, el hombre con un plan. Pero también sabía que, si llegara a pasarse al otro bando, lo más probable era que se encontrase con una bala en la…

Viernes, 8 de junio de 2007, 17.28 horas

—¡Nos vamos!

Eli está fumándose su séptimo cigarrillo cuando Sunny sale tambaleándose por la puerta principal.

Se tambalea como si le hubiesen asestado un navajazo entre los omóplatos, con la mirada enfebrecida, el rostro demudado. Eli se levanta de un salto y los guardias de Dinesh se movilizan también, y Dinesh aparece justo detrás de

Sunny, lo agarra del hombro, le susurra tranquilamente algo al oído, le pone un sobre de papel manila de tamaño A3 en las manos. Sunny mira el sobre con consternación y luego se precipita hacia el Bolero mientras Eli se acerca en un par de zancadas, se sube, arranca el motor y da la vuelta. Uno de los guardias se dirige a la verja, tal vez con más parsimonia de la necesaria.

—Será cabrón… —exclama Sunny mientras se encarama al asiento del pasajero y da un manotazo sobre el claxon.

—Jefe…

Sunny intenta encenderse un cigarrillo.

El guardia abre la puerta y sonríe con satisfacción.

Eli examina el horizonte tratando de detectar posibles amenazas. El cielo arde de un azul encendido. Y Sunny aún está intentando encender el cigarrillo, poniéndose cada vez más nervioso, hasta el punto en que baja la ventanilla y tira el mechero al suelo. Así que Eli tiene que encendérselo, alternando la mirada rápidamente entre el cigarrillo, la carretera y la frente húmeda y sudorosa de Sunny, quien consume el cigarro en tiempo récord. Todo en el más absoluto silencio. Y, cuando termina, centra su atención en el sobre que lleva en el regazo.

—Jefe. ¿Qué ha pasado?

—Que está mal de la puta cabeza —masculla Sunny.

—¿Quién? ¿Dinesh? Sí, claro, está loco. Eso ya sabemos.

—Se le ha ido la pinza.

—Sí, se le ha ido. Pero ¿qué hay ahí dentro, jefe?

Sunny pasa la mano por encima del sobre y tuerce el gesto.

—No…

—¿No?

Sunny saca su petaca, desenrosca el tapón.

—No quiero…

—¿No quieres qué?

Se bebe el vodka que queda, saca la lengua para lamer la última gota, vuelve a enroscar el tapón, se desploma otra vez en el asiento y cierra los ojos.

—No quiero saberlo.

Han pasado veinte minutos desde la respuesta de Sunny.

Están a tres kilómetros de la autopista, casi de vuelta en la civilización. Las palabras «no quiero saberlo» resuenan en sus respectivas cabezas.

El vodka ha dejado aturdido a Sunny, de momento. Habla arrastrando las palabras, tiene los ojos vidriosos.

—¿Eli?

—¿Sí, amigo?

—¿A cuánta gente has matado?

Eli aspira el aire a través de los dientes, tarda unos minutos en organizar sus pensamientos.

—Con debido respeto —contesta—, mejor no preguntas.

—Pero te lo estoy preguntando —insiste Sunny, hablando con dificultad.

—Y yo te digo que mejor no preguntas —responde Eli.

—¿Más de diez?

Eli mira a Sunny, despatarrado, con una pierna en el salpicadero, que le va resbalando cada tanto.

—¿Cuánta gente jodes tú? —responde Eli.

—¿Veinte? —insiste Sunny, haciendo caso omiso a la pregunta del otro.

—¿Cuánta gente jodes tú?

Las palabras llegan a Sunny con retraso.

—¿Qué?

—Tú me dices cuánta gente jodes tú y yo te digo cuánta gente mato yo —dice Eli con firmeza.

—¿En sentido literal? —pregunta Sunny, aparentando sorpresa—. ¿O metafórico?

Eli niega con la cabeza.

—Estás fatal. ¿Por qué jugamos este juego?

—Porque quiero saberlo.

Se acercan a la autopista.

—Pero ¿para qué?

La ven a lo lejos.

Camiones, coches y motos.

—¡Te he dicho que me lo digas!

Eli suspira.

—¿A quién quieres que yo mato?

Hay un breve instante en el que parece que Sunny se ha quedado inconsciente, pero entonces se incorpora de golpe, aspira una profunda bocanada de aire, abre los ojos y cobra

vida de repente, entra en un estado de hiperactividad incluso.

—A la mierda.

Abre el sobre de papel manila.

Saca lo que hay en su interior.

Una sola lámina de plástico oscuro.

Como una radiografía.

La mira fijamente.

Y detrás de la lámina, varias fotografías, algunas de una cámara de seguridad, otras tomadas con teleobjetivo.

Eli estira el cuello, pero no acierta a distinguir de qué imágenes se trata.

En cualquier caso, la reacción de Sunny es inequívoca.

Shock.

Náuseas.

Empieza a temblar.

—¿Jefe?

Sunny vuelve a guardar la lámina en el sobre rápidamente. Recobra la serenidad de inmediato.

—Quiero que te lleves esto —dice.

—¿Qué es?

—Guárdalo en un lugar seguro. No puede verlo nadie. Nunca.

—De acuerdo, jefe.

—Si alguien intenta verlo, le pegas un tiro.

—¿Y si yo intento verlo?

—Te pegas un tiro.

—¿Y si tú intentas verlo?

—Eli. No estoy para hostias, joder.

—Vale, vale. —Eli está asustado—. Pero ¿y si tu padre intenta verlo?

—Entonces el tiro te lo pego yo.

—Vale, jefe.

El Bolero se adentra con sigilo en el paso subterráneo.

Eli enciende los faros.

Una oscuridad absoluta y baches profundos allá donde el cemento ha ido deteriorándose.

Sunny empieza a hablar en la oscuridad.

—Dinesh Singh quiere acabar con su padre. Y si mi padre se hunde con él…

Cuando salen a la luz, ascendiendo por un asfalto recién

pavimentado, Sunny está mirando fijamente a Eli con ojos atormentados.

Eli le devuelve la mirada.

Son las 17.49 horas.

Viernes, 8 de junio.

Eli no ve al hombre enmascarado que sale de detrás del camión aparcado, empuñando una escopeta antigua.

Sunny sí lo ve.

Pero, para cuando grita, ya es demasiado tarde.

El depósito

Siempre tiene el mismo sueño recurrente.
Extraído de su propia vida.
En su casa, en Meerut, con cinco años,
durmiendo junto a su madre,
el zumbido del ventilador del techo,
agarrando en un puño el camisón de algodón.
Es lo que sueña una y otra vez.
Solo que es real.

Tiene cinco años y está despierto, y su madre ya no está allí.
Una mano vacía encierra un puño vacío.
La sábana aún conserva su silueta y su olor.
Él la llama, pero las aspas del techo engullen su voz.
Tiene que saltar para llegar al suelo.

Tinu duerme en la cocina.
En el estudio hay una luz encendida. La figura de su padre en el cristal esmerilado.
Él se aparta, la llama mientras busca de habitación en habitación.
En la virulencia de las aspas, su voz resulta inaudible.
Pero, cuando entra en la sala de estar,
allí el ventilador no da vueltas.

Ahí está, colgada de él con su propia dupatta,
con la lengua fuera,
los ojos desorbitados,
vacíos.

Emerge del sueño como si emergiera buscando aire.
De las turbulencias del lecho marino.
Zarandeado como un muñeco de trapo.
Resollando.
Aullando.
Y el sueño que estaba teniendo empieza a retroceder,
arrastrando las rocas consigo, arrojándolas hacia la orilla.
Dejando únicamente oxígeno suficiente
para el grito.

—Namasté ji —dice el Íncubo—. Te has meado encima.

Y Sunny forcejea como un animal enjaulado en aquella habitación fría y húmeda, con la monstruosa presencia ante sí y las cuerdas que lo sujetan a la silla.

El Íncubo contempla su rabia.

Un borrón oscuro con vaqueros negros y una camisa azul a cuadros.

—Durante un buen rato he pensado que estabas muerto —dice—. Luego te pusiste a chillar. Y te measte encima.

Rechinando, resollando. El blanco de sus ojos. Enseñando los dientes.

Sunny sale de la nebulosa.

Respirando, jadeando, exhausto.

El Íncubo le sujeta la cabeza y le echa agua en los labios agrietados.

Sunny se atraganta y luego empieza a gemir.

El crepúsculo se cuela por entre las paredes.

El hedor a estiércol, a búfalo, a sangre.

El dolor en sus terminaciones nerviosas, en sus huesos, por dentro.

Sacándolo fuera de sí mismo.

—Me preguntaba: ¿qué puede estar soñando capaz de aterrorizarlo de esa manera? —dice el Íncubo—. Yo también he tenido sueños como esos.

Sunny intenta recomponer los fragmentos rotos.

—¿Dónde estoy?

Su cuerpo se niega a responder.

—Estás aquí.

—¿Dónde es aquí?

—¿Es que no lo sabes?

No lo sabe.

—¿Qué está pasando?

—Tienes suerte de estar vivo —dice el Íncubo—. Se suponía

que tú no debías ir en la parte delantera.

¿La parte delantera de qué? No se acuerda. Intenta ponerse de pie.

—Si murieras, Sunny Wadia, yo moriría también.

Los ojos de Sunny parpadean al oír su nombre.

—No te conozco —dice.

—Pero yo sí te conozco a ti —replica el Íncubo. Le toca la mejilla—. Conozco esta cara.

Se saca una píldora del bolsillo y la introduce en la boca de Sunny.

—Tómate tu medicina.

Le echa más agua, le tapa la boca y luego le pinza la nariz con su mano arácnida.

—Papá te va a matar —dice Sunny.

El Íncubo pasa la mano por el pelo de Sunny, empapado de sangre y sudor. Aprieta con el pulgar sobre el profundo corte en el nacimiento del pelo.

—Que lo intente si quiere.

Está en una suite de hotel.

En ningún lugar, en ningún momento.

Podría ser Europa.

Milán.

Zúrich.

Podría ser París.

Está en el baño de mármol, bajo la ducha.

Una ducha prolongada, con agua caliente.

El zumbido y el ruido del tráfico del exterior.

Una noche, ópera. Una noche, restaurante.

«Naciste el día del eclipse solar», dice Vicky.

Vicky le sujeta la cara.

Su madre ha sido incinerada.

Sale de la ducha, se queda inmóvil en el suelo de mármol, chorreando, envuelto con la toalla blanca hasta la mitad del pecho.

Se mira al espejo. El espejo empañado.

Podría haber alguien en la habitación, en la cama.

Podría haber una mujer.

Pero en el baño está solo.

Echa el pestillo de la puerta.

Grifería de oro. Mármol.

Apaga todas las luces menos una, pequeña y empotrada, de forma que la habitación es como un útero, con el calor y los rincones oscuros y el ventilador del extractor traqueteando en la pared.

Aquí lo importante es el ruido del ventilador.

Coge otra toalla y se la coloca por encima de la cabeza.

Se pone de rodillas y empieza a gatear, como un penitente, hacia el rincón.

Allí admite una levísima esquirla de luz.

No tiene en cuenta nada más que aquella luz, que aumenta hasta alcanzar el tamaño del universo.

Allí puede refugiarse.

Allí está seguro,
bajo la mesa que hay bajo el espejo,
mientras su madre se peina y le canta.

Ojalá pudiera quedarse allí.

Pero está despertándose.

Despierta.

¿Qué ha cambiado?

El dolor se ha hecho sitio.

Y él ha regresado al mundo.

En una especie de depósito.

Maquinaria agrícola, sacos de fertilizante, pienso para animales.

El suelo de tierra compactada, las paredes de ladrillo.

Una bombilla débil cuelga de un cordón.

¿Qué día es?

Intenta levantar la cabeza. Está encima de un colchón mugriento.

Acribillado por los mosquitos y las pulgas, mirando al techo de chapa ondulada.

Las muñecas maniatadas con una cuerda. El hedor a cuerpos sucios, los pantalones y la camisa empapados en sangre reseca.

Tiene las costillas rotas, está seguro.

La nariz también. Puede que la mandíbula.

Lo han secuestrado, eso ya está claro.

No recuerda cómo, cuándo o dónde.

Hay un enorme agujero negro allá donde estaba su memoria.

Tuerce el cuello a un lado y a otro.

Hay un hombre con pinta de bobo sentado contra la pared, un patán con palas por brazos y piernas, la cara toda nariz y orejas. Lleva un chándal desteñido de color azul, uno de esos chándales baratos de imitación.

Tiene una vieja escopeta a su lado.

Un Bobo, piensa.

Un Bobo que está durmiendo.

Así que Sunny intenta ponerse de pie.

Pero las piernas no lo sostienen, las nota entumecidas, y lo que es peor: tiene el tobillo izquierdo sujeto por un grillete de metal oxidado, encadenado a una máquina vieja.

De pronto el Bobo está subiéndose el trapo blanco que lleva alrededor del cuello para taparse la boca.

Alarga la mano para coger la escopeta.

Se va y desaparece por la puerta.

Un destello de cielo crepuscular, un campo dorado, el viento cálido.

Un anciano, con el cuerpo encorvado como un signo de interrogación, pastoreando una manada de búfalos.

Piensa. Piensa.

Resulta difícil pensar más allá de la inmediatez del dolor, pero Sunny intenta recomponer los remiendos, hilvanar las ideas.

¿Dónde estaba?

¿Dónde ha estado?

¿Qué día es hoy? ¿De qué mes?

Se centra en Dinesh Singh.

Dinesh Singh y los campesinos y su Megaciudad. Toda esa mierda, esas cosas de Shunya. Dinesh soltando su discurso con él en su despacho, viéndolo en televisión.

Bebiendo vodka de la botella del cajón de abajo, con las persianas bajadas, un cliché.

Desde allí extiende el brazo hacia el otro lado del abismo.

Eli.

Iba en el coche con Eli, en su viejo todoterreno hecho polvo.

Iban a reunirse con Dinesh Singh.

«Más le vale a ese cabronazo que lo que tenga que decir valga la pena».

Pasan los minutos. ¿O han sido horas? Se abre la puerta del depósito. El Bobo vuelve a entrar. Hay otro hombre detrás de

él. Tiene la sensación de que lo ha visto antes, en un sueño. Sí, es el Íncubo, que entra caminando con aire arrogante, mientras saca un teléfono Nokia del bolsillo.

—Ya era hora, Sunny Wadia —dice el Íncubo—. No hay tiempo que perder. Danos el número.

—¿Qué número?

—El que hará que se acabe todo esto.

Dos tonos de llamada, tres.

Un clic en el otro extremo. El Íncubo habla.

—Buenas noches, señor. Tengo aquí a alguien que quiere hablar con usted.

Le pone el teléfono a Sunny en la oreja.

—Papá… Estoy… —Sunny no acierta a encontrar las palabras.

El Íncubo le quita el teléfono.

—¿Ha oído eso? —dice—. Su hijo está vivo, pero ¿por cuánto tiempo? Eso dependerá de usted. Volveré a llamar dentro de una hora con nuestras exigencias.

Cuelga, extrae la batería y la tarjeta SIM, mira al Bobo.

—Ahora voy a ausentarme un rato. Vigílalo. Dale de comer.

Y, dicho eso, el Íncubo se va precipitadamente.

Se queda solo con el Bobo.

Pero en realidad no está allí.

Está deslizándose de nuevo por el acantilado de la conciencia, hacia el mar embravecido.

Fue Vicky quien le habló de la fecha de su nacimiento.

Una fecha de buen augurio. 16 de febrero de 1980.

El día de un gran eclipse solar.

Él estaba allí. Lo vio con sus propios ojos.

Fue Vicky quien le habló de las mujeres demonio que bajaban cabalgando desnudas desde el cielo, enseñando los colmillos, cuando se llevaba a cabo el sacrificio de sangre, las que conferían poder a aquellos que las habían conjurado, o, si no, los destrozaban arrancándoles los brazos y las piernas. El chico se sentaba en la montaña pétrea de su muslo, perdido en sus palabras mientras las largas hebras de pelo negro caían en cascada como el agua nocturna.

—Un día —Vicky le susurró al oído—, tú serás más fuerte que todos ellos juntos.

Pero él está marchito.

Marchito.

Todo está seco, tenso y duro.

Una pared de roca desnuda por donde una vez corrió el agua.

Hay un vacío sobre el que no puede tender ningún puente.
Una distancia que ya ha recorrido y no puede desandar.
Lo ha sacrificado todo.
El amor, la adoración, el respeto, la lealtad, la camaradería.
No le queda nada más que su implacabilidad.
Una brutalidad efímera que ni siquiera es suya.

Está de vuelta en aquella carretera. La carretera que nunca lo abandonará.

Ajay está ayudándole, transportando el cuerpo desfallecido de Gautam Rathore.

Ajay no le ha entregado su arma todavía.

Sunny todavía no ha pegado un puñetazo a Neda en la cara. La cara que siempre irá con él.

¿Por qué estaba ella allí?

¿Para qué hacer nada?

El tiempo va en dos direcciones.

Él está allí en la carretera.

Ella está llorando en la carretera.

Él está enfadado con ella.

Él cree que ella está sobreactuando, fingiendo el dolor.

Él nunca se irá de allí.

El Bobo regresa un rato después con una bandeja metálica. Una jarra de lassi, una taza de barro, tres parathas.

El Bobo sirve el lassi en la taza de barro.

—Bebe —habla como de mala gana, con voz vacilante, puede que asustada incluso.

—¿Qué le ha pasado al hombre con el que iba en el coche? —pregunta Sunny.

No hay respuesta.

—¿Quién eres? —prueba de nuevo.

No hay respuesta. Solo esos ojos tristes, solitarios, como alfilerazos.

—Tú no eres un monstruo —dice Sunny.

Un destello en la mirada.

—Cállate.

—No tienes por qué hacer esto —continúa Sunny, a falta de algo más que decir.

—¡Que te calles!

—Ya has demostrado que eres todo un hombre. Ahora podemos hablar. Nos vendría muy bien alguien como tú. Un hombre como tú puede hacerse rico.

El Bobo se pone pesadamente de pie, se dirige con dificultad hacia la puerta.

—¡Eh! —grita Sunny.

El Bobo se detiene, se queda inmóvil, se vuelve a medias.

—¿Dónde está tu jefe?

El Bobo monta en cólera.

—No es mi jefe.

—Va a hacer que te maten.

—No es mi jefe.

—¿Quién es?

—Que te calles.

—¿De verdad crees que te vas a salir con la tuya? Sabes que él va a coger el dinero y a salir corriendo. Y, aunque no lo haga, ¿cuánto tiempo te crees que durarás? Estarás muerto

antes de que te des cuenta. Peor que muerto. O podrías seguir vivo y hacerte rico. Podrías ayudarme. Podrías ayudarme a salir de aquí.

El Bobo se tapa los oídos con las manos.

—¡¡Cállate!! —grita.

Y, después de eso, se va.

Pasan las horas.

Cae la noche y el Bobo vuelve.

Se sienta en el suelo cerca de Sunny, con la mirada fija y expresión huraña.

Ahora parece más tranquilo.

Él y Sunny, los dos.

—¿Por qué haces esto? —dice Sunny.

El Bobo mira al fin a Sunny directamente a los ojos. Habla con voz inexpresiva.

—Porque tú me destrozaste la vida.

—¿Que yo te destrocé la vida?

—Tú me destrozaste la vida —repite el Bobo.

—¿Cómo? —pregunta Sunny.

—Tú nos quitaste nuestras tierras.

—Eres campesino.

—Tú me destrozaste la vida.

—Recibiste dinero a cambio.

—¡El dinero no sirvió de nada! —le espeta el Bobo—. Además, el dinero se esfumó —añade al cabo de un rato.

—El dinero se esfumó —repite Sunny, probando las palabras.

—No queda nada.

—¿Cuánto te dieron?

—Ocho crore.

Sunny lanza un silbido lento y prolongado.

—Ochenta millones de rupias. Eso te tendría que haber cambiado la vida.

—Y me la cambió. A peor.

—¿Adónde fue todo ese dinero?

El Bobo cierra los ojos mientras habla.

—Casamos bien a nuestras hermanas, por todo lo alto. Compramos coches, televisiones, lavadoras. Nos hicimos

grandes mansiones, como vosotros. El pueblo entero se llenó de mansiones. Pero todos nuestros campos desaparecieron. Y después, cuando acabaron las celebraciones, ¿qué nos quedaba? La gente se pasaba todo el día tirada por ahí, con los bolsillos llenos de dinero pero sin nada que hacer. No había campos que labrar, nada en lo que trabajar juntos. La gente se dio a la bebida. A las drogas. Yo lo único que sabía hacer era trabajar, juntos. Ahora todos vivían en su propio mundo y ya está. Compraban más coches. No podías ni moverte de tantos coches nuevos como había. A veces los atascos duraban horas, y la gente se peleaba y se disparaba. Todo el mundo estaba mal de la cabeza. Mi hermano se trajo un cochazo de Delhi.

—¿Qué coche?

—Uno muy rápido.

—¿De qué marca?

—Lam… Lam…

—Un Lamborghini. —Sunny sonríe—. Se compró un Lamborghini.

—Sí.

—Eso debió de costarle, ¿cuánto? ¿Dos y medio?

—Dos crore con ochenta.

Sunny asiente para sí.

—Era el Gallardo.

—No lo sé.

—¿Qué hizo tu hermano con él?

—El mismo día que lo compró, se le quedó atascado en un callejón entre dos mansiones nuevas. Cuanto más intentaba sacarlo, más se atascaba. El ruido del motor era tan fuerte que todo el mundo fue a ver qué pasaba y a darle consejos, pero mi hermano estaba borracho y no dejaba de forzarlo. Hacía tanto calor que el motor se incendió.

—¿Y?

Una sonrisa asomó a los ojos del Bobo.

—Que se quemó todo el coche.

—¿Y qué hizo tu hermano?

—Se fue al concesionario. Dijo que el coche había salido defectuoso. El del concesionario le dijo que no, que la culpa era suya. Mi hermano se enfadó mucho al oír eso. Sacó una pistola. Exigió que le devolvieran el dinero, pero no querían

devolvérselo.

—¿Y entonces?

—Mi hermano le pegó un tiro en la cabeza.

Sunny procesa esas palabras.

—Tu hermano es muy impulsivo… —Hace una pausa, se queda pensativo unos instantes—. ¿Cómo puedo llamarte? ¿Cómo te llamas?

—No pienso decirte cómo me llamo.

—Invéntate un nombre. De alguna manera tengo que llamarte.

El Bobo vacila, mira a su alrededor.

—Manoj —dice al fin.

—¿Qué pasó luego, Manoj?

—Mi hermano fue a la cárcel. Yo tenía que ir cada semana a darle dinero a los polis. Cuatro lakh para que cuidaran de él. Para que tuviera buena comida y mantas. Tenía que ir cada dos por tres a Lucknow a sobornar a la gente para que le dejaran salir bajo fianza. El dinero se acabó enseguida. Nos quedamos sin nada y él aún seguía en la cárcel.

—Qué mala pata…

—Fui muchísimas veces. Él estaba muy enfadado. Luego un día le cambió el humor. Sonreía. Me dijo que había conocido a alguien que también había sufrido y que este amigo sabía cómo hacer que recuperáramos nuestro dinero. Me dijo que confiara en ese hombre, que le pagara su fianza. Él cuidará de ti.

Sunny sonríe y asiente con la cabeza.

—¿Es ese con el que estás ahora?

—Sí.

—¿Y este era su plan?

Manoj baja la vista.

—Sí.

—Se va a largar con el dinero, Manoj. Hace rato que se fue, se habrá largado con el dinero o estará muerto. Y mi padre no tardará en presentarse aquí, y entonces tú también estarás muerto, nada de lo que yo diga podrá impedirlo. Pero podrías dejar que me fuera, Manoj. Si dejas que me vaya, te haré rico.

—No quiero ser rico.

—Entonces ¿por qué me has secuestrado? ¿Qué quieres?

—Quiero que me devuelvan mi vida.

—Nadie recupera su vida.

Nadie la recupera. La vida se te escapa, simplemente. Nunca vuelve, por mucho que lo desees. Esa es la lección que hay que aprender. O te adaptas o mueres.

—He tomado una decisión —dijo Dinesh Singh.

Sunny había viajado hasta la mansión esa mañana.

Había llamado a Eli desde su despacho y le había dicho que se preparara para salir con el Bolero.

Con el Bolero, no con el Porsche.

Ahora empieza a recordarlo todo.

Eli entró con el Bolero en el complejo.

Empieza a recordar.

Dinesh salió a recibirlos.

—Más le vale a ese cabronazo que lo que tenga que decir merezca la pena.

Empieza a recordar.

Algo que le dijo Dinesh.

—He tomado una decisión.

—Sí, has decidido joderte bien jodido. Y ahora vas a joderme a mí también.

—Estoy intentando salvarte.

Sunny apuró su whisky.

—Vete a la mierda.

—Ya te avisé de esto —dijo Dinesh—. No debería ser ninguna sorpresa.

—Te vas a destruir a ti mismo.

—No, voy a hacer mi jugada.

Empieza a recordar, a través de la nebulosa de su mente, empieza a recordar.

Algo que Dinesh sabía.

—¿Poniéndote del lado de unos putos campesinos?

—Sí. Y tú también te vas a poner de su lado.

—Estás mal de la cabeza.

—Cuando nos libremos de los dos, vamos a cambiar este mundo.

—¿Librarnos de los dos?

—De mi padre. Y del tuyo.

—Que te jodan. ¿Por qué iba a hacer eso? No pienso traicionar a mi padre por ti.

—Entonces hazlo por ti. —Dinesh se acercó a su escritorio y sacó un sobre de papel manila—. Él nunca te ha respaldado.

—Él siempre me ha respaldado.

—No, nunca lo ha hecho. Y tengo la prueba.

Le dio el sobre a Sunny.

—¿Qué es esto?

—Sé que el mundo te trae sin cuidado, igual que el sufrimiento que se inflige en nuestro nombre. Pero tal vez esto sí te importe. Tu padre te mintió. Te controló. Te quitó lo único que has creado de verdad en tu vida.

Cuando al fin recuerda, todo le viene de golpe, como en un torrente imparable.

El sobre en su regazo mientras Eli y él se iban en el coche.

El sobre abierto, los informes que resbalan desperdigándose del interior.

Nombre de la paciente: Neda Kapur.

Y la ecografía.

La imagen de su hijo nonato.

Además de las fotos de Neda y Chandra en la clínica de Londres donde su hijo volvió a transformarse en átomos y estrellas.

Permanece aturdido en la oscuridad.

Cuando amanece al fin, una figura se sienta frente a él en un taburete, bebiendo de una botella de plástico llena de alcohol casero.

—¿Manoj? —gime Sunny, entre la pena y el dolor.

—Oh, no —responde la figura—. Manoj se ha ido.

Es el Íncubo, con su inconfundible voz áspera.

—¿Que se ha ido?

Sunny nota cómo las aguas torrenciales del pánico le inundan el pecho.

—¿Adónde se ha ido?

—A recoger el primer pago, por supuesto. —El Íncubo se ríe—. Tu gente ha respondido por ti.

Sunny cierra los ojos con fuerza.

—Van a matarlo —dice.

—No, no, no —replica el Íncubo—. Eres el heredero del reino. Vales demasiado para ellos como para correr ese riesgo. —Se levanta del taburete, tira la botella de alcohol al suelo, empieza a caminar en círculos, despacio, por detrás de Sunny—. Además —añade—, tú eres quien lo va a matar.

—No lo entiendo.

El Íncubo se saca un trapo alargado y grasiento justo antes de desaparecer del campo de visión de Sunny, como un mago pésimo haciendo un mal truco de magia.

—Solo que aún no.

—¿Qué haces?

No puede ver nada.

No puede girar el cuerpo ni soltarse las ataduras.

Se retuerce y forcejea con las cuerdas.

Hasta que el Íncubo asoma cerniéndose sobre él, una pesadilla hecha carne.

—¡¿Qué haces?!

Le introduce el trapo a Sunny en la boca abierta.

Lo anuda con fuerza.

—Voy a contarte mi historia.

Gloria a los dioses

1

Es la historia de mi vida, Sunny Wadia. Aquí me tienes, Sunil Rastogi, tullido y con el cuerpo lleno de cicatrices. Pero no hace tanto yo era un joven de diecinueve años que iba montado atrás, en la Pulsar nuevecita de mi hermano, mientras mi hermano, veinticinco años en este mundo, conducía. Ese día estaba a punto de anochecer, cuando los pájaros cantan con más fuerza sobre los campos y el sol es una bola de fuego en el cielo. Conducíamos despacio. Hacía solo tres meses que habían asfaltado la calzada, pero ya estaba desintegrándose. Así es la vida. Sunny Wadia, escucha. Un hombre nos paró en el cruce de Bulandshahr, se nos plantó delante y nos hizo señas con los brazos, presa del pánico, y vimos a otro hombre tumbado en el suelo de la carretera, inmóvil, a su lado. «No pares —dije—. Es una trampa», pero, antes de que mi hermano pudiera reaccionar, el primer hombre sacó una pistola y el segundo se levantó de un salto. Mi hermano detuvo la moto con calma y cuando nos bajamos dijo: «Haz lo que te digan», y luego me susurró: «Siempre podemos matarlos luego». Una ráfaga de aire debió de transportar su voz hasta ellos, como una chispa perdida que prendió fuego a mi vida, porque al cabo de un momento el que sujetaba la pistola se echó a reír y dijo: «¿Ah, sí?» y luego disparó a mi hermano en el pecho. «¡Behenchod!», grité al tiempo que ellos se subían a nuestra moto y huían hacia la puesta de sol y mi hermano se desplomaba en el suelo de tierra.

Pasaron otros hombres en moto mientras yo comprimía la herida de mi hermano con la mano, tratando de detener la hemorragia. Uno de ellos dio media vuelta y fue en busca de

un Gypsy de la policía que habían visto aparcado más abajo en la carretera. Mientras esperábamos, mi hermano perdió el conocimiento. «¿Por qué has hecho eso?», dijo. «¡¿Hacer el qué?!», contesté, pero ya nunca sabría a qué se refería, porque aquellas fueron sus últimas palabras.

Los policías llegaron enseguida con su jeep. Nos miraban como si fuéramos perros. Les grité que nos llevaran al hospital. «Llévalo tú mismo», dijo uno. «¿Acaso te crees que somos hermanitas de la caridad?», dijo el otro. «Pero, señores, tienen su Gypsy ahí mismo —les grité—. Se está muriendo». Se me quedaron mirando impasibles. «Por favor, señores, a ustedes no les cuesta nada —dije entre sollozos—, y es la vida de mi hermano». «Ah, ¿que no nos cuesta nada?», se burló el primer policía. Y, ni corto ni perezoso, se dio media vuelta y el otro lo siguió. Salí corriendo tras ellos, Sunny Wadia. Caí de rodillas en el suelo. «Por favor, señores, llévenlo, por favor, ¿por qué no se lo llevan?». El primero me miró y me dijo: «No queremos que su sangre nos manche la tapicería». «Señor, si ese es el problema, yo mismo limpiaré la sangre —le dije—, yo mismo la restregaré con mis propias manos, no verán ni una sola mancha cuando haya acabado de limpiarla». Y sabes lo que me contestó: «¿Y dónde quieres que nos sentemos mientras esperamos?».

2

Así es la vida, Sunny Wadia. Mi hermano murió ahí tirado en la carretera. Mi madre me culpó a mí de su muerte y luego se desplomó y murió ella también del disgusto durante la cremación. Mi padre ya había muerto de intoxicación etílica cuando yo era pequeño, así que me quedé solo con la viuda de mi hermano y el hijito pequeño de ambos. Mi tío vivía en la casa de al lado con la gorda de su mujer y los zoquetes de sus hijos, y con el pretexto de ayudar vinieron y se adueñaron de nuestros animales, de nuestras tierras y de la viuda de mi hermano también. Ella lloraba sin parar en la casa de mi tío, y yo la oía por las noches, tumbado en mi cama. Sabía que uno de los hijos de mi tío no tardaría en hacerla su esposa.

Ay, Sunny Wadia, sentía tanta rabia que creía que me

moría, ahí, mirando al techo. ¿Tú sabes cómo me quemaba aquello por dentro? Me daban ganas de matarlos a todos, de aplastarles la cabeza con una piedra, de rajarles la garganta, de matar a todos los policías del mundo. Pero ¿quién era yo? No tenía dinero, no tenía poder, no tenía ni una motocicleta ni una pistola ni una triste barra de hierro que pudiera decir que era mía. Me dije: tienes que irte de este sitio como sea o vas a acabar muy mal. Así que ¿sabes lo que hice? Solicité entrar en el cuerpo de policía.

Pareces sorprendido, Sunny Wadia, pero compréndelo, yo sabía cómo funcionan las cosas por allí, no quería ser el siguiente. Lo que yo quería era ir al volante de un Gypsy, repartiendo los billetes de lotería que decidían la vida o la muerte. Pero mientras tanto empecé a deambular por el lugar, a robar cadenas de oro aquí y allá. ¡Era tan fácil! A los polis les traían sin cuidado esas menudencias, estaban demasiado ocupados protegiendo a hombres como tú, ganándose sus buenos sobresueldos. Me dedicaba a merodear por los mercados, y un buen día un hombre se dejó el ciclomotor en marcha mientras iba a comprar unos medicamentos. Lo robé, salí corriendo y lo vendí, y con el dinero que me dieron me compré una Pulsar como la de mi hermano. Luego, con el dinero de las cadenas me compré mi propia pistola casera. Ahora ya conducía mi propia moto con un arma metida en el cinturón. Era tan fácil. Sí, pensaba, ¡esto sí es vida! Solo que en casa aún seguía con el ánimo muy caído y se me llevaban los demonios viendo cómo aquellos zopencos me miraban por encima del hombro. Así que un día me fui y ya no volví. Era libre cuando iba con mi moto, robando cadenas de oro.

Solo que no conseguía sacarme a la viuda de mi hermano de la cabeza. Siempre la pillaba echándome miraditas, y pensaba que debía ser mía. Me sorprendía fantaseando con la idea, con matarlos a todos y quedármela para mí, con hacerle un hijo que fuese mío. Mientras iba una tarde en la moto por la carretera vi a una chica que caminaba justo delante de mí, una criada de uno de los bloques nuevos de apartamentos, de unos quince o dieciséis años. Era biharí, no era de por allí. La vi y pensé que era muy tarde para que fuera andando sola, que eso no estaba bien, y a medida que iba acercándome a

ella me fijé en su forma de caminar, vi sus largas trenzas y… Ah, no, no me mires así, Sunny Wadia, con esos ojos llenos de desprecio, a ti también te ha pasado. Llevaba solo tanto tiempo que era natural que quisiera satisfacer mis necesidades.

Fui reduciendo poco a poco la velocidad mientras me aproximaba a ella, sonriendo, hasta que volvió la cabeza y me miró. Yo llevaba mi camisa buena, me había engominado el pelo. Le pregunté si no estaba cansada de ir andando, ella sola. Ella siguió adelante con la cabeza baja y apartó la mirada. Le pregunté si quería que la llevara. «No», me dijo, pero entonces se volvió otra vez a mirarme y vi que sí quería, así que me paré delante de ella, le corté el paso. «Ir andando por aquí es muy peligroso, hermana —le dije—. Hay muchos delincuentes y muchos ladrones, yo puedo llevarte enseguida a donde tengas que ir, no tengas miedo». Le pregunté cómo se llamaba. Asha. «Te llevaré a donde quieras, Asha didi. Tus hermanos no tienen por qué enterarse». Al oír eso se sonrojó. Había estado la mar de encantador. Me imaginé que nunca se había subido a una moto. Intentó esquivarme, pero se trataba de un juego. Extendí la mano para detenerla y se quedó paralizada, y yo le enseñé mi pistola y le dije que se montara en la moto, delante de mí. Obedeció.

Íbamos así por la carretera cuando me empalmé de pronto, enfadado. Olía su sudor, su ropa limpia y la fragancia de su piel, notaba el roce de su pelo en la cara. Nunca en toda mi vida había estado tan cerca de una mujer. Era una sensación como cuando te entran arcadas. No dejaba de pensar, ¿por qué no ha salido huyendo? Si tuviese una pizca de decencia, habría opuesto resistencia, hasta el último aliento. Y entonces me acordé de la viuda de mi hermano, y comprendí lo que ella sentía en realidad, que ahora era feliz con mi tío y sus hijos. ¡Una puta! Me la imaginé acostándose con todos ellos. Ay, aquello me puso hecho una furia. Me sentí asqueado, traicionado, humillado. Así que puse la moto a todo gas. Aceleré al máximo por la carretera. Durante los siguientes minutos no existió nada más que la velocidad, nada más que su pelo en mi cara y sus gimoteos y su cuerpo sollozante y el motor entre mis piernas mientras esquivaba los baches como un endemoniado, de forma que en cualquier momento los dos

podríamos haber salido saltando por los aires y habernos abierto la cabeza contra una roca. El momento de locura pasó. Detuve la moto junto a un campo y luego le dije que se bajara antes de que fuera demasiado tarde.

3

Oh, Sunny Wadia, me sentí el hombre más impotente del mundo. En casa, me refugié en la oscuridad y soñé con la chica de la moto, sentí su pelo, la peste de su sudor, la acidez de su aliento sobre el mío. Le clavé los dientes y sentí cómo le desgarraba la piel, la imaginé con su dupatta metida en la boca mientras la arrastraba al campo y esparcía mi semilla. ¿Por qué la había dejado ir, por qué no había tomado lo que era mío? Me había comportado como un pelele, un cobarde, a pesar de tenerlo todo, una pistola, una moto. No, no. Estaba trastornado, Sunny Wadia. Salía una y otra vez, daba vueltas por todas partes, buscando algo. Y entonces metí la pata. Iba paseando en mi moto cuando vi a otra chica. Esta ya iba corriendo, vestida de manera extraña con ropa que lo dejaba todo a la vista. Qué poca vergüenza. Al principio no me di cuenta, pero era una de esas niñas ricas que se ven en las películas y en Delhi. Corría por diversión, como los ricos. Hay que ser tonto para hacerlo tan lejos de casa. Igual creía que no le pasaría nada por ser rica.

El caso es que la seguí. Me mantuve a distancia y la seguí un buen rato, hasta que decidió cruzar por un lugar apartado, y ahí es cuando yo aceleré y frené la moto delante de ella, le sonreí y la saludé, «Hola, hermana». No sé qué vio en la sonrisa, pero lo que fuera debió de asustarla porque me dio un bofetón y empezó a correr campo a través, por donde yo no podía ir con la moto. Me bajé y la perseguí a pie, para darle una lección por haberme pegado, pero era muy rápida y escapó a una carretera concurrida. Desde allí yo no podía hacer nada. La chica debía de tener buena memoria porque la policía fue a buscarme poco después. Me llevaron a comisaría y me dieron una buena paliza. Pero cuando llegaron la chica y el padre debieron de apiadarse de mí al ver tantos moretones y cortes en la cara, porque ella salió en mi defensa.

Les dijo que yo solo le había sonreído y que ella me había pegado. No tenían nada contra mí y me soltaron.

Pero, cuando volví a casa ese mismo día, me encontré más policías esperándome. Mi tío sonreía con satisfacción cuando me detuvieron. No dije ni pío, aunque me di la vuelta y lo miré con odio concentrado. Fui con ellos sin armar jaleo, hice lo que me dijeron. Subí a la parte de atrás del Gypsy, comenté lo bonita y lo limpia que estaba la tapicería, pero no lo pillaron. Ya en camino, los polis que tenía sentados a los lados me sujetaron las manos y los hombros y el que iba delante me puso un saco de yute en la cabeza. No veía nada, y estuvimos dando vueltas con el coche un buen rato. Suponía que me harían bajar y me darían una paliza o me pegarían un tiro, convencido de que era hombre muerto. Finalmente llegamos a un complejo de edificios, me sacaron del coche y me metieron en una habitación. No me quitaron el saco hasta ese instante.

En lugar de que me torturaran, me encontré en la oficina de un departamento policial, solo, sentado frente a un escritorio de madera buena. Delante, mirándome fijamente desde lo alto de la pared, había un retrato de una agente uniformada. Era un poco tosco, pero aun así saltaba a la vista que aquella mujer era muy recta, íntegra y muy guapa. Por la insignia, supe que era una SP, y vi el nombre en la mesa: superintendente de policía Sukanya Sarkar. No conocía a ninguna mujer SP, y mucho menos aún me había sentado ante el retrato de una. Tras una larga espera, se abrió la puerta que había al lado de la mesa y por ella entró la versión de carne y hueso. Oh, Sunny Wadia, cómo empezó a correrme la sangre por las venas. Tenía un aire tan imperioso con el uniforme, tan severo e implacable, tan distinto al de todas esas otras chicas. No sabes con qué fuerza y con qué violencia me latía el corazón. La estudié con atención mientras se sentaba a la mesa, con esas formas femeninas enfundadas en caqui. Estuvo un buen rato sin mirarme, actuaba como si yo no estuviera allí, y esperé, encantado de interpretar mi papel en aquel juego. Hasta que tomó lo que resultó ser mi cartera y le echó un vistazo a mi documentación. «Llevas una mala vida, Sunil Rastogi», dijo. Me gustó oír mi nombre en sus labios. Yo le dije: «Sí, señor». «Señora», me corrigió ella,

fulminándome con la mirada. «Sí, señora-señor», contesté. Me preguntó si sabía por qué estaba allí y no en el calabozo, donde deben estar los rateros. Negué con la cabeza. «Porque ahora trabajas para mí», dijo. «¡Sí, señora-señor, sí!». ¡Fue música para mis oídos!

4

Dijo que por la zona rondaba una banda de indeseables que se dedicaba a robar, violar y asesinar. Veintidós violaciones y dieciséis asesinatos en ocho meses; interceptaban coches de noche, hacían salir a sus ocupantes, violaban a las mujeres, les cortaban el cuello a los hombres y se llevaban todas las joyas y el dinero. Al principio, habían conseguido que los medios no lo publicaran, pero los rumores se propagaban con cada nuevo incidente y había llegado un momento en que los ricos como tú, que vivían en sus mansiones fastuosas, habían empezado a ponerse nerviosos, así que la policía estaba desesperada por cerrar el caso. El aspecto de la banda hacía el asunto aún más aterrador. Esos hombres despreciables se desplazaban en manada, descalzos, en baniyan y chaddi —camiseta interior y calzoncillos— y con la piel embadurnada con grasa de motor, malolientes, negros como el carbón, escurridizos como peces, haciendo brillar el blanco de los ojos en la oscuridad. Los periódicos los llamaban la banda de los Chaddi Baniyan. Ah, sí, ya veo que has oído hablar de ellos. Todo el mundo les tenía miedo. Unos decían que eran una tribu criminal legendaria, de cientos o miles de personas, que vivían entre nosotros de día y atacaban de noche. Otros decían que eran seres sobrenaturales, demonios que salían a sembrar el caos. «Busca la manera de infiltrarte en esa banda —me dijo la SP Sarkar—. Y, cuando hayas entrado, pásame la información, para que pueda llevarlos ante la justicia cuanto antes». Me quedé de piedra. «Pero, señora-señor, ¿cómo voy a unirme a esa banda?». Me miró con frialdad y dijo: «Un hombre como tú sabrá arreglárselas». Estaba confuso, Sunny Wadia. ¿Un hombre como yo? ¿Qué sabía aquella mujer? ¿Había escogido a la persona equivocada por error? Estuve a punto de protestar. Estaba seguro de que no sabría

arreglármelas, pero tampoco quería disgustarla, no quería que me echara a la calle, así que reuní todas mis fuerzas y asentí y dije que sí, que me las arreglaría. «Bien, sabía que lo harías», sonrió. Y volví a sentirme poderoso, sentí que la sangre corría por mis venas mientras ella me miraba con desdén y condescendencia. Dijo que me pagarían una cantidad al mes para que pudiera hacer el trabajo. Luego le hizo un gesto con la cabeza a su ayudante, se levantó y se fue. Su ayudante volvió a ponerme la capucha, me subió al coche y me dejó tirado en medio de la nada con un fajo de billetes y un número de teléfono al que debía llamar cuando tuviera algo de lo que informar. No sabes lo emocionado que estaba. Regresé caminando a la granja, miré a mi tío con asco, me reí en su cara, cogí mis cosas y, sin volver la vista atrás, me marché a Kasna, donde busqué una habitación barata y empecé a juntarme con jugadores, borrachos y ladrones.

5

Ahí estaba yo, Sunny Wadia, mezclándome con esos delincuentes despreciables al servicio de Señora-Señor, tratando de averiguar lo que fuera sobre aquella banda. El problema era que nadie hablaba de la banda, ni una palabra, a nadie le importaba, y, cuando yo sacaba el tema, todos se echaban a reír y se encogían de hombros y decían que eso ya era muy viejo, lo de la banda, que, si existía de verdad, estaría muy lejos de allí, en Haryana o Rajastán, y que no volvería a saberse de ella hasta dentro de un año o más. ¿Un año? Sí, un año. Se movían con las estaciones, como los pastores, como si fueran ganado, alimentándose de la tierra. Para mí, aquello fue una bendición y una maldición a la vez. Por un lado, mientras no hubiera más ataques, Señora-Señor no podría acusarme de no hacer mi trabajo, pero, por el otro, no podía complacerla porque no tenía nada de lo que informarle. Así transcurrieron seis semanas, bebiendo y jugando, cometiendo algún delito menor. Estaba cada vez más desanimado. Mis ansias y mi ardor se redujeron, caí en un pozo. Todo me daba igual. No tenía ganas de hacer nada. Fantasías de asesinatos y huidas empezaron a rondarme por

la cabeza como nubes oscuras. Despreciaba a la gente con la que me juntaba. Me avergonzaba llamar a Señora-Señor, pero, por otro lado, deseaba ver su gesto severo, oír cómo me reñía, que me ordenara que espabilara o que me atuviera a las consecuencias. Así que marqué el número. Fue el ayudante el que contestó al teléfono. Le dije que no tenía nada de lo que informar. «Señora-señor está muy decepcionada contigo —contestó—. Si no nos sirves de nada, te enviaremos a la cárcel». Protesté, le pedí que me dejara ver a Señora-Señor en persona. Aquello lo ofendió. «Un poquito de respeto, Sunil Rastogi. Si no te andas con ojo, te acabará cayendo el muerto de lo que haya hecho la banda». Lo dijo con intención de que pareciera una amenaza terrible, pero para mí fue un momento de gran entusiasmo porque acababa de resolver el caso en ese preciso instante.

6

A partir de entonces, durante las noches de borrachera, empecé a inculcarles la idea a mis nuevos amigos: ¿y si una buena noche de luna nueva imitáramos a esos demonios y atacáramos a los incautos como si fuéramos la banda de los Chaddi Baniyan? Las carcajadas que se echaron. «Sunil Rastogi, ¡estás como una cabra!». Pero seguí plantando la semilla en sus cerebros empapados de alcohol mientras les explicaba una y otra vez cómo podíamos utilizar el terror que infundía esa famosa banda a nuestro favor. Dado que hacía mucho que ya no rondaba por allí, nosotros, delincuentes de poca monta, ladrones, jugadores, adictos, en algún momento violadores, en otros asesinos, podríamos hacerla nuestra. Sunny Wadia, ¡fue un golpe maestro! ¿No crees? La manera perfecta de salir de ese agujero. Me los fui trabajando poco a poco, no dejaba reposar la idea. Les decía que esos ricos que conducían de noche se asustarían tanto al ver a la banda que lo entregarían todo sin decir ni mu. Ni siquiera tendríamos que hacerle daño a nadie. Continué trabajándomelos. Cuando estaban borrachos como cubas, les llenaba la cabeza de deseo, codicia y orgullo herido. Todos esos ricos que se ríen de nosotros, que tienen lo que nosotros nunca tendremos. ¿Qué

mal había en darles una lección? Poco a poco, la idea arraigó, hasta que un buen día comenzaron a hablar del asunto como si se les hubiera ocurrido a ellos.

Unos días más tarde, una noche de luna nueva, cuando ya llevaban encima varias botellas de daru y el charas corría por sus venas, les presenté el plan que había elaborado con antelación, el tramo de carretera, el método concreto. Yo me encargaría de la vigilancia; cuando se acercara el vehículo apropiado, les haría una señal y ellos lanzarían algo metálico a la carretera, debajo de las ruedas, para que tuviera que detenerse. Luego les robaríamos a punta de pistola, nos lo llevaríamos todo y desapareceríamos en mitad de la noche. «¡Vamos a hacerlo! ¡Vamos a hacerlo!», gritaron. Alguien fue a buscar grasa de motor y después de eso echamos una carrera en moto hasta la carretera de las afueras, escondimos las motos en los campos de alrededor, un poco apartadas, nos desnudamos hasta quedar en baniyan y chaddi y nos embadurnamos de grasa. Yo recogí sus carteras y su documentación y lo guardé todo en un saco para ponerlo a buen recaudo, y, cuando la transformación estuvo completa, seguí ofreciéndoles alcohol y charas, y ellos aullaban, gritaban y bailaban por la carretera, como si fueran demonios. Yo me aposté un poco más lejos, unos metros por delante, sobrio, con los cinco sentidos alerta, asombrado ante la debilidad humana. Pasaron varios coches hasta que al fin vi el adecuado, repleto de mujeres orondas y hombres escuchimizados. Les hice señales a mis compañeros con la linterna, tres destellos, y estos lanzaron la pieza de metal a la carretera, debajo del coche que se aproximaba. Después de que el vehículo se detuviera con un frenazo, mis hombres saltaron al asfalto y lo rodearon, entre los chillidos de sus ocupantes. Bates y varas de hierro aporrearon el coche y las ventanillas, unas garras arrancaron de su interior a los hombres y las mujeres que se apiñaban dentro. Su miedo evidente embriagó aún más a mis hombres. Uno de ellos cogió una piedra pesada y le aplastó el cráneo a una de las mujeres con ella. Cuando uno de los hombres lanzó un grito e intentó salvarla, otro de mis hombres lo hizo papilla a porrazos y, excitados por la violencia y los chillidos, los demás lo imitaron. Sunny Wadia, era imposible detenerlos.

Estaban atrapados en un frenesí de metal, ojos y dientes. A los hombres les rajaron el cuello, los apuñalaron en los ojos y el estómago, les arrancaron la ropa. A las mujeres las arrastraron a los campos y las violaron antes de estrangularlas y aplastarles la cabeza. Cuando todo terminó, no quedaba nadie vivo. Mis hombres se miraron entre ellos, aturdidos. Estuvieron un rato sin decir nada, limpiándose la grasa y la sangre con torpeza, saqueando los cadáveres y el coche antes de recuperar las motos y alejarse de allí.

7

El frenesí no me cogió por sorpresa. Sabía qué anida en el corazón de los hombres. Así que, cuando desperté a la mañana siguiente, salí de casa, di la bienvenida al frío sol primaveral, fui a comer una tortilla a un puesto cercano y me entretuve mirando cómo los chicos del lugar tiraban petardos a los perros callejeros. Luego llamé al ayudante de la superintendente. Sin darme tiempo a que pudiera darle la buena noticia, Señora-Señor le arrancó el teléfono de la mano y empezó a increparme con palabras durísimas. Ya había aparecido en las noticias. Continuó igual un buen rato. Le había fallado, la banda se había comportado con más brutalidad que nunca, habían matado a todo el mundo, no quedaban supervivientes, no has hecho tu trabajo. Pero, señora-señor, dije. Yo estaba allí. Se quedó callada. «¿Estabas allí?», dijo al fin. «Yo vigilaba, señora-señor». «Entonces es culpa tuya, Sunil Rastogi. ¿Por qué no me llamaste?». Le dije que me enteré en el último momento y que tuve que entregarles el móvil. «No puede ser —dijo—, esto no puede estar pasando. Déjame pensar. Llámame de aquí a una hora». Colgó y esperé, e hice lo que me había pedido. Ahora quería que se lo contara todo, quiénes eran, cómo había conseguido infiltrarme. Ya había imaginado que me haría esas preguntas. Me ajusté bastante a la verdad. Le conté que se trataba de una banda de delincuentes, jugadores y drogadictos que se hacían pasar por una tribu secreta para sembrar el terror en las almas de los hombres. Ella escuchaba en silencio mientras yo hablaba; no parecía muy convencida. «Actúan con mucha más

brutalidad —dijo—. La próxima vez que la banda decida atacar, llámame, como sea, y les tenderemos una emboscada». Me dio su número personal. «¿Y qué pasará conmigo?», pregunté. «No te preocupes, estás bajo mi protección», dijo. Deseaba creerla. Deseaba ser su perro fiel; en mis fantasías, se vengaba de aquella banda infame, pistola en mano, y me dejaba en libertad.

8

Pero yo sabía que estaba desprotegido. Y, además, tenía un dilema. Si los de mi banda volvían a cometer un delito y yo no se los entregaba a la superintendente, ella vendría a por mí. Y si los entregaba, yo también estaría implicado. ¿Y si no hacía nada? ¿Y si no volvían a atacar nunca más y simplemente huían? Aquello era lo más sensato, Sunny Wadia. Pero ¿qué pasaría entonces con Señora-Señor? Que no resolvería el caso. Y yo solo quería que ella fuera feliz. Así que tomé una decisión. Ese mismo día me reuní con mi banda. Estaban abrumados por lo que habían hecho. No dejaban de llegar noticias. Los canales en hindi emitían recreaciones truculentas por televisión. Mis hombres bebían sin parar para poder vivir con sus recuerdos. Me senté con ellos en una mesa del fondo de un garito de apuestas, con nuestro secreto, y los observé mientras bebían cada vez más. Poco a poco, la embriaguez les soltó la lengua y empezaron a hablar, arrastrando las palabras, a maldecir, a revivir la emoción del momento, la sensación de poder que los había embargado. La policía, decía la televisión, no tenía pistas, ni una sola, y sonreí, porque eso significaba que Señora-Señor velaba por mí, y mis hombres también sonrieron, porque eso significaba que eran libres. Acordaron, entre susurros, pasar inadvertidos durante un tiempo, una semana o así…

9

… y luego volver a hacerlo. Esos demonios hambrientos estaban ansiosos por repetirlo. Ten cuidado con lo que deseas,

Sunny Wadia. Cuando se acercó la noche en cuestión, los reuní, los inflé a drogas y alcohol, y quedamos en que nos veríamos en cierto depósito, este mismo en el que nos encontramos ahora. Luego llamé a la SP, triunfante. «Señora-señor, lo he hecho. Van a atacar de nuevo». Le dije dónde se escondería la banda. Estaba entusiasmada. «Sunil Rastogi, por una vez has hecho algo bien en tu vida». Por descontado, ella ya tenía un plan. Llevaba mucho tiempo esperando aquello. Me dijo que sus compañeros y ella irían en un Suzuki Esteem blanco, vestidos como si volvieran de una boda, cargados de joyas. Serían un blanco imposible de pasar por alto. Según el plan, yo daría la señal a la banda y la banda atacaría. ¿Y luego? Bueno, empezaría la contraemboscada. «¿Dispararán nada más verlos?», pregunté. «No, Sunil Rastogi, yo respeto la ley. Los detendré». Luego vaciló y añadió: «Salvo que disparen ellos primero».

10

Contaba con ello. Ahora lo único que necesitaba era un detonante; un detonante que ya había visto en la calle. Verás, tenía que eliminar a mi banda, Sunny Wadia, por ella, y por mí. Cuando fui a reunirme con mis hombres, descubrí que no estaban locos de rabia y codicia, solo nerviosos y asustados, apocadas criaturas humanas, y así no haríamos nada. Les di alcohol, les solté una soflama entusiasta, les hablé de las putas y los chutiyas que se reían de ellos, que se daban la gran vida mientras ellos trampeaban como podían. Les hice beber sin parar, conseguí levantarles el ánimo. Los incité, recogí su documentación, les prometí placeres, riquezas, sangre, y luego los llevé al campo en plena noche, al lugar donde debían esconderse. Les hice desnudarse y embadurnarse de aquella grasa, cosa que ejecutaron con una ceremonia cargada de ansiedad. Y me trasladé a mi puesto a hurtadillas, desde donde vigilé mientras esperaba y esperaba y seguía esperando, viendo pasar los coches en la oscuridad, rezando para que mis hombres no se precipitaran. Todo estaba tranquilo y en silencio cuando vi el coche entre la niebla, con las luces del interior encendidas, y divisé a

Señora-Señor sentada detrás, vestida como para una boda, con un sari rojo vivo, pura como una diosa. Quería huir con ella. Hice una señal a mi banda cuando el coche pasó por el lado. Tres destellos. Juro que vi a Señora-Señor volver la cabeza y mirarme. Para asegurarme, grité: «¡Este!». Luego eché a correr campo a través en dirección a mis hombres. Ellos arrojaron la pieza metálica a la carretera según lo planeado y el coche se detuvo con un frenazo delante de donde estaban apostados. Todo ocurrió muy despacio y muy deprisa, Sunny Wadia. Los falsos invitados a una boda bajaron del coche empuñando sus pistolas al tiempo que mis hombres pisaban la carretera con sus varas y cuchillos, patéticos ante los faros en camiseta y ropa interior y cubiertos con aquella grasa. Tiraron las armas. Levantaron las manos. Y entonces lo hice. Yo también tenía un plan. Petardos, como los niños que incordiaban a los perros por la calle. Los encendí y arrojé una traca que explotó con un destello a los pies de mis hombres. Se desató el pánico. La noche estalló en llamas. No solo en el lado de los policías del falso coche de invitados, quienes descargaron sus armas como si no hubiera un mañana, sino también al otro lado de la carretera, docenas de pequeños fogonazos de apagallamas. El grupo de tiradores de élite de la policía que se había ocultado allí desde el principio estaba masacrando a mis hombres, los abatía sin piedad. Di media vuelta y eché a correr campo a través en mitad de la noche con el corazón desbocado.

11

Hacia el amanecer, asalté a un hombre que iba en moto, le reventé la cabeza, le quité la ropa y el dinero y continué en la moto varias horas, luego la abandoné y paré un camión, en el que seguí hasta Benarés, donde llegué al anochecer. Encontré el camino hasta el sagrado Ganges, me bañé, lancé la documentación de mi banda al río junto con las demás reliquias de esa otra vida y recé una oración. Para entonces, el encuentro con los policías ya había saltado a las noticias. Aparecía en todos los canales de televisión. La temida banda de los Chaddi Baniyan había caído. Había sido abatida en un

tiroteo cuando trataban de cometer otro de sus espantosos crímenes. En todos los boletines, en todas las televisiones, allí estaba ella, la joven SP, Sukanya Sarkar, Señora-Señor, aunque vestida con el sari de boda, con el arma colgada del hombro, la heroína del momento. Luego aparecía vestida de uniforme, aseada y con cara seria, y así me gustaba más, de pie junto a los cadáveres que habían alineado en el arcén, cubiertos con sábanas blancas. Reconocí a todos los de mi banda por los dedos de los pies. Me tiré días en los burdeles, gastándome todo el dinero, pero al poco ya estaba aburrido. Sunny Wadia, decidí llamar a la SP. Fui a una cabina y marqué el número que me había dado. En cuando la oí contestar «¿Sí?», yo dije: «Felicidades, señora-señor, ha resuelto el caso». Se quedó callada. Parecía asustada. Después dijo: «Sunil Rastogi, ¿eres tú?». «Sí, señora-señor, el mismo». «¿Dónde estás?», preguntó. «Señora-señor, sería muy poco inteligente por mi parte si se lo dijera», dije. «¿Y eso por qué?», preguntó. «Porque vendría a matarme». Tendría que haberlo dejado ahí y colgar el teléfono. Pero quería seguir oyendo su voz, creía que era importante que supiera lo mucho que había sacrificado por ella. Así que se lo confesé todo. «Señora-señor, por favor, escúcheme, tengo algo importante que decirle», y se lo conté todo, que lo de la banda era mentira, que la había creado con mis amigos. «¿Por qué?», preguntó con apenas un hilo de voz. «Tenía miedo, la presión era muy grande, y, además de todo eso, quería complacerla. Quería hacerla feliz. Quería que resolviera el caso». Se quedó callada. Callada un buen rato. «¿Señora-señor?», dije. «¿Me estás diciendo la verdad, Sunil Rastogi?», preguntó casi con un susurro, desolada. «Le estoy diciendo la verdad, lo juro, haría cualquier cosa por usted». Volvió a quedarse callada, y luego pronunció una sola palabra: «Behenchod», dijo. «Señora-señor», contesté con el corazón lleno de alegría. Luego añadió: «No vuelvas a llamar a este número, y nunca le hables de esto a nadie».

12

Empecé a ir de aquí para allá. Al sur, a Bundelkhand, luego

al este, hacia Bihar, de ciudad en ciudad, robando cuando no me quedaba otro remedio, cometiendo delitos menores. Acabé en Ballia, en la frontera con Bihar, un sitio perfecto para alguien como yo. Empecé a trabajar para uno de los diputados de la Asamblea Legislativa del lugar. Se llamaba Ajit Singh. Nada se movía en la ciudad sin que él diera el visto bueno primero, eso era lo que había oído, así que una mañana me presenté en la oficina de su partido diciendo que era un hombre al que no le asustaba trabajar duro. Uno de los empleados de mayor edad que había por allí me envió a otra oficina a varias calles de distancia, para que hablara con cierta persona. El hombre en cuestión me preguntó qué quería y yo dije que haría cualquier cosa por unas rupias y alcohol, aunque no era un borracho. Siguió preguntándome, quiso saber qué experiencia tenía. Le dije que había trabajado para mi partido local en el oeste. Dando lecciones a nuestros enemigos. No le hizo falta oír nada más. «¿Cómo te llamas?». Chotu Raj, dije, y eso fue todo, me aceptaron. Aprendí bastante sobre política en esa época. Verás, Ajit Singh era el mafiosillo de la ciudad. Tenía muchos intereses. Dragaba el lecho de los ríos para extraer arena para la construcción, talaba árboles del Departamento Forestal para obtener madera, explotaba canteras para sacar piedra, robaba medicamentos a los hospitales públicos. Mientras cumpliéramos sus órdenes, teníamos impunidad para hacer todo lo demás que se nos antojara, salvo matar polis. También aprendí mucho, por fin entendí cómo giraba la rueda; que la policía, los políticos y los burócratas trabajaban juntos para que la rueda no se detuviese nunca; que todos los radios de la rueda eran importantes; que la rueda era el sistema en sí mismo. Que las personas como tú son la mierda que se queda pegada a la rueda. Que una rueda aplasta todo lo que encuentra a su paso. ¡Y cómo lo aplasta! Sobre todo nos dedicábamos a la extorsión: cobrábamos a los comercios a cambio de protección o, si no, les prendíamos fuego; cometimos muchos secuestros para cobrar los rescates. Matábamos a nuestros rivales, organizábamos disturbios, controlábamos las protestas. Si a las comunidades minoritarias se les subían los humos, quemábamos sus barrios. Si un ciudadano ofuscado pretendía protestar por lo

que hacíamos, acudir a los medios de comunicación o al jefe del distrito, le rompíamos las piernas o matábamos a los propios periodistas. Teníamos que asegurarnos de que el mensaje fuera claro: mientras sepas cuál es tu lugar y no interfieras, la rueda gira a la perfección, pero, si pretendes hacerte el héroe, ¡despídete! Y, a pesar de todo, no me sentía satisfecho. Era un trabajo monótono, muy poco creativo. No me ofrecía ninguna oportunidad de destacar. Pero eso cambió cuando uno de los oponentes de Ajit, un hombre llamado Govind Chaudhary al que se le había subido el éxito a la cabeza, un mafioso que había empezado en el negocio de la chatarra, comenzó a sobresalir y quiso presentarse a las siguientes elecciones con intención de ganarlas. Cualquiera que se presentara a las elecciones en nuestro territorio era una amenaza. Tenía dinero y contaba con sus propios hombres. Así que Ajit Singh quiso enviarle un mensaje. Hubo una reunión, se debatió: ¿qué tipo de mensaje debería enviársele? Bueno, Govind Chaudhary tenía un hombre que era su mano derecha, Shiv Kumar. Shiv Kumar era un antiguo socio de Ajit que se había pasado al otro bando. Se sabía que, sin él, Chaudhary estaría perdido. Así que se decidió que asesinaríamos a Shiv Kumar, delante de los tribunales nada menos, al cabo de tres días, la fecha en que un caso de extorsión iba a dictaminarse a su favor. Desde luego iba a ser un mensaje contundente. Lo único que quedaba por decidir era quién se encargaría de hacerlo y cómo. Dios mío, Sunny Wadia, empezaron a darle vueltas y más vueltas sin llegar a ninguna parte, todo el mundo hablaba por hablar en el cuartel general de Ajit, encantados de oírse. Yo no soy muy hablador, así que escuchaba en silencio, al fondo. Cuando me aburrí de tanta fanfarronada, me levanté y dije que lo haría yo. Y me fui. Pero no esperé tres días, ni me limité a Shiv Kumar.

13

Volví a mi habitación y pasé el resto del día con varias botellas de daru y charas, preparándome. Unos hombres de Ajit vinieron a buscarme para decirme que ya tenían a sus

matones, que yo no formaba parte del plan; me reí y los eché con desgana. Como queráis, dije. Me terminé la última botella y esperé a que cayera la noche, y cuando mi sangre estaba nasha, llena de alcohol, salí a la ciudad, dando tumbos en la oscuridad, evitando los controles de policía, evitando a todo el mundo. Cuando estuve cerca de la casa de Shiv Kumar, en uno de esos barrios sofisticados, me metí por un callejón oscuro y me escondí entre los árboles hasta entrada la noche. Luego me desnudé hasta quedarme en chaddi y baniyan, escondí la ropa, me embadurné los brazos y las piernas con la grasa que había llevado y me limpié las manos y me las envolví con trapos para poder trepar. La policía vigilaba la calle que rodeaba la vivienda, que además estaba custodiada por dos guardias armados. Así que me encaramé al tejado de una casa un poco apartada y fui avanzando por los tejados de las demás hasta que llegué a la suya. Salté hasta su balcón y aterricé sin hacer ruido. Era una señora casa, de esas que hoy en día tienen los hombres importantes. Pero a mí me daba igual. Desencajé la puerta del balcón del riel y entré, avancé por los fríos suelos de mármol del pasillo hasta que encontré el dormitorio, y ya dentro del dormitorio me quedé mirando los cuerpos de Shiv y su mujer. Fue tan fácil, Sunny Wadia. Shiv Kumar solo era un hombre. Un hombre nada más. No perdí el tiempo. Le rajé la garganta mientras dormía. La sangre manaba a borbotones mientras él gorgoteaba sus últimas palabras. Su mujer se despertó sobresaltada y le tapé la boca con una mano. Abrió los ojos aterrorizada y me mordió como un perro rabioso. Me calenté tanto que tuve que reprimirme para no coserla a cuchilladas; para que mi plan saliera bien era necesario que ella sobreviviese. Forcejeé con ella. En su desesperación por sobrevivir, esa mujer demostró más arrestos que la mayoría de los hombres. Me mordió la mano con tanta fuerza que me hizo sangre, pero tan pronto como me soltó, pude revolverme y molerla a puñetazos. Le pegué hasta dejarla inconsciente, luego la até y eché un vistazo al resto de la casa. El ruido de los ventiladores del techo había amortiguado el jaleo, así que el resto de los ocupantes no había oído nada. Había dos criados durmiendo abajo, dos guardias apostados delante y dos niños. Shiv Kumar había sido bendecido con dos chicos. Primero les rajé

el cuello a los criados. Luego me colé en la habitación de los niños sin hacer ruido y me los quedé mirando. ¿Los mataba o les dejaba dormir? Estuve pensándolo demasiado rato y ese fue mi error. La cosa fue que la mujer de Shiv Kumar había vuelto en sí y empezó a gritar cuando yo estaba delante de sus hijos. Los niños se despertaron y me vieron allí de pie, en chaddi y baniyan, cubierto de grasa y sangre. Menudos chillidos. A aquellas alturas, los guardias de fuera estaban intentando entrar, así que hui. Salí por la ventana y crucé los tejados a toda prisa hasta los árboles cercanos justo a tiempo de evitar los disparos de fusil. Recuperé la ropa de entre los arbustos a la carrera, conseguí escapar a través de la ciudad y me oculté en el bosque toda la noche.

14

A la mañana siguiente, ya se había corrido la voz. La temida banda de los Chaddi Baniyan había vuelto a dejarse ver y había matado al famoso Shiv Kumar. Los guardias, la mujer y los niños corroboraron sus respectivas historias. Al menos habían sido cinco, dijeron. Diablos embadurnados de grasa, con unos ojos que brillaban en la noche. No se hablaba de otra cosa. Todo el mundo en la ciudad estaba muerto de miedo. Una conciencia maligna planeaba sobre el lugar. Se describía a los asesinos de manera exagerada. No eran humanos. Tenían los ojos rojos y brillantes, y garras en lugar de manos. Luego se filtró que la mujer de Kumar había mordido a uno de los monstruos. Todo el mundo decía que se infectaría con la sangre, que se convertiría en uno de ellos. Te tenías que reír ante tanta tontería.

Regresé al cuartel general de Ajit Singh después de que anocheciera. Me colé y avancé entre las sombras, escuchando a los miembros de la banda muertos de miedo. «¡¿Lo habéis oído?¡ ¡¿Lo habéis oído?! —gritaban—. ¡La banda de los Chaddi Baniyan está aquí! ¡Primero han ido a por Shiv Kumar! ¡Pero ¿quién sabe quién será el siguiente?!».

Seguí adentrándome con disimulo cuando oí al desdichado Ajit Singh, ¡enfurecido con el idiota que había hecho aquello! Se suponía que Shiv Kumar debía morir en público, que su

muerte debía convertirse en un mensaje político, un aviso que dejara claros el poder y las intenciones de Ajit Singh, no una historia de fantasmas para asustar al ciudadano de a pie.

—¿Y si el ciudadano de a pie cree que la temida banda de los Chaddi Baniyan trabaja para ti? —pregunté, saliendo de entre las sombras. A continuación, levanté la mano y me desenrollé la venda para mostrar las marcas profundas que me había dejado el mordisco—. Esa mujer me dio bastante más trabajo que los hombres —reí.

—¿Tú quién eres? —preguntó Ajit Singh al fin, con la voz alterada por el miedo.

—Mi verdadero nombre es Sunil Rastogi —contesté—. Mi banda acecha entre las sombras y vive para la muerte.

Nada más pronunciar aquellas palabras, la habitación se quedó en silencio, aquellos rostros curtidos cambiaron de expresión, se alejaron de mí. Me gustó recibir el respeto que merecía, Sunny Wadia.

Sin preocuparse por guardar las apariencias delante de sus hombres, Ajit Singh me agradeció profusamente lo que había hecho. Sin embargo, me rogó que me fuera; aquella vez la policía no iba a hacer la vista gorda. Dijo que las actividades cesarían durante un tiempo, que no podría llamar la atención, que un hombre como yo no tendría nada con que entretenerse. «Yo me busco mis propios entretenimientos», contesté mientras disfrutaba viendo cómo se arrastraba. En ese momento, uno de sus ayudantes le susurró algo al oído. Estuvieron deliberando unos segundos mientras me lanzaban miradas de reojo. Cuando acabaron, Ajit Singh dijo que tenía una nueva propuesta que me desvelaría a solas, de allí a una hora. «Desvélala ahora», contesté. Dijo que tenía que hablar con alguien que estaba por encima de él, que tendría que ser paciente. Decidí no tentar a la suerte y accedí. Me pasé esa hora fumando plácidamente, a la espera, sintiendo cómo las miradas de los hombres de Ajit Singh recaían sobre mí, desde lejos, como delicados rayos de sol en una tarde de invierno.

Cuando transcurrió la hora, me llevaron al despacho privado de Ajit Singh, quien me dijo lo siguiente: al norte del estado, en los bosques de Terai que lindan con Nepal, había una dera misteriosa de un hombre importante y poderoso que había oído mi historia y deseaba conocerme.

—¿Quién es? —pregunté.

—Se llama Himmatgiri —contestó Ajit Singh bajando la voz hasta convertirla en un susurro, a pesar de que no había nadie más en la habitación—. Es un señor de la guerra, y no hay humano que supere su dominio de las artes oscuras, kala jadoo.

¿Kala jadoo? ¿Magia negra? Tuve que reprimir una carcajada. No, la magia negra no existía, todo era obra de los humanos. Así que teníamos a un farsante escondido en los bosques, aprovechándose de la estupidez de los imbéciles. Que quede claro, me reía de la insensatez de hombres como Ajit Singh. Pero me gustaba mucho cómo sonaba lo del tal Himmatgiri. Para alivio de Ajit Singh, dije que me encantaría viajar hasta donde estuviera ese hombre y ver de qué pie cojeaba. A medianoche ya me había ido.

15

Así que allí estaba yo, Sunny Wadia, en la cima de mi carrera, transferido de una banda a otra como un ídolo, alimentado, venerado y temido. Mi reputación siempre precediéndome. Por lo general nadie decía nada, se limitaban a observar desde lejos, o a lanzar miradas discretas, como si no acabaran de creer quién era y lo que había hecho. De todos modos, ¿quién era? ¿Un asesino? ¿Un demonio? En el fondo era un joven con el que se habían cometido muchas injusticias y que se había limitado a sobrevivir. Durante ese viaje pensé mucho en mis acciones pasadas, en todos los líos en los que me había metido y en Señora-Señor. Me preguntaba qué habría sido de ella. Pero, a medida que me acercaba a mi destino, todos esos pensamientos empezaron a desvanecerse y comencé a preguntarme por ese tal Himmatgiri. ¿Quién era, exactamente? ¿Qué había hecho? Los encargados de llevarme hasta allí me ofrecían información contradictoria y a menudo imprecisa. Unos se encogían al oír el nombre y miraban a los lados, como si las paredes tuvieran oídos. Otros murmuraban que era un gran rishi, un sabio, o la reencarnación de antiguos santos guerreros. Solo hubo un par de ocasiones en que el matón de

turno, arrogante, escéptico o valiente, rio y afirmó que el tal Himmatgiri era un farsante, o que ni siquiera existía, comentarios que daban pie a acaloradas discusiones. ¿Cómo lo sabes? ¿No es obvio? ¿Cómo puedes decir eso? Ten cuidado cuando vayas a dormir. Himmatgiri vendrá a por ti. Hice la pregunta: «¿Qué aspecto tiene?». «Es un gigante», dijeron. De pelo largo y oscuro que le cae a los lados desde la frente alta, con ojos de animal y dedos llenos de anillos centelleantes. Lleva un hacha del tamaño de un hombre. No, lleva una espada. No, no lleva nada, pues no hay arma mortal que pueda tocarlo. ¡Lo que me llegué a reír con eso! Todo el mundo guardó silencio a mi alrededor. En ese clima de incertidumbre entré en los bosques de Terai al norte de Maharajganj, y aquí es donde mi historia empieza a volverse extraña.

16

La banda a la que me uní formaba parte de la mafia de la madera. La mafia de la madera era muy poderosa allí arriba. Se dedicaban a la tala y el contrabando de madera de khair. Puede que tengas en tu casa. Como todos los ricachones. O en esos magníficos apartamentos que has estado construyendo por todas partes. En cualquier caso, me asignaron a una cuadrilla maderera en concreto. Tipos duros, con experiencia. Debían acompañarme hasta un lugar del bosque donde acabaría mi viaje, donde me entregarían a Himmatgiri. A cambio, yo actuaría como servicio de seguridad en ruta mientras ellos llevaban a cabo sus misiones nocturnas. «¿Dónde está ese lugar donde nos encontraremos con el misterioso Himmatgiri?», pregunté. Dijeron que eso solo se sabría con el tiempo. Todo aquello me resultó bastante difícil de comprender, pero decidí no hacer más preguntas, consciente de que el silencio era mi aliado. Sin embargo, llevábamos ya un rato caminando por el bosque a la luz del atardecer cuando probé a provocarlos. «Sabéis, hay gente que cree que el tal Himmatgiri ni siquiera es real», me reí. Sentí que un estremecimiento colectivo recorría el grupo. Un leñador veterano dijo: «Rezaré por ti esta noche». No volvió a

pronunciarse una palabra sobre Himmatgiri. Viajé en silencio, con un fusil en los brazos.

Y así empezó el trabajo. Un trabajo muy científico. Solo operábamos de noche, siguiendo unos ciclos. Transportábamos la madera por los caminos de las montañas hasta las carreteras y allí se cargaba en camiones y se mezclaba con madera legal comprada en subastas en el Depósito Nacional. Luego hacíamos pasar los camiones por unos controles concretos donde los agentes destinados a ciertas horas habían aceptado un soborno para hacer la vista gorda. Si te parece aburrido, nada más lejos de la realidad de la tierra en la que estábamos.

Nunca he sido religioso, Sunny Wadia. Mi hermano sí lo era, igual que mi madre. Pero yo no. Hacía mis abluciones y llevaba a cabo la puya como todo el mundo, pero nunca sentí a Dios en mi corazón. No hasta que llegué a ese lugar. ¿Alguna vez has visto los bosques de Terai de noche? Estoy seguro de que has visto muchas cosas, pero hay lugares a los que los hombres como tú no van. Lugares y formas de ser. Si fuerais, iríais con vuestros cochazos y vuestros trajes y vuestros hombres. No os adentraríais solos, a pie, en medio de la noche. Ahí dentro habitan todo tipo de espíritus y dioses. Leopardos, elefantes, tigres. Y ahí estaba Himmatgiri. Cuanto más nos adentrábamos en el bosque, más se acentuaba la sensación de que ese nombre que nadie pronunciaba se cernía sobre todo. Daba igual que fuéramos armados hasta los dientes —AK chinos, metralletas ligeras, granadas, escopetas, pistolas, machetes—, se diría que podíamos hallar nuestra condena en cualquier momento. Los hombres supersticiosos llevaban amuletos, rezaban, ofrecían sacrificios en el campamento. Mataban cabras y gallinas en honor a las deidades locales y rezaban antes de salir a talar los primeros árboles de la noche.

¿Cómo había acabado allí? ¿Adónde iba? Ya ni siquiera era capaz de recordar con claridad. Había una gran laguna detrás de mí, y la infinitud arbolada en medio de la noche. A veces recordaba vagamente fragmentos del viaje que había hecho, de los asesinatos que había cometido, pero hasta eso parecía irreal, como si lo hubiera soñado todo, como si hubiera sucedido en otra vida. Me sentía alejado de la persona a la

que me había aferrado con tanta fuerza. Cuando hablaba con la cuadrilla maderera, era como si estuvieran hablando con alguien distinto, alguien que llevaba mucho tiempo con ellos en el bosque, que hacía años que vivía con ellos. A veces incluso olvidaba mi nombre. Sunil Rastogi. Tenía que repetirlo cuando volvíamos al campamento al amparo de la luz de la mañana. Sunil Rastogi. Sunil Rastogi. Pero incluso ese nombre perdió su significado, acabó separado de su objeto, como una palabra cualquiera que se pronuncia una y otra vez.

Sucedió al quinto día, o puede que al quinientos. Habíamos salido de tala en mitad de la noche, a las tres de la mañana. Hacía fresco. Estábamos en el lado nepalí, justo en la frontera. Para entonces, ya llevábamos dos horas talando. Yo estaba patrullando la periferia de nuestra zona, con un cigarrillo en la boca, vigilando la jungla, vigilando por si aparecían guardias forestales, leopardos. Llegó la hora del descanso y la tala se detuvo. Las sierras y las hachas enmudecieron. Y en ese mismo momento me percaté de que la niebla avanzaba hacia mí, desde todas partes, tan repentina que de pronto no vi nada. Me invadió el desasosiego, había algo muy feo muy cerca, a un paso de mí. Agucé el oído, sin moverme, sin hablar, tratando de distinguir algo entre la niebla, y empecé a imaginar cosas. Cosas que se movían en la oscuridad. El pánico se apoderó de mí, rompí a llamar a mis hombres entre la niebla, pero no, no había nada. Continué la alocada carrera alejándome cada vez más, hasta que la niebla se disipó y descubrí que estaba solo y perdido. Y entonces oí una voz transportada en el viento. Sunil Rastogi, decía.

Ya no quería estar allí. No quería conocer a ese hombre. Quería volver a casa. Quería huir. Me di la vuelta en busca de un camino. Me di la vuelta para echar a correr. Agarré con fuerza el fusil que llevaba. Y entonces la vi. Algo que uno no podría imaginar ni en un millón de años. Era una chica. Una chica desnuda, con el pelo largo y oscuro, corriendo entre los árboles. Corriendo, a no más de diez metros de mí, de una blancura fantasmal a la luz de la luna, pasando por delante de mí. Parecía guapa, pero algo terrible flotaba sobre ella. Cuando vislumbré su cara, comprendí de qué se trataba: tenía el rostro contraído en una mueca espantosa, en un grito

mudo. Me quedé allí, paralizado, cuando cruzó frente a mí, y cuando me volví, siguiéndola con la mirada, vi un recuadro grande, rosado y ampollado en su espalda, donde le habían arrancado la piel. Continué mirándola, sobrecogido, hasta que desapareció en la niebla, y, cuando dejé de verla, el ruido regresó al mundo y yo gritaba aterrorizado y disparaba mi AK hacia el cielo oscuro.

Los hombres de mi cuadrilla maderera soltaron sus herramientas y se acercaron corriendo al oír los disparos. ¡Sí! Habían estado allí todo el rato. «¡¿Qué pasa?! —gritaron—. ¿Es un elefante? Un leopardo». Los miré incrédulo. ¿No lo habían visto? ¿La niebla? ¿La chica? Se miraron entre ellos. «¡¿Dónde habéis ido?! ¿Dónde estabais?», grité. Empezaron a mostrarse precavidos. Sus expresiones se volvieron cautelosas. «Aquí», dijo uno. «¿Dónde?», pregunté. «Aquí mismo», contestó. Otro de los guardias intervino, alzando la voz. «Enséñame el fusil», dijo. Parece que se ha encasquillado. Me arrebató el arma sin más y apenas un instante después estaban agarrándome por todas partes, empujándome hacia un árbol y atándome al tronco con una cuerda gruesa. Me pusieron una mordaza. Me vendaron los ojos. No podía moverme, ni ver, ni gritar. Todo cuanto pude hacer fue oír cómo se alejaban hasta que el silencio se impuso de nuevo en el bosque. Van a sacrificarme, me dije para mis adentros. Y entonces oí unos pasos. Pasos a través del bosque, en mi dirección. Cada vez más cerca. Hasta que se detuvieron delante de mí y oí una respiración tranquila, noté un aliento cálido, y me estremecí al escuchar mi nombre surgiendo de las profundidades del pecho de un extraño.

—Sunil Rastogi —dijo—. Así que tú eres el hombre que no muere.

Y sus manos arrancaron el trapo que me cubría los ojos.

17

Ese fue mi último recuerdo. Me desperté al cabo de cuatro días, tendido en el suelo junto a un canal, entre los mendigos, en el mercado de un pueblo que no reconocí, vestido con harapos, cubierto de mi propia mugre, con una botella vacía

de alcohol en la mano. Tenía los pies en carne viva, el cuerpo magullado. Era mediodía, el sol caía a plomo. En el mercado había mucho ajetreo y todos me ignoraron, tomándome por un borracho, por un chalado. Una vieja decrépita sin piernas se puso a chillarme. Me levanté tambaleándome y muerto de dolor. Mientras echaba a andar, cojeando, tratando de recordar cómo había llegado hasta allí, me detuve a mirarme la cara en el retrovisor de una moto. Por poco me muero del susto. Llevaba las mejillas llenas de arañazos, tenía los labios quemados y cubiertos de llagas. Era como si hubiese envejecido miles de años. Lo que vi fue al hombre que estás viendo ahora. Lo supe en ese instante: me habían arrebatado algo. Algo de aquí dentro, de mi cabeza. De aquí, de mi corazón. Incluso de aquí abajo, de mis huevos. Intenté recordar con todas mis fuerzas cómo había acabado así, pero de lo único de lo que me acordaba era de mi nombre. Sunil Rastogi. Pero ese no era yo. No era el hombre que había sido hasta entonces. Era un hombre que no tenía dónde caerse muerto, un hombre atormentado. Sin suerte. Quise pedir limosna y la gente me escupía. Puse tanto empeño en pedir limosna que la policía me dio una paliza. Me dejaron allí tirado, desangrándome. Me arrastraba por las acequias. Los perros callejeros me mordían. ¡A mí! ¿A mí? No…, a mí no, ya no quedaba rastro de mí. Me habían vaciado por dentro. Me escapaba de noche y atravesaba los campos. Dormía en templos y en edificios viejos. No soportaba estar rodeado de personas. Me acostumbré a dormir al raso, a la intemperie. Odiaba tener que dormir. El sueño estaba lleno de monstruos. Incluso cuando estaba despierto percibía que algo me observaba por detrás de los párpados. Pero, cada vez que intentaba comprender qué había pasado, mi cerebro se sumía en la oscuridad. Solo podía ver la vida con el rabillo del ojo. Sabía que tenía que huir.

18

Pero ¿huir adónde? Lo único que se me ocurría era ir hacia el oeste, hasta llegar a casa, de vuelta a donde todo empezó. Tienes que entender, Sunny Wadia, que en ese momento yo

estaba desesperado, era un hombre desesperado y asustado. La amnesia que me atormentaba era lo peor de todo, pero ya sé lo que estás pensando. ¿Volver a casa no era igual de peligroso? ¿No me esperaban para detenerme si aparecía por allí? Cabía esa posibilidad, sí, pero, al mismo tiempo, lo dudaba. La única que sabía que yo era un criminal era Señora-Señor, pero, con tal de protegerse a sí misma, nunca se le habría ocurrido pronunciar mi nombre. Además, tenía la impresión de que habían pasado años, de que todos los pecados habían sido olvidados. No, volvería a casa, demostraría humildad, tomaría posesión de las tierras de mi familia. Viviría una vida solitaria y sencilla. Esa idea me dio fuerzas durante todo el camino de vuelta al oeste, mientras robaba y mendigaba. Llegué al cabo de varias semanas. Cuál no sería mi sorpresa, Sunny Wadia, cuando llegué a Greater Noida y descubrí que no quedaba ni rastro de las tierras de cultivo, que pueblos enteros habían sido arrasados y que en su lugar se construían bloques enormes de apartamentos, y que proliferaban las mansiones para los antiguos campesinos. No sin apuros logré encontrar el lugar donde nací, descubrí que donde antes estaba la casa de pueblo ahora se erigía un complejo de imponentes verjas metálicas con cámaras de vigilancia en lo alto. Grité buscando a mi tío, llamándolo por su nombre; no hubo respuesta. Pulsé el timbre de la puerta y una voz me respondió. ¿Quién era? ¿Qué quería? Si no me marchaba de allí inmediatamente, saldrían con los perros. Aunque ya no iba vestido con harapos, ofrecía un aspecto lamentable en comparación con aquella visión magnífica. Una parte de mí pensó en dar media vuelta y marcharse, pero otra dijo: no, estas son tus tierras. Durante ese momento de indecisión, una puerta de la verja se abrió de golpe y apareció uno de mis primos pequeños, vestido con un traje deslumbrante, con gafas de sol, con un reloj de pulsera enorme y empuñando una arma gigantesca de fabricación estadounidense. Ah, dije, ¡o sea que lo llevamos en la sangre! ¿De qué hablas, puto loco? Le pregunté si no me reconocía. Sobre todo teniendo en cuenta que nos hallábamos en el lugar donde había nacido. Me dijo que, si no me largaba de allí, me pegaría un tiro. Acerté a sonreír al oír eso. Soy tu primo, dije. «¿Sunil?», oí la voz de una mujer a su espalda. Era la viuda de

mi hermano. ¡Gorda, enjoyada de la cabeza a los pies y vestida con pantalones vaqueros! Se conducía con aires de auténtica reina, ahora estaba al frente de la casa… Se me encendió la entrepierna al verla, se me aceleró el corazón…

19

Les dijo a mis primos que me dejaran entrar. En el interior de los muros del complejo, junto a los palacios de mármol de nueva construcción, nuestras viejas casas de ladrillo aún seguían en pie. Los búfalos aún se echaban sus siestecitas junto a los todoterrenos. Y, en el patio, nuestro viejo dadi desdentado dormía en un charpoy. Mi tío salió al oír todo el jaleo. Había engordado muchísimo y ahora era un hombre orondo. Llevaba tanto oro en el cuerpo que no sé cómo no se caía al suelo del peso. Todos mis primos formaron una fila, lanzándome miradas asesinas, con ganas de pelea. «Sunil, pobre diablo, chor sin remedio —se dirigió a mí mi tío—. ¿Qué es lo que quieres?». Le dije que no quería problemas, que había viajado a lugares muy lejanos y que ahora, al final de mis peripecias, deseaba volver a casa. Me contestó lo siguiente: «¡Aquí no queremos saber nada de ladrones!». Al oír eso monté en cólera, perdí la cabeza, me dejé llevar. Le dije: «Aquí el único ladrón eres tú, tío, porque estas tierras son mías y solo mías, y tú me las has arrebatado». Se echó a reír y no me hizo ningún caso. «Las bestias como tú no tienen derecho a tener tierras». Me quedé allí plantado, humillado, viendo que no iban a ceder ni un ápice. Me di cuenta de lo mucho que habían cambiado las cosas, del hombre tan débil, inútil y desgraciado en el que me había convertido. Todos empezaron a reírse de mí. Lo veían reflejado en mi rostro, la certeza de lo que me depararía el futuro a partir de entonces, vivir en la calle, como un vagabundo. ¿Qué podía hacer? Bajé la cabeza y me encaminé hacia la puerta para salir a la calle. Pero antes de cruzar el umbral oí a la viuda de mi hermano llamarme por mi nombre. Me volví otra vez y allí estaba ella, quitándose su gruesa cadena de oro. «Toma, por todo lo que hiciste en el pasado», me dijo. La acepté con humildad. Ella se acordaba de la persona que yo había sido. Cuando ella

compartía el lecho de mi hermano, yo apenas si había sido capaz de mirarla a la cara, por pudor. Aun en ese momento me costaba. Pero con esa cadena de oro en mi posesión empezaría una nueva vida. Sin embargo, mi alegría fue corta. Diez minutos después, mientras andaba por el camino de tierra, un Gypsy de la policía me interceptó el paso. Un hombre que encajaba con mi descripción le había robado una cadena de oro a una mujer.

20

Sí, mi tío había convencido a la viuda de mi hermano de que le hiciera el trabajo sucio. La policía me detuvo, cursó la denuncia, me dieron una paliza en el calabozo y me trasladaron a la cárcel de Dasna. Después de tantos años, después de todo lo que había hecho, me pareció que era lo apropiado. Que me atraparan justo donde había comenzado todo. ¿Y qué sentí en ese instante? Pues un auténtico alivio, ni más ni menos. Me habían quitado un peso de encima. Al fin y al cabo, era un ratero. Decidí abandonarme a lo que me deparase el destino. Olvidarme de la vida, que la cárcel llevara las riendas. Allí dentro, perdí toda ansia, todo deseo, ya no tenía necesidad de nada. Me dejaron tranquilo. Mi rostro, mis cicatrices, mi deteriorado aspecto me valieron que nadie me molestara. No era ni cazador ni presa. Vivía como un asceta. Los hombres que buscan carne fresca me ignoraban. Si llegaba a mirarme algún día en un espejo, sabía que allí no encontraría ni rastro del Rastogi de los Chaddi Baniyan. No me miré nunca en ningún espejo. Adopté un aire de indiferencia, de alguien que sonreía con condescendencia ante los desmanes de la juventud. Fue así como conocí a Sonu, el hermano de Manoj. Era un muchacho muy impulsivo, tal como lo era yo a su edad. Siempre estaba ansioso por encontrar a alguien que quisiera escuchar su historia. Yo le escuché. Dijo que había matado a un hombre en una reyerta. Había entrado en un concesionario de Delhi y se había peleado con un hombre por un coche; la pelea terminó con la muerte del tipo del concesionario. Sí, Sonu le pegó un tiro en la cabeza. Por eso no tenía esperanzas de que

lo pusieran en libertad a menos que consiguiese una importante suma de dinero. Dinero suficiente para sobornar a quien hiciese falta y lograr la libertad bajo fianza. ¿Y cómo vas a reunir ese dinero?, le pregunté. Solo hay una forma, me dijo, con una mirada ardiente, cargada de violencia. Haré que el inútil de mi hermano secuestre al behenchod responsable de todas nuestras desgracias y que luego pida un rescate por él. Al cabronazo ese de Sunny Wadia.

21

¿Ahora las cosas ya empiezan a aclararse un poco? Crees que te he contado esta historia tan enrevesada simplemente para llegar hasta aquí. ¡Pues te equivocas! Nuestras vidas están mucho más entrelazadas de lo que te piensas. Cuando Sonu me detalló su plan, casi ni le presté atención. Me recordaba a lo mismo que habría hecho yo en mis viejos tiempos, pero eso ya era agua pasada. No volví a pensar en aquello. Me traían sin cuidado sus sueños de venganza y de escapar de la cárcel, pese a todos sus tejemanejes. Sin embargo, todo cambió, Sunny Wadia, cuando vi tu cara. Ahí, en la pantalla de la televisión de la pared, en la celda de uno de los dadas internos. «¡Ahí está! ¡Es él! —gritó Sonu—. Ese es el cabrón que me jodió la vida. ¡Voy a vengarme!». Y todos empezaron a reírse de él. «¿Y cómo piensas vengarte? ¿Es que no sabes quién es?». «¡Es el cabrón que me destrozó la vida! —exclamó Sonu—. Nos quitó nuestras tierras con su dinero, nos echó a todos a perder». «No, no, no —fue la respuesta—. Eso no define quién es». «¡¿Quién es entonces?!». «¡Es el hijo de Bunty Wadia!».

Yo no dije nada mientras tenía lugar ese debate, pero, una vez de vuelta en la celda, fue como si algo me hubiera poseído. Me llevé a Sonu a un lado, lo miré a los ojos y le dije: «Consígueme la fianza». Me apartó de un empujón. «¡¿Que te consiga la fianza?! ¿Por qué?», dijo. «Consígueme la fianza», repetí. «¿¡Se puede saber qué mosca te ha picado!?», exclamó. «No me pasa nada —contesté—. Es solo que vuelvo a ser yo». «No dices más que tonterías», insistió él. «No, no digo ninguna tontería. Y ahora usa todo el dinero que tengas

para pagarme la fianza. Luego secuestraré a Sunny Wadia por ti».

22

Incluso un hombre tan limitado como Sonu quería saber por qué. Tenía que inventarme algo, así que lo entretuve contándole mi vida. Le dije que era un criminal despiadado tratando de pasar inadvertido y de cuyas acciones aún no se sabía nada. Pero que estaba empezando a ponerme nervioso. Llevaba allí demasiado tiempo. De manera que, a cambio de un pequeño porcentaje del rescate, estaba dispuesto a llevar a cabo el secuestro perfecto, entregarle el dinero a su hermano y salir por patas. Después de horas y horas tratando de persuadirlo, al fin logré convencerlo. A partir de entonces, no dejé que se alejara. Todas las noches, le contaba historias de lo que había hecho mientras él se arreglaba con su hermano para pagarme la fianza, hasta que por fin llegó el día.

Eso fue hace tres semanas. Y míranos ahora, Sunny Wadia, aquí, cara a cara. Pasemos a la pregunta que debes de estar haciéndote: ¿qué ocurrió en aquella cárcel? Cuando apareciste en la tele, ¿qué me ocurrió? ¿Cuál es el verdadero motivo de que esté aquí? ¿Me creerías si te dijera que fue tu cara? Tu cara me dijo algo. Tenías algo que me dejó paralizado. Desde ese preciso instante me sentí obligado, sin saber ni yo mismo por qué, a escapar y conocerte en persona. Tú, Sunny Wadia, tú eras en lo único en lo que pensaba. Tenía que llegar hasta ti, y no entendía por qué. Incluso durante las semanas que estuve vigilándote, urdiendo un plan, esperando el momento adecuado, seguía sin comprender la verdadera motivación de todo aquello. Ni siquiera sabía qué haría cuando te tuviera en mis manos. Hasta que se presentó la oportunidad. Tu amigo y tú, solos en ese Bolero, en mitad de la nada. La aprovechamos. Disparamos a tu amigo. Estrellamos tu coche. Te trajimos aquí. Te quité la venda y te miré a los ojos. Comprendí por qué estaba aquí. Recordé esos cuatro días olvidados.

23

¿Por qué no reclamé esos días que me fueron robados, esos días que me robaron la vida, cuando antes de eso no estaba en deuda con nadie y después no fui más que una envoltura? ¿Por qué no pregunté por ellos? ¿Por qué volví corriendo a casa como un perro apaleado? Te lo diré, Sunny Wadia: porque esos días fueron agujeros negros. Pero ahora aquí están, allí estaban, mostrándose ante mí en todo su esplendor una vez que se disipó la niebla. Sentí la mano del bosque arrancándome la venda de los ojos. Sentí mi cuerpo liberado de la cuerda y el árbol. Vi hombres a mi alrededor, todos vestidos de negro, con espadas, con fusiles; como suele decirse, armados hasta los dientes, con los ojos perfilados de negro y el pelo largo y oscuro recogido en un moño alto sujeto con chakrams, con muchos otros chakrams alrededor de los brazos y el cuello, como acólitos, como monjes. Me soplaron algo en la cara y en cuestión de segundos fui incapaz de hablar y de moverme. Aunque, curiosamente, tampoco sentí deseos de gritar. De pronto me vi transportado a través del aire sobre muchas manos, transportado a través del bosque, y perdí la noción del tiempo. Perdí la noción del espacio. Podían haber transcurrido horas o minutos. Podían haber cargado conmigo cien kilómetros o no habernos movido del sitio siquiera. Llegamos a un campamento —una serie de construcciones similares a barracones rodeadas de torretas de vigilancia y alambradas— situado en medio del bosque, en la hendidura de una quebrada. Me transportaron a través de las puertas, me llevaron a una habitación pequeña en la que había un colchón y una manta y me dejaron allí al amanecer. Salió el sol y vi sus sombras en el techo; luego lo vi ocultarse de nuevo. Había transcurrido un día entero. Durante ese tiempo, no pude hablar ni moverme en ningún momento. Sunny Wadia, estaba asustado. Nunca había tenido tanto miedo. Ser incapaz de gritar, de moverte, es insoportable. Una pesadilla. Pero era aún peor no saber qué me esperaba. Para mi alivio, mis extremidades empezaron a recuperar la movilidad cuando ya había oscurecido. Primero fueron los dedos de las manos, luego los de los pies. Los encogía y los estiraba, encantado con la sensación. Pero un nuevo temor

vino a sustituir aquella breve alegría. Recordé a la chica fantasmagórica corriendo a través del bosque con la espalda desollada, sin hacer ruido. Aún no podía hablar. ¿Me aguardaba la misma suerte? Intenté tranquilizarme. Eres Sunil Rastogi. El hombre más afortunado del mundo. Con aquello metido en la cabeza, conseguí ponerle freno a mis pensamientos descontrolados y me consolé con una realidad aún más sencilla: yo era un hombre, no una mujer. Aquello me alivió en lo más hondo. A partir de entonces presté atención, por si oía algo que pudiera darme una pista sobre dónde estaba. Es curioso, pero el día anterior, durante mi parálisis, no había oído nada. Solo el canto de los pájaros y los gritos de los animales. Me había preguntado si el campamento no estaría desierto, si no habría imaginado lo que creía haber visto. Pero comencé a oír voces humanas, gente que iba de aquí para allá. Me levanté, despacio. Tambaleante, me encaramé hasta los barrotes de metal, que me ofrecieron una visión tenue del mundo. Vi a aquellos hombres vestidos de negro por todas partes a la luz de faroles, empuñando sus armas, y más allá de la alambrada, una procesión de cuerpos femeninos; las sacaban de uno de los barracones y las subían a un camión. No estaban muertas, se entiende, sino esclavizadas. El picaporte de la puerta se movió. Me sorprendieron tal cual estaba, espiando.

—Así que eres tú —dijo la voz.

Fue entonces cuando lo vi. A aquel gigante.

—El que no muere.

¿Qué se supone que debía responder? Estaba paralizado. Tenía la sensación de que me habían pillado con las manos en la masa. Entró, con su kurta larga y negra, el pelo que le caía sobre los hombros, los ojos negros como el carbón, perfilados con kohl, con un tilak rojo y amarillo que le dividía la frente, y tuve que levantar la cabeza para verlo bien, estirar el cuello. Cautivo de él y del brillo de los anillos de sus manos. Himmatgiri. Dos de sus hombres lo escoltaban. Uno llevaba un taburete de madera, el otro un farol. Les hizo una seña y dieron media vuelta, nos dejaron solos con el taburete y el farol y cerraron la puerta. Mientras se paseaba por la habitación me percaté de que tenía un porte majestuoso, una elegancia felina. Tuve la sensación de que me conocía. Se

acercó. Yo estaba sin habla y seguía agarrado a los barrotes. Noté una acidez metálica extraña en su aliento. «¿Cómo es que no mueres?», dijo, colocando una mano en mi cabeza.

24

Me interrogó toda la noche, sentado en el taburete. ¿Qué podía decir? Tenía suerte. No se me ocurría otra palabra. Era un hombre con suerte. Él quería saber más. Dijo que un hombre como yo debería haber muerto muchas veces. Había estado siguiendo mi trayectoria desde Ballia, desde el asesinato de Shiv Kumar. ¿Cómo lo había hecho? Contesté que no tenía ni idea. ¿Qué sabía yo de la banda de los Chaddi Baniyan? Nada. Me lo había inventado todo. La banda, dijo, sabía ciertas cosas. Observaban ciertas disciplinas, sacrificios. No soy de ellos, dije. Pero, Sunil Rastogi, sonrió, eres un asesino de hombres. Me hizo volver atrás. Me hizo contarle la historia de mi vida. Desde que nací hasta aquel momento. Por eso puedo contártela así de bien, Sunny Wadia. Porque está ensayada. Sí, no me dejó descansar. El interrogatorio continuó hasta la madrugada, mientras la noche se deslizaba, escurriéndose poco a poco. Lo único que recuerdo es su voz. Cuando amaneció, me llevaron una bebida especial, espesa y de sabor fuerte, en una taza de barro. Él bebió conmigo. Regresó sobre ciertas cuestiones. ¿Qué pensaba cuando me enfrentaba a una situación límite? ¿Cómo tomaba mis decisiones? No lo sabía. No lo sabía. Parecía estar buscando una clave. Cuando el sol inundó mi celda, se fue. Me quedé allí tumbado, despierto, helado a la luz del día, repasando mi vida. No volví a verlo hasta la noche, cuando regresó con faroles y comida. Se sentó en el mismo taburete. «Creo que dices la verdad. Eres un recipiente», dijo.

25

Le suena el teléfono. Un momento, dice Rastogi.
Se aleja del taburete y responde.
—¿Sí?

Sonríe.

—Sí.

Mira a Sunny.

Manoj pronto estará de vuelta y todo esto acabará para ti. Deja que termine mi historia.

26

¿Por dónde iba? Ah, sí, Himmatgiri. Se sentó delante de mí y sonrió. «Creo que dices la verdad. No sabes de dónde procede esa magia. No sabes por qué no mueres. Pero has acudido a mí por un motivo, Sunil Rastogi», dijo. Se levantó del taburete y se acercó a mí, se agachó y se sacó una cadena que llevaba colgando por dentro de la ropa. Al final de la cadena había un anillo de oro, y engastado en ese anillo había una piedra de un verde tan intenso que te impedía ver cualquier otra cosa. «Has viajado toda tu vida para llegar hasta aquí y ahora estás a mi servicio», dijo. Me descubrí temblando. ¿Cómo iba a llevarle la contraria? «Pero no tardarás en marcharte», añadió. «¿Adónde?», pregunté, tratando de reprimir las lágrimas, porque estaba conmovido por su fe en mí. «Al oeste, adonde naciste. Confiarás en tu suerte, la suerte te ha llevado a todas partes», dijo. «Sí», susurré. «Y, cuando estés allí —prosiguió—, lo olvidarás todo hasta que veas un rostro; ese rostro guiará tu mano. Buscarás ese rostro y le darás un mensaje». «¿Qué mensaje le daré?», pregunté.

27

En el depósito, con esas palabras, Rastogi se levanta del taburete, saca del bolsillo unas cachas de marfil y, con dedos diestros, despliega la hoja mortífera.

—Dijo: primero será el mensaje del dolor.

Sunny empieza a retorcerse y a gritar.

—Luego, la historia de tu vida.

Sunny lucha, forcejea con las cuerdas buscando un resquicio de libertad.

Trata de levantarse arrastrando la silla con él, trata de sentarse de golpe para que se rompan las patas.

Algo.

Lo que sea.

Pero está desesperado y débil y nada funciona.

—Tu vida también es dolor. El dolor propio de nuestra tierra.

Rastogi se agacha hasta quedar a escasos centímetros de él y lo mira a los ojos.

—¿Y luego?, le pregunté. ¿Luego lo mato? Oh, no, contestó. Dejas que viva. Y le pregunté: ¿por qué?

Rastogi alarga el brazo y cubre la mejilla de Sunny con la palma de la mano.

Sunny solo oye el latido desbocado de su corazón.

No oye la moto a lo lejos.

—¿Lo oyes? —Rastogi se levanta de pronto—. Sí. Ya está aquí Manoj.

Se aparta de Sunny caminando de espaldas, hacia la puerta.

Retrocede.

Retrocede.

El ruido gana solidez, una moto a toda velocidad.

Rastogi pega la espalda a la pared, junto a la puerta.

—Cuando Himmatgiri me hizo ponerme de pie y me rodeó con sus brazos, fue entonces cuando se lo pregunté. ¿Por qué? ¿Para qué todo esto si hay que dejarlo vivo?

Tienen la moto prácticamente encima.

Sunny ve la luz sincopada del faro por debajo de la puerta.

—¿Sabes qué dijo, Sunny Wadia?

El motor enmudece.

Pisadas en el suelo de tierra.

—¡Sunil bhaiya, Sunil bhaiya! —Manoj irrumpe en el depósito loco de contento, con una bolsa de lona en los brazos, y pasa junto al agazapado Rastogi—. ¡Sunil bhaiya, lo tengo!

Se detiene en seco, ve a Sunny atado y chillando amordazado.

Sin darle tiempo a pensar, Rastogi sale de su escondite, agarra a Manoj por el pelo, le da un tirón hacia atrás y le raja el cuello. Hunde la hoja con saña hasta que la sangre mana a chorros de la arteria seccionada.

Manoj suelta la bolsa, se lleva las manos a la garganta, trata de decir algo, pero se ahoga con su propia sangre.

Rastogi le sujeta la cabeza hacia atrás, le aparta los brazos.

Sunny ve cómo la vida abandona a Manoj, lo contempla con los ojos muy abiertos y llenos de pesar.

Las piernas ceden.

Gorgotea.

Trata de echar mano a la pistola que lleva en la cinturilla, no lo consigue.

Pero ya está abandonando este mundo.

Rastogi lo acompaña hasta el suelo con cuidado.

Suelta a Manoj, ya inerte, se hace con la pistola, agarra la bolsa de lona con el dinero y se dirige a la puerta. Se vuelve en el último segundo.

—«Porque el rostro que verás», me dijo Himmatgiri, «es el rostro de mi hijo».

Cinco

Nueva Delhi, enero de 2008
EL REY ESTABA EXTREMADAMENTE ALTERADO

Mañana

1

Sunny se despierta desnudo con las chicas de anoche en la cama. ¿María y…? Ni siquiera se acuerda del nombre de la otra. Las atiborró de tanto vodka y LSD que, hacia el final apoteósico, ni ellas mismas se acordaban de cómo se llamaban. Las convenció para que se lo montaran entre ellas mientras él miraba, como en aquella escena de *Réquiem por un sueño*. Verlas así a las dos le puso muchísimo, sobre todo sabiendo que al día siguiente no podrían ni mirarse a la cara.

Es como un perro excavando un agujero fantasma. Una aguja hurgando bajo la piel para encontrar la vena.

Ahora la luz duele, el día duele, todo duele del carajo. Se levanta de la cama a duras penas y atraviesa a trompicones el suelo de mármol en dirección al cuarto de baño, más grande que todo el apartamento de María en South Ex. Se mete en uno de los cubículos de ducha que van del suelo al techo y que están diseñados para parecer cápsulas de teletransporte, pero que ese día parecen más bien una jaula psíquica como las que usaba Bacon para condenar a sus papas. En la ducha, mea larga e intensamente, con un chorro malévolo y cargado de pura mala leche, presionando las palmas contra el cristal, con la cabeza echada hacia atrás en un grito mudo, viendo cómo su vida se va por el desagüe.

Sale de la ducha y se envuelve en un albornoz del Langham que hay colgado en un perchero con ruedas en mitad del cuarto de baño.

Cuando vuelve a entrar en el dormitorio, las chicas ni siquiera se mueven. Mira a María, que está tumbada boca abajo. No siente nada. Aburrido hasta de su propio hastío, saca tres pastillas de Xanax de dos miligramos del alijo que tiene en su mesilla, se las traga con los restos de una cerveza, agarra un paquete de Dunhill, cruza la puerta del dormitorio, una bestia descomunal de casi tres metros de altura, silenciosa y batiente, y sale a los refrescantes pasillos de su ala de la mansión, un laberinto que recuerda a un museo, con pequeñas vitrinas selladas de cristal que contienen obras de arte: grotescas figurillas del desierto de Mojave, un trozo del muro de Berlín, un maniquí de mujer con un quimono de seda y una careta de esgrima suspendida en el aire con unas cuerdas para kinbaku, al estilo de las fotografías de Araki.

Abre una puerta que da a un espacioso salón de baile con una decoración chillona y recargada, de cincuenta metros de largo, con el techo adornado con lamparillas que reflejan el trazado de las constelaciones del cielo nocturno. Debajo, un archipiélago de sofás de terciopelo, enormes como camas, están esparcidos por toda la sala, ocupados por los cuerpos durmientes, dispersados como las víctimas de una secta en la que hubieran muerto envenenados. Una música chill-out suena bajito por el sistema de sonido instalado en las paredes, los paneles emplazados bajo el suelo vibran con los graves. Sunny se abre camino entre el caos, pasa la mano por la amplia curva de la barra de bar, la forma platónica de todos los clubes nocturnos que ha conocido. Al otro lado está Fabian, el gestor financiero de París, el que trajo Ashwin. Está recostado contra la pared con la mirada perdida y una ballesta armada en las manos. Sunny lo sortea y saca una botella de tequila del estante.

Se dirige a uno de los gigantescos ventanales con vistas a

los terrenos de la mansión. Como un emperador enjaulado, otea los jardines de césped perfectamente cuidado, el anfiteatro del otro lado, el refugio arbolado en el horizonte, los centenares de empleados que trabajan de manera incansable bajo la fulgurante luz del sol de la mañana de febrero, instalando carpas, montando mesas, construyendo el escenario en el que actuarán los artistas, organizando y abasteciendo los bares de bebidas, preparando la pequeña noria, las atracciones de feria: la sala de los espejos, el tren de la bruja, la galería de tiro.

Desenrosca el tapón de la botella y bebe a morro echando la cabeza hacia atrás. Respira hondo.

—A la mierda.

Vuelve a inclinar la botella, primero sobre los labios y luego sobre la cabeza, empapándose el pelo, mojándose los ojos de tequila, la barba, el interior del albornoz. Tira la botella al suelo y saca el paquete de Dunhill del bolsillo, se mete un cigarrillo en la boca, piensa en las consecuencias de mezclar tequila con fuego…

¡Plaf!

Una flecha de ballesta se incrusta en el techo.

Él se enciende el cigarrillo de todos modos.

Hoy es el día de la boda de Sunny.

En la celda de la cárcel, Ajay examina el traje sahariano por estrenar que está encima de su colchón. La piel de otra vida. Le han dicho que se lo ponga. Una escolta llegará en media hora. Lo llevarán en coche a la mansión de los Wadia y luego lo traerán de vuelta a la cárcel, antes de que anochezca.

Un permiso de un día por motivos familiares.

Él no tiene voz ni voto en el asunto.

Han solicitado su presencia.

No sabe por qué.

¿Qué hará allí cuando llegue? Tampoco lo sabe.

¿Le harán servir las bebidas?

¿Estar al lado de Sunny en todo momento?

¿O quedarse en la parte de atrás, con la cabeza baja, pasando inadvertido?

La absurda recompensa por cuatro años de leal silencio en

prisión preventiva.

—¡Que te diviertas! —le suelta Sikandar con una carcajada.

Si por él fuera, los mataría a todos sin ningún problema.

El hombre que compartía marco con su hermana en la foto del burdel ha sido arrancado. Ahora en la frase que figura al dorso solo se lee: «LO QUE SE TE HA DICHO». Se guarda la imagen de su hermana en el bolsillo interior. Agarra el cuello de la botella recubierto de papel de aluminio nuevecito, hace unos agujeros con un palillo, extiende el tabaco, espolvorea el Mandrax triturado por encima, lo enciende e inhala.

Sunny vuelve al dormitorio y las chicas siguen allí. Se pone enfermo solo de verlas. Mira el reloj de la pared. Las 8.52 de la mañana. Está previsto que la ceremonia de la boda empiece a mediodía en el gurdwara. Y ahí está él, empapado en tequila de la cabeza a los pies, fumándose un cigarro, viendo a María de espaldas a él.

La otra está tumbada en el otro extremo, hecha un ovillo, abrazándose a sí misma.

—Sé que estáis despiertas —dice.

Se levanta y saca la cajita de madera tallada de Cachemira que guarda en su librería, la lleva a la cama, extrae un espejito del cajón de su mesilla, una vieja tarjeta de American Express y un billete en yenes japoneses nuevecito. Solo cuando abre la caja descubre que ya no le queda coca de emergencia.

Son las 3.22 de la mañana en Londres y Neda está sentada a la mesa alargada de madera en el salón del loft reformado de Old Street al que ahora llama su hogar.

Sábado por la noche, domingo por la mañana.

Espera. No espera.

No podía dormir. Los universitarios han estado cantando, bebiendo y tirando los contenedores de basura en la calle. Se ha puesto la radio bajito, se ha fumado un cigarrillo, ha mezclado un poco de jengibre rallado y haldi en un cazo, ha hervido el agua, la ha dejado infusionar.

En ese momento está sentada a la mesa con la taza en las

manos, mirando las paredes de ladrillo visto, las alfombras persas desteñidas del suelo de madera, los elegantes puntos de luz, las plantas tropicales, reflexionando sobre cómo ha llegado hasta allí.

Su pareja, Alex, es el director de diseño de la pequeña agencia de publicidad del Soho en la que ella trabaja como redactora. Tiene treinta y cinco años. Escocés. Un hombre con la cabeza bien amueblada, una personalidad metódica, pero también es juguetón y tiene un gran sentido del humor. Le gusta la vida al aire libre. Le gusta hacer snowboard. Se fijó en ella desde el primer día. Se mostraba amable con ella, respondía por ella cuando se equivocaba, la miraba como si quisiera conocerla de verdad. Fue algo que pasó, sin más. Ella dejó que sucediera. No lo ama. O tal vez sí. No importa.

Neda trabaja mucho. Nunca dice lo que piensa. Mide muy bien sus palabras, las vigila como un halcón. Intenta ser metódica ella también.

—A veces pienso que es como si fueras dormida al volante —le dice él.

—Eso es muy poético.

—Como si te cayeras de sueño justo cuando te vienen unos faros de frente.

—¿Eres tú el coche que viene de frente? —le pregunta ella, acariciándole el pelo.

—Creo que soy más bien el coche que va detrás.

—Pues entonces eso te convierte en un voyeur.

Hace mucho tiempo que no toca el dinero de los Wadia. Cortó en trocitos sus tarjetas de crédito, las de débito. Dejó de reunirse con Chandra y Chandra dejó de llamarla. Incluso dejó de buscar el nombre de Sunny en Google. Vivía con una espada de Damocles encima. Pero ellos dejaron de perseguirla, sin más. La dejaron en paz. Era como si su vida anterior no hubiese existido jamás.

Y entonces se enteró de la noticia. Sunny iba a casarse. El puto Facebook. Los viejos amigos de Delhi que la habían añadido a lo largo de los años anteriores, esa había sido su debilidad, el vínculo que mantenía. Entonces vio las fotos que habían subido. El mehendi, el sangeet. La casa de campo y su piscina. Y eso volvió a reactivarlo todo. Y ahora está despierta. A la espera de que llegue el día en sí. A la espera

de algo. Viviendo otra vez en el huso horario de la India.

Oye el ruido de las llaves en la puerta.

Es Alex, que vuelve a casa después de la noche de póquer con los amigos.

—Joder, ya van dos noches seguidas —dice al verla.

Lleva un puntillo simpático. Huele a colonia, a whisky y a humo de habano.

Ella se vuelve despacio.

—No estaba esperándote despierta, si es eso lo que te preocupa.

Se acerca a saludarla, le recoge el pelo en las manos, la besa en la nuca.

—¿Sigues sin poder dormir?

Ella se encoge de hombros, hace caso omiso de la pregunta.

—¿Qué novedades traes tú?

—Las novedades son que soy cada vez más pobre y más viejo.

—¿Cuánto has perdido? —le pregunta.

—Bastante —dice, y luego se corrige a sí mismo—: No, ahora en serio, no es para tanto.

—Al menos hueles a haberlo pasado bien.

Él se dirige hacia el mueble bar.

—¿Te apetece la última antes de irte a dormir?

Ella niega con la cabeza.

—No.

—¿Puedo preguntarte algo? —El alcohol le ha desatado la lengua—. ¿Antes eras alcohólica?

Neda lo mira con una sonrisa serena y plácida.

—¿Y eso a qué viene?

—Es una pregunta lógica.

—Si lo hubiese sido, aún lo sería.

—¿Adicta a las drogas?

—No.

—¿Y entonces?

Alex se sirve una copita de coñac, la inhala, se va al dormitorio.

—Una cobarde en rehabilitación —contesta ella.

Cuando se despierta, María ve a Sunny recostado en una

butaca de cuero vintage, con el albornoz entreabierto, fumando, con la mirada perdida.

—Teresa —dice y rueda por la cama para zarandear a Teresa y despertarla.

María es de Ciudad de México y hace un año que dirige un restaurante en Delhi. Teresa es de Madrid y lleva tres meses recorriendo el sur con la mochila a cuestas. Cuando aterrizó en Delhi hace tres noches, el taxista le pegó un sablazo, la dejó tirada en un descampado y luego unos tíos que le daban muy mala espina la siguieron a su hotel de Paharganj. La gente ya le había advertido sobre la ciudad, sobre lo dura que era. A la mañana siguiente se fue a una agencia de viajes y reservó un autobús a Jaipur. Acto seguido entró en un cibercafé y buscó cualquier cosa que le recordase a casa, lo que fuera. Un restaurante mexicano en South Ex se parecía bastante. Pasó el día en los Lodhi Gardens, en el Khan Market y en la tumba de Humayun, y salió a cenar a las siete. Cuando entró en el restaurante, a Teresa le sorprendió el diseño moderno y la joven mexicana que dirigía el local. Aquello no se parecía en nada a la Delhi que esperaba encontrar. Como era temprano y el establecimiento aún estaba vacío, María se fue directa hacia ella. La autoridad de María y el alivio de poder compartir el mismo idioma hizo desaparecer de un plumazo el cansancio y la soledad de Teresa. María se ocupó de servirle a Teresa lo mejor de lo mejor: gorditas, tacos de cabeza de borrego, tamales oaxaquenõs. Cada vez que tenía un respiro atendiendo las mesas, se sentaba con ella a beber una cerveza. Se pusieron a hablar de la India; harta de Delhi a aquellas alturas, María se alegró de oír las quejas de Teresa y, a sabiendas de que la clientela india, angloparlante y de alto poder adquisitivo, no podría entenderla, se desahogó ella también. Una vez liberadas de esa carga, pasaron a hablar de lo que más les gustaba del país. Aún seguían hablando cuando el resto de los clientes fueron desapareciendo. María sacó una botella de mezcal.

—¡Mañana tengo que irme a Jaipur! —exclamó Teresa.

María decidió que eso era imposible.

—Tú te quedas conmigo, al menos esta noche —le dijo.

Teresa se limitó a sonreír y dijo que vale.

En el coche de camino a casa de María, a Teresa le pareció detectar una vibración especial.

—Tengo a alguien —dijo, sintiéndose como una idiota en cuanto las palabras salieron de su boca.

María la miró sin comprender.

—¿Alguien?

—Esperándome en casa.

—¿Chico o chica?

—Chico.

María asintió y sonrió, pero no dijo nada más.

Teresa se quedó frita en el sofá.

Por la mañana, María le llevó café y dijo que enviaría a Teresa con uno de sus conductores al hotel, a recoger sus cosas.

—Quédate aquí en mi casa unas noches —le dijo—. Sin ataduras ni obligaciones de ninguna clase. Solo hay una cosa: tengo que ir a la boda de mi socio capitalista. Y necesitaré acompañante.

—¡Una boda india! —exclamó Teresa—. ¡Fui a una en Kottayam!

María pestañea entre la nebulosa de la resaca y zarandea a Teresa para que se despierte.

—*Oye.* [*]

Teresa abre los ojos. Mira a María con asco indisimulado.

Se levanta de la cama, empieza a vestirse.

—*Ya me voy*.

—*¿A dónde?*

—*A la recámara.*

—*Yo también.*

Teresa no la mira.

—*Quiero estar sola*.

Sunny mira fijamente a María mientras Teresa se va.

—¿Qué ha dicho?

María se levanta de la cama de un salto, tapándose los pechos, y recoge su ropa ella también.

—Que quiere estar sola.

—¿Por qué?

—Y yo igual.

—¿Por qué?

—¿Por qué lo has hecho?

—Lo has hecho tú.

Ella se vuelve hacia él.

—¡Es el día de tu boda!

—¿Y qué?

—Yo no quería esto.

—Pues anoche no lo parecía.

—Estás enfermo.

Él se limita a quedársela mirando y a sonreír.

—A ti hay algo que no te funciona bien en la cabeza —sigue diciendo ella—. Lo que tenga que hacer yo, eso forma parte de los negocios. Pero ¿por qué meterla a ella en esta mierda?

—No sabía que fueses una pedazo de bollera —le dice.

—Tú no sabes nada de mí. ¿Sabes que no va a volver a hablarme en la vida?

—¿Y a mí qué me importa?

—*No mames, güey.* —Se pone el vestido, recoge las bragas y el sujetador, se encamina a la puerta—. Nunca había conocido a nadie tan enfermo como tú.

—Comefelpudos de mierda… —le dice él.

—*¡Chinga a tu madre!* ¡Cómeme el rabo!

—Cómeme el mío —le contesta él.

Ella abre la puerta de un tirón.

—No, en serio —le dice él, con voz fría y distante—. Cómeme el rabo o te cierro el restaurante y luego te echo de ese apartamento y hago que te retiren el visado.

Ella se queda paralizada en la puerta.

—No puedes hacer eso.

—Sabes que sí.

Se vuelve para mirarlo a la cara.

—¿Por qué?

—Mi polla no es lo bastante buena, ¿es eso?

—¿Por qué haces esto? —murmura ella.

—Porque eres una puta.

—No puedes hacerle esto a la gente. —Ella niega con la cabeza y luego sale por la puerta.

Eli está sentado en el borde de la encimera metálica de la cocina del personal, tomándose un Nescafé, cuando ve a Teresa salir huyendo en el monitor de la cámara de seguridad instalado en el rincón, en lo alto de la pared. Hace una rotación con el hombro dolorido por culpa de los perdigones, la zona que recibió la mayor parte de la descarga de la escopeta, y masculla:

—Puto Sunny Wadia. —Luego se dirige a los cocineros—. Vosotros no visto nada, ¡vale!

En los últimos meses, la puerta del dormitorio de Sunny ha sido fuente de gran entretenimiento para los cocineros. Eli ha advertido cómo miran hacia el monitor por acto reflejo mientras trabajan. Otro monitor, en el rincón opuesto, está enfocado hacia la entrada del salón de baile, pero eso no los distrae en absoluto. Es en el dormitorio de Sunny donde sucede la magia.

Esa mañana se ven recompensados con la imagen de una chica extranjera que corre semidesnuda huyendo de allí a toda prisa.

Se sonríen unos a otros en mutuo regocijo.

—Salvajes —dice Eli.

Se baja de la encimera de un salto y tuerce el gesto ante los vestigios de dolor. La clavícula rota, el neumotórax.

—Tiene usted suerte de estar vivo —le había dicho el médico.

No se había sentido como un hombre con suerte al despertar en aquel hospital, sin saber si Sunny estaba muerto, teniendo que dar explicaciones a la familia, fingiendo que sufría amnesia durante un tiempo. No se había considerado alguien con suerte hasta que oyó que habían rescatado a Sunny con vida. Hasta que consiguió recuperar el dosier del compartimento oculto de su coche.

Aun así, había pasado una temporada como un hombre caído en desgracia. Suponía que lo pondrían de patitas en la calle. También se le había pasado por la cabeza renunciar,

pero había descubierto que no podía dejar a Sunny. Tenía que ver cómo acababa aquello, seguir hasta el final.

Oh, mierda.

En el monitor: María largándose de allí.

Se tardan cuarenta y dos segundos en llegar a la habitación de Sunny. Sesenta pasos exactos. Eli cuenta cada uno de ellos, con las manos entrelazadas a la espalda. Se cruza con la chica en el número veintisiete, la saluda respetuosamente mientras ella se seca las lágrimas y, cuando llega a la puerta, inspira hondo, se tapa los ojos y mira por entre los dedos.

—Toc, toc —dice—. ¿Se puede entrar sin miedo?

Espera que le grite.

Cuando no oye nada, empuja la puerta unos centímetros. Intenta quitarle hierro al asunto.

—Sunny Wadia, última noche de libertad, ¿sientes como león? ¿Sí?

Pero una vez dentro ve a Sunny en el borde de la cama, con un billete enrollado metido en la nariz y una rayita de polvo de color azul sobre la superficie de un pequeño espejo, debajo.

—¡Oh, no, amigo mío! —Eli se precipita hacia delante—. Esto no es normal.

Para cuando llega al lado de Sunny, no queda rastro de la rayita azul, que ya ha desaparecido aspirada.

—¿Qué es esto? ¿Inhalas Xanax ahora? Tú estás loco. —Eli le quita el espejo mientras Sunny se desploma hacia atrás y cierra los ojos—. ¿Cuánto has tomado?

Registra los bolsillos del albornoz de Sunny en busca de la caja.

—¡Estás sudando tequila, baba! ¿Por qué así eres? ¿Tengo que ir buscar flumazenil?

—Flumazenil —repite Sunny con la voz pastosa.

—Tú vas templo en tres horas.

—Gurdwara…

—Templo, gurdwara. Como se llame. Dios está mirando a ti. Papá está mirando a mí.

—Déjame…

—Vamos. Vamos a darte ducha fría.

Arrastra la masa de Sunny hacia el cuarto de baño.

Lo empuja al interior del cubículo de la ducha.

Abre el grifo del agua fría.

Eli ni se inmuta ante la visión de Sunny desnudo y drogado, sus lorzas de grasa, sus cicatrices aún recientes. Se desprende de su propia cartera y del teléfono y se mete en la ducha, completamente vestido, con él. Coge la pastilla de jabón y empieza a frotar.

Lo que sí le afecta es el ansia de autodestrucción de Sunny.

Aun así, intenta quitarle hierro.

—Estaba al otro lado de la línea enemigo en Líbano una vez —grita para que le oiga por encima del agua corriendo—. Solo yo. No oficial. Envían a mí porque parezco árabe. ¿Sabes eso? En verdad no tuve elección. Esto entre tú y yo. Hago algo muy muy malo. Ahora dicen, vas a cárcel o vas a Líbano. Tú decides. Elijo Líbano. Casi muero. ¡Dos veces! —Le da un par de cachetes en la cara—. Pero ¿sabes qué? Hasta Líbano mejor que frotar ojete de Sunny Wadia.

Nada. Sunny ni siquiera reacciona.

Eli cierra el grifo y contempla aquella figura impía.

—Duerme como bebé. Es hora de flumazenil.

El flumazenil se ha convertido en un elemento esencial para la vida desde el secuestro de Sunny.

Flumazenil: eficaz antagonista del receptor de las benzodiazepinas capaz de inhibir la actividad en el receptor del complejo GABA/benzodiazepina, el sitio de unión específico de las benzodiazepinas.

Alias: eficaz en la reversión de la sobredosis por Xanax de Sunny.

Hace efecto al cabo de uno o dos minutos; un ochenta por ciento de respuesta al cabo de tres.

Eli tiende a Sunny sobre el suelo del baño, coge una ampolla, una jeringuilla y un torniquete elástico del frigorífico de fármacos.

¿Cuántas veces habrá hecho eso mismo en los más o menos siete meses que han pasado desde la liberación de Sunny?

¿Cinco? ¿Ocho? Ha perdido la cuenta.

Prepara la jeringuilla, ajusta el compresor elástico para

encontrar la vena.

Clava la aguja.

El teléfono del dormitorio empieza a sonar.

Eli inyecta la solución en el torrente sanguíneo de Sunny, al instante retira el torniquete.

El supletorio del cuarto de baño comienza a sonar también.

—Creo que es para ti —dice Eli.

Y Sunny empieza a gruñir como un perro.

—Vale. Ya cojo yo. Digo que estás cagando, ¿sí? —Se incorpora y levanta el auricular con una enorme sonrisa falsa —. ¿Diga? —responde con voz atronadora—. Al habla Eli. —Permanece un rato a la escucha—. Sí, señor. Sí, señor.

Sunny abre los ojos. Respira profundamente. Se incorpora, desnudo.

Se frota la cara.

—Quiero una Coca-Cola Light —dice.

—Sí, señor, un segundo, acaba de entrar ahora. —Tapa el auricular y habla en un susurro—: Es tu padre. Quiere hablar contigo.

Sunny suspira, deja caer la cabeza, coge el teléfono.

—Dime. Ahora mismo bajo.

2

Sunny se planta delante de Bunty Wadia, más o menos despierto.

Con los ojos, la cara y la resaca que se espera del día de la boda.

Hay masajistas y esteticistas para arreglar esos detalles estéticos.

Pero ¿qué se puede hacer con su alma?

Desde el rescate de Sunny, él y Bunty apenas han cruzado una palabra.

Bunty ha adoptado una actitud indulgente, compasiva.

Le ha dado a Sunny espacio y tiempo.

Ha jurado dar caza a Rastogi.

Estuvo presente mientras Sunny daba parte de lo sucedido, durante su tratamiento para la deshidratación, las fisuras en las costillas, la muñeca rota, las heridas infectadas.

Habían colocado un dispositivo de seguimiento en la bolsa con los billetes.

Lo habían encontrado, sin rastro del dinero, junto a la moto de Manoj.

Habían llamado a un dibujante para que hiciera un retrato robot de la cara que había visto Sunny.

Pero ¿y qué hay de las caras que ve cuando cierra los ojos?

Manoj, desangrándose.

Palabras perdidas que gorgotean con burbujas de sangre rosada en su boca.

Y la otra cara.

Aquella cuyo nombre no pronuncia en voz alta.

Sunny le dijo a Bunty, a la policía, a todo aquel que quisiera escuchar, que todo había sido por las tierras.

La historia cuadraba.

El hermano de Manoj, Sonu, estaba en la cárcel.

Localizaron al tío de Rastogi.

Tampoco tardaron en llegar hasta Sukanya Sarkar, con su terrible secreto.

Pero a pesar de todo eso, a pesar de la policía, de los confidentes, de los informadores, de los infiltrados, de los soplones, Rastogi se esfumó. Lo habían visto en un par de sitios, habían dado con algún que otro rastro, pero nada más.

¿Por qué?

¿Cómo había podido escaparse tan fácilmente?

Tal vez faltaba una parte fundamental de la historia.

La parte que empieza con Ajit Singh y termina con…

—Ya lo sé —dice Bunty—, las cosas no han sido fáciles para ti, desde el incidente con ese…

Sunny siente un escalofrío ante la omisión del nombre.

—Pero lo encontraremos, le echaremos el guante —continúa Bunty.

—Lo quiero muerto —dice Sunny.

Bunty le sostiene la mirada a su hijo.

—Eso es cuestión de tiempo.

«Lo quiero muerto».

Es como una canción pegadiza, una cantinela incesante.

Invade su cerebro en la oscuridad, igual que tantas otras cosas más que prefiere callar…

—Pero no es de eso de lo que quería hablar —dice Bunty—.

Quiero hablar del futuro. Hace ya tiempo que te convertiste en un hombre, pero hoy, con este enlace, te convertirás en mi heredero.

Por supuesto, Sunny tiene sus sospechas. Sospecha que Bunty sabe más de lo que da a entender.

Y, aunque Bunty le trata con más amabilidad, Sunny lo mira con justificado desprecio.

Es superior a él.

«Mataste a mi hijo. No eres mi padre».

«O tal vez no lo mataste. Y sí lo eres».

No sabe qué es peor.

No puede más.

De ahí el Xanax, el flumazenil.

De ahí la propagación del dolor.

—Y quería decirte que tenías razón —le dice Bunty—. Tenías razón sobre nuestro futuro. Tenías razón sobre lo de dejar atrás U. P. En parte, ese es el motivo de este enlace. Con este matrimonio, nos aliamos con el Punyab. Y, gracias a lo que hiciste por mí con Gautam Rathore, Madhya Pradesh puede ser nuestra. Lo que decidas hacer tú…, tómate el tiempo que necesites. Hoy no solo entras a formar parte de una familia, sino de la vida de una mujer. Confío en que ella sabrá cuidar de ti. Confío en que te dará un hijo. Pero lo que hagas a continuación, eso es cosa tuya. Podemos dejar atrás U. P. Ram Singh es agua pasada.

—¿Y qué hay de…? —Sunny cierra los puños—. ¿Vicky?

—Hoy va a ser la última vez que tengas que verlo.

—¿Por qué?

—Voy a vender la azucarera.

—¿Por qué?

—Es algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Sunny entrelaza los brazos tras la espalda. Respira larga y profundamente.

—Debería irme.

Se vuelve a medias.

—Debería haberte protegido.

Bunty pronuncia esas palabras con más emoción de la que Sunny ha percibido jamás.

—Debería haberte protegido —repite Bunty.

—¿Cuándo? —replica Sunny.

—Cuando te envié a la azucarera. Cuando Vicky…

Sunny cierra los ojos con fuerza un instante.

—Sabía lo que Vicky hacía —dice Bunty—. No debería haberte enviado.

—Pero lo hiciste.

—Todo lo que he hecho desde entonces ha sido para protegerte.

Sunny asiente sin convicción.

—Debería irme.

—Puedo parecerte duro.

Sunny no aguanta más.

—Voy a llegar tarde.

Se da la vuelta y se dirige a la puerta.

—Pero soy tu padre y tú eres mi hijo.

De regreso en su habitación, Sunny busca su teléfono. Llama a Eli.

—Tráeme whisky. Tráeme coca.

Se mece hacia delante y hacia atrás mientras aguarda.

3

Neda ha pasado las últimas horas leyendo todos los cotilleos en internet. Los retazos de información en los tabloides de Delhi. Los periódicos del Punyab. Ahora ya lo sabe todo sobre la novia, como que conduce una Enfield y que juega al golf. Farah Dhillon, reina rebelde del ambiente social de Chandigarh, con su cara en forma de corazón y su sonrisa aviesa.

Está enfadada consigo misma por lo que siente, ese dolor.

Evoca Delhi a finales de invierno. El aire fresco, los cielos de un azul tenue, una bruma indolente que baña el césped bajo el débil sol de la mañana. Su padre, fumándose un cigarrillo en alguna parte. Sunny en alguna parte. Vuelve a abrir su portátil, entra otra vez en Facebook, mira deslizándose por la pantalla las fotos de la fiesta en la casa de campo de Sunny que han publicado por la noche. No reconoce casi nada, pero ahí está esa piscina otra vez. Ve a

parte de los amigos de siempre, botella en mano. Más extranjeros de los que solía haber. Ni una sola foto de Sunny.

Piensa en esa piscina. Piensa en Ajay. Lo considera uno de los suyos.

Son las cuatro y media de la mañana.

Se enciende un cigarro, se acerca a la puerta del dormitorio, aguza el oído y oye los leves ronquidos de Alex. Vuelve a salir y se queda de pie junto a la ventana. Contemplando la cortina de lluvia. Esperando que empiece el día. Esperando que se acabe el día.

¿Y luego qué?

Seguir adelante, supone.

Examina el carrito de bebidas, escoge la botella de Absolut, la mete en el congelador, se enciende otro cigarro.

Eli abre la puerta cinco minutos después, vestido con otra ropa. Una camisa hawaiana, vaqueros negros ajustados. Lleva una bandeja con una botella de Yamazaki de cincuenta años, una cubitera con hielo, un vaso de whisky y dos latas de Coca-Cola. Lo deja todo en la mesita de centro.

—Todo como pediste.

—¿Dónde está la coca?

Señala las latas.

—Ahí delante, cabronazo.

—Gilipollas —dice Sunny mientras se echa hielo en el vaso y sirve el whisky—. Quiero cocaína.

—¿Qué soy? ¿Camello? No tengo.

—Pues vete a por ella.

—¿De dónde la saco?

—De uno de esos capullos del salón de baile. Es mía de todos modos.

Mientras Eli va a por la coca, Sunny se bebe un vaso grande de whisky. Su intención es llegar a ese estado en que su consciencia penda de un hilo y luego traerse de vuelta con una raya monumental.

La fuerza de la coca será como emerger de entre las olas.

Para cuando vuelve Eli, ya va por la tercera copa.

—Tú estás matando tú mismo —dice Eli, sentándose a su lado.

Sunny tiene la mirada fija en el suelo, con los ojos vidriosos.

—Me da igual. —Levanta la vista—. ¿Dónde está la coca?

Eli se saca una bolsita del bolsillo de la camisa, la deposita encima de la mesa.

—¿Sabes qué he tenido que hacer por esto? Un tío quería dispararme con ballesta.

Sunny levanta la bolsa y la pone al trasluz.

Casi un gramo entero.

—Cabrones. —Sus movimientos son torpes. Arrastra las palabras—. Dame un espejo y una tarjeta.

—Por favor…

—Que te den.

—¿Y si me das las gracias?

—Que te den.

—¿Sabes qué? —Eli va a buscar lo que Sunny necesita—. No puedes hablar así a persona y esperar seguir con vida. —Se señala el pecho—. Yo recibo escopeta por ti. Ingreso en hospital. Miento a tu padre. Escondo tu secreto. Hago todo lo que dices. Tú no das gracias ni una sola vez.

Limpia el espejo con un clínex, vuelca la coca, corta tres rayas enormes, enrolla un billete.

—Que te den —dice Sunny arrastrando las palabras.

—¿Por qué haces esto? —insiste Eli, conforme le tiende el billete—. Sabes que, cuando gente habla a mí así, corto su lengua.

Sunny sonríe con satisfacción. Se agacha para aspirar la primera raya con un ojo cerrado. No acierta.

—Crees que estoy de broma, joder —dice Eli—. Pero no, hablo en serio. De verdad. Corto su lengua, se la meto por garganta. Los veo atragantarse con ella. Ningún problema. Duermo perfectamente. Sueño con gatitos.

Esta vez Sunny lo consigue. Se mete la raya entera.

—Pero a ti —prosigue Eli—. A ti yo no hago nada. ¿Sabes por qué?

Sunny levanta la vista y lo mira con la falsa claridad de un

cerebro que revienta de coca.

—¿Por qué?

—Porque ya tú te jodes a ti mismo.

Sunny se recuesta hacia atrás, cierra los ojos.

—Sé reconocer el sufrimiento cuando yo veo, amigo mío —dice Eli.

—Ya puedes irte.

Eli se dirige a la puerta.

—¿Sabes qué? Creo que antes tú eras buen tío.

Sunny niega con la cabeza.

—Tú no sabes quién soy.

Ahora sujeta en la mano la ecografía de su hijo nonato.

Sujeta el informe.

Nombre de la paciente: Neda Kapur.

Una última cosa, una duda.

Tiene que saberlo.

Saca su teléfono, marca el número que figura en el informe.

Neda tiene el teléfono encima de la mesa, delante de ella.

El cigarro consumiéndose en su mano.

Cuando suena —número desconocido— contesta de inmediato.

Clarividencia.

Desesperación.

Se lo acerca al oído.

Oye el silencio de una habitación sellada, de una mente sellada. Y todos esos putos años.

¿Y si la hubiese llamado una vez? ¿Solo una vez?

Lo oye respirar.

Con una respiración pesada pero regular. Brutal.

El mar, la arena, el fuego.

—Sunny —dice.

Lo último que quiere hacer es llorar.

Fuerza una sonrisa falsa.

—Me han dicho que hay que darte la enhorabuena.

Nada.

Espera.

Y espera.

Él sigue respirando.

¿Es que piensa quedarse en silencio después de todos esos años?

Entonces habla.

—Necesito que me digas una cosa.

Una voz extremadamente comedida, extremadamente aséptica.

Neda siente como si volviera a hundirse, a desaparecer.

La aguja del anestesista clavada en su vena.

Alguien le saca las entrañas.

Apaga el cigarrillo, se levanta y se va al congelador, apoya el teléfono entre el hombro y la oreja.

Saca el vodka helado. Lo lleva a la mesa con un vaso de chupito.

Qué inesperadas las vueltas que da la vida.

Inclina la botella, vierte el vodka en el vaso. Se lo bebe de un trago.

—¿Qué quieres saber?

Se sirve otro chupito.

—¿Mataste a mi hijo?

La brusquedad, la indecencia de la pregunta.

Le provoca risa.

—¿Te parece gracioso? —le dice él.

—No —lo corta ella—. Nunca tuvo ninguna gracia. Nada de lo que pasó.

Se acerca a la ventana, mira la calle mojada, las luces anaranjadas. Pasa el autobús de la línea N55, los obreros madrugadores sentados con aire sombrío en el piso de abajo, unos jóvenes que vuelven de fiesta en el de arriba. Se bebe el chupito de golpe una vez más.

—¿De verdad me llamas para eso? ¿El día de tu boda?

—¿Lo mataste?

Silencio. Neda hace acopio de fuerzas.

Siente la quemazón del vodka, cómo se le calienta poco a poco la tripa.

—Deberías habérmelo dicho.

Incrédula.

—Vete a la mierda —le espeta—. ¿Que debería habértelo dicho? ¿Que *yo* debería habértelo dicho? ¿A ti? Vete a la

mierda. Tú me abandonaste, joder. Después de todo lo que hicimos y lo que dijimos, después de todo por lo que pasamos. Tú me abandonaste, ¿te enteras? Creía que me querías. Lo creía sinceramente. Creía que no hacía falta que lo dijeras porque era verdad. ¿Y qué hiciste tú? Me dejaste ahí tirada.

Una pausa.

Y luego una voz plana, insensibilizada.

—Yo no lo sabía.

—Pero ¿tú oyes lo que dices? —Regresa a la cocina, busca un vaso más grande, se sienta a la mesa y sirve el vodka—. Estoy cansada, Sunny.

Y la voz de él deja entrever una grieta minúscula.

—Yo no lo sabía.

Neda cierra los ojos.

Así que es verdad.

El impacto, en ese instante, es profundo.

Pero pasa.

—Ahora ya no importa —dice ella—. Pero ¿cuándo te enteraste?

La lluvia resbala por la ventana.

Él no contesta.

Ella se enciende otro cigarro.

—Es guapa, tu mujer.

—Dime una cosa más —pide él con calma—. ¿Él te obligó a hacerlo?

Neda ha pasado por esto un millón de veces.

—¿Te obligó?

—Quieres echarle la culpa a alguien —dice ella—. Lo entiendo.

—¿Te hizo hacerlo? ¿Fue él? ¿O fuiste tú?

Lo oye meterse una raya.

—¿Qué importa eso?

—Mi hijo está muerto.

—Mi hijo también está muerto. Todos pagamos de algún modo.

—¿Fue él? —dice—. ¿Te obligó a hacerlo?

—Vamos a jugar a un juego, Sunny. Una respuesta a cambio de otra. Te diré lo que quieres saber. Lo único que tienes que hacer es contestarme a mí también: ¿ha valido la

pena? Todo lo que has hecho, la vida que llevas, toda la gente que te quería y a la que dejaste tirada, ir dando bandazos y saltando de una cosa a la siguiente, buscando siempre a alguien a quien echarle la culpa. Mostrándoles tu corazón roto, mostrándoles lo que te habían hecho, para luego hacérselo tú también a ellos. Haciendo balance, ¿ha valido la pena?

—¿Él o tú?

—Pareces convencido de que todo se reduce a eso. ¿Quién hizo la elección, él o yo? ¿Él o yo? ¿Cuál de los dos mató a nuestro hijo? ¿Estás triste, Sunny? ¿Te sientes perdido? ¿Conocer la respuesta cerrará la herida? Bien, pues esta es mi respuesta, Sunny. Esta es la verdad. —Neda levanta la vista y ve a Alex observándola desde la puerta, pero es demasiado tarde para parar ahora—. Tu padre no mató a nuestro hijo. Yo tampoco lo maté. Fuiste tú, Sunny. Fuiste tú.

En el vacío de su habitación, Sunny se queda con la mirada fija en el teléfono.

Se toma un momento. Se recompone.

Llama a Dinesh Singh.

—¡Eh, tío! —contesta Dinesh muy animado—. ¿Para qué me llamas? ¡Hoy es tu boda!

—¿Está en marcha? —dice Sunny.

—¿Tu boda? Dímelo tú, tío.

—¿Está en marcha?

—Cállate la puta boca —dice Dinesh.

—¿Está en marcha? —insiste, recalcando cada palabra.

—Que cuelgues el puto teléfono.

—El teléfono es seguro.

—Ningún teléfono es seguro, puto gilipollas.

—Hazlo —dice Sunny—. Hazlo. Lo quiero fuera de juego.

—Tío, reza para que no nos esté escuchando nadie —dice Dinesh—. Porque ya está hecho.

Tarde

1

Se han casado.

Sunny y Farah Wadia.

Están sentados uno al lado del otro en el salón de la congregación del gurdwara, Farah resplandeciente con su lehenga carmesí, bañada en joyas exquisitas, sonriendo con recato, la barbilla alzada como dicta la ocasión, con los labios de arco de Cupido separados para dejar a la vista esa sonrisa perfectamente imperfecta y el único diente torcido en ese rostro con forma de corazón. Y Sunny, con su turbante y su sherwani, impertérrito detrás de sus Ray-Ban, como un chico malo de Bollywood, o su figura de cera del museo de Madame Tussauds.

En la finca, Tinu está sentado en la orilla de su sofá cama, fumando, a la espera. Con tres teléfonos dispuestos en la mesa que tiene delante. Tres teléfonos por tres motivos distintos.

Uno empieza a sonar.

Le da otra calada al cigarrillo y contesta.

El furgón de la policía circula por el distrito sur de Delhi con Ajay en la parte trasera, vestido con aquel traje sahariano, como si todo hubiera ido bien. Mira al frente, perdido en la bruma del Mandrax, con la muñeca esposada a la del guardia.

El furgón se detiene en el control de carreteras de la policía de Mehrauli, a medio kilómetro de la propiedad. Se ha destinado más seguridad de la habitual a la vigilancia de la zona. Las puertas de la urbanización que franquean el paso a la casa de campo cuentan con una docena de guardias privados que se dedican a comprobar identidades, abrir maleteros e inspeccionar los bajos de los coches con espejos telescópicos.

Perros rastreadores peinan las carreteras.

El aluvión de coches de lujo está a punto de llegar. En esos momentos solo circula por ellas el Land Rover negro en dirección contraria.

Los guardias saludan cuando se aproxima, corren a abrir las puertas.

Tinu las cruza sin detenerse y tuerce hacia el sur, hacia el control de la policía. Cuando se acerca, reduce la velocidad, toca el claxon una vez y toma un camino lateral.

Lo sigue el furgón de Ajay.

Los dos aparcan. Los motores traquetean mientras se enfrían. Y hacen descender a Ajay, sin esposas.

Este ve cómo Tinu baja del Land Rover, rodea el vehículo hasta la puerta del pasajero, la abre y le hace una seña.

—Venga. A pasarlo bien —dice el guardia.

—¿Has comido? —se interesa Tinu mientras examina a Ajay, sentado a su lado en el Land Rover, y se fija en la mirada vacía, en la piel curtida. Ahora es un soldado. O un envoltorio.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunta Ajay.

—Lo que quiero es que descanses —contesta Tinu. El Land Rover cruza las puertas de la mansión—. Que disfrutes del día. Que te sientas como en casa. Eres un invitado de honor.

Avanzan por el camino de entrada hacia un paisaje de jardines, estatuas, fuentes y macizos de flores. Y, al fondo, la propia mansión, setenta habitaciones, tres plantas.

Se detienen en la entrada de gravilla. Tinu apaga el motor y baja.

Ajay también baja, no espera a que se lo digan.

Un empleado corre a llevarse el Land Rover.

—¿Qué te apetece? —pregunta Tinu, cuando ya no tienen el coche delante—. ¿Chai? ¿Pani? ¿Un refresco?

—Un cigarrillo —dice Ajay.

Tinu encaja la respuesta con una débil sonrisa y le ofrece un Classic Mild. Ajay coge uno, le quita el filtro, vuelve la mirada vacía hacia los jardines, las mesas con comida y bebida, los escenarios, las atracciones de feria. Cuando se lo enciende, suena el teléfono de Tinu. Una llamada importante.

—¿Por qué no esperas por allí? —Señala las primeras mesas —. Come algo, tómate un chai. No tardo nada. No te alejes.

Tinu se apresura hacia la mansión cubriendo el micrófono del móvil con la mano.

¿Se trata de una prueba? Ajay atraviesa el patio de gravilla hasta los jardines y baja la vista. Hierba, hierba verde. Se quita los mocasines, los calcetines. Le da una larguísima calada al cigarrillo, lo fuma a través del puño cerrado, al estilo de la cárcel.

«¿Qué hago aquí?».

Lo vigilan, lo sabe.

Se pasea por el jardín, se mueve entre empleados, gente elegante, incluso algunos extranjeros. Se atiborran de samosas, pakoras, sándwiches, porciones de pizza. Beben latas de refrescos, botellas de agua mineral. Se sirven café y chai de termos gigantes. Hay tres cubiteras con hielo llenas de botellas de Heineken. Un extranjero le sonríe, a la espera.

—¿Me pondría una?

Pero la mirada estática de Ajay no tarda en hacerle sentir incómodo.

Y la comprensión, al mirarlo mejor, de que el joven no es tan servil como creía.

Aun así, Ajay toma una botella. La abre con los dientes y se la pasa.

Se aleja con otra para él. Echa un vistazo al bosque lejano, a la vieja casa de campo de la piscina. Se detiene, abre la cerveza y la despacha de un trago, con los ojos cerrados.

Encoge los dedos de los pies en la hierba.

Siente la brisa ligera, el sol del invierno en su rostro.

Suave, perfecto, extraño.
Entumecido.

Su trance se ve interrumpido por una salva de aplausos: el convoy nupcial ha llegado.

Diez Audis negros avanzan por el sinuoso camino, cuatro se detienen frente a la mansión, seis siguen en formación a lo largo de una carretera que atraviesa los jardines y continúan hasta las casas de invitados, a un cuarto de kilómetro de allí, cerca del modesto zoo. Ajay no aparta la mirada de los cuatro que se han parado frente a la casa de los Wadia. Varios guardaespaldas vestidos de negro y con gafas de sol salen de los dos primeros y se dispersan tras haber hecho su trabajo. Bunty sale del tercero, solo, vestido de Armani y con gafas de sol. Se detiene para encenderse un cigarrillo, que queda eclipsado entre las grandes manos y la barba. Mira a su alrededor, contempla su mundo con todo el tiempo que este le permite y luego sube los escalones de la mansión. La feliz pareja emerge del cuarto coche. Primero Farah, aún sonriente, aún dichosa, saludando al personal fijo y al eventual mientras se apresura a subir la escalera para alcanzar a su suegro. Le susurra algo al oído y Bunty también ríe. Farah descansa una mano en su solapa, para que todos lo vean. Una vez establecida su posición, se da la vuelta, desciende los escalones con agilidad felina y cruza los jardines bailando, arrancando susurros de admiración a su paso. Bunty la sigue con la mirada, luego se da la vuelta y desaparece en el interior de la mansión.

El único coche negro que queda continúa detenido en la gravilla.

Ajay lo mira, aunque no sabe qué siente.

Y por fin baja él.

Sunny Wadia.

Impenetrable tras las gafas de sol.

La viva imagen de una figura solitaria.

Se enciende un cigarrillo.

No mira.

Se dirige a la mansión.

2

Los familiares de Farah se alojan en las dos casas de invitados, dos edenes de catorce dormitorios que comparten gimnasio, sauna, sala de cine, cocinas industriales, spa y una piscina olímpica climatizada.

Los criados se hospedan en un modesto edificio situado detrás.

Los niños corren, gritan, se lanzan a la piscina. El abuelo paterno abre el whisky. La mayoría de los familiares de Farah —madre, padre, los padres de su padre, dos tías por parte de madre, una tía y tres tíos por la de su padre, los hijos de estos, sus primos hermanos, su hermano y sus dos hermanas con sus respectivos cónyuges e hijos— residirán allí los próximos dos días.

Solo falta el abuelo materno. Ya se encuentra de vuelta en Amritsar, en uno de los aviones privados de Bunty. No importa. Su trabajo está hecho. Ha sido él quien ha oficiado la boda, recitando el *Gurú Granth Sahib*.

Se trata de Giani Zarowar Singh, un líder religioso de autoridad incomparable, uno de los hombres más respetados de su comunidad y asesor espiritual del gobernador del Punyab, quien a su vez es familia cercana de la novia por parte de padre.

Con Giani Zarowar Singh era con quien Bunty se casaba en realidad.

Farah solo era la puerta de acceso.

Su familia estaba en la ruina. Su padre era un hombre generoso, despreocupado y optimista, un hombre alegre y codicioso, jugador, un alcohólico enredado en proyectos imposibles.

¡Hacerse rico!

Apostaba todos sus sueños a la ruleta de la vida y siempre perdía hasta la camisa.

Entre sus locuras, una empresa de suministros de material sanitario con un mal planteamiento de base, que fabricaba piezas para escáneres de resonancia magnética. Mal dirigida,

derrochadora, costó mucho establecerla y perdió dinero desde el principio. En lugar de escuchar a su esposa Lovely, el hombre intentó resarcirse comprando tierras de cultivo en Sierra Leona (no funcionó, quince crore de rupias tiradas a la basura), gasolineras en Nueva Jersey (gasolina diluida, infringió la ley, multado con alrededor de ocho crore de rupias) y una mina de diamantes en Ghana. Ese fue el peor negocio de todos. Envió a su hijo mayor a encargarse de la dirección. El hijo volvió al cabo de seis meses con cinco crore de rupias menos y todo el equipo de dirección ghanés enganchado a la cocaína.

Farah veía sucederse todo aquello ante sus ojos mientras se convertía en una mujer que todos los hombres adoraban. La enviaron a un internado en las estribaciones del Himalaya cuando tenía tres años. Con siete, las vacaciones europeas en la nieve se acabaron. Los viajes en avión en primera clase se terminaron a los ocho. Vendieron el apartamento de Mayfair cuando ella tenía diez años. La casa de Zúrich, con trece. Durante su adolescencia, sus hermanos y ella tuvieron que acostumbrarse a pasar las vacaciones en Shimla, jugando al Monopoly, colocando casitas de plástico en las mismas calles en las que habían tenido apartamentos de verdad.

Hacían cuanto podían por guardar las apariencias. Todos los domingos iban a comer al hotel Taj. Y aún conservaban el bungalow, con su jardín exuberante y los criados, que se quedaron porque aquella también era su tierra y no tenían adónde ir. Vivían todos juntos en pobreza asimétrica; su madre y sus tías pasaban el tiempo en el jardín, bebiendo ginebra bajo el parasol, viviendo aventuras con militares jóvenes y fornidos, mientras los hombres de la familia salían a dilapidar lo último que les quedaba.

Farah aprendió a valerse por sí misma ensillando novios rebeldes, haciendo parapente, cazando, montando en moto, jugando y haciendo trampa a las cartas. En sociedad, su encanto, su inteligencia y su carácter implacable obraban maravillas con los hombres autoritarios. Su entrenador personal renunciaba al cobro de la tarifa habitual. Su profesor de tenis siempre fue gratis. Y luego estaba su venerable

abuelo. Farah era la niña de sus ojos. Un vínculo que aconsejaba no tenerla nunca en contra.

Para cuando Bunty estaba preparando el acercamiento, Farah era una joven de veinticuatro años con la cabeza perfectamente amueblada. Bunty la había conocido el año anterior en Chandigarh, en una boda VIP. Primero le tomó el pulso a la familia y luego se fijó en ella: era inteligente, tenía pasión, aplomo, bebía y fumaba, pero no en exceso, y tampoco tanto como para que resultara un problema. Y era muy ambiciosa. Dueña de sí misma. Cuanto más indagaba, mejor encajaba en los planes de Bunty.

Mientras Sunny se recuperaba en el hospital, voló a Bután, donde Farah pasaba unos días con un amigo rico y anónimo, en el hotel Aman. Le envió un mensaje: ¿tendría a bien acudir a una cita en el Paro Lodge, rodeados de pinos? Quería proponerle un negocio. Sentada en la terraza, mientras disfrutaba de un Château de Montifaud X. O., frente al valle brumoso y las montañas salpicadas de monasterios, Farah sonrió y dijo: «Es muy poco ortodoxo».

Y Bunty contestó: «Lo sé».

3

De vuelta en los jardines, Ajay lanza el cigarrillo con un papirotazo, le echa un vistazo al cuello verde de la cerveza y deja la botella vacía en el suelo. Cruza la hierba, la gravilla, descalzo, hacia los escalones de la mansión.

Sigue a Sunny adentro.

No hay nadie, no hay guardias que lo detengan.

Dentro. Silencio y fresco. Dos tramos de escaleras de mármol se curvan a los lados del monumental vestíbulo, en el que una magnífica alfombra persa de treinta metros desemboca en una piscina ornamental. En la pared, un retrato de Bunty de cuatro metros y medio de alto. A lo lejos, trajín de criados.

Ajay sigue su instinto. Recuerdos medio brumosos de esquemas y planos. Enfila la escalera de la derecha hasta una

entreplanta, dobla a la derecha de nuevo y empuja una puerta forrada de cuero.

Ante él se abre un laberinto de pasillos. Desiertos, frescos, resonantes, decorados con obras de arte. Camina despacio, posa los pies sobre el mármol sin hacer ruido, esperando a que le den el alto en cualquier instante, aunque sin preocuparle que ocurra. Deja atrás una puerta cerrada tras otra, oye unas risas desubicadas. Pasa una sala de billar. Otra llena de máquinas recreativas. Vacía, sin utilizar. Pero las risas van en aumento.

Descubre de dónde proceden.

Una cocina industrial con tres chefs. Uno de ellos está gesticulando. Imita a alguien que sale corriendo. Sin dejar de reír, vuelven a echar un vistazo a la pantalla que hay en un rincón. En ese momento ven a Ajay y paran. Está quieto, en la puerta, pero él no los ve a ellos. Tiene la mirada fija en un tarro de mermelada de higos, en una pieza de jamón de Parma, en un trozo de queso cheddar.

Recuerda la combinación.

Uno de los sándwiches preferidos de Sunny.

Pero han cortado el jamón demasiado fino, y deberían usar queso gruyère en lugar de cheddar.

Entra y lo miran, sorprendidos. Ese uniforme extraño, casi familiar, ese rostro curtido y demacrado.

—¿Y tú quién eres? ¿Qué quieres?

Con una leve preocupación.

No contesta.

Se limita a acercarse al fregadero, se arremanga y se lava las manos.

—Estáis haciéndolo mal —dice.

Repuesto tras una siesta, un porro y un poco de speed, Eli se pone una camisa limpia con estampado floral. Espera la celebración de esa noche con impaciencia; ha tomado una decisión importante, liberadora. Se despedirá por la mañana. Esa mierda ya ha durado demasiado. Sus días de niñera se han acabado.

Es hora de ir a la cocina a por una cerveza.

Lo primero que ve es a los chefs.

Parados, estremecidos, boquiabiertos.

Luego al hombre de la encimera, destrozando las rebanadas de pan.

Pasando el cuchillo de la mantequilla adelante y atrás hasta que las separa.

A continuación, el jamón cortado de cualquier manera.

Arrojado sobre el pan con manos furiosas.

Manos que ahogan el pan.

Manos que se detienen, se cierran en puños, levantan el plato en el aire y lo estampan.

Un plato hecho añicos en la encimera.

Silencio.

—Esperáis fuera —les dice Eli a los chefs—. Ya. —Acto seguido, dice—: ¿Ajay?

Eli extiende la mano despacio, como si Ajay fuera un animal que se había perdido y al que acaban de encontrar.

—¿Recuerdas de mí? Soy Eli. Tu amigo.

Ve que Ajay inspira hondo.

—No deberías estar aquí —dice Eli—. Este no es el lugar para ti. Pero lo entiendo. Lo pillo. No se portaron bien contigo. Por qué tú y yo no damos un paseo. Fuera. Vamos a sentarnos al tejado, ¿cómo ves? Si no me tiras. ¿Estás escuchándome?

—¿Dónde está? —pregunta Ajay.

Eli menea un dedo.

—Ese ya no es tu problema.

—¿Dónde?

—Ajay, ¿tengo que preocuparme por ti?

Ajay se da la vuelta para mirarlo, y al hacerlo ve la pantalla de televisión de reojo.

Y ahí está: Sunny Wadia. Avanzando por el pasillo, entrando en su habitación. Sin más, Ajay se encamina a la puerta de la cocina y Eli retrocede para dejarlo pasar, sorprendido de sí mismo. Los chefs que esperan fuera están cada vez más nerviosos.

—Buscáis a Tinu —dice Eli—. Ya.

—Tienes que decírmelo —insiste Eli. Le ha adelantado y camina de espaldas mientras Ajay continúa adelante, decidido a encontrar la habitación de Sunny—, ¿vas a hacer una locura? Si haces una locura… —No termina la frase.

Ajay no se detiene.

—A lo mejor quieres matarlo. No te culpo, la verdad. Yo también quiero matarlo a veces.

Mira a izquierda y derecha.

Dobla hacia el pasillo.

Ve la puerta.

Eli extiende el brazo.

—Sé qué te hacen —dice—. Sé qué hacen. Y no está bien.

Ajay para.

Eli se interpone entre la puerta y él.

Se deshace de la sonrisa.

Se pone en guardia.

—Que pase —dice Sunny desde la puerta.

4

En la casa de invitados, Farah se ocupa de instalar a su familia sin perder tiempo.

Recorre el lugar con paso imperioso dando órdenes a criados y parientes por igual, dirigiendo a los empleados de los Wadia con una autoridad tan natural que estos no solo las acatan sino que además lo hacen con gusto.

«Lo que esta casa necesitaba es una mano femenina firme».

Cuando considera que está todo en orden, le lanza la cerveza vacía a la criada y abandona la casa con porte majestuoso, enfundada en el sari de seda de Benarés que Bunty le ha regalado, para regresar a la mansión de la que prácticamente es dueña.

Sin embargo, está a punto de entrar cuando un guardaespaldas de Bunty sale a su encuentro.

Bunty está esperándola en el invernadero. Un cochecito de golf la llevará hasta allí.

Tuercen y giran por el sendero de madera.

Otros dos guardias apostados en la entrada.

Farah se dirige hacia ellos con paso firme y la barbilla

erguida.

—¡Papá! —lo saluda cuando lo ve dentro.

Prolonga el fuerte abrazo, aprieta la mejilla contra su pecho mientras aspira su colonia.

—Demos un paseo —dice él cuando se separan.

Caminan en silencio.

—¿En qué piensas? —pregunta Bunty.

—En lo feliz que me siento hoy. —Lo mira de reojo—. Aquí contigo.

—No hace falta que me adules. —Sonríe él—. Sé que estás preguntándote: ¿qué querrá este viejo de mí?

Farah lo mira escandalizada.

—Papá, no eres viejo.

Bunty frunce apenas el ceño.

—Pues así es como me siento hoy, después de tantos años.

—Es normal en un día así.

Él asiente.

—Marca un antes y un después.

Continúan caminando. Farah ve la nube que ensombrece su semblante.

—¿En qué piensas, papá?

—Un día, todo esto será suyo.

—Y te preocupa.

—Me preocupan muchas cosas.

—Es normal.

—Ya te he contado lo del incidente del año pasado.

—Sí.

—Aquello lo cambió. Está furioso. Nunca está satisfecho.

—¿Y acaso hay algún hombre que lo esté?

Bunty le toca el brazo.

—El que se haya casado contigo.

—Eres un zalamero, papá.

—Se deja dominar demasiado por las emociones. —Guarda silencio un instante—. En eso ha salido a su madre.

Farah asiente con comprensión.

—Por suerte, yo no soy así. No obro milagros, pero te prometo que lo meteré en cintura —dice, cuadrándose y saludándolo con desenfado.

Bunty ríe.

—No lo dudo.

—He manejado a hombres como Sunny toda mi vida —dice —, es un juego de niños. Y se me dan bien los niños. Siempre se portan bien cuando yo estoy al mando.

—Tiene suerte de contar contigo.

Continúan paseando.

—Me preocupa más otra cosa —dice Farah—, y es aprender de ti. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste en Bután?

—Dije muchas cosas.

—Dijiste: «No espero que te comprometas con el hombre, ni siquiera con la familia, espero que te comprometas con el negocio». Fuiste sincero desde el principio y eso me gustó. Lo consideré una oportunidad. —Señala una planta—. ¿Qué es?

—Una *solandra maxima*. Una copa de oro.

—¿Y esta?

—Un lirio escalante. Una *gloriosa*.

—Es muy bonita.

—Y tóxica. Esta es mi preferida. —Dirige esta vez él la atención de Farah hacia otra planta—. Una orquídea Shenzhen Nongke.

—Es bastante sosa.

Bunty sonríe.

—Aún no ha florecido. Pero es muy cara. ¿Sabes por qué?

—¿Porque es rara?

—Porque está creada en un laboratorio.

Desliza la mano en un bolsillo y extrae una cajita.

—¿Qué es esto, papá?

—Tengo algo para ti.

Dentro: un anillo con un diamante inmenso.

—¡Papá!

—Un regalo para una chica que huye de los sentimentalismos.

—Es precioso.

—Me aseguré de escogerlo yo mismo. Es de Sierra Leona.

Farah mira a su suegro con una sonrisa maliciosa.

—Donde fueron a morir los sueños de mi familia.

—Considéralos renacidos. —Lo extrae de la cajita y se lo coloca en el dedo índice—. Te queda perfecto.

—Bueno, hablemos de negocios —dice Farah, sacando un

paquete de cigarrillos del bolso y lamentando la restricción de movimientos que le impone el sari de Benarés.

Bunty separa las manos delante de él.

—Adelante.

—No soy una belleza, y cualquier cabeza de chorlito puede darle un hijo —dice Farah—. Quieres ampliar territorio. ¿Estoy en lo cierto?

Bunty sonríe.

—Así es.

—En ese caso, hay que tomar una decisión —prosigue ella.

—¿Una decisión? —repite Bunty, divertido.

—¿Quieres quedarte solo con el comercio del alcohol del Punyab o lo quieres todo?

5

Están sentados uno frente al otro.

Ajay y Sunny Wadia.

En las sillas rojas de plástico junto a la mesita de centro.

Sunny lleva las Ray-Ban. Ajay ni se plantea bajar la mirada.

—¿Algo de beber? —dice Sunny. No espera que le responda. Sirve dos whiskies, con generosidad—. Por los viejos tiempos. —Echa cubitos de hielo en los dos vasos. Hace deslizar uno al otro lado de la mesa, hacia Ajay, quien se inclina para cogerlo. La manga de la chaqueta se le sube y asoma un tatuaje—. ¿Qué es eso? —pregunta Sunny.

Ajay se detiene y se sube la manga un poco más.

Es un puñal rudimentario con una serpiente rudimentaria enroscada.

—Te lo has hecho tú —dice Sunny.

Ajay se baja la manga, pero no contesta; se lleva el vaso a los labios, prueba el whisky y luego le da un buen trago. Lo deja en la mesa.

—Dame un cigarrillo —dice.

Sunny le tiende el paquete abierto, mira a Ajay, a esos ojos inyectados en sangre, ve la mano ligeramente temblorosa.

—Los dos hemos cambiado.

Ajay coge un cigarrillo.

Sunny se inclina hacia él para encendérselo.

—¿Qué querías decirme? —Se enciende el suyo y permanecen un rato en silencio, fumando—. ¿Lo sabes siquiera?

Ajay solo lo mira. Fijamente.

—¿Querías hacerme daño?

¿Quería?

—He oído que te cargaste a varios hombres allí dentro.

Ajay pasea la mirada por la habitación.

—Uno o dos.

Sunny se quita las gafas de sol.

—Ya sé que ya no trabajas para mí, pero las cosas van a cambiar dentro de poco.

—Eso fue lo que dijiste la última vez.

—Y me vendría bien un hombre como tú.

Tinu irrumpe en la habitación en ese momento y observa con ojos incrédulos a aquellos dos hombres bebiendo whisky.

—¡Tú, te dije que esperaras fuera! —brama. Luego suspira, niega con la cabeza—. Venga, acompáñame, Bunty quiere hablar contigo.

Sunny empieza a levantarse.

—Tú no —dice Tinu. Señala a Ajay—. Él.

6

Ajay se encuentra frente al escritorio de Bunty; Tinu espera, atento, detrás de él. Bunty se dirige a él en una atmósfera viciada por el tabaco:

—Nunca habíamos tenido ocasión de hablar.

Ajay estudia a Bunty, mira a Tinu de reojo, resignado.

—No hay nada que decir —contesta.

—No tienes de que preocuparte. —Sonríe Bunty, luego le hace una seña a Tinu con la cabeza—. Puedes dejarnos.

En la amplia terraza de la mansión, Sunny fuma otro cigarrillo. Otea el horizonte. Echa un vistazo a las discretas torretas de vigilancia de la cerca exterior, custodiadas por

hombres armados, ocultos a la vista. Piensa para sí: espero que Dinesh no la cague.

Intenta poner orden en sus pensamientos. El quién, el qué, el cuándo y el dónde. Lo único que no se esfuerza por saber es el porqué.

Oye una puerta dentro y ve aparecer a Tinu.

Que contesta al teléfono.

Bunty se levanta y rodea el escritorio. A escasos centímetros del rostro de Ajay. Lo mira de arriba abajo.

—Tengo una pregunta para ti. Y te agradecería que fueras sincero. Antes del desafortunado asunto de mi hijo, volviste a tu hogar. ¿Qué ocurrió cuando estuviste allí?

Ajay lo mira directamente a los ojos.

—Maté a tres hombres.

—¿Por qué?

—Porque querían robarme.

—¿Qué querían robarte?

—Dinero.

—¿Y no te echaron el guante?

—Volví aquí.

—Ya veo. ¿Y en la cárcel?

—Volví a matar.

—¿Para quién?

Ajay vacila.

—Para mí.

Bunty reflexiona.

—Lo que te hizo mi hijo no estuvo bien —dice al fin—, no voy a negarlo. Pero formaba parte de un plan mucho mayor. Y, ocurriera lo que ocurriese en la cárcel, sé que sigues siéndome leal. —Le pone una mano en el hombro—. Los motivos por los que fuiste a la cárcel son complejos, pero todo acabará pronto. Está a punto de cerrarse un trato que te procurará la libertad. Mi pregunta es: ¿qué va a hacer luego un hombre como tú?

Ajay piensa en su hermana. Recuerda las palabras de Vicky. «HAZ LO QUE SE TE HA DICHO».

Pero ahora se le presenta la oportunidad de confesar.

Está a punto de hablar.

Aunque… demasiado tarde…

Sunny está perdido en sus turbios pensamientos cuando Tinu lo apremia a entrar desde la puerta del despacho.

—¡Sunny, ven aquí, date prisa!

Tinu vuelve a desaparecer.

Para cuando Sunny lo sigue, el otro está susurrando algo al oído de Bunty.

«¿Lo saben?».

—Hay noticias —dice Bunty—. Esto no podemos dejarlo pasar.

Tinu se vuelve hacia Sunny.

—Lo hemos encontrado.

Siente que se le cae el alma a los pies.

—¿A quién habéis encontrado?

A Sunil Rastogi. Lo han visto en los callejones de Old Delhi. Al principio solo era un rumor, de un confidente, pero los hombres de Tinu lo han confirmado. Lo han localizado en Darya Ganj. Lo han seguido hasta una antigua comunidad cristiana, una urbanización de bungalows de otra época, ocultos tras setos y jardines de rosas en Civil Lines.

—Utiliza un alias. Peter Mathews —dice Tinu.

El sudor resbala muy despacio por la frente de Sunny.

—Tenemos hombres vigilando el perímetro y un ojo puesto en las rutas de escape. También tenemos controladas otras carreteras principales. Hay que ir con cuidado para no asustarlo o volverá a escapar. Como hizo en Saharanpur.

—En Saharanpur contó con ayuda —añade Bunty.

Tras cruzar las puertas del perímetro, seis todoterrenos Subaru negros avanzan hacia la mansión. De líneas elegantes, imponentes, cubiertos de polvo.

—Mátalo —dice Sunny.

Bunty mira a Tinu.

—Podríamos volar a Shiva o a Dadapir desde Bombay.

Tinu levanta una mano pidiendo prudencia.

—Pero primero deberíamos vigilarlo.

—No hay nada que vigilar —dice Sunny—. Lo quiero muerto.

Tinu mira su teléfono, ofrece una alternativa.

—Tenemos contactos en U. P. que podrían venir esta noche. Solo tengo que hacer unas llamadas.

Ajay ve de reojo las pantallas de vídeo colgadas en la pared.

Varios todoterrenos negros se detienen frente a la mansión.

Vicky desciende del primero vestido con su largo pathani negro, la frente adornada con un tilak rojo y naranja, los ojos ocultos tras unas gafas de sol envolventes, los dedos refulgentes de anillos.

Bunty traslada la mirada de Ajay a la pantalla.

Y de vuelta a Ajay.

Se percata de que agranda los ojos, de que le tiemblan las manos.

—Lo hará él —dice Bunty.

Ajay tarda un momento en comprender que todos lo miran.

—No puede —protesta Tinu—. Solo ha venido para la boda. Sigue preso.

—Lo hará él —insiste—. Matará al tal Rastogi para mí. —Bunty mira a Sunny—. Para ti.

Pero los ojos de Sunny ya se han desviado hacia la pared.

Hacia la distracción del exterior.

Hacia el torrente de sicarios que desciende de los demás coches.

Hacia Vicky, en el centro de todo.

—Lo haré —dice Ajay—. Pero, señor, tiene que hacer algo por mí.

Mete la mano en el bolsillo interior y saca la fotografía rota y maltrecha.

Su hermana.

Desnuda.

Sola.

Se la tiende.

Bunty la examina, la mujer de la cama, ni se inmuta. Le da la vuelta, lee las palabras cortadas: «LO QUE SE TE HA DICHO».

—¿Qué es esto?

—Mi hermana.

—¿Qué quieres de mí?

—Está en Benarés. Sáquela de allí.

Voces fuera. Jaleo.

Bunty mira a Ajay a los ojos. Le devuelve la foto.

—Tráeme esto cuando el trabajo esté hecho y después de eso encontraremos a tu hermana. Tienes mi palabra.

Un instante después, Vicky Wadia entra con paso decidido y arrogante.

—Parece que la fiesta ha empezado sin mí —dice en un susurro—, pero ¿dónde está el whisky, hermano?

Es como si Sunny estuviera agonizando.

Se pone las gafas de sol.

—Tengo que irme.

Da media vuelta para marcharse, pero Vicky lo agarra por el brazo al pasar junto a él.

—Felicidades, hijo.

Sunny se zafa de un tirón.

—No creía que fueras a venir —dice Bunty sin alterar la voz.

Vicky se acerca al escritorio.

—Pues creíste mal. —Se detiene junto a Ajay—. ¿Cómo está tu madre? —pregunta en tono burlón—. ¿Y tus hermanas? ¿Todas bien?

—Vamos. —Tinu mira a Vicky con inquina y saca a Ajay de la habitación tirando de él del brazo.

—¡Ya nos pondremos al día más tarde! —grita Vicky.

7

En el aire eminentemente empresarial que se respira en el despacho de Bunty, Vicky pasea la mirada por las fotografías de las paredes con sumo interés: Bunty frente a una azucarera, Bunty en un solar en obras, Bunty y Ram Singh. Se

detiene en una foto amarillenta en la que aparecen dos chicos adolescentes posando frente a la cabina de un camión, uno haciendo visera sobre los ojos para protegerse del sol, el otro con una pistola en la mano.

—Ah, ahí estamos. —Vicky sonríe—. Creía que había sido eliminado por completo.

Bunty se sienta en la orilla del escritorio.

—Nunca te gustaron mucho las fotos.

—Míranos —dice Vicky, casi melancólico.

—Solo éramos unos críos.

Vicky se vuelve de pronto con un brillo en la mirada.

—¿Y qué querías de ese otro crío?

—Ajay.

—¿Así se llama?

—Ya sabes que sí. —Bunty se sienta tras el escritorio y se enciende un cigarrillo—. Solo quería darle las gracias, nada más. Ha sido un sirviente leal.

—Y un buen soldado.

Una mirada mordaz.

—Quizá para ti.

Vicky menea un dedo.

—Tú eres quien ordena y manda.

Bunty estudia a Vicky con calma.

—Bueno, hermano, dime, ¿qué más has hecho?

—¿Qué he hecho?

—A mis espaldas.

—Eso es imposible, hermano. Tú lo ves todo.

—No allí, en la oscuridad, donde prefieres vivir tú.

—¿Preferir? —Vicky da la espalda a la foto—. Si mal no recuerdo, me obligaron a exiliarme.

—Te exiliaste tú mismo —responde Bunty con voz serena —. No estabas en condiciones.

—Y tú siempre fuiste el que tomaba las decisiones. —Vicky se echa un vistazo a sí mismo, sonríe de oreja a oreja, abre los brazos—. ¡Pero mírame ahora!

Bunty inspira hondo, acerca el sillón a la mesa, examina los papeles que hay encima, como un padre que se ha cansado de un hijo impertinente.

—Algunas de las cosas que haces tienen que acabar —prosigue Bunty.

—¿Como qué?

—¿Crees que no sé que traficas con personas? ¿Lo de esas chicas? —dice Bunty.

—Supuse que harías la vista gorda.

—Además, ¿cuánto sacas de eso?

—Nada que se acerque a lo tuyo. —Vicky se detiene en medio de la habitación, endereza la espalda, junta las manos delante de él en una palmada. Y el gigante aparece como de la nada—. Pero el dinero no lo es todo, claro.

Bunty niega con la cabeza.

—El mundo ha cambiado. Ya no somos matones.

—Yo nunca fui un matón —protesta Vicky.

—Lo olvidaba. —Bunty sonríe—. Tú eres un hombre santo.

—Dios está en todas partes.

Bunty abre un cajón y saca algo metálico. Se lo lanza.

—Dios es un paisa.

Vicky atrapa la moneda y la hace desaparecer como por arte de magia.

La discusión es tan antigua como el truco que siempre la acalla.

Bunty se relaja, se recuesta en el sillón.

—Siempre fuiste demasiado impulsivo.

Vicky se acerca.

—Y tú siempre fuiste el racional. Aun así —se inclina sobre el escritorio—, fue tu violencia lo que lo empezó todo.

Bunty lo mira impasible.

—Ya sabes lo que quiero —dice Vicky—. Enséñamelas.

Bunty niega con la cabeza con gesto displicente.

—¿Otra vez con eso?

—Por los viejos tiempos —insiste Vicky—. Enséñamelas. Enséñame las manos.

Bunty vacila, le sostiene la mirada.

Luego apaga el cigarrillo.

Extiende las manos.

Las gira despacio, como si fueran naipes secretos.

Le enseña dos grandes cicatrices.

Cañones que le cruzan las palmas en diagonal.

—Recuerdo ese día —dice Vicky con un brillo en la mirada. Toma las manos de Bunty entre las suyas y recorre con los pulgares las líneas excavadas, de manera reverente—. A mí

me concedió poder. Pero a ti te concedió mucho más.

Bunty no dice nada, aunque sus ojos no le llevan la contraria.

—¿Aún la conservas? —pregunta Vicky.

—¿La cometa? —Bunty asiente—. Por supuesto.

Vicky cierra los ojos.

—¿Recuerdas cómo volaba?

En su mente, ve la cometa de su infancia planeando en un cielo azul y claro.

La cometa y el largo hilo, salpicado de cristal triturado.

Danzando, sacudiéndose, luchando con otras cometas sobre los tejados, por encima de sus cabezas.

Atravesándolas, cortándolas, haciéndolas caer.

Y, en su mente, ve un rostro.

El rostro grotesco de un chico.

—¿Quién vive aún que estuviese ese día?

—Tinu. Tú. Yo —contesta Bunty.

Un chico, cubierto de sangre.

—Éramos unos salvajes. —Ríe Vicky, abriendo los ojos y soltándole las manos.

—Hicimos lo que había que hacer —contesta Bunty—. Y continuamos adelante.

—Sí, y ahora tú vives en este agujero en el que no se puede ni respirar, escondiéndote del mundo. —Vicky abarca la habitación con un movimiento de la mano. Saca el paisa de detrás de la oreja y se lo arroja—. El poder por el poder. —La moneda rebota en el escritorio de Bunty—. Eso es lo que tú ansías. Para mí, el poder siempre ha sido otra cosa. Placer. Miedo.

Bunty se enciende otro cigarrillo.

—Por eso no creciste.

—Oh, crecí, hermano. Crecí lejos, eso es lo malo. —Vicky inspira hondo, exagerando su mirada al pasado—. A menudo pienso en aquella época. La memoria es algo curioso, ¿no crees? Quién puede decir qué ocurrió en realidad. Los libros de historia no. Ni los muertos. Aunque tiene que haber quedado testimonio… en alguna parte. De lo que hicimos.

Esas palabras hacen que Bunty se repliegue en sí mismo.

—Basta de juegos —dice—. Tengo trabajo. Ve y disfruta de la velada.

Vicky se dirige a la puerta.

—Es un día propicio. Los planetas están alineados.

—Me conformo con que no causes problemas.

Vicky sonríe y se encoge de hombros.

—No es mi intención.

En el lado tranquilo de la mansión, alejado de las luces, de los empleados y de los animados puestos, un Bolero espera aparcado. Ajay y Tinu aparecen por una puerta lateral. Ajay se ha cambiado de ropa. Lleva unos pantalones vaqueros negros y una camiseta anodina del mismo color. También le han dado un móvil, un mapa dibujado a mano con un bosquejo del objetivo por detrás y un pequeño fajo de rupias.

—Esto no me gusta —dice Tinu—, no sé por qué te envía a ti. Pero no hay otra. —Mira a Ajay a sus ojos inyectados en sangre—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Tienes todo lo que necesitas. —Abre la puerta trasera—. Aprovecha la primera oportunidad que veas. El conductor te dará tu arma.

Ajay sube al vehículo.

—Te llevará a la Puerta de Kashmiri, desde ahí irás a pie.

Cierra la puerta.

Se gira.

—El mundo se ha vuelto loco.

Noche

1

La oscuridad cae como un telón, los invitados llegan en torrente, se extienden por los jardines como hielo flotante, acompañados por azafatas eslavas, altas, rubias, simpáticas, que enseñan lo justo. Hombres poderosos forman corrillos herméticos. Circulan bandejas de bebida y canapés. Fuera, la carretera está atestada de metal cegador y cláxones impacientes. Dentro, todo está bañado de luz y flores. El banquete es un festival, un mela.

En los dominios de Sunny: hombres y mujeres; borrachos, resacosos, colocados, borrachos de nuevo. Sus amigos, hombres a los que ha tentado, conquistado y echado a perder, hombres a los que aún no ha echado a perder pero que están a la espera, curiosos y temerarios, los que llevan suficiente tiempo degradándose para convertirse en lapas pegadas a la carena, hombres suficientemente insignificantes para ser más o menos ignorados, o los que poseen el poder justo para no preocuparse. Han colonizado la lejana casa de campo y la piscina. Los han mimado todo el día para evitarles el bajón. Han empezado a dejarse llevar por la siguiente ola de embriaguez.

Salen resueltos de la mansión, rodean los amplios y animados jardines en la oscuridad, en dirección al bosque de atrás, donde, en una hondonada que queda oculta a la vista, la fiesta paralela está a punto de comenzar. DJ venidos de Tokio y Berlín pinchan psytrance, deep techno, techno house. Bármanes del exclusivo y clandestino Death&Taxis preparan cócteles a medida con ingredientes exóticos. Randy, el primo

de Farah, se ha encargado de las drogas. Cien gramos de cocaína, cincuenta de MDMA. Han traído meta de Malana. Hierba de Kerala. Han recibido LSD en colirio de Ámsterdam. Algunas drogas las han escondido dentro de huevos de madera decorativos que los invitados deben encontrar. Otras se reparten en bolsitas de regalo, junto con relojes y perfumes; hay una bolsa afortunada que también contiene las llaves de un Maserati Quattroporte.

En los jardines principales, la velada transcurre con más tranquilidad. Sesenta mesas de doce comensales. Cada mesa con cuatro botellas de Johnny Walker, seis de Pol Roger en hielo, cajas de Montecristo n.º 4, que se reponen en un abrir y cerrar de ojos.

Hay trece puestos de comida distintos, con platos de todo el mundo.

Y una barra infinita con casi todas las bebidas que existen bajo el sol.

Hay esculturas de hielo, cinco mil farolillos de papel que se suspenden entre los árboles, colgados de cables invisibles. Al otro lado del mar de mesas y luces, dos escenarios dominan los jardines. Una compañía de Tel Aviv está a cargo de la luz, el sonido y el decorado. Un escenario está destinado a música clásica tradicional india, el otro a estrellas de Bollywood. En ese momento, los músicos de edad más avanzada tocan un suave raag para amenizar la velada.

La lista de invitados la compone lo más granado de la India moderna. Hay altos funcionarios, jefes de policía, ministros de todo tipo —de Aviación, Medio Ambiente, Sanidad, Transporte, Minería, por nombrar unos cuantos—; hay hombres de bien, mandatarios retirados, cuatro magnates de los medios de comunicación, editores y columnistas de todos los colores, un periodista especializado en sacar los trapos sucios y célebre por perseguir a los corruptos; hay productores de cine, directores, actores, leyendas, estrellas en ciernes; hay representantes de multinacionales y de las principales ONG; hay pesos pesados de la industria, capitostes

de la minería, billonarios del acero, promotores inmobiliarios y navieros y tres ministros encarcelados, quienes deben de haber acudido gracias a un permiso médico. También hay miembros de la realeza, por supuesto. Reyes del pollo y pilotos de Fórmula 1. Hay estrellas del críquet y del hockey, luchadores y tiradores, hay presentadores de televisión, cirujanos destacados y cardiólogos disfrutando de sus gruesos puros.

Todo el mundo sabe que se trata de algo excepcional; puede que no vuelva a verse nada igual. Bunty Wadia y aquellos que alguna vez han recurrido a él, o él a ellos, todos reunidos en un mismo lugar. Porque es el momento idóneo para hacerse una idea de hasta dónde abarca la red que ha estado tejiendo.

2

Ajay se aferra a esos minutos preciosos en la parte trasera del coche, consciente de lo pronto que acabarán. Ya no le debe pleitesía a nadie, y aun así allí está otra vez, escogido, seleccionado, enviado a la muerte. ¿Por qué lo hace? Ah, sí. Vuelve a mirar la foto de su hermana. Lo único en el mundo que le devuelve el control. Aunque, una vez que la haya salvado, ¿se habrá librado de ellos? ¿Habrá soltado amarras? No, siempre tendrán algo con que retenerlo. Pueden llevársela cuando quieran. Igual que a su madre y a su otra hermana. Lo único que le queda es fingir que no le importa. La ciudad da vueltas en su cabeza, la luz sulfurosa. No ha vuelto a verla de noche desde la noche en que todo cambió. La contempla a través del Mandrax, del whisky, a través de unos ojos sanguinarios. Ve el mundo pasar y cuenta el dinero que le ha dado Tinu.

Dos mil rupias.

«¿Sería suficiente para…?».

Mira al conductor.

—Enséñame el arma.

El conductor lo mira por el retrovisor.

—Cuando lleguemos.

Sunny y Farah Wadia están sentados en el trono, sobre la tarima, en los jardines principales, uno junto al otro, recibiendo las felicitaciones de los invitados. Unos portadores van colocando los regalos en las mesas dispuestas a un lado, que crujen bajo el peso.

—Al menos podrías alegrar esa cara —le comenta Farah entre dientes mientras sonríe—. ¿Cómo es posible que no seas feliz? Tienes todo lo que hayas podido querer o necesitar.

Sunny no contesta, acepta las felicitaciones y los regalos de los invitados sin decir nada mientras junta las manos en señal de agradecimiento.

—Eres el cabrón más deprimente del mundo.

Sunny pasea la mirada entre la multitud por detrás de las gafas de sol.

Busca a Dinesh.

Busca a Eli.

Intenta contener un ataque de pánico.

Va a suceder. No hay vuelta atrás.

Gautam Rathore se levanta de su mesa para unirse a la cola. Un camarero que pasa por su lado le ofrece una copa de champán, que él rechaza con educación. Lleva cuatro años sobrio, lleno de vida y energía. Ha adoptado cierto aire de seriedad y algunas canas desde la muerte de su padre, en un accidente de helicóptero. Ahora es un mandamás de la industria inmobiliaria; gracias a sus contactos políticos se dedica a la compraventa de tierras agrícolas, el tipo de tierras hacia las que a las ciudades les encanta expandirse. Muy pronto poseerá la riqueza y los contactos necesarios para convertirse en una persona poderosa e influyente en su estado. Y, cuando los líderes adecuados tomen parte, ¿quién sabe dónde recaerán los derechos de extracción minera?

Se detiene delante de Sunny, le entrega un sobre anodino y se demora unos instantes, tal vez esperando oír alguna palabra. Pero no, Sunny se limita a asentir con la cabeza y a juntar las manos en señal de gratitud. Al verlo por primera vez en años, a Gautam lo asalta el impulso pavloviano de decir algo mordaz y desagradable.

Luego recuerda los Doce Pasos.

Pasos del Uno al Doce: Bunty Wadia.

Felicita a Farah con sinceridad y se va.

—Necesito meterme algo —comenta Farah en un momento de calma—. Y yo que tú también me lo pensaba. —Sunny ni se inmuta—. Hazme caso —insiste, dándole una palmada en el muslo—, tengo todo lo que necesitas. —Dicho aquello, se levanta, saluda a todo el mundo y lo mira una última vez—. Estaré junto al lago, el que hay de camino al bosque —le informa, y ella también se va.

Solo.

Sunny se ha quedado solo.

Nunca se ha sentido tan solo como en ese trono, frente a sus invitados.

Y entonces lo asalta el ataque de pánico que ha estado tratando de contener todo el día, toda la semana, todo el mes. El pánico de años. La soledad de toda una vida. La rabia. Saber que esa noche va a suceder. Que sucederá irremediablemente. Aunque ni siquiera sabe qué en concreto. Lo ha dejado todo en manos de Dinesh Singh. Lo único que sabe es que sus padres pronto quedarán apartados a un lado, enmarañados en asuntos que los desgastarán, que les entregarán la corona a Sunny y a Dinesh.

La corona.

¡Oh, Dios!

El trono y la corona.

Ni siquiera soporta estar sentado en ese trono como para plantearse nada más.

Al mirar a su alrededor, comprende la vastedad del mundo de su padre.

Las complejidades del libro de contabilidad que Bunty guarda en su cabeza.

Y él…

Él ni siquiera es capaz de anticipar dos movimientos de ajedrez.

¿Por qué lo hace?

¿Por qué?

Dinesh sí, Dinesh lo sabe. Por el poder. Y puede que incluso por el bien del estado. Por su fe en la democracia, en el principio de derecho, signifique lo que signifique eso. Pero él,

Sunny Wadia, ¿por qué? Por venganza. Por odio. ¿Por un corazón roto? Por nada. Por el deseo de erosionar todo lo relacionado con lo que ha hecho mal. Sí, una vez más está dinamitando su vida. Prendiendo fuego a los océanos, a la atmósfera, convirtiendo su mundo en una estrella agonizante.

¿Y qué quedará cuando acabe?

¿Serán capaces siquiera de sacarlo adelante?

No, él es la persona menos indicada para eso.

Mira a Bunty, sentado a su mesa, con un puro entre los labios mientras los invitados lo felicitan dándole palmadas en la espalda y le susurran al oído.

No puede hacerlo.

Ni siquiera puede respirar.

El sudor le resbala por la frente. Oh, Dios.

Una cosa es alimentar rencores en privado, y otra lanzarlos contra el mundo.

¿Está a tiempo de coger el teléfono y parar aquello?

No. No.

«Tío, está hecho».

¿Y si Farah tiene razón?

«Tienes todo lo que hayas podido querer o necesitar».

¿Por qué no es feliz?

¿Por qué?

Entonces lo recuerda.

La ecografía.

La imagen flotante de su hijo flotante, perdido para siempre en el espacio y el tiempo.

Se sumerge de inmediato en el océano frío y negro de su mente.

En la arena, el mar, el fuego. En el momento en que cree que se concibió su hijo.

¿No puede quedarse allí?

No.

Se ve arrastrado a la noche del accidente.

Sangre. Whisky. Coca. Rabia.

El olor a metal y gasolina.

El rostro ensangrentado de Ajay.

El rostro fracturado de Neda.

Y las palabras de su propio padre que lo han perseguido toda la vida.

Implacable.

Tienes que ser implacable.

Bien, padre, pues aquí estoy.

Oh, Dios.

Padre.

Sí, se ahoga.

Se ahoga.

«Lo que siempre he querido es esa vida».

Cierra los puños.

Se dice que debe mantener la calma.

Es entonces cuando ve llegar a Ram y a Dinesh Singh.

A la mierda.

Da media vuelta y huye al bosque.

Farah está ensimismada en el lago, en las aguas que reflejan la luna.

No se vuelve hacia él.

—No sabía si vendrías.

—Necesito algo. —Sunny se acerca con paso torpe y se quita las gafas de sol para dejar a la vista unos ojos asustados.

—Algo es siempre mejor que nada. —Sonríe ella.

Con voz suave, reconfortante.

Lo toma de la mano sudorosa y lo acompaña hacia los árboles.

A sus espaldas, en la mansión, la fiesta está en todo su esplendor. Y el aire arrastra hasta ellos los bajos contundentes del psytrance desde la hondonada que queda oculta a la vista.

Pero allí están solo ellos dos.

Sunny se estremece.

—Necesito algo.

—Chis… —Farah le acaricia la mejilla y saca una bolsita de coca de entre los pechos.

Sunny la mira, niega con la cabeza.

—Necesito algo más. Necesito…

—Dime qué necesitas.

—Necesito…

—Dímelo.

La voz empieza a quebrársele.

—Ser feliz.

—Cariño —susurra ella, guardando la coca y bajando una mano hacia su polla—. Yo puedo hacerte feliz.

Sunny cierra los ojos.

Contiene el pánico.

Con dedos expertos, Farah se abre camino por dentro del pantalón y le acaricia el miembro flácido con el pulgar.

—Conmigo, la felicidad está garantizada —dice.

—No es eso, necesito algo más.

—Tengo lo que necesitas. —Con la mano libre, Farah abre el monedero y busca una caja de pastillas—. Ábrela —dice. Nota que la polla pierde dureza cuando Sunny dirige su atención a la caja, así que le da un pequeño apretón—. Ah, ah, ah, solo tendrás lo bueno si eres bueno conmigo. Concéntrate.

Pero es inútil.

—¿Qué es? —pregunta él.

Seis bombas grandes de MDMA.

—La felicidad que buscas —responde ella.

3

Ajay se encuentra junto a la Puerta de Kashmiri, la terminal de autobuses queda a su espalda, fuertemente iluminada, con su multitud de familias envueltas en chales y durmiendo al aire fresco de la noche, entre bultos, a la espera de que salga su autobús mientras otros ya parten. Fue allí donde llegó, lleno de esperanza, con la tarjeta de Sunny Wadia en la mano. Ahora sujeta el mapa que le ha dado Tinu de la urbanización en la que debe infiltrarse, la pistola que debe usar y el dibujo abocetado del hombre al que debe matar. En todos los sentidos, ha recorrido un largo camino.

Vuelve la vista hacia el cementerio de Nicholson, al otro lado de la carretera; el paso elevado debajo del cual viven los yonquis queda enfrente, a la derecha. Echa a correr sin pensárselo, sortea el tráfico, salta la mediana, llega al otro lado. Compra un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas y entra en la urbanización de Civil Lines.

En el banquete, Ram y Dinesh Singh se sientan a sus mesas con su séquito.

Se ha puesto fin a los rumores acerca de las desavenencias entre padre e hijo. Dinesh ha logrado un acuerdo con los agricultores que ha dejado a todo el mundo satisfecho. Su dinastía encara las próximas elecciones debilitada, pero sigue siendo fuerte. Ram Singh va derecho a Bunty mientras Dinesh coge un refresco y se da una vuelta.

En la oscuridad de una acera no iluminada, bajo un neem, Ajay fuma un cigarrillo mientras le echa un buen vistazo a su arma. Una Luger de ocho cartuchos, con el número de serie borrado. El conductor le había dicho: resistente, hará el trabajo. Comprueba el seguro de la empuñadura y se la desliza en la cinturilla de los vaqueros, delante. Vuelve a abrir el mapa, se orienta, enfila el callejón que tiene enfrente. Hacia la mitad, a la izquierda, el cambio de los ladrillos indica el punto en que una propiedad da paso a la siguiente, el lugar por el que colarse. Una vez al otro lado, se esconde entre unos arbustos de un salto y permanece agachado, atento por si hay perros.

Siente el latido del corazón en la cabeza.

Con sumo cuidado, se asoma y ve un césped inmaculado y el bungalow bajo de estilo colonial al fondo. No parece que haya mucha gente, solo hay unas pocas luces encendidas en la parte delantera.

Vuelve a agacharse, sin hacer ruido.

Espera un rato.

Espera.

Siente el peso reconfortante de la pistola.

Sunny está sentado, solo, en lo alto del montículo que protege aquella otra fiesta más salvaje de las miradas indiscretas, contemplando la hondonada iluminada con luces estroboscópicas y ocupada por cuerpos sudorosos que bailan, por rostros que ríen y gritan, la barra, la carpa, las hogueras. No puede tocar nada. Pero está esperando, con el estómago lleno de mariposas, a que lleguen los frutos del MDMA.

El MDMA.

Sí.

Se ha tomado una dosis descomunal.

Lo siente en las náuseas, en los ojos que no controla, en las moléculas menguantes de la vida.

Está esperando que le diga que todo irá bien.

Lo siente antes de verlo.

—Estás mirando hacia el lado equivocado —dice Vicky, quien se sienta a su lado con un gruñido sorprendentemente vulnerable—. Me estoy haciendo viejo —bromea, y mira a Sunny con ternura.

Aquella proximidad estremece a Sunny.

—¿Qué quieres de mí?

Ajay rodea el jardín hasta el frente del bungalow. La puerta principal está abierta y hay luces encendidas dentro.

¿Cuánto tiempo debería esperar?

¿O sería mejor encaramarse al tejado?

¿O quizá mirar primero por las ventanas? ¿O entrar sin más?

Intenta poner en orden sus ideas, pero no tiene. Solo mono de Mandrax y una pistola. Pone un pie en el camino de entrada y un perro negro y gordo sale al trote de detrás de la puerta. Avanza hasta él balanceándose con andares patosos.

—¡Veo que has hecho un amigo!

Un hombre joven, bajo y fornido, con barba, envuelto en un chal pesado, asoma por el jardín de la derecha. No muestra sorpresa, ni miedo. Como si la presencia de Ajay le pareciera lo más natural del mundo.

Ajay no sabe qué decir.

—No te preocupes, no muerde. ¡Solo se tira pedos! Pero es un precio insignificante a cambio de estar calentito por las noches. —Junta las palmas de las manos—. Soy el hermano Sanjay, por cierto. ¿Te has perdido?

—Sí —se oye decir Ajay.

—¿Me entiendes?

—Sí.

—Tal vez te convendría descansar.

—¿Podrías darme un poco de agua?

—¡Claro, claro! ¡Es un derecho fundamental! —Coge a Ajay del brazo y lo acompaña dentro—. ¿Y de dónde vienes, amigo?

—De ningún sitio —dice.

—Vaya, hombre —contesta el hermano Sanjay—. ¡Qué mal sitio es ese! Pero, como suele decirse, la ignorancia da la felicidad, ¿no? Aunque yo prefiero saber, ¿verdad? Bueno, es evidente que necesitas asearte y comer. ¡Créeme, no eres el primero!

Más allá del vestíbulo: un estudio antiguo con chimenea, forrado de libros.

Luz cálida.

Paz de espíritu.

—¿Qué quiero de ti? —Vicky finge sorpresa—. ¡Nada! ¡Nada de nada!

—¡Entonces déjame en paz! —le espeta Sunny, aunque le fastidia sonar como un crío enfurruñado.

Vicky le pone una mano en el hombro.

—Es que me duele en el alma ver en lo que te has convertido, nada más.

¿Qué se supone que debe responder a eso?

—Sí, me duele en el alma —insiste Vicky.

—¿En qué me he convertido?

—Estás desmoronándote.

Sunny niega con la cabeza.

—Pero no pasa nada —prosigue Vicky—. He estudiado tus cartas astrales. Lo he visto todo, desde el principio. Lo que has hecho, hasta dónde te has hundido, la miseria en la que has vivido, todo eso es lo que te ha conducido hasta aquí. Hoy es el día en que te convertirás en un hombre.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién anda ahí?

El hermano Sanjay se adentra con Ajay en el bungalow.

—¡Tenemos un invitado! —grita el hermano Sanjay.

Cruzan un arco que da a un salón en el que una mesa de madera maciza, dispuesta a lo largo y con capacidad suficiente para veinte comensales, ocupa la mitad de la habitación. Aunque hay un solo hombre, un sacerdote blanco y anciano, calvo, medio sordo y medio ciego, sentado en la cabecera, comiendo salchichas y puré de patata.

—¡¿Qué dices?! —grita.

—¡Un viajero cansado! —responde el hermano Sanjay.

—¡No, no quiero comprar una radio!

—No le hagas caso, a veces tiene estas cosas.

El hermano Sanjay le da unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda a Ajay.

Después de aquello, el viejo sacerdote se encierra en su propio mundo.

—Ven, siéntate —dice el hermano Sanjay—, te traeré algo de comer.

Ajay mira a su alrededor, afectado y confuso.

Conmovido por la amabilidad espontánea.

Consciente de la pistola.

De la misión que tiene entre manos.

Sanjay regresa con dos platos de arroz y dal acompañados de sabzi. Mira el reloj que hay en la pared y chasquea la lengua.

—Siempre llega tarde.

—¡¿Quién?! —grita el sacerdote anciano.

—Peter Mathews —responde el hermano Sanjay.

—¡No toques mis salchichas! —grita el sacerdote anciano.

Aparece un cocinero hosco y barbudo.

—¡Padre! ¿Algún problema?

—¡Me quiere quitar las salchichas!

El cocinero le guiña un ojo a Ajay.

—¡Ya me encargo yo! —le grita al sacerdote.

Cuando el cocinero desaparece, una nueva figura entra en el salón. En silencio, en actitud reflexiva, con la cabeza gacha y un corte de pelo a tazón pasado de moda.

Hace una reverencia ante el sacerdote anciano y se sienta frente a Ajay, al lado de Sanjay.

—Buenas noches. —Se lleva una mano al pecho—. Soy Peter Mathews.

—¿Por qué me haces esto? —Sunny se sujeta la cabeza entre las manos.

—Recuerdo el día en que naciste —dice Vicky—. Hubo un eclipse. Un día precioso. Ojalá hubiera podido estar al lado de tu madre.

—Por favor. ¡Deja de torturarme!

Nota que el MDMA empieza a hacer efecto, lo desancla de la realidad, desmenuza la argamasa de su rabia.

—Lamento todos estos años —dice Vicky.

Sunny se vuelve para mirarlo y se ve claramente reflejado.

—¿Qué me estás haciendo? —repite.

Vicky esboza una sonrisa torcida.

—Nada que no te hayas hecho ya a ti mismo. —Se quita el anillo de oro con una esmeralda que lleva en el meñique—. Ella quería que te lo diese.

Sunny se queda mirando la vibrante esmeralda verde.

—Le dije que esperaría.

—A medida que pasan los años, cada vez estoy más convencido de que muero a cada momento —dice Peter Mathews—. No puedo evitar esa sensación. Cada vez que cruzo la carretera, creo que me ha atropellado un coche. Una versión de mí sigue caminando, pero la otra muere. Son pensamientos horribles, lo sé, pero no puedo librarme de ellos. ¿Has oído hablar del multiverso, hermano Sanjay?

—Debo decir que no.

—Existen infinidad de mundos donde suceden todos los mundos posibles. En este, podría clavarme un cuchillo ahora mismo —dice Peter Mathews—, o a ti, hermano Sanjay, o a nuestro nuevo amigo, que acaba de llegar.

—Ay, madre.

—Aquí moriríamos todos, pero en los otros mundos seguiríamos vivos.

—No quiero ni pensarlo —dice el hermano Sanjay, antes de recuperar su ánimo jovial—. Además, no es excusa para no portarse con decencia.

Ajay no le quita ojo a Peter Mathews.

¿Lo sabe?

¿Sospecha?

¿Debería sacar el arma y matarlo de un tiro?

Peter Mathews le devuelve la mirada y sonríe.

—¿De dónde vienes? —pregunta.

—De ningún sitio —responde el hermano Sanjay en tono burlón.

Mathews se sirve un vaso de agua.

—No, esta noche viene de otra parte.

—De la cárcel —dice Ajay.

—Sí, me lo imaginaba por el tatuaje —asiente Mathews—. Trabajo con presos muy a menudo. ¿Qué hiciste?

—Maté a gente.

—Ay, madre —el hermano Sanjay se echa a reír—, al final vas a ser tú el que nos mate esta noche.

Sunny sostiene el anillo en la mano, centelleante, vibrante.

Empieza a sonreír.

Pronuncia la palabra.

—Rastogi.

Vicky asiente con comprensión, sonriendo él también.

—Rastogi —repite Sunny y se pone en pie.

Empieza a reír.

De manera incontrolada.

—¡Sí —asiente Vicky—, sí, Rastogi!

—No. —Sunny niega con la cabeza—. No. ¡No lo entiendes!

Sus carcajadas lo llenan todo.

—¡Me he librado de los dos! —grita. Le arroja el anillo a Vicky—. ¡¿Adónde crees que ha ido Ajay?!

La sonrisa de Vicky se desvanece.

Sunny retrocede con paso tambaleante sin parar de reír.

—¡Sunil Rastogi va a morir!

No sabe si ha tropezado o le han empujado.

Pero Sunny baja rodando.

Un monstruo de las montañas.

Aterriza en el suelo con un golpe.

Al tiempo con los bajos machacones.

Un hippy con rastas está haciendo malabares con fuego a su

izquierda.

El fuego se alarga en la cabeza de Sunny.

Dice cosas buenas del mundo.

Le dice que todo va a ir bien.

Se pone en pie de un salto, empieza a bailar, lanza los brazos al aire.

Todos lo miran.

Corean su nombre.

¡Sunny Wadia ha vuelto!

¡SUN-NY!

¡SUN-NY!

Y, por encima de ellos, oculto a la vista, Vicky Wadia saca el móvil.

—Disculpad un segundo —dice Peter Mathews levantando un dedo al tiempo que agarra su maltrecho Nokia—. ¿Sí? —responde amablemente—. Ya veo. Ya veo. —Suspira—. No prometo nada. Lo intentaré.

Cuelga el teléfono y lo devuelve al bolsillo.

El dedo de Ajay quita el seguro de la culata de madera de la Luger.

—¿Va todo bien? —pregunta el hermano Sanjay.

—Bast…

Pero antes de terminar de hablar ya se ha puesto de pie y ha rodeado con el brazo el cuello de Sanjay. Lo obliga a levantarse, coge sobre la marcha el cuchillo de carne que hay en la mesa, el que estaba utilizando el anciano sacerdote, y arrastra a Sanjay a punta de cuchillo hacia la despensa que hay detrás.

Todo ocurre muy deprisa, y Ajay es lento.

Para cuando ha sacado el arma, Mathews y Sanjay ya no están.

—¡¿Qué demonios está pasando?! —grita el sacerdote anciano.

En la despensa, Mathews arrastra al quejumbroso Sanjay hacia la puerta trasera. Cuando Ajay dobla la esquina, Mathews estampa la cabeza del hermano Sanjay contra la pared y arroja el cuerpo contra Ajay para impedir que le dispare. Cuando Ajay consigue sortearlo, Peter Mathews ya

ha desaparecido.

Detrás se alza una casa de invitados de tres plantas.

Ajay oye pasos en la escalera.

Oye los gritos del cocinero.

Levanta la vista y ve a Mathews doblando la escalera en el primer rellano.

Va tras él, sube los peldaños como una exhalación al tiempo que el cocinero sale a la carrera con un cuchillo de carnicero en la mano.

En la primera planta, todas las puertas están cerradas a ambos lados.

Y oye pasos que siguen subiendo.

Corre tras ellos, se tropieza con las prisas.

Cuando llega casi gateando a la segunda planta, ve una puerta abierta.

Se abalanza hacia ella sin pensarlo.

Entra en la habitación con el arma en la mano, listo para disparar.

Pero allí no hay nadie.

Cuando vuelve a oír los pasos, ya es casi demasiado tarde.

Una tubería metálica desciende hacia su cara al darse la vuelta.

Levanta la mano izquierda.

Un crujir de huesos.

Mathews se le echa encima.

Se enzarzan en una pelea, forcejean, Ajay sujeta la pistola con todas sus fuerzas mientras Mathews trata de arrancársela de la mano derecha.

—¡Estás jodiéndolo todo! —grita Mathews.

La mano izquierda de Ajay le palpita de dolor. No puede usarla.

Así que intenta sacarse a Mathews de encima a patadas, pero Mathews es preocupantemente fuerte, de modo que no le queda otra que armarse de valor y, con todas sus fuerzas, lo golpea en la garganta con la mano izquierda fracturada.

Un dolor terrible asciende disparado por el brazo de Ajay.

Pero ya está hecho.

Rastogi cae hacia atrás, ahogándose.

Boquea en busca de aire.

Ajay por fin lo tiene a tiro.

Lo único que tiene que hacer es apretar el gatillo, acabar con ese monstruo.

Pero no puede.

—¡Espera, espera! —le pide Mathews, con lágrimas en los ojos.

Y Ajay así lo hace.

Es todo lo que necesita. Los labios de Mathews empiezan a componer una sonrisa inquietante.

—Eres Sunil Rastogi —dice Ajay, extrañamente paralizado.

Y Mathews asiente.

—Sí.

Ajay contempla cómo Rastogi emerge a la superficie. Los últimos vestigios de mansedumbre de Mathews se evaporan.

Rastogi mira hacia la puerta, hacia el jaleo que está armándose abajo.

—Vendrán a por ti, lo sabes, ¿no? Más vale que me dispares ya o que huyas.

—Tengo que disparar —dice Ajay.

—Entonces hazlo.

A Ajay le tiembla la mano.

—No puedo —afirma.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Creo que yo sí sé por qué. —Sonríe Rastogi.

—¿Por qué? —susurra Ajay.

—No quieres seguir siendo un esclavo.

—Pero debo matarte —dice Ajay—. No tengo elección.

—Sufres. —Rastogi sonríe—. Lo veo en tus ojos. Yo también he pasado por lo mismo. Tú y yo somos como hermanos.

—Tengo que disparar —repite Ajay.

—Piensa en lo que he dicho abajo —dice Rastogi—. Imagina un universo en el que nunca hubieras necesitado matar. ¿Dónde estarías?

Rastogi ve cómo la mano de Ajay se desvía ligeramente, tiembla.

—En casa —contesta Ajay.

—¿En casa?

Ajay cierra los ojos.

—En las montañas.

—Pues vuelve allí.

—¡No puedo! —grita Ajay.

Dominado por la angustia y el dolor, Ajay desliza los dedos en el interior del bolsillo del vaquero y extrae la foto que lo ha acompañado tanto tiempo.

Sujeta la foto entre los dedos de la mano hinchada.

Rastogi se apodera de ella y se la acerca a la cara. Devora la imagen, la chica de la cama, en el prostíbulo, tan arisca, tan asustada. Rastogi aparta los ojos de la foto y los dirige hacia el hombre que tiene enfrente.

—¿Quién es? —pregunta con voz suave, conciliadora.

—¡Mi hermana! —solloza Ajay—. ¡Mi hermana! ¡Tengo que matarte para salvarla!

—Amigo —Rastogi empieza a reír—, esa no es tu hermana.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que te han mentido.

—¡¿Qué quieres decir?!

—Quiero decir que esa no es tu hermana.

—¡¿Cómo?!

—Conozco a esa chica. La conozco muy muy bien. Es de Bihar, amigo mío. Se llama Neha. Esa foto es de un burdel de Benarés. Lo sé porque yo antes trabajaba allí.

—No. ¡No es verdad! Es mi hermana.

—Puede que lo sea y que yo esté equivocado.

—¡Es ella!

—O puede que te hayan mentido, hermano. Escucha, conozco a esa chica. ¡Mírala! Si ni siquiera os parecéis.

Rastogi sujeta la foto ante la cara de Ajay.

Mira a la chica como si fuera la primera vez.

Y todo su mundo se desmorona.

Tal vez sea cierto. Tal vez no sea ella.

Y, si es así, ¿qué?

—Sí, te han mentido —dice Rastogi—. Igual que le mienten a todo el mundo. Te han prometido que la salvarían, ¿verdad?

Ajay alza la vista.

—Sí.

—Pero en realidad te han enviado aquí a morir.

Ajay tiene la cabeza a punto de estallar; el bajón del Mandrax, la conmoción, la agonía del desconcierto, el dolor intenso de la mano fracturada.

Abajo se oye un tumulto.

Rastogi señala la ventana abierta que tiene detrás.

—Puedes esperar aquí a que te cojan. A que te maten. A que te devuelvan a prisión. O puedes huir. Puedes huir y ser libre.

El cocinero sube la escalera a la cabeza de varios chicos del barrio que empuñan bates de críquet, palos de hockey y cuchillos de cocina. Van apiñados, avanzan muertos de miedo, entre gritos. ¡Allí! Vociferan al ver la puerta y entran en tromba.

Peter Mathews yace en el suelo, sollozando.

—¡Quería matarme! —gime. Señala la ventana—. Ha huido por ahí.

El cocinero se abalanza hacia la ventana y blande el cuchillo de carnicero contra la noche.

—¡Id a por él! —gime Peter Mathews de nuevo.

La turba obedece, corre a la puerta, baja la escalera, sale y se dispersa, vociferando mientras registran la propiedad.

Sunil Rastogi se levanta del suelo y recoge la fotografía que Ajay, en su desconsuelo, ha dejado atrás.

Sonríe para sí.

Examina el cuerpo, la cara.

No ha visto a esa mujer en su vida.

Un nuevo convoy avanza por la vía de acceso a la mansión de los Wadia.

Una flota de vehículos de las Fuerzas Especiales y la CBI, la Oficina Central de Investigación.

Rastogi pasea por dentro del bungalow mientras la búsqueda del intruso se intensifica. Lleva a la espalda una bolsa de lona larga y verde con cremallera.

Sale por puerta principal sin detenerse, tras coger un casco de moto por el camino.

Cuando cruza la verja, saca el móvil.

Marca un número.

—Problema resuelto.

Ya en el callejón, se monta en una Yamaha deportiva llave en mano, enciende el motor, le da gas y arranca en dirección a la terminal de autobuses.

En la zona del banquete, las estrellas de Bollywood están bailando en el escenario.

Bunty fuma su puro, satisfecho con el mundo.

Dinesh Singh mira a Vicky.

Vicky sonríe con el teléfono en la oreja.

Y, en la hondonada, la mente de Sunny explota.

Placer. Dolor.

Ya no sirve a nadie.

Perdona al mundo.

Todo va a ir bien.

El convoy se encuentra a las puertas de la propiedad de los Wadia.

Varios empleados de seguridad les salen al paso. ¿Qué quieren?

¿No saben quién vive allí?

¿No saben que está celebrándose una boda?

Sí, lo saben.

Les da igual.

Llevan una orden de registro de la propiedad.

Y de detención de Ram Singh y Bunty Wadia.

Se requiere una firma.

Vicky mira a Bunty y Bunty contesta al teléfono, que está sonando.

Pone los pies en alto mientras contempla el desasosiego entre el personal.

Ve a varios invitados VIP contestando a sus móviles.

Ve al jefe de seguridad acercarse corriendo a Tinu.

El rostro de Tinu tornándose ceniciento.

A lo lejos, una multitud de vehículos policiales avanza por el camino de entrada.

Bunty permanece sentado en todo momento, con una sonrisa solemne.

Pero varios funcionarios del gobierno, mandatarios, ministros, se levantan de sus asientos. Los teléfonos se iluminan. Se hacen llamadas.

¿Qué está ocurriendo?

¿Alguien lo sabe?

Detener a un gobernador en ejercicio y al padre del novio la noche de la boda. Y a Bunty Wadia nada menos. Delante de los invitados.

Es algo inaudito.

Alguien pagará por ello.

Muestran la orden.

Reina el caos.

Ram Singh empieza a dar voces.

Varios documentos han salido a la luz: fotos, cartas, cintas, vídeos, grabaciones de audio. Una serie de asesinatos, secuestros, corruptelas, cometidos desde los años noventa hasta el presente. En ese mismo momento están llevándose a cabo redadas a lo largo y ancho de U. P. Todo conduce hasta Bunty Wadia y Ram Singh.

Ram Singh pierde la cabeza.

Insulta a los funcionarios, los aparta a empujones.

Cómo se atreven a hacerle algo así a él. Es un sacrilegio.

Cómo es posible que infunda tan poco temor.

Y, peor aún, sabe que todo aquello es cosa de su hijo.

Aunque Bunty mantiene la calma, el banquete está al borde del caos.

Los destellos de multitud de linternas.

Los hombres uniformados.

Ram Singh montando una escena.

Una pelea. Un pequeño altercado.

Los hombres de Ram atacan.

Se sacan pistolas.

Y la multitud se sume definitivamente en el caos.

Algunos VIP ya han puesto pies en polvorosa y se dirigen a sus coches, buscando a sus conductores.

Otros intentan abrirse paso para hablar con la policía.

Y Bunty sonríe como si no ocurriera nada.

Es lo que ve Sunny, a quien Eli ha sacado del paraíso de su inconsciencia.

En el agitado camino de entrada de la mansión, Tinu se lleva a Sunny aparte.

Lo arrastra hacia uno de los todoterrenos.

—Van a llevárselo y nosotros iremos detrás.

Empuja a un sudoroso Sunny de mirada alucinada al asiento trasero.

Eli monta a su lado y guarda su Jericho.

La policía se lleva a Ram y a Bunty en todoterrenos separados.

Avanzan en caravana por el camino de entrada hacia las puertas de la propiedad.

Tinu está al teléfono, gritando.

Sunny está hipnotizado por las luces.

—¡Qué bonito! —exclama. Toca a Eli en el hombro—. ¿Esto es real?

—Sí, puto subnormal —dice Eli—. Es real de cojones.

El convoy deja la carretera de la urbanización y acelera.

Tinu, Sunny y Eli van tres coches por detrás del de Bunty.

—¡¿Quién está detrás de esto?! —grita Tinu—. ¡Averiguadlo! —Cuelga—. Más le valdría estar muerto a quienquiera que haya hecho esto. —Se gira hacia Sunny—. Estará fuera en una hora. No tienen nada contra él. Esto es una vergüenza.

Sunny asiente con rotundidad.

—Todo va a ir bien.

Delante, en el todoterreno de Bunty, un silencio estudiado.

Los agentes se muestran deferentes, respetuosos.

Bunty va sentado muy erguido, su semblante no trasluce ni rabia ni miedo.

El convoy alcanza Mehrauli.

Una Tempo se ha averiado un poco más adelante. Un atasco.

El policía a la cabeza del convoy baja del vehículo.

Empieza a dirigir el tráfico y ordena que saquen la Tempo del camino.

Sunny baja la ventanilla y saca la cabeza.

Intenta incorporarse para ver.

Lo que oyen sin verlo es el gemido agudo del motor.

El gemido agudo de una Yamaha deportiva al cambiar de marchas.

En el otro lado de la divisoria central, en dirección contraria.

Acelerando desde atrás.

Sunny la ve pasar por el lado.

Se desliza en punto muerto.

Frena.

Se detiene.

A la altura del todoterreno de las fuerzas especiales de Bunty.

El motorista planta los pies en el suelo sin quitarse el casco.

Saca el objeto de la bolsa de lona.
Se lo coloca en los brazos.
Metálico.
Oscuro.
Alargado.

Bunty lanza una mirada a su derecha.
En esa fracción de segundo, lo ve.
Tira del policía y lo coloca delante de él, como escudo humano.

La embocadura lanza un destello.
El ruido metálico, seco y ensordecedor.
Del AR15 automático con el cargador de tambor de cien cartuchos.
Diezma el todoterreno de la policía.
Atraviesa el metal y la carne.
Hasta que la moto vuelve a arrancar.
Gira al este en el cruce, hacia Sainik Farms.

Eli está en el extremo más alejado.
Cuando sale a disparar, ya no sirve de nada.
Los policías son los siguientes, con sus Glock 17.
Pero la moto se ha ido.

Sunny baja del coche, tambaleante.
Mira lo que queda.
La carnicería del interior.
Lo que una vez fue su padre.

El bus de la HRTC a Manali se detiene en el dhaba que hay junto a la carretera, en alguna parte del Punyab, pasada la una de la noche. Los pasajeros desfilan somnolientos. Ajay entre ellos, con su camiseta y sus pantalones negros. Ya se ha deshecho de la Luger. En ese mundo, sus únicas pertenencias son unas miles de rupias, y su dolor, y su libertad. Desaparecerá en las montañas de su juventud. Ocupa una silla, pide chai y dal frito. Luego levanta la vista hacia el televisor, en el que están anunciando una noticia de última hora.

Nota

[*] En español en el original, al igual que el resto de las intervenciones en cursiva de las dos mujeres. *(N. de las T.)*

Título original: *Age of Vice*

Primera edición: enero de 2023

© 2023, Deepti Kapoor Parker
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Ana Alcaina Pérez y Laura Martín de Dios, por la traducción
© 2022, Malik Sajad, por la ilustración del inicio del libro

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Ilustración de portada: © Sergi Delgado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-5547-1

Compuesto en MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
Twitter: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Dinero, familia, dominio, placer.
BIENVENIDOS A LA EDAD DEL VICIO
«Sensacionalmente bueno: inmenso, épico, inmersivo y absorbente, será sin duda uno de los libros del año».
Lee Child, autor de la saga Jack Reacher
«No se pierdan esta salvaje aventura de gángsters, corrupción, falsas amistades y amores prohibidos».
The Bookseller

«Recuerda que nada cambiará, que estamos en la Kali Yuga, la Edad de la Perdición, la Edad del Vicio».

Nueva Delhi, invierno, 3 de la madrugada. Un Mercedes que circulaba a toda velocidad invade la acera, atropellando y matando a cinco personas. Es el vehículo de un millonario, pero al volante solo encuentran a un criado en estado de conmoción, incapaz de explicar cómo o por qué ha cometido este crimen. Y tampoco puede prever el oscuro drama que está a punto de desencadenarse.

Entre mansiones lujosas, negocios depredadores y tramas políticas, tres vidas se entrelazan peligrosamente: Sunny es el rico heredero, un playboy que sueña con eclipsar a su padre; Ajay es su criado y hombre para todo; y Neda es la periodista inquisitiva que se debate entre su ética y sus deseos. Frente a una trama arrolladora alimentada por el placer, la codicia, la violencia y la venganza, estos tres personajes se encuentran atados entre sí por unos lazos que pueden servirles de redención o destruirlos para siempre.

Mitad suspense, mitad saga familiar, *La Edad del Vicio* lleva al lector desde los arrabales de Uttar Pradesh a la energética metrópoli de Nueva Delhi, con una trama adictiva de gángsters y amantes, falsos amigos, romances secretos y corrupción. Un atracón de gran literatura que se disfruta por puro placer.

La crítica ha dicho:
«Profundamente adictiva, tan fascinante que sería fácil devorársela de un solo bocado, pero merece la pena saborearla […]. La autora posee un talento a la altura del enorme alcance de su relato».
Publishers Weekly

«Esto es una obra maestra. *La Edad del Vicio* es una obra épica pero íntima, con escenas vívidas y brillantes de una construcción geométrica asombrosa. Una historia inolvidable de corrupción y excesos, de poder despiadado y de voluntad de contraatacar».
Flynn Berry, autora de *Una doble vida* y *The Northern Spy*

«*La Edad del Vicio* es una buena historia de gángsters al viejo estilo, imposible de soltar. Una novela adornada con aires de Shakespeare: amantes desgraciados, identidades secretas y conspiraciones cruzadas, que profundiza en los temas eternos de la familia, la lealtad y el destino».

Rumaan Alam, autor de *Dejar el mundo atrás* y finalista del National Book Award

«Este libro. Este libro épico, loco, impactante, brutal, tierno y emocionante es uno de los mejores libros que he leído».
Marlon James, autor de *Breve historia de siete asesinatos* y *Moon Witch, Spider King*

Deepti Kapoor nació en Moradabad (Uttar Pradesh, India) en 1980. Estudió periodismo en la universidad de Delhi y un máster en psicología social. Ha trabajado como periodista para diversas publicaciones en la India. Es autora de la novela *A Bad Character* (2015) y actualmente vive en Lisboa.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La Edad del Vicio

Uno
  Nueva Delhi, 2004
  Maharajganj, este de Uttar Pradesh, 1991
  Ajay II
  Rajastán
  Ajay III
Dos
  Londres, 2006
  Nueva Delhi, 2003
  Neda II
  Londres, 2006
Tres
  Mehrauli, 2004
  Ajay IV
Cuatro
  Lucknow, 2006
  2007
  Greater Noida
  El depósito
  Gloria a los dioses
Cinco
  Nueva Delhi, enero de 2008
Nota

Créditos
Sobre este libro
Sobre Deepti Kapoor